

# LA REBELIÓN DE LOS PUPILOS

DAVID BRIN

Lectulandia

BRANSON

Mientras las armadas galácticas se enfrentan en la búsqueda de la antigua flota de los Progenitores, una brutal raza alienígena ocupa el agonizante planeta Garth. Los numerosos pupilos que lo habitan deben luchar contra sus amos o someterse a la extinción final. También está en peligro la Sociedad Terrestre y la misma Tierra, e incluso el destino de las Cinco Galaxias.

Lectulandia

David Brin

# La rebelión de los pupilos

La elevación de los pupilos

ePUB v1.0

Cowinsaint 19.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The uplift war*  
David Brin, enero de 1987.  
Traducción: Montserrat Gurgui y Mario González  
Diseño/retoque portada: Aldog  
Retoque de mapas: Cowinsaint

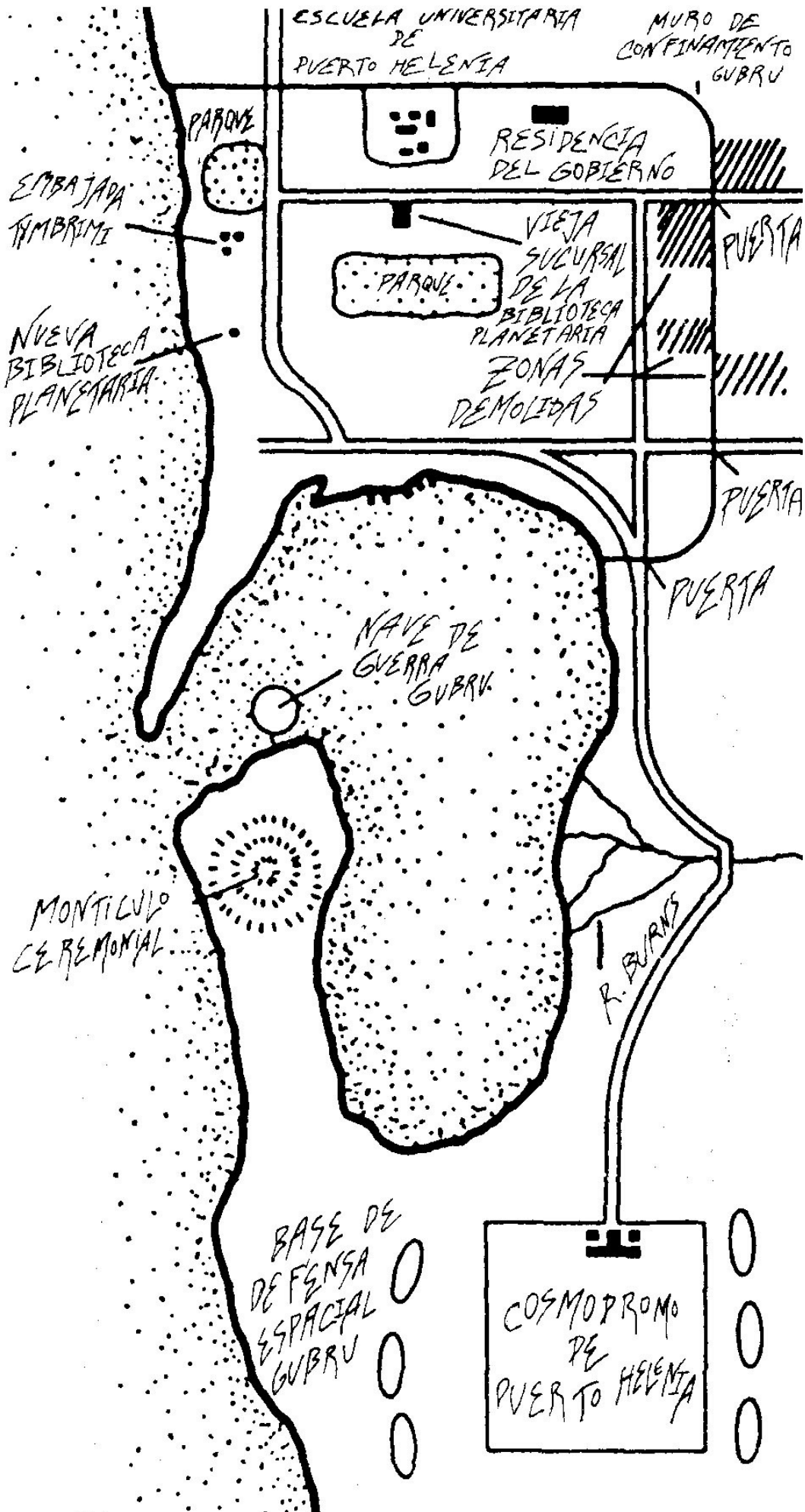
Editor original: Cowinsaint (v1.0)  
Colaboración: Aldog  
ePub base v2.0

A Jane Goadall, Sarah Hardy  
y todos los demás que nos  
ayudaron a intentar comprender.

Y a Dian Fossey, que murió luchando  
para que la belleza y el potencial pudieran vivir.

# MAPAS







## PRELUDIO

*Qué extraño que un mundo tan pequeño e insignificante haya llegado a tener tanta importancia.*

El tráfico rugía entre las torres de Capital City, tras la cúpula hermética de cristal del palanquín oficial. Pero no penetraba ningún ruido que molestase al burócrata de Costes y Prevención, que se concentraba sólo en la holo-imagen de un pequeño planeta que giraba lentamente al alcance de su brazo emplumado. Ante los ojos del burócrata aparecieron mares azules y grupos de islas brillantes como joyas, que centelleaban reflejando el fulgor de una estrella fuera del campo de visión.

*Si yo fuera uno de los dioses de los que se habla en las leyendas de los lobeznos...*, imaginó el burócrata. Sus alas se doblaron. Tenía la sensación de que solamente debía extender la garra y asirlo...

Pero no. Esa idea absurda demostraba que el burócrata había pasado demasiado tiempo estudiando al enemigo. Su mente se estaba contagiando de estúpidos conceptos terrestres.

Dos ayudantes peludos revoloteaban en silencio a su alrededor, arreglándole las plumas y preparándolo para el encuentro que tenía previsto. Pero el burócrata los ignoraba. A su lado pasaban velozmente coches aéreos y lanchas flotantes, y los carriles reglamentarios de tráfico desaparecían ante los faros del vehículo oficial. Éste era un estatus normalmente acordado sólo para la realeza, pero en el interior del palanquín todo seguía pasando inadvertido mientras el grueso pico del burócrata se inclinaba hacia la holo-imagen.

*Garth. Tantas veces la víctima.*

Unos perfiles de continentes marrones y de mares azules poco profundos se extendían parcialmente bajo nubes de tormenta, tan engañosamente blancas y blandas a la vista como el plumaje de un *gubru*. A lo largo de una cadena de islas, y en un solo punto al extremo del continente más grande, brillaban las luces de unas pocas ciudades pequeñas. En todos los otros lugares, el mundo parecía intacto, perturbado sólo por los ocasionales fogonazos parpadeantes de relámpagos de tormenta.

Unas hileras de símbolos en código contaban una verdad más oscura. Garth era un sitio pobre, un riesgo difícil. ¿Por qué otra razón se les había concedido a los lobeznos humanos y a sus pupilos el arrendamiento de una colonia en ese lugar? Los Institutos Galácticos lo habían dado por perdido hacía mucho tiempo.

*Y ahora, pequeño y desgraciado mundo, has sido elegido como escenario de una guerra.*

El burócrata de Costes y Prevención tenía la costumbre de pensar en inglés, el detestable y no aceptado lenguaje de las criaturas terráneas. Muchos *gubru* consideraban el estudio de las materias alienígenas un insano pasatiempo, pero ahora

la obsesión del burócrata parecía a punto de resolverse.

*Al fin. Hoy.*

El palanquín había sobrepasado las grandes torres de Capital City, y ante él parecía levantarse un edificio mastodóntico de piedra opalescente: el Coso del Cónclave, sede del gobierno de todas las razas y clanes *gubru*.

Nervioso, unos temblores de expectación recorrían el cuerpo del burócrata, desde la cresta de su cabeza hasta sus plumas vestigiales de vuelo, provocando gorjeos de queja en los dos ayudantes *kwackoo*. ¿Cómo iban a terminar de arreglar las hermosas y blancas plumas del burócrata, se preguntaban, si no se estaba quieto?

—Yo comprendo, entiendo y obedeceré —respondió de modo indulgente el burócrata en lenguaje galáctico estándar número Tres. Estos *kwackoo* eran criaturas leales y se les podían permitir algunas pequeñas impertinencias. Como distracción, el burócrata volvió a pensar en Garth, el pequeño planeta.

*Es el destacamento terráqueo más indefenso... el más fácil de tomar como rehén. Es por ello que los militares han presionado tanto para que se realice esta operación, a pesar de la mala prensa que tenemos en todo el espacio. Va a ser un duro golpe para los lobeznos, y podemos obligarlos a que nos cedan lo que queremos.*

Después de las fuerzas armadas, quien más había apoyado el plan fue el clero. Hacía poco, los Guardianes de la Idoneidad decretaron que podía llevarse a cabo una invasión sin pérdida alguna del honor.

Sólo quedaba el Servicio Civil, el tercer pie de la Percha de Mando. Y ahí el consenso se había roto. Los superiores del burócrata en el departamento de Costes y Prevención hicieron objeciones. El plan era demasiado arriesgado, declararon. Y demasiado caro.

*Una Percha no puede sostenerse sólo con dos pies. Tiene que haber consenso. Tiene que haber compromiso. Hay veces en las que un nido no puede evitar el afrontar riesgos.*

El gigantesco Coso del Cónclave se convirtió en un acantilado de piedra labrada que ocultaba la mitad del cielo. Apareció una abertura cavernosa que se tragó al palanquín. Con un suave murmullo se cerraron los gravíticos de la pequeña nave y se levantó la capota. Una multitud de *gubru* con el habitual plumaje blanco de los adultos sin sexo estaba ya esperando al pie de la plataforma de aterrizaje.

*Lo saben, pensó el burócrata, mirándolos con el ojo derecho. Saben que ya no soy uno de ellos.*

Con su otro ojo el burócrata echó un último vistazo al globo azul envuelto en blanco. Garth.

*Pronto, pensó en inglés el burócrata. Pronto nos encontraremos.*

El Coso del Cónclave era una orgía de colores. ¡Y qué colores! En todas partes

brillaban plumas con los tonos reales: escarlata, ámbar y azul cobalto.

Dos sirvientes *kwackoo* de cuatro patas abrieron la puerta ceremonial al burócrata de Costes y Prevención, que se había detenido unos momentos silbando asombrado ante la grandeza del Coso. Cientos de perchas llenaban las gradas de las paredes, fabricadas con costosas maderas importadas de cien mundos y trabajadas con delicados adornos. Y, a su alrededor, estaban los Maestros de las Perchas de la raza *gubru*.

A pesar de lo bien que se había preparado para aquello, el burócrata no pudo evitar sentirse profundamente conmovido. ¡Nunca había visto tantas reinas y príncipes a la vez!

Para un extraño, había pocas cosas que distinguieran al burócrata de sus señores. Todos eran altos, delgados, descendientes de los pájaros no voladores. A simple vista sólo el increíblemente coloreado plumaje de los Maestros de la Percha era lo que los diferenciaba de la mayoría de la raza. Sin embargo, había otras diferencias más importantes subyacentes. Después de todo, ellos eran reinas y príncipes, tenían sexo y un demostrado derecho para el mando.

Los Maestros de la Percha volvieron de lado sus cabezas para contemplar con un ojo cómo el burócrata de Costes y Prevención se apresuraba a ejecutar una rápida y remilgada danza de acatamiento ritual, poniendo en ella toda la atención y prestancia de que era capaz.

¡Qué colores! El amor despertaba dentro del pecho peludo del burócrata una oleada hormonal desencadenada por aquellos tonos reales. Era una vieja e instintiva respuesta y ningún *gubru* se había propuesto nunca cambiarla. Ni siquiera después de aprender el arte de la alteración genética y convertirse en viajeros del espacio. Los que en aquella raza alcanzaban lo esencial, el color y el género, tenían que ser adorados por aquellos que todavía eran blancos y neutros.

Ése era el meollo exacto de lo que significaba ser *gubru*.

Y estaba bien. Era el sistema.

El burócrata se percató que otros dos *gubru* de plumas blancas habían entrado en el Coso por unas puertas laterales. Se reunieron con él en la plataforma central y se acomodaron los tres juntos en unas perchas más bajas frente a los Maestros de la Percha.

El de la derecha iba ataviado con ropajes plateados y alrededor de su fino y blanco cuello llevaba el distintivo a rayas del clero.

El candidato de la izquierda llevaba armas de cinto y la guarnición de acero como oficial militar. Las puntas de la cresta estaban teñidas en indicación de su rango de coronel.

Mostrándose muy fríos, los otros dos *gubru* de plumas blancas no se volvieron para saludar al burócrata, y éste tampoco dio ninguna muestra de reconocerlos. Pero

se sintió intrigado. *¡Somos tres!*

La Presidente del Cónclave, una reina anciana cuyo plumaje, muy vistoso tiempo atrás, se había vuelto de un rosa descolorido, encrespó las plumas y abrió el pico. La acústica del Coso amplió automáticamente su voz cuando ella gorjeó para pedir atención. Todos los otros príncipes y reinas callaron de inmediato.

La Presidente del Cónclave levantó un brazo delgado y cubierto de plumas. Entonces se puso a cantar, balanceándose. Uno a uno se añadieron todos los demás Maestros de la Percha, y muy pronto una multitud de formas azules, ámbar y escarlata se movía con ella. De la asamblea real surgió un gemido grave y átono.

*Zooooon...*

—Desde tiempo inmemorial —trinó la Presidente en galáctico formal Tres—, desde antes de nuestra gloria, desde antes de nuestro tutelaje, desde antes incluso de nuestra Elevación a sensitivos, ha sido nuestra forma de buscar equilibrio.

La asamblea cantó a contrarritmo.

*Equilibrio en las vetas marrones del suelo,*

*Equilibrio en brutales corrientes de aire,*

*Equilibrio en nuestros esquemas mayores.*

—Antes de que nuestros ancestros fueran todavía bestias presensitivas, antes de que nuestros tutores *gooksyu* nos encontraran y nos iniciaran en el conocimiento, antes de que incluso habláramos o conociéramos herramientas, aprendimos esta sabiduría, esta forma de tomar decisiones, esta forma de alcanzar el consenso, esta forma de hacer el amor.

*Zooooon...*

—Como medio-animales, nuestros ancestros ya sabían que debíamos... debíamos escoger... debíamos escoger a tres.

*¡Uno para cazar y aplastar con osadía,  
por la gloria y el territorio!*

*¡Uno para buscar el comportamiento justo,  
por la pureza y la idoneidad!*

*¡Uno para vigilar los peligros que surjan,  
por la seguridad de nuestros huevos!*

El burócrata de Costes y Prevención percibió que los otros dos candidatos que lo flanqueaban estaban tan eléctricamente conscientes como él, presas de una tensa expectación. No había honor más grande que pertenecer a la terna elegida.

Como era natural, a los jóvenes *gubru* se les enseñaba que ésta era la mejor manera. Pues, ¿qué otra especie combinaba de manera tan hermosa la política y la filosofía con el amor y la reproducción? El sistema había funcionado durante muchos años. Los había llevado a las cumbres del poder en la sociedad galáctica.

*Y ahora puede que nos lleve al borde de la ruina.*

Quizás hasta era sacrílego imaginarlo, pero el burócrata de Costes y Prevención no pudo evitar preguntarse si algún otro método de los que había estudiado no sería mejor, después de todo. Había leído sobre tantos estilos de gobierno que usaban otras razas y clanes, autarquías y aristocracias, tecnocracias y democracias, sindicatos y meritocracias. ¿No sería uno de ellos un sistema en realidad mejor para juzgar cuál era el camino adecuado en un universo peligroso?

La idea podía ser irreverente, pero esos pensamientos tan poco convencionales eran la razón de que ciertos Maestros de la Percha hubiesen elegido al burócrata para representar un papel de destino. Cuando pasaron los días y los meses, uno de los tres tendría que ser el incrédulo. Y siempre ése era el de Costes y Prevención.

—De este modo buscamos equilibrio. De este modo buscamos el consenso. De este modo resolvemos los conflictos.

—¡Zooooon! —aprobaron las reinas y príncipes.

Se había necesitado una larga negociación para seleccionar a cada uno de los tres candidatos: uno del ejército, otro de las órdenes clericales y otro del Servicio Civil. Si todo salía bien, de ese conglomerado surgirían una nueva reina y dos nuevos príncipes. Y junto con una nueva línea vital de huevos para la raza se produciría una nueva política, que nacería de la fusión de sus criterios.

Así era como se suponía que debía terminar. El inicio, sin embargo, era otra cuestión. Predestinados a ser amantes, los tres serían también desde el principio competidores. Adversarios.

Puesto que sólo podía haber una reina.

—Enviamos a este trío a una misión vital. Una misión de conquista. Una misión de coerción. Los mandamos también en busca de unidad... en busca de acuerdo, en busca de consenso, para permanecer unidos en estos tiempos difíciles.

—¡Zooooon!...

En el vehemente coro podía sentirse el deseo desesperado de resolución, de un final a los amargos desacuerdos. Los tres candidatos iban a dirigir una de las muchas fuerzas de combate del clan *gooksyu-gubru*. Pero los Maestros de la Percha habían puesto una esperanza especial en este triunvirato.

Los sirvientes *kwackoo* ofrecieron unas brillantes copas a los candidatos. El burócrata de Costes y Prevención alzó una de ellas y bebió ávidamente. El líquido pareció fuego de oro bajando por sus entrañas.

*El primer sorbo del Licor Real...*

Como era de esperar, tenía un sabor distinto de todo lo imaginable. Al instante, el blanco plumaje de los tres candidatos pareció relucir con la brillante promesa del

color que iba a aparecer.

*Debemos luchar juntos, y al final uno de nosotros se volverá ámbar. Otro se volverá azul. Y otro, presumiblemente el más fuerte, el que adopte la mejor política, ganará el premio definitivo.*

*Un premio predestinado a ser mío.*

Porque fue dicho que todo ha de tenerse preparado con anticipación. La precaución tiene que vencer el futuro consenso. Un análisis meticuloso ha mostrado que las alternativas serían intolerables.

—Tenéis que avanzar, pues —cantó la Presidente del Cónclave—. Vosotros tres, los nuevos Suzeranos de nuestra raza y nuestro clan. Tenéis que avanzar y vencer. Tenéis que avanzar y someter a los herejes lobeznos.

—¡Zooooon! —trinó la asamblea.

La presidente bajó el pico hacia su pecho como si de repente se sintiera exhausta. Entonces el nuevo Suzerano de Costes y Prevención oyó débilmente lo que agregaba:

—Debes avanzar y tratar por todos los medios de salvarnos...

# **PRIMERA PARTE**

## INVASIÓN

Dejemos que nos eleven sobre sus hombros. Entonces podremos ver por encima de sus cabezas las diversas tierras prometidas de las que procedemos, y a las que confiamos regresar.

*W. B. Yeats*



## FIBEN

Nunca hubo tanto tráfico en el soñoliento campo de aterrizaje de Puerto Helenia, nunca en todos los años que Fiben Bolger había vivido allí. La meseta que dominaba la Bahía de Aspinal reverberaba con el paralizador e infrasónico rugido de los motores. Unas nubes de polvo oscurecían las fosas de lanzamiento, pero eso no era óbice para que los espectadores se congregasen junto al cercado periférico para contemplar todo el espectáculo. Los que tenían el don del talento psi podían decir en qué momento una nave espacial estaba a punto de despegar. Unas oleadas de confusa incertidumbre, causadas por fugas gravíticas, provocaban un rápido parpadeo en los espectadores justo antes de que otra nave estelar de punta afilada se elevase por encima de la neblina y se adentrara en el cielo salpicado de nubes.

El ruido y la picazón del olor alteraban los nervios. Era incluso peor para aquellos que estaban sobre el alquitranado, y malo en especial para los que se veían obligados a permanecer allí en contra de su voluntad.

En realidad, Fiben hubiese preferido encontrarse en cualquier otro lugar, sobre todo en un bar dedicándose a consumir litros de líquido anestésico. Pero eso no podía ser.

Observaba aquella frenética actividad con cinismo. *Somos un barco que se hunde*, pensó. *Y todas esas ratas están diciendo adieu.*

Todo lo que fuese capaz de volar por el espacio estaba saliendo de Garth con una prisa indecente. Pronto el campo de aterrizaje estaría vacío.

*Hasta que llegue el enemigo... sea éste quien sea.*

—Pssst, Fiben. ¡Tranquilízate!

Fiben miró hacia su derecha. El chimp que estaba en formación junto a él parecía sentirse casi tan incómodo como Fiben. La gorra del uniforme de Simón Levi se estaba volviendo oscura por encima de la visera de sus ojos descarnados, bajo la cual se rizaban unos mechones de pelo oscuro y mojado. Con los ojos, sin utilizar palabras, Simón instó a Fiben para que se pusiera firme y mirase al frente.

Fiben suspiró. Sabía que tenía que intentar prestar atención. La ceremonia de despedida de un dignatario estaba a punto de finalizar y se suponía que un miembro de la Guardia de Honor Planetaria no debía tener un aspecto desmañado.

Pero sus ojos se desviaban hacia el extremo sur de la meseta, más allá de la terminal comercial y la salida de mercancías. Allí, sin camuflaje, había una hilera irregular de objetos en forma de cigarro negro y triste, con el imponente aspecto de naves de guerra. Algunas de las patrulleras más pequeñas brillaban mientras los técnicos se movían entre ellas, poniendo a punto sus detectores y protectores para la

inminente batalla.

Fiben se preguntó si el Mando habría ya decidido qué nave tenía que pilotar él. Tal vez permitirían que los pilotos semi-entrenados de la Milicia Colonial echasen a suertes para decidir a quién le tocaría la más decrepita de las viejas máquinas de guerra, compradas hacía poco a precio de ganga a un chatarrero *xatinni*.

Con la mano izquierda, Fiben tiró del cuello de su uniforme y se rascó la gruesa piel que había bajo éste. *Lo viejo no es necesariamente malo*, se dijo. *Ve a la batalla a bordo de un tubo con más de mil años, y al menos sabes que puede resistir*.

La mayoría de esas destartaladas patrulleras habían entrado en acción en los caminos estelares antes de que los seres humanos hubiesen oído hablar de la civilización galáctica... antes de que hubiesen empezado a jugar con cohetes de pólvora, chamuscándose los dedos y asustando a los pájaros para que regresaran a su hogar, la Tierra.

La imagen hizo sonreír a Fiben brevemente. Pensar así de la propia raza tutora no era en absoluto respetuoso. Pero los humanos no habían educado a los suyos para ser precisamente reverentes.

*¡Jo, este traje de mono pica! Los monos desnudos que son los humanos, tal vez sean capaces de aguantarlo, pero nosotros somos criaturas peludas y no podemos ponernos tanta ropa.*

Al menos la ceremonia de despedida de la cónsul *synthiana* parecía a punto de terminar. Swoio Shochuhun, esa bola pomposa de pelo y bigotes, estaba acabando su discurso de adiós a los inquilinos del planeta Garth, los humanos y chimps a quienes abandonaba a su suerte. Fiben se rascó de nuevo la barbilla, deseando que aquella pequeña bolsa de aire se subiera a su lancha y se largara de una vez de allí, si es que tenía tanta prisa por marcharse.

Un codo se le clavó en las costillas.

—Ponte firme, Fiben —le murmuró Simón—. ¡Su señoría está mirando hacia aquí!

Entre los dignatarios, Megan Oneagle, la Coordinadora Planetaria de pelo canoso, arrugó los labios y dirigió a Fiben un rápido movimiento de cabeza.

*Ah, maldita sea*, pensó.

Robert, el hijo de Megan, había sido compañero de clase de Fiben en la pequeña universidad de Garth. Fiben arqueó una ceja como para decirle a la administradora humana que él no había pedido servir en esa dudosa guardia de honor. Y, en definitiva, si los humanos querían pupilos que no se rascaran, no deberían haber elevado chimpancés.

A pesar de todo, se arregló el cuello del uniforme y se enderezó. Para estos galácticos la forma lo era casi todo, y Fiben sabía que hasta un neochimp tenía que representar su papel, o el clan de la Tierra perdería prestigio.

A cada lado de la Coordinadora Oneagle estaban los otros dignatarios que habían venido a despedir a Swoio Shochuhun. A la izquierda de Megan se hallaba Kault, el voluminoso representante *thenanio*, de piel correosa y resplandeciente, con su brillante capa y su desmesurada cresta. Los conductos respiratorios de su garganta se abrían y se cerraban como persianas cada vez que la criatura de enormes mandíbulas inhalaba.

A la derecha de Megan se hallaba una figura mucho más humanoide, delgada y de largos miembros, que andaba con aire desgarbado, casi sin preocuparse, bajo el sol de la tarde.

*A Uthacalthing le divierte algo, hubiera jurado Fiben. ¿Qué hay, pues, de nuevo?*

El embajador Uthacalthing pensaba, desde luego, que todo era divertido. En su postura, en los zarcillos plateados y suavemente ondulantes que flotaban sobre sus orejas, y en el brillo de sus dorados y enormes ojos, el pálido enviado *tymbrimi* parecía decir lo que no se podía pronunciar en voz alta, algo casi insultante para la representante *synthiana* a punto de marchar.

Swoio Shochuhun se alisó los bigotes antes de aproximarse a sus colegas y despedirse de ellos uno a uno. Al verla realizar con las garras movimientos formales y elaborados frente a Kault, Fiben se sorprendió de lo mucho que ella se parecía a un inmenso y regordete mapache, vestido como un cortesano oriental de la antigüedad.

Kault, el inmenso *thenanio*, enderezó la cresta al tiempo que se inclinaba ante ella. Los dos galácticos, tan diferentes de tamaño, intercambiaron cortesías en un aflautado y altamente modulado galáctico-Seis. Fiben sabía que entre ambos había muy poco amor que pudiera perderse.

—Bueno, uno no puede siempre escoger a sus amigos ¿verdad? —susurró Simón.

—Tienes toda la razón —asintió Fiben.

¡Qué ironía! Los peludos y sutiles *synthianos* se contaban entre los pocos «aliados» de la Tierra en la confusa situación política y militar de las Cinco Galaxias. Pero eran también terriblemente egoístas y cobardes. La partida de Swoio garantizaba que no llegarían ejércitos de guerreros gordos y peludos en ayuda de Garth cuando fuera necesario.

*Como tampoco llegaría ninguna ayuda ni de la Tierra ni de Tymbrimi, pues demasiados problemas tenían ya ambos en estos momentos.*

Fiben entendía galSeis lo suficiente como para captar buena parte de lo que el gran *thenanio* le decía a Swoio. Al parecer, Kault no tenía demasiada consideración por los embajadores que se escabullían del lugar donde habían sido destinados.

*¡Dale más thenanio!*, pensó Fiben. Los compatriotas de Kault podían ser fanáticos. En aquellos momentos eran enemigos oficiales de la Tierra. Y, sin embargo, en todas partes eran conocidos por su coraje y estricto sentido del honor.

*No, nunca puedes elegir a tus amigos o enemigos.*

Swoio avanzó hasta llegar a Megan Oneagle. La reverencia de la *synthiana* fue menos pronunciada que la que había ofrecido a Kault. Después de todo, la categoría de los humanos entre las razas tutoras de la galaxia era bastante baja.

*Y ya sabes lo que eso te ocasiona*, pensó Fiben.

—Siento mucho verla marchar —le dijo Megan a Swoio en un galSeis cargado de acento, devolviéndole la reverencia—. Por favor, transmita a su pueblo nuestra gratitud por sus buenos deseos.

—Claro —murmuró Fiben—, dales un montón de gracias a los otros mapaches. Adoptó una expresión de aburrimiento cuando el coronel Maiven, el comandante humano de la Guardia de Honor, lo miró con severidad.

La respuesta de Swoio estaba llena de perogrulladas. Había pedido paciencia.

—En este momento reina la confusión en las Cinco Galaxias —dijo—. De entre los grandes poderes, los fanáticos son los que causan más problemas porque creen que el Milenio, el fin de la gran era, está a la vuelta de la esquina. Son los primeros en actuar. Mientras tanto, los moderados y los Institutos Galácticos se deben mover lentamente, de un modo juicioso. Pero actuarán, a su debido tiempo. El pequeño Garth no será olvidado.

*Seguro*, pensó Fiben con sarcasmo. *Sí, ¿puede que la ayuda no tarde más de uno o dos siglos en llegar!*

Los demás chimps de la Guardia de Honor se miraron unos a otros, haciendo girar los ojos en señal de incredulidad. Los oficiales humanos mostraban más recato, pero Fiben vio cómo uno de ellos hacía girar con firmeza la lengua contra la parte interior de su mejilla.

Finalmente, Swoio se detuvo ante el miembro más antiguo del cuerpo diplomático, Uthacalthing Hombre-Amigo, el cónsul-embajador de Tymbrimi.

El alto ET llevaba una amplia túnica negra que acentuaba la palidez de su piel. La boca de Uthacalthing era muy pequeña y la extraña separación entre sus sombríos ojos parecía muy ancha. Sin embargo, la impresión de humanoide era muy fuerte. A Fiben siempre le había parecido que el representante del aliado principal de la Tierra estaba siempre a punto de reírse de algún chiste, gracioso o no. Uthacalthing, con su coronilla de pelo suave y oscuro, rodeada de zarcillos delicados y ondulantes, con sus manos largas y finas y su humor fácil, era el único ser en la meseta que parecía insensible a la tensión de la jornada. La sonrisa irónica del *tymbrimi* afectó a Fiben, mejorando momentáneamente su estado de ánimo.

*¡Al fin!* Fiben suspiró aliviado. Parecía que Swoio ya había terminado de una vez. Se volvió y subió a grandes pasos la rampa de la lancha que la aguardaba. Con una severa orden, el coronel Maiven indicó a la Guardia que se cuadrase. Fiben empezó a contar mentalmente el número de pasos que lo separaban de una sombra y una bebida fría. Pero era demasiado pronto para relajarse. Fiben no fue el único que gruñó por lo

bajo cuando la synthiana, al llegar a lo alto de la rampa, giró para dirigirse una vez más a los presentes.

Lo que ocurrió entonces, y el orden en que ocurrió, iba a dejar perplejo a Fiben mucho tiempo. Porque, justo en el instante en que los primeros tonos aflautados de galSeis surgían de la boca de Swoio, algo extraño se produjo al otro lado del campo de aterrizaje. Fiben sintió una comezón en la parte posterior de las órbitas de sus ojos y miró hacia la izquierda, a tiempo para ver un brillo de llamas junto a una de las patrulleras. Luego la pequeña nave pareció explotar.

No pensó siquiera en tirarse al suelo asfaltado, pero ahí es donde se encontró a continuación, intentando esconderse en la dura y pringosa superficie. *¿Qué es eso? ¿Un ataque enemigo tan pronto?*

Oyó a Simón resoplar violentamente, seguido de un coro de estornudos. Parpadeando para apartar el polvo de sus ojos, Fiben miró y vio que la pequeña nave patrullera aún existía. ¡No había explotado, después de todo!

Pero sus campos estaban fuera de control Fulguraban en un ensordecedor y cegador espectáculo de luz y sonido. Unos ingenieros con trajes protectores corrían para apagar el generador de posibilidades averiado de la nave, pero no lo consiguieron antes de que el ruido hubiese sacudido los sentidos de todos los presentes, desde el tacto y el olfato hasta la vista, pasando por el gusto, el oído y el sentido psi.

—Fiuuuu —silbó la chima que Fiben tenía a la izquierda, apretándose inútilmente la nariz—. *¿Quién ha tirado una bomba fétida?*

Al instante, Fiben supo, con una misteriosa certeza, que ella había acertado. Rodó por el suelo mientras veía cómo la embajadora synthiana arrugaba la nariz con asco y se le doblaban los bigotes de vergüenza, mientras se metía a toda prisa en su nave, abandonando toda dignidad, compostura y diplomacia. La escotilla se cerró con un golpe seco.

Finalmente alguien encontró la palanca adecuada e interrumpió la horrible sobrecarga, dejando sólo un cruel resabio y un silbido en los oídos. Los miembros de la Guardia de Honor se pusieron de pie, sacudiéndose el polvo y murmurando irritados. Algunos humanos y chimps aún temblaban parpadeando y bostezando con fuerza.

El único que no parecía afectado era el impasible y absorto embajador *thenanio*. Incluso Kault parecía perplejo ante ese comportamiento terráqueo tan poco habitual.

*Una bomba fétida, pensó Fiben. Una broma práctica de alguien.*

*Y me parece que ya sé de quién.*

Fiben miró a Uthacalthing con atención. Contempló al ser a quien se había dado el nombre de Hombre-Amigo y recordó cómo el flaco *tymbrimi* había sonreído a Swoio, la pequeña y pomposa synthiana, mientras ésta se lanzaba a su discurso final.

Sí, Fiben estaría dispuesto a jurar sobre un retrato de Darwin a que en ese mismo momento, antes de que la patrullera empezase a funcionar mal, la corona de zarcillos plateados de Uthacalthing se había erizado y el embajador había sonreído en anticipada diversión.

Fiben meneó la cabeza. A causa de sus famosas dotes psíquicas, ningún *tymbrimi* hubiese causado tal accidente por mera fuerza de voluntad.

Salvo que hubiese sido preparado de antemano.

La lancha synthiana se elevó entre un chorro de aire y cruzó la pista en vuelo raso hasta una distancia prudencial. Entonces, con un gran chirrido de gravíticos, la brillante nave ascendió al encuentro de las nubes.

A una orden del coronel Maiven, la Guardia de Honor se cuadró por última vez. La Coordinadora Planetaria y los dos enviados restantes pasaron revista a la formación.

Pudo haber sido su imaginación, pero Fiben estaba seguro de que durante un instante Uthacalthing había disminuido el paso justo frente a él, y que uno de esos amplios ojos, bordeados de plata, lo miró directamente.

Y el otro, lo guiñaba.

Fiben suspiró. *Muy divertido*, pensó, esperando que el emisario *tymbrimi* captase el sarcasmo de su mente.

*Dentro de una semana todos seremos tal vez carne muerta y humeante, y tú te dedicas a las bromas prácticas.*

*Muy divertido, Uthacalthing.*

### ATHACLENA

Los zarcillos se ondulaban alrededor de su cabeza, con malévola agitación. Athaclena hizo que su frustración y enojo chisporrotearan como electricidad estática en las puntas de las hebras plateadas. Sus extremos se agitaban como por voluntad propia, dando forma a su casi palpable resentimiento por algo...

Cerca de allí, uno de los humanos que esperaba audiencia con la Coordinadora Planetaria husmeó el aire y miró a su alrededor, asombrado. Se apartó de Athaclena sin saber muy bien por qué se sentía incómodo de repente. Tenía probablemente una natural, aunque primitiva empatía. Algunos hombres y mujeres eran vagamente capaces de comprender los empato-glifos *tymbrimi*, si bien muy pocos tenían la preparación necesaria para interpretar algo de las emociones imprecisas.

Alguien más había notado lo que hacía Athaclena. Al otro lado de la sala pública, en medio de un pequeño grupo de humanos, su padre levantó de pronto la cabeza. Su corona de zarcillos permanecía tranquila y quieta, pero Uthacalthing irguió la cabeza y se giró levemente para observarla, con una expresión entre intrigada y divertida.

Fue una reacción parecida a la de un padre humano que hubiera pescado a su hija dando patadas al sofá o murmurando malhumorada para sí misma. La esencia de la frustración era prácticamente la misma, pero Athaclena la expresaba a través de su aura *tymbrimi* en lugar de hacerlo con un berrinche externo. Al notar que su padre la miraba, replegó a toda prisa sus zarcillos ondulantes e hizo desaparecer el feo senso-glifo que había formado en su cabeza. Pero eso no borró su resentimiento. En medio de aquel grupo de terráqueos era difícil olvidarlo. *Caricaturas*, fue el pensamiento despectivo de Athaclena, sabiendo que era descortés e injusto a la vez. Naturalmente, los terráqueos no podían evitar ser lo que eran: una de las tribus más raras surgidas en el espectro galáctico en eones.

Pero eso no significaba que a ella tuvieran que gustarle.

Habría sido mejor que fuesen más alienígenas... en lugar de aumentadas versiones, extrañas y con los ojos estrechos de los *tymbrimi*. De una gran variedad de colores y tipos de cabello, de raras proporciones corporales, y a menudo hoscos y taciturnos, Athaclena siempre se sentía deprimida después de pasar un tiempo largo en su compañía.

*Otro pensamiento impropio de la hija de un diplomático.* Se reprendió a sí misma y trató de controlar sus Pensamientos. Después de todo, nadie podía culpar a los humanos por mostrar ahora su temor por una guerra, que no habían elegido, a punto de estallar sobre ellos.

Vio que su padre se reía ante algo que había dicho uno de los oficiales terráqueos

y se preguntó cómo lo conseguía. Cómo lo soportaba tan bien.

*Nunca aprenderé esos modales tan tranquilos, tan seguros.*

*Nunca seré capaz de lograr que esté orgulloso de mí.*

Athaclena deseaba que Uthacalthing terminase pronto con los terrestres para poder hablar a solas con él. Al cabo de pocos minutos llegaría Robert Oneagle a recogerla y quería intentar de nuevo persuadir a su padre de que no la mandase con el joven humano.

*Puedo ser útil. ¡Sé que puedo serlo! No tiene por qué llevarme a la montaña y mimarme como a un niño pequeño para que esté segura.*

Rápidamente se calmó antes de que otro glifo-de-resentimiento pudiera formarse en lo alto de su cabeza.

Necesitaba distracción, algo en que ocupar su mente mientras esperaba. Reprimiendo sus emociones, Athaclena se aproximó silenciosamente a dos oficiales humanos que conversaban gravemente con las cabezas bajas. Hablaban en inglés, la lengua más usada en la Tierra.

—Mira —decía el primero—. Todo lo que en realidad sabemos es que una de las naves de exploración de la Tierra se encontró con algo extraño y totalmente inesperado en uno de esos antiguos cúmulos estelares de las márgenes de la galaxia.

—Pero ¿qué fue? —preguntó el otro militar—. ¿Qué encontraron? Tú te dedicas a los estudios alienígenas, Alice. ¿No tienes ninguna idea de lo que descubrieron esos pobres delfines para que haya suscitado tanto jaleo?

—Lo ignoro. —La mujer terrestre se encogió de hombros—. Pero bastó un primer informe emitido por el *Streaker* para que los clanes más fanáticos de las Cinco Galaxias se enzarzaran en una lucha entre sí como no se había visto en megaaños. Los últimos despachos dicen que algunas de las escaramuzas son de gran dureza. Ya viste lo asustada que parecía esa synthiana, antes de decidir marcharse.

El otro humano asintió con tristeza. Ninguno de los dos habló durante unos instantes. La tensión que sentían hacía arquearse el espacio a su alrededor. Athaclena lo captó como un simple pero oscuro glifo de temor incierto.

—Es algo grande —dijo por fin el primer oficial, en voz baja—. Tiene que serlo.

Athaclena se alejó cuando sintió que los humanos se habían dado cuenta de su presencia. Desde que había llegado a Garth, había alterado la forma normal de su cuerpo cambiando su figura y sus rasgos para parecerse más a una muchacha terrícola. Sin embargo lo que esas manipulaciones podían conseguir tenía sus límites, aun cuando se usaran los métodos de inventiva corporales de los *tymbrimi*. En realidad, no había modo de disimular quién era.

Si se hubiera quedado, los humanos inevitablemente le hubieran preguntado su opinión como *tymbrimi* acerca de la actual crisis, y aborrecía tener que decir a los humanos que sabía tanto como ellos.



Athaclena encontró la situación amargamente irónica. Una vez más, las razas de la Tierra estaban en una posición conspicua, como lo habían estado siempre desde el famoso asunto del «*Navegante Solar*», hacía dos siglos. Esta vez, una crisis interestelar se había desatado por causa de la primera nave espacial tripulada por neodelfines.

La segunda raza pupila de la Humanidad no tenía más de dos siglos; era más joven incluso que los neochimpancés. Cómo encontrarían los cetáceos espaciales una solución al conflicto que sin querer habían creado, era una pregunta que estaba en la mente de todos. Pero las repercusiones estaban ya recorriendo la mitad de la Galaxia Central, llegando a aislados mundos coloniales como Garth.

—Athaclena...

Se volvió. Uthacalthing estaba muy cerca de ella y la miraba con benévola preocupación.

—¿Estás bien, hija?

Se sentía tan pequeña en presencia de Uthacalthing... Athaclena no podía evitar sentirse intimidada, aunque él siempre se mostraba muy amable. Su arte y disciplina eran tan grandes que ella ni siquiera lo había sentido llegar hasta que le tocó la manga de su túnica. Incluso entonces, todo lo que se podía captar en su compleja aura era el remolineante empato-glifo llamado *caridouo*... el amor paternal.

—Sí, padre, estoy... bien.

—Perfecto. Entonces, ¿ya has hecho el equipaje y estás lista para la expedición?

Él hablaba en inglés, pero ella contestó en dialecto *tymbrimi* galáctico-Siete.

—Padre, no quiero ir a las montañas con Robert Oneagle.

—Creía que Robert y tú erais amigos —repuso Uthacalthing frunciendo el ceño.

Las fosas nasales de Athaclena se enrojecieron de frustración. ¿Por qué Uthacalthing la malinterpretaba adrede? Él tenía que saber que el hijo de la Coordinadora Planetaria era incuestionable como compañero. Entre los jóvenes humanos de Puerto Helenia, Robert era lo más parecido a un amigo.

—En parte, por el bien de Robert te pido que recapacites —le dijo a su padre—. Está avergonzado de que le hayan ordenado hacer de niñera, tal como dicen por ahí, mientras sus camaradas y condiscípulos están en la milicia preparándose para la guerra. Y por cierto, no se le puede culpar por su resentimiento.

Cuando Uthacalthing iba a hablar, ella se apresuró a seguir:

—Además, padre, no quiero dejarte. Reitero mis argumentos-de-lógica anteriores, en los que te explicaba lo útil que puedo serte en las próximas semanas. Y, asimismo, ahora añado a ellos este ofrecimiento.

Con sumo cuidado, se concentró en formar el glifo que había compuesto antes, ese mismo día. Lo había llamado *ke'ipatía*... una súplica, surgida del amor, que le permitiera afrontar el peligro al lado del amor. Sus zarcillos temblaron encima de sus

orejas y la forma vibró ligeramente sobre su cabeza al tiempo que empezaba a girar.

Pero, finalmente, se estabilizó. Ella lo dirigió hacia el aura de su padre. En aquel momento, Athaclena ni siquiera se preocupó por el hecho de estar en una habitación llena de corpulentos humanos de lisas frentes y de sus pequeños pupilos, los peludos chimps. Lo único que importaba en el mundo eran ellos dos, y el puente que ella anhelaba tender sobre el vacío.

*Ke'ipatía* cayó en los zarcillos de espera de Uthacalthing y allí empezó a girar, brillando cada vez más a medida que éste lo reconocía. Athaclena soltó un grito ahogado ante su repentina belleza, pues vio que había aumentado más allá de su propio arte.

Luego el glifo descendió, como una niebla suave en el rocío del alba, para cubrir centelleante la corona de su padre.

—¡Qué hermoso regalo! —La voz de éste era dulce y ella supo que lo había conmovido.

*Pero...* supo igualmente que su decisión no había cambiado.

—Voy a ofrecerte un reconocimiento mío —le dijo a su hija. Y sacó de la manga una pequeña caja dorada con los cierres de plata—. Tu madre, Mathicluanna, quiso que recibieras esto cuando estuvieses dispuesta a considerarte a ti misma como adulta. Y aunque no hemos hablado aún de tal fecha, creo que ha llegado el momento de que lo poseas.

Athaclena parpadeó, perdida de improviso en un torbellino de emociones. Cuántas veces había querido saber lo que su fallecida madre le había legado. Y sin embargo, ahora necesitaba toda la fuerza de voluntad para hacerse cargo del pequeño cofre.

Uthacalthing no hubiera hecho eso si pensase que con toda probabilidad volverían a reunirse.

—¡Estás planeando luchar! —dijo en un susurro a darse cuenta.

En realidad Uthacalthing se encogió de hombros, ese gesto humano de indiferencia momentánea.

—Los enemigos de los humanos son también mis enemigos, hija. Los terráqueos son valientes pero, al fin de cuentas, son sólo lobeznos. Necesitarán mi ayuda.

En su voz había irrevocabilidad, y Athaclena sabía que cualquier otra palabra suya de protesta lo único que conseguiría sería hacerla parecer estúpida a sus ojos. Unieron las manos sobre el cofre, entrelazando sus largos dedos, y así salieron en silencio de la habitación. Por unos breves instantes pareció que no eran dos sino tres, ya que la reliquia tenía algo de Mathicluanna. El momento era a la vez dulce y doloroso.

Los guardias de la milicia neochimp se pusieron firmes y abrieron para ellos las puertas del edificio del Ministerio. Ambos salieron a la diáfana luz solar de la joven

primavera. Uthacalthing acompañó a Athaclena hasta la acera, donde se encontraba su mochila. Se soltaron las manos y ella se quedó, allí, sujetando el cofre de su madre.

—Ahí viene Robert, absolutamente puntual —dijo Uthacalthing protegiéndose los ojos de la luz—. Su madre dice que no lo es, pero nunca lo he visto llegar tarde cuando se trata de algo importante.

Un desvencijado vehículo flotador se acercaba por la larga calzada de grava, pasando junto a las limusinas y coches del personal del ejército. Uthacalthing se volvió hacia su hija.

—Intenta disfrutar de las Montañas de Mulum. Yo ya las he visto, son muy hermosas. Considéralo una oportunidad, Athaclena.

—Haré lo que me pides, padre —asintió ella—. Ocuparé mi tiempo mejorando mis conocimientos de ánglico y de los patrones emocionales de los lobeznos.

—Bien. Y mantén los ojos bien abiertos ante cualquier posible pista o indicio de los legendarios *garthianos*.

Athaclena frunció el ceño. El interés de su padre en las extrañas leyendas lobeznas últimamente empezaba a parecer una fijación. Y sin embargo, nadie podía saber cuándo Uthacalthing hablaba en serio o estaba simplemente preparando una broma complicada.

—Estaré atenta a esos indicios, aunque esas criaturas son en verdad míticas.

—Ahora debo irme. —Uthacalthing sonrió—. Mi amor viajará contigo. Será como un pájaro, revoloteando —imitó la acción con sus manos— sobre tu hombro.

Sus zarcillos se tocaron brevemente y luego él se marchó, volviendo sobre sus pasos para reunirse con los preocupados colonos. Athaclena se quedó allí, preguntándose por qué su padre, al separarse, había utilizado una metáfora humana tan grotesca.

*¿Cómo puede el amor ser un pájaro?*

Uthacalthing era a veces tan raro que la asustaba incluso a ella.

Cuando el coche flotador se posó junto al arcén hubo un crujido de grava. Robert Oneagle, el joven humano de cabello oscuro que iba a ser su compañero en el exilio, sonrió y la saludó desde detrás del timón de su máquina, pero era fácil darse cuenta de que la alegría de su semblante era superficial, que la adoptaba por el bien de Athaclena. En el fondo, Robert se sentía casi tan infeliz como ella ante ese viaje. El destino, y las órdenes imperiosas de los adultos los habían lanzado juntos en una dirección que ninguno de los dos hubiera elegido.

El tosco glifo que formó Athaclena, invisible para Robert, era algo más que un suspiro de resignación y derrota. Pero mantuvo las apariencias con una sonrisa de tipo terráqueo cuidadosamente trazada.

—Hola, Robert —dijo, cogiendo la mochila.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de la Idoneidad ahuecó su pelusa, mostrando, en las raíces de su plumaje todavía blanco, el brillo centelleante que presagiaba realeza. Con orgullo, el Suzerano de la Idoneidad saltó a la Percha de la Proclama y trino reclamando atención.

Las naves de guerra de la Fuerza Expedicionaria seguían aún en el interespacio, entre los niveles del mundo, aunque la batalla no era, por el momento, inminente. Debido a esto, el Suzerano de la Idoneidad era todavía influyente y podía interrumpir las actividades de la tripulación del buque insignia.

Al otro lado del puente, el Suzerano de Rayo y Garra levanto la vista en su Percha de Mando. El almirante compartía con el Suzerano de la Idoneidad el brillante plumaje del dominio. Sin embargo, no era cuestión de interferir cuando estaba a punto de hacerse una proclama religiosa. De repente, el almirante interrumpió la serie de órdenes que había estado dando a los subordinados y adoptó una actitud de atenta reverencia.

En todo el puente, el clamor ruidoso de los ingenieros y astronautas *gubru* disminuyó hasta convertirse en murmullo. Asimismo, los cuadrúpedos pupilos *kwackoo* cesaron sus arrullos y se dispusieron a escuchar.

El Suzerano de la Idoneidad seguía esperando. No sería correcto empezar hasta que estuvieran presentes los Tres. Se abrió una escotilla. Por ella apareció el último maestro de la expedición, el tercer miembro del Triunvirato. Como era de rigor, el Suzerano de Costes y Prevención lucía el toque negro de la suspicacia y la duda cuando entró en escena seguido de un pequeño grupo formado por sus contables y burócratas y buscó una percha confortable donde instalarse.

Durante unos instantes, sus ojos se encontraron desde los dos extremos del puente. La tensión entre los Tres había ya empezado y en los días y meses por venir crecería, hasta el día en que finalmente se lograra el consenso, cuando mudaran la pluma y surgiera una nueva reina.

Era emocionante, sexual, vivificante. Ninguno de ellos sabía cómo iba a terminar. El Suzerano de Rayo y Garra empezaba con ventaja, porque esta expedición se iniciaba con la guerra. Pero esta ventaja no tenía por qué durar. Este momento, por ejemplo, pertenecía indudablemente al clero.

Todos los picos se volvieron en su dirección cuando el Suzerano de la Idoneidad se irguió y dobló una pata, luego la otra y se dispuso a expresarse. En seguida empezó a crecer un grave canturreo entre las aves allí reunidas.

Zzooon.

—Nos lanzamos a una misión, una sagrada misión —cantó el Suzerano.

Zzooon.

Lanzados a esta misión, debemos perseverar.

Zzooon.

—Perseverar para llevar a cabo cuatro grandes tareas.

Zzooon.

—Tareas que incluyen la Conquista por la gloria de nuestro Clan, zoon.

ZZooon.

—Conquista y Coerción de modo que podamos obtener el Secreto, el Secreto que los animales terráqueos tienen asido entre las garras, asido para protegerlo de nosotros, zzooon.

ZZooon.

—Conquista, Coerción y una Estratagema de Eliminación sobre nuestros enemigos, ganando honor y sometiendo a nuestros rivales a la vergüenza, evitando nuestra propia vergüenza, zzooon.

ZZooon.

—Evitar la vergüenza así como la Conquista y la Coerción, y al final, al final, demostrar nuestro mérito, nuestro mérito ante nuestros ancestros, nuestro mérito ante los Progenitores, cuyo tiempo de regreso está próximo, cuyo tiempo de regreso está en nuestras mentes, cuyo tiempo de regreso ha llegado sin duda.

Nuestro mérito de Supremacía, zzzoooon.

El estribillo fue entusiasta.

—¡ZZzooon!

Los otros dos Suzeranos se inclinaron con respeto ante el sacerdote y la ceremonia llegó oficialmente a su fin. Los soldados de Garra y los astronautas volvieron al trabajo de inmediato. Pero mientras los burócratas y los funcionarios civiles se retiraban a sus protegidas oficinas, se les pudo oír cantar, con claridad pero en voz baja:

—Todo... todo... todo eso. Pero una cosa, una cosa más... Antes que nada... la supervivencia del nido...

El sacerdote alzo la mirada y vio un centelleo en el ojo del Suzerano de Costes y Prevención. Y en ese instante supo que su rival había ganado un sutil aunque importante punto. Había triunfo en su otro ojo al tiempo que hacía de nuevo la reverencia y murmuraba en voz baja.

—Zoon.

### ROBERT

Las salpicaduras de luz solar abrían brechas en la capota de lluvia del bosque iluminando zonas con colores brillantes en el sombrío camino cruzado de enredaderas. Los fieros vientos de mitad de invierno habían remitido hacía unas semanas, pero una dura brisa servía de recordatorio de aquellos días, haciendo que las ramas se inclinasen y oscilaran y que en su agitación dejasen caer gotas de la lluvia de la noche anterior. Las gotitas producían unos gruesos tintineos cuando caían en los pequeños charcos sombríos.

Había silencio en las montañas que dominaban el Valle del Sind. Tal vez más silencio del que suele haber en un bosque. La foresta era exuberante, y sin embargo su belleza superficial enmascaraba una enfermedad, una desazón que provenía de antiguas heridas. Aunque el aire transportaba una profusión de olores fecundos, uno de los más fuertes era un sutil indicio de descomposición. No se necesitaba la más mínima empatía para saber que se trataba de un lugar triste. Un mundo melancólico.

De un modo indirecto, era esa tristeza lo que había traído aquí a los terráqueos. La Historia no había escrito aún el último capítulo sobre Garth, pero el planeta estaba ya en la lista, en una lista de mundos moribundos.

Un haz de luz iluminó un abanico de enredaderas multicolores que colgaban en aparente desorden de las ramas de un árbol gigante. Robert Oneagle señaló en aquella dirección.

—Tal vez quieras examinarlas, Athaclena —dijo—. Pueden ser adiestradas ¿sabes?

La joven *tymbrimi* levantó los ojos de una flor parecida a una orquídea que estaba examinando. Siguió su indicación mirando más allá de las brillantes columnas oblicuas de luz. Habló despacio, en un inglés cargado de acento aunque bien articulado.

—¿Pueden ser adiestradas, Robert? Yo sólo veo enredaderas.

—Esas enredaderas, Athaclena, son realmente sorprendentes —sonrió Robert.

Athaclena frunció el ceño con una expresión muy humana, a pesar de la amplitud de sus ojos ovales y el verde moteado de oro de sus inmensos iris alienígenas. Su delicada mandíbula, ligeramente curvada, y sus cejas angulares hicieron que su expresión pareciese un poco irónica.

Como era natural, a Athaclena, por ser hija de un diplomático, se le había enseñado a asumir unas expresiones cuidadosamente controladas cuando estaba en compañía de los humanos. Sin embargo, Robert estaba convencido de que su

expresión ceñuda obedecía a un genuino asombro. Cuando habló, un leve sonsonete en su voz parecía indicar que el ánglico, en cierto modo, la limitaba.

—Robert, no querrás decir que esas enredaderas colgantes son presensitivas ¿verdad? Hay unas cuantas razas sofotes autotróficas, es cierto, pero esta vegetación no muestra ninguna de sus características. Además... —su expresión ceñuda se intensificó a medida que se concentraba. Por encima de las orejas, su corona de pelo *tymbrimi* se agitaba al tiempo que los zarcillos plateados se ondulaban inquisitivos—. Además no puedo notar emisiones emocionales procedentes de ellas.

—No, claro que no puedes —sonrió Robert—. No he querido decir que tengan ningún Potencial de Elevación, ni siquiera un sistema nervioso *per se*. Son sólo plantas del bosque que nacen con la lluvia. Pero tienen un secreto. Ven, te lo mostraré.

Athaclena asintió, otro gesto que podía ser o no originariamente *tymbrimi*. Con cuidado volvió a dejar en su sintió la flor que había estado examinando y se puso en pie con un grácil y fluido movimiento.

El cuerpo de la muchacha alienígena era esbelto. Las proporciones de sus brazos y piernas, distintas de las humanas; las pantorrillas más largas y los muslos más cortos, por ejemplo. Su pelvis fina y articulada se ensanchaba a partir de una estrechísima cintura. Para Robert, la chica se movía con un aire felino que lo había cautivado desde que ella llegó a Garth, hacía medio año.

Que los *tymbrimi* eran mamíferos, podía saberlo por el contorno de sus pechos superiores, provocadoramente visibles incluso bajo su suave traje de campaña. Por sus estudios sabía que Athaclena tenía dos pares más y también una bolsa como la de los marsupiales. Pero en aquel momento éstos no se veían. Parecía mucho más humana, o élfica, que alienígena.

—Muy bien, Robert. Le prometí a mi padre que sacaría el máximo provecho de este exilio forzoso. Muéstrame más maravillas de este pequeño planeta.

El tono de su voz era tan grave, tan resignado, que Robert decidió que tenía que estar exagerando. El toque teatral la hacía parecer una adolescente humana, y esto, de por sí, era un poco irritante. Él abrió el camino hacia el grupo de enredaderas.

—Es por aquí, donde convergen con el suelo del bosque.

La corona de Athaclena, el casco de pelo castaño que empezaba en un estrecho trazo de vello en la base de la columna y ascendía por la nuca para terminar en pico sobre el caballete de su fuerte nariz, estaba ahora encrespada en sus extremos. Sobre las lisas y suavemente redondeadas orejas, los cilios de su corona *tymbrimi* se ondulaban como si ella estuviera tratando de discernir en el claro del bosque cualquier indicio de conciencia que no fuera la de ellos.

Robert se recomendó a sí mismo no sobrestimar los poderes mentales de los *tymbrimi* como hacían los humanos tan a menudo. Los esbeltos galácticos tenían una

habilidad impresionante para detectar las emociones fuertes y se les atribuía un talento especial para crear una forma de arte a partir de la propia empatía. Sin embargo, la verdadera telepatía no era más común entre los *tymbrimi* que entre los terrestres.

Robert tuvo que imaginar en qué estaría pensando ella. ¿Podía saber que, desde que habían partido juntos de puerto Helenia, la fascinación que le causaba había aumentado? Esperaba que no. Era un sentimiento que ni siquiera él mismo estaba seguro de querer admitir que existiera.

Las enredaderas estaban formadas por ramas gruesas y fibrosas, con unas protuberancias nudosas aproximadamente cada medio metro. Procedentes de diversas direcciones, convergían en este claro del bosque.

Robert apartó un grupo de ramas multicolores para mostrar a Athaclena que todas ellas terminaban en una única y pequeña charca de agua turbia.

—Estas charcas —explicó—, se encuentran en todo este continente, conectadas entre sí por esta vasta red de enredaderas. Juegan un papel vital en el ecosistema pluvial del bosque. En las proximidades de los estanques, donde las enredaderas cumplen su cometido, no crecen otros arbustos.

Athaclena se arrodilló para poder verlo mejor. Su corona seguía moviéndose y parecía interesada.

—¿Por qué la charca tiene ese color? ¿Hay alguna impureza en el agua?

—Sí, exactamente eso. Si tuviéramos un equipo de análisis podría llevarte de una charca a otra y demostrarte que cada una de ellas posee una ligera sobreabundancia de un elemento transmisor o químico distinto. Las enredaderas parecen formar una red entre los árboles gigantes, que transporta los elementos nutritivos abundantes en una zona, a otras en las que no existen.

—¡Un tratado de intercambio! —El pelo de Athaclena se expandió en una de las pocas expresiones puramente *tymbrimi* que Robert conocía sin temor a equivocarse, era la primera vez desde que salieran juntos de la ciudad que la veía verdaderamente excitada por algo.

Se preguntó si en ese momento estaría formando un «empato-glifo», esa extraña forma de arte que algunos humanos juraban percibir y hasta ser capaces de aprender a comprender un poco. Robert sabía que los livianos zarcillos de la corona *tymbrimi* estaban de alguna forma implicados en el proceso. Una vez, al acompañar a su madre a una recepción diplomática, notó algo que tuvo que ser un glifo flotando, al parecer, por encima del pelo de Uthacalthing, el embajador *tymbrimi*.

Había sido una extraña y fugaz sensación... como si hubiera captado algo que sólo pudiera verse con el punto ciego de la retina y que desaparecía cada vez que intentaba enfocarlo. Luego, con la misma rapidez que la había percibido, la visión se desvaneció. Al final se quedó con la duda de no saber si sólo había sido su



imaginación.

—La relación es simbiótica, por supuesto —afirmó Athaclena, y Robert parpadeó. Se estaba refiriendo a las enredaderas, por supuesto.

—Sí, has acertado de nuevo. Las enredaderas toman sus alimentos de los grandes árboles y a cambio transportan las sustancias nutritivas que las raíces de los árboles no pueden obtener debido a la pobreza del suelo. Además, se llevan las toxinas y se deshacen de ellas muy lejos. Las charcas como ésta sirven de bancos en los que se reúnen las enredaderas para abastecerse e intercambiar importantes sustancias químicas.

—Increíble —Athaclena examinaba las radículas—. Imitan el modelo de intercambio movido por el propio interés, típico de los seres sensitivos. Supongo que es lógico que las plantas hayan desarrollado esta técnica en algún lugar, en algún momento. Creo que los *kanten* debieron de haber empezado de esa manera antes de que los jardineros *linten* los elevaran y los convirtieran en viajeros del espacio.

»¿Está catalogado este fenómeno? —Alzó la vista para mirar a Robert—. Se supone que los *Z'Tang* estudiaron Garth para los Institutos antes de que el planeta os fuera cedido a vosotros, los humanos. Me sorprende que nunca hayas oído hablar de esto.

—Seguro, el informe *Z'Tang* —Robert se permitió un amago de sonrisa— a la Gran Biblioteca menciona las propiedades de transferencia química de las enredaderas. Una parte de la tragedia de Garth residió en que la red parecía estar al borde del colapso total antes de que le fuese concedido a la Tierra el derecho de arrendamiento. Y si eso llega a ocurrir realmente, la mitad de este continente se convertirá en un desierto.

»Pero los *Z'Tang* omitieron algo crucial. Al parecer, nunca se dieron cuenta de que las enredaderas se mueven por el bosque muy despacio, a la búsqueda de nuevos minerales para sus árboles anfitriones. El bosque, como comunidad activa de intercambio, se adapta. Cambia. Existe la esperanza fundada de que con un pequeño y adecuado toque de ayuda aquí y allá, la red pueda convertirse en la pieza clave para el restablecimiento de la ecósfera del planeta. Si ocurre así, tal vez podamos conseguir un beneficio sustancial vendiendo la técnica a grupos de otros lugares.

Él esperaba verla complacida pero cuando Athaclena dejó caer de nuevo las radículas en el agua oscura le habló con frialdad:

—Pareces muy orgulloso de haber pillado en falta a una raza antigua tan intelectual y escrupulosa como los *Z'Tang*, Robert. Como diría una de vuestras teledramas: «Se ha visto una vez más a los ETs y a su Biblioteca sumidos en el error» ¿No?

—Espera un momento. Yo...

—Dime una cosa, ¿pretendéis los humanos acaparar esta información

regocijándoos de vuestra inteligencia cada vez que repartáis beneficios? ¿U os vais a pavonear proclamando a los cuatro vientos lo que toda raza sensitiva ya sabe, que la Gran Biblioteca no es ni ha sido nunca perfecta?

Robert frunció el ceño. El estereotipo de *tymbrimi*, tal como lo describían los terrestres, era adaptable, sabio y travieso. Pero en aquellos momentos Athaclena parecía más una joven fem irritable y discutidora de armas tomar. Era cierto que los terrestres habían ido demasiado lejos con sus críticas de la civilización galáctica. Al ser la primera raza «lobezna» conocida en los últimos cincuenta megaaños, muchas veces los humanos alardeaban demasiado de ser la única raza viviente que se había lanzado al espacio sin la ayuda de nadie. ¿Qué necesidad tenían de dar por seguro todo lo que se hallaba en la Gran Biblioteca de las Cinco Galaxias? Los medios de comunicación populares de la Tierra tendían a fomentar una actitud de desdén hacia los alienígenas que preferían consultar las informaciones antes que descubrirlas por sí mismos.

Había motivos para fomentar esta postura. La alternativa según los científicos psicólogos de Terragens, sería un aplastante complejo de inferioridad. El orgullo era algo vital para el único clan «en retroceso» del universo conocido. Era una posición que estaba a mitad de camino entre la Humanidad y el desespero.

Por desgracia, esta actitud había también alejado a algunas especies que de otro modo serían amigas de los humanos.

Pero al fin y al cabo ¿eran las gentes de Athaclena tan inocentes? También los *tymbrimi* tenían fama de encontrar pretextos para no seguir la tradición y de no estar satisfechos con lo que habían heredado del pasado.

—¿Cuándo aprenderéis los humanos que el universo es peligroso, que hay muchos clanes antiguos y poderosos que detestan a los advenedizos, especialmente a los recién llegados que con brusquedad provocan cambios sin comprender las posibles consecuencias?

Ahora Robert sabía a qué se estaba refiriendo Athaclena, cuál era la verdadera causa de su enojo. Se puso de pie sacudiéndose el polvo de las manos.

—Mira, ninguno de nosotros sabe qué está ocurriendo en realidad ahora mismo en la galaxia. Pero difícilmente puede ser culpa nuestra que una nave estelar tripulada por delfines...

—El *Streaker*.

—... que el *Streaker* haya descubierto algo extraño, algo que ha pasado inadvertido todos estos eones.

»¡Cualquiera hubiese podido tropezarse con ello! Demonios, Athaclena. Ni siquiera sabemos qué han descubierto esos pobres neodelfines. Lo último que se ha sabido es que los están persiguiendo desde el punto de transferencia de Morgran hacia sólo Ifni sabe dónde por veinte flotas diferentes, todas ellas luchando por el

derecho de capturar la nave. Robert se dio cuenta de que su corazón latía con fuerza. Los puños apretados eran un indicio de la cantidad de tensión que estaba enraizada en ese tema. Después de todo, siempre resulta frustrante que el universo amenace con caerse encima, pero lo es mucho más si los acontecimientos que lo han provocado tienen lugar a kilo parsecs de distancia, en medio de tenues estrellas rojas que ni siquiera se ven desde casa.

Los ojos de párpados oscuros de Athaclena se encontraron con los suyos y, por primera vez, pudo notar en ellos un toque de comprensión. Su mano izquierda de largos dedos se movió en sentido rotatorio.

—He oído todo lo que has dicho, Robert, y sé que muchas veces juzgo las cosas demasiado deprisa. Es un defecto que mi padre me insta constantemente a superar. Pero tienes que recordar que nosotros, los *tymbrimi*, hemos sido los protectores y aliados de la Tierra desde que vuestras grandes, viejas y lentas naves entraron en nuestra zona del espacio, hace ochenta y nueve *paktaars*. A veces resulta pesado, y debes perdonar si en alguna ocasión lo demostramos.

—¿Qué es lo que resulta pesado? —Robert estaba confundido.

—Bueno, el que desde el Contacto hayamos tenido que aprender y soportar ese conjunto de chasquidos y gruñidos lobeznos a los que tenéis el descaro de llamar lenguaje.

La expresión de Athaclena era apacible, pero Robert creyó que podía sentir en aquel momento un leve algo que emanaba de sus zarcillos ondulantes. Parecía querer significar lo que una muchacha humana expresaría con una sutil expresión facial. Evidentemente le estaba tomando el pelo.

—Ja, ja. Muy divertido. —Clavó la vista en el suelo.

—Pero, en serio, Robert, ¿no hemos estado, durante las siete generaciones pasadas desde el Contacto, aconsejándoos a los humanos y a vuestros pupilos que vayáis despacio? El *Streaker* no tendría que haber estado curioseando en sitios a los que no pertenecía, al menos mientras vuestro pequeño clan de razas sea tan joven y desvalido. No podéis seguir metiendo las narices en las reglas para ver cuáles son rígidas y cuáles son blandas.

—Más de una vez eso nos ha supuesto una recompensa.

—Sí, pero vuestros, ¿cómo es la palabra adecuada?, vuestros tejados pueden caer sobre vuestras casas.

»Robert, los fanáticos no desistirán ahora que sus pasiones están enaltecidas. Perseguirán la nave de los delfines hasta que la capturen. Y si no pueden conseguir su información de este modo, otros clanes poderosos como los *jofur* y los *soro* buscarán algún medio de alcanzar sus objetivos.

Las motas de polvo centelleaban dentro y fuera de los estrechos haces de luz solar. Unos charcos dispersos de agua de lluvia brillaban cuando los rayos de luz los

alcanzaban. En silencio, Robert frotaba con los pies el blando humus sabiendo perfectamente bien a qué se refería Athaclena.

Si los *jofur*, los *soro*, los *gubru* y los *tandu*, esas poderosas razas galácticas que habían demostrado tantas veces su hostilidad a la Humanidad, fracasaban en su intento de capturar al *Streaker*, su siguiente paso sería obvio.

Tarde o temprano, algunos de los clanes dirigirían su atención a Garth, Atlast o Calafia, los destacamentos terrestres más alejados y desprotegidos, en busca de rehenes para apoderarse del misterioso secreto de los delfines. Era una táctica incluso permisible dentro de las flexibles estructuras establecidas por el Instituto Galáctico para las contiendas civilizadas.

*¡Vaya civilización!*, pensó Robert con amargura. Lo que resultaba irónico es que los delfines ni siquiera se comportarían tal como los pedantes galácticos esperaban de ellos.

De acuerdo con la tradición, las razas pupilas debían fidelidad y lealtad a sus tutores, las razas de viajeros especiales que los habían elevado a una completa sensibilidad. Los humanos lo habían hecho con los chimpancés *pan* y con los delfines *tursiop*, antes incluso del Contacto con otros alienígenas viajeros del espacio. Al hacerlo, la Humanidad había imitado sin saberlo los modelos que habían regido en las Cinco Galaxias al menos durante tres mil millones de años.

Según la tradición, los pupilos servían a sus tutores durante mil siglos o más, hasta que el contrato de aprendizaje terminaba y les permitía a su vez buscar nuevos pupilos. Pocos clanes galácticos creían o comprendían cuánta libertad les habían dado los humanos de la Tierra a los delfines y a los chimps. Era difícil saber lo que harían los neodelfines de la tripulación del *Streaker* si los humanos eran tomados como rehenes. Pero, al parecer, eso no iba a hacer desistir a los ETs de intentarlo. Los puestos de escucha distantes habían confirmado lo peor. Las flotas de guerra estaban acercándose a Garth en el mismo momento en que él y Athaclena estaban allí hablando.

—¿Qué tiene más valor, Robert —Athaclena preguntaba con suavidad—, esa colección de cascos espaciales antiguos que se supone que los delfines han encontrado, objetos que no tienen ningún significado para un clan joven como el vuestro, o vuestros mundos, con sus granjas, parques y ciudades-órbitas? No puedo comprender la lógica de vuestro Concejo de Terragens, al ordenar al *Streaker* que guarde su secreto, cuando vosotros y vuestros pupilos estáis tan indefensos.

Robert volvió a clavar los ojos en el suelo. No tenía ninguna respuesta para ella. Contemplado de ese modo, parecía ilógico. Pensó en sus condiscípulos y amigos, reuniéndose para ir a la guerra sin él, a pelear por unos intereses que ni siquiera comprendían. Era muy duro.

Para Athaclena resultaba igualmente difícil, alejada de su padre, atrapada en un

mundo extraño cuyas disputas poco o nada tenían que ver con ella. Robert decidió concederle la última palabra. Por otro lado, había visto más que él del universo y además tenía la ventaja de proceder de un clan más antiguo y de un estatus más alto.

—Tal vez tengas razón —le dijo—. Tal vez tengas razón.

*Pero tal vez, se dijo mientras le ayudaba a levantar su mochila y se ponía la propia a la espalda para la siguiente etapa de su viaje, tal vez una joven tymbrimi puede ser tan ignorante y testaruda como un humano joven, cuando está un poco asustada y lejos de su hogar.*

## FIBEN

—*Patrullera TAASF Bonobo llamando a patrullera Procónsul... Fiben, estás de nuevo fuera de sincronización. Vamos, viejo chimp, intenta arreglarlo, ¿quieres?*

Fiben luchaba con los controles de su vieja nave espacial de fabricación alienígena. Sólo el micrófono abierto le impedía expresar su frustración de un modo irreverente. Finalmente, golpeó desesperado el panel de mandos provisional que los técnicos habían instalado en Garth.

¡Funcionó! Una luz roja se apagó al tiempo que los nonios de antigravedad se liberaron. Fiben suspiró. *¡Por fin!* Por supuesto, su placa de protección visual, con todo aquel esfuerzo, se había empañado.

—Después de todo ese tiempo, uno pensaría que podrían crear un traje de mono decente —gruñó mientras ponía en marcha el desempañador. No había pasado más de un minuto antes de que las estrellas reaparecieran.

—*¿Qué es eso, Fiben? ¿Qué has dicho?*

—He dicho que tendré este trasto en línea a tiempo. Los ETs no se decepcionarán.

El argot popular para designar a los alienígenas galácticos tenía su raíz en la abreviación de la palabra «extraterrestres». Pero a Fiben también le hacía pensar en la comida.<sup>[1]</sup> Había subsistido con la pasta de la nave durante días. ¡Hubiera dado cualquier cosa por un buen pollo fresco y un bocadillo de hojas de palmito! Había subsistido con la pasta de la nave durante días. ¡Hubiera dado cualquier cosa por un buen pollo fresco y un bocadillo de hojas de palmito!

Los especialistas en nutrición estaban siempre pendientes de controlar el apetito de los chimps. Decían que comer demasiado era malo para la presión sanguínea. Fiben suspiró.

*Heck, me conformaría con un bote de mostaza y la última edición del Times de Puerto Helenia, pensó.*

—*Dime, Fiben, tú estás siempre al día de los últimos rumores. ¿Hay alguien que sepa ya quién nos está invadiendo?*

—Bueno, conozco una chima en la oficina de la Coordinadora que me ha dicho que tiene una amiga en el Servicio de Inteligencia que piensa que son los bastardos de los soro o tal vez los tandu.

—*¡Tandu! Espero que estés bromeando.* —Simón parecía estupefacto y Fiben tuvo que darle la razón. Hay cosas que no debían ni siquiera pensarse.

—Bueno, supongo que sólo se trata de un grupo de jardineros Unten que viene a visitarnos para ver si tratamos a las plantas adecuadamente.

Simón rió y Fiben se sintió contento. Tener un piloto de flanco alegre era mejor

que cobrar la mitad de la paga de un oficial de la reserva.

Encaminó su pequeño esquife espacial hacia la trayectoria asignada. La patrullera, que había sido adquirida a un chatarrero *xatinni* que estaba de paso, era en realidad algo más vieja que su propia raza sapiente. Mientras sus ancestros estaban todavía acosando mandriles en los árboles africanos, esta nave guerrera había contemplado acciones bajo distantes soles, pilotada por manos, garras o tentáculos de otras pobres criaturas igualmente predestinadas a las escaramuzas y muertas en inútiles batallas interestelares.

A Fiben se le habían concedido sólo dos semanas para estudiar los gráficos y recordar la suficiente escritura galáctica para leer los instrumentos. Por fortuna, los diseños habían cambiado lentamente en la eónica cultura galáctica y había elementos básicos que muchas naves espaciales tenían en común.

Una cosa era cierta, la tecnología galáctica era impresionante. Las mejores naves de la Humanidad todavía se compraban, no eran de fabricación terrestre. Y a pesar de que este viejo cacharro era defectuoso y decrépito, probablemente seguiría existiendo después de que él muriera.

Alrededor de Fiben centelleaban brillantes campos estelares, salvo en el punto en que la negrura de la nébula Spoon oscurecía la gruesa banda del disco galáctico. En esa dirección se encontraba la Tierra, el hogar que Fiben no había visto nunca y que ahora, probablemente, nunca vería.

En el otro lado, Garth era un brillante resplandor verde sólo a tres millones de kilómetros a sus espaldas. La pequeña flota de este planeta era demasiado diminuta para cubrir los distantes puntos de transferencia hiperespaciales, o incluso el sistema interno. Su grupo de patrulleras destartadas, los minadores de meteoritos y sus cargueros, más tres modernas corbetas, difícilmente eran adecuados para cubrir el propio planeta.

Por suerte Fiben no estaba al mando de ella, de modo que no tenía que ocupar su mente en lo desesperanzado de sus expectativas. Lo único que debía hacer era cumplir su misión y esperar. No planeaba dedicar su tiempo a contemplar la aniquilación.

Intentó distraerse pensando en la familia Throop, el pequeño clan de participación de la isla Quintana que lo había invitado hacía poco a que se uniese a ellos en sus grupos de matrimonio. Para un chimp moderno, era una decisión muy seria, lo mismo que cuando dos o tres seres humanos decidían casarse y formar una familia. Había estado sopesando la posibilidad durante semanas.

El Clan Throop tenía una casa hermosa y cómoda, buenas costumbres en cuanto a limpieza y unas profesiones respetables. Los adultos eran unos chimps atractivos e interesantes, todos ellos con certificado genético de color verde. Socialmente, sería un buen avance.

Pero también tenía sus inconvenientes. Primero, tendría que dejar Puerto Helenia y regresar a las islas, en las que aún vivían la mayoría de colonos humanos y chimps. Fiben no estaba seguro de estar dispuesto a ello. Le gustaban los espacios abiertos del continente, la libertad de las montañas y la salvaje campiña de Garth.

Y había otra consideración importante. Fiben se preguntaba si los Throop lo querían de verdad o era porque el Cuadro de Elevación de Neochimpancés le había concedido el carnet azul, un certificado para poder reproducirse libremente.

Sólo el carnet blanco era superior. El estatus azul significaba que podía unirse a cualquier grupo de matrimonio y engendrar hijos con sólo un mínimo asesoramiento genético. Era algo que inevitablemente había influido en la decisión del Clan Throop.

—Oh, deja ya de divagar —murmuró para sí mismo. De todas formas, la cuestión era discutible. Y en aquellos momentos no apostaría demasiado a favor de sus posibilidades de volver de nuevo a casa sano y salvo.

—Fiben. ¿Estás aún ahí, muchacho?

—Sí, Simón. ¿Qué sucede?

Hubo una pausa.

—Acabo de recibir una llamada del mayor Forthness. Dice que esa abertura en el cuarto dodecanato lo llena de intranquilidad.

—Los humanos siempre están intranquilos. —Fiben bostezó—. Siempre preocupándose. Eso les pasa por ser tutores modelo.

Su compañero estalló en risas. En Garth estaban de moda, incluso entre los chimps bien educados, las tomaduras de pelo. La mayor parte de los mejores humanos se tomaban las burlas con buen humor, y los que no, hacían oídos sordos.

—Te diré una cosa —continuó—. Iré hacia el cuarto dodecanato y le echaré un vistazo para el mayor.

—Se supone que no deberíamos separarnos. —La voz protestó débilmente por los auriculares. Y sin embargo, ambos sabían que aquello apenas iba a marcar diferencia en el vuelo a que se iban a enfrentar.

—Volveré en un santiamén —aseguró Fiben a su amigo—. Guárdame algunos plátanos.

Ajustó el estasis y los campos de gravedad de un modo gradual como si la vieja máquina fuera una chima virgen en su primer encuentro amoroso. Suavemente, la patrullera fue adquiriendo aceleración.

El plan de defensa había sido trazado cuidadosamente teniendo en cuenta la psicología por lo general conservadora de los galácticos. Las fuerzas terrestres habían desplegado una red, dejando las naves más grandes en reserva. El plan consistía en que patrulleras como la suya reportasen el avance enemigo a tiempo para que las otras pudieran coordinar una respuesta.

El problema era que había demasiado pocas patrulleras para mantener en todas las



proximidades una vigilancia completa.

Fiben sintió la potente vibración de los motores bajo su asiento. Pronto estuvo lanzado a través del campo estelar. *Tenemos que darles a los galácticos lo que se merecen*, pensó. Su cultura era indigesta e intolerable, a veces casi fascista, pero estaba bien desarrollada.

Fiben sintió picores dentro de su traje. No era la primera vez que deseaba que los pilotos humanos fueran lo bastante pequeños como para poder moverse en esas diminutas patrulleras *xatinni*. Eso los obligaría a tener que soportar su propio olor después de tres días en el espacio.

A menudo, cuando se sentía melancólico, Fiben se preguntaba si había sido una buena idea que los humanos se entrometieran, convirtiendo en ingenieros, poetas y guerreros espaciales a unos simios que hubieran sido igual de felices en el bosque. ¿Dónde estaría él ahora, si no lo hubieran hecho? Tal vez iría sucio y sería un ignorante, pero al menos tendría la libertad de poder rascarse cada vez que le viniese en gana.

Echaba de menos su Club Social. Oh, el placer de ser arrullado y frotado por un chimp o una chima verdaderamente sensitivos, holgazaneando a la sombra y contando rumores sin importancia.

En su depósito de detección apareció una luz rosa. Alargó una mano y palmoreó el visor pero la lectura de éste no desapareció. De hecho, a medida que se aproximaba a su destino, crecía, se separaba y se dividía de nuevo.

—La incontinencia de Ifni... —Fiben sintió frío, soltó una maldición y pulsó la tecla de emisiones en código—. Patrullera *Procónsul* llamando a todas las unidades. ¡Los tenemos detrás! Tres... no, cuatro escuadrones de cruceros de combate, surgiendo del nivel-B del hiperespacio en el cuarto dodecanato.

Parpadeó al tiempo que una quinta flotilla aparecía como si brotara de la nada, con sus indicadores centelleantes, mientras que las naves espaciales entraban en el tiempo-real y soltaban excedente de hiperprobabilidad en el vacío del espacio-real. Incluso a aquella distancia podía ver que las naves eran grandes.

Por los auriculares le llegó un sentimiento de consternación.

—*¡Por la virilidad dos veces demostrada de mi Tío Peludo! ¿Cómo han sabido que allí había un agujero en nuestra línea?*

»... *Fiben ¿estás seguro? ¿Por qué han captado ese particular...?*

»... *¿Quién demonios son? ¿Puedes...?*

La charla se interrumpió cuando el mayor Forthness se hizo oír en el canal de mando.

—*Mensaje recibido, Procónsul. Nos ponemos en camino. Por favor, Fiben, conecta tu repetidor.*

Fiben se golpeó el casco con la palma de la mano. Habían pasado muchos años

desde su preparación en el ejército y uno tendía a olvidarse de ciertas cosas. Conecto la telemetría para que los demás pudieran enterarse de lo que sus instrumentos captaran.

El emitir por radio todos esos datos lo convertía en un objetivo fácil, desde luego, pero eso no importaba demasiado. Era evidente que sus enemigos sabían dónde estaban los defensores, quizás incluso hasta la última nave. Ya había detectado misiles de búsqueda que se dirigían hacia él.

Al tiempo que avanzaba hacia el enemigo, cualquier demonio que éste fuera, Fiben advirtió que la armada de invasores estaba casi en línea recta entre él y el centelleo verde de Garth.

—Perfecto. —Soltó una risita burlona—. Al menos cuando me disparen iré a parar de cabeza a casa. Tal vez unos cuantos mechones de pelo llegarán allí antes incluso que los ETs. Si alguien pronuncia un deseo ante una estrella fugaz, mañana por la noche, espero que consiga lo que pida.

Aumentó la aceleración de su vieja patrullera y notó un retroceso brusco a pesar del forzamiento de los campos de estasis. El gemido de los motores se hizo más agudo. Y a medida que la pequeña nave saltaba hacia adelante, a Fiben le pareció que entonaba una canción de guerra que sonaba casi alegre.

## UTHACALTHING

Cuatro oficiales humanos avanzaron sobre el barnizado *parquet* del conservatorio, haciendo sonar sus lustradas botas rítmicamente a cada paso. Tres de ellos se detuvieron a una distancia respetuosa de la amplia ventana donde esperaban el embajador y la Coordinadora Planetaria. Pero el cuarto se aproximó a ellos y los saludó de modo desenvuelto.

—Señora Coordinadora, ya ha empezado. —El comandante de la milicia, de rostro grisáceo, sacó un documento de su valija de mensajes y se lo tendió.

Uthacalthing admiró la serenidad de Megan Oneagle cuando tomó el fino papel que le ofrecían. Su expresión no mostraba en absoluto la consternación que debía sentir al enterarse de que los peores temores se habían confirmado.

—Gracias, coronel Maiven —dijo.

Uthacalthing no pudo evitar advertir cómo los tensos oficiales más jóvenes lo miraban tratando de averiguar cómo se tomaba las noticias el embajador *tymbrimi*. Permaneció con expresión impasible, tal como corresponde a un miembro del cuerpo diplomático. Pero los extremos de su corona temblaban de modo involuntario ante la tensión que los mensajeros habían llevado al invernáculo.

Desde allí, una larga hilera de ventanas ofrecía una espléndida vista del Valle del Sind, agradablemente tachonada de granjas y plantaciones de árboles tanto nativos como terrestres. Era un paisaje encantador, lleno de paz. Sólo la Gran Infinitud sabía lo que aquella paz iba a durar y en los presentes momentos, Ifni no confiaba sus planes a Uthacalthing.

—¿Tienen alguna idea acerca de quién es el enemigo? —preguntó la Coordinadora Planetaria Oneagle después de examinar el informe unos instantes.

—En realidad no, señora —respondió el coronel Maiven moviendo negativamente la cabeza—. Pero las flotas están cada vez más cerca y esperamos proceder a su identificación en breve.

A pesar de la gravedad del momento, Uthacalthing no pudo evitar verse de nuevo intrigado por el curiosamente arcaico dialecto que los humanos usaban aquí, en Garth. En todas las otras colonias de la Tierra que había visitado, el inglés había incorporado un popurrí de palabras que había tomado prestadas de las lenguas galáctico Siete, Dos y Diez. Aquí, sin embargo, el lenguaje común no tenía diferencias apreciables con el que se hablaba cuando Garth fue cedida a los humanos y a sus pupilos, hacía dos generaciones.

*Qué criaturas tan deliciosas y sorprendentes*, pensó. Sólo aquí uno puede oír formas tan puras y antiguas como «señora» para dirigirse a una líder femenina. En

otros mundos ocupados por los terrestres, los funcionarios se dirigían a sus superiores con el término neutro «ser», cualquiera que fuera su sexo.

Pero había también en Garth otras cosas peculiares. En los meses transcurridos desde su llegada, Uthacalthing había convertido en un pasatiempo privado el escuchar todas las historias misteriosas, todos los cuentos extraños traídos de las tierras salvajes por los granjeros, los cazadores de pieles y los miembros del Servicio de Recuperación Ecológica. Existían rumores, rumores de cosas raras que ocurrían en lo alto de las montañas.

Por supuesto, la mayoría eran cuentos. Habladurías y exageraciones. El tipo de cosas que pueden esperarse de los lobeznos que viven al borde de las tierras baldías. Y, sin embargo, habían hecho brotar en él una idea.

Uthacalthing escuchó con atención a los oficiales que informaron por turno. Pero al final se produjo una larga pausa: el silencio de unas personas valientes que compartían el sentido común de su destino. Sólo entonces se aventuró a hablar con voz pausada:

—Coronel Maiven ¿está seguro de que lo que el enemigo persigue es aislar a Garth?

—Señor embajador —el canciller de defensa hizo una reverencia ante Uthacalthing—, sabemos que el hiperespacio está siendo minado por cruceros enemigos a una proximidad de seis millones de pseudometros y al menos en cuatro de los niveles principales.

—¿Incluido el nivel-D?

—Sí, ser. Eso, por supuesto, significa que no nos atrevemos a mandar ninguna de nuestras naves de armamento ligero a cualquiera de los pocos hipercaminos disponibles, aun en el caso de que pudiéramos prescindir de alguna de ellas para la batalla. Y eso también significa que quien intente entrar en el sistema de Garth ha de estar muy decidido a ello.

Uthacalthing estaba impresionado. *Han minado el nivel-D. No creía que se molestasen en hacerlo. En verdad no quieren que nadie interfiera en esta operación.*

Esto suponía un coste y unos esfuerzos sustanciales. Alguien estaba dilapidando en esta operación.

—La cuestión es discutible. —La Coordinadora Planetaria miraba por la ventana hacia las ondulantes praderas, sus granjas y estaciones de estudio del medio ambiente. Justo debajo de la ventana, un chimp jardinero montado en un tractor cuidaba del amplio campo de césped importado de la Tierra, que rodeaba la residencia del gobierno—. La última nave correo —dijo dirigiéndose a los demás— trajo órdenes del Concejo de Terragens. Tenemos que defendernos lo mejor que podamos, por nuestro honor y por la Historia. Pero, además de todo ello, lo único que podemos esperar es mantener algún tipo de resistencia clandestina hasta que nos

llegue ayuda del exterior.

El yo profundo de Uthacalthing casi rió en voz alta ya que, en aquel momento, todos los humanos de la habitación intentaban con todas sus fuerzas no mirarlo. El coronel Maiven se aclaró la garganta y examinó su informe. Sus oficiales contemplaban las brillantes y floridas plantas. Y sin embargo, lo que estaban pensando resultaba obvio.

De los pocos clanes galácticos con los que la Tierra podía contar como amigos, sólo los *tymbrimi* tenían el potencial militar para prestar ayuda en la crisis. Los humanos tenían confianza en que los *tymbrimi* no abandonarían a los hombres y a sus pupilos.

Y eso era bien cierto. Uthacalthing sabía que los aliados iban a afrontar juntos esta crisis. Pero también resultaba claro que el pequeño Garth estaba muy alejado y, en aquellos momentos, los mundos nativos tenían la máxima prioridad.

*No importa, pensó Uthacalthing. Los mejores medios para lograr un fin no son siempre los más directos.*

Uthacalthing no rió en voz alta a pesar de las ganas que tenía de hacerlo, ya que eso desanimaría a esa pobre y apenada gente. En el transcurso de su vida diplomática había conocido a algunos terrestres que poseían un don natural para el mejor tipo de bromas; algunos incluso podían equipararse a los *tymbrimi*. Y sin embargo, la mayoría de ellos eran tipos terriblemente sobrios, austeros. Muchos intentaban con todas sus fuerzas permanecer serios en momentos en los que sólo el humor podía ayudarles a superar sus problemas.

Uthacalthing se preguntó:

*Como diplomático, me han enseñado a controlar cada palabra, para que la inclinación de nuestro clan a las bromas no nos costase serios incidentes. Pero ¿ha sido esto inteligente? Mi propia hija ha heredado esta costumbre mía... esta máscara de seriedad. Tal vez sea por eso que se ha convertido en una criatura tan seria y extraña.*

Pensar en Athaclena le hizo desear no tomarse la situación en serio. De otro modo, podía tomárselo a la manera humana y considerar el peligro en que ella se encontraba. Sabía que Megan se preocupaba por su hijo.

*Subestima a Robert, pensó Uthacalthing. Tendría que conocer mejor el potencial del muchacho.*

—Estimadas damas y caballeros —dijo, saboreando los arcaísmos. Divertido, sus ojos se separaron un poco—. Podemos esperar que los fanáticos lleguen dentro de pocos días. Ya han trazado planes para ofrecer toda la resistencia que sus escasos recursos les permitan. Esos planes cumplirán su función.

—¿Y sin embargo? —Fue Megan Oneagle quien hizo la pregunta, con una ceja arqueada sobre sus ojos castaños, situados a suficiente distancia como para resultar

atractivos en el sentido *tymbrimi* clásico.

*Ella sabe igual que yo que se necesita mucho más. Si Robert tiene la mitad de inteligencia que su madre, no me preocuparé por Athaclena, mientras vaga en los oscuros bosques de este triste y baldío mundo.*

—Sin embargo —repitió, haciendo temblar su corona—, se me ocurre que ahora sería un buen momento para consultar la sección de la Biblioteca.

Uthacalthing notó que los había decepcionado. ¡Criaturas asombrosas! El escepticismo *tymbrimi* hacia la cultura galáctica moderna nunca había llegado tan lejos como el sincero desdén que muchos humanos sentían por la Gran Biblioteca.

*Lobeznos*. Uthacalthing suspiró para sus adentros. En el espacio superior de su cabeza formó el glifo llamado *syullf-tha*, la anticipación de un misterio casi demasiado complicado para ser resuelto. El espectro se revolvió, expectante, invisible para los humanos, aunque por un momento la atención de Megan se dirigió hacia él como si estuviese a punto de notar alguna cosa.

*¡Pobres Lobeznos! A pesar de todos sus fallos, es en la Biblioteca donde comienzan y terminan todas las cosas. Siempre, en algún lugar de ese tesoro de conocimientos, puede hallarse una piedra preciosa de sabiduría y una solución. Hasta que no aprendáis esto, amigos míos, un inconveniente tan pequeño como unas flotas enemigas seguirá arruinando maravillosas mañanas de primavera como ésta.*

## ATHACLENA

Robert se abría camino unos pocos metros delante de ella, utilizando un machete para cortar las ramas que, de vez en cuando, obstruían el estrecho sendero. Los brillantes rayos del sol, Gimelhai, se filtraban a través del follaje del bosque, y el aire primaveral era cálido.

Athaclena se sentía a gusto por el paso tranquilo que llevaban. Habiendo distribuido su peso de una forma distinta de la acostumbrada, caminar era ya de por sí una aventura. Athaclena se preguntaba cómo podían soportar las mujeres humanas tener la mayor parte de su vida unas caderas tan anchas. Tal vez era el sacrificio que debían pagar por tener niños de cabeza grande, en lugar de dar a luz un tiempo antes y, de un modo sensato, guardar al niño en una bolsa postparto.

Este experimento, cambiar sutilmente la forma de su cuerpo para parecerse más a una humana, era uno de los aspectos más fascinantes de su visita a una colonia de la Tierra. En verdad no hubiese podido pasar tan inadvertida entre los habitantes de un mundo de reptiloides, como los *soro*, o de criaturas anulares, como los *jofur*.

Y con este proceso había aprendido mucho más sobre control fisiológico de lo que los profesores habían podido enseñarle en sus años de escuela.

No obstante, los inconvenientes eran considerables, y pensó dar por finalizado el experimento.

*Oh, Ifni.* En los extremos de sus zarcillos danzó un glifo de frustración. *Llegado este punto, volver atrás no compensaría tal esfuerzo.*

Había, sin embargo, límites para lo que la siempre adaptable fisiología *tymbrimi* podía conseguir. Someterse a muchas alteraciones en un breve espacio de tiempo podía acarrear el riesgo de una combustión excesiva de enzimas.

De todos modos, resultaba halagador captar los conflictos que tomaban forma en la mente de Robert. *¿Se siente atraído por mí?*, se preguntó Athaclena. Un año antes la misma idea le hubiera chocado. Incluso los chicos *tymbrimi* la ponían nerviosa, ¡y Robert era un alienígena!

Ahora, sin embargo, por alguna razón, sentía más curiosidad que repulsión.

Había algo casi hipnótico en el balanceo uniforme de la mochila que llevaba a la espalda, en el ritmo de sus suaves botas en el duro camino, y en el calentamiento de los músculos de las piernas, acostumbrados durante tanto tiempo a las calles de la ciudad. Aquí, en las altitudes medias, el aire era cálido y húmedo. Transportaba miles de preciosos aromas, oxígeno, humus en descomposición, y el olor rancio del sudor humano.

Mientras Athaclena iba en pos de su guía por un sendero con precipicios a ambos

lados, se oyó en la distancia un sordo retumbo frente a ellos. Parecía el ruido de unos motores grandes, o tal vez el de una planta industrial. El ruido desaparecía y volvía a aparecer cada vez que doblaban un recodo del camino, más fuerte a medida que se acercaban a su misteriosa fuente de origen. Al parecer, Robert gozaba con la sorpresa y Athaclena se tragó su curiosidad y no hizo pregunta alguna.

Pero al fin, Robert se detuvo y esperó en una curva del sendero. Cerró los ojos, concentrándose, y Athaclena creyó percibir durante sólo un instante los centelleantes amagos de un glifo de emoción. En lugar de una verdadera acción de captar, lo que le llegó a la mente fue una imagen visual, una alta y ruidosa fuente pintada con unos chillones y desenfrenados verdes y azules.

*En realidad está mejorando mucho*, pensó Athaclena. Luego se reunió con él en el recodo del camino y suspiró por lo bajo, sorprendida.

Gotitas, trillones de pequeñas lentes líquidas, centelleaban a través de los rayos de sol que penetraban en el espeso bosque. El ruido sordo que los había acompañado durante una hora se había convertido en un estrépito atronador que hacía temblar las ramas de los árboles a izquierda y a derecha, retumbando a través de las piedras y de sus propios huesos. Allí delante, una gran catarata caía sobre piedras de lisa superficie, precipitándose en forma de espuma y salpicaduras en un cañón formado a lo largo de tenaces años.

La catarata era un derroche de naturaleza que saltaba de un modo más exuberante que el más atrevido equilibrista humano, más orgullosa que cualquier poeta sensitivo.

Era demasiado para ser absorbido sólo con los ojos y los oídos, y los zarcillos de Athaclena empezaron a ondularse buscando, captando, uno de esos momentos de los que hablaban los *tymbrimi* formadores de glifos... esos momentos en que un mundo parece entrar en la mezcla de empatía reservada sólo a los seres vivos. En un instante comprendió que el antiguo Garth, herido y maltratado, aún podía cantar.

Robert sonrió. Athaclena buscó sus ojos y le devolvió la sonrisa. Sus manos se encontraron y se unieron.

Durante un largo y silencioso instante permanecieron juntos, contemplando el resplandor de los arco iris en el fluir percutiente de la naturaleza.

Por extraño que parezca, este espectáculo sólo consiguió entristecer a Athaclena y hacerla lamentarse de haber visitado ese mundo. No hubiera querido descubrir belleza en él. Eso le hacía parecer aún más trágico el destino del pequeño planeta.

¿Cuántas veces había deseado que Uthacalthing no aceptase ese puesto? Pero los deseos pocas veces se cumplen.

Por más que lo amase, a Athaclena su padre siempre le había parecido un ser impenetrable. Sus razonamientos eran a menudo demasiado complicados para que ella pudiera comprenderlos; sus acciones, demasiado imprevisibles. Como el hecho de haber aceptado ese puesto, cuando hubiese podido conseguir otro más prestigioso



sólo con pedirlo.

Y mandarla a las montañas con Robert... no era únicamente por «su seguridad», lo sabía bien. ¿Se trataba en realidad de que daba crédito a esos ridículos rumores sobre exóticas criaturas montañosas? Seguro que no.

Probablemente Uthacalthing le había sugerido aquella idea para distraerla de sus preocupaciones.

Entonces pensó en otro posible motivo.

¿Creía su padre que ella podría establecer un vínculo amoroso con un humano? Sus fosas nasales adquirieron el doble de su tamaño habitual ante tal pensamiento. Con suavidad, ordenando su corona para que sus sentimientos permaneciesen ocultos, se desasíó de la mano de Robert y se sintió aliviada cuando éste no hizo nada por retenerla.

Athaclena se cruzó de brazos y tembló.

En su hogar, había realizado unas pocas tentativas de relacionarse con los muchachos, pero en la mayoría de casos fueron deberes impuestos por su rango. Antes de la muerte de su madre, esto había ocasionado un buen número de disputas familiares. Mathicluanna se desesperaba ante la actitud extrañamente reservada y solitaria de su hija. Pero, al menos, el padre de Athaclena no la había molestado para que hiciera más de lo que en realidad estaba preparada para hacer.

*¿Hasta ahora, quizás?*

Robert era en verdad atractivo y encantador. Con sus altos pómulos y los ojos agradablemente separados, era todo lo guapo que un humano podía aspirar a ser. Y, sin embargo, el hecho de estar pensando en esos términos la dejaba asombrada.

Sus zarcillos se crisparon. Sacudió la cabeza y borró un glifo aun antes de poder percatarse de que se hubiera formado. Éste era un tema que no deseaba considerar por ahora, menos incluso que la posibilidad de una guerra.

—La cascada es hermosa, Robert —afirmó en un inglés muy cuidado—. Pero si nos quedamos aquí más tiempo, pronto estaremos completamente empapados.

—Ah, sí. —Él parecía regresar de una contemplación distante—. Vámonos, Clennie. Se adelantó con una breve sonrisa. Sus ondas de empatía humanas eran vagas y distantes.

El bosque pluvial se extendía en largos dedos entre las colinas, volviéndose más húmedo y denso a medida que ganaban altitud. Las pequeñas criaturas *garthianas*, tímidas y escasas en las tierras bajas, susurraban bromas entre la espesa vegetación, y a veces los desafiaban con chillidos descarados.

Pronto llegaron a la cima de una colina, en la que sobresalían unas piedras-aguijón, desnudas y grisáceas como las placas óseas de algunos de esos antiguos reptiles que Uthacalthing le había mostrado en un libro sobre la historia de la Tierra. Mientras se quitaban las mochilas para descansar, Robert dijo que nadie podía

explicarse esas formaciones que coronaban muchas de las colinas que precedían a las Montañas de Mulun.

—Ni siquiera la sección de la Biblioteca en la Tierra tiene ninguna referencia —dijo mientras frotaba con la mano uno de los salientes monolitos—. Hemos solicitado una investigación de baja prioridad a la sección del distrito de Tanith. Quizá dentro de un siglo, o algo así, los ordenadores del Instituto de la Biblioteca puedan sacar a la luz un informe sobre una raza extinguida desde hace mucho tiempo que vivió aquí, y entonces tendremos la respuesta.

—Pero te gustaría que no fuera así —sugirió ella.

—Preferiría que siguiera siendo un misterio —dijo Robert encogiéndose de hombros—. Tal vez nosotros seamos los primeros en descubrirlo. —Miró las piedras con aire melancólico.

A muchos *tymbrimi* les ocurría lo mismo: preferían un buen misterio a cualquier hecho comprobado. No así Athaclena. Esa actitud, ese desdén hacia la Gran Biblioteca, le resultaban absurdos.

Sin la Biblioteca y los demás Institutos Galácticos, las razas que respiran oxígeno, predominantes en las Cinco Galaxias, hubieran caído en la confusión mucho tiempo atrás y terminado probablemente en una guerra salvaje y total.

Era cierto; la mayoría de clanes viajeros del espacio tenía una fe ciega en la Biblioteca. Y los Institutos sólo moderaban los altercados entre las líneas de tutores más mezquinos y vituperadores. La crisis actual era sólo la última en una serie que se remontaba a antes de que existiese ninguna de las actuales razas vivas.

Y, sin embargo, este planeta era un ejemplo de lo que podría pasar cuando fallara el control de la Tradición.

Athaclena escuchaba los sonidos del bosque. Protegiéndose los ojos de la luz, observó una multitud de pequeñas criaturas peludas que saltaban de rama en rama en dirección al sol de la tarde.

—Si lo miras de un modo superficial, puedes no darte cuenta siquiera de que éste fue un mundo que sufrió un holocausto —dijo en voz baja.

Robert había colocado las mochilas a la sombra de una piedra-aguijón y había empezado a cortar lonchas de salchichón de soja y pan para la merienda.

—Han pasado cincuenta mil años desde que los *bururalli* destruyeron Garth, Athaclena. Ése es un período de tiempo suficiente para que muchas especies animales supervivientes se hayan multiplicado y hayan podido adaptarse al medio ambiente. Supongo que habría que ser zoólogo para darse cuenta de lo limitada que es la lista de especies.

La corona de Athaclena había adquirido su máxima extensión, captando los débiles rastros de emoción del bosque que la rodeaba.

—Me he dado cuenta, Robert —dijo—. Puedo sentirlo. Esta vertiente está viva,

pero está solitaria. No tiene nada de la complejidad vital que un mundo en estado salvaje debe tener. Y tampoco hay ninguna huella de Potencial.

Robert asintió, pero ella notó lo distante que estaba de todo desde el punto de vista humano, el holocausto *bururalli* había sucedido hacía mucho tiempo. En aquel entonces los *bururalli* también habían sido nuevos liberados del contrato que los ataba a los *nahalli*, la raza tutora que los había elevado a la sensibilidad. Fue un tiempo especial para los *bururalli* ya que sólo cuando el nudo de obligaciones por fin se aflojó, pudo esa raza pupila establecer por sí misma colonias no supervisadas. Cuando llegó esa época, el Instituto Galáctico de Migración acababa de decidir que Garth, un planeta en barbecho, estaba preparado de nuevo para una ocupación limitada.

Como siempre, el Instituto esperaba que las formas de vida locales, en especial aquellas que algún día podrían desarrollar un Potencial de Elevación, fueran protegidas por los nuevos inquilinos.

Los *nahalli* se jactaban de haber convertido a los *bururalli*, un grupo de carnívoros presensitivos, en un clan de ciudadanos galácticos perfectos, responsables y merecedores de toda confianza.

Pero quedó claro que los *nahalli* se habían equivocado por completo.

—Bueno, ¿y qué puedes esperar de una raza que se vuelve totalmente loca y se dedica a aniquilar todo lo que se le pone por delante? —preguntó Robert—. Algo salió mal y los *bururalli* se convirtieron en feroces guerreros y destrozaron el mundo que se suponía que debían cuidar. No es extraño que no detectes ningún Potencial en un bosque *garthiano*, Athaclena. Sólo las pequeñas criaturas que pudieron hacer madrigueras y esconderse sobrevivieron a la locura de los *bururalli*. Los animales más grandes y más brillantes han desaparecido como las nieves del año pasado.

Athaclena parpadeó. Justo cuando creía tener ya un buen dominio del inglés, Robert le salía otra vez con esa afición humana a las metáforas. A diferencia de los símiles, que comparan dos objetos, las metáforas parecen afirmar, contra toda lógica, que dos cosas distintas ¡son iguales! Ningún otro lenguaje galáctico permitía tales absurdos.

Por lo general, solía apañárselas con aquellas extrañas yuxtaposiciones lingüísticas, pero ésta la había dejado confundida. Sobre su ondulante corona se formó brevemente el glifo *teev'nus*, que simboliza lo confuso de la comunicación.

—Sólo he oído breves relatos de esa era. ¿Qué les ocurrió después a los asesinos *bururalli*?

—Ah. —Robert se encogió de hombros—. Un siglo o más después de iniciado el holocausto se dejaron caer por aquí los agentes de los Institutos de Elevación y Migración. Naturalmente, los inspectores quedaron horrorizados.

»Encontraron a los *bururalli* pervertidos casi hasta el límite de lo irreconocible,

vagabundeando por el planeta y cazando todo lo que se les ponía a tiro. Por aquel entonces habían abandonado las horribles armas tecnológicas con las que habían empezado y estaban utilizando de nuevo los dientes y las garras. Supongo que por eso sobrevivieron algunos de los animales más pequeños.

»Los desastres ecológicos no son tan infrecuentes como el Instituto quiere hacer creer, pero éste fue un escándalo de gran magnitud. Se produjo una conmoción a lo largo y ancho de toda la galaxia. Los clanes más importantes enviaron naves de guerra bajo un mando unificado y pronto los *bururalli* dejaron de existir.

—Supongo que sus tutores, los *nahalli*, fueron castigados —comentó Athaclena después de un leve asentimiento.

—Claro. Perdieron su estatus y ahora son pupilos de otra raza; fue el precio de su negligencia. Nos han contado esta historia en la escuela muchas veces.

Cuando Robert volvió a ofrecerle salchichón, ella negó con la cabeza. Su apetito se había desvanecido.

—Así que los humanos habéis heredado otro mundo en recuperación.

—Sí —dijo Robert guardando la merienda—. Como somos tutores de dos pupilos, se nos ha de permitir el derecho a las colonias, pero los Institutos nos dan más que nada los despojos de los desastres de otras gentes. Tenemos que trabajar muy duro para que el ecosistema de Garth se restablezca pero, en realidad, Garth es muy bonito comparado con otros lugares. Tendrías que ver Deemi y Horst, en el cúmulo globular de Canaan.

—He oído hablar de ello —comentó Athaclena temblando—. Me parece que no me gustaría ver nunca...

Se detuvo a media frase. *Me parece que no...* Sus párpados se agitaron al tiempo que miraba a su alrededor sintiéndose de repente confundida. ¡*Thu'un dun!* Su pelo se extendió hacia afuera. Athaclena se puso en pie muy deprisa y anduvo, en semitrance, hacia donde las altísimas piedras aguijón dominaban las brumosas cimas del espeso bosque.

—¿Qué ocurre? —Robert se acercó por detrás.

—Siento algo —dijo ella en voz baja.

—Uf, no me extraña en absoluto. Con ese sistema nervioso que tenéis los *tymbrimi*, y en especial por el modo en que has estado alterando tu cuerpo para complacerme no es raro que captes la estática.

—¡No lo he hecho sólo para complacerte —Athaclena meneó la cabeza negativamente—, arrogante macho humano! Y ya te pedí antes con toda amabilidad que fueses más cuidadoso con tus horribles metáforas. ¡La corona de un *tymbrimi* no es una radio! —hizo un gesto con la mano—. Y ahora, por favor, calla un momento.

Robert permaneció en silencio. Athaclena se concentró, intentando captar de nuevo.

Puede que una corona no recoja la estática como una radio, pero es susceptible de sufrir interferencias. Estuvo buscando el aura que había sentido durante un breve instante, pero fue imposible. El torpe e impaciente flujo de empatía de Robert lo había estropeado todo.

—¿Qué era, Clennie? —le preguntó con suavidad.

—No lo sé, algo no muy distante, hacia el sudeste. Parecían hombres y neochimpancés, pero también había algo más.

—Bueno —Robert frunció el ceño—, supongo que debía de ser una de las estaciones de control ecológico. Y además, en toda esta zona existen feudos francos, sobre todo en lo alto, donde abundan los latifundios.

—¡Robert, siento el Potencial! —ella se volvió bruscamente—. ¡En el momento de claridad más breve, he tocado las emociones de un ser presensitivo!

—¿Qué quieres decir? —los sentimientos de Robert se tornaron de repente oscuros y turbulentos, pero su cara estaba impasible.

—Antes de que tú y yo saliéramos hacia las montañas, mi padre me contó algo. En aquel momento le presté muy poca atención. Parecía imposible, como esos cuentos para niños que los autores humanos escriben para que los *tymbrimi* tengamos extraños sueños.

—La gente de tu raza los compra en cantidad —interpuso Robert—. Novelas, películas viejas, seriales, poemas...

—Uthacalthing mencionó historias —prosiguió Athaclena ignorando el comentario— de una criatura de este planeta, un nativo con un alto Potencial... que se supone que ha sobrevivido al holocausto bururalli —la corona de Athaclena se rizó en un glifo extraño para ella... *syullf-tha*, la alegría del misterio resuelto—. Me pregunto, ¿pueden ser verdad tales leyendas?

¿Centelleó en el humor de Robert un amago de alivio? Athaclena sintió que su tosco pero efectivo escudo emocional se volvía opaco.

—Hummm, sí, existe una leyenda —dijo—. Una simple historia contada por lobeznos. Apenas podría ser de interés para un refinado galáctico, supongo.

Athaclena lo miró con atención y tocó su brazo, acariciándolo con suavidad.

—¿Vas a hacerme esperar mientras tú retrasas la explicación de este misterio con impresionantes pausas? ¿O quieres ahorrarte unos cuantos golpes y contármelo de inmediato?

—Bueno, ya que eres tan persuasiva. —Robert rió—. Es posible que hayas captado la emisión de empatía de un *garthiano*.

—¡Ése es el nombre que mi padre utilizó! —los inmensos ojos moteados de oro de Athaclena parpadearon.

—Ah, entonces es que Uthacalthing ha oído las viejas historias de los cazadores de los feudos... Imagina cómo son esos cuentos cien años después de la llegada de

los terrestres. Además, se dice que un gran animal se las apañó para escapar de los *bururalli* gracias a su fiereza, su ingenio y una gran cantidad de Potencial. Los hombres de las montañas y los chimps cuentan que se producen robos en las trampas y en la colada de los tendedores, y que hay extrañas marcas en acantilados inaccesibles. Seguro que son tonterías —Robert sonrió—, pero recuerdo que mi madre me contó esas leyendas cuando fui destinado a venir aquí. Así que pensé que merecería la pena traer conmigo a una *tymbrimi* para ver si ella podía detectar a un *garthiano* con su red de empatía.

Athaclena entendía algunas metáforas muy deprisa.

Clavo sus uñas en el brazo de Robert y le preguntó:

—¿Y entonces? ¿Es éste el verdadero motivo por el que estoy aquí? ¿Debo husmear señales de humo y leyendas para ti?

—Claro —bromeó Robert—. ¿Por qué otra cosa hubiese venido solo aquí, a estas montañas, en compañía de una alienígena del espacio exterior?

Athaclena silbó entre dientes. Pero en el fondo no podía evitar sentirse halagada. Este cinismo humano no era distinto de las bromas de «te lo digo al revés para que lo entiendas» que su propio pueblo solía hacer. Y cuando Robert soltó una carcajada, sintió que tenía que imitarlo. Por unos instantes se habían desvanecido todos los peligros y las preocupaciones de la guerra. Fue un alivio que ambos agradecieron.

—Si existe tal criatura, tú y yo debemos encontrarla —dijo ella por fin.

—Sí, Clennie. La encontraremos juntos.

### FIBEN

Después de todo, la patrullera TAASF *Procónsul* no sobreviviría a su piloto. Había visto su última misión. La vieja nave había muerto en el espacio, pero dentro de su bóveda acristalada aún existía vida.

Suficiente vida, al menos, para inhalar el horrible olor de un simio que llevaba seis días sin lavarse, y para exhalar una, al parecer, incesante sarta de maldiciones llenas de imaginación.

Fiben se quedó sin cuerda cuando advirtió que empezaba a repetirse. Había agotado mucho tiempo atrás toda permutación, combinación y yuxtaposición de los atributos corporales, espirituales y hereditarios, reales o imaginarios, que el enemigo pudiera posiblemente poseer. Ese ejercicio lo había tenido ocupado durante su breve papel en la batalla espacial, mientras disparaba con su armamento de juguete y evadía contraataques como un mosquito que esquivara mandarrias, a través de las sacudidas de los golpes que fallaban por muy poco y el lamento del metal torturado, para caer en las secuelas de un confuso y asombrado ensimismamiento que no le parecía la muerte. Al menos, de momento.

Cuando estuvo seguro de que la cápsula vital todavía funcionaba y de que no estaba a punto de salir echando chispas con el resto de la patrullera, Fiben se quitó finalmente el traje y suspiró ante su primera oportunidad de rascarse en muchos días. Lo hizo con todas sus ganas, utilizando no sólo las manos sino también el dedo gordo del pie izquierdo.

Su tarea principal había consistido en pasar lo bastante cerca como para recoger datos para el resto de las fuerzas de defensa. Fue Fiben quien sintió ese zumbido en mitad de la flota invasora, probablemente cualificada. Lo de provocar al enemigo lo había hecho gratis.

Parecía que los intrusos no eran capaces de oír su comunicación abierta cuando la *Procónsul* se les metía en medio. Perdió la cuenta de las veces en que las explosiones cercanas estuvieron a punto de cocerlo vivo. Cuando hubo pasado por detrás y junto a la armada que lo atacaba, todo el extremo de la popa de la *Procónsul* se había convertido en un montón de escoria vidriosa.

El sistema principal de propulsión había desaparecido, naturalmente. No había camino de regreso ni modo de ayudar a sus desesperados camaradas en la inútil batalla que se produjo a continuación. Derivando sin esperanza cada vez más lejos de la desigual batalla, lo único que podía hacer Fiben era escuchar.

Ni siquiera fue una contienda. La lucha duró algo menos de un día.

Recordó la última carga de la corbeta *Darwin*, acompañada de dos cargueros

reconvertidos y de un pequeño grupo de patrulleras supervivientes. Se movieron a toda prisa, abriéndose camino al tiempo que disparaban contra el flanco de los invasores, hasta alcanzar el ala de una de las naves de guerra y sumirla en confusión bajo nubes de humo y oleadas de ruidosas ondas de probabilidad.

Ni una sola nave terrestre salió de ese torbellino. Fiben supo entonces que TAASF *Bonobo* y su amigo Simón ya no existían.

En aquellos momentos, el enemigo parecía perseguir, hacía Ifni sabía dónde, a unos cuantos fugitivos. Se estaban tomando su tiempo, haciendo una limpieza general antes de proceder a la sumisión de Garth.

Fiben reanudó sus maldiciones pero dándoles otra orientación. Siempre con un espíritu crítico y constructivo, analizó minuciosamente los fallos en el carácter de la especie que su raza tenía la desgracia de tener como tutora.

*¿Por qué?, preguntó al universo. ¿Por qué esos humanos, desgraciados, miserables y lobeznos sin pelo, han tenido el terrible mal gusto de haber elevado a los neochimpancés en una galaxia tan obviamente dirigida por idiotas?* Al final, se durmió.

Sus sueños fueron inquietos. Fiben seguía imaginando que intentaba hablar, pero su voz no articulaba las frases; una pesadilla posible para alguien cuyo bisabuelo hablaba sólo de forma tosca, con ayuda de aparatos, y cuyos ancestros apenas un poco más lejanos se enfrentaban con el mundo sin necesidad de palabras.

Fiben sudaba. No había vergüenza más grande que ésta: estar buscando en su sueño el lenguaje como si fuera un objeto, una cosa que de alguna manera puede traspapelarse.

Al mirar hacia abajo, vio una gema que brillaba caída en el suelo. Tal vez es o era el don de la palabra, pensó Fiben, y se agachó para cogerla. ¡Pero se sentía tan torpe! El pulgar se negaba a cooperar con el dedo índice y no fue capaz de recoger la chuchería del suelo. De hecho, parecía que todos sus esfuerzos sirviesen sólo para hundirla más en la tierra.

Finalmente, y desesperado, se vio obligado a tumbarse y a cogerla entre sus labios.

*¡Quemaba!* En su sueño, gritó al sentir el terrible ardor que le bajaba por la garganta como si fuera fuego líquido. Y, sin embargo, supo que se trataba de una de esas extrañas pesadillas, ésas en la que uno puede ser objetivo y estar aterrorizado al mismo tiempo. Mientras una parte del yo soñante se debatía en agonía, otra parte de Fiben lo presenciaba todo en un estado de interesada indiferencia.

De súbito, la escena cambió. Fiben se encontraba en medio de una reunión de hombres barbudos que llevaban abrigos negros y sombreros flexibles. La mayoría eran ancianos y hojeaban unos textos llenos de polvo mientras discutían entre sí. *Un cónclave talmúdico de los viejos tiempos*, reconoció de repente, como los que había



estudiado en las clases de religiones comparadas de su época universitaria. Los rabinos estaban sentados en círculo, discutiendo sobre simbolismo e interpretación bíblica. Uno de ellos levantó su vieja mano para señalar a Fiben.

—Él, que viste como un animal, Gideon, no debe tomaros...

—¿Es eso lo que significa? —preguntó Fiben. Ya no sentía dolor. Ahora estaba más aturdido que asustado.

Su compañero, Simón, había sido judío. Sin duda eso explicaba en parte ese loco simbolismo. Lo que estaba ocurriendo allí era obvio. Esos hombres ilustrados, esos sabios humanos, estaban intentando iluminarlo sobre la terrorífica primera parte de su sueño.

—No, no —contestó otro sabio—. El símbolo se refiere a la prueba que sufrió Moisés de niño. Un ángel, como recordarás, fue quien guió sus manos a los carbones que centelleaban y no a las brillantes joyas, y se quemó la boca.

—Pero no veo que eso me diga nada —protestó Fiben.

El rabino más viejo alzó la mano y los demás callaron.

—El sueño no significa ninguna de esas cosas. El simbolismo ha de ser evidente —dijo—. Procede del libro más antiguo... —las espesas cejas del sabio se fruncieron con preocupación—... y también Adán comió de la fruta del Árbol de la Ciencia...

—Uf —gruñó Fiben en voz alta al despertar bañado en sudor.

La chirriante y maloliente cápsula lo rodeaba de nuevo, pero lo vivido del sueño persistía, haciendo que se preguntase qué era, después de todo, lo real. Finalmente le restó importancia al asunto. *La vieja Procónsul debe haber derivado a través de la estela de alguna sonda de probabilidad de los ETs mientras dormía. Sí, debe ser eso.*

*Nunca volveré a dudar de las historias que cuentan los espacionautas en los bares.*

Al verificar sus castigados instrumentos advirtió que la batalla se había trasladado alrededor del sol. Su destrozada nave estaba entretanto en una órbita de intersección casi perfecta con un planeta.

—Uf —gruñó mientras accionaba el ordenador. Lo que éste le dijo parecía irónico. *Es Garth, de verdad.*

Todavía le quedaba un poco de potencia de maniobra en los sistemas de gravedad. Tal vez la suficiente, sólo tal vez, para poder hacerlo pasar por el nivel de la ranura de escape.

Y ¡oh, maravilla de las maravillas!, si sus efemérides estaban en lo cierto, podía llegar a la zona del Mar Occidental... un poco al este de Puerto Helenia. Se preguntó qué probabilidades tenía de que ocurriese así. ¿Un millón contra una? Seguramente un trillón.

¿O es que el universo lo estaba engañando con un poco de esperanza antes de jugarle otra mala pasada?

Fuera lo que fuese, decidió, era un consuelo pensar que, bajo todas esas estrellas, alguien todavía pensaba personalmente en él.

Sacó su equipo de herramientas y se dispuso a hacer las reparaciones necesarias.

## UTHACALTHING

Uthacalthing sabía que no era inteligente esperar más tiempo. Sin embargo, allí seguía, con los bibliotecarios, viendo cómo trataban de engatusarlo con otro valioso detalle más, hasta que llegara el tiempo de marcharse.

Observó a los técnicos humanos y neochimpancés apresurarse bajo el alto techo abovedado de la sección de la Biblioteca Planetaria. Todos ellos tenían tareas que realizar y lo hacían con eficiencia y resolución. Y, sin embargo, bajo la superficie podía notarse un fermento, un fermento de miedo apenas contenido.

De un modo espontáneo se formó un *rittitis* en la parte inferior de su brillante corona. Ése era un glifo que solían usar los padres *tymbrimi* para tranquilizar a sus hijos cuando estaban asustados.

—No pueden detectarte —le dijo Uthacalthing al *rittitis*. Y no obstante, éste seguía revoloteando con obstinación, intentando calmar a los jóvenes angustiados.

De todas formas, aquellas personas no eran niños. Hacía sólo dos siglos terrestres que los humanos conocían la Gran Biblioteca. Pero antes de eso habían tenido un proceso histórico de miles de años. Tal vez carecían aún del refinamiento de los galácticos, pero eso a veces les daba ventaja.

Extrañamente, el *rittitis* estaba indeciso. Uthacalthing puso término al asunto volviendo a introducir el glifo en el lugar que le correspondía, en su propio receptáculo de existencia.

Bajo el abovedado techo de piedra se levantaba un monolito gris de cinco metros, grabado con un sello que representaba una espiral radiada, el símbolo de la Biblioteca desde hacía tres mil millones de años. Junto a él, cargadores de datos llenaban unos cubos cristalinos de memoria. Las impresoras zumbaban y escupían informes encuadernados que rápidamente eran anotados y retirados.

Esta agencia de la Biblioteca, una sucursal de tipo K, era en realidad muy pequeña. Contenía sólo el equivalente a una milésima parte de los libros que los humanos habían escrito antes del Contacto, una miseria en comparación con la sucursal de la Biblioteca en la Tierra o en el sector general de Tanith.

Y, sin embargo, cuando Garth fuera tomado, también esta sala caería en manos del invasor.

Tradicionalmente, eso no significaba nada. Se suponía que la Biblioteca tenía que permanecer abierta a todos, incluso a los grupos que luchaban por el territorio donde ésta se hallaba. Pero en tiempos como aquellos, era una estupidez contar con tales sutilezas. Las fuerzas coloniales de resistencia planeaban llevarse todo lo que pudieran para poder utilizarlo de alguna forma más adelante.

*¡Oh, miseria de miserias!* La idea de que lo hicieran había sido suya, por supuesto, pero Uthacalthing se quedó asombrado al ver el vigor con que los humanos la habían apoyado. Después de todo, ¿por qué preocuparse?

¿Qué podía conseguirse con una cantidad tan pequeña de información superficial?

Esta incursión en la Biblioteca Planetaria había servido a sus propósitos pero también había reforzado la opinión que tenía de los terrestres. Nunca se rendían. Ése era otro de los motivos para encontrarlos encantadores.

La razón oculta de este caos, su idea particular, había requerido el vaciado y traspapelado de algunos mega archivos muy concretos, que habían pasado inadvertidos en medio de aquella confusión. Al parecer, nadie notó que conectaba su cubo de entrada y salida de potencia a la tosca Biblioteca, esperaba unos segundos y luego volvía a meterse en el bolsillo su pequeño aparato de sabotaje.

*Conseguido.* Ahora no quedaba nada por hacer, a excepción de observar a los lobeznos mientras esperaba que llegase su coche.

Un tono de lamento empezó a crecer y decrecer en la distancia. Era el silbido agudo de la sirena del cosmódromo, al otro lado de la bahía: otro escapado de la derrota del espacio regresaba para un aterrizaje de emergencia. Habían oído muy pocas veces ese sonido. Todos sabían que no quedaban muchos supervivientes.

La mayor parte del tráfico consistía en el despegue de naves. Muchos habitantes del continente habían volado hacia la cadena de islas del Mar Occidental, donde la mayor parte de habitantes de la Tierra tenía aún su domicilio. También el gobierno preparaba su propia evacuación.

Cuando las sirenas gimieron, todos los hombres y chimps miraron unos instantes hacia arriba. Por unos momentos, los trabajadores emitieron una compleja fuga de ansiedad que Uthacalthing pudo casi saborear con su corona.

*¿Casi saborear? Oh, qué cosas más encantadoras y sorprendentes, estas metáforas,* pensó Uthacalthing. *¿Se puede saborear con la corona? ¿O tocar con los ojos? El inglés es tan estúpido y sin embargo, a veces, resulta muy interesante.*

*¿Y no era cierto que los delfines veían con los oídos?*

Sobre sus ondeantes zarcillos se formó *Zunour-thzun*, que resonaba con el pánico de los hombres y los chimps. *Sí, todos esperamos seguir viviendo pues nos quedan tantas cosas que saborear, ver o captar...*

A Uthacalthing le hubiese gustado que la diplomacia no requiriera que los *tymbrimi* eligiesen como enviados a sus personajes más insípidos. Lo habían seleccionado como embajador, entre otras cosas, porque resultaba aburrido, al menos desde el punto de vista de los que estaban en su planeta.

Y la pobre Athaclena parecía incluso ser peor, tan seria y reservada.

Admitió libremente que en parte era culpa suya. Ésa fue la razón por la que se había traído consigo la gran colección de historietas terrestres de la época previa al

Contacto. La de los Tres Espías lo había inspirado en especial. Pero ¡qué lástima!, Athaclena parecía incapaz de comprender la sutil e irónica brillantez de esos antiguos genios terráqueos de la comedia.

Mediante *Sylíh*, ese enlace con los muertos-pero-recordados, su mujer, fallecida mucho tiempo atrás, todavía le regañaba, viniendo desde el más allá para decirle que su hija debería estar en casa, donde sus alegres compañeros podrían sacarla de su aislamiento.

*Tal vez*, pensó. Pero Mathicluanna ya había tenido su oportunidad y Uthacalthing confiaba en sus propios remedios para enderezar a su hija.

Una pequeña y uniformada neochimpancé, una chima, se detuvo frente a Uthacalthing y le hizo una reverencia, con las manos juntas sobre el pecho en señal de respeto.

—¿Sí, señorita? —Uthacalthing habló primero tal como exigía el protocolo. Aunque era un tutor que hablaba a un pupilo, utilizó el honorífico y arcaico término.

—S... su excelencia... —la voz rasposa de la chima temblaba ligeramente. A buen seguro era la primera vez que hablaba con uno no-terráqueo—. Su excelencia, la Coordinadora Planetaria Oneagle nos ha hecho llegar el mensaje de que los preparativos ya están completos. Las armas están a punto de ser instaladas. Pregunta si a usted le gustaría presenciar su... este, su programa en funcionamiento.

Los ojos de Uthacalthing se separaron, divertidos, mientras la arrugada piel de sus cejas se estiraba unos instantes. Su «programa» apenas merecía tal nombre. Hubiera sido mejor llamarlo tortuosa y práctica broma para los invasores. Como mucho, una empresa aventurada.

Ni siquiera Oneagle sabía lo que él deseaba realmente. Esa ignorancia era una lástima, desde luego, ya que si fracasaba su plan, cosa más que probable, seguiría mereciéndose una o dos buenas carcajadas. Reírse podría ser una gran ayuda para su amiga ante los difíciles tiempos que tenía por delante.

—Gracias, cabo —asintió—. Por favor, indíqueme el camino.

Mientras seguía al pequeño pupilo, Uthacalthing sintió una leve insatisfacción por dejar tantas cosas sin resolver. Una buena broma requería mucha preparación, y no le quedaba demasiado tiempo.

*¡Si al menos yo tuviera un aceptable sentido del humor!*

*Oh, bueno, cuando la sutileza nos abandona, debemos simplemente tomárnoslo con tartas de crema.*

Dos horas más tarde salía de la residencia del gobierno para regresar a casa. La reunión había sido breve, con flotas de batalla que se aproximaban y expectativas de aterrizajes inminentes. Megan Oneagle había trasladado ya la mayor parte del gobierno y las escasas fuerzas restantes a territorios más seguros.

Uthacalthing pensaba que en realidad disponían de algo más de tiempo. No habría

aterrizajes hasta que los invasores hubiesen transmitido su manifiesto. Las normas del Instituto de la Guerra Civilizada así lo requerían.

Pero con la confusión que reinaba entre las Cinco Galaxias, muchos clanes de viajeros del espacio se estaban saltando la tradición a la torera. Pero en este caso, observar las normas no le costaría nada al enemigo. Ya habían vencido. Ahora se trataba sólo de ocupar un territorio.

Además, la batalla en el espacio había demostrado una cosa: estaba claro que el enemigo eran los *gubru*.

A los humanos y chimps de este planeta no les esperaban buenos tiempos. Desde la época del Contacto, los *gubru* habían sido los peores atormentadores de la Tierra. No obstante, los galácticos pajariles eran muy rigurosos con las normas. Al menos, con su propia interpretación de ellas.

Megan se sintió decepcionada cuando él rechazó su oferta de transportarlo al refugio, pero Uthacalthing tenía su propia nave. Y, además, todavía le quedaban asuntos por resolver en la ciudad. Se despidió de la Coordinadora con la promesa de verla muy pronto.

«Pronto» era una palabra maravillosamente ambigua. Una de las muchas razones por las que valoraba el inglés era por la magnífica imprecisión de la lengua de los lobeznos.

Bajo la luz de la luna, Puerto Helenia se veía incluso más pequeño y desolado que la diminuta y amenazada ciudad que parecía de día. El invierno había casi terminado pero aún soplaba una fría brisa procedente del este, que hacía revolotear las hojas en las calles casi desiertas de la ciudad mientras su chófer lo llevaba de regreso al recinto de la cancillería. El viento transportaba un olor húmedo y Uthacalthing imaginó que podía oler las montañas donde su hija y Robert Oneagle se habían refugiado.

Fue una decisión por la que los padres no habían recibido demasiadas muestras de agradecimiento.

De camino a la embajada *tymbrimi*, el coche tenía que pasar de nuevo frente a la sección de la Biblioteca. El chófer tuvo que reducir velocidad para ser adelantado por otro vehículo. Por esta razón, Uthacalthing fue obsequiado con una extraña visión: un *thenanio* de la casta más alta que caminaba furioso bajo las luces de la calle.

Detente aquí, por favor —dijo de repente.

Frente al edificio de piedra de la Biblioteca zumbaba un gran vehículo flotador. De su cúpula elevada emanaba luz, creando un oscuro ramillete de sombras en las amplias escalinatas. Cinco de ellas pertenecían sin lugar a dudas a cinco neochimpancés con sus largos brazos extendidos. Dos sombras en penumbra, aún más largas, procedían de unas delgadas figuras que permanecían junto al flotador. Un par de estoicos y disciplinados *ynnin* estaban tan inmóviles que parecían altos

canguros guerreros, allí quietos como estatuas.

Su jefe y tutor, el que poseía la sombra más grande, se destacaba entre los pequeños terráneos. Macizos y fuertes, los hombros de esas criaturas parecían fusionarse con sus cabezas en forma de proyectil. El segundo de ellos tenía una alta y rizada cresta como la de los cascos de los guerreros griegos.

Al salir del coche, Uthacalthing oyó una voz muy fuerte, rica en sibilantes guturales.

—*¿Natha'kl ghoom'ph? ¡Veraich'sch hooman'vlech! ¡Nittaro K'Anglee!*

Los chimpancés sacudieron la cabeza, confundidos y claramente intimidados. Era obvio que ninguno de ellos hablaba galáctico Seis. Y, sin embargo, cuando el enorme *thenanio* avanzó, los pequeños terrestres se movieron para intervenir, inclinándose ante él pero mostrándose reacios a dejarlo pasar.

Eso sólo consiguió que el *thenanio* se pusiera más nervioso.

—*¡Idatess! Nittaril kollunta...*

El inmenso galáctico se detuvo de repente al ver a Uthacalthing. Su boca plumífera y pajaril permaneció cerrada al cambiar a galáctico-Siete, hablando a través de sus ranuras respiratorias.

—*¡Oh, Uthacalthing!, ab-Caltmour ab-Brma ab-Krallnith ul-Tytlal! ¡Yo te saludo!*

Uthacalthing hubiera reconocido a Kault en una ciudad atestada de *thenanios*. El gran y pomposo macho de la casta alta sabía que el protocolo no exigía el uso completo de los nombres de la especie en los encuentros casuales. Pero a Uthacalthing no le quedaba otra opción que saludarlo del mismo modo.

—Kault, ab-Wortl ab-Kosh ab-Rosh ab-Tothtoon ul-Paimin ul-Rammin ul-Ynnin ul-Olumimim. Yo también te saludo. Cada «ab» del largo patronímico se refería al nombre de las razas de las que descendía el clan *thenanio*, hasta la más antigua de las que todavía existían. «Ul» precedía al nombre de las especies a las que los *thenanios* habían elevado a la ciencia de los viajes espaciales. Los congéneres de Kault habían estado muy atareados el último megaaño. Se jactaban sin cesar de su largo nombre de especie.

Los *thenanios* eran idiotas.

—Uthacalthing, tú eres un experto en esa porquería de lengua que usan los terrestres. Por favor, explica a estas criaturas ignorantes y semielevadas que quiero entrar. Necesito utilizar la sección de la Biblioteca y si no se hacen a un lado me veré obligado a pedir que sus tutores los castiguen.

Uthacalthing se encogió de hombros, ese gesto estándar que denotaba la penosa imposibilidad de obedecer.

—Sólo están cumpliendo con su deber, enviado Kault. Cuando la Biblioteca está totalmente dedicada a asuntos de defensa planetaria, se puede restringir el paso durante un breve período de tiempo sólo a los inquilinos.

Kault miró a Uthacalthing sin pestañear. Sus ranuras respiratorias se hincharon.

—Niños —murmuró por lo bajo en un oscuro dialecto del galáctico-Doce, sin darse cuenta quizá de que Uthacalthing lo entendía—. ¡Infantes, dirigidos por niños indisciplinados, cuyos tutores son unos delincuentes juveniles!

Los ojos de Uthacalthing se separaron y sus zarcillos vibraron de ironía. Formaron el *fsu'usturatu*, un glifo de hilaridad y diversión.

*Es maravilloso que los thenanios tengan la sensibilidad de una piedra para los asuntos de empatía*, pensó Uthacalthing al tiempo que se apresuraba a borrar el glifo. De entre los clanes galácticos implicados en la corriente actual de fanatismo, los *thenanios* eran menos odiosos que la mayoría. Algunos de ellos en realidad pensaban que estaban actuando por el bien de aquellos a quienes conquistaban.

Era evidente a quién se refería Kault cuando habló de «delincuentes» que con su liderazgo descarriaban a los terrestres. Uthacalthing no se sintió ofendido en lo más mínimo.

—Estos niños pilotan naves espaciales, Kault —le respondió en el mismo dialecto, para sorpresa del *thenanio*—. Los neochimpancés pueden llegar a ser los mejores pupilos que surjan en medio megaaño, con la posible excepción de sus primos, los neodelfines. ¿No tenemos que respetar, pues, su auténtico deseo de cumplir con su deber?

—Mi amigo *tymbrimi*... —La cresta de Kault se puso rígida al oír hablar de la otra raza pupila de la Tierra—. ¿Significa eso que sabe algo más sobre la nave de los delfines? ¿La han localizado ya?

Uthacalthing se sintió un poco culpable por estar tomándole el pelo a Kault. Después de todo, no era mal tipo. Procedía de una facción política minoritaria que incluso había hablado con los *tymbrimi* en favor de la paz. Sin embargo, Uthacalthing tenía sus motivos para excitar la curiosidad de su colega diplomático y se había preparado para un encuentro como ése.

—Tal vez he dicho más de lo que debiera. Por favor, no vuelva a pensar en ello. Y ahora lo siento mucho, pero tengo que marcharme o llegaré tarde a una reunión. Le deseo buena suerte y supervivencia en los días que se avecinan, Kault.

Hizo la reverencia informal de un tutor a otro y giró sobre sus talones. Pero por dentro, Uthacalthing se reía, porque sabía la verdadera razón por la que Kault estaba en la Biblioteca. El *thenanio* sólo había ido allí a buscarlo a él.

—¡Espere! —gritó Kault en inglés.

—¿Sí, respetable colega? —Uthacalthing se volvió.

—Yo —Kault cambió a galSiete— tengo que hablar con usted respecto a la evacuación. Como ya debe saber, mi nave está en mal estado. En este momento, carezco de transporte. —La cresta del *thenanio* vibró de incomodidad. El protocolo y la diplomacia eran una cosa, pero era evidente que al tipo no le gustaba la idea de



tener que quedarse en la ciudad cuando aterrizasen los *gubru*—. Debo pues preguntarle si hay alguna posibilidad de que podamos discutir acerca del apoyo mutuo. La enorme criatura dijo todas esas palabras a borbotones.

Uthacalthing fingió sopesar la idea con gravedad. Después de todo, su especie y la de Kault estaban oficialmente en guerra en aquel momento. Finalmente asintió:

—Esté en mi recinto mañana a medianoche; ni un *mictaar* más tarde, recuérdelo. Y por favor, traiga el equipaje mínimo. Mi nave es muy pequeña. Teniendo en cuenta todo esto, puedo ofrecerle amablemente un pasaje al refugio. Eso sería lo amable y correcto. ¿Verdad, cabo? —preguntó volviéndose hacia su chófer neochimpancé.

La pobre chima parpadeó confusa ante Uthacalthing. Había sido elegida para aquel trabajo por su dominio de galSiete, pero de ahí a comprender el misterio de lo que estaba ocurriendo allí, había un buen trecho.

—S... si señor. Parece lo más amable.

—En ésas estamos —asintió Uthacalthing mirando a Kault—. No sólo lo más correcto sino también lo más amable. Es una gran cosa que nosotros, los mayores, aprendamos de tal inteligente precocidad y añadamos esa cualidad a nuestras acciones.

Por primera vez vio que el *thenanio* pestañeaba. La criatura emanaba confusión. Al fin, no obstante, el alivio venció sobre el temor de que le hubieran estado tomando el pelo. Kault se inclinó ante Uthacalthing. Y entonces, por el hecho de haber éste incluido a la pequeña chima en la conversación, la saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Por miss pupilosss y por mí misssmo, se lo agradezco —dijo torpemente en inglés. Kault hizo chasquear los clavos de sus codos y los pupilos *ynnin* lo siguieron mientras andaba pesadamente hacia su flotador. La cúpula que lo cerraba apagó finalmente sus luces y los chimps en la Biblioteca miraron a Uthacalthing agradecidos.

El flotador se elevó sobre su cojín de gravedad y desapareció a toda prisa. La chófer de Uthacalthing mantenía abierta la puerta de su coche de ruedas, pero él extendió los brazos e inhaló profundamente.

—Creo que sería una buena idea dar un paseo —le dijo—. La embajada no está lejos de aquí. ¿Por qué no te tomas unas horas libres, cabo, y las disfrutas con tus familiares y amigos?

—Pe... pero, señor...

—No te preocupes por mí —insistió con firmeza. Se inclinó ante ella y notó que se ruborizaba ante aquella muestra de cortesía. Ella le devolvió una reverencia más acentuada.

*Qué criaturas tan deliciosas*, pensó Uthacalthing mientras veía alejarse el coche. *He conocido a unos cuantos neochimpancés que parecen incluso tener indicios de*

*verdadero sentido del humor.*

*Espero que la especie sobreviva.*

Empezó a caminar. Pronto dejó atrás el clamor de la Biblioteca y cruzó un barrio residencial. La brisa hacía que la noche fuera clara y las suaves luces de la ciudad no ofuscaban el centelleo de las estrellas. En esa época la corona galáctica era un áspero espejo de diamantes que cruzaba el cielo. No se veían rastros de la batalla espacial: había sido una escaramuza demasiado pequeña como para dejar residuos visibles.

Uthacalthing notaba a su alrededor sonidos que le hablaban de la diferencia de aquella noche. Sirenas lejanas y el rugido de las naves en pleno vuelo. Casi en cada manzana de edificios alguien lloraba, voces humanas o de chimps, gritando o susurrando de miedo y frustración. En el confuso nivel de la empatía, las ondas chocaban unas contra otras en un torbellino de emociones. Su corona no podía desviarse del pánico de los habitantes que aguardaban la mañana siguiente.

Uthacalthing no trató de evitarlo mientras recorría con grandes zancadas unas avenidas tenuemente iluminadas y bordeadas de decorativos árboles. Sumergió sus zarcillos en el absorbente flujo emocional y sobre su cabeza surgió un glifo nuevo y extraño. Se quedó allí flotando, terrible y sin nombre. La eterna tristeza del tiempo se hacía palpable por momentos.

Uthacalthing sonrió. Era un tipo especial de sonrisa, muy antiguo. Y en aquel momento, incluso con aquella oscuridad, nadie lo hubiera confundido con un ser humano.

*Hay muchos caminos...* pensó, saboreando de nuevo los abiertos e indisciplinados matices del anglico.

Dejó la cosa que había creado flotando en el aire, disolviéndose despacio a sus espaldas, mientras caminaba bajo el lento y circular periplo de las estrellas.

## ROBERT

Robert se despertó dos horas antes del amanecer.

Sufrió un período de desorientación a medida que las extrañas sensaciones e imágenes de los sueños se disipaban. Se frotó los ojos en un intento de aclarar su mente de la confusión y el atontamiento que lo embargaban.

Recordó que había estado corriendo, corriendo como sólo ocurre a veces en sueños, con pasos largos y flotantes que abarcaban leguas y que apenas parecían tocar el suelo. A su alrededor se movían y cambiaban formas vagas, misterios e imágenes semiformadas que se le escapaban cuando su mente despierta trataba de recordarlas.

Robert contempló a Athaclena, tumbada cerca, dentro de su saco de dormir. Su corona *tymbrimi*, ese casco cónico de suave pelo castaño, estaba recogida. Los zarcillos plateados de la parte superior ondulaban delicadamente, como si tantearan o lucharan con algo invisible sobre su cabeza. Lanzó un suspiro y habló muy bajito, unas pocas frases cortas en el muy silábico dialecto *tymbrimi* de galáctico-Siete.

Tal vez eso explicaba sus propios extraños sueños, pensó Robert. Debía de haber captado rastros de los de la muchacha.

Parpadeó contemplando los ondulantes zarcillos. Durante un breve instante, pareció que había algo que flotaba en el aire sobre la dormida alienígena. Había sido como... como...

Robert frunció el ceño, meneando la cabeza. No había sido como nada en absoluto. El mismo acto de intentar compararlo con algo parecía alejar ese algo cuando pensaba en ello.

Athaclena suspiró de nuevo y se volvió del otro lado. Su corona se replegó. Ya no se produjeron más visiones fugaces en la oscuridad.

Robert salió del saco y buscó a tientas sus botas antes de ponerse de pie. Dio una vuelta alrededor de las altas piedras-aguijón junto a las que estaban acampados. Apenas había la suficiente luz de estrellas como para encontrar un camino entre los extraños monolitos.

Llegó a un promontorio desde el cual se dominaba la cadena occidental de montañas, y a su derecha, las llanuras septentrionales. Bajo este lugar de observación privilegiado se extendía un ondulante y sombrío mar de bosques. Los árboles llenaban el aire de un aroma húmedo y pesado.

Se sentó con la espalda apoyada en una de las piedras-aguijón, tratando de pensar.

Si la aventura era sólo todo lo que aquel viaje significaba... Un idílico interludio en las Montañas de Mulun en compañía de una belleza alienígena. Pero no podía

olvidar ni dejar de sentirse culpable al pensar que no hubiese tenido que hallarse allí. Debería estar con sus condiscípulos, sus compañeros de la milicia, y afrontar junto a ellos los problemas.

Sin embargo, eso no podía ser. Una vez más, su madre había interferido en su propia vida. No era la primera vez que Robert deseaba no haber sido hijo de una personalidad política.

Contempló las estrellas, que centelleaban en brillantes líneas donde se unían dos brazos galácticos en espiral. *Si hubiera sufrido más contrariedades en mi vida, quizás estaría mejor preparado para enfrentarme con lo que va a ocurrir. Sería más capaz de aceptar las frustraciones.*

No era sólo por ser hijo de la Coordinadora Planetaria, con todas las ventajas que ese rango suponía. Era algo que iba más allá de eso.

Durante toda su infancia se dio cuenta de que mientras los otros muchachos tropezaban y sufrían penas amargas, él siempre tuvo la destreza de salir airoso de todo. Cuando casi todos los demás se habían encaminado a ciegas y con torpeza hacia la adolescencia y la sexualidad, él se había deslizado dentro del placer y la popularidad con tanta facilidad como un pie en un zapato viejo.

Su madre, y su padre, viajero espacial, cada vez que estaba de paso en Garth, le habían recomendado que se fijase en las interacciones de sus semejantes y no dejase simplemente que las cosas sucedieran ni que las aceptara como inevitables. Y de hecho, había empezado a percatarse de que, en cada agrupamiento por edades, había unos pocos como él, para quienes el crecer resultaba en cierto modo más fácil. Entraron con suavidad en la época embrollada de la adolescencia mientras que todos los demás se obstinaban en encontrar un fortuito pedazo de terreno sólido. Y al parecer los más afortunados aceptaban su feliz hado como si fuera señal de alguna elección de tipo divino. Lo mismo ocurría con las muchachas más populares. No tenían empatía, no sentían compasión por los chicos más normales.

En el caso de Robert, nunca había perseguido la fama de *playboy*. Pero con el tiempo, se la había ganado, casi en contra de su voluntad. Un temor secreto empezó a crecer en su corazón. ¿Había equilibrado el universo todas las cosas? ¿Quitaba para compensar lo que entregaba? Se suponía que el culto a Ifni era un chiste entre los viajeros del espacio, ¡pero a veces todo parecía tan planeado!

Era estúpido creer que las pruebas endurecen a las personas, volviéndolas sabias automáticamente. Conocía a muchos que eran idiotas, arrogantes y bobos a pesar de haber sufrido.

Sin embargo...

Al igual que muchos humanos, a veces envidiaba a los flexibles, atractivos y autosuficientes *tymbrimi*. Según los estándares galácticos, eran una raza joven, pero comparados con la Humanidad eran viejos y con gran sabiduría galáctica. Los

humanos habían descubierto la sensatez, la paz y una ciencia de la mente sólo una generación antes del Contacto. Existían aún muchos defectos que la sociedad de Terragens tenía que superar. En cambio, los *tymbrimi* parecían conocerse a ellos mismos tan bien...

*¿Es ésta la razón básica por la que me atrae Athaclena? Simbólicamente hablando, ella es mayor que yo, posee más conocimientos. Me ofrece la oportunidad de ser torpe y atolondrado y disfrutar de esa actitud.*

Era todo tan confuso que Robert no estaba seguro siquiera de sus sentimientos. Lo estaba pasando bien allí arriba en la montaña con Athaclena y eso lo hacía avergonzarse. Por un lado, se sentía resentido con su madre por haberlo enviado allí, y a la vez se sentía culpable de ese resentimiento.

*¡Oh, si sólo me hubieran permitido luchar!* El combate, al menos, era algo directo y fácil de comprender. Era antiguo, honorable, simple.

Robert miró de repente hacia el cielo. Allí, entre las estrellas, un punto llameó con momentánea brillantez.

Mientras miraba, se produjeron otros dos súbitos resplandores; luego otro. Las nítidas y destellantes chispas duraron lo suficiente como para que pudiera darse cuenta de sus posiciones.

El movimiento era demasiado regular para ser un accidente... intervalos de veinte grados por encima del ecuador, todo el camino desde la Esfinge hasta Batman, en el que Tloona, el planeta rojo, brillaba en el centro del antiguo cinturón del héroe.

*Así que ya está aquí.* La destrucción de la red sincrónica del satélite era algo esperado, pero, en realidad, resultaba pasmoso presenciarla. Por supuesto, eso significaba que los verdaderos aterrizajes no tardarían en producirse.

Robert se sintió abatido y confió en que no hubieran muerto demasiados de sus amigos humanos y chimps.

*Nunca he podido saber si actué como debía cuando las cosas eran realmente importantes. Tal vez ya nunca pueda saberlo.*

Había tomado una decisión respecto a una cosa. Cumpliría la tarea que le había sido asignada: escoltar a una alienígena no combatiente a las montañas y a su supuesta seguridad. Había un deber que tenía que cumplir esa noche, mientras Athaclena dormía. Volvió lo más silencioso que pudo a las mochilas, sacó del bolsillo inferior izquierdo el aparato de radio y empezó a desmontarlo en la oscuridad.

A medio realizar su trabajo, otro repentino resplandor le hizo volver la cabeza hacia el cielo oriental. Una veloz llama surcó el destellante campo estelar, dejando fulgurantes brasas tras de sí. Algo entraba deprisa, ardiendo como si penetrase en la atmósfera.

Los detritos de la guerra.

Robert se puso de pie y contempló cómo el meteoro de fabricación humana

dejaba un ardiente sendero que cruzaba el cielo. Desapareció detrás de una hilera de colinas, a unos veinte kilómetros de distancia. Tal vez mucho más cerca.

—Que Dios os proteja —murmuró a los guerreros que viajaban en aquella nave.

No temía bendecir a sus enemigos aunque estaba claro qué bando necesitaba ayuda aquella noche, y era posible que por mucho tiempo.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de la Idoneidad se movía por el puente del buque insignia con pequeños saltos y cabriolas, disfrutando del placer de avanzar entre la soldadesca *gubru* y *kwackoo* que se apartaba para dejarle libre el camino. Hacía quizá mucho tiempo que el sumo sacerdote *gubru* no disfrutaba de tal libertad de movimientos.

Después de que la fuerza de ocupación aterrizase, el Suzerano no podría volver a poner un pie en el «suelo» durante muchos *miktaars*. Hasta que la idoneidad no estuviese asegurada y la consolidación completa, no podría pisar el territorio del planeta que se extendía frente a la armada que seguía avanzando.

Los otros dos líderes de la fuerza de invasión, el Suzerano de Rayo y Garra y el Suzerano de Costes y Prevención, no tendrían que obrar con tales restricciones. Eso era lo correcto. El ejército y la burocracia tenían sus propias funciones. Pero al Suzerano de la Idoneidad se le había encomendado la misión de Adecuación de la Conducta de la expedición *gubru*, y para eso tendría que permanecer posado en la percha.

Desde el otro lado del puente podían oírse las quejas del Suzerano de Costes y Prevención. Se habían producido pérdidas inesperadas en la furiosa batallita que los humanos protagonizaron con tanta valentía.

Cada nave puesta fuera de combate dañaba la causa *gubru* en estos peligrosos tiempos.

*Necios, imprudentes, cortos de vista*, pensó el Suzerano de la Idoneidad. El daño físico ocasionado por los humanos había sido mucho más insignificante que el ético y el legal. Ya que la lucha había sido tan ardiente y efectiva, no podía ser ignorada. Tenía que ser reconocida.

Con su acción, los lobeznos humanos habían dejado constancia de su resistencia a la llegada de las fuerzas *gubru*. De modo inesperado, lo habían hecho siguiendo con meticulosa atención los Protocolos de Guerra.

*Tal vez sean algo más que meras bestias inteligentes.*

*Más que bestias...*

*Quizás ellos y sus pupilos deban ser estudiados.*

*Estudiados... zzooon*

La hazaña de la resistencia de la diminuta flotilla terrestre significaba que el Suzerano tendría que permanecer posado en la percha al menos durante el período inicial de la ocupación. Habría que buscar una excusa ahora, la clase de *casus belli* que permitiera a los *gubru* proclamar a las Cinco Galaxias que la cesión de arrendamiento de Garth a los terrestres resultaba nula e ineficaz.

Hasta que eso ocurriera, hasta que se aplicaran las Normas de Guerra y se impusieran, el Suzerano de la Idoneidad sabía que se producirían conflictos con los otros dos comandantes, sus futuros amantes y competidores.

La política correcta exigía tensión entre ellos, incluso que algunas leyes que el sacerdote tuviera que imponer, pareciesen, en cierto modo, estúpidas.

*Ojalá el momento legue pronto...*

*Que pronto seamos dispensados de las reglas...*

*Zzooon*

*Y pronto el Cambio premie a los virtuosos...*

*Cuando los Progenitores regresen... zzooon*

El Suzerano hizo que su peluda cobertura se agitara. Ordenó a uno de sus sirvientes, un fofo e imperturbable *kwakoo*, que trajese un ahuecador de plumas y un peine.

*Los terrestres darán un paso en falso...*

*Nos proporcionarán una justificación...*

*Zzooon*



## ATHACLENA

Aquella mañana Athaclena supo que algo había ocurrido durante la noche. Pero Robert apenas si contestó a sus preguntas. Su rudimentario pero efectivo escudo de empatía bloqueaba sus intentos de captar.

Athaclena trató de no sentirse ofendida. Después de todo, su amigo humano estaba empezando a aprender cómo utilizar sus modestos talentos. No podía conocer las muchas y sutiles maneras que un empato era capaz de usar para demostrar un deseo de intimidad. Robert sólo sabía cómo cerrar del todo la puerta.

El desayuno fue silencioso. Cuando Robert hablaba, ella respondía con monosílabos. Como era natural, Athaclena comprendía la reserva de él, pero no había ninguna norma que dijese que ella tenía que mostrarse comunicativa.

Esa mañana, unas nubes bajas coronaban los cerros, cortadas por hileras de serradas piedras-aguijón. El paisaje tenía un aire espectral y lleno de presagios. Caminaban en silencio entre desgarrados jirones de niebla brumosa por las estribaciones que llevaban a las Montañas de Mulun. El aire estaba inmóvil y parecía contener una vaga tensión que Athaclena no podía identificar. Penetraba en su mente, sacando a relucir recuerdos poco agradables.

Se acordó de una vez que acompañó a su madre a las Montañas septentrionales de Tymbrimi, ascendiendo a lomos de un *gurvalback* por un sendero apenas un poco más ancho que éste, para asistir a la Ceremonia de Elevación de los *tytlal*.

Uthacalthing estaba entonces fuera en misión diplomática y nadie sabía aún qué tipo de transporte iba a usar para el regreso. Era una cuestión de máxima importancia ya que si podía hacer todo el camino de vuelta a través del nivel-A del hiperespacio y los puntos de transferencia, podría llegar a casa en cien días o menos. Si se veía obligado a viajar por el nivel-D, o aún peor, por el espacio normal, Uthacalthing podía no regresar en el tiempo que les quedaba de vida natural.

El servicio diplomático intentaba avisar a los familiares de sus agentes tan pronto como el asunto se aclaraba, pero en esa ocasión tardaron demasiado. Athaclena y su madre empezaron a convertirse en un estorbo público, contagiando su molesta ansiedad a todos sus vecinos. En tales circunstancias, se les insinuó educadamente que debían alejarse de la ciudad por un tiempo. El servicio les proporcionó billetes para que asistieran a ver cómo los representantes de los *tytlal* ejecutaban otro rito de avance en el largo camino de la Elevación.

El resbaladizo escudo mental de Robert le recordó el dolor de Mathicluanna secretamente guardado durante ese largo trayecto entre heladas colinas color púrpura. Madre e hija apenas hablaron entre sí mientras pasaban por amplios terrenos sin

cultivar y por fin llegaban a una fértil llanura en la caldera de un antiguo volcán.

Allí, en lo alto de una simétrica cima, se habían congregado miles de *tymbrimi*, bajo un grupo de toldos de brillantes colores, para presenciar la Aceptación y Elección de los *tytlal*.

Habían llegado observadores de muchos clanes distinguidos de viajeros del espacio: *synthianos*, *kanten*, *mrgh'4luargi* y, por supuesto, un tropel de humanos vocingleros. Los terrestres se mezclaban con sus aliados *tymbrimi* junto a las mesas de refrigerio armando un gran alboroto. Recordó su actitud de entonces al ver juntas a tantas criaturas *atríquicas* y *bromopneanas*. ¿Era yo tan snob?, se preguntó Athaclena.

Había arrugado la nariz con desdén ante el ruido que hacían los humanos con sus fuertes y graves carcajadas.

Sus extrañas miradas se posaban en todas partes al tiempo que hacían alarde de sus prominentes músculos.

Incluso las hembras parecían caricaturas de los levantadores de pesas *tymbrimi*.

De hecho, por aquel entonces Athaclena apenas si había entrado en la adolescencia. Ahora, reflexionando sobre ello, recordó que sus congéneres eran tan entusiastas y ostentosos como los humanos, moviendo las manos de modo intrincado y animando el cielo con breves y destellantes glifos. Aquél fue un gran día, después de todo, ya que los *tytlal* tenían que «elegir» a sus tutores y a sus nuevos auspiciadores de Elevación.

Varios dignatarios permanecían bajo los brillantes pabellones. Obviamente los *caltmour*, inmediatos tutores de los *tymbrimi*, no pudieron asistir ya que se habían extinguido trágicamente. Pero estaban presentes su sello y sus colores, en honor a los que habían dado a los *tymbrimi* el don de la sapiencia.

Sin embargo, la presencia de todos se veía honrada por una delegación de charlatanes *brma*, de andares majestuosos, los cuales habían elevado a los *caltmour* hacía mucho, mucho tiempo.

Athaclena recordó con un suspiro cómo su corona chisporroteó de sorpresa al ver surgir otra sombra con una cobertura marrón en lo alto del monte ceremonial. ¡Era un *Krallnith*! ¡La raza más antigua en su linaje de tutores había enviado un representante! Por aquel entonces, los *krallnith* estaban casi aletargados, habiendo abandonado su entusiasmo cada vez más pobre para dedicarse a extrañas formas de meditación. La opinión generalizada era de que no seguirían existiendo muchas épocas más. Era un honor que uno de ellos asistiera al acto y ofreciera sus bendiciones a los miembros más nuevos del clan.

Como era natural, el centro de atención eran los propios *tytlal*. Vestían túnicas plateadas que los hacían parecer mucho a esas criaturas terráqueas conocidas con el nombre de nutrias. Los legatarios *tytlal* irradiaban un justificado orgullo mientras se

preparaban para el último rito de Elevación.

—Mira —indicó la madre de Athaclena—, los *tytlal* han elegido a Sustruk, su poeta-inspirador, para que los represente. ¿Recuerdas cuando lo conociste, Athaclena?

Claro que se acordaba. Había sido sólo el año anterior, cuando Sustruk les hizo una visita en su casa de la ciudad. Uthacalthing había querido presentar al genio *tytlal* a su esposa e hija antes de partir a su última misión.

—La poesía de Sustruk es chabacana y trivial —murmuró Athaclena.

Su madre la miró con severidad. Entonces su corona ondeó. El glifo que formaba era *sh'cha'kuon*, el oscuro espejo que sólo tu propia madre sabe cómo ponerte delante. El enojo de Athaclena se reflejó en él, y pudo ver con toda facilidad a qué era debido. Miró hacia otro lado, avergonzada.

Después de todo, era injusto culpar al pobre *tytlal* por recordarle la ausencia de su padre.

La ceremonia fue en realidad muy hermosa. Un glifocoro *tymbrimi* del mundo colonial de *Juthtath* interpretó «La apoteosis de *Lerensini*», y hasta los ineptos humanos se quedaron maravillados y boquiabiertos captando, de manera patente, algunas de las intrincadas y flotantes armonías. Sólo los fanfarrones e impenetrables embajadores *thenanios* permanecían insensibles y ni siquiera parecía importarles sentirse excluidos.

A continuación, el cantante *brma* Kuff-Kuff't entonó un antiguo y átono himno en honor de los Progenitores.

Athaclena pasó un mal rato mientras la silenciosa audiencia escuchaba una composición, creada especialmente para aquel acto por uno de los doce Grandes Soñadores de la Tierra, la ballena llamada Cinco Espirales de Burbujas. El que las ballenas no se consideraran oficialmente criaturas sensitivas no fue óbice para que se la admirase, pero el hecho de vivir en la Tierra, bajo el cuidado de los humanos «lobeznos», era una causa adicional de enojo para los clanes galácticos más conservadores.

Athaclena recordó haber permanecido sentada, tapándose los oídos, mientras todo el mundo se balanceaba al son de la música cetácea. Para ella era peor que el ruido de una casa derrumbándose. La mirada de Mathicluanna denotaba su preocupación. *Eres tan extraña, hija mía, que no sé qué vamos a hacer contigo.* Al menos la madre de Athaclena no le regañó en voz alta o con un glifo, avergonzándola en público.

Al fin, para alivio de Athaclena, el tiempo de los entretenimientos terminó. Ahora le tocaba el turno a la delegación *tytlal*: era el momento de la Aceptación y la Elección.

La delegación, con el gran poeta Sustruk a la cabeza, se acercó al supremo dignatario *krallnith* y se inclinó ante él. Después rindieron homenaje a los

representantes *brma* y a continuación expresaron una cortés obediencia a los humanos y a las otras razas alienígenas de tutores visitantes.

El Maestro de Elevación *tymbrimi* fue el último en recibir la reverencia. Sustruk y su esposa, una científica llamada Kihimik, se adelantaron un paso con respecto al resto de la delegación ya que eran la pareja elegida entre todos para ser los «representantes de la raza». Contestaron por turno a una lista de preguntas formales que leía el Maestro de Elevación, quien anotaba con solemnidad las respuestas.

Luego, la pareja fue examinada minuciosamente por los Críticos del Instituto de Elevación Galáctica.

Hasta aquí había sido una versión rutinaria del test de sapiencia del Cuarto Nivel. Pero ahora los *tytlal* tenían una nueva posibilidad de fracaso. Una *soro* enfocaba a Sustruk y Kihimik con complejos instrumentos. Una *soro*... que no estaba en buenas relaciones con el clan de Athaclena. Tal vez ella buscara una excusa, cualquier excusa, para avergonzar a los *tymbrimi* rechazando a sus pupilos.

Discretamente oculto en el interior de la caldera se encontraba un equipo que había supuesto un gasto considerable para la raza de Athaclena. En aquel preciso instante, el examen de los *tytlal* se estaba emitiendo para las Cinco Galaxias. Ese día había muchas cosas de las que sentirse orgullosos, pero también cabía la posibilidad de una humillación.

Pero Sustruk y Kihimik pasaron la prueba con facilidad. Se inclinaron ante cada uno de los examinadores alienígenas. Si la examinadora *soro* estaba decepcionada, no lo demostró.

La delegación de peludos *tytlal* de piernas cortas se dirigió hacia un círculo, en lo alto de la colina.

Empezaron a cantar y a moverse juntos, de ese desgarbado y peculiar modo tan común entre las criaturas de su planeta natal: el mundo en barbecho en el que habían evolucionado hacia la presensitividad, donde fueron encontrados por los *tymbrimi* y adoptados por éstos para el largo proceso de Elevación.

Los técnicos enfocaron el amplificador que iba a mostrar a todos los presentes y a miles de millones en otros mundos, la elección que habían hecho los *tytlal*. Un sordo ruido bajo tierra era la prueba de unos potentes motores en funcionamiento.

En teoría, las criaturas podían incluso rechazar a sus tutores y abandonar la Elevación, aunque había tantas normas y cualificaciones que, en la práctica, casi nunca era posible. Y de todas formas, aquel día no se esperaba nada de ese tipo. Los *tymbrimi* mantenían unas relaciones excelentes con sus pupilos.

Sin embargo, un seco y ansioso susurro recorrió la multitud a medida que el Rito de Aceptación se acercaba a su consumación. Los *tytlal* seguían balanceándose y gimoteando cuando del amplificador surgió un grave zumbido. En el cielo se formó una imagen holográfica y la muchedumbre gritó y rió en señal de aprobación. Era el

rostro de un *tymbrimi*, a quien todos reconocieron al instante. Oshoyoythuna, el Tramposo de la Ciudad de *Foyon*, que había tomado a algunos *tytlal* como ayudantes en sus bromas más exitosas.

Los *tytlal* habían reafirmado a los *tymbrimi* como sus tutores, pero elegir a Oshoyoythuna como su símbolo significaba mucho más que eso. Proclamaba el orgullo *tytlal* en cuanto a lo que significaba formar parte de ese clan.

Cuando cesaron las risas y los aplausos, sólo quedaba terminar una parte de la ceremonia: la selección de la Consorte de Etapa, la especie que hablaría en favor de los *tytlal* en la siguiente fase de su Elevación. Los humanos, en su extraña lengua, la llamaban Comadrona de la Elevación.

La Consorte de Etapa tenía que pertenecer a una raza ajena al propio clan *tymbrimi*. Y aunque la posición era principalmente ceremonial, la Consorte podía intervenir en favor de la especie pupila si el proceso de Elevación resultaba problemático. En el pasado, unas elecciones equivocadas habían creado terribles malentendidos. Nadie tenía ni idea de a quién habían elegido los *tytlal*. Era una de esas raras decisiones que incluso los tutores más entrometidos como los *soro* tenían que respetar. Sustruk y Kihimik cantaron una vez más, y hasta Athaclena, que estaba detrás de toda la multitud, pudo notar un creciente sentimiento de expectación entre los pequeños y peludos pupilos. ¡Esos diablillos habían tramado algo, seguro!

El suelo vibró de nuevo, el amplificador zumbo otra vez y los proyectores holográficos formaron una neblina azul sobre la cima del monte. Unas sombras lóbregas parecían flotar en ella, como revoloteando sobre una iluminación de fondo.

Su corona no le ofrecía ninguna pista ya que se trataba de una imagen estrictamente visual. Envidió la agudeza visual de los humanos cuando un grito de sorpresa surgió de la zona donde estaban congregados la mayoría de los terrestres. En torno a ellos, los *tymbrimi* fijaban la vista y se ponían de pie. Ella parpadeó. Entonces Athaclena y su madre se unieron a los demás en su asombrada incredulidad.

Una de las figuras tenebrosas pasó flotando en primer plano. Entonces se detuvo y rió ante toda la audiencia, mostrando unos dientes blancos y afilados como agujas. Tenía un ojo que brillaba y de su frente grisácea surgían burbujas.

El silencio de asombro se prolongó. ¡Nadie en los campos estelares de Ifni habría esperado que los *tytlal* eligieran a los delfines!

Los visitantes galácticos se quedaron pasmados. Neodelfines. Pero si la segunda raza pupila de la Tierra comprendía a los sensitivos más jóvenes de todas las Cinco Galaxias, ¡más jóvenes incluso que los mismos *tytlal*!

Aquello no tenía precedente. Era asombroso.

Era...

¡Era divertido! Los *tymbrimi* aplaudieron. Sus carcajadas crecieron cada vez más fuertes y claras. Sus coronas, todas a la vez, como si sólo fueran una, se desplegaron

formando un único glifo de aprobación, tan vivido que incluso el embajador thenanio pareció notarlos. Al ver que sus aliados no estaban ofendidos, los humanos se unieron a su alegría saltando y dando palmas con una energía amedrentadora.

Kihimik y la mayoría de *tytlal* reunidos hicieron una reverencia, aceptando los aplausos de sus tutores. Como buenos pupilos, parecía que habían trabajado duro para organizar una buena broma en ese día tan importante.

Sólo Sustruk permaneció un poco rezagado, rígido y tembloroso, todavía por la tensión.

En torno a Athaclena se encresparon olas de alegría y aprobación. Oyó la risa de su madre uniéndose a las demás. Pero la muchacha retrocedió, pasando entre la multitud hasta que tuvo espacio suficiente para poder salir de ella y alejarse. En un total flujo *gheer*, corrió y corrió, dejando atrás el borde de la caldera, hasta que pudo tomar el camino de descenso y no ser vista ni oída. Allí, contemplando la belleza del Valle de las Sombras Persistentes, cayó al suelo mientras la sacudían oleadas de reacción enzimática.

*Ese horrible delfín...*

Desde aquel día nunca le había confiado a nadie lo que vio en el cetáceo proyectado. Ni a su madre, ni siquiera a su padre, le había contado jamás la verdad... que había sentido un glifo en la profundidad de ese holograma proyectado, uno que surgía del propio Sustruk, el poeta de los *tytlal*.

Para todos los presentes aquello fue una gran broma, un magnífico engaño jocoso. Creían saber por qué los *tytlal* habían elegido a la raza más joven de la Tierra como Consorte de Etapa: para honrar al clan con una broma inmensa e inocente. Al elegir a los delfines, parecían querer decir que no necesitaban ningún protector, que amaban y honraban a sus tutores *tymbrimi* sin reserva alguna. Y al seleccionar a los segundos pupilos de los humanos, habían dado un buen pellizco a esas pedantes y antiguas razas galácticas que desaprobaban tanto la amistad entre los *tymbrimi* y los lobeznos. Fue un buen gesto. Delicioso.

¿Había sido, pues, Athaclena, la única en ver la profunda verdad? ¿Lo había sólo imaginado? Muchos años más tarde, en un planeta distante, Athaclena todavía temblaba al recordar ese día.

¿Había sido la única que captó el tercer armónico de Sustruk de risa, pena y confusión? El poeta-inspirador murió apenas unos días después del episodio, y se llevó consigo el secreto a la tumba.

Sólo Athaclena pareció sentir que la Ceremonia no había sido una broma, que la imagen de Sustruk no procedía de sus pensamientos sino del mismo Tiempo. Los *tytlal* habían elegido a sus protectores y la elección fue hecha con desesperada seriedad.

Ahora, unos cuantos años más tarde, las Cinco Galaxias se hallaban

conmocionadas por cierto descubrimiento realizado por una oscura raza pupila, la más joven de todas ellas. Los delfines.

*Oh, humanos, pensó mientras seguía a Robert en el ascenso a las Montañas de Mulun. ¿Qué habéis hecho?*

No, ésa no era la pregunta correcta.

*¿En qué estáis planeando convertirlos?*

Esa tarde los dos caminantes encontraron un escarpado campo cubierto de placas de hiedra. Un llano de plantas brillantes y espesa vegetación cubría la vertiente sudeste del cerro, como la superposición de escamas verdes de una gran bestia adormecida. El sendero que subía a las montañas estaba bloqueado.

—Apuesto a que estás pensando cómo vamos a poder cruzar todo esto y llegar al otro lado —dijo Robert.

—Esa vertiente parece traicionera —aventuró Athaclena—. Y se extiende a una gran distancia en ambas direcciones. Supongo que tendremos que rodearla.

En las márgenes de la mente de Robert había algo que le decía que eso era imposible.

—Estas plantas son fascinantes —dijo agachándose junto a una de las placas, parecida a un bol invertido en forma de coraza con casi dos metros de ancho. La agarró por el extremo y tiró de ella hacia atrás con fuerza. La placa se separó un poco de la compacta superficie y Athaclena pudo ver una dura y elástica raíz en su parte central.

Se acercó para ayudarle a arrancarla, preguntándose que tendría él en mente.

—La colonia echa brotes de una nueva generación de capas de éstas cada pocas semanas y cada capa se superpone a la anterior —explicó Robert gruñendo al tiempo que tiraba de la tensa y fibrosa raíz—. A finales de otoño, las últimas capas florecen y se vuelven finas como el papel. Se rompen y aprovechan los fuertes vientos del invierno para navegar por el cielo, millones de ellas. Es todo un espectáculo, créeme; esos cometas con los colores del arco iris flotando bajo las nubes, aunque sean un peligro para las naves voladoras.

—¿Son, pues, semillas? —preguntó Athaclena.

—Bueno, en realidad son transportadores de esporas. Y la mayoría de vanas que se posan en el suelo del Sind en invierno son estériles. Al parecer la hiedra en placas dependía de una criatura polinizadora que se extinguió durante el holocausto bururalli. Otro problema más con que deben enfrentarse los equipos de recuperación ecológica. —Robert se encogió de hombros—. Sin embargo, ahora en primavera, estas capas tempranas son rígidas y fuertes. Nos costará bastante esfuerzo arrancar una.

Robert sacó el cuchillo y lo pasó por debajo para cortar las flexibles fibras que sujetaban la placa. Las hebras se separaron de repente, aflojando su tensión y

mandando a Athaclena hacia atrás con la voluminosa placa sobre ella.

—Uf, lo siento, Clennie. —Athaclena notó que Robert intentaba no reírse mientras le ayudaba a salir de debajo de aquel peso. *Como si fuera un niño*, pensó—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió con rigidez, sacudiéndose el polvo de la ropa. Vuelta del revés, el lado interior y cóncavo de la placa parecía una taza con un grueso tallo central de fibras desgarradas y pegajosas.

—Bueno, entonces ¿por qué no me ayudas a llevarla hacia ese banco de arena junto a aquel desnivel?

El campo de hiedra en placas se extendía alrededor de la cima del cerro bordeándolo por tres lados. Juntos levantaron la placa suelta y la llevaron hacia donde comenzaba el brusco descenso, dejándola en el suelo con la cara interna hacia arriba.

Robert se dispuso a arreglar el rasgado interior de la placa. Al cabo de unos minutos retrocedió unos pasos y examinó su trabajo.

—Así funcionará. —La tocó ligeramente con el pie—. Tu padre quería que te enseñara todo lo que pudiese respecto a Garth. En mi opinión, tus conocimientos no serían completos si no te enseñase cómo montar sobre una placa de hiedra.

—Quieres decir que... —Athaclena recorrió con los ojos la placa y luego las capas de lisos guijarros—. No estarás hablando en broma... —Pero Robert estaba ya cargando su equipo en el interior del recipiente.

—Si quieres, podemos retroceder un par de millas y buscar un camino que rodee todo esto —dijo Robert mirándola de soslayo.

—Estás hablando en serio —suspiró Athaclena. Ya era muy pesado que sus padres y los amigos de su tierra la creyesen tímida, pero ahora, para colmo, no podía rechazar el reto de este humano—. Muy bien, Robert, enséñame cómo se hace.

Robert se metió dentro de la placa y verificó su estabilidad. Luego le hizo una seña para que se reuniese con él. Athaclena entró en aquel objeto que se balanceaba y se sentó donde Robert le indicaba, delante de él, con una rodilla a cada lado del tocón central.

Fue entonces cuando, con la corona temblando de nerviosa agitación, ocurrió de nuevo. Athaclena sintió algo que la hizo agarrarse convulsivamente a los gomosos lados de la placa haciendo que ésta oscilase.

—Eh, ten cuidado. ¡Casi nos tiras!

Athaclena lo cogió del brazo mientras examinaba el valle que se extendía a sus pies. Alrededor de su rostro chisporroteaba un haz de finos zarcillos.

—Lo he captado de nuevo. Ahí abajo, Robert. ¡En alguna parte del bosque!

—¿Qué? ¿Qué es lo que está ahí abajo?

—La entidad que capté antes. Lo que no era ni un humano ni un chimpancé. Era un poco parecido, pero distinto. ¡Y emana Potencial!



—¿Dónde? ¿Puedes señalar el lugar? —preguntó Robert, protegiéndose los ojos de la luz.

Athaclena se concentró. Intentaba localizar el tenue toque de emociones.

—Se ha... ido —suspiró finalmente.

—¿Estás segura de que no era un chimpancé? —Robert irradiaba nerviosismo—. En estas colinas hay muchos, y también cazadores y trabajadores forestales.

Athaclena formó un glifo *palanq*. Luego, recordando que Robert no era capaz de notar esa reluciente esencia de frustración, se encogió de hombros para indicar aproximadamente lo mismo.

—No, Robert. He conocido a muchos neochimpancés ¿no te acuerdas? El ser que he sentido era diferente. Y por un lado puedo jurar que no era del todo sensitivo y por otro, que tenía un sentimiento de tristeza, de poder sumergido... ¿Podría tratarse de un *garthiano*? —preguntó a Robert, súbitamente excitada—. ¡Oh, démonos prisa! Tal vez podamos acercarnos más. —Se situó junto al eje central y miró a Robert expectante.

—La famosa adaptabilidad *tymbrimi* —suspiró Robert—. Ahora, de repente, estás ansiosa por marcharte. Y mientras, yo esperando impresionarte y animarte con un paseo fuera de serie.

*Chicos*, pensó ella otra vez, sacudiendo la cabeza vigorosamente. *¿Cómo es posible que piensen así, aunque sea en broma?*

—Deja de tornarme el pelo y vámonos —le instó Athaclena.

Se acomodó dentro de la placa, detrás de ella. Athaclena se agarraba firmemente a las rodillas de Robert. Los zarcillos ondulaban en la cara de éste, pero no se quejó.

—Bueno, ahí vamos.

Athaclena se sintió envuelta por el mohoso olor humano cuando Robert impulsó la placa y empezaron a deslizarse hacia adelante.

Los recuerdos volvieron a Robert mientras el trineo de fabricación propia aceleraba, saltaba y botaba sobre las resbaladizas y convexas placas de hiedra. Athaclena se asía con fuerza a sus rodillas y reía cada vez más alto, con una risa más parecida al tañido de una campana que a la de una muchacha terrestre. También Robert gritaba y reía, sujetando a Athaclena al tiempo que se inclinaba hacia un lado y hacia otro para guiar el trineo que saltaba enloquecido.

*La última vez que hice esto debía de tener once años.*

A cada sacudida y a cada salto su corazón latía con fuerza. ¡Ni siquiera las atracciones de gravedad de un parque de recreo eran como esto! Athaclena soltó un grito de alborozo cuando volaron por el aire y aterrizaron de nuevo con un rebote elástico. Su corona era una tormenta de zarcillos plateados que parecía chisporrotear de excitación.

*Sólo espero recordar cómo controlar correctamente esta cosa.*

Tal vez fue su falta de entrenamiento. O tal vez la presencia de Athaclena que lo distraía, pero el caso es que Robert reaccionó un poco tarde cuando un tronco de casi-robusto, un residuo del bosque que antaño había ocupado esta vertiente, se cruzó de repente en su camino.

Athaclena reía complacida mientras Robert se inclinaba con fuerza hacia la izquierda, haciendo virar disparatadamente su rudimentario vehículo. Cuando notó el repentino cambio de humor en él, el vehículo ya estaba fuera de control, dando tumbos y chocando con algo que no habían visto. El impacto los sacudió con brusquedad, y todo lo que contenía el trineo salió despedido.

En aquel momento, la suerte y los instintos *tymbrimi* estuvieron de parte de Athaclena. Se produjeron hormonas de tensión y sus reflejos le hicieron esconder la cabeza y rodar como una bola. Con el impacto, su cuerpo se convirtió en otro trineo que saltaba y botaba sobre las placas como si fuera una pelota elástica.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Unos puños gigantes la golpeaban y la hacían dar tumbos. Sus oídos parecían llenos de un gran rugido y su corona resplandecía mientras que su cuerpo no dejaba de girar y caer, una y otra vez.

Por último, el recorrido de Athaclena llegó a su fin.

Todavía enroscada, protegiéndose la cabeza, terminó junto al bosque del valle. Al principio sólo pudo permanecer allí tumbada, sin moverse, mientras sus enzimas *gheer* le hacían pagar el precio por sus rápidos reflejos. La respiración surgía entrecortada y temblorosa, sus riñones inferiores y superiores palpitaban, luchando contra la repentina sobrecarga enzimática.

Y sentía dolor. Le era difícil localizarlo. Al parecer, sólo había recibido unos cuantos golpes y arañazos.

¿Entonces?

La percepción le llegó de repente, mientras se desenroscaba y abría los ojos. El dolor provenía de Robert.

¡Su guía terrestre emitía cegadoras oleadas de agonía!

Se puso de pie cautelosamente, todavía aturdida por el impacto, y se protegió los ojos con la mano para inspeccionar la brillante ladera de la colina. No veía al humano, así que lo buscó con su corona. El duro flujo de dolor la llevó tropezando con torpeza por encima de las relucientes placas hasta las cercanías del trineo, que había quedado en posición vertical.

Las piernas de Robert pataleaban débilmente bajo una capa de hiedra en placas. El esfuerzo por librarse de ellas culminó en un grave y apagado lamento. Una brillante cascada de *agones* calientes pareció alojarse en la corona de Athaclena.

—¿Robert, estás atrapado por algo? —preguntó, arrodillándose a su lado—. ¿Puedes respirar?

¡Qué estupidez, pensó, preguntarle varias cosas a la vez cuando el humano

*apenas estaba consciente! Tengo que hacer algo.*

Athaclena sacó su calzador láser de la parte superior de su bota y acometió la hiedra en placas, desviando la vista de Robert, cortando tocones y gruñendo al tiempo que iba levantando las capas una a una.

Unas ramas fibrosas y húmedas permanecían enredadas en la cabeza y los brazos del hombre, clavándolo en la maleza.

—Robert, voy a cortar junto a tu cabeza. ¡No te muevas!

Robert se quejó con palabras incomprensibles. Tenía el brazo derecho muy contusionado y en su entorno flotaba tanto dolor que ella tuvo que replegar la corona para evitar desmayarse debido a la sobrecarga. Se suponía que los alienígenas no se comunicaban de un modo tan intenso con los *tymbrimi*. Al menos, ella nunca creyó que fuera posible.

Robert jadeó mientras ella levantaba la última capa reseca que le cubría el rostro. Tenía los ojos cerrados y movía los labios como si hablase consigo mismo, en silencio. *¿Qué está haciendo ahora?*

La muchacha notó las insinuaciones de algún rito-humano-de-disciplina. Tenía algo que ver con los números y con el contar. Tal vez era esa técnica de autohipnosis que todos los humanos aprendían en la escuela. Si bien era primitiva, parecía estar ayudando a Robert.

—Ahora voy a cortar las raíces que te atrapan el brazo —le dijo.

Él bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Date prisa, Clennie. Nunca... nunca... había tenido que contrarrestar tanto dolor. —Soltó un suspiro tembloroso mientras la última raíz se partía. Su brazo quedó libre, desplomándose. Lo tenía roto.

*¿Y ahora qué?* Athaclena estaba preocupada. Siempre había sido peligroso intervenir en el miembro roto de un individuo de raza alienígena. Una parte del problema era la falta de preparación. Los instintos de socorro más básicos podían resultar equivocados al tratar de ayudar a alguien de otra especie.

Athaclena se agarró los zarcillos de su corona y los retorció con indecisión. *¡Hay cosas que tienen que ser universales!*

Intentar que la víctima mantenga la respiración. Eso ya lo había hecho automáticamente.

Intentar detener las pérdidas de fluidos corporales. Todo lo que sabía respecto a eso lo había visto en viejas películas de la época previa al Contacto, a cuya proyección había asistido con su padre en una visita a Garth, y que trataban de antiguas criaturas de la Tierra llamadas policías y ladrones. Según esas películas, las heridas de Robert podían considerarse sólo arañazos. Pero temía que esas antiguas cintas no fueran precisamente realistas.

¡Oh, si los humanos no fuesen tan frágiles!

Athaclena se dirigió a toda prisa hacia la mochila de Robert y buscó la radio en el bolsillo inferior de ésta. Les podía llegar ayuda desde Puerto Helenia en menos de una hora y los agentes de rescate podían decirle qué debía hacer entretanto.

Era una radio sencilla, de diseño *tymbrimi*, pero no ocurrió nada cuando apretó el interruptor para ponerla en marcha.

*No, ¡tiene que funcionar!* Pulsó de nuevo la tecla. Pero el indicador seguía apagado.

Athaclena levantó la tapa posterior. El cristal de transmisión no estaba en su sitio. Parpadeó consternada.

¿Cómo era posible?

Estaban aislados de toda ayuda. Estaba por completo sola consigo misma.

—Robert —dijo, arrodillándose de nuevo a su lado—. Tienes que guiarme. Yo no puedo ayudarte si no me dices qué tengo que hacer.

El humano seguía contando hasta diez, una y otra vez. Tuvo que repetirle la pregunta hasta que sus ojos se posaron en ella.

—Me... me parece... que tengo el brazo roto, Clennie —dijo con voz entrecortada—. Ayúdame a ponerme en un lugar donde no dé el sol y... y luego utiliza las medicinas.

Su presencia parecía desvanecerse y sus ojos giraban en las órbitas al tiempo que perdía la conciencia. A Athaclena no le gustó un sistema nervioso que, sobrecargado de dolor, dejaba a su propietario incapaz de valerse por sí mismo. No era culpa de Robert. Era un chico valiente, pero su cerebro había sufrido un colapso.

Sin embargo, había una ventaja. Al haberse desmayado, dejaba de emitir oleadas de dolor y eso le hizo más fácil a ella la tarea de arrastrarlo de espaldas sobre el mullido e irregular campo de placas de hiedra, intentando en todo momento no mover excesivamente su brazo roto.

*¡Humanos de huesos grandes, tendones inmensos y músculos excesivos!* Athaclena formó un glifo de gran mordacidad mientras arrastraba el pesado cuerpo hasta un lugar sombreado en la margen del bosque.

Recuperó las mochilas y en seguida encontró el botiquín de Robert. Había una tintura que le había visto usar dos días antes cuando se clavó una astilla de madera en el dedo. Untó generosamente con ella todas sus heridas.

Robert se quejó y se movió un poco. Ella podía notar cómo luchaba su mente para controlar el dolor. Al cabo de unos instantes, comenzó nuevamente a murmurar números con voz casi imperceptible.

Ella tomó un tubo de «espuma quirúrgica», frunció los labios al leer las instrucciones en inglés y luego aplicó el spray sobre los cortes, tapándolos después con un vendaje protector.

Ya sólo quedaba el brazo... y el dolor. Robert había mencionado medicamentos,

pero ¿cuáles?

Había muchas ampollas pequeñas, con sendas etiquetas, tanto en inglés como en galés, pero las instrucciones eran muy poco claras. No había cláusulas que indicasen cómo un no-terrestre tenía que tratar a un humano sin tener ninguna idea al respecto.

Utilizó la lógica. Los medicamentos de emergencia debían de estar presentados como ampollas de gas, para una fácil y rápida administración. Sacó tres ampollas que parecían cilindros de papel cristal y luego se inclinó hacia adelante hasta que los zarcillos de su corona rodearon el rostro de Robert, acercándose a su aroma humano, húmedo y, en esta ocasión, muy masculino.

—Robert —susurró cuidando su inglés—. Sé que puedes oírme. Levántate dentro de ti mismo. Necesito tu sabiduría en este aquí-y-ahora.

Al parecer, lo único que consiguió fue distraerlo de su rito-de-disciplina ya que notó que el dolor se agudizaba. Robert hizo una mueca y siguió contando en voz alta.

Los *tymbrimi* no decían palabrotas como los humanos. Un purista diría que usaban en cambio «frases estilísticas de archivo». Pero en momentos como éste, pocos podrían establecer una diferencia. Athaclena refunfuñó cáusticamente en su lengua materna.

Era evidente que Robert no era un experto, ni siquiera en esa rudimentaria técnica de autohipnosis. El dolor aporreaba los límites de su mente, y Athaclena soltó un pequeño gorjeo, algo así como un suspiro. No estaba acostumbrada a tener que luchar contra asaltos de ese tipo. El movimiento de sus pestañas le nubló la visión tal como lo hubieran hecho las lágrimas humanas.

Sólo había una forma, y ésta implicaba arriesgarse mucho más de lo que solía hacer, incluso con su familia.

La perspectiva era atemorizante, pero no parecía haber otra elección. Si quería penetrar enteramente en él tenía que acercarse mucho más.

—Aquí... aquí estoy, Robert. Comparte eso conmigo.

Ella se abrió a la estrecha corriente de agudos y discretos *agones* tan ajenos a los *tymbrimi* y a la vez tan misteriosamente familiares, casi como si, en cierto modo, pudiera reconocerlos. El quantum de dolor se transformó en un irregular ritmo de bombeo. Había pequeñas e hirientes bolas calientes... grumos de metal fundido.

*¿...grumos de metal...?*

La extrañeza casi le hizo perder a Athaclena el contacto. Nunca había experimentado tan vívidamente una metáfora. Era más que una comparación, algo más fuerte que decir que una cosa era igual que otra. Durante un momento, los *agones* habían sido relucientes globos de hierro que quemaban al tacto.

*Ser humano es muy extraño, desde luego.*

Athaclena intentó ignorar la imagen. Se acercó al nexo de los *agones* hasta que

una barrera la detuvo. *¿Otra metáfora?* Esta vez era una rápida corriente de dolor que fluía... un río que se cruzaba en su camino.

Lo que necesitaba era un *usunltlan*, un campo de protección que llevara el fluido de regreso a su punto de origen. Pero ¿cómo podía dar forma a la materia mental de un humano?

Incluso mientras se hacía esta pregunta se sentía rodeada de imágenes de humo. Unas sombras nebulosas flotaban, se solidificaban y adquirían forma. De repente, Athaclena advirtió que podía visualizarse a sí misma en el interior de un pequeño bote, con un remo en las manos.

¿Era así como se manifestaba *usunltlan* en la mente humana? ¿Cómo una metáfora?

Asombrada, empezó a remar contracorriente, en medio del vigoroso remolino.

En la niebla que la rodeaba flotaban formas que se arracimaban y chocaban entre sí. Aquí un rostro distorsionado, allá una extraña figura de animal que le gruñía. La mayor parte de lo que veía no podía existir en ningún universo real.

Como no estaba acostumbrada a visualizar los sistemas mentales, tardó un poco en darse cuenta de que las formas representaban recuerdos, conflictos, emociones.

¡Tantas emociones! Athaclena sintió verdadero deseo de huir. Una podía volverse loca en un sitio como aquél. Fue su curiosidad *tymbrimi* lo que le hizo quedarse. Eso y el deber.

*Esto es muy extraño*, pensó mientras remaba en la corriente metafórica. Medio cegada por las gotas de dolor que la salpicaban, intentaba fijar la vista, llena de curiosidad. *¡Oh, cómo me gustaría ser un verdadero telépata y saber, en lugar de adivinar, qué significan todos estos símbolos!*

Había tantos impulsos como en una mente *tymbrimi*. Algunas de las extrañas imágenes y sensaciones le parecían familiares. Tal vez se remontasen a tiempos en los que su raza o la de Robert aún no había aprendido a hablar; la suya mediante la Elevación y la humana sin que nadie le ayudase. A tiempos en que dos tribus de animales inteligentes vivían vidas muy similares en mundos salvajes, muy distantes el uno del otro.

Lo más raro de todo era ver con dos pares de ojos a la vez. Por un lado, el par que miraba asombrado el mundo de las metáforas y, por el otro, su propio par que veía la cara de Robert a pocos centímetros de la suya, bajo el toldo que formaba su corona.

El humano parpadeó con rapidez. En su confusión había dejado de contar. Ella, por fin, entendió un poco de lo que ocurría. Robert estaba sintiendo algo realmente extraño. Le llegó una palabra: *deja vu*... rápidos semi-recuerdos de cosas viejas y nuevas a la vez.

Athaclena se concentró y formó un delicado glifo, un palpitante faro que latiese en resonancia con las frecuencias armónicas del cerebro más profundo del muchacho.

Robert jadeó y por fin ella notó que él intentaba alcanzar ese faro.

Su yo metafórico tomó forma junto a ella en el pequeño bote, sujetando el otro remo. En este estado de cosas, parecía normal que él no preguntase cómo había llegado hasta allí.

Juntos se precipitaron por el río de dolor, el torrente de su brazo roto. Tenían que remar a través de nubes arremolinadas de *agones*, que los golpeaban y mordían como bandadas de insectos-vampiro. Se encontraron con obstáculos, troncos y torbellinos en los que voces extrañas, que surgían de las oscuras profundidades, murmuraban de modo tenebroso.

Finalmente llegaron a un estanque: el centro del problema. En su fondo yacía la imagen *gestalt* de un enrejado de hierro sobre una superficie de piedras. Unos horribles detritus obstruían el desagüe.

Robert retrocedió alarmado. Athaclena comprendió que aquello tenían que ser recuerdos cargados de emociones, cuyo espanto tomaba forma de dientes y garras, y horribles caras hinchadas. *¿Cómo pueden los humanos permitir que se acumule tanta confusión?* Estaba asombrada y bastante asustada por los horribles y móviles despojos.

—*Esto son las neurosis* —dijo Robert con su voz interior. Conocía lo que estaban «mirando» y su pánico era mucho mayor que el de Athaclena. *¡He olvidado tantas de estas cosas! No tenía ni idea de que aún siguieran aquí.*

Robert miró hacia abajo, a sus enemigos, y Athaclena vio que muchas de las caras eran versiones perversas y enojadas de la del muchacho.

*Ahora esto es cosa mía, Clennie. Mucho antes del Contacto aprendimos que sólo hay una forma de enfrentarse con un revoltijo como éste. La verdad es la única arma válida.*

Cuando el yo metafórico de Robert giró para zambullirse en el confuso lago de dolor, el bote se balanceó.

*¡Robert!*

Se levantaron espumas. El pequeño bote empezó a corcovear y a alzarse, obligándola a agarrarse fuerte al borde del extraño *usunltlan*. A su alrededor todo eran salpicaduras de dolor brillante y espantoso. Y abajo, junto al enrejado, se estaba desarrollando una terrible lucha.

En el mundo externo corrían regueros de sudor por el rostro de Robert. Athaclena se preguntaba si podría resistir mucho más.

Dudosa, envió la imagen de su mano al interior del estanque. El contacto directo quemaba, pero ella siguió adelante hasta coger el enrejado.

¡Algo agarró su mano! Dio un tirón pero no consiguió soltarse. Una cosa horrible que semejava una hórrida versión del rostro de Robert la miraba con una expresión tan retorcida que apenas podía reconocerlo. La cosa tiraba de ella, intentando hacerla

caer en el estanque, y Athaclena gritó.

Surgió otra sombra que luchaba cuerpo a cuerpo con el asaltante de la muchacha. Luego el ser despreciable que la sujetaba la soltó y ella cayó dentro del bote. Entonces la pequeña embarcación empezó a cobrar velocidad.

En torno a Athaclena el lago de dolor fluía hacia el desagüe. Pero su bote se movía en dirección opuesta, remontando la corriente.

*Robert me está empujando hacia afuera*, advirtió. El contacto se hizo más estrecho para terminar rompiéndose. Las imágenes metafóricas cesaron de repente. Athaclena parpadeó con rapidez, asombrada. Se arrodilló sobre la suave superficie. Robert la tenía cogida de la mano y respiraba con los dientes apretados.

—Tuve que detenerte, Clennie... Eso era peligroso para ti.

—¡Pero tú sufres tanto!

—Me has enseñado dónde estaba el bloqueo —dijo él meneando la cabeza negativamente—. Ahora que sé que está ahí, puedo hacerme cargo de toda esa basura neurótica, al menos lo bastante bien en este momento.

»Y... ¿no te he dicho todavía que a ningún chico le costaría esfuerzo alguno enamorarse de ti?

Athaclena se incorporó bruscamente, pasmada ante tal *non sequitur*. Tenía en la mano tres ampollas de gas.

—Robert, tienes que decirme cuál de estos medicamentos sirve para calmar el dolor pero que te mantenga consciente para que puedas ayudarme.

—La azul —dijo bizqueando—. Pónmela debajo de la nariz pero tú no la inhales en absoluto. No... no quiero ni pensar en lo que las paraendorfinas podrían ocasionarte.

Cuando Athaclena rompió la ampolla surgió una densa nube de vapor. La mitad de ella fue respirada por Robert y el resto se dispersó en breves instantes.

Con un suspiro profundo y tembloroso, el cuerpo de Robert pareció desentumecerse. La miró con una nueva luz en los ojos.

—No sé si hubiera podido permanecer consciente mucho más tiempo. Pero casi mereció la pena... compartir mi mente contigo.

En su aura parecía danzar una simple pero elegante versión de un *zunour'thzun*. Athaclena se sintió desconcertada unos instantes.

—Robert, eres una criatura muy extraña. Yo...

Hizo una pausa. El *zunour'thzun* había desaparecido y a ella aún le costaba creer que había captado ese glifo.

¿Cómo habría aprendido Robert a crearlo?

Athaclena asintió y sonrió. Las expresiones humanas surgían ahora en ella con toda facilidad, como si las tuviera grabadas.

—Estaba pensando lo mismo, Robert. A mí... a mí también me pareció que



merecía la pena.

## FIBEN

En lo alto de un acantilado, justo al borde de una estrecha meseta, todavía se levantaban nubes de polvo en el lugar donde un reciente choque había abierto un largo y desastroso surco en el suelo. Una estrecha zona del bosque, en forma de puñal, había resultado destrozada en unos pocos y violentos segundos por un objeto que cayó rugiendo, saltando y golpeando, lanzando tierra y vegetación en todas direcciones, para pararse por fin muy cerca del escarpado precipicio.

Sucedió durante la noche. No lejos de allí, otros fragmentos celestes aún más ardientes habían roto piedras y provocado incendios, pero aquí el impacto había sido sólo un golpe natural.

Muchos minutos después de que decreciera el ruido explosivo de la colisión, todavía quedaban otras alteraciones. Se producían corrimientos de tierra en el precipicio contiguo y los árboles cercanos al atormentado camino crujían y se balanceaban. En el extremo del surco, el oscuro objeto culpable de ese estrago emitía chasquidos y castañeteos a medida que el metal súper-recalentado entraba en contacto con una fría bruma que procedía del valle de abajo.

Por fin las cosas se calmaron y todo empezó a adquirir normalidad. Los animales de la zona volvían a salir de sus escondites. Unos pocos incluso se aproximaban para husmear con aversión el objeto caliente, y luego se alejaban para enfrentarse con un asunto más serio, el de vivir un día más.

Fue un mal aterrizaje. En el interior de la vaina de escape, el piloto no se movió. Transcurrió esa noche y todo el día siguiente sin que se apreciara ningún tipo de movimiento.

Finalmente, con una tos y un sordo gruñido, Fiben despertó.

—¿Dónde? ¿Qué? —profirió con voz ronca.

Su primer pensamiento coherente consistió en advertir que había hablado en inglés. *Eso está bien*, consideró aturdido. *Entonces es que el cerebro no ha sufrido daños.*

La habilidad de un neochimpancé para utilizar el lenguaje era su posesión más crucial y podía perderse con mucha facilidad. La afasia del habla era una buena manera de ser reevaluado y hasta registrado como genético en período de prueba.

Como era natural, se habían enviado muestras del plasma de Fiben a la Tierra y quizás era demasiado tarde para anularlas, pero ¿le importaba realmente ser reevaluado? ¿Le había preocupado nunca de qué color era su carnet de procreación?

O, al menos, no le preocupaba más que a cualquier chimp normal.

*Ah, así que ahora nos ponemos filosóficos. ¿Retrasando lo inevitable? No te*

*pongas nervioso, Fiben, viejo chimp. ¡Muévete! Abre los ojos. Pálpate. Asegúrate de que todo lo tienes en su sitio.*

Muy fácil de decir pero muy difícil de hacer. Fiben gruñó al levantar la cabeza. Estaba tan deshidratado que separar los párpados fue como intentar abrir un cajón oxidado.

Al final consiguió entreabrir los ojos. Vio que las pantallas protectoras contra la luz estaban resquebrajadas y con regueros de hollín y que unas gruesas capas de suciedad y vegetación chamuscada se habían pegado a ellas debido a una lluvia ligera caída en algún momento después de la colisión.

Fiben descubrió uno de los motivos de su desorientación: la cápsula estaba inclinada más de cincuenta grados. Manipuló con torpeza los cinturones de seguridad hasta que se soltaron y se desplomó contra el reposabrazos. Reunió un poco de fuerza y luego golpeó la atorada escotilla, murmurando roncas maldiciones hasta que el cierre cedió y se abrió lanzando una lluvia de hojas y piedras pequeñas.

Siguieron varios minutos de estornudos secos para terminar con la cabeza colgando por fuera de la escotilla y respirando hondo.

—Venga —murmuró Fiben para sí apretando los dientes—. Vamos a salir de aquí. Se impulsó hacia arriba.

A pesar del insoportable calor de la superficie externa de la cápsula y las quejas de sus heridas, se deslizó con desespero por la abertura, girando y buscando un punto en donde apoyar el pie. Sintió el sucio y bendito suelo, pero cuando se soltó de la escotilla, su tobillo izquierdo se negó a sostenerlo. Cayó dándose un doloroso golpe.

—¡Ay! —gritó Fiben. Pasó una mano debajo de su cuerpo y sacó un afilado palo que había horadado sus pantalones de vuelo. Lo miró unos momentos antes de echarlo a un lado y luego cayó sobre el montón de escombros que rodeaban la cápsula.

Frente a él, la luz del alba mostraba el borde de un profundo precipicio. Abajo, a lo lejos, se oía el rumor de una corriente de agua.

*Uf, pensó, absorto al borde del desfallecimiento. Unos cuantos metros más y ahora no me sentiría tan sediento.*

Con el sol naciente, la ladera de la montaña que había al otro lado del valle se veía muy diáfana y en ella podían distinguirse estelas humeantes en los lugares en que habían caído piezas más grandes de desechos espaciales.

*¡Bravo por la vieja Procónsul!, pensó Fiben. Siete mil años de servicio leal a medio centenar de antiguas razas galácticas para terminar estrellada sobre un planeta menor, pilotada por un tal Fiben Bolger, pupilo semientrenado de una milicia de lobeznos. ¡Qué final tan indigno para un guerrero tan valiente y antiguo!*

Pero, después de todo, él había sobrevivido a la patrullera. Al menos, por un rato.

Alguien dijo una vez que un buen baremo para medir la sensibilidad consistía en

ver cuánta energía utilizaba un sofote en asuntos que no fueran la propia supervivencia. El cuerpo de Fiben parecía un trozo de carne a medio asar y sin embargo encontró fuerzas suficientes para sonreír. Había caído desde una distancia de dos millones de millas y quizá viviría para poder contar lo ocurrido a unos nietos sabihondos con dos generaciones más de Elevación.

Palmeó el chamuscado suelo que lo rodeaba y rió con la boca reseca por la sed.

—¡Largo de aquí, Tarzán!

## UTHACALTHING

—... *Estamos aquí como amigos de la Tradición Galáctica, como protectores de la propiedad y el honor, para hacer cumplir la voluntad de los más antiguos que encontraron el Camino de las Cosas hace tanto tiempo...*

Uthacalthing no dominaba demasiado el galáctico-Tres, por lo cual utilizaba su secretario portátil para registrar el Manifiesto de Invasión *gubru* y poder estudiarlo más tarde. Escuchaba sólo con medio oído mientras se dedicaba a completar el resto de sus preparativos.

...*sólo con medio oído...* Su corona emitió un destello de diversión al darse cuenta de que había utilizado esa frase en sus pensamientos. En realidad, ¡la metáfora humana le producía picor en los oídos!

Los chimps cercanos tenían sus receptores conectados a la traducción en inglés, emitida también desde las naves *gubru*. Era una versión no oficial del manifiesto ya que el inglés estaba considerado una lengua de lobeznos, inadecuada para la diplomacia.

Uthacalthing formó *l'yuth'tsaka*, el equivalente aproximado de pan-y-pipa y abucheo para los invasores. Uno de sus ayudantes neochimpancés lo miró con expresión de asombro. *El chimp debe de tener algún don psi latente*, pensó el embajador. Los otros tres peludos pupilos se tumbaron bajo un árbol a escuchar las teorías de la armada invasora.

—... *siguiendo el protocolo y todas las Normas de la Guerra, ha sido enviado un escrito a la Tierra explicando nuestros motivos de agravio y nuestras exigencias para enmendar...*

Uthacalthing colocó un último sello en su sitio sobre la compuerta de la Reserva Secreta Diplomática. La estructura piramidal se alzaba sobre un acantilado que dominaba el Mar de Cilmar, un poco al sudoeste de los demás edificios de la embajada *tymbrimi*. Fuera, en el océano, todo parecía agradable y primaveral. Incluso ese día, pequeños botes de pesca surcaban las plácidas aguas, como si el cielo no retuviera nada hostil fuera de las salpicadas nubes.

Sin embargo, en el otro lado, detrás de una pequeña arboleda de hierbagranda Thula, trasplantada de su mundo nativo, la cancillería y las dependencias oficiales estaban vacías y abandonadas.

Estrictamente hablando, podría haber permanecido en su puesto. Pero Uthacalthing no deseaba confiar en la palabra de los invasores acerca de que respetaban todas las Normas de Guerra. Los *gubru* eran famosos por interpretar la tradición según su propia conveniencia.

Y de todos modos, ya había trazado sus planes.

Uthacalthing terminó el sellado y salió de la Reserva Diplomática. Situada fuera de la embajada, cerrada herméticamente y vigilada, estaba protegida por millones de años de tradición. La cancillería y los demás edificios de la embajada podían ser cotos no vedados, pero el invasor tendría que aportar una excusa muy satisfactoria para irrumpir en este sacrosanto depósito.

Uthacalthing, sin embargo, sonreía. Tenía confianza en los *gubru*.

Después de retroceder unos diez metros se concentró y formó un glifo sencillo, proyectándolo hacia la cúspide de la pirámide, donde un pequeño globo azul giraba sin ruido. El guardián se iluminó de repente y dejó escapar un audible murmullo. Entonces Uthacalthing se volvió, aproximándose a los chimps que lo esperaban.

—...considerado nuestro primer agravio el que la raza pupila de los terrestres, formalmente conocida como *tursiops amicus*, o «neodelfín» ha hecho un descubrimiento que no comparte. Se dice que este descubrimiento puede acarrear importantes consecuencias a la sociedad galáctica.

»¡El clan de los *gooksyu-gubru*, como protector de la tradición y la herencia de los Progenitores, no será excluido! Tenemos el legítimo derecho de tomar rehenes para obligar a esas criaturas acuáticas semiformadas y a sus tutores lobeznos a que divulguen la información que atesoran...

Un pequeño rincón de los pensamientos de Uthacalthing se preguntó qué debía de haber descubierto la otra raza de pupilos más allá del disco galáctico. Suspiró con vehemencia. Tal como funcionaban las cosas en las Cinco Galaxias, tendría que emprender un largo viaje por el nivel-D del hiperespacio y aparecer a un millón de años del presente para poder enterarse de toda la historia. Para entonces, ya sería, por supuesto, una vieja historia.

En realidad, lo que había hecho el *Streaker* para provocar la presente crisis apenas importaba. El Gran Consejo *tymbrimi* había calculado que, de todas formas, iba a producirse algún tipo de explosión en los siglos venideros. Los terrestres se las habían apañado para que ocurriera un poco antes, eso era todo.

*Para que ocurriera un poco antes...* Uthacalthing buscaba la metáfora apropiada. ¡Era como si un niño se escapase de su cuna, fuera a gatas hasta la madriguera de la bestia VI'Korg y le diera una bofetada en pleno hocico!

—...como segundo agravio, y la causa precipitadora de nuestra intervención, es nuestra fuerte sospecha de que se están dando irregularidades en el proceso de Elevación en Garth.

«En nuestro poder obran pruebas de que la especie semisapiente conocida como *neochimpancé* está recibiendo una dirección incorrecta por parte de sus tutores los humanos y de sus aliados, los *tymbrimi*...».

¿Los *tymbrimi*, aliados incorrectos? Oh, criaturas pajariles, pagaréis caro

*vuestros insultos*, se prometió Uthacalthing.

Los chimps corrieron hacia él y le hicieron una reverencia. El *syulff-kuonn* brilló unos instantes en los extremos de su corona al tiempo que les devolvía el gesto.

—Me gustaría enviar unos mensajes. ¿Me prestaríais ese servicio?

Todos asintieron. Era obvio que los chimps estaban incómodos los unos con los otros porque procedían de capas sociales distintas.

Uno vestía con orgullo el uniforme de oficial del ejército. Otros dos llevaban vistosa ropa civil. El último, que era el más modestamente vestido, ostentaba una especie de visor en el pecho con una hilera de teclas a ambos lados, con lo cual podía la pobre criatura producir algo parecido al lenguaje. Ése estaba un poco rezagado y alejado de los demás y apenas si levantaba la vista del suelo.

—Estamos a su servicio —dijo el joven y pulcro teniente. Parecía por completo indiferente a las agrias miradas que los dos civiles, con sus trajes ostentosos, le dirigían.

—Eso está bien, joven amigo. —Uthacalthing cogió al chimp por el hombro y le tendió una pequeña caja negra—. Por favor, entrega esto a la Coordinadora Planetaria Oneagle, con mis saludos. Dile que tengo que retrasar mi partida hacia el refugio, pero que espero verla pronto.

*En realidad no estoy mintiendo*, se dijo Uthacalthing. *¡Bendito sea el ánglico y su maravillosa ambigüedad!*

El teniente chimp tomó la caja y saludó de nuevo al embajador con el ángulo de inclinación correcto que demostraba el respeto de un bípedo hacia un tutor aliado más antiguo. Sin mirar siquiera a los otros, salió corriendo a montarse en su moto-correo.

Uno de los civiles, pensando que Uthacalthing no lo oiría, le susurró a su vistosamente vestido compañero:

—Espero que el pelotillero del carnet azul se caiga en un charco de lodo y que su brillante uniforme quede empapado.

Uthacalthing fingió no enterarse. A veces prefería fingir creer que el oído *tymbrimi* era tan malo como su vista. —Esto es para vosotros —les dijo a los de la ropa ostentosa, dándoles una bolsita a cada uno. El dinero que había en su interior eran galMonedas, cuyo origen era imposible averiguar, incuestionables durante períodos de guerra y disturbios ya que estaban respaldadas por las tablas de la Gran Biblioteca.

Los dos chimps se inclinaron ante Uthacalthing, tratando de imitar la precisión del oficial. Tuvo que contener una carcajada de satisfacción ya que había notado que sus *foci*, los centros de conciencia de los chimps, se habían concentrado en la mano que sostenía la bolsa, ajenos a todo lo demás.

—Id, pues, y gastadlo como queráis. Os doy las gracias por los servicios que me habéis prestado.

Los dos miembros del pequeño submundo delincuente de Puerto Helenia se volvieron y desaparecieron a toda prisa por la arboleda. Como diría otra metáfora humana, desde que había llegado allí, ellos habían sido «su mano derecha» y ahora sin duda consideraban terminada su labor.

*Y gracias por lo que estáis a punto de hacer*, pensó Uthacalthing. Conocía bien a ese grupo concreto de chimps marginales. Gastarían todo el dinero y pronto anhelarían tener más. Dentro de pocos días, sólo habría una fuente de dicha moneda.

Uthacalthing estaba seguro de que pronto tendrían nuevos jefes.

—...*hemos venido como amigos y protectores de los presensitivos, para ver si reciben una dirección adecuada y formar parte de un clan digno...*

Sólo quedaba un chimp, que trataba de estar lo más quieto que podía pero que se movía nerviosamente y sonreía con ansiedad.

—¿Y qué...? —Uthacalthing se detuvo de repente. Sus zarcillos se ondularon y se volvió para mirar hacia el mar. Del territorio situado al otro lado de la bahía surgió una estela de luz que se dirigía hacia el cielo en dirección este. Uthacalthing se protegió los ojos del sol con la mano, pero no perdió tiempo envidiando la visión de los terrestres. La reluciente ascua llegaba hasta las nubes, dejando una especie de estela que sólo él podía detectar.

Era el brillo de una partida gozosa, que surgió y se desvaneció en pocos segundos, difuminándose en la blanca y tenue estela de vapor.

Oth'thushutn, su ayudante, secretario y amigo, volaba en su nave a través del corazón de la batalla que rodeaba a Garth. ¿Y quién podía negarlo? Su aparato de fabricación *tymbrimi* estaba construido de un modo especial. Tal vez consiguiera su objetivo.

Eso ya no era asunto de Oth'thushutn, desde luego. Lo que él tenía que hacer era simplemente intentarlo.

Uthacalthing se inclinó hacia adelante para captar mejor. Sí, algo se desprendía de aquella explosión de luz.

Un centelleante legado. Recogió el glifo final de Oth'thushutn y lo guardó en un lugar querido, por si alguna vez debía repetirlo en su hogar a los seres amados del valiente *tym*.

Ahora no quedaban en Garth más que dos *tymbrimi*, y Athaclena estaba en el lugar más seguro que pudo proporcionarle. Era tiempo de que Uthacalthing se ocupase de su propio destino.

—...*para rescatar a esas inocentes criaturas del Retroceso que están sufriendo a manos de esos lobeznos y criminales...*

—¿Y qué pasa contigo, Jo-Jo? —preguntó, dirigiéndose al pequeño chimp, su último ayudante—. ¿Tú también quieres que te asigne una tarea?

Jo-Jo manipuló con torpeza las teclas de su visor.



SÍ, POR FAVOR.

AYUDARLE ES TODO LO QUE PIDO

Uthacalthing sonrió. Tenía que darse prisa para reunirse con Kault. En aquellos momentos el embajador thenanio ya debía estar frenético, paseando arriba y abajo junto a la chalupa de Uthacalthing. Pero ese tipo podía esperar unos minutos más.

—Sí —le dijo a Jo-Jo—. Me parece que hay algo que puedes hacer por mí. ¿Crees que sabrás guardar un secreto?

El pequeño «inútil» genético asintió vigorosamente, con sus ojos castaño claro llenos de intensa devoción.

Uthacalthing había pasado mucho tiempo con Jo-Jo, enseñándole cosas por las que las escuelas de Garth nunca se habían preocupado, como por ejemplo, habilidades para sobrevivir en un desierto y cómo pilotar un sencillo planeador. Jo-Jo no era el orgullo de la Elevación neo-chimp, pero tenía un gran corazón y la suficiente cantidad de un cierto tipo de astucia que Uthacalthing apreciaba.

—¿Ves esa luz azul, Jo-Jo, en lo alto de esa señal?

JO-JO RECUERDA

JO-JO RECUERDA TODO LO QUE USTED DIJO

—Bien —asintió Uthacalthing—. Sabía que lo harías. Tengo que contar contigo, querido amiguito. —Sonrió y Jo-Jo le devolvió la sonrisa con vehemencia.

Mientras, la voz generada por un ordenador desde el espacio continuaba, completando el Manifiesto de Invasión.

—...y que sean entregados en adopción a un clan más antiguo, uno que no los dirija hacia un comportamiento incorrecto...

*Pájaros charlatanes*, pensó Uthacalthing. *¡Qué estupideces!*

—Vamos a enseñarles lo que es un «comportamiento incorrecto», ¿verdad que sí, Jo-jo?

El pequeño chimp asintió nervioso y sonrió, aunque no había comprendido del todo.

## ATHACLENA

Aquella noche, el diminuto fuego de su campamento temblaba con luz amarilla y naranja en los troncos de los casi-robles.

—Tenía tanta hambre que encuentro delicioso hasta el estofado envasado al vacío. —Robert suspiró, dejando a un lado el bol y la cuchara—. Había planeado preparar un banquete de placas de hiedra al horno, pero me parece que ninguno de los dos tiene el apetito suficiente para apreciar esas exquisiteces.

Athaclena creyó comprender la tendencia de Robert a hacer comentarios irrelevantes como aquél. Tanto los *tymbrimi* como los terrestres tenían sistemas para poner al mal tiempo buena cara; eran parte de los inusuales modelos de similitud entre ambas especies.

Ella comió frugalmente. Su cuerpo había purgado casi completamente los péptidos sobrantes de su reacción *gheer*, pero aún se sentía algo dolorida después de la aventura de aquella tarde.

Sobre sus cabezas se extendía una banda oscura de nubes de polvo galáctico que ocupaba el veinte por ciento de la bóveda del cielo, perfilada por brillantes nebulosas de hidrógeno. Athaclena contempló el cielo tachonado de estrellas, con su corona sobresaliendo sólo ligeramente por encima de sus orejas. Sentía las diminutas y ansiosas emociones de las pequeñas criaturas del bosque.

—¿Robert?

—Hummm, ¿sí, Clennie?

—Robert ¿por qué sacaste los cristales de nuestra radio?

—Esperaba no tener que contártelo en unos cuantos días —dijo suavemente con voz grave, tras una pausa—. Pero la pasada noche vi que los satélites de comunicaciones eran destruidos. Eso sólo podía significar que los galácticos habían llegado, tal como nuestros padres esperaban. Los cristales de la radio pueden ser captados por los detectores de resonancia de las naves, incluso aunque no estén cargados. Saqué los de la nuestra para que no hubiera ninguna posibilidad de que nos encontrasen por ese sistema. Es una enseñanza clásica.

Athaclena sintió un temblor en el extremo de su corona, justo encima de la nariz, que le recorrió toda la cabeza y bajó por la espalda. *Así que ya ha empezado.*

Una parte de ella anhelaba estar con su padre. Aún le dolía que la hubiese mandado lejos en vez de permitirle permanecer a su lado y así poder ayudarle.

El silencio se hizo más profundo. La muchacha captó el nerviosismo de Robert. Por dos veces pareció a punto de hablar, pero luego siguió callado, como si lo pensara mejor.

—Estoy de acuerdo con tu lógica de sacar los cristales, Robert —asintió ella por fin—. Creo que entiendo incluso el instinto protector que te impidió contármelo, pero es una estupidez y no debes hacerlo más.

—No lo haré, Athaclena —prometió Robert con gravedad.

Permanecieron en silencio unos instantes hasta que él alargó la mano que no tenía herida y tocó la de ella.

—Clennie, quiero... quiero que sepas lo agradecido que estoy. Me has salvado la vida.

—Robert —suspiró ella cansinamente.

—... pero aún hay más. Cuando entraste en mi mente, me mostraste cosas de mí mismo... cosas que yo nunca antes había conocido. Ése es un favor importante. Puedes leer sobre ello cuanto quieras en los libros de texto: el autoengaño y la neurosis son dos plagas humanas especialmente insidiosas.

—No son exclusivas de los humanos, Robert.

—No, supongo que no. Lo que viste en mi mente, no tendría importancia según los cánones del preContacto. Pero, dada nuestra historia, incluso el más cuerdo de nosotros necesita recordarlo de vez en cuando.

Athaclena no sabía qué decir y permaneció callada. Haber vivido en las oscuras y horribles épocas de la Humanidad debió de ser en verdad terrible.

—Lo que intento decir —Robert se aclaró la garganta—, es que sé lo lejos que has llegado en tu adaptación... aprendiendo expresiones humanas, provocando pequeños cambios en tu fisiología.

—Un experimento. —Ella se encogió de hombros, otra peculiaridad humana. De repente notó calidez en el rostro. ¡Los capilares se estaban abriendo en esa reacción humana que consideraba tan extraña! ¡Se estaba ruborizando!

—Sí, un experimento. Pero a la fuerza tiene que efectuarse en ambas direcciones, Clennie. Los *tymbrimi* son famosos en las Cinco Galaxias por su adaptabilidad. Pero los humanos somos capaces de aprender un par de cosas.

—¿Qué quieres decir, Robert? —le preguntó mirándolo.

—Quiero decir que me gustaría que me enseñases más sobre los sistemas *tymbrimi*, sobre vuestras costumbres. Quiero saber qué hacéis vosotros que sea equivalente a un asentimiento, a una mirada de asombro o a una sonrisa.

De nuevo se produjo un chisporroteo. La corona de Athaclena se desplegó pero el delicado, simple y fantasmal glifo que él había formado se desvaneció como el humo. Tal vez ni siquiera era consciente de haberlo creado.

—Hummm... —dijo ella, parpadeando y moviendo la cabeza—. No estoy segura, pero creo que quizá ya has empezado a aprender.

A la mañana siguiente, cuando levantaron el campamento, Robert se sentía tenso y con fiebre. Sólo podía tomar la cantidad de anestésico que su brazo necesitaba pero

que a la vez no le impidiera caminar.

Athaclena escondió la mayor parte del equipo del muchacho en el corte del tronco de un haya de caucho e hizo marcas en la corteza para señalar el lugar. En realidad, dudaba de que ninguno de los dos regresara nunca a buscarlo.

—Tienes que ver a un médico —dijo tocándole la frente. El aumento de su temperatura no era buena señal.

—Siguiendo ese camino —Robert señaló un paso entre las montañas—, a dos días de marcha, se halla el feudo de los Mendoza. La señora Mendoza era enfermera antes de casarse con Juan y dedicarse a la granja.

Athaclena miró el camino con incertidumbre. Tendrían que subir a unos dos mil metros para poder llegar al otro lado.

—Robert ¿estás seguro de que es la mejor ruta? Yo sé a ciencia cierta que he estado captando sofontes mucho más cerca, por esa línea de colinas del lado este.

Robert se apoyó en su estaca de fabricación casera y empezó a enfilear hacia el sur.

—Vamos, Clennie —dijo por encima del hombro—. Ya sé que quieres conocer a un *garthiano*, pero ahora no es el momento. Ya iremos a la caza de nativos presensitivos cuando me hayan remendado.

Athaclena lo miró, asombrada por lo ilógico de su comentario. Llegó a su altura y le dijo:

—Robert, eso que dijiste es muy extraño. ¿Cómo puedes pensar que deseo encontrarme con criaturas nativas, por misteriosas que parezcan hasta que no seas atendido? Los sofontes que sentí hacia el este eran claramente humanos y chimps, aunque admito que había un extraño elemento adicional, casi como un...

—¡Aja! —rió Robert como si ella le hubiera hecho una confesión, pero siguió caminando.

Asombrada, Athaclena quiso poner a prueba sus sentimientos, pero la disciplina y determinación del humano eran increíbles tratándose sólo de una raza de lobeznos. Todo lo que pudo saber es que él estaba alterado por algo... por algo que tenía que ver con la mención que había hecho de los seres sapientes al este de allí.

¡Oh, quién pudiera ser un verdadero telépata! Una vez más se preguntó por qué el Gran Consejo *tymbrimi* no había desafiado las normas del Instituto de Elevación y había seguido adelante con el desarrollo de esa habilidad. Con frecuencia envidiaba la intimidad con que podían rodear sus vidas los humanos y se quejaba de la chismosa intromisión de su propia cultura. Pero en aquellos momentos, lo único que quería era entrar allí y saber lo que él escondía.

Su corona se onduló y si hubiese habido un *tymbrimi* en un radio de un kilómetro se hubiera sobresaltado por su enojada y cáustica opinión de cómo eran las cosas.

Robert daba muestras de cansancio aun antes de llegar a la cima del primer cerro,

poco más de media hora después. Athaclena ya sabía por entonces que el brillante sudor de su frente significaba lo mismo que el enrojecimiento de la corona *tymbrimi*: exceso de temperatura.

Cuando lo oyó contar en voz baja comprendió que tenían que hacer un alto y descansar.

—No —dijo él, sacudiendo la cabeza en señal de negación. Su voz era desgarrada—. Pasemos este primer cerro y lleguemos al próximo valle. Desde allí en adelante todo el camino hasta la casa es sombreado. Robert seguía su penosa marcha.

—Aquí hay sombra suficiente —insistió ella. Y lo llevó hasta un grupo de rocas cubiertas por plantas trepadoras con hojas en forma de sombrilla, todas ellas conectadas con el bosque del valle por las ubicuas enredaderas de intercambio.

Robert suspiró mientras ella le ayudaba a sentarse a la sombra, con la espalda apoyada en una piedra. La muchacha le secó la frente y luego empezó a quitarle el vendaje del brazo. Él silbó entre dientes.

Junto al lugar por donde se había roto el hueso la piel presentaba una ligera coloración púrpura.

—Eso es mala señal ¿verdad, Robert?

Por un momento a ella le pareció que disimulaba. Luego lo reconsideró y sacudió la cabeza.

—No. Me parece que es una infección. Será mejor que tome más *universal*...

Empezó a moverse para alcanzar la mochila de la chica con el botiquín, pero le falló el equilibrio y Athaclena tuvo que sujetarlo.

—Ya basta, Robert. No puedes llegar hasta el feudo de los Mendoza y yo no puedo llevarte a costas ni quiero dejarte solo dos o tres días. Pareces tener algún motivo para querer evitar a la gente que he captado en dirección este. Pero sea lo que sea, no puede compararse a la importancia de salvar tu vida.

—Muy bien, Clennie —dejó que le introdujera en la boca un par de píldoras azules y tragó un poco de agua de la cantimplora que ella le tendía—. Iremos hacia el este. Prométeme sólo que tu corona cantará para mí. Es algo muy agradable, tanto como tú, y me ayuda a comprenderte mejor... y ahora creo que deberíamos ponernos en marcha porque empiezo a divagar. Es señal de que un ser humano está empeorando. Eso ya tendrías que saberlo.

—Ya lo sabía. —Los ojos de Athaclena se apartaron y ella sonrió—. Dime ¿cómo se llama ese lugar al que nos dirigimos?

—Se llama el centro Howletts. Está detrás de la segunda hilera de colinas, por ahí —señaló entre el este y el sudeste—. No les gustan las visitas por sorpresa, así que tendremos que hablar a gritos a medida que nos vayamos acercando.

Caminando por etapas consiguieron cruzar la primera cadena de colinas poco antes del mediodía y descansaron a la sombra, junto a un manantial. Allí Robert cayó

en un sopor agitado.

Athaclena observaba al joven humano con un sentimiento de triste impotencia. Se encontró a sí misma tarareando la famosa composición de Thlufal thrila, «La Endecha de lo Inevitable». Esa poderosa pieza para aura y voz tenía unos cuatro mil años y fue escrita durante el tiempo doloroso en que la raza tutora de los *tymbrimi*, los *caltmour*, fueron destruidos en una cruenta guerra interestelar.

Lo inevitable no era un concepto cómodo para sus congéneres, incluso menos que para los humanos. Pero, desde hacía mucho tiempo, los *tymbrimi* habían decidido probarlo todo, aprender todas las filosofías. También la resignación tenía su papel.

¡*Esta vez no!*, juró. Athaclena envolvió a Robert en el saco de dormir y le hizo tragar dos píldoras más. Le aseguró el brazo lo mejor que pudo y amontonó rocas junto a él para impedir que cayese rodando.

Confiaba en que una empalizada baja, hecha con matorrales, mantuviera alejados a los animales peligrosos.

Los *bururalli* habían limpiado los bosques de Garth de grandes criaturas, pero no se sentía del todo tranquila.

¿Estaría a salvo un humano inconsciente si lo dejaba solo un rato?

Colocó su herramienta láser y la cantimplora al alcance de la mano izquierda del muchacho y se agachó para tocarle la frente con sus sensitivizados y remodelados labios. Su corona se abrió y le acarició el rostro con sus hebras delicadas, de modo que también pudo darle una bendición de despedida a la manera de sus congéneres.

Tal vez un ciervo hubiese corrido más. Quizás un puma se hubiera deslizado por los bosques más silenciosamente, pero Athaclena nunca había oído hablar de tales criaturas. Y aunque hubiese oído, los *tymbrimi* no temían a las comparaciones. El nombre exacto de su raza significaba adaptabilidad.

Durante el primer kilómetro se pusieron en marcha unos cambios automáticos. Las glándulas suministraban fuerza a sus piernas, y las transformaciones en la sangre le permitían hacer mejor uso del aire que respiraba. El débil tejido de conexión abrió más sus fosas nasales para que entrase en mayor cantidad, mientras que, en el resto de su cuerpo, la piel se tensaba para evitar que sus mamas dieran sacudidas al correr.

La pendiente se hizo más empinada después de pasar el segundo pequeño valle. Un camino de juguete ascendía hacia la última cresta que la separaba de su objetivo. Sus rápidos pasos en la espesa marga eran suaves y ligeros. Sólo un ocasional golpeteo anunciaba su llegada y hacía esconderse entre las sombras a las criaturas del bosque. Un parloteo burlón la acompañaba, compuesto tanto de sonidos como de sutiles emanaciones que captaba con la corona.

Esas voces hostiles hicieron que Athaclena sonriera, en una reacción propia de los *tymbrimi*. Los animales eran tan serios... Sólo unos pocos, los que casi estaban a punto para la Elevación, parecían tener algo parecido al sentido del humor. Y

entonces, después de ser adoptados y empezar el proceso, sus tutores, muy a menudo, corregían esa extravagancia porque la consideraban un «rasgo inestable».

Después del siguiente kilómetro, Athaclena disminuyó un poco el paso. Tenía que tomárselo con más calma porque estaba sufriendo un recalentamiento excesivo, y eso era peligroso para los *tymbrimi*.

Coronó la cima de la cresta, con su cadena de ubicuas piedras-aguijón, y anduvo despacio para encontrar el camino entre el laberinto de prominentes monolitos. Allí descansó unos instantes. Apoyada contra uno de los altos afloramientos rocosos, jadeando, desplegó la corona y los zarcillos ondularon, a la búsqueda.

¡Sí! Había humanos en las cercanías. Y también neo-chimpancés. Ahora, ella ya conocía bien ambas configuraciones.

Y... se concentró. Había algo más, algo atormentador.

Tenía que ser ese enigmático ente que ya había sentido antes dos veces. Poseía una singular cualidad de parecer terrestre para al instante siguiente mostrarse como parte de Garth. ¡Y era presensitivo, con una lúgubre y seria naturaleza propia!

¡Si al menos la empatía tuviera un sentido más direccional! Se movió hacia adelante, rastreando un camino hacia el origen a través del laberinto de piedras.

Sobre ella cayó una sombra. Instintivamente saltó hacia atrás y se agazapó, mientras las hormonas suministraban energía de combate a sus brazos y piernas. Athaclena sorbió aire para contrarrestar la reacción *gheer*. Esperaba encontrarse con algún pequeño y fiero superviviente de los *bururalli*, no con algo tan grande.

*Tranquilízate*, se dijo. La silueta que estaba en la piedra era de un gran bípedo, claramente primo del Hombre y no nativo de Garth. Por supuesto, un chimpancé nunca supondría una amenaza para ella.

—¡H\1... hola! —Intentó hablar en inglés, sobreponiéndose al temblor causado por el *gheer* en retroceso.

En silencio maldijo las reacciones instintivas que hacían de los *tymbrimi* seres peligrosos con los que toparse, pero que también acortaban su vida y a veces les provocaban vergüenza cuando se hallaban en compañía de gentes amables.

La figura que estaba sobre la piedra la miraba, apoyándose sobre las dos piernas y con una banda llena de herramientas en la cintura. A contraluz resultaba difícil ver bien al animal. El brillante y azulado resplandor del sol de Garth resultaba desconcertante. Aun así, Athaclena sabía que aquel chimpancé era muy grande.

No reaccionó. Lo único que hacía era mirar hacia abajo, hacia ella.

No podía esperarse que una raza pupila tan joven como la de los neochimpancés fuera demasiado inteligente. Athaclena fue indulgente con la oscura y peluda figura y habló en inglés, muy despacio:

—Tengo que comunicar una emergencia. Hay un ser humano —subrayó—, que está herido, no lejos de aquí. Necesita cuidados inmediatos. Por favor, debes llevarme

con los humanos ahora mismo. Esperaba una respuesta inmediata pero la criatura sólo se movió un poco y siguió mirándola.

Athaclena empezaba a sentirse desconcertada. ¿Podía ser que se hubiera encontrado con un chimpancé especialmente estúpido? ¿O tal vez era un marginado o un bromista? Las nuevas razas pupilas producían mucha variabilidad, incluidos peligrosos casos atávicos, como había ocurrido recientemente con los *bururalli* allí, en Garth.

Athaclena extendió sus sentidos. Su corona se desplegó y se rizó sorprendida.

¡Era el presensitivo! La similitud superficial, el pelo y los largos brazos, la habían confundido. No era un chimp, en absoluto. Era la criatura alienígena que había captado hacía tan sólo unos minutos.

No era raro, pues, que la bestia no respondiese. ¡Todavía no había tenido un tutor que le enseñara a hablar!

El *Potencial* se estremeció y palpitó. La muchacha podía sentirlo bajo la superficie.

Athaclena se preguntó qué debía decirle a un presofonte nativo. Lo miró con más atención. El oscuro pelaje de la criatura se recortaba contra la luz del sol. Sobre sus cortas y dobladas piernas, un cuerpo macizo culminaba en una enorme cabeza. Visto a contraluz, los hombros seguían a la cabeza sin que se advirtiera el cuello.

Athaclena recordó la famosa historia de Ma'chutallil acerca de un investigador espacial que, hallándose en los bosques, lejos del emplazamiento colonial, encontró un niño que había sido criado por salvajes bestias corredoras. Después de cazar con su red a la fiera criatura que no cesaba de gruñir, el cazador proyectó con el aura una sencilla versión del *sh'cha'kuon*, el espejo del alma.

Athaclena formó el glifo de empatía lo mejor que pudo recordarlo.

VE EN MÍ... UNA IMAGEN EXACTA DE TI

La criatura se enderezó y retrocedió, dando bufidos y husmeando el aire.

Al principio pensó que reaccionaba a su glifo. Entonces un ruido en las proximidades rompió su concentración. El presensitivo emitió un gruñido sordo y profundo, giró sobre sus talones y empezó a saltar de una piedra-aguijón a otra hasta que desapareció.

Athaclena se apresuró a seguirlo, pero fue inútil. En pocos momentos le perdió la pista. Finalmente, suspiró y dirigió la vista hacia el este, donde, según Robert, se encontraba el centro Howletts. Después de todo, conseguir ayuda era prioritario.

Empezó a abrirse camino entre el laberinto de piedras-aguijón, las cuales se escalonaban gradualmente a medida que la vertiente descendía hacia el siguiente valle. Fue allí, al dar la vuelta a una piedra muy grande, cuando casi chocó con el equipo de exploración.

—Sentimos mucho haberla asustado, señora —dijo con voz ronca el jefe del



grupo. Su voz estaba a mitad de camino entre un gruñido y el ruido de una charca llena de sabandijas. Le hizo una nueva reverencia—. Un buscador de chatarra vino y nos dijo que una especie de nave se había estrellado por aquí, así que enviamos a un par de grupos de exploración. ¿No habrá visto por casualidad caer una nave espacial?

Athaclena aún temblaba por la maldita sobrerreacción. Debía de tener un aspecto terrible, en esos primeros segundos, cuando la sorpresa puso en acción una respuesta de cambio furiosa. Las pobres criaturas estaban asomadas. Tras el jefe, otros cuatro chimps la miraban nerviosos.

—No, no he visto nada. —Athaclena hablaba despacio y con claridad para no abrumar a los pequeños pupilos—. Pero tengo otro tipo distinto de emergencia que comunicar. Mi camarada, un ser humano, resultó herido ayer tarde. Tiene un brazo roto y posiblemente una infección. Debo hablar con alguien que tenga la autoridad suficiente para conseguir que sea evacuado.

El jefe chimp era un poco más alto que la media normal de su raza, aproximadamente un metro y medio. Al igual que los demás, llevaba una bandolera con herramientas y una ligera mochila. Su sonrisa mostró una hilera de irregulares y amarillentos dientes.

—Yo tengo la autoridad suficiente. Me llamo Benjamín, señorita... señorita... —su voz ronca terminó en una inflexión interrogativa.

—Athaclena. Mi compañero se llama Robert Oneagle. Es el hijo de la Coordinadora Planetaria.

—Comprendo. —Los ojos de Benjamín se ensancharon—. Bueno, señorita Athac... Bueno, señora, usted ya debe de saber que Garth ha sido invadida por una flota ET. En casos de emergencia como éste, se supone que no debemos usar transporte aéreo siempre que podamos evitarlo. Pero mi grupo está equipado para tratar a un humano con el tipo de heridas que usted ha descrito. Si nos lleva junto al señor Oneagle, nos encargaremos de que sea atendido.

El alivio de Athaclena se vio mezclado con la angustia de tener que preocuparse de otros asuntos importantes. Tenía que enterarse.

—¿Se sabe ya quiénes son los invasores? ¿Han aterrizado?

El chimp Benjamín se estaba comportando de un modo muy profesional y su dicción era buena, pero no podía disimular su perplejidad al mirarla e inclinaba la cabeza como si intentara verla desde un ángulo distinto. Era evidente que nunca había visto antes a una persona como ella.

—Uf, lo siento, señora, pero las noticias no han sido demasiado concretas. Los ETs... uf... —El chimp la miraba fijamente—. Uf, este... perdóneme, señora, pero usted no es humana ¿verdad?

—¡No, por el Gran Caltmour! —respondió Athaclena encolerizada—. ¿Por qué has pensado...? —Entonces recordó todas las pequeñas alteraciones externas a las

que se había sometido como parte de su experimento.

Ahora ya debía de parecerse mucho a un humano, especialmente con el sol a sus espaldas. No era extraño que los pobrecillos se hubieran confundido—. No —dijo, esta vez más tranquila—. No soy humana, soy *tymbrimi*.

Los chimps suspiraron y se miraron entre sí. Benjamín se inclinó ante ella con los brazos cruzados sobre el pecho, ofreciendo por primera vez el gesto de bienvenida a un miembro de una raza tutora.

Los congéneres de Athaclena, al igual que los humanos, no hacían alarde de su dominio sobre sus pupilos. Y sin embargo, el gesto sirvió para suavizar sus sentimientos heridos. Cuando habló de nuevo, la dicción de Benjamín había mejorado.

—Perdóneme, señora. Lo que quería decir es que no estoy del todo seguro acerca de quiénes son los invasores. No me hallaba cerca de un receptor cuando fue emitido el manifiesto, hace un par de horas. Alguien me ha dicho que son los *gubru*, pero circula también el rumor de que son los *thenanios*.

Athaclena suspiró. *Gubru* o *thenanios*. Bueno, podría haber sido peor. Los primeros eran gazmoños y de mentalidad estrecha. Los segundos eran viles, rígidos y crueles. Pero no eran tan malos como los manipuladores *soro* o los pavorosos e implacables *tandu*.

Benjamín se dirigió en susurros a uno de sus compañeros. El chimp más pequeño se dio vuelta y se marchó a toda prisa por el sendero por el que habían llegado, hacia el misterioso centro Howletts. Un temblor de ansiedad recorrió a Athaclena. Una vez más se preguntó qué estaba pasando en ese valle del que Robert había intentado alejarla, aun a riesgo de su propia salud.

—El mensajero llevará las noticias acerca del estado del señor Oneagle y preparará el medio de transporte —le dijo Benjamín—. Mientras, nos apresuraremos para llegar hasta él y prestarle los primeros auxilios. Si quiere enseñarnos el camino...

Le hizo una seña para que se pusiera en marcha y Athaclena tuvo que dejar de lado su curiosidad. Robert era evidentemente lo primero.

—Muy bien —dijo ella—. Vamos.

Al pasar junto a la piedra donde se había encontrado con el extraño y presensitivo alienígena, Athaclena levanto la mirada. ¿Había sido en realidad un *garthiano*?

Tal vez los chimps supiesen algo de ello. Athaclena dio un traspié y se llevó las manos a las sienes. Los chimps advirtieron la repentina ondulación en su corona y el asombro en su mirada.

Era, en parte, sonido, una nota aguda que se elevaba casi más allá del campo auditivo y, en parte, un picor que le recorría la columna vertebral.

—Señora. —Benjamín la miraba preocupado—. ¿Qué es eso?

—Es... es... —Athaclena sacudió la cabeza.

No terminó la frase ya que en aquel momento se produjo un destello gris en el horizonte occidental: algo se precipitaba hacia ellos desde el cielo a toda velocidad. Antes de que Athaclena pudiese asustarse había dejado de ser un punto distante para convertirse en algo de tamaño colosal. De este modo tan repentino apareció una nave gigante, que se quedó inmóvil, flotando sobre el valle.

—Tapaos las orejas —apenas tuvo tiempo de gritar Athaclena.

Se produjo un ruido sordo, un estallido y un rugido que los hizo caer a todos al suelo. La explosión retumbó a través del laberinto de piedras y resonó en las colinas próximas. Los árboles se balancearon; algunos se rompieron y cayeron, con las hojas volando en torbellino.

Finalmente el fragor fue cediendo, distorsionándose y disminuyendo en el interior del bosque. Sólo entonces, sacudiéndose el temblor de la conmoción, oyeron el grave y potente retumbo de la nave. El gran monstruo, un inmenso y brillante cilindro, proyectaba sombras sobre el valle. Mientras lo observaban, el gran aparato descendió hasta quedar por debajo de las piedras-aguijón y lo perdieron de vista. El zumbido de sus motores se convirtió en un profundo rugido que se superponía al ruido del desprendimiento de piedras de las vertientes cercanas.

Poco a poco, los chimps se fueron incorporando, dándose las manos y susurrando entre sí con ásperas y roncadas voces. Benjamín ayudó a Athaclena a ponerse de pie. Los campos de gravedad de la nave habían golpeado por sorpresa su corona totalmente desplegada. Movié la cabeza intentando liberarla de ellos.

—Eso era una nave de guerra ¿verdad? —le pregunto Benjamín—. Estos otros chimps nunca han estado en el espacio, pero yo hace dos años subí a visitar el viejo *Vesarius*. Y no era tan grande como eso.

—Sí, era una nave de guerra —suspiró Athaclena—. De fabricación soro, me parece. Los *gubru* usan ahora esos diseños. Creo que ya no se trata sólo de una amenaza, chimp Benjamín —dijo mirando al pequeño terrestre—. La invasión ha empezado.

Benjamín juntó las manos. Se tiraba de los pulgares con nerviosismo.

—¿Se han parado sobre el valle! ¿Puedo oírlos! ¿Qué es lo que quieren?

—No lo sé —respondió ella—. ¿Por qué no vamos a verlo?

Benjamín dudó pero terminó por asentir. Llevó al grupo hasta un punto en que las piedras-aguijón se separaban y desde allí pudieron echar un vistazo al valle.

La nave de guerra estaba a unos cuatro kilómetros al este de su posición y a unos cuatrocientos metros sobre el suelo, cubriendo con su inmensa sombra un pequeño grupo de edificios blanquecinos del valle. Athaclena se protegió los ojos de los brillantes rayos de sol reflejados en sus flancos de color gris metálico.

—¿Se ha quedado quieto allí encima! ¿Qué hacen? —preguntó nerviosamente

uno de los chimps. El profundo rugido del crucero gigante era siniestro.

—No lo sé —dijo Athaclena en inglés, sacudiendo la cabeza. Sentía el pánico de los humanos y de los neochimps que estaban en el valle. Y también sentía otras fuentes de emoción.

*Los invasores*, advirtió. No llevaban sus escudos psi, en un arrogante abandono de cualquier posibilidad de defensa. Captó una *gestalt* de criaturas con plumaje y delgados huesos, descendientes de una cierta especie pseudoaviar incapaz de volar. Ante ella apareció nítidamente por unos instantes una rara visión-real, como si viera a través de los ojos de uno de los oficiales del crucero. Aunque el contacto sólo duró milésimas de segundo, su corona se replegó de repugnancia.

*Gubru*, pensó aturdida. De repente todo se había vuelto demasiado real.

—Mirad —dijo Benjamín con voz entrecortada.

Por unos orificios de la amplia panza de la nave empezó a salir una niebla de color marrón. El oscuro y denso vapor caía muy despacio, casi lánguidamente, hacia la superficie del valle.

El terror se convirtió en pánico. Athaclena retrocedió apoyándose en una de las piedras-aguijón y se cubrió la cabeza con las manos, intentando silenciar el aura casi palpable del horror.

¡Demasiado! La muchacha intentó formar un glifo de paz en el espacio que tenía frente a ella para controlar el dolor y el miedo. Pero todas las formas se deshacían como copos de nieve ante el soplo caliente de una llama.

—Están matando a los humanos y los gorillas —gritó un chimp en la ladera de la colina, empezando a correr hacia abajo.

—¡Petri! ¡Vuelve! —le gritó Benjamín—. ¿Adónde vas?

—¡Voy a ayudar! —chilló el joven chimp en respuesta—. Y tú también deberías hacerlo. ¿No oyes cómo gritan ahí abajo? —Prescindiendo del serpenteante camino, empezó a bajar directamente por el escarpado desnivel, la ruta más directa hacia la desagradable niebla y los tenues sonidos de desesperación.

Los otros dos chimps miraron a Benjamín con rebeldía. Era obvio que compartían el mismo pensamiento.

—Yo también voy —dijo uno de ellos. Los ojos de Athaclena, encogidos por el miedo, vibraron. ¿Qué estaban haciendo ahora esas estúpidas criaturas?

—Yo estoy contigo —afirmó el último. Y a pesar de las maldiciones que soltaba Benjamín los dos desaparecieron por la pendiente.

—¡Deteneos! ¡Ahora mismo!

Se volvieron para mirar a Athaclena. Incluso Petri se detuvo de repente, colgado de una mano en una roca, parpadeando sorprendido. Era la tercera vez en su vida que ella usaba el Tono de Orden Perentoria.

—Dejaos de estupideces y volved aquí de inmediato —les espetó. La corona

sobresalía por encima de sus orejas. Su cuidado y culto acento humano había desaparecido. Hablaba ánglico con ese acento *tymbrimi* que los neochimpancés debían de haber oído en vídeos innumerables veces. Quizá pareciera bastante humana, pero ninguna voz humana podía reproducir exactamente esos mismos sonidos.

Los pupilos terrestres parpadearon boquiabiertos.

—*Volved ahora mismo* —susurró.

Los chimps hicieron el camino de vuelta hasta ponerse frente a ella. Uno a uno, mirando nerviosos a Benjamín, siguieron su ejemplo y se inclinaron ante ella con los brazos cruzados ante el pecho.

Athaclena luchó contra su propio temblor para aparecer exteriormente tranquila.

—No me hagáis levantar la voz de nuevo —dijo—. Tenemos que trabajar juntos, pensar fríamente y trazar planes apropiados.

No era de extrañar que los chimps temblaran y la miraran con ojos como platos. Los humanos pocas veces se dirigían a los chimps de una forma tan perentoria. La especie estaba ligada por contrato al hombre, pero las propias leyes de la Tierra consideraban a los neochimps ciudadanos con todos los derechos.

*Pero nosotros, los tymbrimi, somos otra cuestión.* El cumplimiento del deber, sólo eso, había arrastrado a Athaclena fuera de su *totanoo*, la retirada inducida por el miedo. Alguien tenía que asumir la responsabilidad de salvar las vidas de aquellas criaturas.

La siniestra niebla marrón había dejado de surgir de la nave *gubru*. El vapor se extendió por el estrecho valle como un oscuro y espumoso lago que casi alcanzaba las bases de los edificios.

Los orificios se cerraron y la nave empezó a cobrar altura.

—A cubierto —les dijo a los chimps, llevándolos al otro lado del monolito de piedra más cercano. El sordo zumbido de la nave *gubru* ascendió más de una octava. Pronto la vieron elevarse por encima de las piedras-aguijón—. Protegeos.

Los chimps se agazaparon muy juntos, llevándose las manos a los oídos.

En un momento, el gigante invasor alcanzó los mil metros sobre el nivel del valle. Luego, con más velocidad de lo que la vista era capaz de apreciar, desapareció. El aire desplazado se cerró de golpe hacia adentro como la mano de un gigante y el trueno los azotó de nuevo, produciendo torbellinos que giraban y levantaban el polvo y las hojas del bosque caídas a sus pies.

Los pasmados neochimps se miraron entre sí hasta que los ecos empezaron a retroceder. Finalmente, el chimp más viejo se sacudió el polvo y agarró por la nuca al joven chimp llamado Petri, llevándolo delante de Athaclena.

—Lo... lo siento, señora —murmuró cabizbajo y avergonzado—. Pero es que ahí abajo hay humanos y... y también mis compañeros...

Athaclena asintió. Había que tratar de no ser excesivamente dura con un pupilo que tiene buenas intenciones.

—Tus motivos eran encomiables, y ahora que ya estamos más tranquilos y podemos trazar planes, iremos a ayudar a tus tutores y amigos de un modo más eficaz.

Ella le tendió la mano. Era un gesto mucho menos tutelar que la palmada en la espalda que él parecía esperar de un galáctico. Se estrecharon las manos y él sonrió con timidez.

Cuando rodearon las piedras para asomarse de nuevo sobre el valle, algunos de los terrestres ahogaron un grito. La nube marrón se había extendido por las tierras bajas como un denso y sucio mar que alcanzaba casi las fronteras de los bosques que había bajo ellas. El espeso vapor parecía tener un límite superior claramente definido que llegaba a las raíces de los árboles más próximos.

No había forma de saber qué ocurría en el valle, ni incluso si todavía quedaba alguien con vida.

—Vamos a dividirnos en dos grupos —les dijo Athaclena—. Robert Oneagle sigue requiriendo atención. Alguien debe ir junto a él.

Pensar en Robert, yaciendo semiinconsciente en donde lo había dejado, le producía una incesante ansiedad mental. Y, de todas formas, sospechaba que para los chimps sería mejor acudir en ayuda de Robert que merodear por aquel desolado valle. Las criaturas estaban demasiado conmocionadas y eran demasiado impresionables para contemplar aquel desastre.

—Benjamín, ¿podrán tus compañeros encontrar a Robert solos, siguiendo las indicaciones que yo les dé?

—¿Quiere decir sin que usted los lleve? —Benjamín frunció el ceño y sacudió la cabeza negativamente—. Uf, señora... no sé... a mí... a mí me parece que usted tendría que acompañarlos.

Athaclena había dejado a Robert bajo una señal muy clara, al lado de un nogal gigante sin corteza, junto al camino principal. Cualquier grupo que fuese hacia allí no tendría ningún problema en encontrar al herido.

Pudo leer las emociones del chimp. Una parte de Benjamín deseaba tener a uno de los famosos *tymbrimi* con él para ayudar, si era posible, a las gentes del valle. Y, a pesar de ello, trataba de alejarla.

Abajo, la niebla aceitosa se agitaba y se revolvía. Podía sentir en la distancia muchas mentes, enturbiadas por el miedo.

—Yo me quedo —dijo con firmeza—. Has dicho que los demás forman un buen equipo de rescate. Es indudable que podrán encontrar a Robert y prestarle ayuda. Alguien debe ir al valle y ver si se puede hacer algo por esas gentes.

Con un humano probablemente hubiera surgido una disputa, pero para un chimp

era impensable contradecir la decisión de un galáctico. Los sofones de clase pupila no hacían esas cosas.

Ella sintió en Benjamín un alivio parcial... y un contrapunto de temor.

Los tres chimps más jóvenes se cargaron las mochilas a la espalda y con toda solemnidad se dirigieron hacia el oeste a través de las piedras-agujón, volviendo la vista atrás, nerviosos, hasta que desaparecieron.

Athaclena se sintió aliviada por Robert, pero en su interior persistía un insistente temor por su padre.

Seguramente el enemigo había atacado primero Puerto Helenia.

Vamos, Benjamín. Déjame ver si puede hacerse algo por esa pobre gente de ahí abajo.

A pesar de su inusual y rápido éxito en el proceso de Elevación, los genetistas terrestres aún tenían un largo camino que recorrer con los neodelfines y los neochimpancés. Según los estándares galácticos, habían avanzado mucho, pero los terrestres querían un progreso aún más rápido. Parecía como si sospecharan que tenían que elevar a sus pupilos muy deprisa, muy pronto.

Cuando aparecía una buena mente entre los *tursiops* o los *pongo*, ésta era educada atentamente. Athaclena sabía que Benjamín era uno de esos especímenes superiores. Sin duda, este chimp tenía carnet azul de procreación y había sido ya padre de muchos pequeños.

—Tal vez será mejor que yo vaya delante —sugirió Benjamín—. Puedo subirme a esos árboles, por encima del nivel del gas. Iré a ver qué pasa y luego volveré a contárselo.

Athaclena sintió la confusión del chimp mientras contemplaban el lago de misterioso gas. Allí donde se hallaban les llegaba a la altura del tobillo, pero en el fondo del valle formaba torbellinos que superaban varias veces la talla de un hombre.

—No, permaneceremos juntos —dijo Athaclena con firmeza—. Yo también puedo encaramarme a los árboles.

Benjamín la miró de arriba abajo, recordando sin duda las historias de la famosa adaptabilidad *tymbrimi*.

—Hum... ustedes debieron de ser antiguamente arborícolas. No he querido ofenderla. —Le ofreció una irónica y desencajada sonrisa—. Muy bien, señorita, vamos pues.

Benjamín empezó a correr, saltó a las ramas de un casi-roble, se deslizó alrededor del tronco y se precipitó sobre otra rama. Luego saltó la estrecha distancia que lo separaba del siguiente árbol. Allí se sujetó a una bamboleante rama y miró a la muchacha con la curiosidad reflejada en sus ojos castaños.

Athaclena supo que aquello era un reto. Respiró profundamente varias veces, concentrándose. Los cambios empezaron con una picazón en las puntas de los dedos

que comenzaban a endurecerse; luego sintió un aflojamiento en el tórax. Exhaló, se agachó y saltó, precipitándose hacia el casi-roble. Con un poco de dificultad imitó al chimp, movimiento tras movimiento.

Benjamín asintió con aprobación cuando la muchacha llegó junto a él. Y luego continuó.

Avanzaban despacio saltando de árbol en árbol, trepando por troncos llenos de enredaderas. Varias veces se vieron obligados a retroceder rodeando los claros, invadidos por los gases que lentamente se posaban en el suelo.

Trataban de no respirar cuando pasaban sobre las estelas más densas del pesado gas, pero Athaclena no pudo evitar absorber una vaharada de la oleosa y picante sustancia. Se dijo a sí misma que el picor que sentía, y que iba en aumento, era probablemente psicósomático.

Benjamín seguía mirándola furtivamente. Sin duda, el chimp había notado algunos de los cambios a los que la muchacha se había sometido: alargamiento de los brazos, redondeamiento de los hombros y distensión en las manos. Nunca hubiese pensado que iba a tener como compañero a un galáctico saltando de aquel modo entre los árboles.

Lo que él no sabía era el precio que ella iba a tener que pagar por la transformación *gheer*. El dolor ya se hacía sentir y Athaclena sabía que aquello sólo era el principio.

El bosque estaba lleno de sonidos. Pequeños animales corrían ante ellos, escapando del humo y el hedor alienígena. Athaclena captó unas rápidas y calientes pulsaciones de su miedo. Cuando llegaron a lo alto de una loma desde la que se divisaban las instalaciones, pudieron oír gritos débiles, chillidos de humanos que andaban a ciegas en un bosque oscurecido por el hollín.

Los ojos castaños de Benjamín le dijeron que aquellos de allí abajo eran sus amigos.

—¿Ha visto cómo se adhiere al suelo esa sustancia? —preguntó—. Sólo sobrepasa en unos pocos metros la parte superior de los edificios. ¡Ojalá hubiésemos construido estructuras más altas!

—Hubieran atacado primero esos edificios —señaló Athaclena—, y luego hubiesen soltado el gas.

—Uf —asintió Benjamín—. Vamos a ver si alguno de mis compañeros se ha subido a los árboles. Tal vez hayan podido ayudar a los humanos a encaramarse también.

Ella no quiso preguntar a Benjamín acerca de su oculto temor, esa cosa que él no se sentía capaz de mencionar. Pero a su preocupación por los humanos y chimps del valle se añadía algo más, por si eso no fuera bastante.



Cuanto más se adentraban en el valle más espaciados estaban los árboles. Cada vez más a menudo se veían obligados a descender, dispersando con los pies los jirones de humo mientras avanzaban a toda prisa por su arbórea autopista. Por fortuna, pareció que el gas oleoso empezaba a disiparse, volviéndose más pesado y cayendo en forma de polvorienta lluvia.

El paso de Benjamín se aceleró cuando pudo vislumbrar entre los árboles los edificios blanquecinos del centro. Athaclena lo siguió lo mejor que pudo pero cada vez le resultaba más duro mantener el ritmo del chimp. El consumo de enzimas le hacía pagar su precio y su corona llameaba mientras su cuerpo trataba de eliminar el calor desarrollado.

*Concéntrate*, pensó, al tiempo que se agazapaba sobre una rama oscilante. Athaclena flexionó las piernas y trató de ver a través de las polvorientas hojas y ramas que tenía ante ella.

*Adelante.*

Se enderezó, pero había perdido impulso. Apenas pudo saltar una separación de dos metros. Athaclena se abrazó a la rama que se bamboleaba. Su corona chisporroteaba como el fuego.

Se agarró al tronco alienígena, respirando con la boca abierta, incapaz de moverse, con la visión borrosa. *Tal vez sea algo más que dolor gheer*, pensó. *Quizás el gas no haya sido ideado sólo para los terráqueos y me esté matando.*

Necesitó un par de segundos para recuperar la visión y entonces alcanzó a ver un pie peludo con la planta oscura. Era Benjamín, hábilmente agarrado al tronco del árbol, un poco más arriba que ella.

—Espere aquí un momento y descanse, señorita. —Sus manos tocaron suavemente los ondulantes y ardientes zarcillos de su corona—. Yo iré primero y luego regresaré.

La rama tembló de nuevo y él desapareció.

Athaclena se quedó inmóvil. Poco podía hacer aparte de escuchar los débiles sonidos procedentes del centro Howletts. Casi una hora después de la partida de la nave *gubru* aún podía oír los gritos de los chimps aterrorizados y los chillidos extraños y graves de un animal que no podía reconocer.

El gas se iba disipando pero aún se olía, incluso en la altura donde ella estaba. Athaclena mantuvo cerradas las fosas nasales mientras respiraba por la boca.

*¡Desgraciados terrestres, cuyas bocas y orejas deben permanecer siempre abiertas, para que el mundo pueda atacarlos a voluntad!* Pero no se le escapaba la ironía. Al menos esas criaturas no tenían que escuchar con la mente. A medida que su corona se enfriaba, Athaclena se sentía envuelta en un cúmulo de emociones humanas, de chimpancés y de esa otra variedad que aparecía y desaparecía y que ya se había convertido en algo casi familiar.

Pasaban los minutos y Athaclena mejoraba ligeramente, lo suficiente para arrastrarse por la rama hasta donde ésta se unía al tronco. Se sentó dando un suspiro, apoyando la espalda en la áspera corteza, rodeada por un fluir de ruidos y emociones.

*Tal vez no voy a morirme, al menos de momento.*

Tardó unos instantes en darse cuenta de que algo ocurría cerca de allí. Sintió que estaba siendo observada ¡y desde muy cerca! Se volvió y respiró muy hondo. Desde el árbol contiguo, a una distancia de seis metros, cuatro pares de ojos la miraban, tres de ellos de color castaño oscuro y el cuarto de un azul brillante.

Exceptuando unos cuantos sensitivos y semivegetales *kanten*, los *tymbrimi* eran los galácticos que mejor conocían a los terrestres. Sin embargo, Athaclena parpadeó sorprendida, confusa ante lo que estaba presenciando.

Muy cerca del tronco del árbol vecino había una hembra neochimpancé adulta, una chima, vestida sólo con pantalones cortos, con un bebé chimp en los brazos. Los pequeños ojos castaños de la madre estaban dilatados por el miedo. Junto a ellos había un pequeño humano de piel suave, vestido con un mono de algodón. Era una niña rubita que sonrió a Athaclena con timidez.

Pero era el cuarto y último ser del árbol el que la había confundido.

Recordó la escultura sónica de un neodelfín que su padre había llevado a Tymbrimi en uno de sus viajes.

Fue justo después del episodio de la ceremonia de Aceptación y Elección de los *tytlal* en el que ella se comportó de manera tan extraña junto a aquella caldera de un volcán extinguido. Tal vez Uthacalthing quiso que ella escuchara la escultura sónica para sacarla de su melancolía, para probarle que las criaturas terrestres llamadas cetáceos eran, en realidad, criaturas deliciosas y que no había que tenerles ningún miedo. Le dijo que cerrase los ojos y que simplemente se impregnase de la canción.

Fuera cual fuese el motivo de su padre, tuvo el efecto opuesto al deseado, ya que al escuchar aquellas formas sónicas salvajes e indómitas se encontró sumergida en un océano, oyendo un enojado grito marino de reunión. Aunque había abierto los ojos y había visto que estaba en la sala familiar de audiciones, no se había sentido aliviada. Por primera vez en su vida, el sonido venció a la visión.

Athaclena no había vuelto a escuchar aquella grabación, ni había conocido nada igual de extraño, hasta que se encontró en el paisaje metafórico del interior de Robert Oneagle.

¡Y ahora volvía a sentirse del mismo modo! Porque aunque la criatura del otro árbol pareciese un chimpancé muy grande, su corona le decía algo totalmente distinto.

*¡No puede ser!*

Los ojos castaños le devolvieron la mirada con calma, apaciblemente. Ese ser pesaba más que todos los demás juntos y sin embargo sostenía al niño humano con

toda delicadeza y cuidado en su regazo. La niña se movió y la gran criatura se limitó a soltar un bufido y a moverse ligeramente, sin quitar los ojos de Athaclena. A diferencia de los chimpancés normales, tenía la cara muy negra.

Ignorando sus dolores, Athaclena se inclinó despacio hacia delante para no asustarlos.

—Hola —dijo en un inglés muy cuidado.

La niña humana sonrió de nuevo y escondió la cabeza con timidez en el macizo pecho de su peludo protector. La madre neochimp retrocedió, aparentemente asustada.

La enorme criatura con el rostro aplastado se limitó otra vez a bufar y movió la cabeza dos veces en señal de asentimiento.

¡Rezumaba Potencial!

Athaclena sólo se había encontrado una vez con una especie que viviese en esa limitada zona que separaba a los animales de las razas pupilas sofocadas. Era un estado muy raro en las Cinco Galaxias, ya que cuando se descubría una nueva especie presintiva, quedaba rápidamente registrada y era cedida bajo contrato a algún clan de viajeros del espacio para que procediesen a la Elevación.

A Athaclena le pareció evidente que aquella criatura ya había recorrido un largo camino hacia la sensibilidad.

Pero se creía que esa distancia que separa al animal del ser pensante no podía recorrerse sin ayuda. Era cierto que algunos humanos aún se aferraban a ideas pintorescas procedentes de los días previos al Contacto, teorías que afirmaban que la inteligencia podía «evolucionar». Pero los galácticos aseguraban que ese umbral únicamente podía cruzarse con la ayuda de otra raza, una que ya lo hubiese superado.

Así había sido desde los tiempos de la primera raza, los Progenitores, hacía miles de millones de años.

Pero nadie había localizado nunca a los tutores de los humanos. Por eso eran llamados *k'chu-non...* lobeznos. ¿Era posible que su antigua idea contuviese un germen de verdad? Si era así, ¿podía esa criatura también...?

¡Ah, no! ¿Por qué no la he visto antes?

Athaclena comprendió de repente que aquella criatura no era un hallazgo natural. No se trataba del mítico *garthiano* que su padre le había pedido que buscara. El parecido familiar era evidente.

Miró esa reunión de primos del árbol vecino, sentados todos juntos en una rama por encima del vapor de los *gubru*. Humanos, neochimpancés y... ¿qué más?

Intentó recordar lo que su padre había dicho acerca del permiso que tenían los humanos para ocupar su planeta de origen, la Tierra. Después del Contacto, los Institutos habían concedido la tenencia a la Humanidad. Y, sin embargo, Athaclena estaba segura de que existían Normas de Barbecho y otras restricciones.

Y se habían mencionado unas cuantas especies terrestres muy concretas.

La inmensa bestia irradiaba Potencial como... A Athaclena le llegó una metáfora sobre una baliza encendida en el árbol de enfrente. Buscando en su memoria, al estilo *tymbrimi*, pudo dar por fin con la palabra que había perseguido.

—Cosita linda —le dijo con suavidad—. Eres un gorila ¿verdad?

## EL CENTRO HOWLETTS

La bestia inclinó la cabeza y soltó un bufido. Junto a ella, la madre chimp lloriqueaba en voz baja y miraba a Athaclena con evidente pavor. Pero la pequeña humana daba palmas, intuyendo un juego.

—¡'Rila! Jonny es un 'rila! ¡Igual que yo! —La niña se golpeaba el pecho con sus diminutos puños. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un chillido agudo y ululante.

*Un gorila.* Athaclena miró con curiosidad a la gigantesca y silenciosa criatura, tratando de recordar lo que le habían dicho hacía tanto tiempo. La oscura nariz de la bestia se ensanchó como si olfateara en dirección de Athaclena, y usó su mano libre para hacer rápidas y sutiles señas a la niña humana.

—Jonny quiere saber si ahora vas a ser tú la encargada —balbuceó la niña—. Espero que sí. Parecías muy cansada cuando dejaste de perseguir a Benjamín. ¿Ha hecho algo malo? Se ha escapado, ¿sabes?

—No, Benjamín no ha hecho nada malo —dijo Athaclena aproximándose—. Al menos desde que lo conozco, aunque empiezo a sospechar que...

Athaclena se detuvo. Ni la niña ni el gorila podían entender lo que sospechaba. Pero era evidente que la chima adulta sí lo sabía y en sus ojos se reflejaba el miedo.

—Me llamo Abril —le dijo la pequeña humana—. Y ésa es Nita. Su bebé se llama Cha-Cha. A veces las chimas les ponen a sus hijos nombres muy fáciles porque, al principio, hablar les cuesta un poco —le confió—. ¿Eres de verdad una *tym... bi... ni*? —Sus ojos brillaban mirando a Athaclena.

—Soy *tymbrimi* —asintió la muchacha.

—¡Oh, son buena gente! —la niña daba palmadas de alegría—. ¿Has visto la gran nave espacial? Llegó haciendo mucho ruido y papá me hizo ir con Jonny y luego apareció un gas y Jonny me tapó la boca con la mano y yo no podía respirar.

Abril hizo una mueca, imitando la sensación de asfixia.

—La quitó cuando llegamos a lo alto del árbol. Aquí encontramos a Nita y a Cha-Cha. —Miró a los chimps—. Me parece que Nita está todavía demasiado asustada para poder hablar.

—Y tú ¿no estabas asustada? —le preguntó Athaclena.

—Sí. —Abril asintió con gravedad—. Pero tuve que dejar de asustarme. Yo era aquí el único humano y tenía que encargarme de todo el mundo. ¿Puedes encargarte tú, ahora? Eres una *tymbini* muy bonita, de verdad.

La niña volvió a sentir timidez. Escondió parcialmente su rostro en el macizo pecho de Jonny y sonrió a Athaclena, mostrándole sólo un ojo.

Athaclena no pudo evitar el asombro. Hasta entonces nunca se había dado cuenta

de lo que eran capaces los humanos. A pesar de la alianza de sus congéneres con los terrestres, ella compartía algunos de los prejuicios galácticos más comunes, según los cuales los lobeznos aún eran, en cierto modo, bestiales y feroces. Muchos galácticos se cuestionaban si los humanos estaban en verdad preparados para ser tutores. Sin duda los *gubru* habían expresado esa creencia en su Manifiesto de Guerra.

Aquella niña hacía pedazos esa imagen. Siguiendo la ley y la costumbre, la pequeña Abril había sido la encargada de sus pupilos, a pesar de su edad. Y su sentimiento de responsabilidad era evidente.

Ahora Athaclena comprendió por qué Robert y Benjamín se habían mostrado tan reacios a llevarla hasta allí.

Controló su arranque inicial de justa cólera. Más tarde, cuando hubiese verificado sus sospechas, tendría que encontrar la forma de comunicárselo a su padre.

Casi estaba empezando a sentirse *tymbrimi* de nuevo pues la reacción *gheer* había dado paso a un mero ardor irrelevante en sus músculos y sus circuitos nerviosos.

—¿Hay más humanos subidos en los árboles? —preguntó.

Jonny hizo una rápida serie de señas con la mano y Abril las interpretó, aunque tal vez la pequeña no había comprendido todas las aclaraciones.

—Dice que unos pocos lo intentaron. Pero no fueron lo bastante rápidos. Muchos corrían como locos haciendo cosas-de-humanos. Es así como los 'rilas llaman a lo que hacen los humanos y ellos no comprenden —le confió en voz baja.

—El g... gas... —al fin, Nita, la chima, se decidió a hablar—. El g... gas debilita a los humanos. —Su voz era casi imperceptible—. Algunos de los chimps también lo sentimos, pero me parece que a los 'rilas no les ha molestado.

Era eso. Tal vez la primera conjetura de Athaclena acerca del gas fuese cierta. Había sospechado que no se trataba de algo del todo letal. La matanza masiva de civiles era algo que el Instituto para la Guerra Civilizada desaprobaba. Conociendo a los *gubru*, se podía suponer que pretendían algo mucho más insidioso que eso.

Oyó un chasquido a su derecha. El gran chimp macho, Benjamín, la llamaba desde una rama situada a tres árboles de distancia.

—¡Ya está todo bien, señorita! He encontrado a la doctora Taka y al doctor Shultz y ambos están deseosos de hablar con usted.

—Primero ven aquí, por favor. —Athaclena le hizo una señal a Benjamín para que se aproximase.

Con la típica exageración antropeide, Benjamín soltó un largo suspiro de sufrimiento. Saltó de rama en rama hasta llegar a la altura de los tres simios y la niña humana. Entonces se le desencajó la mandíbula y estuvo a punto de caerse de la oscilante rama. Llevaba la frustración escrita en el rostro. Se volvió hacia Athaclena, aclarándose la garganta.

—No te preocupes —le dijo ella—. Sé que has pasado los últimos veinte minutos

en medio de esa confusión intentando que la verdad siguiese oculta. Pero no te ha servido de nada, sé lo que está pasando aquí.

La boca de Benjamín se cerró de golpe. Luego se encogió de hombros y suspiró.

—¿Entonces?

—¿Aceptáis mi autoridad? —preguntó Athaclena a los cuatro seres de la rama.

—Sí —dijo Abril.

Nita miró a Athaclena y luego a la niña humana, asintiendo.

—Muy bien, pues. Quedaos donde estáis hasta que alguien venga a buscaros. ¿Habéis comprendido?

—Sí —dijo Nita.

Jonny y Cha-Cha la miraron sin decir nada.

Athaclena se puso de pie, manteniéndose en equilibrio sobre la rama, y se dirigió a Benjamín.

—Vayamos ahora a hablar con vuestros especialistas en Elevación. Si el gas no los ha incapacitado por completo, me interesará mucho que me cuenten por qué han decidido violar la Ley Galáctica.

Benjamín parecía vencido. Asintió con resignación.

—Y además —le dijo Athaclena plantándose de un salto a su lado—, es mejor que vayas a buscar a los chimps y gorilas que hiciste marchar para que yo no los viera. Tienen que regresar. Tal vez necesitemos su ayuda.

## FIBEN

Fiben se las ingenió para fabricar una muleta con tres ramas de árbol que encontró cerca del surco que había abierto la nave. Oculta bajo los harapos de su traje espacial, la muleta le desencajaba parcialmente el hombro fuera de la articulación, cada vez que se apoyaba en ella.

*Uf, pensó. Si los humanos no nos hubieran enderezado la columna y acortado los brazos, podría haber regresado a la civilización apoyándome en los nudillos. Aturdido, lleno de arañazos, hambriento... En realidad Fiben estaba de muy buen humor mientras emprendía la marcha hacia el norte. Demonios, estoy vivo. No tengo por qué quejarme.*

Había pasado mucho tiempo en las Montañas de Mulun realizando estudios ecológicos para el Proyecto de Recuperación, así que sabía que se hallaba en la vertiente correcta, no demasiado lejos de tierras conocidas. La variedad de vegetación era fácilmente reconocible. Se trataban, en su mayoría, de plantas nativas aunque también había algunas importadas e incorporadas al ecosistema para llenar los huecos que había dejado el holocausto bururalli.

Fiben se sentía optimista. Haber sobrevivido hasta allí, haberse estrellado incluso en un territorio familiar le hacía tener la certeza de que Ifni tenía más planes trazados para él. Seguro que le reservaba algo especial. Con toda probabilidad, un destino especialmente molesto y mucho más doloroso que la simple muerte por inanición en el desierto.

Las orejas de Fiben se irguieron y levantó los ojos. ¿Podía ser que hubiera imaginado aquel sonido?

¡No! ¡Eran voces! Avanzaba a trompicones por el diminuto camino, ayudado por su simulacro de muleta y alternando las cabriolas con los saltos con pértiga, hasta que llegó a un empinado claro que dominaba un profundo cañón. Pasó varios minutos mirando. ¡El bosque pluvial era tan condenadamente espeso!

¡Allí! En el otro lado, a medio camino del desnivel, pudo ver a seis chimps, con mochilas en la espalda, moviéndose con toda rapidez entre la vegetación y dirigiéndose hacia los restos aún en llamas de la TAASF *Procónsul*. En aquellos momentos estaban en silencio. Había sido una suerte que hablasen justo cuando pasaban por debajo de su posición.

—¡Eh! ¡Imbéciles! ¡Aquí! —Saltó sobre su pierna derecha y agitó los brazos, al tiempo que gritaba. El equipo de rescate se detuvo, mirando a su alrededor y parpadeando cuando los ecos rebotaron en el estrecho desfiladero.

Fiben enseñó los dientes y no pudo evitar soltar un ronco gruñido de frustración.



Miraban a todos lados excepto hacia donde estaba él.

Finalmente cogió la muleta, la hizo girar sobre su cabeza y la lanzó al cañón.

Uno de los chimps soltó una exclamación y se agarró a otro chimp. Todos vieron cómo la muleta se precipitaba dando tumbos en el bosque. *Exacto*, insistió Fiben. *Ahora, trazad de nuevo ese arco hacia atrás.*

Dos de ellos señalaron en su dirección y vieron cómo los saludaba. Gritaron excitados, saltando en círculos.

Olvidando por unos instantes su propia y leve regresión, Fiben murmuró entre dientes:

—Qué suerte la mía, ser rescatado por un hatajo de gruñidores. Vamos, chicos, no convirtamos esto en la danza del trueno.

Y, sin embargo, sonrió mientras ellos se aproximaban al claro de la ladera en que se encontraba. Y durante los abrazos y palmadas en la espalda que siguieron a aquellos momentos, se olvidó de sí mismo y ululó de alegría.

## UTHACALTHING

Su pequeña chalupa fue la última nave que despegó de Puerto Helenia. Las pantallas de detección mostraban ya naves de guerra que descendían a las capas inferiores de la atmósfera.

En el cosmódromo, una pequeña unidad de militares y marinos terrestres se preparaban para una postrera resistencia inútil. Su obstinación era transmitida por todos los canales.

—...*Negamos los derechos del invasor a aterrizar aquí. Exigimos la protección de la Civilización Galáctica en contra de dicha agresión. Denegamos a los gubru el permiso de aterrizaje en el territorio del que somos legalmente inquilinos.*

»*Ante la seriedad del asunto, un pequeño y armado Destacamento de Resistencia Formal espera a los invasores en el cosmódromo principal. Nuestro desafío...*

Uthacalthing conducía su chalupa con indiferentes presiones en los mandos con la muñeca y el pulgar. La diminuta nave se precipitaba hacia el sur siguiendo la costa del Mar de Cilmar, más rápida que el sonido. A la derecha, los brillantes rayos del sol se reflejaban en las nítidas aguas.

—...*si se atreven a enfrentarse con nosotros cara a cara, no agazapados en el interior de sus naves de guerra...*

—Decídselo, terrestres —asintió Uthacalthing, hablando en inglés en voz muy baja. El comandante del destacamento le había pedido consejo para redactar ese desafío ritual. Esperaba haberle sido útil.

La emisión continuaba describiendo el número y tipo de armas que esperaban a la armada invasora en el cosmódromo, de forma que el enemigo no tuviera justificación para usar fuerzas excesivas. En dichas circunstancias, los *gubru* no tendrían otra alternativa que la de atacar a los defensores con tropas de a pie. Y deberían asumir las bajas que se produjesen.

*Si los Códigos aún se mantienen, se dijo Uthacalthing. Tal vez el enemigo no se preocupe ya de las Normas de Guerra. Resultaba difícil imaginar tal situación. Pero desde rutas estelares muy distantes habían llegado ciertos rumores...*

La cabina del piloto estaba llena de pantallas. Una de ellas mostraba cruceros que entraban en el campo de visión de las cámaras de los medios de comunicación de Puerto Helenia. Otras mostraban a veloces destructores que desgarraban el cielo justo encima del cosmódromo.

Uthacalthing oyó a sus espaldas unos agudos parloteos; eran dos *ynnin*, con su aspecto de cigüeñas, que se compadecían mutuamente. Por lo menos, esas criaturas habían podido sentarse en los asientos modelo *tymbrimi*, pero su voluminoso dueño

tenía que permanecer de pie.

Kault no sólo estaba de pie sino que paseaba nervioso por la estrecha cabina, hinchando su cresta hasta que tocaba el techo una y otra vez. El *thenanio* no estaba de buen humor.

—¿Porqué, Uthacalthing? —murmuraba por enésima vez—. ¿Por qué ha esperado tanto? ¡Hemos sido los últimos en salir! Me dijo que partiríamos la pasada noche —los orificios respiratorios de Kault se inflaban—. Reuní mis pocas pertenencias a toda prisa y usted no apareció. Estuve esperando. Perdí la oportunidad de alquilar otro medio de transporte mientras usted no cesaba de mandarme mensajes pidiendo paciencia. Y al fin, cuando apareció al amanecer, partimos tan alegremente como si nos fuéramos de excursión al Arco de los Progenitores.

Uthacalthing dejó que su colega refunfuñase. Ya le había presentado disculpas formales y halagado diplomáticamente, como compensación. No podía exigírsele nada más.

Y, por otro lado, todo estaba saliendo según había planeado.

Una luz amarilla centelleó en el tablero de mandos seguida por el zumbido de un timbre.

—¿Qué es esto? —Kault se abalanzó con torpeza hacia adelante, muy agitado—. ¿Han detectado nuestros motores?

—No. —Kault suspiró aliviado.

—No son los motores —prosiguió Uthacalthing—. Esa luz significa que hemos sido registrados por un haz de probabilidad.

—¿Qué? —Kault casi gritaba—. ¿La nave no está protegida? Ni siquiera está utilizando gravíticos. ¿Qué probabilidad anómala pueden haber detectado?

—Tal vez la improbabilidad sea intrínseca —sugirió encogiéndose de hombros, como si ese gesto tan humano fuera para él algo del todo natural—. Tal vez sea algo nuestro, algo de nuestro propio destino que brilla en los horizontes del mundo. Quizá sea eso lo que han detectado.

Con el extremo de su ojo derecho vio cómo Kault temblaba. La raza *thenania* parecía tener un pánico casi supersticioso hacia todo lo relacionado con el arte/ciencia de modelar la realidad. Uthacalthing permitió que se formara suavemente en sus zarcillos el *looth'troo*, la disculpa al enemigo mientras recordaba que, de manera oficial, su pueblo y el de Kault estaban en guerra. Tenía todo el derecho a tomarle el pelo a su enemigo-amigo, tal como antes había sido éticamente aceptable, que se las ingeniara para que la nave de Kault fuera sabotada.

—No debo preocuparme de eso —sugirió—. Tenemos una buena ventaja inicial.

Antes de que el *thenanio* pudiese replicar, Uthacalthing se inclinó hacia adelante y habló muy deprisa en galSiete, haciendo que una de las pantallas expandiese su imagen.

—¡*Thwill'kou-chlliou!* —renegó—. ¡Mire lo que están haciendo!

Kault se volvió y observó. La holo-pantalla mostraba cruceros gigantes, inmóviles sobre la ciudad, que esparcían vapor marrón sobre los edificios y los parques. Aunque el volumen de sonido estaba muy bajo, pudieron oír el pánico en la voz del comentarista de noticias que describía el oscurecimiento de los cielos, como si los habitantes de Puerto Helenia necesitasen la interpretación del locutor.

—Esto no está bien —la cresta de Kault golpeó el techo con mayor rapidez—. Los *gubru* están actuando más severamente de lo que la situación o sus derechos de guerra permiten.

Uthacalthing asintió pero, antes de que pudiera hablar, destelló otra luz amarilla.

—Y ahora ¿qué pasa? —suspiró Kault.

—Significa que nos está persiguiendo un caza —respondió. Sus ojos habían alcanzado la separación máxima—. Tal vez debemos prepararnos para un enfrentamiento. ¿Sabe usted manejar un tablero de mandos con armas del tipo cincuenta y siete, Kault?

—No, pero me parece que uno de mis *ynnin*...

Su respuesta fue interrumpida por un grito de Uthacalthing.

—¡Agárrese! —le dijo al tiempo que conectaba los gravíticos de la chalupa. El suelo chirrió bajo ellos—. Voy a intentar maniobras de evasión.

—Bien —susurró Kault a través de los orificios de su cuello.

*Oh, bendito sea el grosor de calavera del thenanio*, pensó Uthacalthing. Controló su expresión facial aunque sabía que en cuestiones de empatía su colega tenía la sensibilidad de una piedra y no podía captar su regocijo.

Cuando las naves que los perseguían abrieron fuego contra ellos, su corona empezó a cantar.

## ATHACLENA

Los dedos verdes del bosque se mezclaban con los amarillos y verdosos colores de los edificios del centro, como si éste quisiera pasar inadvertido desde el aire. Aunque un viento del oeste se había llevado por fin los últimos jirones visibles del gas del invasor, una delgada película de polvo arenoso lo cubría todo por debajo de una altura de cinco metros, desprendiendo un olor penetrante y desagradable.

La corona de Athaclena ya no se contraía bajo el avasallador rugido del miedo. En los edificios, el ánimo era ahora diferente. Había indicios de resignación... y de furia controlada.

Siguió a Benjamín hacia el primer claro donde captó signos de pequeños grupos de neochimps que se movían con precaución en el interior del recinto. Un par de ellos trasladaban apresuradamente un bulto sobre una camilla.

—Tal vez sería mejor que no bajase, señorita —dijo Benjamín con voz áspera—. Quiero decir, que es evidente que el gas estaba pensado para afectar a los humanos, pero hasta nosotros, los chimps, nos sentimos un poco aturdidos. Usted es muy importante.

—Soy una *tymbrimi* —dijo Athaclena con frialdad— y no puedo quedarme aquí sentada cuando mis aliados y sus pupilos me necesitan.

Benjamín se inclinó ante ella en señal de acatamiento. La llevó por una serie de ramas que, como peldaños de escalera, terminaban en el suelo, donde ella puso el pie, por fin, aliviada. Allí el cáustico olor era mucho más fuerte. Athaclena intentó ignorarlo, pero su pulso se aceleró de nerviosismo.

Pasaron ante las instalaciones que debían de haber sido utilizadas para albergar y preparar a los gorilas.

Había recintos vallados, canchas de juego y zonas de pruebas. Era evidente que allí se había llevado a cabo un inmenso esfuerzo aunque a escala reducida ¿Creyó Benjamín que iba a engañarla sólo con enviar a los simios a esconderse en la jungla?

Esperaba que ninguno de ellos hubiese resultado dañado por el gas o en los momentos de pánico que siguieron a éste. Recordó lo que había aprendido en sus clases de Historia de los Terrestres: los gorilas, a pesar de su fuerza, eran criaturas extraordinariamente sensibles e incluso frágiles.

Chimps vestidos con pantalón corto, sandalias y las inefables bandoleras de herramientas, se movían de acá para allá cumpliendo importantes misiones. Unos pocos miraban a Athaclena cuando ésta se aproximaba, pero no se detuvieron para hablarle. De hecho, ella oyó muy pocas palabras.

Caminando con cautela sobre el oscuro polvo, llegaron al centro del campamento.

Allí, por fin, ella y su guía encontraron humanos. Estaban tumbados sobre los escalones del edificio principal: un masc y una fem. La cabeza del masc era por completo calva y en sus ojos había indicios de doblamiento epicántico.<sup>[2]</sup> Apenas parecía consciente.

El otro humano era una hembra alta y con el pelo muy oscuro. Tenía la piel muy negra, de un tono intenso y brillante que Athaclena nunca había visto con anterioridad. A lo mejor era uno de esos raros humanos pura sangre que aún conservaban las características de sus «razas antiguas». En contraste, el color de la piel de los chimps que estaban junto a ella era rosa pálido bajo su irregular cobertura de pelo marrón.

Con la ayuda de dos chimps de aspecto adulto, la mujer negra se las arregló para apoyarse sobre un codo cuando Athaclena se aproximó. Benjamín se adelantó para hacer las presentaciones.

—Doctora Kata, doctor Schultz, doctor M'Bzwelli, chimp Frederick, todos del clan Lobezno Terrestre: les presento a la respetable Athaclena, una *tymbrimi* elevada por los ab-*caltmour*, los ab-*brma*, los ab-*krallnith* y tutora de los *tytlal*.

Athaclena miró a Benjamín, sorprendida de que supiera los títulos honoríficos de su especie.

—Doctor Schultz —dijo Athaclena inclinando la cabeza ante el chimp de la izquierda. Ante la mujer se inclinó un poco más—. Doctora Taka. —Con una última inclinación de cabeza saludó al otro humano y al chimp—. Doctor M'Bzwelli y chimp Frederick. Por favor acepten mis condolencias por la crueldad que se ha cernido sobre sus instalaciones y su mundo.

Los chimps le hicieron una profunda reverencia y la mujer también lo intentó sin éxito debido a su debilidad.

—Agradecemos sus sentimientos —respondió la doctora con esfuerzo—. Nosotros, como terrestres, saldremos adelante, estoy segura de ello. Pero tengo que admitir que estoy un poco sorprendida de ver aparecer a la hija del embajador *tymbrimi* como caída del cielo.

*Apuesto a que sí*, pensó Athaclena en inglés, disfrutando por una vez del sabor del sarcasmo al estilo humano. *Mi presencia aquí es casi un desastre tan grande para sus planes como los gubru con su gas.*

—Tengo un amigo que está herido —dijo Athaclena con voz segura—. Hace un rato que tres de sus neochimpancés fueron a buscarlo. ¿No han sabido nada de ellos?

—Sí, sí —asintió la mujer—. Nos han mandado una modulación por impulsos hace unos instantes. Robert Oneagle está consciente y en estado estacionario. Hemos mandado a otro grupo en búsqueda de un astronauta caído. Se reunirá con ellos de inmediato y van dotados de un completo equipo médico.

—Bien. Muy bien. —Athaclena sintió que su tensa preocupación se aflojaba en el

rincón de la mente en que la había guardado—. Ahora pasaré a otros asuntos —su corona se extendió con la formación de *kuouwassooe*, el glifo de denuncia, aunque sabía que aquella gente apenas podría captar su significado, si es que llegaban a captar el glifo—.

»Primero, como miembro de una raza que ha sido aliada de la vuestra desde que los lobeznos irrumpisteis tan ruidosamente en las Cinco Galaxias, ofrezco mi ayuda durante esta emergencia. Haré todo lo que pueda como miembro de un clan tutor, pidiendo sólo a cambio que hagan todo lo posible para que pueda comunicarme con mi padre.

—De acuerdo —asintió la doctora Taka—. Y le damos las gracias.

—Segundo —Athaclena se adelantó un paso—: debo expresar mi consternación al descubrir la función de este centro. He visto que están implicados en actividades de Elevación prohibidas sobre... sobre especies en barbecho. Los cuatro directores se miraron entre sí. Athaclena había aprendido ya a leer las expresiones humanas lo bastante para advertir su triste resignación.

—Además —prosiguió—, he de resaltar que tienen ustedes el mal gusto de cometer este delito en el planeta Garth, una trágica víctima de los pasados abusos ecológicos...

—¡Un momento! —protestó el chimp Frederick—. ¿Cómo puede comparar lo que estamos haciendo con el holocausto de los *burur*...?

—¡Cállate, Fred! —intervino el otro chimp, el doctor Schultz.

Frederick parpadeó. Advirtiendo que era demasiado tarde para corregir la frase interrumpida, murmuró:

—... los únicos planetas que les han permitido colonizar a los terrestres han sido siempre lugares destrozados por los ETs...

El otro humano, el doctor M'Bzwelli, empezó a toser. Frederick se calló y miró hacia otro lado.

—Nos ha puesto entre la espada y la pared, señorita —dijo el humano masc mirando a Athaclena—. ¿Podemos rogarle que nos permita explicarnos antes de presentar sus cargos? No somos... no somos representantes de nuestro gobierno, ¿comprende? Somos... delincuentes privados.

Athaclena sintió una especie de divertido alivio. Esas aburridas y viejas películas terrestres de la época previa al Contacto, en especial las de policías y ladrones tan apreciadas por los *tymbrimi*, siempre parecían girar en torno a viejos transgresores de la ley que intentaban «silenciar al testigo». Una parte de ella se preguntó cuan atávicas eran en realidad aquellas gentes.

—Muy bien, entonces —asintió Athaclena, suspirando hondo—. Podemos dejar de lado esta cuestión durante la emergencia presente. Por favor, díganme cómo está la situación aquí. ¿Qué intenta conseguir con ese gas el enemigo?

—Debilita a todo humano que lo respira —respondió la doctora Taka—. Hace una hora hubo un comunicado. El invasor anunció que los humanos afectados deberían recibir el antídoto en el transcurso de una semana o de lo contrario morirían. Y como es natural, ofrecen el antídoto sólo en las zonas urbanas.

—Un antídoto toma-rehenes —susurró Athaclena—. Quieren a todos los humanos del planeta como garantía.

—Exacto. Debemos ponernos en sus manos o morir al cabo de seis días.

La corona de Athaclena se encendió de ira. El gas como maniobra para tomar rehenes era un arma irresponsable aunque fuera legal usarla en algunos tipos de guerra limitados.

—¿Y qué les ocurrirá a vuestros pupilos? —Los neo-chimps existían desde hacía sólo pocos siglos y no se los podía dejar sin vigilancia en las selvas.

—La mayoría de chimps no parecen afectados por el gas —respondió la doctora Taka con una mueca, mostrando evidente preocupación—. Pero tienen muy pocos jefes naturales, como Benjamín o el doctor Schultz, aquí presentes.

—No hay por qué preocuparse, Susan. —Los ojos de simio del doctor Schultz se posaron en su amiga humana—. Como tú has dicho, saldremos adelante —y dirigiéndose a Athaclena añadió—: vamos a evacuar por fases a los humanos. Esta noche empezaremos con los ancianos y los niños. Y mientras, destruiremos este recinto para que no queden señales de lo que ha estado ocurriendo aquí. Viendo que Athaclena iba a hacerle una objeción, el chimp levantó la mano y dijo:

—Sí, señorita. Pero primero le proporcionaremos una cámara y unos ayudantes para que usted pueda recoger sus pruebas. Ni siquiera se nos ha pasado por la cabeza impedir que cumpla usted su deber.

Athaclena notó la amargura del chimp genetista, pero no sentía simpatía hacia él, sobre todo si imaginaba lo que diría su padre cuando se enterase de todo esto. Uthacalthing apreciaba a los terrestres. Esta irresponsable delincuencia iba a herirlo profundamente.

—No tiene ningún sentido ofrecer a los *gubru* una justificación a su agresión —añadió la doctora Taka—. El asunto de los gorilas puede ser presentado ante el Gran Concejo *tymbrimi*, si así lo desea. Nuestros aliados decidirán qué hacer a partir de ese punto: si formular acusaciones formales o dejar que sea nuestro propio gobierno quien nos castigue.

Athaclena lo encontró lógico.

—De acuerdo, entonces. Traedme las cámaras y yo registraré este lamentable suceso.



## GALÁCTICOS

Al almirante de la flota, el Suzerano de Garra y Rayo, la discusión le parecía estúpida. Pero entre civiles las cosas eran siempre así. El clero y los burócratas siempre discutían. ¡Eran los guerreros quienes creían en la acción!

Y, sin embargo, el almirante tenía que admitir que era emocionante participar en su primer debate político auténtico como componente de la terna. Ésa era tradicionalmente la manera de alcanzar la verdad entre los *gubru*, mediante la tensión y el desacuerdo, la danza y la persuasión, hasta que por fin se lograba un nuevo consenso.

Y eventualmente...

El Suzerano de Garra y Rayo dejó de lado ese pensamiento. Era demasiado pronto para empezar a meditar en la Muda. Habría muchas más discusiones, muchos choques y maniobras para conseguir la percha más alta antes de que llegara ese día.

En cuanto al primer debate, el almirante estaba encantado de encontrarse en posición de árbitro entre sus dos pendencieros semejantes. Una buena manera de empezar.

Los terráqueos del cosmódromo habían emitido un reto formal muy bien redactado. El Suzerano de la Idoneidad insistía en que debían enviar soldados de Garra para vencer a los defensores en una lucha frente a frente. El suzerano de Costes y Prevención no estaba de acuerdo. Se pasaron algún tiempo dando vueltas uno alrededor de otro en la cubierta del buque insignia, mirándose entre sí y gritando sus argumentos.

*¡Los gastos deben mantenerse bajos!*

*Lo bastante bajos para que no necesitemos,*

*¡no necesitemos oprimir otros frentes!*

El Suzerano de Costes y Prevención insistía, pues, en que esta expedición era sólo uno de los muchos compromisos que debilitaban normalmente al clan de los *gooksyu-gubru*. De hecho, se trataba más bien de una batalla secundaria. Los asuntos en la espiral galáctica estaban muy tensos. En tales épocas, era tarea del Suzerano de Costes y Prevención proteger al clan para que no extendiera demasiado sus líneas de combate.

El Suzerano de la Idoneidad ahuecó sus plumas en señal de respuesta.

*¿Qué importancia tendrán los gastos  
en este asunto?*

*¿Qué significarán o establecerán si descendemos,  
caemos como plomos,*

*perdiendo la indulgente mirada*

*de nuestros ancestros?*

*¡Debemos hacer lo correcto! ¡Zoooon!*

Desde su percha de mando, el Suzerano de Garra y Rayo contemplaba la discusión para ver si estaban a punto de manifestarse formas de dominio. Era emocionante ver y oír las excelentes discusiones-danzas interpretadas por aquellos que habían sido elegidos para ser los compañeros del almirante. Los tres representaban el producto más refinado de la ingeniería de «huevo caliente», creada para que de ella surgiesen los mejores individuos de la raza.

Pronto se haría evidente que sus semejantes habían llegado a un punto muerto. Entonces la decisión estaría en manos del Suzerano de Garra y Rayo. Sería por supuesto, mucho más económico si la fuerza expedicionaria pudiese ignorar a los insolentes lobeznos de allí abajo hasta que el gas los obligase a entregarse como rehenes. O, con una simple orden, su reducto podría ser reducido a escoria. Pero el Suzerano de la Idoneidad se negaba a aceptar ninguna de esas opciones. Tales acciones serían catastróficas, afirmaba el sacerdote.

El burócrata estaba empeñado en que no se perdieran buenos soldados en algo que sería esencialmente un gesto. Estancados, los dos comandantes miraron al Suzerano de Garra y Rayo mientras danzaban en círculos y chillaban, ahuecando sus brillantes plumas blancas. Al final, el almirante encrespó también su plumaje y bajó a cubierta para reunirse con ellos.

*Librar un combate en tierra sería costoso,*

*significaría gastos*

*Pero sería honorable,*

*admirable.*

*Hay un tercer factor que decide, que determina el voto final.*

*Es la preparación de que están necesitados*

*los soldados de Garra,*

*para enfrentarse con las tropas lobeznas.*

*Los ejércitos de tierra los atacarán,*

*brazo contra brazo, mano contra garra.*

El asunto ya estaba decidido. Un coronel de los soldados de Garra los saludó y se marchó a toda prisa a transmitir el mensaje.

Era natural que, con aquella resolución, la posición de la percha de Idoneidad ascendiera un poco. La de Prevención descendería, pero la batalla por el poder sólo había comenzado.

Así había sucedido desde la época de sus lejanos ancestros, antes de que los *gooksyu* convirtieran a los *proto-gubru* en viajeros del espacio. De una forma sabia, sus tutores habían tomado los antiguos modelos, les habían dado forma y los habían

expandido, transformándolos en un modo lógico de gobierno para gentes sabientes.

Sin embargo, aún perduraba una parte del viejo protocolo. El Suzerano de Garra y Rayo se estremeció al tiempo que desaparecía la tensión de la disputa. Y aunque los tres eran todavía neutros, el almirante sintió una emoción que era completa y profundamente sexual.

## FIBEN Y ROBERT

Los dos equipos de rescate se reunieron a un kilómetro en el interior del alto desfiladero. Fue un encuentro lúgubre. Los tres que habían salido con Benjamín por la mañana estaban demasiado cansados para hacer algo más que asentir con la cabeza ante el deprimido grupo que regresaba del lugar de la colisión.

Pero los dos rescatados soltaron exclamaciones cuando se reconocieron.

—¡Robert! ¡Robert Oneagle! ¿Cuándo te dejaron salir de la escuela? ¿Sabe tu mamá dónde estás?

El chimp herido se apoyaba en la improvisada muleta y vestía los chamuscados restos de su traje espacial TAASF. Robert lo miró desde la camilla y le sonrió a través de las brumas de la anestesia.

—¡Fiben! ¿Eras tú eso que vi humeando en el cielo? Ya comprendo. ¿Qué has hecho? ¿Freír una patrullera que vale diez megacréditos?

—Tal vez sólo cinco. —Fiben puso los ojos en blanco—. Aunque era un tubo viejo, conmigo se portó bien.

—Yo creía que lograríamos imponernos. Robert sintió una extraña envidia.

—Hubiera sido posible. Uno contra uno nosotros luchamos muy bien. Y si hubiéramos sido muchos más, todo habría salido perfecto.

—Quieres decir que se hubiera conseguido cualquier cosa con un número ilimitado de... —Robert había comprendido a su amigo.

—¿Con un número ilimitado de monos? —le interrumpió Fiben. Su resoplido fue algo menos que una carcajada pero más que una irónica sonrisa.

Los otros chimps parpadearon consternados. Estas bromas estaban un poco por encima de su comprensión, pero lo más molesto era ver cómo ese chimp interrumpía al hijo humano de la Coordinadora Planetaria.

—Me hubiera gustado estar contigo —dijo Robert con gravedad.

—Sí, Robert, lo sé. —Fiben se encogió de hombros—. Pero todos tenemos que cumplir las órdenes.

Durante unos momentos permanecieron en silencio. Fiben conocía a Megan Oneagle bastante bien y simpatizaba con Robert.

—Bueno, supongo que ahora nos veremos reducidos a un paro forzoso en las montañas, guardando cama y aguantando a pesadas enfermeras. —Fiben suspiró mirando hacia el sur—. Si es que podemos encontrar aire puro —miró a Robert—. Estos chimps me han contado el ataque al campamento. Algo pavoroso.

—Clennie les ayudará a arreglar las cosas —apuntó Robert. Empezaba a perder el hilo de la conversación. Era obvio que le habían suministrado muchos anestésicos—.

Ella sabe mucho... mucho más de lo que cree.

—Seguro —respondió suavemente mientras los otros volvían a levantar la camilla. Fiben había oído hablar de la hija del embajador *tymbrimi*—. Una ET podrá arreglar las cosas. Es más que probable que esa chica amiga tuya meta a todo el mundo en la cárcel, haya invasión o no la haya.

Pero en aquellos momentos Robert estaba muy lejos de allí. Y Fiben tuvo una extraña y repentina impresión. Era como si el rostro del masc humano ya no fuera del todo terrestre. Su sonrisa soñolienta era distante y tenía un toque de algo no terráqueo.

## ATHACLENA

Un gran número de chimps regresaron al centro, procedentes de la jungla adonde habían sido enviados para esconderse. Frederick y Benjamín los pusieron a trabajar, desmantelando y quemando los edificios con todo su contenido. Athaclena y sus dos ayudantes se movían a toda prisa de un sitio a otro, filmándolo todo antes de que fuera incendiado.

Fue algo muy duro. Nunca en su vida, como hija de diplomático, Athaclena se había sentido tan exhausta. Y sin embargo, se proponía que no quedase sin documentar ni el más leve indicio de pruebas. Era su deber.

Una hora antes del atardecer irrumpió en el campamento una banda de gorilas. Eran mucho más grandes, oscuros, y con un aspecto más fiero que los centinelas chimps. Bajo una cuidadosa dirección se encargaron de tareas simples, ayudando a derribar el único hogar que habían conocido.

Las confundidas criaturas contemplaban cómo el centro de pruebas y entrenamiento y las dependencias de los pupilos quedaban reducidas a escombros. Unos cuantos incluso trataron de impedir el derribo, plantándose delante de los chimps, más pequeños que ellos y completamente cubiertos de hollín, mientras gesticulaban con las manos para indicarles que aquello que hacían estaba muy mal.

Athaclena sabía que, dado el alcance de sus facultades, eso no era lógico. Pero, los asuntos de los tutores a menudo parecían una estupidez.

Al final, los prepupilos se quedaron entre las estelas de humo con pequeñas pilas de objetos personales a sus pies: juguetes, recuerdos y herramientas sencillas; contemplando ofuscados las ruinas y sin saber qué hacer.

Cuando llegó el anochecer, Athaclena se sentía fatigada a causa de las emociones que fluían en el recinto. Se sentó en el tocón de un árbol, de espaldas al viento caliente que procedía de los incendios de las dependencias de los pupilos, y se puso a escuchar los gemidos graves y rudos de los grandes simios. Sus ayudantes estaban tumbados allí cerca, junto a sus cámaras y bolsas de muestras, observando la destrucción mientras las llamas se reflejaban en sus ojos.

Athaclena replegó su corona hasta que lo único que pudo captar fue el glifo de unidad, la fusión a la que contribuían todos los seres vivos del boscoso valle. Lo vio de una manera metafórica, ondeando y languideciendo como una triste bandera de muchos colores.

Ahí había honor, admitió de mala gana. Esos científicos habían violado un tratado, pero no podía acusárseles de hacer nada antinatural.

Midiéndolo todo con un baremo real, los gorilas estaban tan preparados para la

Elevación como lo habían estado los chimpancés, cien años terrestres antes del Contacto. Los humanos se habían visto obligados a aceptar compromisos cuando, con el Contacto, entraron en el dominio de la sociedad galáctica. Oficialmente, el tratado de arriendo que autorizaba sus derechos sobre su propio mundo natural pretendía que las especies en barbecho de la Tierra se mantuvieran estables, para que la cantidad de Potencial que poseían no se utilizase de una forma demasiado precipitada.

Pero todo el mundo sabía que, a pesar de la afición legendaria del hombre primitivo por el genocidio, la Tierra era todavía un brillante ejemplo de diversidad genética, notable por su gama de tipos y formas que la civilización galáctica había dejado intactos.

Y de todos modos... cuando una raza presensitiva estaba preparada para la Elevación, lo estaba.

No, era evidente que el tratado había obligado a los humanos cuando éstos eran débiles. Se les había permitido afirmar sus derechos sobre los neodelfines y los neochimps, especies que ya estaban en el camino de la sapiencia antes del Contacto. Pero los clanes más antiguos no estaban dispuestos a que el *homo sapiens* se dedicara a elevar más pupilos que el resto de los galácticos.

¡Porque eso hubiera dado a los lobeznos el estatus de tutores del más alto rango!  
Athaclena suspiró.

En verdad no era justo. Pero no importaba. La sociedad galáctica se basaba en juramentos cumplidos. Un tratado era un voto solemne, de especie a especie. Había que informar de las violaciones.

Athaclena deseó que su padre estuviese allí. Uthacalthing sabía qué hacer con las cosas que ella había presenciado. El trabajo lleno de buenas intenciones de ese centro ilegal, y las viles, aunque tal vez legales, acciones de los *gubru*.

Pero Uthacalthing estaba muy lejos, demasiado lejos como para ponerse en contacto a través de la red de empatía. Lo único que ella sabía era que el ritmo especial de su padre aún vibraba débilmente en el nivel *nahakieri*.

Y si bien resultaba confortable cerrar los ojos y los oídos internos y captarlo suavemente, ese débil recuerdo de su padre le decía muy poco. Las esencias *nahakieri* podían permanecer mucho tiempo después de que una persona abandonaba la vida, como había ocurrido con Mathicluanna, su difunta madre. Eran esencias que flotaban como las canciones de las ballenas terráqueas, en los límites de lo que puede ser conocido por las criaturas que viven del fuego y de sus manos.

—Perdón, señora... —Una voz que a duras penas era más que un ronco gruñido interrumpió bruscamente el subglifo, dispersándolo. Athaclena sacudió la cabeza y abrió los ojos para ver a un neochimp con el pelo cubierto de hollín y los hombros inclinados hacia delante por el cansancio.

—Señora ¿se encuentra bien?

—Sí, estoy bien. ¿Qué pasa? —sentía la dureza del ánglico en su garganta, ya irritada por el humo y la fatiga.

—Los directores quieren verla, señora. Muy prodigo en palabras, el chimp. Athaclena se deslizó del tronco y sus ayudantes gruñeron, chimp-teatralmente, mientras recogían los equipos y las muestras y la seguían.

En la zona de carga había algunas máquinas elevadoras. Los chimps y los gorilas cargaban camillas en los aparatos voladores que luego despegaban con un suave zumbido de sus gravíticos, adentrándose en la recién llegada noche. Sus luces se perdían en dirección a Puerto Helenium.

—Pensaba que los ancianos y los niños habían sido ya evacuados. ¿Por qué seguís cargando humanos a toda prisa? —El mensajero se encogió de hombros.

Las tensiones de aquel día habían robado a muchos chimps buena parte de su animación natural. Athaclena estaba segura de que sólo la presencia de los gorilas, a quienes debía dárseles el ejemplo, podía evitar un ataque masivo de atavismo causado por la extenuación. Para ser una raza pupila tan joven, era sorprendente lo bien que se habían portado los chimps.

Unos enfermeros entraban y salían a toda prisa del edificio del hospital, pero rara vez prestaban atención a los dos directores humanos.

El doctor Schultz, el científico neochimp, los dirigía y parecía encargarse de todos los asuntos. A su lado, el chimp Frederick había sido relevado por Benjamín, el compañero de viaje de Athaclena.

En un estante cercano estaban apilados los documentos y cubos de información que contenían la genealogía y el informe genético de todos los gorilas que habían vivido allí.

—Oh, Athaclena, respetada *tymbrimi*. —Schultz hablaba sin que apenas se le notara el tono ronco de los chimps. Se inclinó ante ella y luego le estrechó la mano a la manera habitual entre sus congéneres: un fuerte apretón que ponía de relieve el pulgar del otro—. Disculpe nuestra pobre hospitalidad, por favor —le rogó—. Habíamos pensado servir una gran cena preparada en la cocina principal, algo así como un banquete de despedida. Pero me temo que tendremos que conformarnos con raciones enlatadas.

Una pequeña chima se aproximó llevando una bandeja sobre la que había una hilera de recipientes.

—La doctora Elayne Soo es nuestra especialista en nutrición —prosiguió el doctor Schultz—. Dice que tal vez encuentre apetitosas estas exquisiteces.

Athaclena miró las latas ¡Kuthra! ¡Allí, a quinientos parsecs de casa, se encontraba con un pastel instantáneo elaborado en su planeta natal! Incapaz de contenerse, soltó una carcajada.

—Hemos puesto una buena cantidad de ellos, junto con otros alimentos a bordo



de una nave ultraligera que ponemos a su disposición. Le recomendamos sin embargo que abandone el aparato lo antes posible después de salir de aquí. Los *gubru* no tardarán mucho tiempo en ubicar su propia red de satélites y cuando eso ocurra el tráfico aéreo resultará impracticable.

—Volar hacia Puerto Helenia no será peligroso —apuntó Athaclena—. Los *gubru* esperan sin duda una gran afluencia de gente en los próximos días, que acudan allí para recibir tratamiento con el antídoto. —Señaló hacia la frenética actividad—. ¿Por qué, pues, ese casi-miedo que siento a mi alrededor? ¿Por qué evacuan a los humanos tan deprisa? ¿Quién...?

Aunque el temor a interrumpirla se reflejaba en su cara, Schultz se aclaró, no obstante, la garganta y sacudió la cabeza de un modo muy significativo. Benjamín la miraba con aire suplicante.

—Por favor, ser —imploró Schultz en voz baja—, no hable tan alto. La mayoría de nuestros chimps en realidad no han adivinado que... —dejó la frase colgada.

Athaclena sintió un frío estremecimiento en su corona. Por primera vez miró de cerca a los dos directores humanos, Taka y M'Bzwelli. Habían permanecido todo el tiempo callados, asintiendo con la cabeza como si comprendiesen y aprobasen todo cuanto se decía.

La mujer negra, la doctora Taka, le sonrió sin parpadear. La corona de Athaclena se desplegó para encogerse conmovida al instante.

—¡La estáis matando! —dijo volviéndose a Schultz.

—Por favor, ser, no grite —dijo Schultz con aire infeliz—. Tiene razón, he drogado a mis queridos amigos para que puedan disimular la verdad hasta que mis pocos y buenos administradores chimps terminen su tarea y puedan sacar a la gente sin pánico. Fueron ellos mismos los que insistieron. La doctora Taka y el doctor M'Bzwelli sienten que la vida se les está escapando muy deprisa por causa del gas. —Añadió con tristeza e impotencia.

—¡No tenías que haberles obedecido! ¡Esto es un asesinato!

—No fue fácil —reconoció Schultz. Benjamín parecía afligido—. El chimp Frederick no fue capaz de soportar más la vergüenza y se ha procurado su propia paz. Yo también me quitaré la vida pronto si es que mi muerte no es tan inevitable como la de mis colegas humanos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que los *gubru*, al parecer, no son muy buenos químicos. —El neochimp más viejo rió con amargura para terminar tosiendo—. El gas está matando a algunos humanos. Actúa más deprisa de lo que ellos dijeron que lo haría. Y también parece estar afectando a unos cuantos de nuestros chimps.

—Comprendo —dijo Athaclena conteniendo el aliento. Le hubiera gustado no haberlo comprendido.

—Hay otra cuestión sobre la que creemos que debe ser informada —dijo Schultz—. Se trata de un comunicado de noticias emitido por los invasores. Por desgracia estaba en galáctico-Tres. Los *gubru* desprecian el inglés y nuestro programa de traducción es muy rudimentario. Pero sabemos que hacía referencia al padre de usted.

Athaclena se sintió transportada, como si flotase por encima de todo. En ese estado, sus entumecidos sentidos se concentraban en detalles casuales. Podía captar el sencillo ecosistema del bosque: pequeños animales nativos que se movían furtivamente en el valle, arrugando la nariz ante el cáustico olor y evitando las proximidades del centro debido a los fuegos que allí seguían ardiendo.

—Sí —asintió con la cabeza, un gesto prestado que de repente volvió a parecerle alienígena—. Cuéntame.

—Bueno —dijo Schultz después de aclararse la garganta—, parece que el crucero estelar de su padre fue divisado al salir el planeta. Fue perseguido por naves de caza. Los *gubru* dicen que no ha llegado al Punto de Transferencia. Pero desde luego no se puede creer en lo que dicen...

Las caderas de Athaclena se desplazaron ligeramente fuera de su articulación cuando empezó a balancearse de un lado a otro. Una pena incipiente, como el temblor de labios de una muchacha humana cuando empieza a sentirse desolada.

*No. Ahora no quiero pensar en esto. Más tarde decidiré qué debo sentir.*

—Por supuesto recibirá usted toda la ayuda que podamos brindarle —prosiguió el chimp Schultz en voz baja—. El ultraligero está equipado con armas y también lleva comida. Si lo desea, puede volar al lugar donde ha sido trasladado su amigo Robert Oneagle. Esperamos, sin embargo, que decida quedarse con los evacuados por un tiempo, al menos hasta que los gorilas estén a salvo escondidos en las montañas y bajo el cuidado de humanos cualificados que hayan podido escapar.

Schultz la miró intensamente, con sus profundos ojos castaños atormentados por la tristeza.

—Sé que es mucho pedir, respetada *tymbrimi* Athaclena, pero ¿querría usted cuidar a nuestros niños mientras son llevados al exilio del bosque?

## EXILIO

La nave gravítica de suave zumbido estaba suspendida sobre una cordillera oscura, cubierta de piedras-aguijón. Las cortas sombras del mediodía habían empezado a crecer de nuevo a medida que Gimelhai sobrepasaba su cénit y la nave llegaba a la zona oscurecida entre las piedras-aguijón. Sus motores zumbaban, rodeados de silencio.

Un mensajero esperaba a los pasajeros en el punto de cita acordado.

Cuando Athaclena salió del aparato, un chimp le entregó una nota, mientras Benjamín se apresuraba a rociar la pequeña nave con un pringoso camuflaje contra el radar.

En la carta, Juan Mendoza, el dueño de un feudo situado encima del paso Lome, informaba de la llegada sin problemas de Robert Oneagle y la pequeña Abril Wu. Robert se recuperaba bien, decía el mensaje. En una semana podría estar completamente restablecido. Athaclena se sintió aliviada. Tenía muchas ganas de ver a Robert... y no sólo porque necesitase su consejo sobre como manejar una andrajosa banda de gorilas y neochimpancés refugiados.

Algunos de los chimps del centro Howletts, aquellos afectados por el gas de los *gubru*, habían ido a la ciudad con los humanos, esperando que les suministraran el antídoto prometido y que éste fuera eficaz. Ella se había quedado con apenas un puñado de técnicos chimps verdaderamente responsables, para ayudarla.

Tal vez aparezcan más chimps, se dijo Athaclena, y quizás incluso algunos oficiales humanos que hayan escapado a las emanaciones del gas. Esperaba que apareciese alguien con una cierta autoridad para hacerse cargo de las cosas.

Había otro mensaje procedente de la finca de los Mendoza escrito por un chimp superviviente de la batalla espacial. El militar pedía ayuda para poder ponerse en contacto con las Fuerzas de Resistencia.

Athaclena no sabía qué responder. En las últimas horas, durante la pasada noche, mientras las grandes naves descendían sobre Puerto Helenia y las ciudades del archipiélago, se habían producido frenéticas llamadas telefónicas y por radio desde y a todos los lugares del planeta.

Se hablaba de luchas en tierra, sobre el mismo cosmódromo. Algunos decían incluso que se trataba de combates cuerpo a cuerpo. Luego se produjo el silencio y la armada *gubru* se consolidó sin incidentes ulteriores.

Parecía que, en cuestión de medio día, la resistencia planeada con tanto cuidado por el Concejo Planetario había fracasado. Toda posible cadena de mando se había roto ya que nadie había previsto la utilización del gas toma-rehenes. ¿Cómo iba a

hacerse algo en un planeta donde casi todos los humanos habían sido puestos fuera de juego de un modo tan sencillo?

Un grupo de chimps intentaba organizarse aquí y allá, principalmente por teléfono. Pero ninguno había pensado nada a excepción de algún plan confuso.

Athaclena guardó los papeles y dio las gracias al mensajero. A medida que pasaban las horas desde la evacuación, había empezado a sentir un cambio en su interior. Lo que ayer había sido dolor y confusión, se había convertido en un obstinado sentido de determinación.

*Perseveraré. Eso es lo que Uthacalthing quiere de mí y no voy a decepcionarlo.*

*Me encuentre donde me encuentre, el enemigo no vencerá donde yo esté.*

Y, por supuesto, conservaría todas las pruebas que había reunido. Algún día tendría la ocasión de presentarlas ante las autoridades *tymbrimi*. Podía ser una buena oportunidad para los suyos de dar una buena lección a los humanos acerca de cómo debe comportarse una raza galáctica tutora, antes de que fuera demasiado tarde. Si es que no era ya demasiado tarde.

Benjamín se reunió con ella junto a la inclinada vertiente de la cima del monte.

—¡Allí! —señaló el valle a sus pies—. ¡Allí están! Han llegado justo a tiempo.

Athaclena se protegió los ojos de la luz. Su corona se movió hacia adelante y tocó la red de fluidos que la rodeaban. *Sí, y ahora yo también los veo.*

Una larga hilera de figuras avanzaba por el bosque; unas más pequeñas, de color marrón claro, escoltaban a otras más grandes y oscuras. Las criaturas grandes llevaban unas voluminosas mochilas. Los bebés gorilas corrían en medio de los adultos moviendo los brazos para no perder el equilibrio.

Los chimps de la escolta mantenían una estrecha vigilancia empuñando rifles de rayos. Pero no dirigían su atención a la hilera de gorilas ni tampoco al bosque: vigilaban el cielo.

Los materiales pesados habían sido trasladados por caminos indirectos hasta cuevas de piedra caliza en las montañas. Pero el éxodo no llegaría a su fin hasta que todos los refugiados estuvieran allí, en aquellos reductos subterráneos.

Athaclena se preguntaba qué estaría sucediendo en Puerto Helenia o en las islas colonizadas por los terrestres. Los invasores mencionaron dos veces más el intento de huida de la nave correo *tymbrimi* y luego no volvieron a hablar de ella.

Al menos tenía que enterarse si su padre estaba aún en Garth y si seguía con vida.

Toco el cofrecillo que colgaba de la cadena de su cuello, la diminuta caja que contenía el legado de su madre, una sola hebra de la corona de Mathicluanna. Era un consuelo muy pequeño, pero de Uthacalthing ni siquiera tenía eso.

*Oh, padre, ¿cómo has podido dejarme sin tener ni una sola hebra tuya para que me sirva de guía?*

La hilera de sombras oscuras se aproximaba muy deprisa. Una especie de música

sorda y ronca surgía del valle a medida que lo atravesaban, algo que ella nunca había oído. Esas criaturas siempre habían poseído fuerza y la Elevación les había quitado a su vez algo de su bien conocida fragilidad. Sin embargo su destino era incierto aunque fuesen, en verdad, entes muy poderosos.

Athaclena no tenía intenciones de permanecer inactiva ni de ser simplemente la niñera de un tropel de pupilos peludos y seres presensitivos. Otra cosa que los *tymbrimi* compartían con los humanos era la comprensión de la necesidad de actuar cuando las cosas no se hacían de un modo correcto. La carta del chimp herido le había paralizado el pensamiento.

—No soy ni mucho menos una experta en los lenguajes de la Tierra —dijo volviéndose hacia su ayudante—. Benjamín, necesito una palabra. Una que describa una fuerza militar poco corriente. Me refiero a cualquier ejército que se mueva durante la noche, aprovechando la oscuridad. Un ejército que golpee con rapidez y en silencio, que utilice la sorpresa para compensar lo reducido de su número y la insignificancia de sus armas. Recuerdo haber leído que tales fuerzas eran muy frecuentes en la Tierra en las épocas previas al Contacto. Cuando les convenía, usaban las reglas de las llamadas legiones civilizadas y cuando querían, las cambiaban. Sería un *k'chu-non Fran*, un ejército de lobeznos diferente de todos los que ahora se conocen. ¿Sabes de qué hablo, Benjamín? ¿Hay alguna palabra que defina eso que tengo en mente?

—¿Quiere decir...? —Benjamín miró la hilera de simios a medio elevar, que caminaban torpemente por el bosque, haciendo retumbar su grave y extraña canción de marcha.

Sacudió la cabeza. Era obvio que intentaba contenerse, pero finalmente su rostro enrojció y estalló en incontenibles risotadas. Benjamín cayó ululando contra una piedra-aguijón y luego de espaldas contra el suelo. Se revolcó en el polvo de Garth, agitando sus pies hacia el cielo sin dejar de reír.

Athaclena suspiró. Primero en Tymbrimi, luego con los humanos, y ahora allí, con los pupilos más nuevos y primitivos... en todas partes tenía que encontrar *bromistas*.

Observó al chimpancé con paciencia, esperando que esa cosa estúpida recobrase el aliento y le contase qué era lo que le parecía tan divertido.

# **SEGUNDA PARTE**

## **PATRIOTAS**

Evelyn, una perra modificada  
dislumbró los temblorosos flecos  
de un extraño tapete  
extendido sobre el piano, con cierta sorpresa...

En la oscura habitación  
donde las sillas amedrentaban  
y las horribles cortinas  
ocultaban la lluvia  
ella apenas daba crédito a sus ojos...

Una brisa extraña, un aliento de ajo  
que sonaba como un ronquido,  
en algún lugar cercano al Steinway  
(o incluso desde dentro)  
hacía que los flecos del tapete se mecieran  
y temblaran en la penumbra.

Evelyn, una perra, habiéndose sometido  
a ulteriores modificaciones  
reflexionó sobre el significado del  
comportamiento de las Personas Pequeñas  
en resonancias pancromáticas accionadas a pedales  
y en otros ambientes altamente dominantes...

¡Arf! dijo.

*Frank Zappa*

## FIBEN

Unas figuras altas, desgarbadas, con aspecto de cigüeña, vigilaban la carretera desde lo más alto del tejado de un oscuro bunker. Sus siluetas, recortadas contra el sol de media tarde, estaban en continuo movimiento, apoyándose alternativamente con nerviosismo en una u otra de sus delgadas patas, como si el más mínimo sonido fuera suficiente para que levantasen el vuelo.

Unas criaturas muy serias, esos pájaros. Y peligrosas como el demonio.

*No son pájaros*, recordó Fiben mientras se aproximaba al puesto de control. Al menos, no en el sentido terrestre.

Pero la analogía era correcta. Sus cuerpos estaban cubiertos de una fina pelusa. De sus bruñidos y extraños rostros sobresalían unos brillantes y afilados picos amarillos.

Y aunque sus antiguas alas ya no eran más que delgados brazos cubiertos de plumas, podían volar. Unas mochilas gravíticas, negras y relucientes, compensaban con creces lo que sus ancestros pajariles habían perdido mucho tiempo atrás.

*Soldados de Garra*. Fiben se secó las manos en el pantalón pero sus palmas seguían estando húmedas. Dio una patada a una piedra con su pie descalzo y una palmada en el costado a su caballo de tiro. El apacible animal había empezado a pacer sobre una superficie de nativa hierba azul al lado de la carretera.

—Vamos, Tyco —dijo Fiben tomando las riendas—, no podemos detenernos o desconfiarán. Y además, ya sabes que esa hierba te produce gases.

Tyco meneó su gran cabeza gris y se tiró un ruidoso pedo.

—Te lo dije. —Fiben miró hacia el cielo.

Justo detrás del caballo flotaba un vehículo de carga. El viejo y medio oxidado contenedor del vehículo de la granja estaba lleno de toscos sacos de grano. Era obvio que el estator de antigraavedad aún funcionaba, pero el motor de propulsión estaba averiado.

—Venga, más deprisa. —Fiben volvió a tirar de las riendas.

Tyco asintió con decisión, como si lo comprendiera. Los arreos se tensaron y el camión flotador dio unas ligeras sacudidas al adelantarlos cuando se aproximaban al puesto de control.

Pero, de repente, un agudo sonido en la carretera, delante de ellos, le advirtió que se acercaba algún vehículo. A toda prisa, Fiben llevó el caballo y el carro hacia un lado. Un aerodeslizador armado pasó en vuelo rasante con un chirrido. Vehículos como aquél habían pasado durante todo el día, de modo intermitente, de uno en uno o de dos en dos, en dirección este.



Miró con atención para asegurarse de que no venía nada más antes de volver con Tyco a la carretera. Fiben hundió nerviosamente los hombros mientras Tyco husmeaba el olor extraño de los invasores que se intensificaba por momentos.

—¡Alto!

Fiben saltó involuntariamente. La voz amplificada era mecánica, átona y perentoria.

—¡Muévase hacia este lado... hacia este lado para la inspección!

El corazón de Fiben latía con fuerza. Estaba contento de que su papel le obligase a aparentar miedo. No iba a ser difícil.

—¡Deprisa, preséntese!

Fiben llevó a Tyco hacia el mostrador de inspección, unos diez metros a la derecha de la carretera. Ató la correa del caballo en el poste de una valla y se dirigió a toda prisa hacia dos soldados de Garra que lo estaban esperando.

Las fosas nasales de Fiben se abrieron debido al pesado olor a lavanda de los alienígenas. *Me pregunto a qué sabrán*, pensó un tanto cruelmente. Para su requetatarabuelo no hubiese significado nada el hecho de que aquellos seres fueran sensitivos; para sus ancestros un pájaro era y sería siempre un pájaro.

Se inclinó ante ellos, con las manos cruzadas sobre el pecho, y contempló por primera vez de cerca a los invasores.

Vistos así no parecían tan impresionantes. Era cierto que los brillantes y afilados picos amarillos y las garras cortantes como cuchillas eran formidables. Pero aquellas criaturas de piernas delgadas como palos apenas eran más altas que Fiben y sus huesos parecían huecos y estrechos.

No importaba. Eran viajeros del espacio, seres de raza tutora del más alto rango, cuya cultura y tecnología basadas en la Biblioteca eran casi omnipotentes mucho, mucho antes de que los humanos surgieran de la sabana de África, parpadeando con temerosa curiosidad ante la luz del amanecer.

Cuando las lentas y pesadas naves de los humanos hicieron su irrupción fortuita en la civilización galáctica, los *gubru* y sus pupilos habían alcanzado ya una posición de cierta importancia entre los poderosos clanes interestelares. Desde que sus tutores los habían encontrado en Gubru, su planeta natal, y les habían otorgado el don de la sapiencia, habían llegado muy lejos gracias a su fiero conservadurismo y su utilización de la Gran Biblioteca.

Fiben recordaba los inmensos y potentes cruceros de guerra, oscuros e invencibles bajo sus relucientes pantallas protectoras, con el suave borde de la galaxia brillando a sus espaldas.

Tyco relinchó y se hizo a un lado cuando uno de los soldados de Garra pasó junto a él para ir a inspeccionar la aerogranja averiada. El otro guarda gorjeaba ante un micrófono. Medio escondido en la suave pelusa del estrecho y puntiagudo esternón,

la criatura llevaba un medallón plateado que emitía palabras en inglés.

—Declare... declare identidad... identidad y objeto de la visita.

Fiben se encogió y empezó a temblar, fingiendo miedo. Estaba seguro de que muy pocos *gubru* conocían bien a los neochimps. En los escasos siglos transcurridos desde el Contacto, muy poca información nueva debía de haber circulado a través de la impresionante burocracia del Instituto de la Biblioteca, y mucho menos habría llegado a las secciones locales. Y como era natural, los galácticos confiaban en la Biblioteca para casi todo.

Y sin embargo, la verosimilitud era muy importante. Los ancestros de Fiben habían aprendido una respuesta a la amenaza cuando no era posible afrontarla: la sumisión. Fiben sabía cómo fingirla. Se encogió todavía más y gimoteó.

El *gubru* silbó, aparentemente frustrado. Con seguridad, no era la primera vez que tenía que pasar por aquello. Gorjeó de nuevo, esta vez más bajo.

—No te alarmes, estás a salvo —traducía el medallón electrónico, ahora a más bajo volumen—. Estás a salvo... Somos *gubru*... Tutores galácticos de alta cuna y familia... Estás a salvo... Los jóvenes a medio camino de la sensibilidad están a salvo siempre que cooperen con nosotros... Estás a salvo...

*A medio camino de la sensibilidad...* Fiben se frotó la nariz para ocultar un resoplido de indignación. Eso era en realidad lo que los *gubru* se limitaban a pensar. Y era cierto que muy pocas razas de pupilos con cuatrocientos años de historia podían considerarse totalmente elevadas.

Pero Fiben ya tenía otro motivo de resentimiento.

Podía comprender un poco los gorjeos del invasor antes de que el vodor electrónico los tradujera. Pero el corto curso de galáctico-Tres en la escuela no era mucho, y los *gubru* tenían su propio acento y dialecto.

—... Estás a salvo —proseguía el vodor con voz amable—. Los humanos no se merecen pupilos tan buenos... Estás a salvo...

Poco a poco Fiben retrocedió y alzó la mirada, sin dejar de temblar. *No exageres*, se dijo. Ofreció a la flacucha criatura pajaril una aproximación bastante correcta de la reverencia de respeto de un bípedo y joven pupilo a un tutor más antiguo. El alienígena no vería seguramente la ligera extensión de los dedos medios con la que embelleció el gesto.

—Ahora —gritó el aparato de traducción, tal vez con un poco de alivio—. Declare su nombre y objeto de la visita.

—Uf, me llamo F... Fiben... uf, s... s... ser —gesticulaba con las manos. Era un poco exagerado pero tal vez los *gubru* sabían que los neochimpancés sometidos a una fuerte tensión hablaban utilizando partes de su cerebro que originariamente estaban dedicadas al control de las manos.

El soldado de Garra parecía en verdad frustrado. Sus plumas se encrespaban y dio

unos saltos como de danza.

—... objeto, declare el objeto de su visita a la zona urbana.

Fiben le hizo otra rápida reverencia.

—Uf... el aerodeslizador no funciona. Lo' humano' se han ido todos, nadie nos dice qué debemos hacer en la granja... He pensado, bueno, que tal vez en la ciudad... necesiten alimentos... —Se rascó la cabeza—. Y que alguien podría arreglar el aparato a cambio de grano. —Alzó la voz esperanzado.

El segundo *gubru* regresó y le gorjeó algo a su compañero. Fiben pudo seguir lo suficiente su galTres como para entender el *quid* de la cuestión.

El aerodeslizador era una verdadera herramienta de granja. No era necesario ningún genio para saber que los rotores tenían que ser desbloqueados para que volvieran a funcionar, cínicamente un incompetente asalariado remolcaría hasta la ciudad un camión antigraavedad, con su bestia de carga, incapaz de hacer por sí solo una reparación tan simple.

El primer guarda colocó su garra con los dedos extendidos sobre el vodor, pero Fiben comprendió que su opinión de los chimps, muy baja desde el principio, había caído aún mucho más. Los invasores no se habían preocupado siquiera en expedir carnets de identidad a la población neochimpancé. Durante muchos siglos, los terrestres —humanos, delfines y chimps— habían sabido que las galaxias eran un sitio peligroso donde a menudo convenía tener más inteligencia de la que se les suponía.

Incluso antes de la invasión, entre la colonia chimp de Garth había corrido el rumor de que tal vez sería necesario volver a poner en marcha la vieja costumbre «¡Sí, *massa!*».

Sí, pensó Fiben. *Pero a nadie se le ocurrió que se llevarían como rehenes a todos los humanos.* Se le hizo un nudo en la garganta al imaginar a los humanos, mascos, fems y niños, apiñados detrás de alambradas de espinos en abarrotados campamentos.

Oh sí, los invasores las iban a pagar todas juntas.

Los soldados de Garra consultaban un mapa. El primer *gubru* quitó la mano de encima del vodor y gorjeó de nuevo a Fiben.

—Puedes marcharte —gritó el vodor—. Dirígete al complejo de garajes del lado este. ¿Conoces el garaje del lado este?

—Sí... señor —asintió Fiben a toda prisa.

—Buena... buena criatura... lleva el grano a la zona de almacenamiento de la ciudad y luego dirígete al garaje... al garaje... buena criatura. ¿Has comprendido?

—S... sí.

Antes de marcharse, Fiben hizo una nueva reverencia y se escabulló a toda prisa, exageradamente encogido, hacia el poste donde estaban atadas las riendas de Tyco. Desvió la mirada mientras llevaba de nuevo el animal al sucio terraplén contiguo a la

carretera. Los soldados lo miraron pasar, gorjeando despectivos comentarios, seguros de que él no los entendía.

*Estúpidos y malditos pájaros*, pensó Fiben mientras su camuflada cámara de cinturón tomaba panorámicas de la fortificación, de los soldados y de un tanque aéreo que rechinó unos minutos más tarde, con su tripulación repantigada en su aplanada cubierta superior, bajo el sol de media tarde.

Fiben los saludó con la mano cuando pasaron a su lado y ellos lo miraron.

*Apuesto a que sabríais bien guisadas con naranja*, pensó de las criaturas pajariles.

—Vamos, Tyco —lo instó, tirando de las riendas—. Tenemos que llegar a Puerto Helenia al anochecer.

En el Valle del Sind las granjas seguían funcionando.

Cada vez que a una raza de viajeros estelares se le concedía la licencia para colonizar un nuevo mundo, era tradición que se respetase al máximo posible el estado natural de los continentes. Así, pues, también en Garth los humanos se habían instalado principalmente en el archipiélago de los bajíos del Mar Occidental. Sólo esas islas habían sido modificadas para que en ellas pudieran adaptarse animales y vegetales de procedencia terrestre.

Pero Garth era un caso especial. Los *bururalli* habían dejado un verdadero caos y tenía que hacerse algo muy rápidamente para ayudar a estabilizar el precario ecosistema del planeta. Había que introducir nuevas formas procedentes del exterior para evitar un completo colapso de la biosfera. Y eso implicaba alterar los continentes.

Una estrecha vertiente fue modificada en las Montañas de Mulun. A las plantas y animales terrícolas que medraban allí se les permitía, bajo una atenta vigilancia, propagarse por las estribaciones de las montañas, para que llenasen poco a poco los huecos dejados por el holocausto bururalli. Era un delicado experimento de ecología práctica planetaria, pero merecía la pena. En Garth y en otros tres mundos que habían sufrido catástrofes, los humanos se estaban creando la reputación de magos de la biosfera. Hasta los críticos más duros aprobaban una labor como aquélla.

Y sin embargo, allí algo estaba yendo verdaderamente mal. En su camino, Fiben había encontrado tres estaciones de control ecológico abandonadas, con sus extractores de muestras y los robots de seguimiento en desorden.

Todo esto eran señales de lo dura que debía de ser la crisis. Mantener a los humanos como rehenes era una cosa, una táctica marginalmente aceptable según las normas de guerra modernas. Pero para que los *gubru* quisieran poner trabas a la resurrección de Garth, la conmoción en la galaxia debía de ser muy profunda.

No era un buen augurio para la rebelión ¿Y si los Códigos de Guerra habían sido

violados? ¿Estarían los *gubru* dispuestos a utilizar máquinas destructoras en el Planeta?

*Eso es problema de la general, decidió Fiben. Yo no soy más que un espía. La experta en ETs es ella.*

Al menos, en cierto modo, las granjas aún funcionaban. Fiben pasó junto a un campo sembrado de seudotrigo y otro de zanahorias. Las cultivadoras robots daban vueltas, arrancando malas hierbas y regando. Aquí y allá algunos chimps con aire desgraciado montaban en unidades de control en forma de arácnido, supervisando la maquinaria.

Algunos lo saludaban con la mano, pero la mayoría continuaban trabajando, ignorándolo.

Una vez pasó junto a dos *gubru* armados que estaban en un campo arado junto a su aerodeslizador posado sobre aquél. Al acercarse vio que estaban regañando a un chimp agricultor. Las criaturas pajariles saltaban y aleteaban al tiempo que señalaban la escasa cosecha. El capataz asentía con tristeza, secándose las palmas de las manos en su raído mono de trabajo. Cuando pasó Fiben le echó una mirada, pero los alienígenas siguieron con sus reproches sin advertir su presencia.

Al parecer los *gubru* estaban ansiosos de que las cosechas madurasen con rapidez. Fiben tenía esperanzas de que las necesitasen para alimentar a los rehenes, pero tal vez habían llegado con pocos alimentos y las querían para ellos.

Llevaba un buen ritmo de marcha y decidió sacar a Tyco de la carretera y hacerlo entrar en una pequeña arboleda de frutales que había junto a ésta. El animal descansó, paciendo en la hierba de procedencia terrestre, y Fiben caminó entre los árboles para relajarse.

Advirtió que el huerto no había sido regado ni tratado con pesticidas desde hacía algún tiempo. Un tipo de avispa sin aguijón revoloteaba sobre las naranjas, aunque la floración secundaria había terminado hacía unas semanas y ya no eran necesarias como polinizadoras.

El aire estaba lleno de un aroma de fruta casi madura. Las avispas se encaramaban sobre la corteza de las naranjas, buscando una vía de acceso a la dulzura interior.

De repente, y sin pensarlo, Fiben alargó la mano y agarró algunos insectos. Fue muy fácil. Dudó unos momentos y luego se los llevó a la boca.

Eran jugosos y crujientes, muy parecidos a las termitas.

—Sólo estoy contribuyendo a la disminución del número de parásitos —razonó, alargando sus dos manos marrones para agarrar unos cuantos más. El sabor de las crujientes avispas le recordó cuánto tiempo hacía que no comía—. Si esta noche he de hacer un buen trabajo en la ciudad, necesitareé sustento —continuó en voz alta mirando a su alrededor. El caballo pacía con toda tranquilidad y no había nadie más a

la vista.

Se quitó el cinturón de herramientas y retrocedió un paso. Entonces, cuidando su tobillo izquierdo, todavía débil, dio un salto hasta el tronco y trepó por una de las ramas cargadas de frutos. Cogió una bola rojiza, casi madura y se la comió como si fuera una manzana, con piel y todo. El sabor era agrio y áspero, muy distinto de la insípida comida estilo humano que tantos chimps afirmaban preferir en aquella época.

Cogió dos naranjas más y, para facilitar la digestión, se llevó unas cuantas hojas a la boca. Luego se apoyó en el tronco y cerró los ojos.

Allí arriba, con el zumbido de las avispas por toda compañía, Fiben podía casi creer que no tenía ninguna preocupación, ni en este mundo ni en ningún otro. Podía olvidar las guerras y los demás absurdos problemas de los seres sapientes.

Fiben hizo una mueca, con sus expresivos labios inclinados hacia abajo. Y se rascó bajo los brazos.

—Uk, uk.

Resopló y se imaginó que estaba en un África que ni siquiera sus bisabuelos habían conocido, con colinas cubiertas de vegetación nunca tocadas por sus primos de piel suave y nariz prominente.

¿Cómo hubiera sido sin hombres el universo? ¿Y sin ETs? ¿Sin nadie excepto chimps?

*Tarde o temprano hubiésemos inventado naves espaciales y el universo sería nuestro.*

Las nubes pasaban una tras otra y Fiben continuaba apoyado en el tronco, disfrutando de sus fantasías. Las avispas zumbaban indignadas por su presencia. Les perdono su insolencia y cogió unas cuantas para completar su comida, pero por más que lo intentase, no podía mantener su ilusión de soledad. Un ruido, un zumbido poderoso, surgió procedente de las alturas. Y por más que lo procuró no pudo fingir no haber oído los vehículos alienígenas que cruzaban el cielo sin haber sido invitados.

Una brillante verja de más de tres metros de alto serpenteaba sobre el sinuoso terreno que rodeaba Puerto Helenia. Era una imponente barrera, levantada a toda prisa por máquinas robots especiales inmediatamente después de la invasión. Había varias puertas por las que la población chimp de la ciudad parecía entrar y salir sin demasiados problemas o impedimentos. Pero no podían evitar sentirse intimidados por aquella repentina y nueva pared. Tal vez ése era su principal objetivo.

Fiben se preguntó cómo se las hubiesen apañado los *gubru* si la capital hubiese sido una verdadera ciudad en vez de ser un pequeño pueblo en un rústico mundo colonial.

Se preguntó también dónde tendrían encerrados a los humanos.

Ya había anochecido cuando atravesó una amplia banda de tocones de árbol que le llegaban a la altura de las rodillas, cien metros antes de la verja alienígena. Aquella zona había sido un parque, pero ahora no había más que astillas y fragmentos que cubrían el suelo hasta la torre de vigilancia.

Fiben hizo acopio de fuerzas para pasar la misma inspección minuciosa que había sufrido en el puesto de control; pero, para su sorpresa, nadie le puso ningún tipo de reparos. De un par de columnas surgía un haz de luz que iluminaba la carretera. Un poco más adelante pudo ver los oscuros y angulares edificios y las calles apenas alumbradas y aparentemente desiertas.

El silencio era fantasmal.

—Vamos, Tyco, no hagas ruido. —Fiben se inclinó hacia delante para hablarle al caballo con voz suave. Éste resopló y tiró del carro flotador hasta que pasaron la verja de acero gris.

Al pasar frente a la garita de la verja, Fiben echó una rápida mirada al interior. Dentro había dos centinelas, apoyados sobre una de sus patas delgadas como palos y con su prominente y pajaril pico escondido entre la pelusa suave bajo el brazo izquierdo. En el mostrador, ante ellos, había dos sable-fusiles junto a un montón de panfletos galácticos.

¡Los dos soldados de Garra parecían dormir profundamente!

Fiben husmeo, arrugando una vez más su chata nariz ante el olor excesivamente dulce de los alienígenas. No era la primera vez que veía signos de debilidad en las tropas de los fanáticos *gubru*, tan famosas por su supuesta imbatibilidad. Hasta ahora lo habían tenido muy fácil... demasiado fácil. Con la mayor parte de los humanos juntos y neutralizados, los invasores suponían que la única amenaza posible tenía que llegar del espacio. Sin duda, ése era el motivo de que todas las edificaciones que habían levantado mirasen hacia arriba, con muy poca previsión, o ninguna, de ser atacados por tierra.

Fiben acarició el cuchillo que llevaba enfundado en el cinturón. Sentía la tentación de meterse en el puesto de guardia, deslizarse bajo los obvios rayos de alarma y darles una lección a los *gubru* por su autocomplacencia.

Alejó el deseo sacudiendo la cabeza. *Más tarde, pensó. Cuando pueda hacerles más daño.*

Dando unas palmadas a Tyco en el cuello lo condujo a través de la zona iluminada junto a la garita y cruzaron la puerta para adentrarse en el área industrial de la ciudad. Las calles entre los almacenes y las fábricas estaban silenciosas. Sólo unos pocos chimps, que hacían recados, se movían a toda prisa entre las miradas de las ocasionales y pajariles patrullas *gubru*.

Intentando pasar inadvertido, Fiben se metió por un callejón lateral y encontró un almacén sin ventanas no lejos de la única fundición de acero de la colonia. Animado

por los susurros imperativos de Fiben, Tyco tiró del carro hasta la puerta trasera del edificio rodeado de oscuridad. Una capa de polvo mostraba que el candado no había sido tocado durante semanas. Lo examinó con atención.

—Hummm.

Sacó un trazo de su cinturón de herramientas y envolvió la armella del candado. Cogiéndolo con firmeza entre ambas manos, cerró los ojos y contó hasta tres antes de arrancarlo con violencia.

El candado era fuerte pero, como él había sospechado, la anilla que lo sujetaba a la puerta estaba oxidada.

Se rompió con un apagado ¡crack! Fiben abrió rápidamente la puerta mientras Tyco lo seguía tranquilamente, remolcando el camión hasta el lúgubre interior. Fiben miró a su alrededor para captar la ubicación de las grandes prensas y de la maquinaria metalúrgica antes de apresurarse a cerrar la puerta.

—Aquí estarás bien —dijo en voz baja, desatando al animal. Descargó del flotador un saco de avena y lo dejó abierto en el suelo. Luego llenó un recipiente con agua en un grifo cercano.

—Si puedo volveré —añadió—. Si no, límitate a disfrutar de la avena durante un par de días y luego relincha. Estoy seguro de que aparecerá alguien.

Tyco meneó la cola, levantó la vista del grano, obsequió a Fiben con una mirada maliciosa y soltó otro de sus malolientes y gaseosos comentarios.

—Uf —asintió Fiben, moviendo las manos para dispersar el olor—. Probablemente tengas razón, viejo amigo. Pero apuesto a que tus descendientes tendrán demasiadas preocupaciones si alguien les otorga alguna vez el dudoso don de eso que llaman inteligencia.

Le dio unas palmadas de despedida y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta para inspeccionar el exterior.

El camino estaba despejado, más tranquilo incluso que los bosques de Garth con su pobreza genética. El radiofaro de aterrizaje, que estaba en lo alto del edificio Terragens, aún emitía destellos, sin duda para guiar ahora las operaciones nocturnas de los invasores. Se oía un débil zumbido eléctrico en la distancia.

No estaba lejos del punto en que se suponía que debía encontrarse con su contacto. Ésa iba a ser la parte más peligrosa de su incursión en la ciudad.

En los dos días que habían transcurrido entre el ataque con gas de los *gubru* y el control por parte de éstos de todas las formas de comunicación, se habían propuesto muchas ideas descabelladas. Había habido frenéticos y apresurados mensajes por radio y llamadas telefónicas desde Puerto Helenia al archipiélago y a las regiones remotas del continente. Durante ese tiempo, la población humana había sufrido mucha confusión y lo que quedaba de las comunicaciones gubernamentales estaba en código. Así pues, fueron principalmente los chimps quienes llenaron las ondas con



aterrorizadas conjeturas y disparatadas ideas, la mayoría de ellas completamente estúpidas.

Fiben supuso que eso no estaba mal, ya que el enemigo sin duda había estado escuchando y su opinión de los neochimps se debió ver reforzada por la histeria de ellos.

Y sin embargo, aquí y allá, habían sonado algunas voces racionales.

*Un poco de trigo escondido en medio de la paja.* Antes de morir, la doctora Taka, antropóloga humana, había identificado un mensaje como procedente de una de sus primeras discípulas postdoctoradas, una tal Gaillet Jones, residente en Puerto Helenia. Era a esa chima a quien debía ver, según las órdenes de la general.

Por desgracia, todo era confuso. Sólo la doctora Taka hubiera podido describir el aspecto físico de esa tal Jones, pero cuando a alguien se le ocurrió preguntárselo, la doctora Taka ya había muerto.

La confianza de Fiben en el lugar de la cita y en la contraseña era muy débil. *Lo más seguro es que hasta nos hayamos equivocado de noche*, gruñó para sí.

Salió al exterior y cerró la puerta, volviendo a colocar la anilla oxidada para que el candado se mantuviera en su sitio. Quedaba un poco inclinada pero podía engañar a alguien que no la mirase muy de cerca.

La luna mayor saldría al cabo de una hora. Tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo a la cita.

Cerca del centro de Puerto Helenia, pero todavía en el lado «malo» de la ciudad, se detuvo en una pequeña plaza y vio una luz que salía de la estrecha ventana de un sótano. Era un bar de chimps, donde la música de percusión hacía retumbar los cristales en sus marcos de madera. Fiben pudo sentir la vibración bajo las suelas de sus zapatos, incluso desde el otro lado de la calle. Era la única señal de vida en muchas manzanas, si se prescindía de los silenciosos apartamentos iluminados con tenues luces tras las cortinas completamente corridas.

Se escondió entre las sombras cuando un chirriante robot patrulla pasó por la calle, flotando un metro por encima del suelo. Al pasar, la torreta giratoria de la máquina apuntó en su dirección. Sus sensores deberían haberlo captado: un destello infrarrojo entre las sombras de los árboles. Pero la máquina siguió adelante, probablemente porque lo había identificado como a un mero neochimpancé.

Fiben había visto otras formas peludas como él que andaban a toda prisa, con la cabeza gacha, por las calles de la ciudad. Al parecer, el toque de queda era más psicológico que eficaz. Las fuerzas de ocupación no eran muy estrictas porque no había necesidad de ello.

Muchos de los que estaban fuera de casa, se habían dirigido a sitios como aquél... «La Uva del Simio». Fiben se obligó a dejar de rascarse el persistente picor que sentía en la barbilla. Era ese tipo de establecimiento frecuentado por soldados rasos y

chimps marginales, cuyos privilegios de reproducción estaban restringidos por los Edictos de Elevación.

Las leyes requerían que hasta los humanos buscaran asesoramiento genético antes de emparejarse. Pero para sus pupilos, neodelfines y neochimpancés, las normas eran mucho más severas. En esta zona, la ley terrestre, normalmente bastante liberal, se adhería firmemente a las normas galácticas. De no ser así, los humanos hubiesen perdido para siempre a los chimps y a los fines y éstos hubieran pasado a ser pupilos de otro clan de más rango. La Tierra era demasiado débil para desafiar las tradiciones galácticas más respetadas.

Una tercera parte de la población chimp poseía carnets de reproducción verdes, que les permitían controlar su propia fertilidad. Debían sujetarse a los consejos de la Tabla de Elevación y podían ser castigados si no procedían de modo correcto. Los chimps con carnets amarillos o grises estaban más limitados. Después de integrarse en un grupo de matrimonio, podían solicitar el uso de los óvulos, o del esperma, que habían almacenado en la Tabla durante la adolescencia, antes de la acostumbrada esterilización. Si durante su vida lograban adquirir una destreza especial, se les concedía ese permiso, pero era más frecuente que a las chimas con carnet amarillo se les implantasen embriones manipulados y sometidos a mejoras por los técnicos de la Tabla.

A los que ostentaban carnet rojo ni siquiera se les permitía acercarse a los niños chimps.

Según las costumbres de la época previa al Contacto, aquel sistema podía parecer cruel, pero Fiben había vivido con él toda su vida. En la veloz trayectoria de la Elevación, los genes de las razas pupilas eran siempre manipulados. Pero al menos a los chimps, como integrantes del proceso, se les consultaba. No había muchas especies de pupilos que tuvieran esa suerte.

Sin embargo, esto tenía como resultado social la diferencia de clases entre los chimps. Y los «carnets azules» como Fiben, no eran especialmente bienvenidos en lugares como «La Uva del Simio».

Pero éste era el sitio que su contacto había elegido. No se habían recibido mensajes posteriores así que no le quedaba otro remedio que ir a ver si la cita se mantenía en pie. Con un profundo suspiro, volvió a la calle y se dirigió hacia aquella música caótica y estrepitosa.

Cuando su mano se disponía a levantar la aldaba de la puerta, una voz le susurró desde las sombras, a su izquierda:

—¿Rosa?

Al principio creyó que era su imaginación, pero las palabras volvieron a repetirse, esta vez más fuerte.

—¿Rosa? ¿Buscas una fiesta?

Fiben se quedó pasmado. La luz de la ventana del bar había disminuido su visión nocturna, pero alcanzó a vislumbrar una pequeña cara de simio de aspecto casi infantil. Cuando el chimp sonrió se produjo un blanco destellante.

—¿Una fiesta rosa?

—Perdón, ¿cómo dice? —Soltó la aldaba sin poder dar crédito a sus oídos.

En aquel momento se abrió la puerta y la calle se llenó de luz y ruido. Unas cuantas formas oscuras que gritaban y reían a carcajadas, con el tufo de la cerveza impregnado en el pelo, lo hicieron a un lado y se precipitaron hacia la calle. Cuando los juerguistas se hubieron marchado y la puerta se cerró de nuevo, el lúgubre y brumoso callejón volvió a quedar vacío. La pequeña y tenebrosa figura había desaparecido.

Fiben sintió tentaciones de seguirla, sólo para comprobar si le habían ofrecido lo que él pensaba. ¿Y por qué la proposición, después de formulada, había sido retirada de forma tan repentina?

Era obvio que en Puerto Helenia las cosas habían cambiado. Era cierto que no había estado en un lugar como «La Uva del Simio» desde sus tiempos de estudiante, pero ni siquiera en aquella parte de la ciudad era corriente encontrarse alcahuetes trabajando en oscuros callejones; quizá fuera así en la Tierra, o en viejas películas porno, pero ¿aquí en Garth?

Fiben sacudió la cabeza, perplejo, y empujó la puerta para entrar en el local.

Las fosas nasales de Fiben se ensancharon con el denso olor a cerveza y a pelo mojado. El descenso hacia el club era desconcertante debido a los destellos nítidos y repentinos producidos por una lámpara estroboscópica que iluminaba rigurosa e intermitentemente la pista de baile. Allí, unas cuantas formas oscuras hacían cabriolas y agitaban algo parecido a pequeños árboles sobre sus cabezas. Un ritmo duro y penetrante surgía de unos amplificadores situados sobre un grupo de músicos en cuclillas.

Los clientes estaban recostados sobre esterillas de cáñamo y cojines, fumando, bebiendo en botellas de papel y haciendo groseros comentarios sobre la actuación de los bailarines.

Fiben se abrió camino hacia la barra, borrosa tras una nube de humo, sorteando las pequeñas mesas de junco colocadas demasiado juntas, y al llegar al mostrador pidió una pinta de cerveza. Por fortuna, la moneda colonial parecía seguir vigente. Se apoyó en la barra y empezó una lenta observación de la clientela, deseando que el mensaje de su contacto no hubiera sido tan vago.

Buscaba a alguien vestido como un pescador, aunque esto parecía difícil en aquel local del centro de la ciudad, a considerable distancia de los muelles de la Bahía de Aspinal. Era posible que el radiooperador que había recibido el mensaje de la antigua alumna de la doctora Taka lo hubiera entendido todo mal en esa espantosa noche con

todo el centro Howletts en llamas y las ambulancias aullando sobre sus cabezas. El chimp dijo que Gaillet Jones había mencionado algo acerca de «un pescador con una cicatriz en la cara».

—Muy bien —había murmurado Fiben cuando recibió las instrucciones—. Un rollo auténtico de espías. Magnífico. —Pero en el fondo estaba convencido de que el operador lo había copiado todo al revés.

No era exactamente una manera muy afortunada de empezar una insurrección. Pero eso no era en absoluto sorprendente. A excepción de unos pocos chimps que se habían sometido al entrenamiento del servicio Terragens, para los demás los códigos secretos, disfraces y contraseñas no eran más que trucos de las viejas películas de misterio.

Y al parecer, esos oficiales de la milicia estaban todos muertos o reclusos. *Excepto yo. Y mi especialidad no era el espionaje o los subterfugios. Demonios, si apenas podía manejar la pobre y vieja TAASF Procónsul.*

La Resistencia tendría que aprender sobre la marcha, a tientas en la oscuridad.

Al menos la cerveza sabía bien, en especial después de un largo recorrido por un camino polvoriento. Fiben dio un sorbo a su botella de papel y trató de relajarse. Siguió el ritmo de la atronadora música con la cabeza y sonrió ante las payasadas de los bailarines.

Eran todos machos, por supuesto, haciendo cabriolas bajo las luces estroboscópicas. El sentimiento que producía esa danza entre los soldados rasos y los chimps marginales, era tan fuerte que podía ser llamado religioso.

Los humanos, que solían fruncir el ceño ante toda forma de discriminación sexual, en este caso no intervenían. Las razas pupilas tenían el derecho de desarrollar sus propias tradiciones, siempre que éstas no interfiriesen con sus deberes respecto al proceso de Elevación.

Y, al menos para esta generación, las chimas no tenían lugar en la danza del trueno, y así estaban las cosas.

Fiben contempló cómo un gran macho desnudo saltaba a lo alto de un montón de «rocas» tapizadas, blandiendo una varilla vibradora. El bailarín, tal vez obrero industrial o mecánico durante el día, agitaba la varilla mientras los tambores retumbaban y las lámparas estroboscópicas producían relámpagos artificiales que lo hacían aparecer por momentos mitad blanco y mitad negro.

La varilla vibraba y producía estampidos mientras él resoplaba y saltaba al ritmo de la música, aullando como si desafiara a los dioses del cielo.

Fiben se había preguntado a menudo cuánta de la popularidad de la danza del trueno procedía de los sentimientos de brontofilia innatos y hereditarios, y cuánta del hecho bien conocido de que los chimps sin modificar de las junglas terrestres habían sido observados «bailando» de un modo un tanto grosero durante las tormentas con

relámpagos. Sospechaba que una buena parte de la «tradición» neochimpancé se elaboraba a partir del divulgado comportamiento de sus primos no modificados.

Como a muchos chimps con estudios universitarios, a Fiben le gustaba pensar que él era demasiado refinado para un culto-ancestral tan antiguo. Y, por lo general, prefería a Bach o las canciones cetáceas a los truenos simulados.

Y, sin embargo, había veces en que, solo en su apartamento, sacaba del cajón una cinta interpretada por Los Fulminantes y la escuchaba con auriculares para ver cuántos truenos podía resistir su cráneo sin partirse por la mitad. Aquí, bajo la potencia de los amplificadores, no pudo evitar que un escalofrío le recorriese la columna vertebral mientras «los relámpagos» llenaban la sala y el retumbar de los tambores hacía temblar a un tiempo a pupilos, muebles y demás accesorios.

Otro bailarín desnudo se encaramó en el montón de piedras, blandiendo su propia rama y chillando en señal de desafío. Mientras subía, se apoyaba sobre un nudillo, un toque de realismo que los especialistas en ortopedia desaprobaban pero que fue recibido con vítores por la animada concurrencia. Probablemente lo pagaría con un dolor de espalda matutino, pero ¿qué era aquello comparado con la magnificencia de la danza?

El simio que estaba en lo alto aulló a su adversario. Dio un salto y un giro en el aire con un movimiento perfectamente sincronizado, agitando la vara al tiempo que otro relámpago de luz estroboscópica teñía de blanco la sala. Era una imagen salvaje y poderosa, un recordatorio de que, sólo cuatro siglos atrás, sus ancestros habían desafiado las tormentas de un modo semejante desde las colinas de la jungla, sin necesidad de que el hombre con sus tutoriales escalpelos les dijera que la furia de los cielos requería una réplica.

Los chimps de las mesas gritaron y aplaudieron cuando el rey de la colina saltó desde la cumbre, sonriendo.

Abandonó el túmulo, dándole una fuerte palmada a su contrincante al pasar junto a él.

Ésta era otra de las razones de por qué las hembras rara vez participaban en la danza del trueno. Un neochimp macho adulto tenía casi la misma fuerza que sus primos naturales de la Tierra. Las chimas que querían participar lo hacían por lo general tocando en la banda.

A Fiben siempre le había parecido curioso que entre los humanos fuera tan distinto. A los machos les interesaba más ejecutar la música y a las hembras bailarla, y no a la inversa. Pero los humanos eran extraños en muchas otras cosas, como, por ejemplo, en sus peculiares prácticas sexuales.

Echó un vistazo al público. En bares como aquél, el número de machos era siempre superior al de hembras, pero aquella noche había menos chimas que nunca. La mayoría se sentaban juntas, en grupos de amigas, con grandes machos a su

alrededor. También estaban las camareras, por supuesto, moviéndose entre las mesas y sirviendo bebidas y tabaco, vestidas con imitaciones de Piel de leopardo.

Fiben empezaba a preocuparse. ¿Cómo iba a reconocerlo su contacto en aquella ruidosa casa de locos? No veía a nadie que pareciese un pescador con una cicatriz en la cara.

Alineada con las tres paredes que miraban al escenario estaba la galería. Los clientes se inclinaban hacia delante, golpeando en la madera y animando a los bailarines. Fiben dio media vuelta y retrocedió para tener una mejor visión de esos asientos... y la sorpresa casi lo hizo tropezar con una mesa de junco.

Allí, en una zona aislada por una barrera de cuerdas y protegido por cuatro robots de batalla flotantes, estaba sentado uno de los invasores. Allí estaban su fina cobertura de plumas, su prominente esternón, su pico curvado... pero aquel *gubru* llevaba algo parecido a una gorra de lana en la cabeza, justo donde tenía su órgano auditivo en forma de peine. Ocultaba los ojos tras un par de gafas oscuras.

Fiben desvió la mirada contra su voluntad. No estaría bien mostrarse demasiado sorprendido. Al parecer, los clientes habían tenido la oportunidad de acostumbrarse a la presencia de un alienígena durante las últimas semanas. Pero Fiben notó ocasionales miradas de nerviosismo hacia el lugar acotado sobre la barra del bar. Tal vez la tensión adicional ayudaba a explicar el frenético estado de los juguistas ya que «La Uva» parecía inusualmente alborotada, incluso tratándose de un bar de chimps obreros.

Bebió otro sorbo de su botella de papel y, con indiferencia, miró de nuevo hacia arriba. El *gubru* llevaba sin duda el gorro y las gafas para protegerse de la luz y del ruido. Los guardias robots habían cercado un área cuadrada alrededor del alienígena y toda aquella zona estaba casi vacía.

*Casi.* Dentro de la zona protegida estaban sentados dos chimps junto al picudo *gubru*.

*¿Traidores?* se preguntó Fiben. *¿Es posible que ya los haya entre nosotros?*

Sacudió la cabeza perplejo. *¿Por qué estaba el gubru allí? ¿Qué atractivo podía encontrar el enemigo en aquel lugar?*

Fiben volvió a situarse junto a la barra.

*Es evidente que están interesados en los chimps y por razones no relacionadas con nuestro valor como rehenes.*

*¿Pero cuáles eran esas razones? ¿Por qué los galácticos iban a preocuparse por un montón de pupilos peludos a los que apenas se consideraban seres inteligentes?*

La danza del trueno llegó a su clímax en un repentino *crescendo* que culminó en un estallido final, con los últimos retumbos disminuyendo como si la tormenta y las nubes se fueran alejando. Los ecos tardaron unos cuantos segundos en apagarse totalmente dentro de la cabeza de Fiben.

Los bailarines regresaron saltando hacia sus mesas, sudorosos y sonrientes, cubriendo su desnudez con unas amplias túnicas. Las risas parecían espontáneas, tal vez demasiado.

Ahora que comprendía la tensión que había en el local, Fiben se preguntó por qué los chimps seguían acudiendo a él. El boicot a un establecimiento protegido por el invasor sería una forma simple y obvia de *ahisma*, de resistencia pasiva. Probablemente el chimp medio de la calle se sentía agraviado por esos enemigos de todos los terrestres.

¿Qué arrastraba a la multitud a ese local en una noche entre semana?

Fiben pidió otra cerveza para guardar las apariencias, aunque estaba deseando marcharse. El *gubru* lo ponía nervioso, y si su contacto seguía sin aparecer, sería mejor que saliese de allí y emprendiese sus propias investigaciones. Tenía que enterarse de algún modo de lo que ocurría en Puerto Helenia y descubrir una forma de ponerse en contacto con aquellos que estuviesen dispuestos a organizarse.

En el otro lado de la sala, un grupo de juerguistas que estaban tumbados sobre las esterillas empezaron a golpear el suelo y a cantar. Pronto los gritos se extendieron por toda la sala.

—¡Sylvie! ¡Sylvie!

Los músicos regresaron al escenario y el público aplaudió cuando éstos comenzaron a tocar de nuevo, esta vez con un ritmo mucho más suave. Un par de chimas tocaban el saxofón de un modo seductor al tiempo que las luces del local disminuían de intensidad.

Se encendió un foco que iluminaba el montículo de los bailarines y de una cortina de abalorios surgió una nueva figura que se paró bajo el deslumbrante haz luminoso. Fiben parpadeó sorprendido. ¿Qué hacía una chima allí arriba?

Llevaba la mitad superior de su rostro cubierta con una máscara con pico y coronada de plumas. El pecho de la fem-chimp estaba cubierto de lentejuelas brillantes que relucían bajo el foco. Su falda de tiras plateadas empezó a balancearse al lento ritmo de la música. Las pelvis de las hembras neochimpancés eran más anchas que las de sus ascendientes para poder dar a luz a criaturas con un cráneo mayor. Sin embargo, el vaivén de las caderas nunca había sido un estímulo erótico arraigado —un excitante para los machos— como ocurría entre los humanos.

No obstante, el corazón de Fiben se aceleró al contemplar los provocativos movimientos. A pesar de la máscara, la primera impresión que tuvo fue de que se trataba de una adolescente, pero en seguida se dio cuenta de que la bailarina era una hembra adulta, con tenues señales de haber amamantado. Eso la hacía parecer mucho más seductora.

Cuando se movía, las oscilantes tiras de su falda se agitaban ligeramente y Fiben vio que el tejido era plateado sólo por la parte exterior. Por la parte interior, cada tira

de tejido adquiriría gradualmente un tono rosado.

Fiben se ruborizó y miró hacia otro lado. Una cosa era aceptar la danza del trueno, en la que él mismo había participado alguna vez, y otra muy diferente aquello. Primero el pequeño alcahuete en el callejón y después...

¿Sufrían los chimps de Puerto Helenia una locura sexual?

Sintió una repentina y carnosa presión en el hombro. Al volverse vio una gran mano peluda unida al brazo de quien parecía el chimp más grande que había visto en su vida. Era casi tan alto como un hombre pequeño y evidentemente mucho más fuerte. El neochimp macho llevaba un raído mono azul de trabajo y su labio superior estaba contraído mostrando unos prominentes y casi atávicos colmillos.

—¿Qué pasa contigo, tío? ¿No te gusta Sylvie? —preguntó el gigante.

Aunque la danza apenas se había iniciado, la concurrencia, en su mayoría masculina, estaba ya chillando y animando a la intérprete. Fiben advirtió que su rostro dejaba traslucir la desaprobación que sentía, como un idiota.

Un espía auténtico hubiera fingido divertirse para no desentonar.

—Jaqueca. —Se señaló la sien derecha—. Un día duro. Creo que es mejor que me marche.

—¿Jaqueca? —El gran neochimp reía sin quitar su inmensa mano del hombro de Fiben—. ¿O es demasiado descarado para ti? A lo mejor aún eres virgen ¿no?

Con el rabillo del ojo, Fiben veía el ondulante y provocativo espectáculo, todavía prudente pero volviéndose más sensual por momentos. Pudo notar que la sala hervía de excitación sexual y trató de imaginar en qué podría acabar todo aquello. Había razones importantes para que este tipo de espectáculos estuviera prohibido... para que fuera una de las pocas actividades que los humanos no permitían a sus pupilos.

—¡Claro que he estado en sesiones de amor! —le espetó—. Pero es que así, en público, puede... puede ocasionar un tumulto.

—¿Cuándo? —El desconocido le dio una palmada amistosa.

—Perdón... ¿qué quieres decir?

—Quiero decir cuándo tuviste tu primera sesión. Por tu forma de hablar apuesto fue en una de esas fiestas de universitarios, ¿no? ¿Estoy en lo cierto, señor carnet-azul?

Fiben miró fugazmente a derecha e izquierda. A pesar de su primera impresión, ese tipo parecía más curioso y borracho que hostil. Pero a Fiben le hubiera gustado marcharse. Su tamaño era amedrentador y además podían estar llamando la atención.

—Sí —murmuró, sintiéndose incómodo por el recuerdo—. Fue una iniciación de fraternidad.

Las chimas de la universidad podían ser muy buenas amigas de los chimps, pero nunca eran invitadas a esas sesiones. Era demasiado peligroso pensar en la sexualidad de las hembras con carnet verde. Y además solían mostrarse paranoicas ante la



posibilidad de quedarse embarazadas antes del matrimonio y del asesoramiento genético. El coste era demasiado grande.

Así pues, cuando los chimps de la universidad organizaban una fiesta, solían invitar a chicas de ambientes no estudiantiles, chicas chimps con carnets amarillos y grises, cuyos inflamados estímulos eran sólo una excitante sustitución.

Resultaba erróneo juzgar ese comportamiento según los puntos de vista humanos. *Nuestros patrones de conducta son fundamentalmente distintos*, había pensado Fiben en aquellas ocasiones y muchas otras veces desde entonces. Pero nunca le habían parecido esas fiestas divertidas y gratificantes. Tal vez cuando encontrase el grupo de matrimonio adecuado.

—Claro, mi hermana iba a esas fiestas de estudiantes. Parecía divertirse. —El sobreexcitado chimp se volvió hacia el encargado del bar y golpeó la encerada superficie—. ¡Dos pintas! ¡Una pa mí y otra pa mi compinche universitario!

Fiben se sobresaltó por los gritos. Varios chimps que estaban cerca se volvieron para mirarlos.

—Cuéntame —le dijo su inoportuno conocido poniendo una botella de papel en la mano de Fiben—. ¿Tienes ya muchos críos? Tal vez algunos registrados pero que ni conoces. —Su voz no sonaba hostil, sino más bien envidiosa.

—No funciona de ese modo. —Fiben tomó un sorbo del templado y amargo brebaje y habló en voz baja—. Un carnet de procreación abierto no es lo mismo que uno blanco, de procreación ilimitada. Si los planificadores han usado mi plasma yo nunca lo sabré.

—¿Y por qué no, demonios? Quiero decir que ya es bastante malo para vosotros, azulitos, que tengáis que follar con tubos de ensayo por orden de la Tabla de Elevación, pero que incluso no sepáis si usan la porquería... Demonios, la esposa mayor de mi grupo de matrimonio tuvo un niño planificado hace un año. ¡Tal vez tú seas el padre-gene de mi hijo! —El gran chimp soltó una carcajada y le dio a Fiben unas fuertes palmadas en el hombro.

Aquello no podía continuar. Cada vez había más cabezas vueltas hacia él. Y esas conversaciones sobre carnets azules no le harían ganar amigos en un sitio como aquél. Además no quería llamar la atención, con un *gubru* sentado a menos de diez metros de distancia.

—La verdad es que debería irme —dijo, empezando a moverse hacia atrás—. Gracias por la cerveza...

Alguien le cerró el paso.

—Perdón —dijo Fiben. Se volvió y se encontró cara a cara con cuatro chimps vestidos con unos brillantes monos de cremallera que lo miraban con los brazos cruzados. Uno de ellos, un poco más alto que los demás, empujó a Fiben de nuevo hacia la barra.

—¡Es evidente que éste tiene descendientes! —gruñó el recién llegado. Llevaba afeitado el pelo de la cara dejándose un bigote engominado y puntiagudo.

—Mira qué manos tiene. Apuesto a que no ha trabajado ni un solo día de su vida como un honrado chimp. Debe de ser un técnico o un científico. Lo dijo de tal forma que parecía como si un neochimp con ese título fuera una especie de niño privilegiado al que se le permite entretenerse con complicados juegos sin objeto.

La ironía de todo ello era que si bien las manos de Fiben no tenían tantos callos como las de los demás, llevaba bajo la camisa las marcas de las quemaduras sufridas cuando se estrelló en una colina de Mach Cinco. Pero hablar allí de eso no serviría de nada.

—Mirad, tíos, os voy a pagar una ronda...

El más alto de los chimps le dio un manotazo y el dinero salió despedido por encima de la barra.

—Eso es una porquería sin valor. Pronto empezarán a recogerlo, lo mismo que os cogerán a vosotros, simios aristócratas.

—¡Silencio! —gritó alguien entre la multitud, un bulto marrón de hombros encogidos. Fiben vio a Sylvie, estremeciéndose en lo alto de la simulada montaña. Los flecos de la falda se agitaban y Fiben vislumbró algo que lo dejó pasmado por completo. Ella era realmente rosa...

El del traje con cremallera provocó a Fiben de nuevo.

—Y bien, señor universitario. ¿De qué te va a servir el carnet azul cuando los *gubru* empiecen a capturar y a esterilizar a todos los que tenéis libertad de procreación? ¿Eh?

Fiben acababa de darse cuenta de que aquellos tipos no tenían nada que ver con el chimp grande del mono.

De hecho, aquel tipo se había esfumado entre las sombras.

—No sé de qué estáis hablando.

—¿Ah, no? Han estado investigando en los archivos coloniales y han arrestado a muchos chimps universitarios como tú para interrogarlos. De momento, sólo están tomando muestras, pero tengo amigos que aseguran que están planeando una purga total. Y ahora, ¿qué dices a eso?

—¡Que se callen esos mamones! —gritó alguien. Esta vez se giraron muchas cabezas. Fiben vio ojos vidriosos, salpicaduras de saliva y colmillos prominentes.

Se sentía destrozado. Deseaba con todas sus fuerzas salir de allí, pero ¿y si había algo de verdad en lo que decían aquellos tipos? En ese caso, merecía la pena informarse.

—Eso es un poco sorprendente —dijo Fiben cuando decidió quedarse un rato más a escuchar y apoyó un codo en la barra—. Los *gubru* son conservadores fanáticos. Cualquier cosa que hagan a otras razas tutoras nunca interferirá en el proceso de

Elevación. Va en contra de sus propias creencias.

—¿Es eso lo que te han enseñado en la universidad, azulito? —Bigotes se limitó a sonreír—. Bueno, los galácticos dicen que eso es lo que ahora importa.

Estrechaban el círculo alrededor de Fiben, y parecían más interesados en él que en los contoneos de Sylvie.

Los espectadores aullaban con más fuerza, el ritmo era más frenético, y Fiben sintió que la cabeza iba a estallarle a causa del ruido.

—... demasiado superior para disfrutar con un espectáculo para la clase obrera. Nunca ha trabajado de verdad. Pero si chasquea los dedos todas nuestras chimas van corriendo hacia él.

Fiben notó que allí había algo engañoso. El del bigote estaba excesivamente tranquilo y los comentarios que hacía para irritarlo resultaban demasiado premeditados. En un ambiente como aquél, con tanto ruido y tensión sexual, un obrero auténtico no sería capaz de tanta sutileza.

*¡Marginales!*, advirtió de pronto. Ahora veía las señales. Dos de los chimps mostraban en el rostro los estigmas de una fracasada manipulación genética, rasgos de cacofrenia, manchas en la piel y la parpadeante y eterna mirada de asombro de un cerebro con los cables cruzados; recordatorios vergonzosos de que la Elevación era un proceso difícil y requería un precio.

Poco antes de la invasión, leyó en una revista local que los «margis» de la comunidad habían adoptado la moda de vestirse con chillones trajes de cremallera. Fiben supo de repente que estaba atrayendo la atención de los peores elementos. Sin ningún humano a su alrededor o algún signo de autoridad civil, era evidente lo que aquellos carnets rojos querían hacerle.

Estaba claro que tenía que salir de allí. Pero ¿cómo?

Los chimps lo rodeaban cada vez más estrechamente.

—Mirad, tíos. Sólo he venido a ver qué pasaba. Gracias por vuestra charla, pero ahora tengo que largarme.

—Se me ocurre una idea mejor —se burló el jefe—. ¿Qué tal si te presentamos a un *gubru* para que él mismo te explique lo que pasa y lo que piensan hacer con los chimps universitarios? ¿Eh?

Fiben parpadeó. ¿Podía ser que aquellos chimps estuvieran cooperando con el enemigo?

Había estudiado Historia Antigua de la Tierra, esos largos y oscuros siglos previos al Contacto, cuando la solitaria e ignorante Humanidad enfrentó con horror toda clase de experiencias, desde el misticismo a la guerra pasando por la tiranía. Había visto y leído innumerables relatos de esos tiempos antiguos, en especial historias de hombres y mujeres solitarios que resistieron con valentía y a menudo impotencia frente al mal. Fiben se había alistado en la milicia colonial porque, en

parte, quería emular a los valerosos guerreros maquis, palmach o de la Liga del Poder Satélite.

Pero la historia también hablaba de traidores: los que buscaban beneficios en donde los hubiera, aunque fuera a expensas de sus camaradas.

—Vamos, amigo estudiante. Hay un pájaro al que me gustaría que conocieras. — La presión en su brazo era como el de una prensa. El gesto de sorpresa y dolor que apareció en el rostro de Fiben provocó la risa del chimp bigotudo—. Añadieron unos cuantos genes extras de fuerza en mi mezcla —se burló—. Esa parte de la manipulación sí funcionó, pero no algunas de las otras. Me llaman Puño de Hierro y yo no tengo carnet azul, ni siquiera uno amarillo. Y ahora vamos. Le pediremos al teniente de escuadrón de la Garra Brillante que nos explique qué piensan hacer los *gubru* con los chimps listos como tú.

A pesar de la dolorosa presión en el brazo, Fiben fingía indiferencia.

—Seguro, ¿por qué no? ¿Pero quieres que hagamos una apuesta? —dobló su labio superior hacia adentro en señal de desprecio—. Si no recuerdo mal mis estudios de segundo curso de xenología, los *gubru* tienen un ciclo vital totalmente diurno. Apuesto que lo único que encontrarás tras esas gafas oscuras es al maldito pájaro profundamente dormido. ¿Crees que le gustará que lo despierten para discutir sobre las sutilezas de la Elevación con un tipo como tú?

Aquella bravata le hizo ver a Puño de Hierro que Fiben poseía un elevado nivel de educación. La seguridad teatral de éste le hizo desistir por unos instantes, pero luego parpadeó ante la idea de que alguien fuese capaz de dormir en medio de aquel bochinche.

—Vamos a verlo —gruñó al fin.

Los otros chimps se acercaron más. Fiben sabía que era inútil enfrentarse con los seis a la vez. Y tampoco le serviría de nada pedir ayuda a la policía. En aquellos días la autoridad llevaba plumas.

Sus escoltas lo empujaron a través del laberinto de mesitas. Los clientes que estaban recostados en las esteras refunfuñaban irritados cuando Puño de Hierro los apartaba a un lado, pero sus ojos, vidriosos por una pasión apenas contenida, permanecían fijos en la danza que Sylvie ejecutaba al ritmo de la música.

Fiben observó por encima del hombro las contorsiones de la actriz, y su rostro enrojeció. Retrocedió un paso sin mirar y cayó sobre una blanda masa de piel y músculo.

—¡Ay! —aulló el cliente, que estaba sentado, mientras se derramaba su bebida.

—Perdón —murmuró Fiben apartándose en seguida. Sus sandalias se apoyaron sobre otra mano peluda provocando una nueva queja. El lamento se convirtió en un chillido de indignación cuando Fiben apretó con fuerza la mano contra el suelo mientras volvía a disculparse.

—¡Sentaos! —ordenó una voz desde el fondo del local.

—¡Eso, que se sienten; están en medio y no dejan ver! —añadió otra.

Puño de Hierro miró a Fiben con desconfianza. Tiró de su brazo pero él se resistió unos instantes y acto seguido dejó de hacer fuerza, con lo cual salió despedido hacia adelante empujando a su adversario y haciéndolo caer sobre una de las mesas de junco. Los vasos y las tablas de esnifar se volcaron y los chimps allí sentados cayeron rodando y soltando bufidos de indignación.

—¡Eh!

—¡Cuidado, «margi» bastardo!

Sus ojos, inflamados doblemente por las drogas y la danza de Sylvie, ya no contenían ningún destello de razón. El afeitado rostro de Puño de Hierro palideció de ira. Apretó con más fuerza el brazo de Fiben e hizo una seña a sus compañeros para que se acercaran. Fiben se limitó a sonreír con aire conspirador y le dio unos golpecitos con el codo. Fingiendo estar borracho, habló a gritos:

—¿Has visto lo que has hecho? Ya te dije que no te llevaras por delante a esos tipos sólo para demostrarme que están tan idos que no pueden ni hablar.

Los chimps cercanos llenaron de aire sus pulmones tan ruidosamente que pudo oírse pese a la música.

—¿Quién dice que no puedo hablar? —farfulló uno de los bebedores que apenas podía pronunciar las palabras. El borracho avanzó con paso vacilante, tratando de descubrir quién lo había insultado—. ¿Has sido tú?

El que agarraba a Fiben lo miró con aire amenazante y lo apretó aún más. Sin embargo, éste se las arregló para que no se borrara la sonrisa de su rostro y guiñó un ojo.

—Quizá sí que puedan más o menos hablar, pero tienes razón en lo que dijiste de su manera de andar apoyando los nudillos.

—¿Qué?

El chimp rugió y agarró a Puño de Hierro, pero el mutante se hizo a un lado hábilmente con un gesto de desprecio y lo golpeó con el canto de la mano. El borracho aulló de dolor, se dobló y cayó chocando contra Fiben.

Los amigos del chimp ebrio intervinieron entonces gritando a pleno pulmón. Fiben sintió que desaparecía la presión de su brazo al tiempo que todos se sumergían en una oleada de enfurecido pelo marrón.

Fiben se agachó cuando un greñudo simio con un arnés de trabajo hecho de cuero intentó golpearlo. El puñetazo pasó de largo y fue a estrellarse contra la mandíbula de uno de los pendencieros «margis». Fiben propinó una patada a otro de ellos en la rodilla y éste aulló de modo muy satisfactorio. En pocos instantes todo se convirtió en un caos de muebles de junco y cuerpos oscuros; las baratas mesas de caña se partían en dos cuando chocaban con alguna cabeza y el aire se llenaba de salpicaduras de

cerveza y de pelos.

La banda aumentó el ritmo, pero aun así apenas se oía bajo los gritos de indignación o de alegría combativa.

En un momento de descuido, Fiben se encontró con unos fuertes brazos de simio que lo levantaban del suelo, y no eran unos brazos amables, precisamente.

—¡*Huau!*

Voló por encima del tumulto y aterrizó en medio de un grupo de jueguistas que aún no estaban metidos en la refriega. Lo miraron con caras de asombro y perplejidad; pero antes de que pudieran reaccionar, Fiben se levantó gimiendo. Se encaminó hacia el pasillo, tambaleándose a causa de un súbito tirón de su todavía débil tobillo izquierdo.

La lucha se generalizaba, y dos de los chimps de brillantes trajes de cremallera se dirigían hacia él enseñando los colmillos. Y por si esto fuera poco, los clientes cuya reunión acababa de interrumpir de forma tan violenta se habían puesto de pie, resoplando enojados. Unas manos intentaron darle alcance.

—Tal vez otro día —dijo Fiben con amabilidad.

Se alejó de sus perseguidores abriéndose paso apresuradamente entre las mesitas, y cuando delante sólo encontró un par de hombros anchos y encorvados no dudó un momento en subirse a ellos para saltar desde allí, dejando a su improvisado trampolín con un gruñido en la boca y sobre otro montón de mimbres rotos.

Saltó por encima de una última fila de clientes y cayó de rodillas en un amplio espacio abierto, la pista de baile. A unos pocos metros se hallaba el montículo del trueno sobre el que la incitante Sylvie se preparaba para su número final, aparentemente ajena a la creciente conmoción de la sala.

Fiben cruzó la pista a toda prisa con la intención de correr hacia la barra y encontrar una de las salidas que había detrás. Pero justo en el momento en que se puso de pie, un foco lo iluminó desde lo alto. De repente empezó a recibir vítores y gritos de ánimo desde todas partes.

Era obvio que al público le había gustado algo. Pero ¿qué? A través del resplandor del foco, Fiben pudo comprobar que la cabaretera no hacía nada extraordinario ni espectacular, al menos no más que antes. Entonces se dio cuenta de que Sylvie lo estaba mirando a él. Advirtió su divertida mirada tras su máscara de pájaro.

Se volvió y vio que todos los que aún no estaban implicados en la creciente bronca lo animaban. Hasta el *gubru* del palco parecía mover hacia él su rostro oculto tras las gatas oscuras.

No era el momento de averiguar el significado de todo aquello. Pudo ver que varios «margis» más se habían salido de la refriega. Con sus trajes chillones se les distinguía fácilmente, y se hacían señas entre sí dirigiéndose hacia todas las salidas.

Fiben reprimió el pánico. Estaba acorralado. *Tiene que haber otra salida*, pensó furioso.

Y entonces comprendió dónde debía de estar esa salida. *La puerta de la bailarina*, encima y detrás del acolchado monte de la danza; la cortina de abalorios a través de la cual Sylvie había hecho acto de presencia. Un rápido movimiento y pronto la dejaría atrás y saldría de allí.

Corrió por la pista y saltó sobre el montículo, agarrándose a uno de los voladizos alfombrados. Los deslumbrantes focos lo siguieron.

Parpadeó ante Sylvie. Ésta se pasó la lengua por los labios y movió las caderas.

Fiben se sintió atraído y repelido al mismo tiempo. Quería trepar a gatas y cogerla; y quería un escondite oscuro en la rama de un árbol para meterse.

La pelea había cobrado fuerza entre los espectadores, pero no parecía agravarse. Sólo con botellas de papel y muebles de junco, los combatientes se contentaban con un amigable tumulto de mutua confusión cuyo origen estaba casi olvidado.

Pero en cada esquina de la pista de baile, un chimp vestido con un coloreado traje de cremallera lo miraba mientras buscaba algún objeto en sus bolsillos. Parecía haber sólo un camino. Trepó hasta otra «roca» acolchada. Y la multitud siguió animándolo cada vez con más fuerza. El ruido, los olores, la confusión... Fiben parpadeó ante ese mar de ardientes rostros que lo contemplaban expectantes. ¿Qué estaba ocurriendo?

Un atisbo de movimiento captó su atención. Desde el palco situado sobre el bar alguien lo saludaba. Era un chimp pequeño, vestido con un manto oscuro con capucha, que destacaba entre aquella enloquecida multitud por su expresión facial, tranquila y helada.

De pronto Fiben lo reconoció: era el pequeño alcahuete, el que lo había abordado a la puerta de «La Uva del Simio». No podía oír la voz del chimp con toda aquella algarabía, pero pudo leer en sus labios.

—¡Eh, idiota, mira hacia arriba!

El rostro infantil le hacía muecas, señalando un punto elevado.

Fiben levantó la cabeza justo a tiempo de ver cómo una cosa brillante se le venía encima. Por puro instinto saltó hacia un lado, agarrándose con fuerza a otra «roca» mientras el borde de la red que caía le rozaba el pie izquierdo. Un dolor eléctrico sacudió su pierna.

—¡Mierda! ¡Por todos los demonios! —maldijo en voz alta.

Le costó unos instantes darse cuenta de que el tumulto que oía estaba compuesto de aplausos. Pronto éstos se convirtieron en vítores cuando rodó por el suelo, sujetándose la pierna, para escapar así de otra trampa. Una docena de lazos recubiertos con una sustancia pegajosa cayeron rígidos sobre la roca de imitación desde la que acababa de saltar.

Fiben intentó permanecer lo más quieto posible mientras se frotaba el pie y

miraba a su alrededor enojado.

Por dos veces había estado a punto de ser cazado como un estúpido animal. Para el público tal vez fuera divertido, pero él personalmente no tenía deseo alguno de verse involucrado en una extraña y lunática carrera de obstáculos.

En la pista de baile avistó unos brillantes trajes de cremallera, a la derecha, a la izquierda y en el centro. El *gubru* del palco parecía interesado, pero no daba muestras de querer intervenir.

Fiben suspiró. Su problema seguía siendo el mismo. La única dirección que podía tomar era hacia arriba.

Con mucha cautela, empezó a trepar por otra roca acolchada. Era evidente que las trampas estaban pensadas para resultar humillantes, incapacitadoras y dolorosas, pero no mortales. Salvo en su caso, claro. Si caía en ellas, sus indeseables enemigos lo atraparían en un abrir y cerrar de ojos.

Puso el pie con cuidado en el siguiente «peñasco». Notó un cosquilleo de falsedad bajo el pie derecho y se echó atrás justo en el momento en que se abría la puerta de una trampa. La multitud contuvo el aliento mientras él trastabillaba junto al borde del hoyo recién abierto. Fiben agitó los brazos como aspas de molino para mantener el equilibrio. Desde su insegura posición, dio un salto y se agarró con las manos al saliente de arriba.

Sus pies colgaban en el vacío; su respiración se hizo jadeante. Deseaba desesperadamente que los humanos no hubieran suprimido algunas de las habilidades trepadoras de sus ancestros, instintivas e «innecesarias», para dejar espacio a cosas tan triviales como el lenguaje y la razón.

Gruñó, y poco a poco empezó a ascender dejando atrás el abismo. El público enfervorizado pedía más.

Al llegar con la respiración entrecortada al siguiente nivel, mientras intentaba mirar en todas direcciones, Fiben advirtió que un sistema de megafonía, sobreponiéndose al ruido de la multitud, murmuraba sin cesar en un tono mecánico y entrecortado.

—...un enfoque más adecuado de la Elevación... adecuado al origen de la raza pupila... que ofrece oportunidades a todos los que... no afectados por la perversión de las normas humanas...

En el palco, el invasor gorjeaba ante un pequeño micrófono. Sus palabras traducidas por una máquina bramaban por encima del sonido de la música y el excitado griterío del público. Fiben pensó que ni siquiera uno de cada diez chimpes de la sala era consciente del monólogo del ET debido al estado en que todos se encontraban. Pero era probable que eso no importase.

¡Estaban siendo condicionados!

No era raro que nunca hubiese oído hablar del striptease de Sylvie en el



montículo ni de aquella demencial carrera de obstáculos. ¡Eran innovaciones de los invasores!

Pero ¿qué se proponían con ellas?

*No pueden haber preparado todo esto sin ayuda*, pensó Fiben enojado. Veía cómo los dos chimps bien vestidos que estaban sentados junto al invasor susurraban entre sí y garabateaban en sus cuadernos: tomaban nota de las reacciones del público por encargo de sus nuevos amos.

Fiben escudriñó el palco y descubrió que el pequeño alcahuete con la capucha no estaba lejos del anillo de protección que formaban los guardias robot en torno al *gubru*. Se dedicó a memorizar sus rasgos infantiles durante un segundo. ¡Traidor!

Sylvie estaba ahora varios terraplenes por encima de él. La bailarina movía sus rosadas caderas ante sus narices y se reía al ver el sudor que le bañaba el rostro. Los machos humanos tenían sus propios estímulos visuales: los pechos y caderas femeninos y la suave y lisa piel de las fems. Pero no podían compararse con el temblor eléctrico que ocasionaba a un chimp macho contemplar un poco de color en el sitio adecuado.

—Fuera. Hay que salir, no quedarse dentro —dijo Fiben, sacudiendo la cabeza vigorosamente.

Se concentró en mantener el equilibrio, y sin forzar demasiado su débil tobillo izquierdo rodeó el agujero y se impulsó hacia adelante con las manos y las rodillas.

Sylvie se inclinaba hacia él desde dos niveles más arriba. Podía percibir su aroma a pesar de los fuertes olores que invadían el local, y a Fiben se le ensancharon las fosas nasales.

Pero de repente agitó la cabeza. Había otro olor penetrante, un tufo empalagador que parecía muy cercano.

Con el dedo meñique de la mano izquierda tocó la plataforma que había estado a punto de encaramarse.

Gritó y apartó el dedo en seguida, dejando tras de sí un pedacito de piel. A diez centímetros del borde, la superficie estaba cubierta por una goma que ardía.

¡Maldito instinto! Fiben se llevó automáticamente el dedo chamuscado a la boca y estuvo a punto de quedar amordazado.

Ésta sí que era buena situación. Si avanzaba hacia arriba o hacia adelante aquella sustancia pegajosa lo atraparía, y si retrocedía era más que probable que cayese al vacío.

Este laberinto de trampas era la explicación a algo que antes lo había intrigado. Ahora entendía que los chimps del público no se hubieran vuelto locos y se hubieran abalanzado sobre el montículo en el momento en que Sylvie los provocaba. Sólo los presumidos o los temerarios se arriesgarían a tal escalada; los otros se contentaban con mirar y tener fantasías. La danza de Sylvie no era más que la primera parte del

espectáculo.

¿Y si algún bastardo afortunado lo conseguía? Bueno, entonces todos los demás podrían contemplar también ese aliciente adicional.

Esa idea le repelió. Las relaciones en privado eran naturales, pero aquella lascivia pública resultaba asquerosa.

Al mismo tiempo, advirtió que casi había logrado llegar arriba. Sintió una ancestral aceleración en la sangre.

Sylvie se contoneaba hacia él, e imaginó que ya podía tocarla. Los músicos aumentaron el ritmo y las luces estroboscópicas brillaron de nuevo en una imitación de los relámpagos, acompañados por truenos artificiales.

Fiben notó unas punzantes gotitas, como el principio de una tormenta.

Sylvie bailaba bajo la lluvia, incitando al público, y Fiben se humedeció los labios sintiéndose atraído.

Entonces, bajo el resplandor de un solitario relámpago, Fiben reparó en algo igualmente excitante, pero mucho más atractivo para él que el hipnótico movimiento de la chima. Era una señal luminosa, pequeña y verde, recatada y concreta, que brillaba tras el hombro de la bailarina.

«SALIDA», leyó.

De pronto el dolor, el cansancio y la tensión provocaron que algo se liberase en el interior de Fiben. De algún modo, se sintió por encima del ruido y el tumulto, y recordó con diáfana claridad lo que Athaclena le dijera poco antes de abandonar el campamento de la montaña y empezar su excursión hacia la ciudad. Las hebras plateadas de su corona *tymbrimi* se habían ondulado con suavidad, como mecidas por una brisa de pensamiento puro.

—*Hay un dicho que mi padre me recitó una vez. Se trata de un «poema Haikú», en un dialecto terrestre llamado japonés. Quiero que lo lleves contigo.*

—*Japonés* —había protestado él—. *Se habla en la Tierra y en Califa pero en Garth no hay ni cien hombres o chimps que lo entiendan.*

—*Yo tampoco.* —Athaclena había sacudido la cabeza—. *Pero debo decírtelo tal como me lo dijeron a mí.*

Lo que surgió entonces de su boca abierta fue mucho más una cristalización que un sonido, un breve sustrato de significado que dejó una huella mientras se desvanecía.

*Ciertos momentos suavizan  
la más oscura tormenta del invierno,  
¡cuando las estrellas claman y tú te elevas!*

Fiben parpadeó y el momento revivido desapareció. Las letras seguían brillando, resplandeciendo como un refugio verde.

SALIDA

De pronto, todo desapareció: el ruido, los olores, el fuerte picor de las diminutas gotas que imitaban a la lluvia. Fiben se sentía como si su tórax se hubiera ensanchado al doble. Los brazos y las piernas le parecían más ligeros, como si no pesasen prácticamente nada.

Con una rápida flexión, saltó desde su precario punto de apoyo para aterrizar en el siguiente nivel, con las puntas de los pies a pocos centímetros de la ardiente y camuflada cola. El público rugía, y Sylvie retrocedió un paso y empezó a aplaudir.

Fiben reía. Se golpeó el pecho rápidamente como había visto hacer a los gorilas, siguiendo el ritmo del trueno que iba en aumento. Al público le encantó.

Caminó junto a la superficie pegajosa con una mueca, distinguiéndola más por instinto que por su leve diferencia de color. Con los brazos extendidos para no perder el equilibrio, lo hacía parecer más difícil de lo que era en realidad.

El terraplén terminaba en un gran árbol, hecho con fibra de vidrio y bolas de plástico verde, que coronaba la cima del montículo.

Por supuesto, aquella cosa estaba llena de trampas. Fiben no perdió el tiempo inspeccionándola. Saltó hacia arriba hasta tocar levemente la rama más próxima, balanceándose arriesgadamente al caer. El público estaba boquiabierto.

La rama tardó un instante en retraerse, tras haberla tocado... el tiempo suficiente para agarrarse a ella con fuerza en caso de haberlo intentado. Todo el árbol pareció girar. Las ramas se convirtieron en cuerdas ondulantes que le hubiesen atrapado el brazo si hubiese estado sujeto a cualquiera de ellas.

Con un aullido de alborozo, Fiben saltó de nuevo, agarrándose ahora a la cuerda que colgaba cuando la rama se inclinó otra vez. La utilizó como un saltador de pértiga, y pasó por encima de las dos últimas plataformas, incluida la de la sorprendida bailarina, para ir a parar a la selva de cables y vigas del techo.

Se soltó en el último momento y aterrizó de un salto en una tramoya. Durante unos instantes tuvo que luchar para no perder el equilibrio en aquella base tan precaria. A su alrededor todo era un laberinto de focos y combados entramados. Riendo, saltó entre disparadores automáticos, cables accionadores, redes y cuerdas entrelazadas que caían hacia el montículo. Había también unos tubos con una sustancia caliente parecida a los copos de avena. Fiben los pisó y los fragmentos que cayeron obligaron a la orquesta a ponerse a cubierto.

Ahora Fiben podía ver claramente el trazado de la carrera de obstáculos. No había una solución real al rompecabezas, sólo la que había usado para saltar sobre las últimas plataformas.

En otras palabras, no le quedaba más remedio que batir trampas.

El montículo no era un buen examen. Ningún chimp podía superarlo con la inteligencia; sólo podía esperar que otros corrieran el riesgo primero, sufriendo dolor y humillación en las trampas. La lección que enseñaban con eso los *gubru* era

insidiosamente simple.

—Esos bastardos —murmuró.

El sentimiento de exaltación empezaba a desvanecerse y con él una parte de la sensación de invulnerabilidad que emanaba. Era obvio que Athaclena le había ofrecido un regalo de despedida, un hechizo posthipnótico para que le ayudara a encontrarse a sí mismo en medio de un buen lío. Fuera lo que fuese, él sabía que no podía forzar demasiado aquella buena suerte.

*Ha llegado el momento de salir de aquí, pensó.*

La música enmudeció cuando la orquesta empezó a recibir el impacto de la sustancia parecida a la avena. En aquellos momentos, el servicio de megafonía estaba de nuevo en marcha, emitiendo unas exhortaciones que ya parecían un poco fanáticas.

—... *un comportamiento inaceptable en pupilos adecuados... Negar las expresiones de aprobación al que ha roto las reglas... Al que debe ser castigado.*

Los pomposos apremios del *gubru* caían en saco roto porque la multitud parecía haberse transformado totalmente en simia. Cuando Fiben saltó sobre los mastodónticos altavoces y soltó los cables, la perorata del alienígena se vio interrumpida y un rugido de alegría y aprobación creció entre el público.

Fiben se apoyó en uno de los focos y lo movió de forma que recorriera toda la sala. Cuando el haz de luz los iluminaba, los chimps cogían las mesas de junco y las rompían sobre sus cabezas. Entonces el foco se posó en el palco donde el ET agitaba el micrófono muy airado. La criatura pajaril se encogió gimiendo ante el fuerte resplandor.

Los dos chimps que compartían el palco del VIP se pusieron a cubierto cuando los robots-guardia giraron y dispararon al unísono. Fiben saltó de la tramoya justo antes de que el foco explotase en una lluvia de metal y vidrios. Cayó dando una voltereta en la cima del montículo de la danza Rey de la Montaña. Al saludar al público disimuló su cojera. La sala retumbaba con los vítores y aplausos.

Cuando se volvió y se aproximó a Sylvie, todos callaron de repente.

Aquello era la recompensa. Los chimpancés en estado salvaje no tenían vergüenza de emparejarse delante de los demás, y hasta los neochimpancés elevados asistían a sesiones de grupo cuando era el tiempo y el lugar adecuados. No sentían los celos y los tabús de intimidad que hacían tan raros a los machos humanos.

El clímax de la velada se había producido mucho antes de lo que el *gubru* planeó, y de una forma que a lo mejor no era de su agrado, pero la esencia de la lección se mantenía. Los del público buscaban un placer indirecto, con todas las reacciones psicológicamente controladas.

La máscara de pájaro de Sylvie era parte del condicionamiento. Sus dientes brillaron al tiempo que agitaba las caderas ante él. Las numerosas tiras de la falda

ondularon en un destello de provocativo color. Hasta los «margis» estacan pendientes de ella, relamiéndose los labios expectantes, y habiendo olvidado la pelea con Fiben.

En aquel momento, él era su héroe, él era cada uno de ellos.

Fiben reprimió una oleada de vergüenza. *No somos tan malos... sobre todo cuando piensas que sólo tenemos una existencia de trescientos años. Los gubru pretenden que no seamos más que animales para que así resultemos inofensivos, pero he oído decir que incluso los humanos, en las épocas antiguas, sufrían regresiones como ésta.*

Sylvie empezó a gimotear a medida que él se acercaba. Fiben sintió una poderosa tensión en la espalda cuando ella se agachó para esperarlo. Alargó la mano y la cogió por el hombro.

Entonces la hizo girar para ponerla de cara a él y trató de levantarla.

Los vítores de la multitud se convirtieron en confusos murmullos. La sorpresa, empapada de secreción hormonal, hizo parpadear a Sylvie. Fiben comprendió que había tomado algún tipo de drogas para encontrarse en aquel estado.

—¿De... frente? —preguntó, luchando con las palabras—. Pero Pico Grande ha dicho que quiere que parezca natural...

Fiben le tomó el rostro entre sus manos. La máscara tenía una compleja serie de hebillas, y él fue rodeando el prominente pico para besarla con cariño sin tener que quitársela.

—Vete a casa con tus compañeros —le dijo—. No permitas que nuestros enemigos te avergüencen.

Sylvie se tambaleó hacia atrás como si él la hubiese golpeado.

Fiben se encaró con el público y alzó las manos.

—Todos vosotros —gritó—. Los elevados por los lobeznos de la Tierra. ¡Id a casa con vuestros compañeros! Nosotros, junto con nuestros tutores, guiaremos nuestra propia Elevación. ¡No necesitamos ETs extranjeros que nos digan cómo debemos hacerlo!

Del público surgió un grave gruñido de consternación, y Fiben advirtió que el alienígena hablaba ante una pequeña caja, probablemente pidiendo ayuda.

—¡Id a casa! —repitió—. ¡Y no permitáis a los extranjeros que hagan de nosotros un espectáculo!

Los murmullos se intensificaron. Aquí y allí, Fiben vio caras con los ceños fruncidos, chimps que miraban a todos lados de una sala en la que él esperaba que naciera la vergüenza. Las cejas estaban arrugadas por incómodos pensamientos.

Pero entonces, de entre los susurros, se alzó una voz que le gritó:

—¿Qué pasa? ¿No se te levanta?

La mitad del público se echó a reír estrepitosamente. Se produjeron gritos y silbidos, sobre todo en las primeras filas.

Fiben tenía que pensar en marcharse. Era probable que el *gubru* no se atreviese a dispararle allí, delante de todo el mundo. Pero con seguridad había pedido que le mandaran refuerzos.

Y, sin embargo, Fiben no podía pasar por alto lo que le habían dicho desde el público. Dio un paso hasta el borde del montículo y desde allí miró a Sylvie.

Las burlas finalizaron de inmediato, y el breve silencio que las siguió se vio roto por silbidos y aplausos salvajes.

*Cretinos*, pensó Fiben, pero sonrió y saludó cuando hubo terminado.

El *gubru* se puso a aletear con los brazos y a dar gritos, empujando a los dos chimps bien vestidos que compartían su palco. Éstos, a su vez, se inclinaban hacia abajo, gritando a los camareros de la barra. En la distancia se oían débiles sonidos que parecían sirenas.

Fiben cogió a Sylvie para darle otro beso. Esta vez ella le respondió, contoneándose al terminar. Fiben hizo una pausa para dedicarle un último gesto al alienígena que fue acogido por el público con sonoras carcajadas.

Luego se volvió y corrió hacia la salida.

En el interior de su cabeza, una vocecita lo maldecía por ser un extravertido idiota. *¡La general no te mandó a la ciudad para que hicieras esto, estúpido!*

Cruzó la cortina de abalorios y se detuvo de repente al encontrarse cara a cara con un neochimp de ceño fruncido que vestía un manto con capucha. Fiben reconoció al pequeño chimp que había visto dos veces esa noche, aunque por breves instantes: primero en la puerta de «La Uva del Simio» y luego junto al palco del *gubru*.

—*¡Tú!* —lo acusó.

—Sí, yo —respondió el alcahuete—. Siento mucho no poder hacerte la misma oferta de antes, pero creo que esta noche tienes otras cosas en la mente.

—*¡Quítate de en medio!* —gritó Fiben, cejijunto.

—*¡Max!* —llamó el pequeño chimp.

Una gran forma surgió de las sombras. Era el tipo enorme de la cicatriz que había conocido junto a la barra antes de que aparecieran los marginales, el que tan interesado estaba en su carnet azul. En su carnosa mano brillaba un revólver inyector de anestesia. Sonrió y se disculpó diciendo:

—Lo siento, compañero.

Fiben se puso en guardia, pero era demasiado tarde. Un creciente picor le recorrió el cuerpo y lo único que pudo hacer fue tropezar y caer en los brazos del chimp pequeño.

Se encontró con una suavidad y un aroma inesperados. *Por Ifni*, pensó en un instante de aturdimiento.

—Ayúdame, Max —dijo la cercana voz—. Tenemos que movernos deprisa.

Unos fuertes brazos lo levantaron, y Fiben casi agradeció perder la conciencia

después de aquella última sorpresa: el pequeño alcahuete de rostro infantil era en realidad una chima, ¡una joven hembra!

## GALÁCTICOS

El Suzerano de Costes y Prevención dejó el Cónclave de Mando en un estado de agitación. Tratar con sus compañeros Suzeranos resultaba siempre psíquicamente extenuante: tres adversarios que bailaban y daban vueltas, formando alianzas temporales, separándose y uniéndose de nuevo, dando forma a una siempre cambiante síntesis. Y así iba a ser mientras la situación en el mundo externo se mantuviera indeterminada, en continuo cambio. Pero a la larga, las cosas de Garth se estabilizarían. Uno de los tres líderes demostraría que había sido el más idóneo, el mejor jefe. Mucho dependía de aquel resultado, tanto como del color y el género que cada uno alcanzaría al final.

Y sin embargo, no había ninguna prisa en empezar la Muda. Todavía no. Se celebrarían muchos más cónclaves antes de que ese día llegase. Aún habían de caer muchas plumas.

El primer debate que sostuvo el de Prevención fue con el Suzerano de la Idoneidad para decidir si se debían utilizar soldados de Garra para someter a los soldados de Terragens en el cosmódromo. Esa discusión inicial no había sido más que una disputa sin importancia y, cuando el Suzerano de Rayo y Garra intervino para apoyar al de la Idoneidad, el de Prevención cedió de buena gana. En la batalla resultante perdieron un buen número de soldados, pero el ejercicio había servido para otros propósitos.

El Suzerano de Costes y Prevención conocía de antemano el resultado de la votación. En realidad, no tenía ninguna intención de ganar la primera disputa. Sabía que era mucho mejor empezar la carrera en el último puesto, así los otros dos tenderían a ignorar al Servicio Civil durante un tiempo. Iba a costar muchos esfuerzos crear una buena burocracia administrativa durante la ocupación, y el Suzerano de Costes y Prevención no quería malgastar energía en discusiones preliminares.

Como aquella que acababa de tener lugar. Cuando el burócrata salió del pabellón de reuniones, mientras sus ayudantes y escoltas acudían a su encuentro, en el interior aún podía oírse a los otros dos jefes de la expedición piándose el uno al otro. El cónclave había finalizado, y sin embargo seguían discutiendo acerca de las decisiones tomadas.

En los días próximos, los militares continuarían con sus ataques de gas y buscarían a todos los humanos que hubiesen escapado a las dosis iniciales. La orden se había firmado unos minutos antes.

El sumo sacerdote, el Suzerano de la Idoneidad, estaba preocupado porque muchos humanos civiles habían resultado muertos o heridos por el gas. Unos pocos



neo-chimpancés también sufrían las consecuencias del ataque.

Eso no era catastrófico desde un punto de vista legal o religioso, pero a la larga complicaría las cosas. Se tendrían que pagar indemnizaciones y la causa *gubru* se debilitaría si el asunto era llevado ante los tribunales interestelares.

El Suzerano de Rayo y Garra había apoyado la tesis de que el juicio era muy poco probable. Después de todo, con la conmoción que reinaba en las Cinco Galaxias, ¿quién iba a preocuparse de unos pocos errores cometidos en aquella pequeña charca de agua sucia y estancada que era Garth?

—¡Nos preocupa a nosotros! —había afirmado el Suzerano de la Idoneidad. Y dejó constancia de sus sentimientos negándose a bajar de su percha y pisar el suelo del planeta. Hacerlo de un modo prematuro, dijo, otorgaría a la invasión un carácter oficial, y eso debía retrasarse. La pequeña pero cruel batalla y la defensa del cosmódromo habían sido pruebas de ello. Al resistir con eficacia, aunque con brevedad, los inquilinos legales habían obligado a posponer por un tiempo los ataques formales. Cualquier otro error que cometieran no sólo dañaría las pretensiones de los *gubru* sobre el planeta sino que podría resultar terriblemente caro.

El sacerdote, después de insistir en aquel punto, desplegó su blanco plumaje, presumidamente seguro de su victoria. Al fin de cuentas, en el asunto de los gastos podía contar con un aliado. El Suzerano de la Idoneidad confiaba en que el de Costes y Prevención se pondría de su parte.

*Qué estúpido es creer que la Muda se decidirá por altercados como éstos*, pensó el Suzerano de Costes y Prevención, antes de ponerse de parte de los soldados.

—Dejemos que los gases continúen su acción y que salgan todos los que aún están escondidos —dijo para consternación del sacerdote y entusiasmo del almirante.

La batalla espacial y los aterrizajes habían resultado terriblemente caros, pero no tanto como lo hubieran sido sin el Programa de Coerción. Los ataques con gas habrían cumplido el objetivo de concentrar a casi toda la población humana en unas pocas islas donde podía ser controlada con toda facilidad. No era difícil comprender por qué el Suzerano de Rayo y Garra quería que fuese de esa manera. El burócrata también poseía experiencia en el trato con los lobeznos. También él se sentiría mucho más cómodo cuando todos los humanos peligrosos estuvieran en un lugar donde pudiera vigilarlos.

Pero pronto debería hacerse algo para reducir los altos costes de esta expedición. Los Maestros de la Percha ya habían hecho regresar a algunos elementos de la flota. En otros frentes las cosas estaban en situación crítica. Era vital que los gastos de aquí se controlasen con toda la fuerza de las garras. Aunque aquello era, por supuesto, un tema para otro cónclave.

Aquel día, el Suzerano militar volaba alto. Pero ¿y mañana? Bueno, las alianzas cambiarían una y otra vez, hasta que al final surgiera una nueva política. Y una reina.

El Suzerano de Costes y Prevención se volvió para hablar con uno de sus ayudantes *kwackoo*.

—Que me lleven, que me conduzcan, que me transporten a mis dependencias.

El vehículo flotador despegó y se dirigió hacia los edificios confiscados por el Servicio Civil en el continente, y que dominaban el mar. Cuando el flotador pasó silbando por la pequeña ciudad de los terrestres, flanqueado por un grupo de robots de batalla, fue contemplado por las oscuras y peludas bestias que los lobeznos humanos consideraban sus pupilos más antiguos.

—Cuando lleguemos a la cancillería —dijo el Suzerano a su ayudante— reúne a todo el personal. Debemos considerar, evaluar, sopesar la nueva propuesta que ha mandado esta mañana el sacerdote acerca de cómo manejar a esas criaturas, los neochimpancés.

Algunas de las ideas sugeridas por el Departamento de la Idoneidad eran muy osadas. Había en ellas rasgos brillantes que hicieron que el burócrata se sintiera orgulloso de su futuro compañero. *Entre los tres lo conseguiremos.*

Sin embargo, deberían cambiar algunos aspectos si no querían que el plan condujese al desastre. Sólo uno de los componentes del Triunvirato tendría el dominio y el control necesarios para llevar una idea tal hasta su conclusión final y victoriosa. Esto ya se había sabido con antelación cuando los Maestros de la Percha habían elegido a sus Tres.

El Suzerano de Costes y Prevención soltó un agudo suspiro y consideró cómo iba a manipular el siguiente cónclave. Mañana, pasado, dentro de una semana. Esa próxima discusión no estaba lejos. Cada debate se volvería más urgente, más importante, a medida que se acercaran el consenso y la Muda.

Consideraba esas perspectivas con una mezcla de ansiedad, confianza y absoluto placer.

## ROBERT

Los habitantes de las profundas cavernas no estaban acostumbrados a las brillantes luces y a los fuertes ruidos que llevaron consigo los recién llegados. Las hordas de murciélagos que volaban ante los intrusos dejaban a sus espaldas una gruesa capa de excrementos acumulados durante muchos siglos. Bajo los muros de piedra caliza que brillaban con lentas filtraciones, los arroyos alcalinos eran ahora cruzados por improvisados puentes de tablas.

En los rincones más secos, bajo la pálida iluminación de las lámparas incandescentes, los seres de la superficie se movían con nerviosismo, como si detestaran alterar el inviolable silencio.

Entrar en un lugar así era como enfrentarse a una amenaza. Las sombras eran escuetas, dolorosas y sorprendentes. Un fragmento de roca podía parecer inofensivo y luego, al contemplarlo desde una perspectiva algo diferente, convertirse en la silueta de un monstruo encontrado cien veces en las pesadillas.

No resultaba difícil tener malos sueños en un sitio así.

Arrastrando los pies, en bata y zapatillas, Robert se sintió aliviado al comprobar que había encontrado el lugar que buscaba, el «centro de operaciones» rebelde. Era una cámara bastante grande, iluminada por más lámparas de lo habitual, pero con un mobiliario insuficiente. Unas cuantas mesas plegables viejas y unos pocos armarios habían sido complementados con unos bancos contruidos con estalagmitas cortadas y niveladas, más unos cuantos estantes hechos con maderas de los bosques de la superficie. Todo eso contribuía a dar la impresión de que la cúpula del mando era imponente y el trabajo de los refugiados inadecuado a sus fines.

Robert se frotó los ojos. En un rincón, junto a un tabique divisorio, podía verse a unos cuantos chimps que discutían y clavaban alfileres en un gran mapa. Hablaban en voz baja y examinaban papeles, y cuando uno de ellos alzó el tono de voz, los ecos resonaron en los pasadizos contiguos haciendo que los demás levantasen la cabeza alarmados. Resultaba obvio que los chimps estaban aún intimidados por su nuevo habitáculo.

—Muy bien —exclamó Robert, acercándose a la luz, con la garganta todavía rasposa por la falta de uso—. ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Dónde está ella y qué se propone hacer?

Todos lo miraron. Robert sabía que su aspecto era ridículo con el pijama arrugado y las zapatillas, sin peinar y con el brazo enyesado hasta el hombro.

—Capitán Oneagle —dijo uno de los chimps—, tendría aún que guardar cama. La fiebre...

—Oh, déjalo... Micah. —Robert tuvo que concentrarse para recordar el nombre del chimp. Las últimas semanas eran todavía una neblina en su mente—. La fiebre me bajó hace dos días. Puedo leer mi propio cuadro. Decidme, ¿qué ocurre? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Athaclena?

Se miraron entre sí. Por último, una chima se sacó de la boca unos cuantos alfileres de colores para los mapas y respondió:

—La general... uf, la señorita Athaclena, se ha marchado. Está dirigiendo un ataque por sorpresa.

—Un ataque... —Robert parpadeó—. ¿Contra los *gubru*? —Se llevó una mano a los ojos porque la habitación parecía moverse—. Oh, Ifni.

Se produjo un despliegue de actividad cuando tres chimps intentaron a la vez coger una silla plegable de madera y ofrecérsela a Robert. Éste se sentó de golpe y vio que aquellos chimps eran o muy jóvenes o muy viejos.

Athaclena debía de haberse llevado consigo a los más fuertes y sanos.

—Contádmelo —les pidió.

Una chima de aspecto maduro, con gafas y muy seria, les hizo a los demás una seña para que regresaran a sus tareas y se presentó.

—Soy la doctora Soo —dijo—. En el centro trabajaba en las historias genéticas de los gorilas.

—La doctora Soo, sí —asintió Robert—. Recuerdo que usted ayudó a curar mis heridas. —Recordaba su rostro entre brumas mientras la infección ardía en su sistema linfático.

—Estuvo muy enfermo, capitán Oneagle. No se trataba sólo del brazo roto, o de esas toxinas que absorbió durante el accidente. Ahora estamos casi seguros de que también inhaló los gases que los *gubru* lanzaron en el feudo de los Mendoza.

Robert parpadeó. Su memoria era confusa. Había pasado un par de días allí arriba, en el rancho de los Mendoza, hablando con Fiben y haciendo planes. De alguna forma tendrían que encontrar a otros y empezar algo.

Tal vez ponerse en contacto con el gobierno de su madre en el exilio, si es que aún existía. Los informes de Athaclena hablaban de una serie de cuevas que parecían ideales como cuartel general. Quizás esas montañas podrían ser una base de operaciones contra el enemigo.

Luego, una tarde, aparecieron de pronto unos chimps que corrían frenéticos de un lado a otro. Antes de que pudiera hablar, antes de que pudiera incluso levantarse, lo cogieron en brazos y lo sacaron de la granja en dirección a las montañas.

Se estaban produciendo estampidos sónicos, sucintas imágenes de algo inmenso en el cielo.

—Pero... pero yo creía que el gas era fatal si... —Su voz se quebró.

—Eso, si no hay antídoto. Pero la dosis que inhaló usted era tan escasa... —la

doctora Soo se encogió de hombros—. Y aun así, estuvimos a punto de perderlo.

—¿Y la niña pequeña? —preguntó Robert, estremeciéndose.

—Está con los gorilas —la chima experta en nutrición sonrió—. Está lo más segura que se puede estar dadas las circunstancias.

—Al menos eso es bueno. Suspiró y se recostó en la silla.

Los chimps que se llevaron a la pequeña Abril Wu debieron de llegar a las alturas con tiempo suficiente para salvarla. Robert lo había conseguido a duras penas. Los Mendoza fueron un poco más lentos y se habían visto envueltos en la nube de gas tóxico que surgía de la panza de la nave alienígena.

—A los 'rilas no les gustan las cavernas, así que la mayoría están en los valles elevados, forrajeando en pequeños grupos bajo una vigilancia relajada, alejados de cualquier edificio. Están atacando regularmente con gas a todos los edificios, tanto si hay humanos en ellos como si no los hay.

—Los *gubru* son minuciosos —asintió Robert.

Miró el mapa de la pared cubierto de alfileres de colores. Abarcaba toda la región, desde las montañas septentrionales, al otro lado del Valle del Sind, hasta el mar por el oeste. Allí, las islas del archipiélago formaban un collar de civilización. En el continente sólo había una ciudad, Puerto Helenia, en la orilla norte de la Bahía de Aspinal. Al sur y al este de las Montañas de Mulun se hallaban las junglas del continente principal, pero la característica más importante se encontraba en el extremo superior del mapa. Pacientes, tal vez imparables, las grandes capas de hielo gris adquirirían cada año mayor profundidad. La ruina final de Garth.

Sin embargo, los alfileres del mapa tenían que vérselas con una calamidad más cercana, a más corto plazo.

La disposición de las marcas rosas y rojas era fácil de interpretar.

—Tienen la sartén por el mango, ¿eh?

El chimp más viejo, llamado Micah, le llevó a Robert un vaso de agua. Frunció el ceño ante el mapa.

—Sí, señor. Al parecer, la batalla ha terminado. Los *gubru* han concentrado sus energías alrededor de Puerto Helenia y del archipiélago, al menos de momento. Aquí, en las montañas, ha habido poca actividad, aparte de ese acoso permanente de los robots que lanzan gases de coerción. Pero el enemigo ha establecido una firme presencia en todos los lugares colonizados.

—¿Cómo consigues la información?

—Mediante los comunicados *gubru*, principalmente, y nuestros informadores de Puerto Helenia. La general también envió mensajeros y observadores en todas direcciones. Algunos ya nos han hecho llegar sus informes.

—¿Quiénes son los mensajeros?

—La gen... uf —Micah parecía un poco avergonzado—. A algunos de los chimps

les costaba pronunciar el nombre de la señorita Athac... de la señorita Athaclena. Así que... —Su voz se apagó.

*Voy a tener que hablar con esa chica*, pensó Robert resollando.

—¿A quién envió a Puerto Helenia? —preguntó, alzando el vaso de agua—. Es un lugar peligroso para un espía.

—Athaclena eligió a un chimp llamado Fiben Bolger —respondió la doctora Soo sin mucho entusiasmo.

Robert tosió y se salpicó de agua la bata. La doctora Soo prosiguió:

—Es un militar, capitán, y la señorita Athaclena pensó que espiar en la ciudad requería un enfoque no convencional...

Eso sólo consiguió que Robert tosiera aún más fuerte. No convencional. Sí, eso describía a Fiben. Si Athaclena había elegido al viejo «Troglodita» Bolger, eso decía mucho de su buen juicio. Después de todo, tal vez no estuviera disparando a ciegas.

*Y sin embargo, es poco más que una niña. ¡Y encima, alienígena! ¿Piensa que es un general de verdad? ¿Al mando de qué?* Miró el recinto escasamente amueblado, los pequeños montones de suministros traídos a mano. Al fin de cuentas, todo aquel asunto resultaba penoso.

—La disposición del mapa de la pared es bastante rudimentaria —observó Robert, fijándose en ese aspecto en particular.

Un chimp viejo que aún no había hablado se rascó el escaso pelo de la barbilla y dijo:

—Podríamos organizarnos mucho mejor. Tenemos varios ordenadores de tamaño medio. Unos chimps están preparando programas sobre baterías, pero no tenemos energía para hacerlos funcionar a pleno rendimiento.

»Athaclena, la *tymbrimi* —prosiguió mirando a Robert con socarronería—, insistió en que lo primero que debíamos hacer era abrir un grifo geotermal. Pero creo que si pudiéramos instalar unos colectores solares en la superficie... bien escondidos, claro está.

Dejó la idea en el aire. Robert pudo ver que aquel chimp, al menos, no se sentía entusiasmado por recibir órdenes de una chica, que ni siquiera era del clan de la Tierra o ciudadana de Terragens.

—¿Cómo te llamas?

—Jobert, capitán.

—Bien, Jobert —dijo Robert sacudiendo la cabeza—, discutiremos eso más tarde. ¿Puede contarme alguien eso del «ataque sorpresa»? ¿Qué se propone Athaclena?

Micah y Soo se miraron entre sí. La chima habló primero:

—Se fueron antes del amanecer. Y ya es más de media tarde. En cualquier momento debería llegar el mensajero.

Jobert hizo una mueca. Su cara arrugada y oscurecida por los años estaba

empañada de pesimismo.

—Se han marchado con rifles de gatillo y granadas de choque, con la esperanza de tender una emboscada a una patrulla *gubru*. En realidad —concluyó el viejo chimp secamente—, hace más de una hora que esperamos sus noticias. Me temo que ya están tardando demasiado en regresar.

## FIBEN

Fiben se despertó en la oscuridad, en postura fetal, bajo una manta polvorienta.

Al recobrar la conciencia regresó el dolor. El simple gesto de apartar su brazo derecho de encima de los ojos le supuso un estoico esfuerzo de voluntad, y el movimiento le provocó una oleada de náuseas. La inconsciencia lo llamaba de forma seductora.

Lo que le hizo resistirse a ella fue el tenue y persistente recuerdo de sus sueños. Esas extrañas y aterradoras imágenes le habían llevado a buscar la conciencia. La última escena, la más intensa, tuvo lugar en un desértico paisaje lleno de cráteres. Los rayos golpeaban las destellantes arenas que lo rodeaban, acribillándolo con brillante metralla cada vez que intentaba huir o esconderse.

Recordó que había intentado protestar, como si las palabras pudieran aplacar la tempestad. Pero le habían arrebatado el don del habla.

Con un esfuerzo de voluntad, Fiben se las arregló para rodar sobre el crujiente catre. Tuvo que frotarse los ojos con los nudillos antes de que éstos quisieran abrirse; y, cuando lo hicieron, se encontraron con la oscuridad de una pequeña y miserable habitación. Una delgada línea de luz delimitaba el contorno de unas pesadas cortinas negras que cubrían una diminuta ventana.

Sus músculos se contrajeron espasmódicamente. Fiben recordó la última vez que se había sentido tan mal; había sido en la isla Cilmar. Un grupo de neochimps artistas de circo, procedentes de la Tierra, se había dejado caer por allí para montar su espectáculo. El «hombre fuerte» se había ofrecido para luchar contra el campeón universitario y Fiben, como un idiota, había aceptado.

Transcurrieron semanas hasta que pudo caminar de nuevo sin cojear.

Fiben gruñó y se sentó. La parte interior de los muslos le quemaba como fuego.

—Oh, mamá —gimió—. ¡Nunca volveré a sujetar nada con las piernas!

Tenía la piel y el pelo del cuerpo mojados. Fiben percibió el agrio olor de Dalsebo, un fuerte relajante muscular. Al menos, sus captores se habían tomado la molestia de ahorrarle lo peor de los efectos secundarios de la droga que le suministraron para atontarlo. Pero cada vez que intentaba levantarse, su cerebro parecía un giroscopio en mal estado. Fiben se agarró a la inestable mesita de noche para poder incorporarse, y luego caminó arrastrando los pies hacia la única ventana.

Cogió el basto tejido a ambos lados de la delgada línea de luz y separó las cortinas. De inmediato, dio un paso hacia atrás, mientras levantaba los brazos para protegerse de la repentina claridad. Las imágenes giraban.

—Ugh —dijo sucintamente. Su exclamación no llegó a ser ni un gruñido.



¿Qué era aquel lugar? ¿Una prisión de los *gubru*? Ciertamente no se encontraba a bordo de una nave de guerra del invasor. Dudó de que los exigentes galácticos usaran muebles de madera local o decorasen al estilo antediluviano zarrapastroso.

Bajó los brazos al tiempo que parpadeaba para apartar las lágrimas de los ojos. A través de la ventana vio un patio cerrado, un descuidado huerto de verduras y un par de árboles trepadores. Parecía una típica casa-comuna, como las que poseían los grupos de matrimonio chimps.

Por detrás de los tejados cercanos contempló una hilera de eucaliptus en lo alto de una colina, los cuales le indicaron que aún estaba en Puerto Helenia, no muy lejos del parque del Farallón.

Tal vez los *gubru* iban a dejar que lo interrogasen los traidores. O quizá sus captores fueran los hostiles marginales. De ser así, éstos tendrían sus propios planes para él.

Fiben tenía la boca seca, como si hubieran penetrado en ella oleadas de polvo. Vio una jarra de agua en la única mesa de la habitación, y junto a ella una taza ya llena. Tropezando, intentó cogerla, pero se le escapó y cayó al suelo haciéndose añicos.

*¡Concéntrate!*, se dijo Fiben. *Si quieres salir de ésta, intenta pensar como miembro de una raza de viajeros del espacio.*

Era difícil. Hasta esas palabras subvocalizadas le dolían detrás de la frente. Notó que su mente intentaba emprender la retirada, abandonar el anglico para dedicarse a una forma más simple y natural de pensamiento.

Fiben venció el casi irresistible impulso de beber directamente de la jarra; y a pesar de la sed, se concentró en cada uno de los gestos necesarios para llenar otra taza.

Sus dedos temblaban sobre el asa de la jarra.

*¡Concéntrate!*

Fiben recordó un viejo proverbio Zen: «Antes de que llegue la iluminación, corta leña, escancia agua. Después de que se haya ido la iluminación, corta leña, escancia agua».

Muy despacio, a pesar de la sed, convirtió el sencillo acto de verter agua en un ejercicio. Sujetando la jarra con ambas manos, se las arregló para llenar media taza, aunque derramó igual cantidad sobre la mesa y por el suelo. No importaba. Tomó la taza y bebió con avidez, a grandes tragos.

La segunda taza le fue más fácil de llenar. Sus manos estaban más firmes.

*Eso es. Concéntrate... Elige el camino más difícil, el que utiliza la razón.*

Al menos los chimps lo tenían más fácil que los neodelfines. La otra raza pupila de la Tierra era cien años más joven y para pensar necesitaban tres lenguajes.

Se estaba concentrando con tanta fuerza que no se dio cuenta de que a sus

espaldas se abría una puerta.

—Bueno, para haber tenido una noche tan agitada pareces muy seguro esta mañana.

Fiben se volvió. El agua salpicó la pared cuando se le cayó la taza, y le pareció que ese repentino movimiento le hacía girar el cerebro dentro de la cabeza. La taza se estrelló en el suelo, y Fiben se llevó las manos a las sienes y gimió invadido por una oleada de vértigo.

Distinguió confusamente a una chima con un sarong azul que se aproximaba llevando una bandeja. Fiben intentó mantenerse en pie, pero las piernas se le doblaron y cayó de rodillas.

—Maldito idiota —le oyó decir a ella. La bilis que llenaba su boca fue la única razón de que no respondiera—. Sólo un idiota trataría de ponerse en pie después de haber recibido una fuerte dosis de anestesia —añadió mientras dejaba la bandeja sobre la mesa y lo agarraba por un brazo.

Fiben refunfuñó e intentó librarse de ella. ¡Ahora se acordaba! Era el pequeño «alcahuate» de «La Uva del Simio». El que había estado en el palco cerca del *gubru* y lo dejó inconsciente cuando estaba a punto de escapar.

—Déjame solo —dijo—. ¡No necesito ninguna ayuda de un maldito traidor!

Al menos eso era lo que quería decir, pero lo soltó como un barboteo confuso.

—Muy bien, lo que tú digas —respondió la chima con firmeza. Lo levantó por un brazo y lo llevó de nuevo a la cama. A pesar de su pequeña estatura, tenía mucha fuerza.

Fiben gruñó al caer sobre el apelmazado colchón. Intentó de nuevo cobrar fuerzas, pero el pensamiento racional parecía aproximarse y alejarse como las olas del océano.

—Voy a darte algo. Dormirás diez horas como mínimo. Luego tal vez estés en condiciones de responder a unas preguntas.

Fiben no gastó energía en maldecirla. Dedicaba toda su atención a encontrar un punto central, algo en qué concentrarse. El *ánglico* ya no le servía, y probó el *galáctico-Siete*.

—*Na... Ka... tcha... kresh...* —contó con voz pastosa.

—Sí, sí —le oyó decir a ella—. Ahora ya sabemos que has recibido una buena educación.

Fiben abrió los ojos en el momento en que la chima se inclinaba sobre él con una cápsula en la mano. La rompió con los dedos y de ella salió una nube de denso vapor.

Intentó contener la respiración para no inhalar el gas anestésico, pero sabía que era inútil. Al mismo tiempo, no pudo dejar de apreciar que ella era en realidad muy bonita, con una mandíbula pequeña e infantil y una piel suave. Sólo su sonrisa irónica y amarga estropeaba la imagen.

—Querido mío, eres un chimp muy obstinado, ¿verdad? Ahora sé buen chico, respira y descansa —le ordenó.

Incapaz de contenerse por más tiempo, Fiben tuvo que respirar. Un olor dulce, parecido al de la fruta silvestre muy madura, invadió sus fosas nasales. La conciencia empezó a disiparse lentamente.

Fue entonces cuando advirtió que también ella había hablado en un perfecto galáctico-Siete, con un acento perfecto.

## EL GOBIERNO EN EL EXILIO

Megan Oneagle parpadeó para apartar las lágrimas de los ojos. Quería alejarse, no mirar, pero se obligó a contemplar la matanza una vez más.

Él gran holo-archivo mostraba una escena nocturna, una playa barrida por la lluvia que brillaba débilmente en distintos tonos de gris bajo unos tristes acantilados apenas visibles. No había estrellas ni lunas, ni ninguna luz en absoluto. Las cámaras habían trabajado al límite de sus posibilidades para tomar esas imágenes.

En la playa apenas podía distinguir cinco formas negras que llegaban a la orilla, corrían por la arena y empezaban a escalar los bajos y desmoronadizos farallones.

—Puede decirse que han seguido los procedimientos con precisión —explicó Prathachulthorn, un mayor de la marina de Terragens—. Primero, el submarino soltó a los buceadores de avance, los cuales se adelantaron para explorar y montar vigilancia. Luego, cuando confirmaron que la costa estaba despejada, salieron los saboteadores.

Megan contempló cómo unos pequeños botes, globos negros que se levantaban en medio de pequeñas nubes de burbujas, subían a la superficie y se dirigían a toda velocidad hacia la costa. Al llegar a tierra, se abrieron las compuertas y salieron más sombras oscuras.

Llevaban el mejor equipo posible y su preparación era insuperable. Eran infantes de marina de Terragens.

Megan sacudió la cabeza. Sin embargo, entendía lo que Prathachulthorn había querido decir. Si incluso esos profesionales habían fracasado, ¿quién iba a culpar a la Milicia Colonial de Garth por los desastres de los últimos meses? Las sombras negras avanzaron hacia los acantilados con las espaldas encorvadas bajo el peso de grandes bultos. Hacía ya semanas que los que quedaban aún bajo el mando de Megan, se habían sentado junto a ella, en las profundidades de su refugio submarino, para reflexionar sobre el fracaso de los tan bien trazados planes para una resistencia organizada. Los agentes y los saboteadores estaban a punto, las armas escondidas y las células organizadas. Entonces llegó el maldito gas de coerción de los *gubru*, y todas sus ideas cuidadosamente pensadas se derrumbaron bajo esas turbias nubes de humo letal.

Los pocos humanos que habían permanecido en el continente, a aquellas alturas ya debían de estar muertos o en un estado lamentable. Lo que resultaba frustrante era que nadie, ni siquiera el enemigo, parecía saber cuántos habían conseguido llegar a las islas a tiempo de recibir el antídoto y ser internados.

Megan evitaba pensar en su hijo. Con un poco de suerte se encontraría ya en la

isla Cilmar, reunido con sus amigos en algún bar, o quejándose ante un grupo de chicas simpáticas de que su madre no le hubiese dejado ir a la guerra. Megan sólo podía esperar y rezar para que ésta fuera la situación y para que la hija de Uthacalthing se hallase también a salvo.

Le causaba una gran perplejidad el no saber qué había sido del embajador *tymbrimi*. Uthacalthing había prometido reunirse con el Concejo Planetario en su escondite, pero nunca apareció. Se decía que su nave había intentado adentrarse en el espacio profundo, quedando destruida.

*Tantas vidas perdidas. ¿Para qué?*

Megan miró la pantalla justo en el momento en que los pequeños botes volvían a surcar las aguas. Cuando casi todos los hombres estaban ya subiendo por los acantilados.

Sin humanos, cualquier esperanza de resistencia era inútil. De los chimps más inteligentes, unos cuantos podían llevar a cabo unas pocas acciones aisladas, pero ¿qué se podía esperar de ellos sin sus tutores?

Uno de los propósitos de este desembarco había sido poner en marcha algún proyecto que se adaptara y ajustara a las nuevas circunstancias.

Por tercera vez, aunque ya sabía lo que iba a suceder, a Megan le sorprendió el repentino relámpago que iluminó la playa. En un instante, todo quedó inundado de brillantes colores.

Lo primero en explotar fueron los pequeños botes.

A continuación, los hombres.

—El submarino recogió la cámara y se sumergió justo a tiempo —murmuró el mayor Prathachulthorn.

La pantalla quedó a oscuras. La mujer, una teniente de infantería de marina que había manejado el proyector, encendió las luces. Los otros miembros del Concejo parpadearon, adaptándose a la luz. Algunos se frotaron los ojos.

Cuando habló de nuevo, los rasgos sudasiáticos del mayor Prathachulthorn estaban ensombrecidos por la gravedad de la cuestión.

—Es lo mismo que ocurrió durante la batalla espacial, y cuando lanzaron los gases sobre todas nuestras bases secretas. De alguna forma, siempre saben dónde estamos.

—¿Tienen alguna idea de cómo lo consiguen? —preguntó uno de los miembros del Concejo.

De un modo impreciso, Megan reconoció la voz que contestaba. Pertenecía a Lydia McCue, la oficial de infantería de marina. La joven movió negativamente la cabeza.

—Tenemos a todos nuestros técnicos trabajando en el problema. Pero hasta que no sepamos cómo lo averiguan, no queremos que se pierdan más vidas de hombres

con estos intentos clandestinos de desembarco.

—Creo que ahora no estamos en condiciones de proseguir la discusión de estos asuntos —dijo Megan, cerrando los ojos—. Declaro levantada la sesión.

Mientras se retiraba a su diminuta alcoba, Megan sintió que iba a llorar. En vez de eso se sentó en el borde de la cama, en completa oscuridad, y miró en dirección al lugar donde tenía las manos.

Después de unos instantes sintió que casi podía ver los dedos: unas pequeñas protuberancias que reposaban sobre sus rodillas. Imaginó que estaban manchados... de un rojo intenso, color sangre.

## ROBERT

Bajo tierra, en las profundidades, no había forma de notar el paso natural del tiempo. Y sin embargo, cuando Robert se despertó agitándose en la silla, sabía qué hora era. Tarde, demasiado tarde. Athaclena debería haber regresado horas antes.

Si no hubiese sido poco más que un inválido, habría hecho caso omiso de las objeciones de Micah y la doctora Soo y subido a la superficie para ver si volvía el grupo que había ido a atacar por sorpresa a los *gubru*, y al que hacía ya tanto tiempo que esperaban. Pero incluso así, los dos chimps científicos tuvieron casi que utilizar la fuerza para impedirselo.

De vez en cuando, todavía se le presentaban amagos de fiebre. Se secó la frente y reprimió unos temblores momentáneos. *No, pensó. ¡He de mantenerme controlado!*

Se puso de pie y avanzó cuidadosamente hacia el lugar de donde provenían los murmullos de una discusión.

Allí encontró a un par de chimps que trabajaban inclinados sobre la luz perlada de una vieja computadora de nivel diecisiete. Robert se sentó a sus espaldas, en una caja de embalaje, y los escuchó unos instantes. Cuando hizo una sugerencia, éstos la aceptaron y funcionó. De inmediato, prescindió de sus preocupaciones y se puso a trabajar, ayudando a los chimps a confeccionar programas de tácticas militares para una máquina que no había sido diseñada para nada más hostil que el ajedrez. Luego alguien y le ofreció una jarra de zumo. Bebió. Luego, le tendieron un bocadillo. Comió.

Después de un lapso indeterminado de tiempo, un grito resonó en la cámara subterránea. Unos pies se movían a toda prisa sobre los bajos puentes de madera. Los ojos de Robert se habían acostumbrado al brillo de la pantalla y en la oscuridad distinguió unos chimps que se apresuraban hacia el túnel que conducía a la superficie, cogiendo armas diversas a su paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó, agarrando a la sombra oscura que corría más cerca de él.

Fue como hablar a las paredes. El chimp se soltó y, sin mirarlo siquiera, desapareció por el escabroso túnel.

Llamó a otro chimp y éste se detuvo y lo miró con nerviosismo.

—Es la expedición —explicó el chimp—. Han regresado. Al menos he oído a unos cuantos.

Robert lo dejó marchar. Empezó a recorrer la cámara con la mirada buscando un arma para él. Si el grupo había sido perseguido hasta allí...

Como era natural, no encontró nada adecuado. Advirtió con amargura que un rifle

no iba a servirle de nada, ya que tenía el brazo derecho inmovilizado. Y de todos modos, los chimps seguramente no le permitirían luchar. Si existía algún peligro, lo más probable era que lo llevaran en brazos a cuevas más profundas.

Durante unos instantes reinó el silencio. Unos cuantos chimps ancianos esperaban junto a él la explosión de los disparos.

En cambio oyeron voces, cada vez más fuertes. Y los gritos parecían más de alegría que de temor.

Sintió que algo lo acariciaba por encima de las orejas. Desde el accidente no había podido practicar mucho, pero la sencilla empatía de Robert captó una sombra familiar. Empezó a tener esperanzas.

Un grupo de figuras charlatanas dobló el recodo, neo-chimpancés sucios y harapientos que portaban armas; algunos de ellos con vendajes. En el instante en que vio a Athaclena se soltó un nudo en el interior de Robert.

Pero con la misma rapidez, otra preocupación tomó su lugar. Era evidente que la chica *tymbrimi* había estado utilizando las transformaciones *gheer*. Vio los contornos agitados de su fatiga y su cara demacrada.

Además, Robert comprendió que ella seguía en plena tarea. Su corona estaba desplegada, brillando sin luz.

Los chimps apenas se dieron cuenta de ello, ya que los que habían permanecido en casa en seguida acosaron a preguntas a los alegres expedicionarios. Pero Robert advirtió que Athaclena se estaba concentrando internamente para representar aquel estado de ánimo. Era demasiado tenue, demasiado incierto como para sostenerse por sí solo sin la ayuda de ella.

—¡Robert! —Sus ojos se agrandaron—. ¿No deberías estar en cama? La fiebre empezó a bajarte ayer.

—Me encuentro bien, pero...

—Bien, me alegro de verte por fin en pie.

Robert vio que dos formas cubiertas de vendajes eran llevadas en camilla a toda prisa hacia el improvisado hospital. Pudo sentir el esfuerzo que hacía Athaclena para que desviara la atención de los dos soldados heridos, tal vez a punto de morir, hasta que desaparecieron de su vista. Sólo gracias a la presencia de los chimps, Robert mantenía la voz baja y apacible.

—Quiero hablar contigo, Athaclena.

Ella le miró a los ojos y, durante un breve instante, Robert creyó estar captando una débil forma que giraba sobre los zarcillos flotantes de su corona. Era un glifo atormentado.

Los recién llegados guerreros estaban atareados con la comida y la bebida, fanfarroneando ante sus impacientes compañeros. Sólo Benjamín, con el distintivo de teniente cosido a mano en la manga, permaneció con toda seriedad junto a Athaclena.



—Muy bien —asintió ella—. Vamos a un lugar donde podamos hablar a solas.

—Dejadme adivinar —dijo Robert, sin ambages—. Os han dado una patada en el culo.

El chimp Benjamín frunció el ceño, pero no lo contradijo. Desplegó un mapa y señaló un punto.

—Ahí los golpeamos, en la quebrada Yenching. Era nuestra cuarta incursión, y creíamos saber lo que podíamos esperar.

—La cuarta. —Robert se dirigió a Athaclena—. ¿Desde cuándo dura todo esto?

Ella había estado pellizcando con delicadeza un pastelito relleno con algo muy aromático. Arrugó la nariz.

—Hemos estado practicando durante una semana, Robert. Pero ésta era la primera vez que intentábamos hacer un daño verdadero.

—¿Y?

Benjamín parecía insensible al estado de ánimo ecuánime de Athaclena. Tal vez era una pose intencionada, ya que ella necesitaba al menos un ayudante cuyo razonamiento no se viese afectado. O quizá se trataba de que era demasiado listo. El chimp puso los ojos en blanco.

—El daño nos lo han hecho a nosotros —siguió explicando—. Nos dividimos en cinco grupos. La señorita Athaclena insistió en que debía ser así, y eso nos salvó la vida.

—¿Cuál era vuestro objetivo?

—Una pequeña patrulla. Dos tanques flotantes ligeros y un par de vehículos de superficie abiertos.

Robert examinó el emplazamiento en el mapa, donde una de las pocas carreteras se adentraba en la primera cordillera de montañas. Por lo que le habían dicho, rara vez se veía al enemigo más arriba del Sind.

Parecían satisfechos con controlar el espacio, el archipiélago y la estrecha franja colonizada de la costa en torno a Puerto Helenia.

Después de todo, ¿por qué tenían que preocuparse por las zonas rurales? Casi todos los humanos estaban encerrados. Garth era suyo.

Al parecer, las tres primeras incursiones de los rebeldes habían sido sólo ejercicios. Unos pocos suboficiales de la antigua milicia que intentaban enseñar a una nueva hornada de reclutas cómo moverse y luchar entre las sombras de la jungla. Pero a la cuarta salida se habían sentido preparados para tomar contacto con el enemigo.

—Desde el principio parecían saber dónde estábamos —prosiguió Benjamín—. Los seguimos mientras patrullaban, practicando cómo escondernos entre los árboles sin perderlos de vista, como las veces anteriores. Entonces...

—Entonces atacasteis de verdad a la patrulla.

—Sospechábamos que sabían dónde estábamos —asintió Benjamín—, pero debíamos tener plena certeza de ello. A la general se le ocurrió un plan...

Robert parpadeó, y luego asintió. Aún no estaba acostumbrado al nuevo título honorífico de Athaclena. Su asombro crecía a medida que escuchaba a Benjamín relatar la acción de aquella mañana.

La emboscada había sido planeada de modo que cada uno de los cinco grupos pudiera disparar por turno a la patrulla con el mínimo riesgo.

Y sin muchas posibilidades de dañar al enemigo, observó Robert. Los emboscados estaban casi siempre demasiado arriba o demasiado lejos para poder efectuar buenos disparos. Con rifles de caza y granadas de choque, ¿qué daño podían hacerles?

En el primer intercambio de disparos resultó destruido un pequeño vehículo de superficie *gubru* y otro resultó ligeramente dañado antes de que el fuego de los tanques obligara a cada grupo a retirarse. La ayuda aérea llegó rápidamente de la costa, y los rebeldes apenas tuvieron tiempo de escapar. La fase agresiva de la incursión había terminado en menos de quince minutos. Habían tardado mucho más en retirarse y borrar las huellas.

—Pero no lograsteis engañar a los *gubru*, ¿verdad? —preguntó Robert.

—Siempre parecían saber dónde estábamos. —Benjamín sacudió la cabeza—. Es un milagro que hayamos podido atacarlos y un milagro mayor que hayamos escapado.

Robert miró a la «general». Iba a manifestar su desacuerdo, pero consultó el mapa una vez más mientras reflexionaba sobre las posiciones que habían tomado los emboscados. Siguió las líneas de fuego y las rutas de la retirada.

—Has tenido mucha imaginación —le dijo por fin a Athaclena.

Los ojos de ella se juntaron ligeramente y se separaron de nuevo, el equivalente *tymbrimi* de encogerse de hombros.

—Pensé que no debíamos acercarnos demasiado en nuestro primer encuentro.

Robert asintió. Si hubiesen elegido lugares «mejores» y más cercanos al enemigo, muy pocos chimps, o ninguno, hubieran regresado con vida.

El plan había sido bueno.

No, no bueno. Inspirado. No había sido pensado para dañar al enemigo sino para recuperar la confianza. Las tropas se habían dispersado de forma que cada grupo pudiese disparar a la patrulla con un mínimo riesgo. Los rebeldes habían regresado tambaleándose, pero lo más importante era que habían vuelto.

Pero estaban heridos. Robert sintió el cansancio de Athaclena, en parte por el esfuerzo y en parte por mantener la moral de victoria en todos los integrantes del grupo.

Notó que le tocaban la rodilla, y tomó la mano de Athaclena entre las suyas. Sus largos y delicados dedos se cerraron con mucha fuerza y sintió su pulso de triple latido.

Sus ojos se encontraron.

—Convertimos un posible desastre en un éxito menor —dijo Benjamín—, pero mientras el enemigo sepa siempre dónde estamos no creo que podamos hacer nada más que jugar al escondite, e incluso ese juego puede costarnos más de lo que podemos pagar.

## FIBEN

Fiben se rascó la nuca y miró irritado hacia el otro lado de la mesa. Así que ésa era la persona con la que debía contactar, la brillante alumna de la doctora Taka, la futura líder del movimiento urbano clandestino.

—¿Qué majadería fue aquélla? —la acusó—. Me dejaste entrar en ese club totalmente ciego e ignorante. Anoche casi me cogieron una docena de veces. ¡Me podrían haber matado!

—Fue hace dos noches —le corrigió Gaillet Jones. Estaba sentada en una silla de respaldo recto y se alisaba la seda azul de su sarong—. Y de todos modos, yo estaba allí, en la puerta de «La Uva del Simio», esperando para contactar contigo. Te vi llegar solo, con aspecto de forastero y vistiendo una camisa de trabajo a cuadros, y te abordé con la contraseña.

—¿Rosa? —Fiben la miró con sorpresa—. Te acercas a mí y me susurras rosa, ¿y se supone que ésa debía de ser la puñetera contraseña?

En circunstancias normales no hubiese utilizado un lenguaje tan vulgar en presencia de una dama. En aquel momento, Gaillet Jones parecía el tipo de persona que había esperado encontrar en un principio: una chima culta y bien educada. Pero la había visto de otro modo y no iba a ser capaz de olvidarlo.

—¿A eso llamas contraseña? Me dijeron que buscara a un pescador.

Sus propios gritos lo sobresaltaron. Aún sentía la cabeza como si hubiese sufrido pérdidas de masa encefálica por cinco o seis sitios. Ya no tenía los músculos acalambrados, pero aún sentía dolor en todo el cuerpo, y su humor no aguantaba bromas.

—¿Un pescador? ¿En esa zona de la ciudad? —Gaillet Jones frunció el ceño y su rostro se ensombreció unos instantes—. Escucha, la situación era caótica cuando llamé al centro para darle un mensaje a la doctora Taka. Imaginé que su grupo estaba acostumbrado a guardar secretos y que podrían convertirse en un núcleo ideal de resistencia. Sólo tuve unos momentos para pensar cómo establecer contacto antes de que los *gubru* se apoderaran de las líneas telefónicas. Supuse que ya estaban grabando las conversaciones, así que las palabras debían tener un tono coloquial, ya sabes, ese tipo de lenguaje que sus ordenadores no pudieran interpretar fácilmente. — Se detuvo de pronto, llevándose una mano a la boca—. ¡Oh, no!

—¿Qué? —Fiben se inclinó hacia delante.

—Le dije a ese estúpido telefonista del centro —prosiguió ella después de pestañear— cómo tenía que vestir su emisario, dónde debía encontrarme y que yo me haría pasar por un anzuelo.

—¿Por un qué? No te entiendo. —Fiben movió la cabeza negativamente.

—Es una palabra arcaica, del argot humano que se usaba antes del Contacto, para designar a una persona que ofrece relaciones sexuales ilícitas a cambio de dinero.

—¡Por Ifni! ¡Vaya una idea más estúpida y puñeteramente idiota! —espetó Fiben.

—Muy bien, listillo —le respondió Gaillet con vehemencia—. ¿Qué podía hacer yo? El ejército se estaba desmoronando. Nadie había pensado siquiera qué hacer si todos los humanos de la isla eran apartados repentinamente de la cadena de mando. Tuve esa disparatada idea de empezar de cero un movimiento de resistencia. Y entonces intenté concertar una cita.

—Sí, sí, haciéndote pasar por alguien que ofrece servicios ilícitos en la puerta de un local donde los *gubru* estaban incitando a un desenfreno sexual.

—¿Cómo iba a saber yo lo que querían hacer y que habían escogido ese pequeño y soporífero club para llevarlo a cabo? Imaginé que las prohibiciones sociales se relajarían lo suficiente para que pudiera interpretar mi papel y abordar a los forasteros. ¡Pero nunca se me ocurrió pensar que se relajarían tanto! Supuse que si me acercaba a alguien por error se sorprendería y reaccionaría como tú lo hiciste.

—Pero no fue así.

—¡No, claro que no! Antes de que llegases aparecieron varios chimps solitarios, vestidos de una forma semejante a la que esperaba de ti. El pobre Max tuvo que atontar a unos cuantos, y el callejón estaba empezando a llenarse, pero ya no había tiempo para cambiar el lugar de la cita o la contraseña.

—¡Una contraseña que nadie entendió! ¿Anzuelo? Tendrías que haber pensado que eso podía prestarse a confusiones.

—Yo sabía que la doctora Taka lo entendería. Solíamos ver y discutir juntas viejas películas. Habíamos estudiado las palabras arcaicas que se utilizaban en ellas. Lo que no comprendo es por qué ella... —su voz se debilitó al ver la expresión en el rostro de Fiben—. ¿Por qué?, ¿por qué me miras de ese modo?

—Lo siento. Acabo de darme cuenta de que no lo sabes —Fiben movió la cabeza—. Mira, la doctora Taka murió cuando recibimos tu mensaje, a causa de una reacción alérgica al gas de coerción.

—Me lo temí cuando vi que no llegaba a la ciudad para ser internada. —Gaillet estaba deprimida—. Es... una gran pérdida. Desvió la mirada, trasluciendo unos sentimientos mucho más profundos de lo que sus palabras revelaban.

Al menos se había ahorrado presenciar el final del centro Howletts entre las llamas, las ambulancias llenas de hollín que corrían de un lado para otro y la cara vidriosa y agonizante de su mentora mientras el gas ecdémico se cobraba su cruel y estadístico tributo. Fiben había visto filmaciones de aquella noche colmada de terror. Las imágenes permanecían inmóviles en las capas oscuras de su mente.

Gaillet recobró el ánimo, dejando su dolor para más tarde. Se secó los ojos y se

encaró a Fiben con las mandíbulas hacia adelante en actitud de desafío.

—Tenía que ocurrírseme algo que un chimp pudiera comprender, pero no los ordenadores de lenguaje de los ETs. No va a ser la última vez que debemos improvisar. Pero lo más importante es que estás aquí y que los dos grupos ya están en contacto.

—Casi me matan —señaló él, aunque esta vez le pareció un poco grosero mencionarlo.

—Pero no te mataron, y hay muchas formas de convertir tu pequeña desventura en algo ventajoso. Por la calle todavía se habla de lo que hiciste esa noche, ¿sabes?

¿Había una débil e incierta nota de respeto en su voz? ¿Se trataba tal vez de una oferta de paz?

De repente, todo le pareció excesivo. Excesivo para él. Supo que aquello era un error a realizar en el momento menos adecuado, pero él no podía sustraerse. Se sometió.

—¿Un anzuelo...? —rió, aunque a cada sacudida su cerebro parecía traquetear dentro de la cabeza—. ¿Un anzuelo? —Echó la cabeza hacia atrás y gritó golpeando los brazos del sillón. Fiben se desplomó riendo a carcajadas y pataleando—. ¡Oh, Dios mío, era eso precisamente lo que tenía que buscar!

Gaillet Jones lo miró mientras él hacía una pausa para respirar. Ni siquiera le importaba que llamase a Max, el chimp grande, para que le diese otra dosis de anestesia.

Todo aquello era excesivo.

Fiben comprendió que si la mirada de Gaillet en aquel momento significaba algo, aquella alianza comenzaba ya de un modo inestable.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de Rayo y Garra montó en su vehículo privado y aceptó los saludos de su escolta de soldados de Garra. Se trataba de tropas cuidadosamente seleccionadas, con las plumas muy bien arregladas y las crestas teñidas con colores que indicaban la graduación y la unidad. El ayudante *kwackoo* del almirante se adelantó para tomar su túnica ceremonial. Cuando todos estuvieron situados en sus perchas, el piloto despegó con los gravíticos, dirigiéndose hacia las obras de defensa que se estaban construyendo en las colinas bajas, al este de Puerto Helenia.

El Suzerano de Rayo y Garra contempló en silencio cómo pasaba bajo ellos la nueva verja de la ciudad y las granjas de aquella pequeña colonia terrestre.

El coronel más viejo, segundo en la cadena de mando, lo saludó batiendo el pico con fuerza.

—¿El cónclave ha ido bien? ¿De un modo adecuado? ¿De un modo satisfactorio? —le preguntó el coronel.

El Suzerano de Rayo y Garra prefirió pasar por alto la improcedencia de la pregunta. Resultaba más útil tener como segundo a alguien que pensase, que a uno cuyo plumaje estuviera siempre muy arreglado. El rodearse de criaturas como aquéllas era uno de los motivos por los que el Suzerano había ganado su candidatura. El almirante ofreció a su inferior una desdeñosa mirada de asentimiento.

—Nuestro consenso es ya el adecuado, suficiente e indispensable.

El coronel le hizo una reverencia y regresó a su lugar. Sabía, por supuesto, que el consenso, en aquellas fases iniciales de la Muda, nunca era perfecto. Todo el mundo podía verlo en la expresión triste y ojerosa del Suzerano.

El Cónclave de Mando más reciente había resultado especialmente incierto, y algunos de sus aspectos habían irritado mucho al almirante.

El Suzerano de Costes y Prevención presionaba para que la mayor parte de la flota de apoyo fuese enviada en ayuda de otras operaciones *gubru* que se desarrollaban lejos de allí. Y por si eso fuera poco, el tercer líder, el Suzerano de la Idoneidad, seguía insistiendo en que lo llevaran a todas partes en su percha, pues se negaba a poner los pies en el suelo de Garth hasta que todo estuviese arreglado con minuciosidad. El sacerdote tenía todo el plumaje ahuecado y se mostraba inquieto con respecto a un buen número de asuntos: demasiadas muertes humanas debidas al gas de coerción, el inminente fracaso del Proyecto de Recuperación de Garth, el insignificante tamaño de la Sección de la Biblioteca Planetaria, el estado de Elevación de los ignorantes y presensitivos neochimpancés.

Parecía que cada uno de estos temas iba a necesitar un nuevo planteamiento, otra

tensa negociación, otra batalla por el consenso.

Y sin embargo, existían otros asuntos mucho más profundos que aquellas cuestiones efímeras. Los Tres habían empezado a discutir también sobre temas fundamentales y así el proceso comenzó, en cierto modo, a ser divertido. Los aspectos agradables del Triunvirato emergían especialmente cuando bailaban y cantaban discutiendo sobre asuntos importantes.

Hasta entonces, parecía que el salto hacia el estatus de reina iba a ser directo y fácil para el almirante, ya que había permanecido a la cabeza desde el principio. Pero ahora, el Suzerano de Rayo y Garra empezó a darse cuenta de que no iba a serlo tanto. Aquélla no iba a ser una Muda trivial.

Las mejores nunca lo eran, naturalmente. Unas facciones muy diversas se habían visto implicadas en la elección de los tres líderes de la fuerza expedicionaria, ya que los Maestros de la Percha tenían esperanzas de ver surgir una nueva política unificada gracias a esta terna concreta. Para que eso sucediese, los Tres tenían que ser inteligentes y muy distintos entre sí.

Y ahora empezaba a quedar claro lo inteligentes y lo distintos que eran. Algunas de las ideas presentadas por los demás eran buenas, y un tanto desconcertantes.

*Tienen razón en una cosa, tuvo que admitir el almirante. No sólo debemos conquistar, vencer, aplastar a los lobeznos. ¡Debemos desacreditarlos!*

El Suzerano de Rayo y Garra había estado tan concentrado en las cuestiones militares que se había habituado a considerar a sus compañeros como obstáculos.

*Eso fue erróneo, impertinente y desleal por mi parte, pensó el almirante.*

Sí, había que esperar con devoción que el burócrata y el sacerdote fueran tan brillantes en sus respectivos campos como lo era el almirante en materia militar. ¡Si Idoneidad y Administración manejaban sus propósitos con la misma brillantez con que había tenido lugar la invasión, aquél iba a ser un trío memorable!

El Suzerano de Rayo y Garra sabía que muchas cosas ya estaban ordenadas de antemano, desde la época de los Progenitores, hacía mucho, mucho tiempo. Mucho antes de que hubiera clanes de lobeznos indignos y herejes, y *tymbrimi* y *thenanios* y *soro*... Era vital que el clan de los *gooksyu-gubru* triunfara en aquella época de crisis. ¡El clan tenía que alcanzar grandeza!

El almirante reflexionó sobre el modo en que se habían establecido las bases de la derrota terrestre muchos años antes. Cómo las fuerzas *gubru* habían podido detectar y contrarrestar cada uno de sus movimientos. Y cómo el gas de coerción había acabado con todos sus planes. Ésas habían sido ideas del propio Suzerano, junto con los miembros de su equipo. Debieron transcurrir muchos años antes de verlas realizadas.

El Suzerano de Rayo y Garra estiró los brazos sintiendo una tensión en los flexores que, mucho tiempo atrás, antes de la Elevación de su especie, habían llevado volando a sus ancestros por las cálidas y secas corrientes del planeta natal de los



*gubru.*

*¡Sí! Déjemos que las ideas de mis compañeros sean también audaces, imaginativas, brillantes...*

*Dejemos que sean parecidas, próximas, semejantes a las mías pero no tan brillantes como ellas.*

El Suzerano empezó a arreglarse el plumaje al tiempo que el crucero se elevaba y se dirigía hacia el este bajo un cielo tachonado de nubes.

## ATHACLENA

—Aquí dentro me voy a volver loco. ¡Me siento encerrado como un prisionero!

Robert paseaba nervioso, acompañado por las sombras gemelas que proyectaban las dos únicas lámparas incandescentes de la cueva. Su austera luz brillaba sobre las capas de humedad que se filtraban en las paredes de la cámara subterránea.

Robert tensó el brazo izquierdo, y sus tendones se marcaron desde el puño al codo y al hombro de apreciable musculatura. Golpeó un armario cercano y el ruido resonó en los túneles.

—Te lo advierto, Clennie. No voy a poder esperar mucho más. ¿Cuándo me dejarás salir de aquí?

Robert volvió a golpear el armario, dando rienda suelta a su frustración, y Athaclena se sobresaltó. Dos veces, por lo menos, había parecido dispuesto a utilizar su brazo herido en lugar del bueno.

—Robert —le dijo—. Has mejorado mucho. Pronto podrán quitarte el yeso. Por favor, no te arriesgues ahora haciéndote daño.

—No cambies de tema —la interrumpió—. Incluso con el yeso podría estar fuera, entrenando a las tropas y explorando las posiciones de los *gubru*. Pero me tienes atrapado aquí abajo, programando miniordenadores y clavando alfileres en los mapas. ¡Me voy a volver chiflado!

Robert manifestaba categóricamente su frustración. Athaclena le había pedido que la disimulara. *Que le echase tierra encima*, como decía la metáfora. Por algún motivo, ella parecía particularmente susceptible a sus arranques emocionales, tan tormentosos y disparatados como los de cualquier adolescente *tymbrimi*.

—Robert, sabes que no podemos arriesgarnos a dejarte salir a la superficie. Las naves de gases de los *gubru* han barrido varias veces nuestras instalaciones soltando sus humos mortales. Si en esas ocasiones hubieras estado fuera, quizás ahora irías camino de la isla Cilmar; te habríamos perdido. Y eso en el mejor de los casos. Tiemblo imaginando el peor.

El pelo de Athaclena se erizó ante tal pensamiento y los zarcillos de su corona se ondularon de agitación.

Había sido sólo cuestión de suerte el que Robert fuera rescatado del feudo de los Mendoza justo antes de que los persistentes robots de búsqueda *gubru* arremetieran contra el pequeño rancho de las montañas.

El que hubieran camuflado y desconectado todos los aparatos eléctricos no impidió que los encontraran.

Meline Mendoza y los niños partieron de inmediato hacia Puerto Helenia, a

tiempo, presumiblemente, de recibir tratamiento. Juan Mendoza no tuvo tanta suerte. Se quedó rezagado para cerrar unas cuantas trampas de exploración ecológica y sufrió una reacción alérgica al gas de coerción que lo mató en cinco convulsivos minutos, mientras echaba espuma por la boca y se retorció ante las miradas impotentes de sus compañeros chimps.

—Tú no estabas allí y no viste cómo murió Juan, Robert, pero seguro que te ha llegado la información. ¿Quieres arriesgarte y morir de ese modo? ¿No sabes lo a punto que hemos estado ya de perderte?

Sus ojos se encontraron, los castaños de él y los grises con motas doradas de ella. Athaclena notó la determinación de Robert y también el esfuerzo que hacía para controlar su obstinada ira. Poco a poco, el brazo de Robert se aflojó. Respiró profundamente y se sentó en una silla con respaldo de lona.

—Lo sé, Clennie. Y sé también cómo te sientes. Pero tienes que comprender que soy parte de todo esto. —Se inclinó hacia adelante. Su expresión ya no era de enojo, pero continuaba siendo intensa—. Acepté la petición de mi madre y te acompañé fuera de la ciudad, en lugar de unirme a mi destacamento del ejército, porque Megan dijo que era importante. Pero ahora ya no eres mi huésped en la jungla. ¡Estás organizando un ejército! Y yo me siento tan inútil...

—Ambos sabemos —Athaclena suspiró— que no será un verdadero ejército. A lo sumo será un gesto. Algo que dé esperanzas a los chimps. Y de todas formas, tú, como oficial de Terragens, puedes relevarme en el mando cuando quieras.

—No quiero decir eso —Robert movió la cabeza negativamente—. No soy tan orgulloso como para pensar que yo lo habría hecho mejor. No tengo carisma de líder, y lo sé. Todos los chimps te adoran y creen en tu misterio *tymbrimi*. Y sin embargo, soy probablemente el único humano que queda en estas montañas con preparación militar, algo que puede sernos muy útil si queremos tener alguna posibilidad de...

Robert se detuvo de repente y levantó los ojos para mirar detrás de Athaclena. Ésta se volvió y vio a una pequeña chima con pantalón corto y bandolera que entraba en la cámara subterránea.

—Discúlpeme, general, capitán Oneagle, pero el teniente Benjamín acaba de llegar. Uf, ha informado que las cosas no están mucho mejor en el Valle de la Primavera. Allí ya no quedan humanos, pero los destacamentos de todos los cañones son atacados con gases por los malditos robots al menos una vez al día. No parece que hayan dejado de hacerlo en ninguno de los lugares a los que han llegado nuestros mensajeros.

—¿Y los chimps del Valle de la Primavera? —preguntó Athaclena—. ¿Sufren los efectos del gas? Recordó a la doctora Schultz y cómo el gas había afectado a algunos de los chimps del centro.

—No, señora —la mensajera movió negativamente la cabeza—. Ya no. En todas

partes parece ocurrir lo mismo. Todos los chimps sus... susceptibles han sido trasladados a Puerto Helenium. Todas las personas que quedan en las montañas deben ser inmunes.

Athaclena miró a Robert, y seguramente tuvieron el mismo pensamiento.

*Todas las personas menos una.*

—¡Malditos sean! —exclamó Robert—. ¿No van a parar nunca? Tienen cautivos al noventa y nueve por ciento de los humanos. ¿Qué necesidad hay de seguir atacando con gas todas las cabañas y cobertizos?

—Es evidente que tienen miedo del *Homo sapiens*, Robert —sonrió Athaclena—. Después de todo, sois aliados de los *tymbrimi*, y nosotros no escogemos como amigos a especies inofensivas.

Robert frunció el ceño y sacudió la cabeza. Pero Athaclena extendió su aura para tocarlo, para dar un codazo a su personalidad y obligarlo a levantar la vista y percibir el buen humor de su mirada. En contra de su voluntad, surgió una lenta sonrisa que acabó en carcajada.

—Supongo —rió Robert— que después de todo esos pájaros no son tan idiotas. Es mejor estar a salvo que tener que lamentar una desgracia, ¿verdad?

Athaclena asintió y formó un glifo de aprecio en su corona, uno muy simple que él pudiera captar.

—No, Robert, no son tan idiotas Pero se les ha escapado un humano, por lo menos, así que sus problemas aún no han terminado.

La pequeña mensajera neochimp miró a la *tymbrimi* y al humano y suspiró. A ella todo le parecía terrible, nada divertido. No podía comprender por qué reían.

Debía de ser algo sutil y complicado. El humor de los tutores... siempre tan seco e intelectual. Algunos chimps competían en ese aspecto, eran seres extraños que diferían de los otros neochimpancés no tanto en inteligencia como en algo mucho menos definible.

Ella no envidiaba a esos chimps. La responsabilidad era una cosa pavorosa, mucho más intimidante que luchar contra un poderoso enemigo o incluso morir.

Era la posibilidad de que la dejaran sola, y eso la aterrorizaba. Podía no entender por qué reían aquellos dos, pero le hacía bien oírlos.

Cuando Athaclena se volvió para hablar con ella, la mensajera adoptó una posición más erguida.

—Quiero oír el informe del teniente Benjamín personalmente. ¿Quieres transmitir mis saludos a la doctora Soo y pedirle que se reúna con nosotros en la cámara de operaciones?

—Sí... ser —la pequeña chima saludó y se marchó corriendo.

—Robert —dijo Athaclena—, agradeceremos tu opinión.

—En seguida, Clennie —respondió mirándola con una expresión distante en el

rostro—. Dentro de unos minutos apareceré en la sala de operaciones. Primero quiero reflexionar sobre algo.

—De acuerdo —asintió Athaclena—. Hasta ahora. Giró sobre sus talones y siguió a la mensajera por un pasillo tallado por el agua, iluminado con tenues luces incandescentes y salpicado de los reflejos de las estalactitas que goteaban.

Robert la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Se puso a pensar rodeado de un silencio casi absoluto.

*¿Por qué los gubru insisten en inundar de gas las montañas cuando ya no quedan humanos en ellas? Debe de suponerles un gasto terrible, aunque los robots gaseadores sólo ataquen cuando detectan una presencia terrestre.*

*¿Y cómo pueden detectar edificios, vehículos e incluso chimps aislados, por más ocultos que se hallen?*

*En estos momentos poco importa que se dediquen a lanzar gas sobre nuestros enclaves de la superficie. Los robots gastadores son sólo máquinas y no saben que estamos preparando un ejército en este valle. Lo único que hacen es captar «terrestres», llevar a cabo su trabajo y marcharse otra vez.*

*Pero ¿qué ocurrirá cuando empecemos nuestras operaciones y atraigamos la atención de los propios gubru?*

*Entonces no podremos permitir que nos detecten.*

Existía otra razón sumamente básica para encontrar respuesta a esas preguntas.

*Mientras esto continúe seguiré atrapado aquí.*

Robert escuchaba el débil tintineo de las gotas de agua que se filtraban por la pared más próxima y pensaba en el enemigo.

En realidad, los problemas en Garth eran poco más que una escaramuza en comparación a las grandes batallas que conmovían a las Cinco Galaxias. Los *gubru* no podían inundar el planeta entero. Aquello les supondría un gasto demasiado grande en aquel pequeño y apartado teatro de operaciones.

Así que habían soltado a un enjambre de robots baratos y estúpidos, aunque eficientes, que se dirigían contra todo lo que no fuese nativo de Garth... contra todo lo que tuviera un aroma de la Tierra. En aquellos momentos estaban atacando sólo a chimps irritados y resentidos, inmunes al gas de coerción, y a los edificios vacíos de todo el planeta.

Era algo fastidioso, y también efectivo. Debían encontrar alguna manera de detenerlo.

Robert tomó una hoja de papel de un cuaderno que se hallaba en el extremo de la mesa. Escribió los principales sistemas que podían estar usando los robots gaseadores para detectar a los terrestres en un planeta alienígena.

## IMÁGENES ÓPTICAS

INFRARROJOS DE CALOR CORPORAL  
EXPLORACIÓN DE LA RESONANCIA  
PSI  
DISTORSIÓN DE LA REALIDAD

Robert lamentaba haber estudiado tantos cursos de administración pública y tan pocos de tecnologías galácticas. Estaba seguro de que los archivos de la Gran Biblioteca, con su antigüedad de gigaaños, contenían muchos más métodos de detección además de esos cinco. Por ejemplo, ¿y si los robots gaseadores persiguieran un olor terráqueo, localizando todo lo terrestre con el sentido del olfato?

No. Sacudió la cabeza. Había llegado a un punto en el que tenía que acortar la lista, dejando de lado cosas que obviamente eran ridículas, o al menos dejarlas como último recurso.

Los rebeldes disponían de una minisección de la Biblioteca, rescatada del desastre del centro Howletts. Las posibilidades de que contuviese información de aplicación militar eran bastante escasas. Se trataba de una sección muy diminuta que no contenía más que todos los libros escritos por la Humanidad en épocas previas al Contacto, y estaba especializada en Elevación e ingeniería genética.

*Quizá podríamos accionar en Tanith, en la Biblioteca Central del Distrito.*

Robert sonrió ante lo irónico de tal pensamiento. Incluso a las personas encarceladas por el invasor se les suponía el derecho de consultar la Biblioteca galáctica cuando quisieran. Era parte del Código de los Progenitores.

*¡Exacto!, rió entre dientes ante tal idea. Lo único que tenemos que hacer es dirigirnos al cuartel general de ocupación gubru y exigirles que transmitan nuestra petición a Tanith... ¡una solicitud de información sobre la tecnología del invasor!*

*Tal vez hasta se avendrían a ello. Después de todo, con la confusión que reina en las galaxias, la Biblioteca debe de estar saturada de peticiones como ésta. Con un poco de suerte, nos llegaría la respuesta durante el próximo siglo.* Examinó su lista. Al menos esos métodos los conocía o había oído hablar de ellos.

Primera posibilidad: podía haber un satélite sobre el planeta, con complejos medios de exploración óptica, que inspeccionase Garth palmo a palmo buscando formas regulares que significasen edificios o vehículos. Un satélite de aquellas características podía guiar a los robots gaseadores hacia sus objetivos.

Factible, pero ¿por qué lanzaban gas una y otra vez en los mismos lugares? ¿Ese satélite no podía recordarlo? ¿Y cómo podía un satélite enviar a los robots al ataque de grupos aislados de chimps que se movían bajo los árboles de la espesa jungla?

La lógica inversa era válida para el argumento de los rayos infrarrojos. Las máquinas no podían tener como objetivo el calor corporal. Los robots teledirigidos de los *gubru* seguían atacando, por ejemplo, edificios vacíos, fríos y abandonados desde

hacía varias semanas.

Robert no poseía la experiencia suficiente para poder eliminar todas las posibilidades de la lista. No sabía nada acerca de las ondas psi ni de su extraña prima, la física de la realidad. Las semanas transcurridas con Athaclena habían empezado a abrirle algunas puertas, pero estaba lejos de ser algo más que un lego en unos temas que aún hacían estremecer de temor supersticioso a muchos humanos y chimps.

*Bueno, ya que estoy aquí dentro sin poder moverme, debería aprovechar para ampliar mis conocimientos.*

Empezó a ponerse de pie, con la idea de reunirse con Athaclena y Benjamín, pero se detuvo de repente.

Mirando la lista de posibilidades advirtió que existía una más que había olvidado.

*Una forma para que los gubru puedan penetrar en nuestras defensas con tanta facilidad... Un modo que les permita encontrarnos una y otra vez, por más que nos escondamos. Un modo de inutilizar todos nuestros movimientos.*

No quería hacerlo, pero se obligó honestamente a coger una vez más la pluma.

Escribió una sola palabra.

TRAICIÓN

## FIBEN

Aquella tarde, Gaillet llevó a Fiben a recorrer Puerto Helenia, o al menos las zonas que el invasor no había situado fuera de los límites de la población neochimpancé.

Las barcas de pesca todavía iban y venían de los muelles situados al extremo sur de la ciudad. Pero iban tripuladas sólo por marineros chimps. Y menos de la mitad del número habitual se dirigían mar adentro, dando grandes rodeos para evitar la nave fortaleza de los *gubru* que ocupaba la mitad de la boca de la Bahía de Aspinal.

En los mercados vieron algunos artículos en abundancia. El resto de las estanterías estaba prácticamente vacío debido a la escasez y al acaparamiento. El dinero colonial aún servía para ciertas cosas como el pescado y la cerveza. Pero para comprar carne o fruta fresca sólo se podían usar las bolitas de dinero galáctico. Los tenderos irritados habían empezado a comprender el significado de «inflación», un término arcaico.

Al parecer, la mitad de la población trabajaba para el invasor. Se estaban construyendo edificios almenados, al sur de la bahía, cerca del cosmódromo. Las excavaciones indicaban que pronto se alzarían estructuras más grandes.

Por toda la ciudad se veían carteles que representaban a sonrientes chimpancés, en los que se prometía de nuevo la abundancia tan pronto como fuera puesta en circulación la cantidad suficiente de dinero «digno». Un trabajo eficiente haría que ese día llegase antes, prometían también los anuncios.

—¿Qué? ¿Ya has visto bastante? —le preguntó su guía.

—En absoluto —sonrió Fiben—. Apenas hemos arañado la superficie.

Gaillet se encogió de hombros y dejó que él abriera la marcha.

*Bien, pensó Fiben contemplando el insuficiente abastecimiento de los mercados, los especialistas en nutrición no dejan de decirnos que los neochimps comemos más carne de la que necesitamos, mucha más de la que podíamos conseguir en los viejos tiempos de vida salvaje. Tal vez esto nos haga algún bien.*

Por último, su deambular los llevó a la torre del reloj, que dominaba la Escuela Universitaria de Puerto Helenia. El campus era más pequeño que el de la Universidad de la isla Cilmar, pero no hacía mucho tiempo que Fiben había asistido allí a conferencias de ecología, y conocía el lugar.

Al contemplar la escuela, algo le pareció muy extraño.

No era sólo el tanque flotante de los *gubru*, situado en lo alto de la colina, ni tampoco el nuevo y feo muro que rodeaba el extremo norte de los terrenos de la escuela. Era algo que afectaba a los estudiantes y al personal docente.

Lo que en realidad le sorprendía era verlos allí.



Todos eran chimps. Al llegar a Puerto Helenia, Fiben creyó que iban a encontrar ghettos y campos de concentración en los que se congregase la población humana del continente. Pero los últimos mascs y fems habían sido trasladados a las islas pocos días antes. Su sitio había sido ocupado por miles de chimps de las afueras, incluyendo aquellos susceptibles al gas de coerción, aunque los invasores hubieran asegurado que era imposible que les afectase.

A todos éstos les habían suministrado el antídoto, más una pequeña y simbólica indemnización, y los habían puesto a trabajar en la ciudad.

Pero allí, en la escuela, todo parecía tranquilo y sorprendentemente próximo a la normalidad. Fiben y Gaillet miraron desde lo alto de la torre del reloj. A sus pies, los chimps y las chimas paseaban entre clase y clase. Llevaban libros, hablaban entre sí en voz baja y sólo ocasionalmente lanzaban miradas furtivas a los cruceros alienígenas que surcaban el cielo sobre sus cabezas, aproximadamente cada hora.

Fiben meneó la cabeza, extrañado de que continuasen asistiendo a clase como si nada ocurriera.

Los humanos eran famosos por el liberalismo de sus reglas de Elevación, tratando a sus pupilos como a iguales frente a una tradición galáctica mucho menos generosa. Los clanes galácticos más antiguos podían fruncir el ceño con desaprobación, pero los chimps y los delfines deliberaban al lado de sus tutores en el Concejo de Terragens. A las razas pupilas se les habían encomendado incluso naves espaciales.

Pero ¿era posible una escuela sin hombres?

Fiben se preguntó por qué el invasor daba tanta libertad a la población chimp, entrometiéndose sólo de un modo estúpido en unos pocos casos, como por ejemplo en «La Uva del Simio».

Entonces creyó entender por qué.

—¡Mimetismo! ¡Piensan que estamos imitando a los humanos! —murmuró a media voz.

—¿Qué has dicho? —Gaillet lo miró. Habían hecho una pausa para poder terminar todo el trabajo, pero resultaba evidente que ella no compartía con su compañero la idea de perder todo el día dando vueltas.

—Dime qué ves ahí abajo. —Fiben señaló a los estudiantes.

Ella frunció el ceño y suspiró; luego se inclinó hacia adelante para observar mejor.

—Veo al profesor Jimmy Sung que sale de la sala de conferencias y que está explicando algo a sus alumnos —sonrió débilmente—. Lo más seguro es que se trate de Historia Galáctica intermedia. Fui su ayudante y recuerdo muy bien esa expresión de confusión de los alumnos.

—Bueno. Eso es lo que tú ves. Ahora contéplalo con ojos *gubru*.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Recuerda —comentó Fiben señalando de nuevo a los estudiantes— que según la tradición galáctica, nosotros, los chimps, sólo somos una raza sapiente desde hace trescientos años, un poco más que los delfines... y que estamos sólo al principio de nuestro período de cien mil años de prueba que nos liga por contrato al Hombre.

»Recuerda también que muchos de los fanáticos ETs están muy ofendidos con los humanos. Y sin embargo a los humanos les fue concedido el rango de raza tutora y todos los privilegios que se derivan de ello. ¿Por qué?

»Porque habían elevado a los chimps y a los delfines antes del Contacto. Éste es el modo de conseguir un estatus en las Cinco Galaxias: tener pupilos y formar un clan.

—No sé dónde quieres ir a parar —Gaillet sacudió la cabeza—. ¿Por qué me explicas lo que es obvio? Era evidente que no le gustaba recibir lecciones de un rústico chimp, uno que ni siquiera tenía el título de post-graduado.

—¡Piensa! ¿Cómo lograron los humanos su estatus? ¿Recuerdas cómo ocurrió, en el siglo XXII? Los fanáticos perdieron la votación cuando hubo que aceptar a los neochimps y a los neofines como sapientes. Fue un golpe promovido por los *kanten*, los *tymbrimi* y otros moderados antes incluso de que los humanos supieran cuál sería el resultado.

—Sí, claro, pero... —La expresión de Gaillet era burlona, y Fiben recordó que la especialidad de ella era la sociología galáctica.

—Se convirtió en un *fait accompli*. Pero a los *gubru*, los *soro* y demás fanáticos no tenía por qué gustarles. Siguen pensando que sólo somos un poco más que animales. Eso es lo que tienen que creer, porque de otro modo los humanos se habrían ganado un lugar en la sociedad galáctica igual que el de la mayoría, y mejor que el de muchos.

—Sigo sin entender lo que...

—Mira ahí abajo —Fiben señaló—. Míralo con ojos *gubru* y dime qué ves.

Gaillet observó a Fiben con furia. Al final, suspiró y dijo:

—Bueno, si insistes —se volvió otra vez para mirar hacia el campus. Permaneció en silencio un buen rato—. No me gusta —dijo por fin.

Fiben apenas podía oírla, y se aproximó a ella.

—Dime qué ves —ella desvió la mirada, y fue él quien tuvo que decírselo—. Lo que ves son unos animales brillantes y bien preparados, unas criaturas que imitan el comportamiento de sus tutores, ¿verdad que sí? Si lo miras con los ojos de un galáctico ves unas inteligentes imitaciones de los profesores y alumnos humanos... réplicas de tiempos mejores, representadas de un modo supersticioso por leales...

—¡Calla! —gritó Gaillet tapándose los oídos. Se volvió hacia Fiben con chispas en los ojos—. ¡Te odio!

Fiben se sorprendió. Eso era lo difícil de entender en ella. ¿Se estaba él

simplemente resarcido del daño y las humillaciones sufridas durante tres días en sus manos?

No. ¡Tenía que enseñarle cómo consideraba el enemigo a sus congéneres! ¿De qué otra forma podía aprender a luchar contra ellos?

Bueno, ya tenía la explicación. *Y sin embargo*, pensó Fiben, *nunca es agradable ser odiado por una chica guapa*. Gaillet Jones se apoyó en una de las columnas que sostenían el tejado de la torre del reloj.

—¡Por Ifni y toda la Bondad! —gritó con la cabeza entre las manos—. ¿Y si tienen razón? ¿Y si están en lo cierto?

## ATHACLENA

El glifo *parafrenll* permaneció inmóvil sobre la muchacha dormida como una nube flotante de incertidumbre que vibraba en la oscura cámara.

Era uno de los Glifos del Destino. Mejor que cualquier criatura viviente podía predecir su propia suerte; el *parafrenll* sabía qué le deparaba el futuro... que era inevitable.

Y sin embargo, intentaba escapar. No podía hacer otra cosa. Aquélla era la simple, pura e ineluctable naturaleza del *parafrenll*.

El glifo se elevó desde la bruma del sueño del irregular sopor de Athaclena, alzándose hasta que su borde nervioso casi tocó el techo de piedra. En ese instante, el glifo retrocedió ante la ardiente realidad de la roca mojada, volviendo a toda prisa al lugar donde había nacido.

Athaclena sacudió ligeramente la cabeza en la almohada y su respiración se aceleró. El *parafrenll* vaciló de miedo reprimido sobre ella.

El glifo del sueño sin forma empezó a definirse y su brillo amorfo comenzó a asumir los rasgos simétricos de una cara.

El *parafrenll* era una esencia... una destilación. Su significado era la resistencia a lo inevitable. Se retorció y tembló para demorar el cambio, y el rostro se desvaneció durante unos instantes.

Allí, por encima del Origen, su peligro era mayor. El *parafrenll* se precipitó hacia las cortinas de la salida para, de repente, detenerse en seco como si tirasen de él unos tensos hilos.

El glifo se hizo más delgado, debatiéndose por soltarse. Sobre la chica dormida los delgados zarcillos se ondulaban persiguiendo la desesperada cápsula de energía psíquica que se desdibujaba.

Athaclena suspiró trémulamente. Su pálida, casi traslúcida piel, palpitaba a medida que su cuerpo percibía algún tipo de emergencia y se preparaba para realizar los ajustes necesarios. Pero no recibió ninguna orden. Las hormonas y enzimas no tenían instrucciones que seguir.

Los zarcillos se extendieron hacia el *parafrenll*, apresándolo. Se reunieron alrededor del símbolo que se debatía como si fueran dedos que acariciasen arcilla dando forma a la firmeza a partir de la indecisión, creando algo inmaterial a partir del terror puro.

Por fin se separaron mostrando en qué se había convertido el *parafrenll*... Un rostro que reía con regocijo. Sus ojos de gato brillaban, pero su sonrisa no era agradable.

Athaclena gimió.

Apareció una grieta y la cara se dividió por el medio, separándose sus dos mitades. ¡Eran dos!

Su respiración se agitó.

Las dos figuras se dividieron longitudinalmente y se convirtieron en cuatro. Ocurrió de nuevo, y ya eran ocho... de nuevo y... dieciséis. Las caras se multiplicaban riendo en silencio pero de un modo tumultuoso.

—¡Ah! —Athaclena abrió los ojos y éstos brillaron con una luz de miedo opalescente y química. Jadeando y tirando de las mantas, se sentó y contempló la pequeña cámara subterránea, anhelando la visión de las cosas reales, su mesa, la débil luz de la lámpara del vestíbulo que se colaba a través de las cortinas de la entrada. Aún podía sentir lo que había formado el *parafrenll*. Ahora que estaba despierta éste se estaba disipando, pero muy lentamente, demasiado lentamente. Su risa parecía seguir el ritmo de los latidos de su corazón, y Athaclena comprendió que no le serviría de nada taparse los oídos.

¿Era eso lo que los humanos llamaban terror nocturno? Una pesadilla. Pero Athaclena sabía que se trataba de siluetas pálidas, acontecimientos soñados y escenas tomadas de la vida diaria, que normalmente eran olvidadas al despertar.

Los objetos y sensaciones de la habitación cobraron una gradual solidez. Pero la risa no se desvaneció, vencida. Sabía que se había filtrado por las paredes, y esperaba para aparecer de nuevo.

—*Tutsunucann* —suspiró. El dialecto *tymbrimi* le parecía curioso y nasal después de varias semanas hablando sólo inglés.

*Tutsunucann*, el glifo del hombre que reía, no iba a marcharse. No hasta que algo se alterara o hasta que alguna idea oculta se convirtiera en una resolución y ésta a su vez en una broma.

Y para un *tymbrimi* las bromas no siempre eran divertidas.

Athaclena permaneció inmóvil mientras los movimientos desgarrados que sentía bajo la piel se calmaban.

Era la indeseada actividad *gheer* que se disipaba de un modo gradual. *No os necesito*, les dijo a las enzimas. *No hay emergencia. Marchaos y dejadme tranquila.*

Desde pequeña, los diminutos nódulos de cambio habían sido parte de su vida, a veces inconvenientes pero casi siempre indispensables. Era sólo desde su llegada a Garth cuando había empezado a representarse a esos pequeños órganos fluidos como criaturas minúsculas, parecidas a los ratones o a ajetreados gnomos que se apresuraban a realizar cambios en el interior de su cuerpo siempre que la acuciaba la necesidad.

Qué forma tan extraña de pensar en una función natural y orgánica. Muchos de los animales de los *tymbrimi* poseían la misma habilidad. Se había desarrollado en los

bosques de su mundo natal desde mucho antes de que llegasen los *caltmour* y les dieran a sus ancestros el habla y la ley.

Era por eso, evidentemente, por lo que antes de ir a Garth nunca había comparado los nódulos con pequeñas y atareadas criaturas. Antes de la Elevación, sus ancestros presensitivos habían sido incapaces de hacer comparaciones barrocas. Y después de la Elevación, conocían la verdad científica.

Ah, pero los humanos... los lobeznos de la Tierra... habían llegado a la inteligencia sin que nadie los guiase.

No se les proporcionaron respuestas, como a un niño al que el conocimiento le llega a través de sus padres y maestros. Habían pasado de la ignorancia a la sapiencia y anduvieron a ciegas muchos largos milenios.

Al necesitar explicaciones y no tener ninguna a su disposición, se habían habituado a inventarse las suyas propias. Athaclena recordó lo que se había divertido, en verdad divertido al leer algunas de ellas.

La enfermedad estaba causada por «vapores» o por un exceso de bilis o por la maldición de un enemigo. El sol se desplazaba en el cielo montado en un gran carro. El curso de la historia estaba determinado por la economía...

Athaclena tocó un nudo que palpitaba detrás de la mandíbula y se sobresaltó al ver que el pequeño bulto se escabullía como si de una diminuta y tímida criatura se tratase. Esa metáfora era una imagen aterradorante, más que el *tutsunucann*, ya que invadía su cuerpo, su verdadero sentido del yo.

Athaclena gimió y hundió la cara entre las manos. *¡Terrestres dementes! ¿Qué me habéis hecho?*

Recordó que su padre le había ordenado aprender todo lo que pudiera del comportamiento humano para vencer así sus desconfianzas hacia los habitantes de Sol II. Pero ¿qué había ocurrido? Descubrió que su destino estaba enlazado con el de los humanos y que ya no tenía poder para controlarlo.

—Padre —dijo en voz alta en galáctico-Siete—. Tengo miedo. Todo lo que poseía de él eran recuerdos. Ni siquiera podía gozar del rastro *nahakieri* tal como lo sintió mientras el centro Howletts estaba en llamas. Quizás había desaparecido. No pudo descender para contemplar las raíces de su padre junto a las suyas porque el *tutsunucann* se escondía allí, como una bestia subterránea que la esperara.

*Más metáforas, advirtió. Mis pensamientos están llenos de ellas, mientras que mis propios glifos me aterrorizan.*

Levantó la vista al oír un movimiento en el vestíbulo. Cuando alguien descorrió la cortina, un estrecho trapezoide de luz iluminó la habitación. Recortada contra la tenue iluminación vio la silueta de un chimp con las piernas ligeramente dobladas.

—Discúlpeme, señorita Athaclena, ser. Siento mucho molestarla en su período de descanso pero creímos que le gustaría saberlo.

—Di... —Athaclena tragó saliva, ahuyentando más ratones de su garganta. Se estremeció y se concentró en el ánglico—. Dime, ¿qué ocurre?

—Se trata del capitán Oneagle —dijo el chimp adelantándose hacia ella y tapando en parte la luz—. Me... me temo que no podemos encontrarlo en ningún sitio.

—¿Robert? —Athaclena parpadeó.

—Se ha marchado, ser —explicó el chimp—. ¡Se ha esfumado, sencillamente!

## ROBERT

Los animales del bosque se detuvieron y escucharon, con todos los sentidos atentos. El creciente rumor de pasos los ponía nerviosos. Todos sin excepción corrieron a ocultarse y desde sus escondrijos observaron a la bestia alta que pasaba corriendo ante ellos, saltando desde un peñasco a un tronco y de allí al blando suelo del bosque.

Habían empezado a acostumbrarse a los bípedos más pequeños y a esa otra variedad mucho más grande que profería roncós sonidos y caminaba apoyado sobre tres miembros con la misma frecuencia que sobre dos.

Esos, al menos, eran peludos y despedían un olor animal. Éste, en cambio, era diferente. Corría pero no cazaba. Lo perseguían pero no intentaba deshacerse de sus acosadores. Tenía la sangre caliente y, sin embargo, se tumbaba a descansar en los claros del bosque, bajo el sol del mediodía, algo que sólo un animal atacado de locura se aventuraría a hacer.

Las pequeñas criaturas no relacionaron a aquel ser que corría con los que volaban impregnados de un olor a metal y plástico, pues aquellos eran ruidosos y malolientes.

Éste, además, corría desnudo.

—¡Capitán, deténgase!

Robert se encaramó sobre un túmulo de rocas. Se apoyó contra una de ellas para recobrar el aliento y miró a su perseguidor.

—¿Cansado, Benjamín?

El oficial chimp jadeó, inclinándose hacia adelante con ambas manos sobre las rodillas. En la vertiente, más abajo, el resto de la expedición de búsqueda yacía sin aliento, algunos tumbados de espaldas, incapaces de moverse.

Robert sonrió. Debieron de pensar que sería fácil alcanzarlo. Después de todo, los chimps se sentían en la jungla como en casa y cualquiera de ellos, incluso una hembra, tenía fuerza suficiente para agarrarlo y dejarlo inmovilizado hasta que llegaran los demás para conducirlo a las cuevas.

Pero Robert lo había planeado todo. Se mantuvo en terrenos abiertos, aprovechándose de la longitud de sus pasos.

—Capitán Oneagle —lo llamó Benjamín de nuevo, una vez recobrado el aliento. Miró hacia arriba y se adelantó un paso—. Por favor, capitán, usted no se encuentra bien.

—Estoy bien —proclamó Robert, mintiendo sólo un poco. En realidad sus piernas temblaban con un incipiente calambre, los pulmones le quemaban y el brazo derecho le escocía en las zonas donde el yeso rozaba. Y además, andaba descalzo—. Actúa



con lógica, Benjamín —agregó—. Demuéstrame que estoy enfermo y tal vez te acompañe de regreso a esas malolientes cuevas.

Benjamín lo miró sorprendido, y luego se encogió de hombros, dispuesto evidentemente a agarrarse a un clavo ardiendo. Robert había demostrado que no podían alcanzarlo. Tal vez la lógica funcionara.

—Bueno, ser —Benjamín se lamió los labios—. En primer lugar va usted desnudo.

—Muy bien, me atacas por la vía directa —asintió Robert—. Por ahora voy a exponerte la explicación más simple y parca de mi desnudez: me he vuelto loco. Me reservo, sin embargo, el derecho de ofrecerte otra teoría.

El chimp tembló al ver la sonrisa de Robert. Éste no podía evitar sentir simpatía hacia Benjamín. Desde el punto de vista del chimp estaba ocurriendo una tragedia sin que él pudiera hacer nada para impedirla.

—Continúa, por favor —le instó Robert.

—Muy bien —suspiró Benjamín—. Está usted huyendo de los chimps que están bajo su mando. Un tutor que se asusta de sus leales pupilos demuestra no tener un control total sobre sí mismo.

—¿Unos pupilos que cogerían a su tutor, le pondrían una camisa de fuerza y lo drogarían con el zumo de la felicidad a la primera ocasión que se les presentara? —preguntó Robert—. Eso no está bien, Ben. Si aceptas mi premisa de que tengo razones para actuar de esta forma, la conclusión que de ella se deriva es que debo intentar que no me arrastréis de nuevo a las cuevas.

—Hum... —Benjamín se acercó un paso más y Robert, como quien no quiere la cosa, se subió al siguiente peñasco—. Su razón puede ser falsa —aventuró Benjamín—. Una neurosis se defiende a sí misma aportando racionalizaciones que expliquen el comportamiento extraño. En realidad los enfermos creen que...

—Un buen punto —admitió Robert de buena gana—. Acepto, para una discusión posterior, la posibilidad de que mis «razones» sean racionalizaciones creadas por una mente trastornada. ¿Puedes tú a cambio contemplar la posibilidad de que sean válidas?

—¡Al estar aquí afuera está violando órdenes! —Benjamín torció los labios.

—¿Órdenes de una ET civil a un oficial de Terragens? —Robert suspiró—. Me sorprendes, chimp Benjamín. Admito que Athaclena deba organizar la resistencia *ad hoc*. Parece tener aptitudes para ello y la mayoría de chimps la adoran, pero yo he elegido actuar de un modo independiente. Sabes que tengo todo el derecho.

—¡Pero aquí afuera está en peligro! —la frustración de Benjamín era patente. Se encontraba al borde de las lágrimas.

*Al fin.* Robert se había preguntado durante cuánto tiempo podría Benjamín mantener ese juego lógico mientras todas sus fibras debían de estar temblando por la

seguridad del último humano libre. Bajo circunstancias similares, Robert dudaba que muchos humanos lo hubieran hecho mejor.

Estuvo a punto de decir algo a ese respecto pero Benjamín levantó la vista al cielo repentinamente. El chimp se puso una mano en la oreja y prestó atención a su pequeño receptor. Una expresión de alarma apareció en su cara. Los otros chimps debieron de oír el mismo comunicado ya que se pusieron de pie y miraron a Robert presas de pánico.

—Capitán Oneagle. La central informa que hay señales acústicas en el noreste. ¡Robots gaseadores!

—¿Tiempo estimado de llegada?

—¡Dentro de cuatro minutos! Por favor, capitán ¿quiere venir?

—¿Venir adonde? —Robert se encogió de hombros—. No tenemos tiempo de regresar a las cuevas.

—Podemos esconderlo —pero el tono de miedo en la voz de Benjamín indicaba que sabía que aquello era por completo inútil.

—Tengo una idea mejor —dijo Robert negando con la cabeza—. Pero eso significa que debemos interrumpir en seguida nuestro pequeño debate. Debes aceptar que tengo una razón válida, chimp Benjamín. ¡Ahora mismo!

—No... no me queda otra alternativa —repuso el chimp Benjamín asintiendo con vacilación.

—Bien —dijo Robert—. Ahora quítate la ropa.

—¿S... ser?

—¡La ropa! Y también ese receptor sónico. Que todos los de tu grupo se desnuden. ¡Que se lo quiten todo! ¡Si es que amáis a vuestros tutores, quedaos sólo con la piel y el pelo y venid a reuniros conmigo en los árboles de ahí arriba!

Sin esperar a que el sorprendido chimp obedeciera aquella extraña orden, Robert empezó a subir por la vertiente cuidando el pie más maltratado por los guijarros y las ramas durante su carrera matutina.

¿Cuánto tiempo quedaba?, se preguntó. Aun en el caso de que estuviera en lo cierto, y que estaba corriendo un gran riesgo, tenía que llegar a la mayor altitud posible.

No pudo evitar levantar los ojos al cielo para ver si llegaban los anunciados robots gaseadores. La preocupación le hizo tropezar y caer de rodillas cuando llegaba a la cima. Éstas quedaron totalmente despellejadas después de arrastrarse dos metros sobre ellas hasta llegar a la sombra de un árbol enano. Según su teoría, no tenía demasiada importancia que se escondiese o no pero, aun así, Robert buscó un buen cobijo. Tal vez los vehículos *gubru* tenían un sencillo analizador óptico que complementaba su mecanismo teledirigido.

De abajo llegaban gritos; los chimps estaban enzarzados en una violenta

discusión. Entonces se empezó a oír un débil y chirriante sonido que provenía del norte.

Robert se adentró más en los matorrales aunque las ramas punzantes le arañaban su delicada piel. El corazón le latía deprisa y tenía la boca seca. Si no estaba en lo cierto, o los chimps se negaban a seguir sus órdenes...

Si había cometido el más mínimo error, pronto estaría camino de Puerto Helenia, hacia el cautiverio, o tal vez muerto. En cualquier caso, tendría que dejar sola a Athaclena, la única representante de la raza tutora en la montaña, y pasaría los minutos o años que le quedasen de vida maldiciéndose a sí mismo por ser un idiota.

*Tal vez mi madre tenía razón. Quizá no soy más que un inútil playboy. Pronto lo veremos.*

Se produjo un estruendo de rocas que caían por la ladera. Cuando el chirrido llegó a su punto máximo, tres sombras marrones se precipitaron entre las matas. Los chimps se volvieron para mirar al cielo boquiabiertos. Una nave alienígena había entrado en el pequeño valle.

En su escondrijo, Robert se aclaró la garganta. Los chimps, evidentemente incómodos a causa de su desnudez, miraban tensos y sorprendidos.

—Chicos, es mejor que lo hayáis tirado todo, incluidos los micrófonos, porque si no, saldré de aquí y me marcharé sin vosotros.

—Estamos desnudos —dijo Benjamín con un bufido. Movi6 la cabeza en dirección al valle—. Harry y Frank no han querido y les he dicho que subieran a la otra pendiente y se mantuvieran alejados de nosotros.

Robert asintió. Junto con sus compañeros observó el recorrido de los robots gaseadores. Los otros ya habían presenciado este fenómeno pero él no se hallaba en condiciones de hacerlo cuando tuvo oportunidad de ello.

Robert miraba con gran interés.

Tenía unos quince metros de largo, forma de lágrima y unos analizadores que giraban despacio en el extremo de la cola. El robot gaseador cruzó el valle de derecha a izquierda deteriorando el follaje bajo sus vibrantes gravíticos.

Mientras zigzagueaba a lo largo del cañón parecía estar husmeando antes de desaparecer momentáneamente tras una curva de las colinas colindantes.

El chirrido se detuvo pero no por mucho tiempo, pronto se oyó de nuevo y el vehículo regreso. Esta vez lo seguía una nube oscura y nociva, con turbulencias en su estela. El robot recorrió el valle y soltó la capa más gruesa de vapor aceitoso en el sitio donde los chimps habían dejado sus ropas y material.

—Habría jurado que esos miniordenadores no podían ser detectados —murmuró uno de los chimps desnudos.

—Tenemos que ir sin ningún tipo de aparatos electrónicos en el exterior —añadió otro chimp con tristeza, contemplando cómo el aparato desaparecía de nuevo de la

vista. El fondo del valle estaba ya completamente oscurecido.

Benjamín miró a Robert. Ambos sabían que aún no había terminado.

El agudo chirrido volvió y el vehículo *gubru* cruzó de nuevo el valle, esta vez a mayor altura. Sus analizadores rastreaban los dos lados de las colinas.

El aparato se detuvo frente a ellos. Los chimps quedaron paralizados, como si mirasen a los ojos de un tigre gigantesco. Se detuvo unos momentos y luego empezó a moverse en ángulo recto con respecto a su recorrido anterior.

Se alejaba de ellos.

Al cabo de unos instantes, la colina opuesta estaba envuelta en una nube de humo negro. Desde el otro lado les llegaron las toses y los vituperios de los chimps que habían corrido hacia allí y que maldecían la idea *gubru* de una vida mejor gracias a la química.

El robot empezó a moverse en espiral ganando altura. Era evidente que el mecanismo de detección se posaría en seguida sobre los terrestres de aquel lado.

—¿Alguien lleva algo que no haya declarado en la aduana? —preguntó Robert con sequedad.

Benjamín se dirigió a uno de los chimps. Chasqueó los dedos y tendió la mano. El chimp más joven lo miró ceñudamente y abrió la suya. Se vio el brillo de un metal.

Benjamín agarró el medallón y la cadena y se incorporó para tirarlos. Los eslabones brillaron unos momentos antes de desaparecer en la oscura neblina de la ladera de las colinas.

—Tal vez eso no haya sido necesario —comentó Robert—. Tenemos que hacer experimentos, dejar distintos objetos en lugares diversos y ver sobre cuáles lanzan gases —hablaba no sólo para aumentar su moral sino la de los otros—. Estoy seguro de que se trata de algo simple, muy común, pero no originario de Garth, de tal forma que constituya un signo inequívoco de la presencia terrestre.

Benjamín y Robert intercambiaron una larga mirada. No se necesitaban palabras.  
*Razón o racionalización.*

Los próximos diez segundos dirían si Robert estaba en lo cierto o terriblemente equivocado.

*Puede ser que nos detecten a nosotros, pensó Robert. ¡Oh Ifni!, ¿y si son capaces de captar el ADN humano?*

Los robots volaron sobre sus cabezas. Se taparon los oídos y parpadearon cuando los campos repulsores estimularon sus terminaciones nerviosas. Robert sintió una oleada de *deja vu*, como si aquello fuese algo que él y los demás hubieran hecho muchas veces en incontables vidas anteriores. Tres de los chimps hundieron la cabeza entre los brazos y lloriquearon.

¿Se había detenido el aparato? Súbitamente Robert creyó que sí, que estaba a punto de...

Pero el vehículo pasó sobre ellos, agitando las copas de los árboles a die\1... veinte... cuarenta metros de distancia. La espiral de inspección se ensanchó y el chirriante motor del robot se fue perdiendo poco a poco a lo lejos. El aparato seguía avanzando, en busca de otros objetivos.

Robert miró a Benjamín y le guiñó un ojo.

El chimp soltó un bufido. Era obvio que opinaba que Robert no tenía por qué alardear de su acierto. En definitiva, era el deber de un tutor.

Pero el estilo también contaba. Y Benjamín pensó que Robert podría haber elegido una forma más digna de demostrar que tenía razón.

Robert regresaría por un camino distinto, evitando todo contacto con el gas de coerción todavía reciente.

Los chimps esperaron aún un buen rato antes de recoger sus cosas y sacudirles el polvillo de hollín que tenían.

Empaquetaron su material pero no volvieron a ponerse la ropa.

No se trataba sólo de repugnancia al hedor alienígena. Por primera vez, sus propios objetos eran sospechosos. Ropas y herramientas, los auténticos símbolos de la sapiencia, se habían convertido en traidores, en algo en lo que no se podía confiar.

Regresaron a casa desnudos.

La vida tardó un poco en volver al pequeño valle. Las nerviosas criaturas de Garth nunca habían resultado dañadas por la nueva y nociva niebla que últimamente llegaba a intervalos del rugiente cielo. Pero les agradaba tan poco como los ruidosos seres bípedos.

Con nerviosismo y timidez, los animales nativos regresaron a sus terrenos de caza.

Estas precauciones eran especialmente minuciosas entre los supervivientes del terror bururalli. Cerca del extremo norte del valle, las criaturas detuvieron su migración y escucharon, husmeando el aire con desconfianza.

De pronto, muchos retrocedieron. En la zona había entrado algo más y hasta que se fuera no volverían a casa. Una figura oscura descendía la rocosa vertiente, abriéndose camino entre los peñascos donde el espeso residuo oleoso se había depositado. A medida que el crepúsculo se acercaba, iba agarrándose a las rocas sin temor, sin intentar ocultar sus movimientos pues allí nada podía dañarlo. Hizo una breve pausa, mirando a su alrededor como si buscara algo.

Un pequeño fulgor destelló al ser tocado por los rayos del sol poniente. La criatura se acercó arrastrando los pies hasta el objeto que relucía, una pequeña cadena con un medallón, medio escondido entre las rocas polvorientas, y lo recogió.

Se sentó a contemplar la joya durante unos instantes, suspirando suavemente como si meditase. Luego dejó caer la chuchería donde la había encontrado y se alejó.

Sólo después de que se hubiera marchado, las criaturas del bosque finalizaron su odisea de regreso, corriendo hacia rincones secretos y escondrijos. En pocos minutos todo el desorden se había olvidado.

De todos modos, los recuerdos eran estorbos inútiles. Los animales tenían cosas más importantes que hacer en lugar de ocuparse de lo ocurrido una hora antes. Se acercaba la noche y eso era un asunto serio. Cazar y ser cazado, comer y ser comido, vivir y morir.

## FIBEN

—Tenemos que hallar un modo de dañarlos sin que puedan seguirnos la pista.

Gaillet Jones estaba sentada en la alfombra, con las piernas cruzadas y de espaldas a las brasas del hogar.

Tenía delante al comité de resistencia *ad hoc* y pidió la palabra levantando un dedo.

—Los humanos de Cilmar y de las otras islas están incapacitados para tomar cualquier represalia. Así que debemos hacerlo nosotros, los chimps de esta ciudad. Tenemos que empezar con mucha cautela y dedicarnos a reunir a los más inteligentes antes de intentar dar un golpe serio. Si los *gubru* advierten que se están enfrentando a una resistencia organizada, no quiero ni pensar en lo que pueden hacer.

Desde el rincón más oscuro de la habitación, Fiben observó cómo uno de los líderes de la nueva célula, un profesor de la escuela universitaria, alzaba su mano.

—Pero ¿cómo pueden amenazar a los rehenes bajo los Códigos Galácticos de Guerra? Me parece que he leído en algún sitio que...

—Doctor Wald —le interrumpió uno de los chimps más viejos—, no podemos contar con los Códigos Galácticos. No sabemos nada de sus cláusulas ni tenemos tiempo de aprenderlas.

—Podríamos consultarlas —sugirió el profesor—. La Biblioteca está abierta.

—Sí —repuso Gaillet con desdén—. Con un *gubru* de bibliotecario ¿te imaginas lo que sería pedirle consultar un banco de datos sobre resistencia en caso de guerra?

—Bueno, se supone que...

La discusión llevaba así un buen rato. Fiben carraspeó tapándose la boca con el puño. Todo el mundo levantó la vista. Era la primera vez que iba a hablar desde que había empezado aquella larga reunión.

—Es una cuestión discutible —dijo en voz baja—. Aun cuando supiéramos que los rehenes están a salvo. Hay otra razón más que apoya la idea de Gaillet —ella le lanzó una mirada algo desconfiada y quizás hasta un poco resentida por su súbito apoyo. *Es inteligente*, pensó él. *Pero ella y yo vamos a tener problemas.*

»Hemos de lograr —prosiguió Fiben— que nuestros primeros golpes parezcan menos importantes de lo que en realidad sean, porque el enemigo ahora está tranquilo, sin desconfiar y satisfecho de sí mismo. En este estado sólo lo encontraremos una vez. Debemos aprovecharnos de esta situación hasta tanto la resistencia esté coordinada y dispuesta. Eso significa que debemos mantener las cosas en un tono moderado hasta que tengamos noticias de la general.

Dedicó una sonrisa a Gaillet y se apoyó contra la pared. Ella frunció el ceño pero

guardó silencio. Habían tenido diferencias con respecto a poner la resistencia de Puerto Helenia al mando de una joven alienígena. Y las seguían teniendo.

Pero ella de momento lo necesitaba. Los malabarismos de Fiben en «La Uva del Simio» habían traído consigo el reclutamiento de docenas de chimps, galvanizando una parte de la comunidad que ya estaba harta de la dura propaganda *gubru*.

—Bien —dijo Gaillet—. Vamos a empezar con algo sencillo. Algo de lo que puedas hablarle a tu general. Sus ojos se encontraron unos instantes. Fiben le sostuvo la mirada mientras las otras voces se elevaban.

—¿Y si fuéramos a...?

—¿Qué os parece si voláramos...?

—¿Y una huelga general?

Fiben escuchó la oleada de ideas, los modos de incordiar y engañar a una antigua, experimentada, arrogante y muy poderosa raza galáctica, e imaginó lo que Gaillet debía de estar pensando, lo que tenía que estar pensando después de esa desconcertante y reveladora visita a la Escuela Universitaria de Puerto Helenia.

*¿Somos en realidad seres sapientes sin nuestros tutores? ¿Nos atrevemos a probar nuestras ideas más brillantes en contra de unos poderes que apenas podemos comprender?*

Fiben asintió demostrando que estaba de acuerdo con Gaillet Jones. *Sí, es mejor que hagamos algo sencillo.*



## GALÁCTICOS

Todo estaba saliendo cada vez más caro pero eso no era lo único que preocupaba al Suzerano de Costes y Prevención. Las nuevas fortificaciones antiaéreas, los continuos ataques con gas de coerción a todos y cada uno de los enclaves en los que se sospechaba presencia terrestre, éstas eran cosas que había defendido con ardor el Suzerano de Rayo y Garra, y con la ocupación recién iniciada resultaba difícil negarle al mando militar cualquier cosa que creyese necesaria.

Pero la administración no era la única tarea del Suzerano de Costes y Prevención. Su otro trabajo consistía en proteger a la raza *gubru* de las repercusiones de sus errores.

Habían surgido muchas razas viajeras del espacio desde que los Progenitores habían dado inicio a la gran cadena de Elevación hacía tres mil millones de años. Muchas habían florecido, habían llegado a grandes alturas, para caer luego aplastadas bajo algún error estúpido y evitable.

Existía otro motivo para que, entre los *gubru*, la autoridad se dividiera de aquel modo. Era importante el espíritu agresivo del Soldado de Garra, que se arriesgaba y buscaba oportunidades para la Percha. Era importante asimismo la supervisión por parte de la Idoneidad, para asegurarse de que todos se adherían al Camino Verdadero.

Pero, además, tenía que existir Prevención: el grito de aviso, de aviso eterno de que la osadía podía llegar demasiado lejos y de que una idoneidad demasiado rígida podía hacer caer las perchas.

El Suzerano de Costes y Prevención recorría su oficina de un lado a otro. Detrás de los jardines que la rodeaban se encontraba la pequeña ciudad a la que los humanos llamaban Puerto Helenia. Por todo el edificio los burócratas *gubru* y *kwackoo* revisaban detalles, calculaban probabilidades y hacían planes.

Pronto tendría lugar un nuevo Cónclave de Mando con sus compañeros, los otros Suzeranos. El Suzerano de Costes y Prevención sabía que iba a encontrarse con nuevas exigencias.

Garra preguntaría por qué la mayor parte de la flota de guerra se dirigía a otros lugares. Y debería convencerlo de que los Maestros *gubru* del Nido necesitaban las grandes naves de guerra en otra parte, ahora que Garth parecía seguro.

Idoneidad volvería a quejarse de que la Biblioteca Planetaria de aquel mundo era lamentablemente inadecuada y de que, al parecer, había sido dañada de algún modo por el gobierno terrestre antes de su huida. ¿O quizás el saboteador había sido Uthacalthing, el tramposo *tymbrimi*? En cualquier caso, insistiría para que se trajera una biblioteca más completa con la mayor urgencia y a pesar del horrible gasto que

eso supondría.

El Suzerano de Costes y Prevención ahuecó las plumas. Esta vez se sentía lleno de confianza. Les había dado a los otros la razón por un tiempo; pero ahora que las cosas estaban tranquilas, todo estaba en sus manos.

Los otros dos eran más jóvenes, con menos experiencia, inteligentes pero demasiado irreflexivos. Había llegado el momento de enseñarles cómo iban a ser las cosas, cómo tendrían que ser para que surgiese una política íntegra y sensata. ¡Este coloquio será efectivo!, se aseguró a sí mismo el Suzerano de Costes y Prevención.

El Suzerano se frotó el pico y contempló la apacible tarde en el exterior. Aquellos jardines eran hermosos, con agradables céspedes y árboles importados de docenas de mundos. El anterior dueño de aquellos edificios ya no estaba allí pero su gusto se notaba aún en los alrededores.

¡Qué triste era que tan pocos *gubru* comprendieran, o se preocuparan por la estética de otras razas! Había una palabra que se usaba para la comprensión de lo ajeno. En inglés se llamaba empatía. Algunos sofones llevaban el asunto demasiado lejos. Los *thenanios* y los *tymbrimi*, cada uno según su estilo, se habían convertido en algo absurdo, arruinando toda la nitidez de su singularidad. Entre los Maestros de la Percha había algunas facciones que creían, sin embargo, que una pequeña dosis de comprensión de los demás podía resultar muy útil en los años futuros. Más que considerarlo útil, la prevención parecía ahora exigirlo.

El Suzerano había hecho sus planes. Las ideas inteligentes de sus compañeros se unirían bajo su liderazgo.

Los perfiles de una nueva política estaban ya clarificándose.

La vida es un asunto serio, meditó el Suzerano de Costes y Prevención. Y, sin embargo, de tanto en tanto parece realmente agradable.

Por una vez cantó para sí mismo lleno de satisfacción.

## FIBEN

—Todo está preparado.

El chimp grande se secó las manos en su traje de faena. Max llevaba mangas largas para no mancharse el pelo de grasa pero la medida no había resultado del todo satisfactoria. Dejó a un lado su equipo de herramientas, se agachó junto a Fiben y, con un palito, dibujó un esbozo en la arena.

—Por aquí entran los tubos de hidrógeno del gas-ciudad en los terrenos de la embajada y por aquí pasan bajo la cancillería. Mi compañero y yo hemos hecho un empalme más allá de esos álamos. Cuando la doctora Jones dé la señal, meteremos cincuenta kilos de D-17. Eso tiene que surtir efecto.

—Parece excelente, Max —asintió Fiben mientras el otro chimp borraba el dibujo.

Era un buen plan, sencillo y, lo más importante, su origen, extremadamente difícil de averiguar, tanto si tenía éxito como si no. Al menos, eso era lo que esperaban.

Se preguntó qué pensaría Athaclena de aquella idea. La noción que Fiben tenía de la personalidad *tymbrimi* la había adquirido, como la mayoría de chimps, gracias a los videodramas y a los discursos del embajador. De aquellas impresiones se deducía que a los principales aliados de la Tierra les encantaba la ironía.

*Así lo espero, reflexionó. Ella va a necesitar un verdadero sentido del humor para apreciar lo que estamos a punto de hacer en la embajada tymbrimi.*

Se sentía extraño, allí sentado al aire libre a menos de cien metros de los terrenos de la embajada, donde las onduladas colinas del parque del Farallón dominaban el Mar de Cilmar. En las películas de guerra antiguas, los hombres siempre realizaban por la noche las misiones como aquélla, con las caras ennegrecidas.

Pero eso era en las épocas oscuras antes de los tiempos de la alta tecnología y los localizadores de infrarrojo. Lo único que conseguirían con una actividad nocturna sería llamar la atención de los invasores. Así, pues, los saboteadores se movían a la luz del día, disimulando sus actividades entre la rutina diaria de limpieza del parque. Max sacó un bocadillo de su holgado traje de faena y se lo comió a grandes mordiscos mientras esperaban.

El gran chimp tenía un aspecto tan impresionante, allí sentado con las piernas cruzadas, como cuando se habían conocido aquella noche en «La Uva del Simio». Con sus anchas espaldas y sus prominentes colmillos, uno podía pensar que se trataba de un individuo regresivo, un desecho genético. Pero el Cuadro de Elevación se preocupaba mucho menos de tales rasgos estéticos que de la tranquilidad y la naturaleza inalterable del pupilo. Se le había concedido ya una paternidad y otra de

las chimas de su grupo de esposas iba a darle un segundo hijo.

Max había trabajado para la familia de Gaillet desde que ésta era pequeña y la había cuidado cuando regresó después de su etapa de instrucción en la Tierra. Su devoción hacia ella era evidente.

Muy pocos chimps con carnet amarillo, como Max, formaban parte de la resistencia urbana clandestina. La insistencia de Gaillet con respecto a reclutar sólo carnets azules y verdes había incomodado a Fiben y, sin embargo, había visto que tenía razón. Dado que algunos chimps estaban colaborando con el enemigo, sería mejor empezar creando una red de células con aquellos que tuvieran más que perder bajo el dominio de los *gubru*.

No obstante, a Fiben no le gustaba la discriminación.

—¿Te sientes mejor?

—¿Hummm? —Fiben levantó la vista.

—Los músculos —señaló Max—. ¿Te duelen menos?

Fiben tuvo que sonreír. Max se había disculpado varias veces, primero por no hacer nada cuando los marginales habían empezado a molestarlo en «La Uva del Simio», y después por haberle disparado el anestésico siguiendo las órdenes de Gaillet. Por supuesto, vistas retrospectivamente, ambas acciones resultaban comprensibles. Ni él ni Gaillet sabían qué hacer con Fiben y por eso habían decidido pecar de cautelosos.

—Sí, mucho mejor, sólo una punzada de vez en cuando. Gracias.

—Mmmm, bien. Me alegro —asintió Max satisfecho.

Fiben cayó en la cuenta de que no había oído ni una sola disculpa de boca de Gaillet por lo que le habían hecho pasar. Apretó otro perno en la cuidadora de césped que había estado arreglando. La avería era verdadera, naturalmente, por si acaso se acercaba una patrulla *gubru*. Pero de momento la suerte había estado de su parte y, además, la mayoría de los invasores parecían estar en el extremo sur de la Bahía de Aspinal, supervisando otro de sus misteriosos proyectos de construcción.

Sacó un monocular de su cinturón y enfocó la embajada. El terreno estaba circundado por una valla baja de plástico con brillantes alambres en la parte superior y tachonada a intervalos por diminutas boyas giratorias de vigilancia. Los pequeños discos tenían un aspecto decorativo pero Fiben no se dejó engañar. Los aparatos de protección hacían imposible cualquier ataque directo por parte de fuerzas irregulares.

En el interior del recinto había cinco edificios. El más grande, la cancillería, estaba equipado con una antena de radio, ondas psi y ondas quantum, una razón evidente de por qué los *gubru* se habían instalado allí después de que los anteriores ocupantes se marcharan.

Antes de la invasión, el personal de la embajada estaba compuesto principalmente por humanos y chimps contratados. Los únicos *tymbrimi* asignados a aquella pequeña

delegación eran el embajador, su ayudante y piloto y su hija.

Los invasores no habían seguido su ejemplo. El lugar estaba lleno de formas pajariles. Sólo un pequeño edificio, en la cima de la colina más alejada, delante de Fiben, parecía ajeno a las constantes idas y venidas de los *gubru* y los *kwackoo*. La estructura piramidal, sin ventanas, parecía más un hito de piedras que una casa, y ninguno de los alienígenas se acercaba a más de doscientos metros de ella.

Fiben recordó algo que la general le había dicho antes de partir de las montañas.

—*Fiben, si tienes ocasión, inspecciona, por favor, la Reserva Diplomática de la embajada. Si por ventura los gubru la han dejado intacta, tal vez haya allí un mensaje de mi padre.*

La corona de Athaclena se había dilatado momentáneamente.

—*Y si los gubru han violado la reserva, yo también debería conocer su contenido. Se trata de una información que nosotros podemos usar.*

Parecía poco probable que tuviera la oportunidad de hacerlo, tanto si los alienígenas habían respetado los Códigos como si no. La general tendría que contentarse con un informe de la inspección visual realizada desde lejos.

—¿Qué has visto? —preguntó Max. Masticaba con toda tranquilidad el bocadillo como si organizar un sabotaje fuera cosa de todos los días.

—Un minuto. —Fiben incrementó el aumento. Le hubiera gustado tener una lente mejor. Pero por lo que le parecía, el hito en lo alto de la colina no había sido violado. En la parte superior de la pequeña estructura brillaba una diminuta luz azul. Se preguntó si la habrían puesto allí los *gubru*.

»No estoy seguro —añadió—. Pero creo que...

Sonó el teléfono que llevaba en el cinturón, otro retazo de vida cotidiana que quizá terminara cuando empezaran los combates. La red comercial todavía funcionaba, aunque a buen seguro estaba intervenida por los ordenadores de lenguaje de los *gubru*.

—¿Eres tú, cariño? —respondió al teléfono—. Tengo hambre, espero que me hayas preparado el almuerzo.

Se produjo una pausa. Cuando Gaillet Jones habló, había ansiedad en su voz.

—Sí, querido. —Utilizaba el código que habían acordado con anterioridad, pero obviamente no era de su agrado—. El grupo de matrimonio de Pele tiene hoy vacaciones, así que los he invitado a que vengan de excursión con nosotros.

—Muy bien, amor mío —Fiben no pudo evitar bromear un poco, sólo para que todo pareciera verosímil, naturalmente—. Tal vez tú y yo podamos encontrar un momento para desaparecer entre los árboles y ya sabes, uk, uk. Nos veremos dentro de un ratito, cariño. Se despidió antes de que ella pudiera hacer algo más que suspirar.

Colgó el teléfono y vio que Max lo miraba, con una bola de comida en el carrillo. Fiben arqueó las cejas y Max se limitó a encogerse de hombros como si dijera: «no es

asunto mío».

—Es mejor que vaya a ver si Dwayne está bien —dijo Max. Se puso de pie y se sacudió el polvo de su traje de faena—. Arriba el ánimo, Fiben.

—Arriba los filtros, Max.

El enorme chimp asintió y empezó a bajar la colina, paseando como si la vida fuese por completo normal.

Fiben cerró la tapa del motor y puso en marcha la cortadora. El motor silbó con el suave chirrido de la catálisis de hidrógeno. Se montó en ella y empezó a dirigirse lentamente colina abajo.

En el parque había mucha gente para tratarse de un día laborable. Eso formaba parte del plan: acostumar a los pájaros al comportamiento inusual de los chimps. Éstos habían frecuentado la zona en forma creciente durante la última semana.

Aquello había sido idea de Athaclena. Fiben no estaba muy seguro de si le gustaba, pero, por extraño que pareciese, era una sugerencia *tymbrimi* que Gaillet había aceptado de buena gana. Una estratagema de antropólogo. Fiben arrugó la nariz con desdén.

Se dirigió hacia un pequeño bosque de sauces junto a un arroyo, no lejos de los terrenos de la embajada y cerca de la valla con los pequeños vigilantes giratorios. Paró el motor y se bajó de la máquina. Dio unas cuantas zancadas por la orilla del arroyo y saltó de pronto al tronco de un árbol. Se encaramó a una rama apropiada desde la que podía divisar todo el recinto. Sacó una bolsa de cacahuets y empezó a descascarillarlos uno a uno.

El disco de vigilancia más próximo pareció detenerse unos instantes. Sin duda alguna ya lo había chequeado con toda clase de sistemas, desde los rayos X al radar. Pero lo había encontrado desarmado e inofensivo. Cada día, desde hacía una semana, un chimp distinto había comido su almuerzo en aquel mismo lugar, aproximadamente a la misma hora del día.

Fiben recordó la velada en «La Uva del Simio». Quizás Athaclena y Gaillet tuvieran razón. Si los pájaros intentan condicionarnos, ¿por qué no cambiamos los papeles y los condicionamos a ellos?

Su teléfono sonó de nuevo.

—¿Sí?

—Uf, parece que Donald tiene una pequeña indisposición y me temo que no podrá venir a la excursión.

—Oh, qué pena —murmuró. Colgó el teléfono. Hasta entonces todo iba bien. Descascarilló otro cacahuete.

El D-17 había sido colocado en los tubos que suministraban hidrógeno a la embajada. Pasarían aún unos minutos antes de que sucediera alguna cosa.

Era una idea muy simple, si bien él tenía sus dudas. Se suponía que el sabotaje

debía parecer un accidente y tenía que ser cronometrado de tal forma que el contingente no armado de Gaillet estuviera en su lugar. Esta incursión no pretendía tanto hacer daño como causar un revuelo. Gaillet y Athaclena querían información sobre los sistemas de emergencia de los *gubru*.

Fiben debía ser los ojos y oídos de la general.

En el interior del recinto, vio a los seres pajariles que entraban y salían de la cancillería y de los otros edificios. La pequeña luz azul en lo alto de la Reserva Diplomática centelleaba sobre las brillantes nubes del mar. Un vehículo flotador *gubru* pasó zumbando por el cielo y empezó a descender hacia el gran jardín de la embajada.

Fiben observaba con interés, esperando que empezara la diversión.

El D-17 era un poderoso corrosivo si se dejaba un cierto tiempo en contacto con el hidrógeno del gas-ciudad. Pronto empezaría a comerse las conducciones. Y, además, si se dejaba expuesto al aire, tenía otro efecto. Tenía un olor de mil diablos.

No necesitaría esperar mucho tiempo.

Cuando empezaron a surgir de la cancillería los primeros gritos de consternación, Fiben sonrió. En pocos momentos, las puertas y ventanas se abrieron con fuertes explosiones mientras los alienígenas salían del edificio gorjeando de pánico o de asco. Fiben no estaba seguro de cuál era la causa de los gorjeos, pero no le importaba.

Estaba demasiado ocupado riendo a carcajadas.

Esa parte había sido idea suya. Rompió un cacahuete y lo lanzó al aire para cogerlo con la boca. Aquello era mejor que el béisbol.

Los *gubru* se dispersaban en todas direcciones, saltando desde los balcones aun sin llevar el equipo antigraavedad. Algunos se retorcían de dolor con los miembros rotos.

Tanto mejor. Naturalmente aquello no estaba resultando demasiado perjudicial para el enemigo y sólo podría hacerse una vez. El auténtico objetivo era observar cómo se enfrentaban los *gubru* a una emergencia.

Las sirenas empezaron a aullar. Fiben consultó su reloj. Habían pasado dos minutos desde las primeras señales de la conmoción. Eso significaba que la alarma se accionaba de modo manual. Los tan vanagloriados ordenadores de defensa galácticos no eran, pues, omniscientes. No estaban equipados para reaccionar a un mal olor. Todas las boyas de vigilancia se alzaron al mismo tiempo sobre la valla, soltando un amenazador gemido y girando con gran rapidez. Fiben se sacudió las cascarras de cacahuete del regazo y se sentó lentamente, observando con cautela aquellos dispositivos mortales. Si estaban programados para extender automáticamente el perímetro de defensa ante una emergencia, podía encontrarse en peligro.

Pero se limitaron a girar, brillando por el incremento de la vigilancia. Pasaron tres minutos más, según el reloj de Fiben, hasta que una triple explosión sónica anunció la

llegada de una nave de combate con bruñidas flechas que parecían gavilanes al pasar velozmente sobre el ya vacío edificio de la cancillería. Los *gubru* del jardín parecían demasiado nerviosos para animarse mucho con su llegada. Saltaban y chillaban mientras las explosiones sónicas sacudían los árboles y sus plumas a la vez.

Un oficial *gubru* se movía pavoneándose por el jardín, gorjeando tranquilizadamente para calmar a sus subordinados. Fiben no se atrevió a utilizar su monocular ya que las sondas de vigilancia estaban en un estado de alerta especial, pero esforzó la vista para distinguir mejor a aquella criatura pajaril que estaba al mando. Ciertos rasgos de aquel *gubru* eran extraños. Su blanco plumaje, por ejemplo, parecía más luminoso y brillante que el de los demás. Llevaba también una cinta de tejido negro alrededor del cuello.

Pocos minutos más tarde llegó una nave de servicio público que no se posó en el jardín hasta que las charlatanas aves se hubieron hecho a un lado, dejándole sitio para aterrizar. Del aparato salieron un par de invasores que llevaban máscaras de oxígeno llenas de adornos y penachos. Hicieron una reverencia al oficial y luego subieron las escaleras del edificio a grandes pasos y entraron en él.

Era obvio que el oficial *gubru* sabía que el tufo de los conductos de gas corroídos no suponía amenaza alguna. El ruido y la conmoción estaban haciendo más daño a los empleados y proyectistas a su mando que el mal olor. Era indudable que estaba trastornado porque se había perdido una jornada de trabajo.

Pasaron más minutos. Fiben vio que llegaba un convoy de vehículos de superficie y sus sirenas aullantes alborotaban de nuevo a los funcionarios. El oficial *gubru* batió los brazos hasta que el griterío se acalló. Luego dirigió un escueto gesto a los guerreros supersónicos que flotaban en el cielo.

La nave giró sobre su eje y se marchó tan rápidamente como había venido. Las ondas de choque hicieron traquetear las ventanas y chillar al personal de la cancillería.

—Muy excitables ¿no? —observó Fiben. Sin duda los soldados *gubru* estaban mejor preparados para ese tipo de cosas.

Fiben se puso de pie sobre la rama y miró hacia otras zonas del parque. A lo largo de la valla se congregaban muchos chimps y otros seguían llegando, procedentes de la ciudad. Guardaban una prudente distancia con los guardianes de la barrera, pero seguían acercándose, parlotando excitados entre sí.

Diseminados entre ellos se hallaban los observadores de Gaillet Jones, consultando sus relojes y apuntando todas las reacciones de los alienígenas.

—*La primera cosa que conocerán los gubru cuando estudien las cintas de la Biblioteca sobre tu especie* —le había dicho Athaclena— *será el llamado «realejo símico».* *Esa tendencia que tenéis vosotros los antropoides de correr hacia el alboroto llevados por la curiosidad.* —Después había sonreído—. *Los vamos a*



*acostumbrar a ese tipo de comportamiento hasta que encuentren normal que esos extraños pupilos de los terrestres corran siempre hacia los alborotos... sólo para mirar. Aprenderán a no teneros miedo, pero deberán... hablar como un mono a otro.*

Fiben había comprendido lo que Athaclena quería decir: que los *tymbrimi* eran en ese aspecto como los humanos y los chimps. Le había infundido confianza, pero luego había fruncido repentinamente el ceño y hablado para sí misma, con rapidez y en voz baja, olvidando al parecer que él entendía el galáctico-Siete.

—*Monos... un mono con otro... ¡Sumbaturalli! ¿Tengo que pensar constantemente utilizando metáforas?*

Fiben había quedado sorprendido. Por suerte, no tenía que comprender a Athaclena; sólo saber que ella podía pedirle cualquier cosa y él la haría sin pensarlo dos veces.

Al cabo de un rato llegaron más vehículos de superficie con empleados de mantenimiento y limpieza, entre ellos unos cuantos chimps con el uniforme de la Compañía de Gas de la ciudad. Éstos entraron en la cancillería y los burócratas *gubru* del jardín se sentaron a la sombra, gorjeando irritados por el todavía intenso mal olor.

Fiben podía comprenderlo. El viento había soplado hacia él y la nariz se le había arrugado de asco.

*Bueno, eso es. Les hemos hecho perder una tarde de trabajo y quizá nosotros aprendamos algo de ello. Es hora de volver a casa y evaluar los resultados.*

No esperaba con interés la reunión con Gaillet Jones. Aunque era una chima bonita e inteligente, tenía la tendencia de ser demasiado oficiosa. Y era obvio que sentía cierto rencor contra él, como si él le hubiese dado un anestésico y la hubiera metido en un saco para llevársela.

Oh, bueno. Aquella noche se marcharía, regresaría a las montañas con Tyco, llevando un informe a la general. Fiben era un chico de ciudad pero había llegado a preferir los pájaros del campo a los que infestaban últimamente Puerto Helenia.

Se volvió, se agarró al tronco con ambos brazos y empezó a bajar. Fue entonces cuando, de repente, algo que parecía una gran mano plana le golpeó con fuerza en la espalda dejándolo sin aliento.

Fiben clavó las uñas en el tronco. La cabeza le giraba y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se las apañó como pudo para mantenerse agarrado a la áspera corteza mientras las ramas se agitaban y las hojas salían volando en una repentina oleada de sonido casi palpable. Se sujetó con fuerza al tiempo que todo el árbol vibraba como si intentase tirarlo abajo.

Cuando pasó la terrible oleada de presión, sus oídos se destaparon con un ruido sordo. La corriente de aire acelerado disminuyó y se convirtió en un mero estruendo. Finalmente, aún agarrado a la corteza, acumuló el valor suficiente para volverse y mirar.

Una alta columna de humo ocupaba el centro del jardín de la embajada, donde antes había estado la cancillería. Las llamas lamían las destrozadas paredes y unos regueros de hollín mostraban los puntos en los que el gas sobrecalentado había explotado en todas direcciones.

Fiben se quedó asombrado.

—Pollo caliente con bizcocho —murmuró sin avergonzarse en absoluto del primer pensamiento que le pasó por la cabeza. Allí había suficiente pollo frito como para alimentar a medio Puerto Helenium. Era una carne un poco rara, por supuesto. Había algunos trozos que aún se movían.

Aunque tenía la boca completamente seca, chasqueó los labios alegremente.

—¡Salsa de barbacoa! —suspiró—. Todo esto, y que no haya a la vista un camión cargado de salsa de barbacoa.

Volvió a trepar hasta la rama cubierta ahora de hojas desgarradas y consultó su reloj. Pasó casi un minuto antes de que las sirenas empezasen a aullar de nuevo. Y otro más para que el vehículo flotador despegase, tambaleándose como si luchara con la bullente convección del aire sobrecalentado a causa del fuego.

Quiso saber qué habían hecho los chimps que estaban junto a la valla y miró hacia allí. A través de la nube de humo que avanzaba, Fiben vio que la multitud no había huido. En todo caso, había aumentado. De los edificios cercanos salían chimps para contemplar lo que ocurría. Gritaban y ululaban, con los ojos brillantes de excitación.

Gruñó de alegría. Todo iba bien. Nadie había hecho ningún movimiento amenazante.

Entonces advirtió algo más. Con un estremecimiento eléctrico descubrió que los discos de vigilancia habían caído. A lo largo de la valla, las boyas giratorias se habían desplomado.

—¡Vaya tipos! —murmuró—. Esos bobalicones pretendían ahorrar dinero en rebotica inteligente. Los mecanismos de defensa funcionaban todos por control remoto.

Cuando la cancillería explotó, sea cual fuere el nefasto motivo que la llevó a hacerlo, debió de explotar con ella el control central. Si alguien tuviese la serenidad de coger algunas de esas boyas...

Vio a Max, a unos cien metros a su izquierda, que se movía a hurtadillas hacia uno de los discos caídos y lo levantaba con un bastón.

*Buen chico*, pensó Fiben, pero en seguida se olvidó de ello. Se puso de pie, apoyado contra el tronco del árbol, y se quitó las sandalias. Flexionó las piernas comprobando el aguante de la rama. *Aquí no pasa nada*, suspiró.

Se puso en marcha a toda velocidad, corriendo por la delgada rama. En el último momento tomó impulso en el extremo oscilante, como si fuera un trampolín, y saltó por los aires.

La valla estaba situada a un paso del arroyo. Fiben rozó con uno de sus pies los alambres de ésta y aterrizó con una difícil voltereta en el jardín.

—Uf —se quejó. Por fortuna no se había golpeado el tobillo aún resentido. Pero le dolían las costillas mientras avanzaba jadeando, envuelto por una nube de humo procedente del fuego que se extendía. Tosiendo, se sacó un pañuelo del bolsillo de su traje de faena, se lo puso sobre la nariz y corrió hacia las ruinas.

Los invasores muertos yacían diseminados sobre lo que había sido un prístino césped. Tropezó con el cadáver cuadrúpedo y cubierto de hollín de un *kwackoo* y se zambulló en una espesa nube de humo. Apenas pudo evitar el encontronazo con un *gubru* que seguía vivo. La criatura huyó dando chillidos.

Los burócratas invasores estaban totalmente desorganizados, aleteando y corriendo de un lado a otro en completo caos. El ruido que hacían era abrumador.

En el cielo, las explosiones sónicas anunciaban el regreso de los soldados. Fiben reprimió un ataque de tos y bendijo el humo. Desde lo alto, nadie podría localizarlo y los *gubru* del suelo no estaban en condiciones de darse cuenta de muchas cosas. Saltó sobre las aves chamuscadas. El hedor de la carne quemada mantenía a raya incluso sus apetitos más atávicos.

De hecho, temía estar enfermo.

Fue una cuestión de suerte que pudiera pasar corriendo junto a la cancillería en llamas. El edificio estaba completamente invadido por el fuego. El pelo de su brazo izquierdo se chamuscó debido al calor. Se precipitó entre un grupo de seres pajariles que se habían apiñado a la sombra de un edificio cercano. Se habían congregado con un coro de lamentos junto a un determinado cadáver, cuyo plumaje, antes brillante, estaba ahora manchado y estropeado. Al aparecer Fiben de una forma tan repentina, los *gubru* se dispersaron, piando de consternación.

¿*Me habré perdido?* Había humo en todas partes. Dio una vuelta en redondo buscando una señal que le indicase la dirección correcta.

¡Allí! Fiben vislumbró un pequeño resplandor azul a través de la negra confusión. Salió disparado a toda velocidad aunque los pulmones le quemaban. Cuando se adentró en el pequeño bosque que se alzaba en lo alto del farallón, lo peor del ruido y del humo había quedado atrás.

Calculó mal la distancia y casi cayó, para llegar patinando a detenerse frente a la Reserva Diplomática *tymbrimi*. Se inclinó hacia adelante para recobrar el aliento.

En seguida se dio cuenta de que había hecho bien en detenerse. De pronto, el globo azul de la cima del hito parecía menos amigable. Brilló ante él, emitiendo rápidos destellos.

Hasta entonces Fiben había actuado impensadamente. La explosión había sido una oportunidad que no esperaba. Tenía que aprovecharla.

*Muy bien, aquí estoy. Y ahora ¿qué?* El globo azul podía ser parte del equipo

original de los *tymbrimi*, pero también podía haberlo puesto el invasor.

A sus espaldas, las sirenas aullaban mientras los vehículos flotadores empezaban a llegar con un continuo y oscilante gemido. El humo ondulaba ante él, sacudido por las caóticas idas y venidas de los grandes aparatos. Fiben esperaba que los observadores de Gaillet, apostados en los tejados de los edificios cercanos, estuviesen tomando nota de todo aquello. Si conocía bien a sus congéneres, la mayoría de ellos debían de estar contemplándolo todo boquiabiertos o dando brincos de excitación. Con todo, podían aprender mucho de la buena suerte casual de aquella tarde.

Avanzó hacia el hito. El globo azul centelleaba ante él. Levantó el pie izquierdo.

Un haz de brillante luz golpeó la tierra en el lugar que estaba a punto de pisar.

Fiben dio un salto de casi un metro en el aire. Apenas había tocado tierra cuando el rayo volvió a caer a unos milímetros de su pie derecho. Unas ramas ardieron y el humo fue a sumarse al denso manto que se desprendía de la cancellería en llamas.

Intentó retroceder a toda prisa ¡pero el condenado globo no se lo permitía! Un relámpago azul chisporroteó en el suelo a sus espaldas y tuvo que saltar hacia un lado. Luego se encontró con que tenía que saltar hacia el otro.

¡Salto, zap! ¡Brinco, maldición, otra vez zap!

El rayo era demasiado preciso para que aquello fuese accidental. El globo no intentaba matarlo, pero al parecer tampoco estaba interesado en dejarlo marchar.

Entre relámpago y relámpago, Fiben intentaba pensar una forma para escapar de aquella trampa, de aquella infernal broma pesada...

Chasqueó los dedos mientras saltaba de otro lugar que ardía. ¡Claro!

Los *gubru* no habían entrado en la Reserva *tymbrimi*. El globo azul no actuaba como un aparato de los seres pajariles. ¡Era exactamente el tipo de cosa que *Uthacalthing* habría dejado instalado antes de marchar!

Fiben soltó una maldición cuando un rayo particularmente cercano le chamuscó un dedo del pie. ¡Malditos ETs! ¡Incluso los buenos eran mucho más de lo que cualquiera podía soportar! Apretó los dientes y se obligó a dar un solo paso adelante.

El rayo azul rebanó una piedra que había junto a su pie cortándola exactamente por la mitad. Todos los instintos de Fiben chillaban para que saltara de nuevo pero se concentró en dejar el pie en su sitio y dar otro paso con más tranquilidad.

Normalmente, uno podría pensar que un dispositivo de defensa como aquél estaba programado para poner sobre aviso a quien se aproximara a una cierta distancia y empezar a freírlo con ahínco si intentaba acercarse más.

Según esa lógica, todo lo que él estaba haciendo era completamente estúpido.

El globo azul destelló de modo amenazante y lanzó uno de sus relámpagos. El humo se levantó exactamente en el pequeño punto libre entre el pulgar de su pie izquierdo y los restantes dedos.

Levantó el pie derecho.

Primero un aviso, luego el toque de verdad. Así funcionaría un robot de defensa terrestre. Pero ¿cómo programaría un *tymbrimi* el suyo? No estaba seguro de poder arriesgarse tanto por una suposición disparatada. Se suponía que un sofote pupilo no estaba capacitado para llevar a cabo profundos análisis en medio del fuego y el humo, y mucho menos mientras le disparaban.

*Llámallo presentimiento, pensó.*

Puso el pie derecho en tierra y curvó los dedos alrededor de una rama de roble. El globo azul pareció considerar su persistencia y luego disparó otra vez el rayo, un metro delante de él. Una estela de humo chisporroteante se movió en un lento zigzag, con el creciente crujido de la hierba en llamas a medida que se acercaba.

Fiben intentó tragar saliva.

*¡No está diseñado para matar!, se decía una y otra vez. ¿Por qué estará ahí? Los gubru podrían haberlo reventado desde lejos hace ya tiempo.*

No, su objeto era estar presente como gesto. Una declaración de derechos bajo las intrincadas reglas del Protocolo Galáctico, más antiguas y ornamentadas que el ritual de la corte imperial del Japón.

Y estaba diseñado para retorcerles el pico a los *gubru*.

Fiben se mantuvo en el terreno que había ganado. Otra cadena de explosiones sónicas hizo temblar los árboles, y el calor de la conflagración a sus espaldas pareció intensificarse. El estruendo hacía más difícil aún su autocontrol.

*Los gubru son guerreros poderosos, recordó. Pero son impresionables...*

El haz azul se aproximó. Las fosas nasales de Fiben se ensancharon.

La única manera de apartar la vista de aquel mortal aparato era cerrando los ojos.

*Si estoy en lo cierto se trata de otro maldito dispositivo tymbrimi...*

Abrió los ojos. El rayo se acercaba a su pie derecho desde el costado. Los dedos se curvaron luchando contra el profundo deseo de saltar. La boca de Fiben se llenó de bilis mientras contemplaba cómo el abrasador cuchillo cortaba un guijarro a cinco centímetros de distancia y seguía adelante.

*¡Para golpearle el pie y partírselo!*

Fiben se ahogaba y reprimió la necesidad de chillar. ¡Algo iba mal! Vio que el rayo cruzaba por encima de su pie y se retiraba dejando una humeante estela bajo sus piernas separadas.

Se miró el pie con incredulidad. Había pensado que el rayo se detendría en el último instante, pero no había sucedido así.

Y sin embargo, su pie seguía allí, sano y salvo.

El haz quemó una rama seca y luego avanzó para encaramarse a su pie izquierdo.

Sintió un leve cosquilleo que sabía que era psicossomático. En cuanto lo tocaba, el rayo se transformaba en un simple haz de luz.

Pocos centímetros más allá de su pie, la hierba seguía ardiendo.

Con el corazón todavía acelerado y la boca demasiado seca para hablar, Fiben miró el globo azul y soltó una maldición.

—Muy divertido —susurró luego.

Tenía que haber un pequeño emisor psi en el hito pues había percibido algo parecido a una sonrisa extendido en el aire frente a él, una pequeña y cínica sonrisa alienígena, como si, después de todo, la broma hubiese sido una cosa sin importancia que no merecía siquiera una carcajada.

—Muy inteligente, Uthacalthing —Fiben hizo una mueca al tiempo que obligaba a sus temblorosas piernas a obedecerle y a llevarlo tambaleándose hacia el hito—. Muy inteligente. No me gustaría en absoluto ver qué te provoca un ataque de risa. Costaba creer que Athaclena procediera de la misma estirpe que el autor de aquella exhibición de humor.

Pero, al mismo tiempo, reconoció que le habría gustado estar presente cuando el primer *gubru* se acercó a la Reserva Diplomática para inspeccionarla.

El globo azul todavía destellaba pero había dejado de lanzar los delgados rayos de irritación. Fiben se aproximó al hito examinándolo, y comenzó a rodearlo. Cuando ya había recorrido la mitad del perímetro, en el punto en que el acantilado se alzaba sólo veinte metros sobre el mar, encontró una compuerta. Fiben parpadeó ante la serie de cerraduras, candados, discos de combinación y aldabas que la cerraban.

*Bueno, se dijo, es una reserva para secretos diplomáticos y cosas por el estilo.*

Pero todos esos cierres significaban que no tenía ninguna posibilidad de entrar y encontrar el mensaje de Uthacalthing. Athaclena le había dado unas cuantas palabras-código para que, si tenía oportunidad, las probase, pero aquello era otra historia.

Los bomberos ya habían llegado. A través del humo Fiben pudo ver chimps del servicio de vigilancia de la ciudad que tropezaban con los delgaduchos alienígenas y desenrollaban sus mangueras. No pasaría mucho tiempo hasta que alguien impusiera orden en aquel caos. Si su misión allí era en realidad improductiva, sería mejor que se marchase antes de que la salida fuera más difícil. Podía tomar el camino que seguía el acantilado, sobre el Mar de Cilmar. Así evitaría al enemigo y llegaría cerca de una parada de autobús.

Fiben se inclinó hacia adelante y miró de nuevo la compuerta. ¡Puf! En aquella puerta blindada había más de dos docenas de cerraduras. Una pequeña cinta de seda roja habría sido igualmente útil para mantener alejado al enemigo... se respetasen o no los pactos. ¿Para qué demonios servían entonces todos aquellos candados?

De pronto lo comprendió y soltó un gruñido. Se trataba de otra broma *tymbrimi*, claro. Sólo los *gubru* fracasarían al intentar entrar, por más inteligentes que fuesen. Había ocasiones en que la personalidad contaba más que la inteligencia.

*Tal vez esto signifique que...*

Siguiendo un presentimiento, Fiben corrió hacia el otro lado del hito. Tenía los

ojos llenos de lágrimas debido al humo y, mientras buscaba la pared opuesta a la compuerta, se secó la nariz con el pañuelo.

—Maldito y estúpido juego de adivinanzas —refunfuñó mientras se encaramaba entre las lisas piedras—. Un *tymbrimi* que inventa un truco como éste... y un pupilo chimp idiota, semievolucionado y con el cerebro lisiado como yo.

Una piedra suelta se movió ligeramente bajo su mano derecha. Fiben metió los dedos en la separación, recordando con envidia los de los *tymbrimi*, delgados y flexibles. Se rompió una uña y soltó una maldición.

Por fin la piedra se soltó y Fiben parpadeó.

Su intuición había sido correcta: existía un escondrijo secreto tras ella. ¡Pero el condenado agujero estaba vacío! Esta vez Fiben no pudo contenerse. Gritó de frustración. Era demasiado. La piedra que tapaba el agujero cayó entre la maleza y él permaneció allí, en la empinada faz del hito, lanzando maldiciones con el mismo tono expresivo e indignado que sus ancestros habían usado antes de la Elevación cuando vituperaban la ascendencia y los hábitos personales de los mandriles.

El ataque de ira sólo duró unos momentos pero logró que Fiben se sintiera mejor. Estaba ronco y le dolían las palmas de las manos de tanto golpear la piedra, pero al menos había dado rienda suelta a su rabia.

En realidad había llegado el momento de marcharse de allí. Por detrás de una espesa capa de humo, Fiben vio cómo aterrizaba un gran vehículo. De él descendió una rampa por la que bajó una tropa armada de soldados *gubru* que corrieron hacia el chamuscado jardín, cada uno con un par de diminutos globos flotantes. *Hey, es hora de largarse.*

Estaba a punto de iniciar su descenso cuando miró una vez más al interior del pequeño escondite *tymbrimi*.

En ese preciso momento la brisa aumentó y dispersó brevemente el humo difuso. Los rayos del sol irrumpieron en el acantilado.

Sus ojos distinguieron un pequeño destello de luz plateada. Metió la mano en el escondite y sacó un delgado hilo, fino y delicado como la seda, que cubría una grieta.

En aquel momento oyó un chillido amplificado. Fiben se dio vuelta y vio un escuadrón de soldados de Garra *gubru* que se dirigían hacia él. Un oficial manipulaba el vodor que llevaba en la garganta tecleando las distintas opciones de autotraducción.

...*Cathtoo-psh'v'chim'ph...*

...*Kah-koo-kee, ¡k'keee! ¡EeeEeEE! k...*

...*Hiss-s-ss pop \*grieta\*...*

...*Puna bliv't mannenning...*

...¿qué estás haciendo aquí? ¡Los buenos pupilos no juegan con las cosas que no comprenden!

Entonces el oficial vio la trampilla abierta y cómo Fiben se metía algo en el bolsillo.

—*¡Alto! Muéstranos lo que...*

Fiben no esperó a que el soldado terminase de formular la orden. Empezó a trepar por el hito. El globo azul destelló a su paso y su mente dejó rápidamente de lado el terror para dar paso a una poderosa y ronca risa, al tiempo que alcanzaba la cima y se escurría por el otro lado. Unos rayos láser hirvieron sobre su cabeza, descantillando fragmentos de la estructura de piedra, mientras él saltaba al suelo.

*Maldito sentido del humor tymbrimi*, fue su único pensamiento al ponerse de pie y precipitarse en la única dirección posible, bajo la protectora sombra del hito: derecho hacia el abrupto acantilado...



## GAILET

Max echó un montón de inutilizados discos de vigilancia *gubru* a los pies de Gaillet Jones.

—Les hemos arrancado de un tirón los receptores —informó—. No obstante, tendremos que ser extremadamente cuidadosos con ellos.

Cerca, el profesor Oakes accionó su cronómetro. El chimp más viejo gruñía de satisfacción.

—Han retirado de nuevo la ayuda aérea. Al parecer han decidido que fue un accidente.

Seguían llegando informes. Gaillet paseaba nerviosamente de un lado a otro de la azotea, mirando de vez en cuando por encima de la baranda para ver la conflagración y el caos en el parque del Farallón. *¡No habíamos planeado nada de esto! Puede ser una gran suerte. Hemos aprendido mucho.*

*O puede ser un desastre. Aún es pronto para decirlo.*

*Mientras que el enemigo no nos lo atribuya...*

Un joven chimp, de no más de doce años, bajó sus binoculares y se dirigió a Gaillet.

—El señalizador informa que todos excepto uno de nuestros observadores de vanguardia han regresado, señora. Y no se sabe nada de él.

—¿De quién se trata? —preguntó Gaillet.

—Uf, es ese oficial de milicia de las montañas. Fiben Bolger, señora.

—¡Tendría que haberlo supuesto! —murmuró Gaillet.

Max levantó la vista de su botín alienígena, con una mueca de consternación en el rostro.

—Yo lo vi. Cuando la valla cayó, saltó por encima y fue corriendo hacia el fuego. Hum, supongo que tendría que haber ido con él para controlarlo.

—No, Max, no tendrías que haberlo hecho. Obraste bien. ¡Por todos los diablos! —suspiró—. Debía imaginar que haría algo así. Si lo han capturado y nos delata... —se detuvo. No había ninguna razón para alarmar a los otros más de lo necesario.

*De todos modos, pensó sintiéndose un poco culpable, lo más probable es que hayan matado a ese chimp arrogante.*

No obstante se mordió el labio y se acercó a la barandilla para mirar en dirección al sol de la tarde.

## FIBEN

Detrás de Fiben sonaba el familiar *zip zip* del globo azul incendiando de nuevo. Los *gubru* chillaron menos de lo que podía esperarse: al fin de cuentas eran soldados. Aun así, armaron un buen alboroto, manteniendo ocupada su atención. Si el defensor de la Reserva estaba actuando para cubrir su retirada o si simplemente se dedicaba a incordiar a los invasores, basándose en sus principios generales, era algo que Fiben no podía dilucidar. En aquellos momentos tenía demasiados problemas para pensar en ello.

Una mirada sobre el borde del acantilado bastó para entrecortar su respiración. No se trataba de una superficie de cristal pero tampoco era la clase de camino que tomaría un excursionista para llegar a las brillantes arenas que se extendían a sus pies.

Los *gubru* disparaban en esos momentos al globo azul, pero aquello no podía durar demasiado. Fiben contempló el profundo desnivel. Hubiera preferido más vivir una vida larga y tranquila como ecólogo de campo, donar su esperma cuando se lo pidieran y tal vez unirse a un grupo de matrimonio verdaderamente divertido.

—¡Uy! —exclamó en dialecto humano y franqueó el borde cubierto de hierba.

Con seguridad, era un trabajo para hacer a cuatro manos. Agarrándose a un saliente con los dedos vestigiales y el pulgar del pie izquierdo se balanceó hasta encontrar un segundo punto de agarre y se las arregló para descender hasta otro reborde. Durante un corto trecho le pareció fácil pero luego comprendió que necesitaría todo el poder de agarre de sus cuatro extremidades. Por suerte, la bendita Elevación había dejado a sus congéneres esa habilidad. Si hubiera tenido unos pies como los de los humanos, ya se habría caído.

Fiben sudaba, buscando a tientas un lugar donde apoyar el pie, un lugar que tenía que estar ahí, cuando de repente el acantilado pareció dar una fuerte sacudida, golpeándolo. Las vibraciones de una explosión atravesaron la roca. La cara de Fiben se hundió en la arenosa superficie mientras luchaba por salvarse, con los pies agitándose en el vacío.

*¡Malditos...!* Tosió y escupió bajo una nube de polvo que se desprendió del borde del acantilado. Con el rabillo del ojo alcanzó a distinguir unos fragmentos brillantes de piedra incandescente que volaban por el cielo, girando y cayendo a la siseante tumba del mar...

*¡Debían de haber volado el hito!*

Entonces algo pasó muy deprisa junto a su cabeza. La agachó pero pudo vislumbrar un destello de color azul y oír, en el interior de su cerebro, el resonar de una risa alienígena. Cuando la hilaridad alcanzó su clímax algo pareció rozarle la

parte posterior de la cabeza y desvanecerse luego mientras la luz azul se alejaba a toda prisa saltando en dirección sur, por encima de las olas.

Fiben jadeó y buscó frenéticamente un lugar donde apoyar el pie. Al fin lo encontró y pudo descender hasta el siguiente lugar de reposo que le pareció seguro. Se introdujo en una estrecha grieta que no podía verse desde lo alto del acantilado, y sólo entonces utilizó energía extra para maldecir.

*Vaya día, Uthacalthing, vaya día.*

Fiben se limpió el polvo de los ojos y miró hacia abajo.

Ya había recorrido aproximadamente la mitad del camino hasta la playa. Si alguna vez llegaba a ella, la distancia hasta el parque de recreo al noroeste de la Bahía de Aspinal sería sólo un simple paseo. Y desde allí iba a serle fácil desaparecer por callejones secundarios y calles laterales.

En los próximos minutos se vería. Los supervivientes de la patrulla *gubru* debían de suponer que había muerto en la explosión y que había caído al mar junto con los fragmentos de la Reserva. O tal vez se imaginaban que había huido por otro camino. Después de todo, sólo un idiota intentaría bajar por aquel precipicio sin ir equipado.

Fiben esperaba estar en lo cierto, ya que si bajaban a buscarlo su suerte sería tan negra como esos pájaros chamuscados de la cancillería.

Frente a él, el sol empezaba a descender hacia el horizonte oeste. El humo de la conflagración de aquella tarde había contribuido a crear unos tonos escarlatas y ocres en el inminente atardecer. En el agua vio, aquí y allá, unos botes. Dos embarcaciones de carga navegaban lentamente, con unas figuras oscuras apenas visibles en cubierta, en dirección a las islas distantes, llevando sin duda alimentos a los rehenes humanos.

Era una pena que algunas de las sales del agua marina de Garth fueran tóxicas para los delfines. Si la tercera raza de Terragens se hubiese podido establecer allí, los enemigos hubieran tenido mucha más dificultad para aislar a los habitantes del archipiélago de un modo tan efectivo. Además, los fines tenían su propia forma de pensar. Tal vez se les habrían ocurrido un par de ideas que los congéneres de Fiben habían pasado por alto.

Los promontorios del sur le ocultaban la visión del puerto. Pero pudo ver amagos de destellos plateados, naves de guerra *gubru* o transbordadores que participaban en la construcción de defensas espaciales.

*Bueno, pensó Fiben, de momento nadie ha venido a buscarme. Es mejor que me lo tome con calma y recobre el aliento antes de acometer el resto del camino.*

Hasta entonces había hecho la parte más fácil.

Fiben metió la mano en el bolsillo y sacó el hilo reluciente que había encontrado en el agujero. Podía tratarse perfectamente de una tela de araña o de algo igualmente insignificante. Pero era lo único que tenía para enseñar de su pequeña aventura. No sabía cómo le diría a Athaclena que ése era el único resultado de su esfuerzo.

Bueno, no el único. Estaba también la destrucción de la Reserva Diplomática *tymbrimi*. Eso era otra cosa que tendría que explicar.

Sacó su monocular y quitó la tapa de la lente. Metió con cuidado el hilo dentro y, tras volver a colocar la tapa en su sitio, guardó el aparato.

Sí, iba a ser una puesta de sol en verdad hermosa. Las brasas del fuego brillaban, arremolinadas en nubes giratorias que el paso de las aullantes ambulancias *gubru* levantaba de un lado a otro de las colinas. Fiben pensó en meter la mano en el bolsillo y comerse los cacahuets restantes mientras esperaba, pero en aquellos momentos tenía más sed que hambre. Y, de todos modos, los chimps modernos consumían demasiadas proteínas.

*La vida es dura*, pensó, intentando encontrar una posición cómoda en la estrecha grieta. *Pero ¿es que ha sido fácil alguna vez para un ser de la clase pupila?*

*Ahí estás, ocupado en tus asuntos en alguna jungla pluvial, perfectamente adaptado a tu agujero ecológico, y de pronto ¡bang! Un tipo autoritario con ínfulas de dios se sienta sobre tu pecho y te mete a la fuerza en la boca el fruto del Árbol de la Ciencia. A partir de entonces eres un inadaptado, porque te miden según los puntos de vista más «elevados» de tu tutor; no tienes libertad, no puedes tener los hijos que te plazca y te ves cargado de «responsabilidades»... ¿quién oyó alguna vez hablar de responsabilidades en la jungla?... responsabilidades para con tus tutores, para con tus descendientes...*

Un asunto muy duro. Pero en las Cinco Galaxias sólo había una alternativa: la exterminación. Los anteriores inquilinos de Garth habían sido la prueba de ello.

Fiben se lamió el sudor salado de los labios, comprendiendo que era una reacción nerviosa lo que le había ocasionado aquella momentánea oleada de amargura. Y, además, no había motivo para recriminaciones. Si fuera un representante de su raza, uno de esos pocos chimps que hablan en nombre de todos los neochimpancés ante el Concejo de Terragens y los grandes Institutos Galácticos, valdría la pena reflexionar sobre aquellos puntos. Pero tal como estaban las cosas, Fiben advirtió que lo único que hacía era retrasar lo que tenía por delante.

*Supongo que, después de todo, se han olvidado de mí*, pensó asombrándose de su suerte.

La puesta de sol alcanzó su punto máximo en un esplendor de colores y textura, lanzando chorros de luz de intensos rojos y anaranjados sobre las aguas poco profundas de Garth.

*Demonios, después de un día como aquél, ¿qué sería bajar ese abrupto acantilado a oscuras? Sería el anticlímax, nada más.*

—¿Dónde demonios has estado? —Gaillet Jones se enfrentó a Fiben cuando éste entró por la puerta dando traspiés, y se acercó a él con el ceño fruncido.

—Oh, profesora —suspiró—. No me regañes. He tenido un día muy duro. —Pasó de largo y avanzó por la biblioteca llena de papeles y mapas arrastrando los pies. Saltó por encima de un mapa desplegado en el suelo, ajeno a dos de los observadores de Gaillet que gritaban indignados, y que se hicieron a un lado cuando él se dirigió hacia ellos en línea recta.

—Hemos terminado con los informes hace horas —dijo Gaillet mientras lo seguía—. Max se las arregló para robarles algunos discos de vigilancia...

—Ya lo sé. Lo vi —comentó mientras se metía en la pequeña habitación que le había sido asignada. Empezó a desnudarse allí mismo—. ¿Tienes algo de comer? —preguntó.

—¿Comer? —Gaillet parecía incrédula—. Tienes que darnos tus informes para que podamos llenar nuestros huecos en el mapa de operaciones *gubru*. La explosión fue una suerte inesperada y no teníamos preparados suficientes observadores. Y la mitad de los que teníamos se limitaron a quedarse boquiabiertos cuando empezó la diversión.

El traje de faena de Fiben cayó al suelo con un «clonk». Se lo quitó del todo.

—La comida puede esperar —masculló—. Necesito un trago.

—Podrías tener la amabilidad de no rascarte. —Gaillet Jones se había sonrojado y se había vuelto de espaldas.

Fiben regresaba de servirse un buen vaso de brandi color naranja y la miró con curiosidad. ¿Era en realidad la misma chima que lo había abordado con la palabra «rosa» hacía dos o tres noches? Se golpeó el tórax sacudiéndose el polvo. Gaillet parecía disgustada.

—Esperaba con ansia un baño, pero ahora me parece que voy a prescindir de él. Tengo demasiado sueño. Me voy a dormir. Mañana regreso a casa.

—¿A las montañas? —Gaillet se quedó perpleja.

—Sí —asintió Fiben—. Voy a buscar a Tyco y me pondré en marcha para ir a informar a la general. —Sonrió con cansancio—. No te preocupes. Le diré que estás haciendo un buen trabajo. Un magnífico trabajo.

—¡Te has pasado la tarde revoleándote en el polvo y emborrachándote! —la chima hizo una mueca de desprecio—. ¡Un oficial del ejército! ¡Y yo que creí que eras un científico! Bueno, la próxima vez que tu maravillosa general quiera comunicarse con nuestro movimiento aquí en la ciudad, asegúrate de que envía a otro ¿me oyes?

Giró sobre sus talones y se marchó dando un portazo.

¿Qué podía decirle? Fiben permaneció con la vista clavada en la puerta. Sabía que podría haberlo hecho mejor. Pero estaba tan cansado... Le dolía el cuerpo, desde los dedos chamuscados de los pies hasta los pulmones abrasados. Apenas notó la cama cuando se dejó caer en ella.

En sus sueños, una luz azul giraba y destellaba. De ella emanaba un débil algo que podía asociarse con una distante sonrisa.

*Divertido, parecía decir. Divertido pero no tanto como para soltar una carcajada. Más bien un aperitivo para lo que tiene que venir.*

Fiben gimió suavemente. Entonces se le apareció otra imagen: un pequeño neochimpancé, un evidente caso de atavismo, con los ojos muy hundidos y unos largos brazos apoyados en el teclado de una pantalla que llevaba colgada sobre el tórax. El chimp regresivo no podía hablar pero cuando sonrió, Fiben sintió un estremecimiento.

Luego vino una fase de descanso más reposada y por fin, para su alivio, otros sueños.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de la Idoneidad no podía poner los pies en un suelo no consagrado. Por eso se movía posado sobre una vara dorada, conducido por un séquito de aturridos ayudantes *kwackoo*. El incesante arrullo de éstos era más tranquilizante que los graves gorjeos de sus tutores *gubru*. Aunque la Elevación había llevado a los *kwackoo* a contemplar el mundo según la óptica *gubru*, seguían siendo por naturaleza menos solemnes y majestuosos que aquellos.

El Suzerano de la Idoneidad intentaba ser tolerante con tales diferencias mientras el cloqueante enjambre de emplumados y regordetes pupilos transportaba la percha antigravedad. Podía ser poco elegante, pero ellos ya murmuraban en voz baja acerca de quién sería elegido como sustituto. ¿Quién sería el nuevo Suzerano de Costes y Prevención?

Tendría que hacerse pronto. Ya se habían enviado mensajes a los Maestros de la Percha en el planeta de origen, pero, si era necesario, un burócrata experimentado podía ser elevado a tal designación. Había que preservar la continuidad.

En vez de sentirse ofendido, el Suzerano de la Idoneidad encontraba a los *kwackoo* tranquilizadores; necesitaba sus sencillas canciones por la distracción que le procuraban. Los días y meses por venir iban a ser muy agitados. El luto formal era sólo una de las muchas tareas que tenía por delante. De algún modo debía instaurarse el impulso hacia la nueva política. Y, naturalmente, había que considerar los efectos que esta tragedia podía tener en la Muda.

Los investigadores esperaban la llegada de la percha junto a un grupo de árboles caídos cerca de la todavía humeante cancillería. Cuando el Suzerano les hizo la seña de que empezaran, iniciaron una danza de presentación, en parte gesticulada y en parte audiovisual, que describía lo que habían decidido con respecto al origen de la explosión y el fuego. Mientras los investigadores gorjeaban sus descubrimientos en una canción sincopada, el Suzerano hacía un esfuerzo por concentrarse. Después de todo, aquél era un delicado asunto.

Según las normas, los *gubru* podían ocupar una embajada enemiga pero serían responsables de cualquier percance que le ocurriera si la falta era suya.

—Sí, sí, ha ocurrido, ocurrió—informaban los investigadores—. El edificio se ha convertido en una ruina vacía. No, no, no se ha localizado una actividad dirigida concretamente a que ocurrieran estos acontecimientos. No hay señales de que el transcurso de estos hechos estuviera elegido de antemano por nuestros enemigos y se nos impusiera en contra de nuestra voluntad. Incluso en caso de que el embajador *tymbrimi* saboteara sus propios edificios ¿qué nos importa? Si no somos los causantes

no tendremos que pagar, no tendremos que indemnizar.

El Suzerano gorjeó una breve corrección. Los investigadores no podían decidir sobre la idoneidad, sólo evaluar el hecho. Y, además, los asuntos de gastos eran del dominio de los oficiales del nuevo Suzerano de Costes y Prevención, después de que se recuperaran de la catástrofe que su aparato burocrático había sufrido.

Los investigadores danzaron arrepentidas disculpas.

Los pensamientos del Suzerano continuaban revoloteando en torno a la duda de cuáles iban a ser las consecuencias. Este acontecimiento, que en otras circunstancias hubiese sido de poca importancia, había alterado el delicado equilibrio del Triunvirato justo antes de un Cónclave de Mando y se producirían repercusiones incluso después de que fuera designado un tercer Suzerano nuevo.

A corto plazo, aquello beneficiaría a los dos supervivientes. El de Rayo y Garra gozaría de la posibilidad de perseguir a los pocos humanos que quedaban en libertad, fuera cual fuese el precio de ello. Y el de la Idoneidad podría dedicarse a la investigación sin las constantes quejas acerca de lo caro que resultaba.

Y, además, había que considerar la lucha por la primacía. En los últimos días había empezado a quedar claro lo impresionante que podía ser el viejo Suzerano de Costes y Prevención. Cada vez más, en contra de todo pronóstico, había sido el que organizara los debates, sacando a la luz sus mejores ideas, forzando compromisos y llevándolos hacia el consenso.

El Suzerano de la Idoneidad era ambicioso. Al sacerdote no le gustaba el curso que habían tomado las cosas.

Tampoco le resultaba agradable ver cómo sus planes más inteligentes eran modificados, alterados y amañados para complacer a un burócrata. ¡Y en especial a uno que tenía extrañas ideas sobre la empatía de los alienígenas!

No, aquello no era lo peor que podía haber ocurrido. En absoluto. Una nueva terna sería mucho más aceptable. Más viable. Y en el nuevo equilibrio, el sustituto empezaría con desventaja.

*Entonces ¿por qué? ¿Por qué causa, por qué motivo tengo miedo?*, se preguntó el sumo sacerdote.

Con un escalofrío, el Suzerano de la Idoneidad ahuecó su plumaje y se concentró, fijando sus pensamientos en el presente, en los informes de los investigadores. Parecían indicar que la explosión y el fuego pertenecían a esa amplia categoría de acontecimientos que los humanos llamaban *accidentes*.

A instancias de su antiguo colega, el Suzerano había empezado en los últimos tiempos a aprender inglés, esa extraña lengua no galáctica de los lobeznos. Era un esfuerzo difícil y frustrante, y de una cuestionable utilidad, puesto que los ordenadores de lenguaje eran una buena solución.

No obstante, el jefe de la burocracia había insistido y, para su sorpresa, el



sacerdote había descubierto que había cosas que aprender incluso en una colección tan elemental de gruñidos y gemidos; por ejemplo, cosas tales como los significados ocultos que subyacían en el término *accidente*.

Era obvio que la palabra hacía referencia a lo que decían los investigadores que había ocurrido allí: un número de factores sin fundamentos combinados con una considerable incompetencia por parte de la compañía de gas después de haber cesado la supervisión humana. Y sin embargo, el modo con que los humanos catalogaban algo de *accidente* era erróneo por definición. ¡En inglés el término no tenía en realidad un significado preciso!

Hasta los humanos tenían un axioma: «Los accidentes no existen».

Y entonces ¿por qué tenían una palabra para algo inexistente?

*Accidente...* servía para abarcar desde la causalidad no percibida a una tormenta de nivel siete de probabilidad, pasando por el auténtico azar. En cualquier caso, los resultados eran *accidentales*.

¿Cómo una especie así podía estar viajando por el espacio y ser considerada dentro del alto rango de tutora de un clan, si poseía un modo de ver el universo tan dependiente, tan incierto y oscuro? Comparados con los terrestres, hasta los diabólicos y tramposos *tymbrimi* eran claros y transparentes como el mismísimo éter.

Este tipo de discurso racional tan incómodo era lo que el sacerdote más había odiado en el burócrata. Era uno de los atributos más irritantes del Suzerano fallecido.

Era también una de las cosas más apreciadas y valiosas. Iba a añorarlas.

Tales eran las confusiones que se producían cuando el consenso se rompía, cuando el apareamiento se hacía añicos a medio empezar.

Con firmeza, el Suzerano gorjeó un encadenamiento de palabras de definición. La introspección lo abrumaba, y había que tomar una decisión respecto a lo que allí había ocurrido.

En un futuro potencial, los *gubru* tendrían que pagar daños a los *tymbrimi*, e incluso a los terrestres, por la destrucción acontecida en aquella meseta. Era una consideración poco agradable pero podía evitarse si el magnífico plan de los *gubru* se cumplía.

Los acontecimientos en los otros lugares de las Cinco Galaxias lo determinarían. Este planeta era una pequeña, aunque importante, nuez que descascarillar con una rápida y eficiente acometida. Además, era trabajo del Suzerano de Costes y Prevención vigilar que los gastos se mantuvieran controlados.

Conseguir que la alianza *gubru*, la verdadera herencia de los ancestros, no fracasara en idoneidad cuando regresaran los Progenitores era asunto del sacerdote.

*Que los vientos traigan ese día*, rezó.

—El juicio aplazado, diferido, suspendido por ahora —declaró en voz alta el Suzerano. Y los investigadores cerraron sus carpetas.

Una vez terminado el tema del incendio de la cancillería, la siguiente parada sería en lo alto de la colina donde había otras cosas que debían evaluarse.

La multitud de *kwackoo* se arracimó arrullando y se movió en bloque, llevando con ellos la Percha de Cálculo. Una enorme bola de pupilos emplumados que se desplazaba plácidamente entre sus excitables, saltarines y pajariles tutores.

La Reserva Diplomática aún humeaba debido a los acontecimientos del día anterior. El Suzerano escuchó con atención los informes de los investigadores que cantaban a veces de uno en uno, a veces al unísono y luego en contrapunto. A partir de aquel alboroto, el Suzerano se formó una imagen de los hechos que habían conducido a aquel desenlace.

Habían encontrado a un neochimpancé local husmeando alrededor de la Reserva sin haber pedido antes permiso formal al poder constituido para pasar, en una clara violación del protocolo en tiempo de guerra. Nadie sabía por qué ese estúpido semianimal estaba allí. Tal vez lo arrastrase el «complejo símico», esa irritante e incomprensible necesidad que llevaba a los terrestres a buscar la conmoción en vez de evitarla.

Un destacamento armado se había topado con el neochimpancé curioso mientras efectuaba una ronda rutinaria por la zona del desastre. El comandante se había dirigido a toda prisa al peludo pupilo-de-los-humanos, instando a la criatura terrestre a que desistiera de su conducta y mostrara una adecuada obediencia. Tal como era costumbre entre los nativos terrestres, el neochimp había adoptado una actitud obstinada. En vez de comportarse de una manera civilizada, había huido. Cuando intentaban detenerlo, entró en funcionamiento un dispositivo de defensa del hito. El hito resultó dañado por los disparos subsiguientes.

Esta vez el Suzerano decidió que el resultado era más satisfactorio. Subpupilo o no, el chimpancé era un aliado de los condenados *tymbrimi*, y al actuar de aquel modo había destruido la inmunidad de la Reserva. Los soldados habían actuado correctamente al abrir fuego tanto contra el chimp como contra el globo de defensa. No se había producido violación de la idoneidad, declaró el Suzerano.

Los investigadores interpretaron una danza de consuelo. Por supuesto, seguía fielmente los antiguos procedimientos, el plumaje más brillante sería el plumaje de los *gubru* cuando volvieran los Progenitores.

*Que los vientos aceleren la llegada de ese día.*

—Abran, entren, intérense en la Reserva —ordenó el sacerdote—. Entren e investiguen los secretos de su interior.

Seguramente las cajas de seguridad programadas para un caso de emergencia debían de haber destruido casi todos sus contenidos, pero tal vez quedase alguna información por descifrar.

Los candados más sencillos saltaron rápidamente y se usaron aparatos especiales

para quitar la puerta blindada. Todo eso llevó algún tiempo. El sacerdote se mantuvo ocupado oficiando un servicio religioso para los soldados de Garra, alentándolos a reforzar su fe en los antiguos valores. Era importante no permitir que perdieran su vehemencia con cosas tan apacibles, por tanto el Suzerano les recordó que en los últimos dos días habían desaparecido en las montañas, al sudeste de esa misma ciudad, pequeños grupos de guerreros. Aquél era un momento adecuado para recordarles que sus vidas pertenecían al Nido. El Nido y el Honor eran lo único que importaba.

Por fin se resolvió el rompecabezas que era el último candado. Para tratarse de bromistas *tymbrimi*, no parecían tan inteligentes. Los robots de desciframiento de combinaciones de los *gubru* habían resuelto el problema. La puerta se levantó en brazos de un transportador teledirigido. Los investigadores entraron en el hito con los instrumentos en la mano.

Momentos después, seguida de una serie de gorjeos sorprendidos, una figura pajaril se precipitó desde dentro con un objeto negro y cristalino en el pico. Casi de inmediato fue seguida por otra. Los pies de los investigadores eran una danza confusa de excitación mientras dejaban los objetos en el suelo, ante la percha flotante del Suzerano.

*¡Intacto!* bailaban. Habían encontrado intactos dos almacenes de datos que se habían salvado de las explosiones autodestructoras, gracias a una prematura caída de piedras.

La alegría se extendió entre los investigadores, y de allí a los soldados y civiles que esperaban más atrás.

Hasta los *kwackoo* cantaban con regocijo, porque hasta ellos comprendían que aquello podía considerarse un golpe al menos de cuarta magnitud. Un pupilo terrestre había destruido la inmunidad de la Reserva mediante un comportamiento obviamente irreverente... señal de una Elevación defectuosa. Y el resultado había sido un acceso completamente autorizado a los secretos del enemigo.

Los *tymbrimi* y los humanos se avergonzarían y los *gubru* podrían aprender muchas cosas.

La celebración fue *gubru*-frenética. Pero el propio Suzerano bailó sólo unos segundos. En una raza de gentes preocupadas, su papel era doblemente importante. Había demasiadas cosas en el universo que eran sospechosas.

Demasiadas cosas que mejor estarían muertas para evitar que por algún motivo amenazaran algún día la seguridad del Nido.

El Suzerano inclinó la cabeza primero hacia un lado y luego hacia el otro. Miró los cubos de datos, negros y brillantes sobre el chamuscado suelo. Algo extraño parecía extenderse sobre los cristales de información recuperados; un sentimiento que casi, pero no del todo, se traducía en un incubado sentimiento de terror.

No era un psi-sentido reconocible ni tampoco otra forma de premonición científica. Si lo hubiese sido, el Suzerano hubiera ordenado que los cubos fueran reducidos a polvo allí mismo y en aquel momento.

Y sin embargo... era muy extraño.

Durante un breve instante, se estremeció bajo la impresión de que los cristales eran ojos, los brillantes ojos negros como el espacio de una serpiente grande y muy peligrosa.

## ROBERT

Corría llevando en la mano un arco de madera nuevo. Un carcaj sencillo de fabricación casera se balanceaba ligeramente en su espalda, mientras jadeaba por el sendero de montaña. Su sombrero de paja había sido tejido con juncos del río y su taparrabos y los mocasines que calzaba habían sido confeccionados con cabritilla del lugar.

Al correr, el joven protegía un poco su pierna izquierda. Un vendaje le cubría una herida superficial. El dolor de la quemadura era incluso una especie de consuelo puesto que le recordaba cuánto mejor es un disparo que te roza, que un disparo que te alcanza.

*Imagen de un pájaro alto que miraba con incredulidad la flecha que le había atravesado el esternón, mientras su rifle láser se desprendía de sus garras entumecidas por la muerte y caía al suelo de la jungla.*

La colina estaba silenciosa. El único sonido era su respiración uniforme y el suave rascar de los mocasines sobre las piedras. Los pinchazos de la transpiración desaparecían rápidamente cuando la brisa ponía su bálsamo al tocarle los brazos y las piernas.

El toque de viento era más fresco a medida que ascendía. Lo empinado del camino iba disminuyendo y Robert se encontró por fin más arriba de los árboles, entre las altas colinas-aguijón de la cumbre de la cresta.

Agradeció la repentina calidez del sol, ahora que su piel se había oscurecido y adquirido el tono de la madera de nogal. También se había endurecido, de modo que las espinas y las ortigas ya no le molestaban tanto.

*Debo empezar a parecer un indio de las viejas épocas, pensó divertido. Saltó por encima de un tronco caído y tomó una desviación a la izquierda del sendero.*

De pequeño había sacado buen provecho de su apellido. El niño Robert Oneagle nunca tuvo que representar el papel de malo cuando jugaba con los otros niños al nacimiento de la Confederación. Siempre era un guerrero cherokee o mohawk, alborotado en su traje espacial de juguete y pintado para la guerra según la costumbre de ciertas tribus, y abatiendo a los soldados del dictador durante la guerra del Poder Satélite.

*Cuando todo esto termine, tengo que descubrir más cosas acerca de la historia genética de la familia. Me pregunto cuánta parte de ella es en realidad herencia indio-americana.*

Unos estratos blancos y esponjosos se deslizaban junto a un cerro del lado norte y parecían mantener su mismo paso mientras corría por las cimas de las colinas,

cruzando los cerros que lo llevarían a casa.

*A casa.*

La frase surgía con facilidad ahora que tenía un trabajo que realizar bajo los árboles y al aire libre. Ahora ya podía considerar su casa a aquellas cavernas porque habían pasado a ser un refugio en aquellos tiempos inciertos.

Y Athaclena estaba allí.

Había permanecido fuera más de lo que esperaba. El viaje lo había llevado a lo alto de las montañas, hasta llegar al Valle de la Primavera, reclutando en el camino voluntarios, estableciendo comunicaciones y, en definitiva, haciendo correr la voz.

Y, naturalmente, él y sus compañeros partisanos habían tenido un par de escaramuzas con el enemigo.

Robert sabía que habían sido cosas sin importancia: una pequeña patrulla *gubru* atrapada de vez en cuando y la aniquilación de hasta el último alienígena. La Resistencia sólo atacaba cuando la victoria parecía factible. No podían dejar supervivientes que informasen a los mandos *gubru* que los terrestres habían aprendido a volverse invisibles.

Si bien pequeñas, aquellas victorias habían obrado maravillas sobre la moral. Sin embargo, aunque se dedicaban a dificultar las cosas a los *gubru* en las montañas, ¿cuál era la utilidad de ello si el enemigo se mantenía fuera de su alcance?

Durante la mayor parte de su viaje, se había ocupado de cosas apenas relacionadas con la Resistencia. En todos los lugares que había recorrido se había visto rodeado de chimps que proferían hurras y parloteaban regocijados ante la presencia del único humano que quedaba en libertad. Para su frustración, parecían totalmente felices convirtiéndolo en juez oficioso, arbitro y padrino de los recién nacidos. Nunca antes había sentido de un modo tan pesado las cargas que la Elevación suponía para la raza tutora.

Desde luego, no podía culpar a los chimps por ello. Robert dudaba de que alguna vez en la breve vida de su especie, tantos chimps hubiesen estado un tiempo tan largo privados del contacto con los humanos.

A todas partes donde fue hizo saber que el único humano de las montañas no visitaría ninguno de los edificios construidos antes de la invasión y que tampoco quería ver a nadie que llevase ropas o artefactos no originarios de Garth. Cuando se corrió la voz de cómo los robots gaseadores localizaban sus objetivos, los chimps empezaron a trasladar comunidades enteras. Comenzaron a proliferar los talleres caseros, resucitando artes que se habían perdido, como el hilado, el tejido y la marroquinería.

En realidad, los chimps de las montañas lo estaban haciendo muy bien. La comida era abundante y los jóvenes seguían yendo a clase. Aquí y allá, unos pocos tipos responsables habían reorganizado el Proyecto de Recuperación Ecológica de Garth,

manteniendo en marcha los programas más urgentes e improvisando para sustituir a los expertos humanos que se habían perdido.

*Tal vez no nos necesiten para nada*, pensó Robert.

Su propia especie había estado a punto de convertir el planeta Tierra en un infierno ecológico durante los años que precedieron al despertar de la cordura en la Humanidad. Se evitó una horrible catástrofe por el mínimo margen. Sabiendo eso, resultaba humillante ver que los llamados pupilos se comportaban más racionalmente que los hombres un siglo antes del Contacto.

*¿Tenemos algún derecho de representar el papel de dioses ante esta gente? Tal vez cuando esto termine tendríamos que marcharnos y dejar que decidieran por sí solos su futuro.*

Una idea romántica. Había un obstáculo, por supuesto. *Los galácticos nunca nos lo permitirían.*

Así pues, permitió que los chimps se le acercaran, le pidieran consejo y pusieran su nombre a los bebés.

Luego, cuando hubo hecho todo lo que podía por el momento, enfiló por el sendero hacia casa. Solo, ya que, por ahora, ningún chimp podía seguirle.

Agradeció la soledad de aquel último día. Le dio tiempo para pensar. Había aprendido muchas cosas sobre sí mismo en aquellas últimas semanas y meses, desde aquella horrible tarde en que su mente se había encogido bajo los puñetazos del dolor y Athaclena había entrado en ella para rescatarlo. Extrañamente, las bestias y monstruos de su neurosis no habían resultado ser lo más importante. Pudo manejarlos con facilidad una vez que se enfrentó a ellos y reconoció qué eran. Además, no debían de ser peores que las cargas de problemas del pasado sin resolver que afectaban a otras personas.

No, lo más importante fue darse cuenta de que era un hombre. Era una exploración recién comenzada y a Robert le gustaba la dirección que había tomado.

Rodeó una curva en el sendero de montaña y salió de la sombra de la colina, con el sol a sus espaldas. Al frente, hacia el sur, se hallaban las escarpadas formaciones de piedra caliza del Valle de las Cuevas.

Robert se detuvo súbitamente al vislumbrar un brillo metálico. Algo destellaba sobre las prominencias más allá del valle, tal vez a unos veinte kilómetros de distancia.

*Robots gaseadores*, pensó. En aquella zona, los técnicos de Benjamín habían empezado a dejar muestras de cualquier cosa, desde aparatos electrónicos a metales, pasando por vestidos, en un esfuerzo para descubrir qué era lo que detectaban los robots *gubru*. Robert esperaba que hubieran hecho algún progreso mientras él había estado fuera. Y sin embargo, en otro sentido, apenas le importaba. Se sentía a gusto con el nuevo arco en la mano. Los chimps de las montañas preferían las potentes

ballestas de fabricación casera que requerían menos coordinación pero una mayor fuerza símica para dispararlas. Pero con los dos tipos de arma el resultado había sido el mismo... pájaros muertos. La utilización de las antiguas habilidades y las herramientas arcaicas se habían convertido en un tema galvanizador que contactaba con los mitos del Clan de los Lobeznos.

Antes, cuando había visto cómo los chimps arrancaban las armas de los cuerpos de los *gubru* derrotados y se los llevaban, notó que algunos de los chimps lo miraban furtivamente, tal vez con culpabilidad. Aquella noche observó desde una ladera oscura las siluetas de largos brazos que danzaban en torno al fuego, bajo las estrellas.

Sobre las llamas se asaba algo y el viento transportaba un dulce y ahumado aroma.

Robert tuvo la impresión de que era una de esas cosas que los chimps no querían que viesen sus tutores. Se adentró en las sombras y regresó al campamento principal, dejándolos con su ritual.

Las imágenes aún centelleaban en su mente como salvajes y fieras fantasías. Robert nunca preguntó qué se había hecho de los cuerpos de los galácticos muertos, pero desde entonces no podía pensar en el enemigo sin recordar aquel aroma.

*Si hubiese una forma de hacerlos venir a las montañas en mayor número...*, reflexionó. Únicamente parecía posible dañar al enemigo bajo la protección de los árboles.

La tarde envejecía. Era tiempo de terminar con el largo camino hasta casa. Robert se volvió y estaba a punto de empezar a descender hacia el valle cuando se detuvo repentinamente. Parpadeó. En el aire había una mancha.

Algo que parecía aletear en el extremo de su visión, como si la falsa polilla estuviera bailando en el interior del punto ciego de la retina. Parecía imposible de mirar.

*¡Oh!*, pensó Robert.

Desistió en su intento de enfocarla y miró hacia otro lado, dejando que la extraña *no-cosa* lo persiguiera a él.

Su roce le abrió los pétalos de la mente, como una flor desplegándose al sol. La entidad aleteaba, danzaba con timidez y le guiñaba un ojo: un sencillo glifo de afecto y apacible diversión. Lo bastante simple para que lo comprendiera incluso un humano de músculos fuertes, con brazos vellosos, piel enrojecida y bronceada y cubierto de sudor.

—Muy divertido, Clennie —murmuró Robert. Pero la flor se abrió aún más y captó calidez. Sin que tuvieran que indicárselo, sabía qué camino tomar. Dejó el sendero principal y se metió por una senda estrecha.

A mitad de camino de la cima, se encontró con una figura marrón holgazaneando a la sombra de una mata de espinos. El chimp levantó la vista de la novela que estaba



leyendo y lo saludó perezosamente.

—Hola, Robert. Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi.

—¡Fiben! —Robert sonrió—. ¿Cuándo has regresado?

—Oh, hace cosa de una hora —el chimp reprimió un cansado bostezo—. Los chicos de las cuevas me enviaron aquí arriba para esperar a su señoría. A ella le he traído algo de la ciudad. Lo siento, pero para ti no hay nada.

—¿Tuviste problemas en Puerto Helenia?

—Hummm, bueno, algunos. He bailado un poco, me he rascado un poco y he ululado un poco más.

Robert sonrió. El «acento» de Fiben era más marcado cuando tenía grandes noticias que comunicar, y así escenificaba mejor su historia. Si le permitía despacharse a gusto, los tendría sin dormir toda la noche.

—Uf, Fiben...

—Sí, sí. Está ahí arriba, en lo alto de la loma. Y si me preguntas, te diré que de un humor muy excéntrico. Pero no me preguntes, yo sólo soy un chimpancé. Te veré más tarde, Robert. —Cogió de nuevo el libro.

No era exactamente un modelo de pupilo reverente. Robert sonrió.

—Gracias, Fiben. Hasta luego —se apresuró sendero arriba.

Athaclena no se preocupó en volverse cuando él se acercó porque ya se habían dicho hola. Permaneció en la cumbre de la colina mirando hacia el oeste con las manos extendidas frente a sí.

Robert sintió de inmediato otro glifo que flotaba sobre Athaclena, por encima de los ondulantes zarcillos de su corona. Y era algo impresionante. Comparándolo con su pequeño saludo anterior, aquél era como estar recitando una quintilla picaresca junto a «Xanadu». No podía verlo ni tampoco empezar a captar su complejidad, pero estaba ahí, casi palpable para su acrecentado sentido empático.

Robert advirtió también que ella tenía algo entre las manos... como un hilo delgado de fuego invisible, intuido más que visto, que formaba un arco de una mano a otra.

—Athaclena, ¿qué...?

Se interrumpió al llegar junto a ella y ver su cara. Muchos de los rasgos humanos que había adoptado durante su exilio seguían allí, pero algo que éstos habían desplazado también estaba presente, al menos en aquel momento. Tenía un brillo alienígena en sus ojos punteados de oro y parecía bailar a contrapunto con los latidos del glifo que él percibía a medias.

Los sentidos de Robert se habían agudizado. Miró de nuevo el hilo de sus manos y sintió un temblor de reconocimiento.

—Tu padre...

—*¡W'ith-tanna Uthacalthing hellinarri-t'hoo, haorí nda!* —los dientes de

Athaclena emitieron un blanco destello. Respiró profundamente por sus fosas nasales completamente dilatadas. Sus ojos, separados al máximo posible, parecían centellear.

—¡Robert, está vivo!

Él parpadeó con la mente desbordada de preguntas.

—¡Es estupendo! Pero... pero ¿dónde? ¿Sabes algo de mi madre? ¿Y del gobierno? ¿Qué dice?

No respondió de inmediato. Athaclena sostenía el hilo. La luz del sol parecía recorrerlo de arriba abajo. Robert hubiera jurado que oía un sonido, un sonido real que emitía la fibra.

—¡*W'ith-tanna Uthacalthing!* —Athaclena parecía mirar de frente al sol.

Reía; ya no era la chica seria que él había conocido. Reía entre dientes al estilo *tymbrimi* y Robert se alegró de no ser él el objeto de esa hilaridad. El humor *tymbrimi* a menudo significaba que los demás no se divertían en absoluto.

El joven siguió la mirada de Athaclena sobre el Valle del Sind, donde una comitiva de habituales vehículos *gubru* gemía débilmente al cruzar el cielo. Incapaz de comprender más que los contornos de su glifo, la mente de Robert buscó y halló algo semejante dentro del estilo humano. En su mente representó una metáfora.

De pronto, la sonrisa de Athaclena se convirtió en algo salvaje, casi gatuno. Y aquellas naves de guerra, reflejadas en sus ojos, parecieron tomar el aspecto de ratones confiados e inofensivos.

# **TERCERA PARTE**

## **LOS GARTHIANOS**

La evolución de la raza humana no se completará en los diez mil años de animales domesticados sino en el millón de años de animales salvajes, porque el hombre es y siempre será un animal salvaje.

*Charles Galton Darwin*

La selección natural pronto no será importante, ni de lejos podrá compararse con la selección consciente. Nos civilizaremos y modificaremos para adaptarnos a nuestra idea de lo que podemos ser. Dentro de una vida más humana nos habremos cambiado de modo irreconocible.

*Greg Bear*

## UTHACALTHING

Unas manchas como de tinta ensuciaban el pantano próximo al lugar donde había caído la nave. De unos tanques agrietados y hundidos manaban unos fluidos oscuros que teñían las aguas del amplio y poco profundo estuario. Todos los insectos, los pequeños animales y hasta la resistente hierba salina morían al entrar en contacto con aquel oleoso reguero.

Al estrellarse, la pequeña nave espacial había rebotado y patinado, dejando una tortuosa estela de destrucción antes de meter la nariz en la pantanosa desembocadura del río. En los días siguientes al impacto fue perdiendo lentamente su combustible y adentrándose en el barro.

Ni la lluvia ni la marejada habían conseguido borrar los arañazos de batalla grabados en sus chamuscados flancos. El casco de la nave, en un tiempo hermoso y bien cuidado, estaba ahora lleno de marcas y quemaduras de una sucesión de tiros fallados por muy poco. La colisión había sido sólo el golpe final.

Desproporcionadamente grande en la popa del improvisado bote, el *thenanio* miraba al otro lado de los planos islotes que se interponían entre él y la nave caída. Dejó de remar para reflexionar sobre la cruel realidad de su situación.

Era evidente que la nave espacial no volvería a volar de nuevo. Y lo que era peor, el impacto había convertido en un deplorable escenario aquel trozo de tierras pantanosas. Desplegó la cresta, una cresta como de gallo terminada en unas erizadas astas grises.

Uthacalthing había soltado su remo y aguardaba cortésmente a que su compañero de naufragio terminara su estática contemplación. Esperaba que el diplomático *thenanio* no estuviera dispuesto a dar otra conferencia sobre la responsabilidad ecológica y las obligaciones de las razas tutoras. Pero, al fin de cuentas, Kault era Kault.

—El espíritu de este sitio está ofendido —dijo el inmenso ser, mientras sus hendiduras respiratorias silbaban con fuerza—. Nosotros, los seres sapientes, no tenemos ningún derecho a traer nuestras pequeñas guerras a viveros como éste y contaminarlos con venenos espaciales.

—La muerte llega a todas las cosas, Kault. Y la evolución prospera gracias a las tragedias. —Sus palabras eran irónicas, pero Kault las tomaba en serio. Las ranuras de la garganta del *thenanio* exhalaban aire con pesadez.

—Eso ya lo sé, colega *tymbrimi*. Es por ello que a la mayoría de mundos vivero registrados se les permite seguir sus ciclos naturales sin ningún impedimento. Las eras glaciales y los impactos de planetoides forman parte del orden natural. Las

especies se modifican y crecen preparadas para afrontar tales adversidades.

»Sin embargo, éste es un caso especial. Un mundo tan terriblemente dañado como Garth no podrá soportar muchos desastres como éste sin sufrir una conmoción y volverse completamente estéril. No ha pasado mucho tiempo desde que los *bururalli* cometieron aquí sus locuras, de las cuales el planeta apenas si empezaba a recuperarse. Ahora nuestras batallas crean muchos más problemas... como esa basura.

Kault gesticuló, señalando los líquidos que manaban de la nave destrozada.

Esta vez Uthacalthing optó por guardar silencio. Todas las razas galácticas con estatus de tutor eran, por supuesto, ambientalistas. Ésa era la ley más antigua y más importante. Las razas de viajeros del espacio que no juraban someterse a los Códigos de Control Ecológico eran destruidas por la mayoría, en bien de la protección de las futuras generaciones de sofotes.

Pero había grados. Los *gubru*, por ejemplo, sentían menos interés por los mundos vivero que por sus productos: especies presensitivas listas para formar parte del peculiar color del fanatismo conservadurista del clan *gubru*. Los *soro* disfrutaban con la manipulación de las razas pupilas recién adquiridas. Y los *tandu* eran sencillamente horribles.

La raza de Kault resultaba a veces irritante por su mojigata búsqueda de la pureza ecológica, pero al menos la suya era una fijación que Uthacalthing podía comprender. Una cosa era quemar un bosque o construir una ciudad en un mundo registrado, ya que esos tipos de daño cicatrizaban en poco tiempo, y otra muy distinta echar venenos de efecto prolongado en la biosfera, venenos que podían ser absorbidos y acumulados. El disgusto que sentía Uthacalthing ante la oleosa suspensión era sólo un poco menos intenso que el de Kault. Pero no se podía hacer nada para repararlo.

—Los terrestres tenían en este planeta un buen sistema para limpiar en casos de emergencia, Kault. Es obvio que la invasión lo ha vuelto inoperante. Tal vez los propios *gubru* se encarguen ahora de eliminar esta suciedad.

Cuando el *thenanio* carraspeó de una forma que pareció que estornudaba, la parte superior de su cuerpo se convulsionó. En sus ranuras respiratorias se formó un bulto. Uthacalthing sabía que aquello era una expresión de extrema incredulidad.

—¡Los *gubru* son unos holgazanes y unos herejes! Uthacalthing ¿cómo puede ser tan ingenuamente optimista? —la cresta de Kault tembló y sus párpados se agitaron.

Uthacalthing se limitó a devolver la mirada a su compañero de naufragio con una ligera sonrisa en los labios.

—Ah, bien —dijo el *thenanio*—. Ya veo. Está poniendo a prueba mi sentido del humor con una frase irónica. —El *thenanio* hizo que el borde de su cresta se inflase unos momentos—. Divertido, lo comprendo. Sigamos remando.

Uthacalthing se dio la vuelta y tomó su remo. Con un suspiro formó *tu'fluk*, el

glifo de la contrariedad por un chiste no apreciado adecuadamente.

*Con toda seguridad, esta terca criatura fue designada embajador en un mundo terrestre porque posee lo que entre los thenanios se considera un gran sentido del humor.*

Tal posibilidad podía ser la imagen inversa de la razón por la cual Uthacalthing había sido elegido por los *tymbrimi*... por su naturaleza comparativamente seria, su tacto y su comedimiento.

No, pensó Uthacalthing mientras remaban, deslizándose entre retazos de hierba salina. *Kault, mi amigo, no ha comprendido el chiste en absoluto. Pero ya lo entenderá.*

El recorrido hasta la desembocadura del río fue largo. Garth había girado más de veinte veces desde que Kault y él tuvieran que abandonar la incapacitada nave, aún en vuelo, y lanzarse en paracaídas a unos terrenos salvajes. Los infortunados pupilos *ynnin* del *thenanio* se asustaron, sus dos paracaídas se enredaron entre sí, cayeron y murieron. Desde entonces, los dos diplomáticos no habían contado más que con su mutua compañía.

Al menos era primavera y no pasarían frío. Eso representaba un cierto alivio.

La marcha del bote improvisado, hecho con ramas de árbol y tela de paracaídas, era lenta. Se encontraban sólo a unos cuatrocientos metros de su meta, pero les costó casi cuatro horas abrirse paso por los tortuosos canales. Aunque el terreno era llano, unas hierbas altas les tapaban la visión la mayor parte del tiempo.

De repente, apareció ante ellos la ruina de una pequeña nave espacial en otro tiempo bruñida y brillante.

—Aún no veo por qué hemos de regresar —dijo Kault con voz áspera—. Conseguimos los suficientes alimentos para mantenernos con vida sin tomar tierra. Cuando las cosas se tranquilicen, podemos internarnos y...

—Espere aquí —le ordenó Uthacalthing sin preocuparse por haberlo interrumpido. Gracias a Ifni, los *thenanios* no eran quisquillosos respecto a eso. Pasó una pierna por encima del flanco del bote y se metió en el agua—. No hay ninguna necesidad de que nos arriesguemos los dos aproximándonos más. Continuaré yo solo.

Uthacalthing conocía lo bastante a su compañero de naufragio para percibir la expresión contrariada de Kault. La cultura *thenania* hacía mucho hincapié en el valor personal, especialmente a partir del momento en que los vuelos espaciales habían comenzado a aterrorizarlos.

—Le acompañaré, Uthacalthing —repuso dejando el remo—. Tal vez haya peligros.

—No es necesario, mi colega y amigo —Uthacalthing lo detuvo alzando la mano—. Su forma física no es la adecuada para este cenagal. Y además podría volcar el bote. Límitese a descansar. Regresaré en pocos minutos.

—Muy bien, entonces —Kault parecía visiblemente aliviado—. Lo esperaré aquí.

Uthacalthing se abrió camino por los bajíos, tanteando con el pie el engañoso lodo. Bordeó los torbellinos de fluidos de la nave y se dirigió hacia el banco donde la destrozada parte trasera se levantaba sobre la marisma.

Fue un trabajo duro. Sintió que su cuerpo intentaba modificarse para soportar mejor el esfuerzo de vadear aquel lodazal, pero logró reprimir la reacción. Gracias al glifo *nuturunow*, consiguió limitar las adaptaciones al mínimo. Era una distancia corta que no compensaba el precio que los cambios le habrían costado.

Su corona se expandió, en parte para sostener el *nuturunow* y en parte para detectar presencias entre las hierbas. Era poco probable que algo pudiera dañarlo allí. Los *bururalli* se habían ocupado de eso. No obstante, sondeó la zona al tiempo que vadeaba y acariciaba la red de empatía de aquel conglomerado de vida de los pantanos.

Pequeñas criaturas lo rodeaban por todas partes. Poseían formas básicas, estandarizadas: pájaros brillantes y cenceños, reptiloides con escamas y bocas en forma de cuerno, animalillos peludos que se escondían entre las cañas. Desde hacía mucho tiempo se sabía que los animales que respiran oxígeno tienen tres formas clásicas de cubrir su cuerpo. Cuando las células epidérmicas se abombaban hacia afuera se convertían en plumas. Cuando se abombaban hacia dentro daban lugar al pelo. Y cuando se hacían gruesas, planas y duras, el animal se cubría de escamas.

Allí se habían desarrollado los tres tipos, siguiendo los patrones típicos. Las plumas eran ideales para los pájaros, que necesitaban un máximo de aislamiento con un mínimo peso. Los animales de sangre caliente estaban cubiertos de pelo ya que no podían afrontar la pérdida de calor.

Pero aquello era sólo en la superficie, por supuesto. En el interior, existía un número casi infinito de formas de abordar el problema de la vida. Cada criatura era única, cada mundo un maravilloso experimento de diversidad.

Se suponía que un planeta era un gran vivero y como tal merecía protección. Era una creencia que Uthacalthing y su compañero compartían.

Su gente y la de Kault eran enemigos, no como los *gubru* y los humanos de Garth, pero sí en cierto modo, según constaba en el Instituto de la Guerra Civilizada. Existían muchos tipos de conflictos, la mayoría de los cuales eran peligrosos y muy serios. No obstante, a Uthacalthing le caía bien aquel *thenanio*, en cierto sentido. Siempre es preferible gastar bromas a alguien que te guste.

Se movió lentamente por la aceitosa agua, con las polainas cubiertas de sustancias pegajosas, hasta que finalmente pudo encaramarse en el banco de lodo. Uthacalthing comprobó si había radiaciones y se dirigió despacio hasta la nave caída.

Kault vio al *tymbrimi* desaparecer tras el flanco de la destrozada nave. Permaneció inmóvil, tal como le había recomendado, moviendo sólo ocasionalmente



el remo para golpear la perezosa corriente y mantenerse alejado de la aceitosa suspensión. En sus ranuras respiratorias se habían formado unas mucosidades que lo protegían del mal olor. A lo largo y a lo ancho de las Cinco Galaxias, los *thenanios* tenían la reputación de ser duros luchadores y formidables viajeros espaciales. Pero era sólo en los planetas habitables y respirables donde Kault y los suyos podían sentirse relajados. Por eso, sus naves semejaban auténticos mundos sólidos y duraderos. Una patrullera construida por ellos no hubiese sido abatida con un simple láser terawatio. Los *tymbrimi* preferían la velocidad y la maniobrabilidad, pero desastres de aquel tipo parecían dar la razón a la filosofía *thenania*.

El choque les había dejado muy pocas opciones. Podían intentar burlar el bloqueo *gubru*, lo que sería bastante arriesgado, o esconderse con los oficiales humanos supervivientes. Opciones que apenas podían considerarse.

Tal vez la colisión había sido, después de todo, lo mejor que había podido ocurrirles. Ahí estaban, entre el, agua y la suciedad, pero también en medio de seres vivientes.

Kault vio reaparecer a Uthacalthing tras la destrozada nave con una pequeña bolsa en la mano. Cuando el enviado *tymbrimi* se metió en el agua, su corona se expandió por completo. Kault sabía que no era tan eficiente como la cresta de los *thenanios* para disipar el exceso de calor.

Algunos grupos dentro de su clan se apoyaban en hechos de aquel tipo para sostener la intrínseca superioridad *thenania*, pero Kault pertenecía a una facción que poseía puntos de vista más amplios. Creían que cada forma de vida tenía su lugar en el Todo en evolución. Hasta los salvajes e impredecibles lobeznos humanos.

Incluso los herejes.

Uthacalthing regresó al bote con su corona completamente expandida, pero no a causa del exceso de calor sino porque estaba formando un glifo especial.

El *lurrunanu* flotaba bajo la brillante luz del sol. Se aglutinó sobre su corona, cobró impulso y se extendió hacia adelante, catapultándose hacia Kault y bailando sobre la cresta del gran *thenanio* con satisfecha curiosidad.

El galáctico estaba ajeno a eso, sin notar nada. Pero nadie podía recriminárselo: después de todo, el glifo no era nada, nada real.

Kault ayudó a Uthacalthing a subir de nuevo a bordo, agarrándolo por el cinturón y tirando de él hasta que consiguió izarlo al interior del oscilante bote.

—He recuperado más provisiones alimenticias y unas cuantas herramientas que tal vez necesitemos —explicó Uthacalthing en galáctico-Siete mientras Kault le ayudaba a recuperar el equilibrio.

Abrió la bolsa y sobre el fondo de lona de la embarcación rodaron unas botellas. El *lurrunanu* seguía flotando sobre el *thenanio* a la espera del momento oportuno. Mientras Kault se agachaba a recoger los objetos caídos, el movedizo glifo giratorio

saltó sobre él.

Golpeó en la famosa obstinación *thenania* y salió rebotado. La impasibilidad pétrea de Kault era demasiado dura para ser penetrada. Empujado por Uthacalthing, el *lurrunanu* saltó de nuevo y se precipitó con furia hacia la cresta de la correosa criatura en el preciso instante en que Kault recogía una botella más ligera que las demás y se la tendía a Uthacalthing. Pero el terco escepticismo del alienígena hizo retroceder al glifo una vez más.

Uthacalthing volvió a intentarlo mientras asía la botella y la guardaba, pero sólo consiguió que el *lurrunanu* se rompiera contra la impenetrable barrera de premisas del *thenanio*.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kault.

—Por supuesto. —Uthacalthing replegó su corona y soltó un soplo de frustración. Tenía que encontrar alguna forma de excitar la curiosidad de Kault.

*Oh, bueno, pensó. Nunca esperé que resultase fácil. Ya habrá tiempo.*

Para llegar a Puerto Helenia debían atravesar los varios cientos de kilómetros de tierras yermas que se extendían ante ellos, luego las Montañas de Mulun y finalmente el Valle del Sind. En algún lugar de aquel trayecto esperaba el compañero secreto de Uthacalthing, dispuesto a gastar una larga y complicada broma a Kault. *Sé paciente, se dijo Uthacalthing. Las mejores bromas necesitan su tiempo.*

—Ya podemos marcharnos —puso la bolsa bajo su improvisado asiento y la sujetó con un trozo de cordel—. Me parece que junto al banco más alejado encontraremos mucha pesca y creo que esos árboles serán una buena protección contra el sol del mediodía.

Kault asintió con voz ronca y tomó el remo. Juntos se abrieron camino por las marismas, dejando tras de sí la destrozada nave para que se hundiera poco a poco en el barro.

## GALÁCTICOS

En órbita sobre el planeta, la fuerza invasora entró en una nueva fase de operación.

Al principio se había producido el asalto contra una breve, sorprendentemente dura, pero casi inútil resistencia. Luego llegó la consolidación y se hicieron planes para el ritual y la depuración. Durante todo ese tiempo, la mayor preocupación de la flota había sido defensiva.

Las Cinco Galaxias estaban conmocionadas. Cualquier otra alianza podía buscar la oportunidad de apoderarse de Garth. O la alianza Tymbrimi/Tierra, aunque acosada en todas partes, podía decidir el contraataque en el planeta. Los ordenadores tácticos habían calculado que los lobeznos podrían ser lo suficientemente estúpidos para intentarlo, pero los terrestres eran tan imprevisibles que cualquiera lo sabía.

En ese escenario ya se había invertido demasiado y el clan de los *gooksy-gubru* no podría afrontar una pérdida.

Así pues, la flota había adoptado una nueva formación. Las naves vigilaban las cinco capas cercanas de hiperespacio, casi todos los puntos de transferencia y los nexos de caída temporal de los cometas.

Llegaban noticias de los afanes de la Tierra, de la desesperación de los *tymbrimi* y de las dificultades de esos tramposos para procurarse aliados entre los indolentes clanes moderados. A medida que pasaba el tiempo, se hacía evidente que no podía esperarse ninguna amenaza en ese sentido.

Pero algunos de los otros grandes clanes, los que veían ventajas en la situación, estaban atareados. Algunos se habían dedicado a la inútil búsqueda de la desaparecida nave de los delfines. Otros utilizaban la confusión como una excusa oportuna para desenterrar antiguos rencores. Unos acuerdos que tenían milenios de existencia se desvanecían como nubes de gas ante repentinas supernovas. Las llamas lamían el antiguo entramado social de las Cinco Galaxias. Desde la Percha natal *gubru* llegaron nuevas órdenes. Tan pronto como estuvieran terminadas las defensas de superficie, la mayor parte de la flota debía continuar hacia otros objetivos. Las fuerzas restantes serían más que suficientes para controlar Garth contra cualquier amenaza.

Los Maestros de la Percha acompañaron la orden con ciertas compensaciones. Al Suzerano de Rayo y Garra lo premiaron con una mención honorífica. Al Suzerano de la Idoneidad le prometieron mejorar la Biblioteca Planetaria de Garth.

El nuevo Suzerano de Costes y Prevención no necesitaba recompensas. Las órdenes suponían en sí mismas una victoria ya que en esencia significaban prevención. El jefe de la burocracia ganó puntos para la Muda tan necesarios para

competir con sus compañeros más experimentados.

Las unidades navales se dirigieron al punto de transferencia más cercano, con la confianza de que en Garth las cosas estaban bajo completo control. Las fuerzas de tierra, sin embargo, contemplaron la partida de las grandes naves con cierta incertidumbre. En la superficie del planeta se presagiaba un pequeño movimiento de resistencia.

La actividad, de momento poco más que un fastidio, había empezado entre los chimpancés de las zonas rurales.

Como eran primos y pupilos de los hombres, su irritante e indigno comportamiento no había supuesto ninguna sorpresa. El alto mando *gubru* tomó precauciones y luego dirigió su atención a otros asuntos.

Ciertas noticias procedentes de una fuente enemiga habían llamado la atención del Triunvirato. Eran informaciones que se referían al propio planeta Garth. Tal vez aquellos indicios no significasen nada, pero si resultaban ciertos, las posibilidades eran importantes.

En cualquier caso, debía investigarse. Los tres Suzeranos habían estado de acuerdo en que de ello podían obtenerse grandes ventajas. Fue la primera muestra de consenso entre ellos.

Un pelotón de soldados de Garra vigilaba la marcha de la expedición hacia las montañas. Las delgadas criaturas pajariles en traje de campaña descendían en picado sobre los árboles, con el débil chirrido de sus arneses de vuelo resonando en los angostos cañones. A la cabeza iba un tanque flotador y el convoy se cerraba con otro de ellos en la retaguardia.

Los investigadores científicos, en sus vehículos flotantes, se desplazaban en medio de aquella gran protección. Los vehículos se dirigían a las tierras altas sobre bajas bolsas de aire. Evitaban a propósito las cimas accidentadas y puntiagudas de las montañas. Pero no había prisa. El rumor que les había llegado seguramente no tenía ningún fundamento, pero lo Suzeranos insistieron en que debía comprobarse, por si acaso.

Llegaron a su objetivo por la tarde del segundo día. Se trataba de un terreno llano en el fondo de un estrecho valle. Allí habían quemado un buen número de edificios no hacía mucho tiempo.

Los tanques flotadores tomaron posiciones en cada extremo del terreno quemado. Los científicos *gubru* y sus pupilos y ayudantes, los *kwackoo*, salieron de los vehículos. De espaldas a las aún malolientes ruinas, los seres pajariles gorjeaban órdenes a una especie de robots zumbadores, y dirigían la búsqueda de pistas. Menos arrogantes que sus tutores, los blandos y blancos *kwackoo* se dirigieron a los edificios devastados, gritando excitados al tiempo que husmeaban y hurgaban.

Pronto llegaron a una conclusión evidente. La destrucción había sido deliberada.

Sus autores habían querido ocultar algo tras el humo y las ruinas.

El crepúsculo se hizo presente con una precipitación subtropical. En breve, los investigadores se encontraron trabajando incómodamente bajo la luz de unos focos. Finalmente, el equipo de mando ordenó que desistieran. Los estudios de mayor envergadura tendrían que esperar a la mañana siguiente.

Los especialistas se retiraron a sus vehículos para pasar la noche, charlando sobre lo que ya habían descubierto. Encontraron indicios, pistas de cosas excitantes y en absoluto inquietantes.

Cuando amaneciera tendrían mucho tiempo para trabajar. Los técnicos cerraron los vehículos y sobre éstos se elevaron seis sondas de vigilancia que flotaban con silencioso y mecánico esmero. Garth volvió de nuevo a involucrarse en la noche tachonada de estrellas. Unos débiles crujidos y ruidos de pasos hablaban del atareado y serio trabajo de las criaturas nocturnas de la jungla: cazar y ser cazadas. Las sondas de vigilancia las ignoraban, girando imperturbables. La noche siguió su curso.

Poco antes del amanecer, unas nuevas sombras se movieron por los senderos bajo los árboles iluminados por las estrellas. Las bestias locales más pequeñas se pusieron a cubierto mientras escuchaban cómo los recién llegados se movían lenta y cautelosamente.

Las sondas de vigilancia captaron también esos nuevos animales y los calificaron, según su criterio programado, de inofensivos. Y, como de costumbre, no hicieron nada.

## ATHACLENA

—Es como disparar a un pato sentado —dijo Benjamín desde su punto de observación en la ladera occidental de la colina.

Athaclena miró a su ayudante de campo chimp. Durante unos instantes luchó con la metáfora de Benjamín.

Tal vez se refería a la naturaleza pajaril del enemigo.

—Parecen satisfechos de sí mismos, si eso es lo que quieres decir —comentó ella—. Pero tienen razón. Los *gubru* confían en los robots de batalla mucho más que nosotros los *tymbrimi*. Los desaprobamos porque son caros y excesivamente fáciles de predecir. Sin embargo, esas sondas pueden resultar formidables.

—Lo recordaré, ser —asintió Benjamín con gravedad.

No obstante, Athaclena notó que no estaba impresionado. Él había ayudado a planear la incursión de aquella mañana en coordinación con representantes de la resistencia de Puerto Helenia, y se sentía por completo seguro de su éxito.

Los chimps de la ciudad debían atacar el Valle del Sind antes del amanecer, justo antes de que ellos iniciaran su acción. El objetivo principal era sembrar contusión entre el enemigo y, en lo posible, causarles un daño del que no se olvidasen. Athaclena no estaba muy convencida de que realmente pudieran hacerlo. Pero, de todas formas, dio su conformidad a la empresa. No quería que los *gubru* descubrieran demasiadas cosas en las ruinas del centro Howletts.

Al menos de momento.

—Han levantado el campamento bajo las ruinas del edificio principal —afirmó Benjamín—. Justo donde esperábamos que lo hicieran.

Athaclena miró molesta los binoculares nocturnos transistorizados del chimp.

—¿Estás seguro de que ese aparato no es detectable?

—Sí —asintió Benjamín sin apartar los ojos de ellos—. Hemos dejado instrumentos como éste en la ladera de la montaña, cerca de un robot gaseador, y su trayectoria de vuelo no se alteró en lo más mínimo. Hemos reducido mucho la lista de materiales que el enemigo es capaz de husmear y pronto...

Benjamín se puso rígido y Athaclena notó su repentina tensión.

—¿Qué pasa?

—Veo sombras que se mueven entre los árboles. —El chimp se inclinó hacia adelante—. Deben de ser nuestros chicos tomando posiciones. Ahora sabremos si esos robots de guerra están programados del modo que usted cree.

Aturdido como estaba, Benjamín no atinó a ofrecerle los binoculares. *Bravo por el protocolo pupilo-tutor*, pensó Athaclena. De todas maneras no le importaba.

Prefería desplegar sus propios sentidos.

En el valle detectó tres especies distintas de bípedos que se movían alrededor de la expedición *gubru*. Si Benjamín había podido verlos, significaba que estaban dentro del alcance de las sensibles sondas de vigilancia del enemigo.

Y, sin embargo, los robots no hicieron nada. Los segundos pasaban y las sondas giratorias no disparaban contra las sombras que se les aproximaban entre los árboles, ni tampoco habían avisado a sus dueños que dormían.

Suspiró con creciente esperanza. Las limitaciones de las máquinas era una información crucial. El hecho de que girasen en silencio le decía muchas cosas acerca de lo que estaba ocurriendo, no sólo en Garth sino en todas partes, más allá del tachonado campo estelar que relucía sobre su cabeza. Le decía algo sobre el estado de la totalidad de las Cinco Galaxias.

*La ley todavía existe, pensó Athaclena. Los gubru están obligados.*

Como muchos otros clanes fanáticos, la alianza *gubru* no era prístina en su adherencia a las normas de los códigos planetario-ecológicos. Conociendo la obstinada paranoia de las criaturas pajariles, ella había previsto que habrían programado sus robots de defensa de una forma si las leyes estaban aún vigentes, y de otra totalmente distinta si éstas ya no eran válidas.

Si el caos se había apoderado por completo de las Cinco Galaxias, los *gubru* habrían programado sus máquinas para que esterilizaran cientos de hectáreas antes de permitir que cualquier riesgo los amenazara.

Pero si los códigos se mantenían, el enemigo no se habría atrevido aún a romperlos, ya que esas mismas normas podrían protegerlos si las olas de la guerra se volvían contra ellos.

Regla novecientos dice: *Siempre que sea posible debe respetarse a los no combatientes*. Eso se refería más a las especies no combatientes que a los individuos, especialmente en mundos considerados en estado catastrófico, como Garth. Las formas nativas eran protegidas por una tradición de mil millones de años.

—Estáis atrapados en vuestras propias premisas, viles criaturas —murmuró en galáctico-Siete.

Era obvio que los *gubru* habían programado sus máquinas para que vigilaran los objetos creados por la sapiencia (armas de fabricación industrial, ropa, maquinaria) sin imaginar que el enemigo podía asaltar desnudo su campamento, confundiendo con los animales de la selva.

Pensó en Robert y sonrió. Eso había sido idea suya.

Una translucidez gris de alborada se extendía por el cielo, borrando gradualmente las estrellas más débiles. A la izquierda de Athaclena, la anciana doctora chima, Elayne Soo, consultaba su reloj de metal. Golpeó la lente significativamente y Athaclena, asintiendo. Dio la orden para que empezaran las acciones.

La doctora Soo emitió un agudo trino: la llamada del pájaro *fyuallu*. Athaclena alcanzó a oír el crujiente restallido de los treinta arcos que dispararon al unísono. Se sentía tensa. Si los *gubru* habían invertido en sondas verdaderamente eficientes...

—¡Lo conseguimos! —gritó alborozado Benjamín—. ¡Seis pequeñas sondas hechas añicos! ¡Todos los robots han caído!

Athaclena suspiró de nuevo. Robert estaba allí abajo. Tal vez ahora podía confiar en que él y los demás tendrían éxito. Tocó el hombro de Benjamín y éste, a desgana, le prestó los binoculares.

Alguien debía de haber notado que las pantallas monitoras se habían quedado sin imagen. Se oyó un débil zumbido y luego la escotilla superior de uno de los tanques flotadores que se abría. Una figura con casco escudriñó la tranquila pradera y, al ver abatido el robot de vigilancia más próximo, empezó a mover su pico en señal de alarma. Algo se movió en las ramas cercanas. El soldado giró sobre sus talones apuntando con su láser a la oscura sombra que saltó desde uno de los árboles contiguos y disparó un rayo azul.

El disparo falló. El aturdido soldado *gubru* no lograba acertar a aquella sombría figura que ni volaba ni caía, sino que atravesaba el angosto claro columpiándose en el extremo de una larga liana. Dos veces más intentó alcanzarlo con sus brillantes rayos antes de que su suerte lo abandonara. La negra silueta rodeó con sus piernas al delgaducho pájaro y éste cayó con un golpe sordo.

Cuando vio la silueta de Robert, erguido en la torreta del tanque con el soldado de Garra a sus pies, el triple pulso de Athaclena se aceleró. Levantó un brazo como señal y de inmediato el claro se llenó de sombras que corrían. Los chimps se movían a toda prisa entre los tanques y demás vehículos con botellas de barro en las manos.

Tras ellos, unas figuras más grandes que arrastraban los pies cargaban unas grandes mochilas. Athaclena oyó que Benjamín murmuraba por lo bajo, ocultando su enojo. Había sido ella quien decidiera incluir gorilas en la operación y la idea no había sido demasiado bien recibida.

—... treinta y cinco... treinta y seis... —Elayne Soo contaba los segundos. Cuando la luz del amanecer se intensificó pudieron ver a los chimps que se encaramaban en los vehículos alienígenas. ¿Podría la sorpresa retrasar lo suficiente la inevitable reacción?

Pero la suerte desapareció al cabo de treinta y ocho segundos. Empezaron a aullar las sirenas; primero en el tanque de cabeza y después en el de la retaguardia.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Los peludos guerrilleros corrieron hacia los árboles justo en el momento en que los soldados de Garra salían de sus vehículos flotadores y disparaban ardientes rayos con sus rifles sable. Algunos chimps cayeron chillando mientras intentaban apagar a golpes el fuego de su pelo, o fueron derribados en silencio entre la maleza,



completamente cubiertos de agujeros. Athaclena controló su corona para evitar desmayarse debido al dolor de los pupilos. Éste fue su primer encuentro con una verdadera guerra. En aquellos momentos no se trataba ya de una broma sino de una muerte espantosa, llena de sufrimientos e inútil.

Los soldados de Garra empezaron a caer. Los pájaros saltaban persiguiendo a las sombras que habían desaparecido entre los árboles. Los guerreros ajustaban sus armas esperando encontrar fuentes de energía, pero allí no había láseres para abastecerlas, ni proyectores de pulsación ni balas de goma cargadas con productos químicos. Mientras, las flechas de los arcos zumbaban como mosquitos. Uno a uno los soldados *gubru* se convulsionaban y caían.

Primero un tanque y luego el otro empezaron a elevarse con rugientes chorros de gas. El vehículo de cabeza giró bruscamente y empezó a disparar sus triples cañones hacia el bosque, con unos impactos que parecían golpes de guadaña.

Las copas de los árboles más altos quedaron suspendidas en el aire unos instantes mientras sus centros explotaban, antes de caer verticalmente en una nube de humo y astillas de madera. Las rígidas enredaderas se agitaban hacia adelante y hacia atrás como serpientes agonizantes, esparciendo en todas direcciones sus jugos ganados a costa de mucho esfuerzo. Los chimps chillaban mientras saltaban de las ramas destrozadas.

*¿Merece la pena? ¿Hay algo por lo que esto merezca la pena?*

La corona de Athaclena se había expandido con la emoción del momento y un glifo empezaba a cobrar forma. Enojada, rechazó la imagen sensitiva no formada, la respuesta a su pregunta. Ahora no quería reír de las mordacidades *tymbrimi*; deseaba llorar al estilo humano, pero no sabía cómo hacerlo.

La jungla estaba dominada por el miedo y los animales nativos huían de la devastación. Algunos tropezaron en su huida con Athaclena y Benjamín, chillando en su desesperado intento de escapar. El radio de la destrucción crecía a medida que los fatídicos vehículos abrían fuego contra todo lo que encontraban. Había explosiones y llamas en todas partes.

Entonces el tanque de cabeza dejó de disparar tan inesperadamente como había empezado a hacerlo.

Primero uno y luego otro de los cañones adquirió un brillo blanco rojizo y se acallaron sus disparos. La intensidad del ruido se redujo a la mitad.

El otro acorazado parecía sufrir problemas similares pero, aun así, intentó seguir disparando a pesar de sus resquebrajados y balanceantes cañones.

—¡Agáchese! —gritó Benjamín empujando a Athaclena hacia el suelo. El grupo que estaba en la ladera de la colina se cubrió en el preciso momento en que el tanque de retaguardia explotaba con un destello aclínico y abrasador. Trozos de metal y de blindaje silbaron en el aire.

Athaclena pestañeó para alejar la imagen de lo que acababa de ver. En la momentánea confusión producida por la sobrecarga sensorial, se preguntó por qué Benjamín estaba tan obsesionado con las aves acuáticas de la Tierra.<sup>[3]</sup>

—¡El otro está averiado! —gritó alguien.

Cuando Athaclena fue capaz de mirar de nuevo, distinguió sin dificultades una columna de humo que se alzaba desde la placa delantera del tanque. La torreta emitía ruidos chirriantes y, al parecer, no podía moverse.

Entremezclado con el fuerte olor de la vegetación que ardía llegó el penetrante tufo de la corrosión.

—¡Funcionó! —gritó con júbilo Elayne Soo. Se levantó con presteza y corrió a atender a los heridos.

Benjamín y Robert habían propuesto usar productos químicos para incapacitar a la patrulla *gubru*, pero Athaclena había modificado el plan porque tenía otras intenciones. No quería *gubru* muertos tal como hasta entonces. Esta vez los quería vivos.

Y ahí estaban, atrapados en el interior de sus vehículos, incapacitados para moverse o actuar. Sus antenas de comunicaciones se hallaban fundidas y, además, seguros que en aquel momento ya habían empezado los ataques en el Valle del Sind, el alto mando *gubru* tenía muchas otras preocupaciones. La ayuda tardaría en llegar.

Se hizo el silencio unos momentos mientras se producía una lluvia de escombros sobre el bosque y el polvo se posaba lentamente.

Luego se oyó un coro creciente de agudos chillidos. Eran unos gritos de alegría que no habían sido alterados desde que la Humanidad había empezado a manipular los genes de los chimpancés. Athaclena escuchó también otro sonido, un penetrante alarido de triunfo... el grito de «Tarzán» de Robert.

*Bien, pensó. Es bueno saber que ha sobrevivido a toda esa matanza.*

*Ahora sólo hace falta que cumpla con el plan y que se mantenga escondido.*

Los chimps comenzaron a salir de entre los árboles derribados. Algunos corrían para ayudar a la doctora Soo que atendía a los heridos, mientras otros tomaban posiciones junto a las máquinas averiadas.

Benjamín miraba hacia el noroeste, donde unas cuantas estrellas se desvanecían ante la luz del amanecer.

En aquella dirección podían oírse unos débiles zumbidos.

—Me pregunto qué estarán haciendo Fiben y los chicos de la ciudad en aquella zona —dijo.

Por primera vez, Athaclena dejó su corona en libertad.

Formó el *ki hnnnagarra*...la esencia de la incertidumbre pospuesta.

—Eso está fuera de nuestro alcance —contestó ella—. Es aquí, en este lugar, donde debemos actuar.

Con la mano levantada hizo señas a sus unidades en las laderas de las colinas para que avanzaran.

## FIBEN

Desde el Valle del Sind se elevaba el humo. Unos fuegos dispersos ardían en los campos de trigo y en medio de los huertos, y teñían de hollín una luz de alborada que rápidamente se volvía pálida y difusa.

A cien metros sobre el suelo, colgado de la tosca estructura de madera de una cometa de fabricación casera, Fiben examinaba los diversos incendios con unos gemelos de campaña. Allí, en el Sind, la lucha no había ido bien en absoluto. La operación había sido planeada como un ataque rápido con retirada inmediata, para hacer daño al enemigo, pero se había convertido en una huida desordenada.

Y ahora, las nubes descendían como si estuviesen excesivamente cargadas de humo oscuro y de fallidas esperanzas. Pronto no podría ver más allá de un kilómetro.

—¡Fiben!

Abajo y a la izquierda, no lejos de la maciza sombra de la cometa, Gaillet Jones le hacía señas.

—Fiben, ¿ves algo del grupo C? ¿Han llegado al puesto de guardia *gubru*?

—¡No hay señales de ellos —gritó—, pero hay cenizas procedentes de la armada enemiga!

—¿Dónde? ¿Cuándo? Vamos a darte más cable para que puedas ver...

—¡Ni pensarlo! —gritó—. Voy a bajar ahora.

—Pero necesitamos datos...

—Hay patrullas por toda la zona —sacudió la cabeza con énfasis—. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Fiben hizo una seña a los chimps que controlaban el tenso cable.

Gaillet se mordió el labio y asintió. Empezaron a rebobinar.

Con el fracaso del ataque y el desmoronamiento de su sistema de comunicaciones, ella se había puesto más frenética que nunca con respecto a las informaciones. Fiben no podía reprochárselo. Él también tenía amigos por allí, pero en aquel momento debían pensar en salvar la propia piel.

*Y eso que todo empezó tan bien*, pensó mientras el aparato descendía poco a poco. La sublevación había comenzado cuando unos chimps que trabajaban en las construcciones *gubru* hicieron estallar explosivos cuidadosamente colocados a lo largo de la última semana. En cinco de los ocho objetivos previstos, habían volado plumas en el cielo de la madrugada.

Pero empezaban a sentirse las ventajas de la tecnología. Había resultado desestabilizador ver lo rápidamente que respondían los mecanismos de defensa del enemigo, frenando a los grupos de soldados irregulares cuando apenas habían

iniciado sus ataques. Por lo que él sabía, no se había logrado ninguno de los objetivos importantes y menos aún conservar su posición.

En definitiva, las cosas no andaban nada bien.

Fiben se vio obligado a orzar la cometa, quitando viento a la vela a medida que aquélla caía. El suelo se acercaba a toda prisa y juntó las piernas a fin de prepararse para el impacto. Éste se produjo con un golpe sordo.

Oyó cómo se rompía uno de los mástiles mientras el ala absorbía la mayor parte del golpe.

*Mejor un mástil que un hueso.* Fiben se desabrochó el arnés gruñendo y se debatió para liberarse de la pesada tela de fabricación casera. Hubiera sido mucho mejor un ultraligero con armazón metálico y alas de duralona. Pero aún no sabían cuál era la razón de que el invasor detectara ciertos artículos manufacturados y por eso él había insistido en sustitutivos caseros e incómodos.

Max, el gran chimp de la cara marcada, vigilaba con un rifle láser de los *gubru* en la mano. Le tendió la otra y le ayudó a levantarse.

—¿Estás bien, Fiben?

—Sí, Max, gracias. Vamos a desmontar este trasto.

Su equipo se apresuró a desarmar la cometa y esconderla entre los árboles cercanos. Vehículos acorazados y flotadores *gubru* habían estado silbando sobre sus cabezas desde que empezara aquella desgraciada incursión antes del alba. La cometa era casi insignificante, virtualmente invisible con radar o infrarrojos. Y, sin embargo, habían estado tentando a la suerte al usarla a la luz del día.

Gaillet se reunió con ellos en el extremo de la huerta. Había sentido renuencia a creer en el arma secreta de los *gubru*: la habilidad del enemigo para detectar artículos manufacturados. Pero se había avenido gracias a la insistencia de Fiben. La chima llevaba un abrigo hasta media pierna sobre un pantalón corto y una túnica tejida a mano. Apretaba contra su pecho un cuaderno de notas y una estilográfica.

Había sido necesario un gran esfuerzo de persuasión para que no llevara una pantalla portátil de ordenador.

No se equivocaba Fiben cuando creyó haber visto el alivio reflejado en su cara cuando él se incorporó junto a la destrozada cometa. Pronto recuperó su aire profesional:

—¿Qué has visto? ¿Son muy grandes los refuerzos que le han llegado al enemigo desde Puerto Helenia? ¿Se ha acercado mucho el grupo de Yossy a la batería *gubru*?

*Esta mañana han muerto buenos chimps y chimas, ¡y a ella parecen preocuparle sólo sus malditas informaciones!*

El punto estratégico de la defensa espacial había sido uno de los objetivos. Hasta entonces, las pocas e insignificantes emboscadas de las montañas apenas habían preocupado al enemigo. Fiben había insistido en que la primera incursión tenía que

ser importante. Nunca volverían a encontrar al enemigo tan poco preparado.

Y, sin embargo, Gaillet había planeado la operación del Valle del Sind basándose más en sus informadores que en las unidades de lucha. Para ella, la información era mucho más importante que cualquier daño que pudieran hacer a los invasores. Y, para sorpresa de Fiben, la general había estado de acuerdo.

—Hay mucho humo en esa dirección, así que tal vez Yossy haya conseguido algo —Fiben se sacudió el polvo. En su traje de faena había un desgarrón.

—He visto muchos refuerzos enemigos moverse por la zona. Lo tengo todo aquí dentro. —Se golpeó la cabeza.

Gaillet hizo una mueca. Le hubiera gustado saberlo en aquel instante. Pero el plan era marcharse en seguida, y se estaba haciendo muy tarde.

—De acuerdo, ya nos darás el parte después. En estos momentos seguir aquí ya debe ser peligroso.

*Tienes que estar bromeando*, pensó Fiben con sarcasmo.

—¡Eh, vosotros! ¿Habéis terminado ya con la cometa?

Los tres chimps encargados de ello estaban cubriendo de hojas un montículo bajo las prominentes raíces de un árbol.

—Listo, Fiben —empezaron a recoger sus rifles de caza que estaban amontonados bajo otro árbol.

—Creo que sería mejor deshacernos de ellos —Fiben frunció el ceño—. Son de fabricación terrestre.

—¿Y con qué los sustituimos? —preguntó Gaillet con vehemencia—. Si nos atacan, ¿qué vamos a conseguir con los seis o diez rifles láser que hemos arrebatado a los *gubru*? Estoy dispuesta a hacerles frente totalmente desnuda, si es necesario, pero no desarmada. —Había violencia en sus ojos castaños.

—¿Tu dispuesta a atacar? —Fiben también estaba enojado—. Entonces ¿por qué no persigues a esos malditos pájaros con tu afilada pluma? Es tu arma favorita.

—¡Eso no es justo! Si tomo notas es porque...

No terminó el comentario. Max la interrumpió gritando:

—¡A cubierto!

El repentino silbido del aire desplazado se convirtió en una atronadora explosión cuando algo blanco centelleó casi a la altura de las copas de los árboles. Las hojas caídas se arremolinaron flotando sobre la maleza.

Fiben no recordaba haberse escondido tras las retorcidas raíces de aquel árbol, pero allí estaba. Levantó la cabeza a tiempo de ver una nave alienígena elevarse y dirigirse a la cima de una colina alejada para luego regresar.

Sentía a Gaillet cerca de él. Max estaba a la izquierda, encaramado en las ramas de otro árbol. Los otros se habían tirado al suelo en los límites de la huerta.

Fiben vio a uno de ellos levantar el arma cuando la patrullera volvía a acercarse.

—¡No! —gritó, aunque sabía que ya era demasiado tarde para el aviso.

El extremo de la huerta hizo erupción. Fragmentos de tierra volaron hacia arriba, como empujados por unos demonios furiosos. En un abrir y cerrar de ojos, el torbellino se abalanzó hacia los árboles cercanos, lanzando pedazos de hojas, ramas, polvo, carne y huesos en todas direcciones.

Gaillet contemplaba el caos boquiabierta. Fiben se lanzó sobre ella justo antes de que la fuerza de la explosión los barrierá. Vio la estela de un acorazado que volaba sobre ellos. Los árboles supervivientes se agitaron por el impulso del aire desplazado y una ininterrumpida lluvia de cascotes cayó sobre sus espaldas.

—¡Ufff!

Bajo su brazo surgió la cara de Gaillet. Con voz sofocada le dijo:

—Deja de joderme antes de que me asfixie, maloliente cerebro de mosquito.

Fiben advirtió que la patrullera enemiga desaparecía a toda prisa por detrás de la colina y se puso de pie.

—Vamos —dijo levantándola—. Tenemos que largarnos de aquí.

Los pintorescos insultos de Gaillet se interrumpieron bruscamente. Contuvo la respiración ante lo que habían hecho las armas de los *gubru*, como si no pudiera creer que algo tan horrible fuera posible.

Los fragmentos de madera estaban completamente esparcidos, entremezclados con los restos espeluznantes de los que habían sido tres guerreros. Los rifles de los chimps yacían junto a sus restos.

—Si tienes la intención de tomar una de esas armas, te dejo sola, hermana.

Gaillet parpadeó y sacudió la cabeza sin pronunciar ni una sola palabra. La había convencido.

—¡Max! —chilló de repente.

Empezó a moverse hacia donde había visto por última vez a su inmenso y serio sirviente, pero en aquel momento se produjo un ruido sordo. Fiben la detuvo.

—Transportes de tropas. No tenemos tiempo. Si está vivo y puede huir, lo hará. ¡Vámonos!

El zumbido de los gigantescos aparatos se acercaba, ella seguía resistiéndose.

—Oh, por el amor de Ifni, ¡tienes que salvar tus notas! —la instó.

Aquello la hizo reaccionar. Gaillet dejó que Fiben la arrastrara consigo. Dio unos trastabillantes pasos hacia él y de inmediato se lanzaron a la carrera.

*Vaya chica*, pensó Fiben mientras corrían bajo la protección de los árboles. *Tal vez sea un poco pesada pero es valerosa. Es la primera vez que ve algo así y ni siquiera ha devuelto.*

*¿Sí?* parecía decir una vocecita en su interior. *¿Y tú cuántas veces has visto algo igual? Comparadas con esto, las batallas espaciales son limpias y nítidas.*

Fiben admitió que la principal razón de por qué él no había vomitado era que no

quería sentirse ridículo delante de aquella chima en concreto. Nunca le daría tal satisfacción.

Juntos se zambulleron en un lodoso arroyo y buscaron un escondrijo lejos de allí.



## ATHACLENA

Ahora todo dependía de Benjamín.

Athaclena y Robert vigilaban desde su escondite en la falda de la colina cómo su amigo se acercaba al convoy *gubru* posado en tierra. Otros dos chimps acompañaban a Benjamín, uno de ellos con una bandera de tregua. Ésta ostentaba el mismo diseño que el símbolo de la Biblioteca: la espiral radiada de la Civilización Galáctica.

Los emisarios chimps se habían despojado de la ropa hilada a mano y llevaban ahora abrigos plateados, cortados en un estilo apropiado a bípedos de su forma y estatus. Se necesitó valor para adoptar tal decisión.

Aunque los vehículos estaban averiados (no habían dado señales de actividad desde hacía más de media hora), los tres chimps tenían que estar preguntándose qué estaba haciendo el enemigo.

—Diez contra uno a que los pájaros intentan primero utilizar robots —murmuró Robert con los ojos clavados en la escena que se desarrollaba en el valle.

—Nada de apuestas, Robert —Athaclena sacudió la cabeza—. ¡Mira! La puerta del vehículo central se está abriendo.

Desde su punto de observación podían vigilar todo el claro. Las ruinas de los edificios del centro Howletts se asomaban tenebrosas tras uno de los tanques flotadores aún humeante. El compañero de éste, con los cañones inutilizados y rotos, yacía sobre sus sustentadores de presión.

Entre los dos vehículos averiados, y de uno de ellos, surgió una forma flotante.

—Exacto —Robert hizo una mueca de disgusto. Era un robot y llevaba también un estandarte, otra representación de la espiral radiada.

—Malditos pájaros, no admitirán que los chimps son superiores a los gusanos a menos de que los obliguen a ello —comentó Robert—. Van a intentar utilizar una máquina para llevar a cabo la conversación. Sólo espero que Benjamín recuerde lo que tiene que hacer.

Athaclena tocó el brazo de Robert, en parte para recordarle que bajara la voz.

—Lo sabe —dijo con suavidad—. Y además tiene a Elayne Soo para que le ayude.

Sin embargo, no podían evitar un sentimiento de impotencia por estar sólo observando. Era una norma de las razas tutoras. No debía pedirse a los pupilos que se enfrentasen ellos solos con una situación como ésa.

El robot flotante, al parecer uno de los ejemplares de aparatos teledirigidos *gubru*, adaptado a toda prisa para ejercer funciones diplomáticas, se detuvo a cuatro metros de los chimps que ya se habían detenido y plantado su estandarte. El robot emitió un

chillido de indignación que Athaclena y Robert no pudieron descifrar, aunque el tono era perentorio.

Dos de los chimps retrocedieron un paso, sonriendo con nerviosismo.

—¡Tú puedes hacerlo, Ben! —gruñó Robert.

Athaclena vio unos nudos que sobresalían en sus bien formados músculos. Si esos bultos fuesen glándulas de cambio *tymbrimi*... Tembló ante tal comparación y volvió a fijarse en la escena que ocurría allí abajo.

En el valle, el chimp Benjamín se había quedado inmóvil como una piedra, ignorando al parecer a la máquina. Esperó. Por fin, concluyó la perorata del robot. Hubo un momento de silencio. Entonces Benjamín hizo un simple movimiento con el brazo, tal como Athaclena le había enseñado, indicando con orgullo que ese objeto sin vida no debía meterse en los asuntos de los seres sapientes.

El robot gritó de nuevo, esta vez más fuerte y con un amago de desesperación.

Los chimps se limitaron a permanecer quietos y esperar, sin dignarse siquiera responder a la máquina.

—¡Qué arrogancia! —Robert suspiró—. Muy bien hecho, Ben, demuéstales que tienes clase.

Los minutos pasaban y la escena permanecía inmutable.

—¡Este convoy *gubru* ha venido a la montaña sin escudos psi! —anunció Athaclena de pronto. Se tocó la sien derecha al tiempo que su corona se ondulaba—. O tal vez sea que los escudos se rompieron durante el ataque. En cualquier caso, puedo notar que se están poniendo nerviosos.

Los invasores poseían aún algunos sensores. Debían de estar detectando movimiento en el bosque, mensajeros que se acercaban. El segundo grupo de asalto tenía que llegar pronto, esta vez con armamento moderno.

La Resistencia había mantenido en reserva sus armas más importantes en favor de la sorpresa. La antimateria solía emitir resonancias detectables desde muy lejos. Ahora, sin embargo, había llegado el momento de enseñar todas sus cartas. El enemigo sabía ya que no estaba a salvo, ni siquiera dentro de sus vehículos acorazados.

De pronto, sin ceremonia, el robot se elevó y voló hacia el vehículo central. Luego, tras una breve pausa, la puerta se abrió de nuevo y aparecieron un par de nuevos emisarios.

—*Kwackoo* —anunció Robert.

Athaclena reprimió el glifo *syrtunu*. Su amigo humano tenía inclinación a hacer comentarios sobre lo que era obvio. Los peludos y blancos cuadrúpedos, pupilos leales de los *gubru*, se aproximaron al punto donde tenían que mantenerse las conversaciones, graznando excitados. Parecían más grandes cuando llegaron frente a los chimps.

De sus gargantas gruesas y llenas de plumas colgaba un vodor, pero la máquina traductora permanecía silenciosa.

Los tres chimps cruzaron los brazos sobre el pecho y se inclinaron todos a la vez, con las cabezas en un ángulo de veinte grados aproximadamente. Luego se irguieron y esperaron.

Los *kwackoo* no hicieron nada. Ahora estaba claro quién ignoraba a quién.

Con los binoculares, Athaclena vio hablar a Benjamín. Maldijo la necesidad de tener que vigilar todo aquello sin poder enterarse de lo que decían.

Sin embargo, las palabras del chimp fueron efectivas. Los *kwackoo* gorjearon y parlotearon atolondradamente en confusa indignación. A través del vodor surgían palabras demasiado débiles para ser oídas, pero los resultados fueron instantáneos. Benjamín no esperó a que terminasen. Él y sus compañeros recogieron el estandarte, dieron media vuelta y se marcharon.

—Un gran tipo —dijo Robert satisfecho.

Conocía a los chimps. Sabía que en aquellos momentos las espaldas les debían escocer terriblemente y, sin embargo, caminaban con toda tranquilidad.

El dirigente de los *kwackoo* dejó de hablar y miró a los chimps, perplejo. Luego empezó a saltar y a emitir agudos chillidos. Su compañero también parecía muy agitado. Entonces, los que estaban en la colina pudieron oír la amplificada voz del vodor que ordenaba repetidamente: «... ¡regresen!... ¡regresen!...».

Los chimps siguieron caminando hacia la línea de árboles hasta que, al fin, Athaclena y Robert oyeron la palabra.

—... regresen... ¡POR FAVOR!

El humano y la *tymbrimi* se miraron y compartieron una sonrisa. Eso era la mitad de lo que esta batalla quería conseguir.

Benjamín y su grupo se detuvieron de repente. Dieron la vuelta y regresaron con paso tranquilo hasta donde esperaban los parlamentarios. Con la bandera de la espiral otra vez en su sitio, permanecieron quietos, a la espera.

Finalmente, y con evidentes temblores por la gran humillación que sufrían, los emisarios les hicieron una reverencia.

Fue una inclinación bastante leve, apenas si doblaron dos de las cuatro patas, pero sirvió. Los pupilos bajo contrato de los *gubru* habían reconocido como a sus iguales a los pupilos bajo contrato de los humanos.

—Estoy segura de que prefieren la muerte antes que esto —susurró Athaclena admirada, aunque era exactamente lo que ella misma había planeado—. Los *kwackoo* tienen una antigüedad de sesenta mil años terrestres. Los neochimpancés son sabientes desde hace sólo tres siglos y, además, pupilos de los lobeznos. —Sabía que Robert no se ofendería por las palabras que había empleado.

»Los *kwackoo* llevan tanto tiempo elevados que podrían elegir la muerte antes

que esto. Tanto ellos como los *gubru* deben de estar estupefactos y no deben de haber reflexionado en las implicaciones. Probablemente apenas pueden creer lo que está ocurriendo.

—Espera hasta que lo hayan oído todo —sonrió Robert—. Preferirán haber escogido la salida más fácil.

Los chimps respondieron a la reverencia con la misma inclinación. Luego, con esa desagradable formalidad forzada, uno de los gigantes pseudopájaros habló muy deprisa mientras su vodor murmuraba una traducción al inglés.

—Los *kwackoo* deben de estar pidiendo entrevistarse con los líderes de la emboscada —comentó Robert, y Athaclena asintió.

Los nervios traicionaron a Benjamín y comenzó a utilizar las manos para responder. Pero aquello no representó un serio problema. Señalaba las ruinas, los tanques flotantes destruidos, los vehículos inutilizados y el bosque donde seguían llegando vengativos grupos para terminar el trabajo.

—Les está diciendo que él es el líder.

Ése era el guión, por supuesto. Athaclena lo había escrito, asombrada de cuan fácilmente se había adaptado para pasar del sutil arte *tymbrimi* del disimulo, a la técnica humana, más descarada, de la mentira.

Las gesticulaciones de Benjamín le permitían seguir la conversación. Con la empatía y su propia imaginación podía casi enterarse del resto.

—Hemos perdido a nuestros tutores —Benjamín había ensayado bien su papel—. Vosotros y vuestros tutores nos los habéis arrebatado. Les echamos de menos y anhelamos su regreso. Sin embargo, sabemos que las lágrimas impotentes no les harán sentirse orgullosos de nosotros. Sólo mediante la acción podemos demostrar lo bien que hemos sido elevados. Estamos, por lo tanto, haciendo lo que ellos nos han enseñado: comportarnos como seres sapientes con raciocinio y honor. En nombre del honor, pues, y por los Códigos de la Guerra, os exigimos ahora a vosotros y a vuestros tutores que nos deis vuestra palabra de honor u os enfrentéis a nuestra ira legal y justa.

—Lo está haciendo bien —musitó Athaclena algo sorprendida.

Robert tosió tratando de contener la risa. Los *kwackoo* parecían cada vez más angustiados a medida que Benjamín hablaba. Cuando éste terminó, los emplumados cuadrúpedos saltaron y chillaron. Ahuecaron las plumas y comenzaron a alisárselas con el pico mientras protestaban en voz alta.

Benjamín, sin embargo, no se dejó intimidar. Consultó su cronómetro de muñeca y dijo unas palabras.

De pronto, los *kwackoo* dejaron de protestar. Debían de haber recibido órdenes pues hicieron una apresurada reverencia y se retiraron al galope hacia la nave central.

El sol se había levantado sobre la línea de colinas del este. Las salpicaduras de luz

de la mañana brillaban entre las hileras de árboles destrozados. Cada vez hacía más calor en el claro donde los chimps parlamentaban, pero permanecieron allí y esperaron. De vez en cuando Benjamín miraba su reloj y decía en voz alta el tiempo que quedaba.

Athaclena pudo ver cómo su equipo de armamento especial montaba en un extremo del bosque el único proyector de antimateria que poseían. Los *gubru* también lo habían advertido.

Oyó que Robert contaba en voz baja los segundos.

Finalmente, en realidad casi en el último momento, se abrieron las compuertas de las tres naves flotantes.

Los *gubru* salieron en procesión. Abrían el camino los tutores, con las brillantes túnicas que denotaban su rango, cantando una aguda canción acompañados por el bajo de sus leales *kwackoo*.

El boato estaba arraigado en la antigua tradición. Sus raíces se remontaban muy atrás, a épocas en las que la vida apenas se había iniciado en la Tierra. No resultaba difícil imaginar el nerviosismo de Benjamín y sus compañeros al ver reunidos frente a ellos a quienes tenían que dar su palabra.

—Recuerda hacer de nuevo la reverencia —susurró Robert. Tenía la boca seca.

—No temas —Athaclena sonrió. Tenía la ventaja de su corona—. Se acordará.

Benjamín dobló sus brazos sobre el pecho a la manera profundamente respetuosa de un pupilo hacia un tutor antiguo. Los otros chimps lo imitaron.

Únicamente un fugaz destello blanco reveló el hecho de que Benjamín estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Robert —dijo la muchacha asintiendo satisfecha—. Tu gente ha hecho un magnífico trabajo con ellos en sólo cuatrocientos años.

—El mérito no es nuestro —respondió él—. Todo eso ya estaba ahí, en bruto, desde el principio.

Después de dar su palabra de honor, los seres pajariles partieron a pie hacia el Valle del Sind. Sin duda irían a recogerlos en seguida. Pero aun en el caso de que no fuera así, Athaclena había dado una orden: tenían que llegar sanos y salvos a sus bases sin que nadie los molestara. Cualquier chimp que tocara una sola pluma sería proscrito, su plasma tirado a las alcantarillas y su línea genética extinguida. Así de serio era el asunto.

Cuando la procesión desapareció por el sendero de montaña, empezó el trabajo duro.

Grupos de chimps se apresuraron a desarmar los vehículos abandonados en el precioso tiempo que les quedaba antes de que llegase la venganza. Los gorilas parloteaban con impaciencia, haciéndose señas y guiños entre sí mientras esperaban las cargas que debían llevar hacia las montañas.

Athaclena ya había trasladado su puesto de mando a una cima coronada por agujones, dos millas más cerca de las montañas. Miró por los binoculares hasta que hubieron cargado todas las piezas recuperables, dejando sólo cascos vacíos a la sombra de los ruinosos edificios.

Robert se había marchado mucho antes a instancias de Athaclena. Al día siguiente tenía que salir hacia otra misión y necesitaba descansar.

Su corona se onduló y pudo captar a Benjamín antes de oír sus suaves pisadas avanzar por el camino. Al hablar su voz fue sombría.

—General, nos han llegado noticias a través del señalizador de que los ataques en el Sind han fracasado. Unas pocas construcciones de los ETs han sido voladas, pero el resto de la incursión ha sido un completo desastre.

Athaclena cerró los ojos. Lo había estado esperando. Tenían demasiados problemas de seguridad por un motivo: Fiben sospechaba que en el grupo de Resistencia de la ciudad se habían infiltrado traidores.

Y, sin embargo, Athaclena no había desaprobado los ataques. Habían servido al valioso propósito de distraer a las fuerzas de defensa, manteniendo a sus pelotones de combate lejos de allí. Sólo esperaba que no hubiesen muerto demasiados chimps como consecuencia de la ira del invasor.

—Así se equilibran los resultados del día —le dijo a su ayudante.

Sabía que sus victorias serían simbólicas. Intentar expulsar al enemigo con fuerzas como las de la Resistencia sería inútil. Su creciente afición a las metáforas la llevó a comparar esto con una oruga que intentara mover un árbol. *No, lo que ganemos lo conseguiremos mediante la sutileza.*

Benjamín se aclaró la garganta, dispuesto a hablar, y Athaclena lo miró.

—Sigues sin entender por qué los hemos dejado marchar con vida —le dijo al chimp.

—No, ser —negó él—. Creo que comprendo un poco todo eso que me ha dicho sobre el simbolismo... y me siento orgulloso de que crea que hemos llevado a cabo correctamente la ceremonia de pedirles su compromiso. Pero sigo pensando que tendríamos que haberlos quemado a todos.

—¿Por venganza?

Benjamín se encogió de hombros. Ambos sabían que eso era lo que sentían la mayoría de los chimps. Los símbolos carecían de importancia para ellos. Las razas de la Tierra tendían a considerar todas las reverencias y las distinciones de clase entre los galácticos como una remilgada estupidez propia de una civilización estancada y decadente.

—Usted sabe que yo no pienso así —dijo Benjamín—. Estaría de acuerdo con su lógica de que hemos ganado un buen tanto al conseguir que hablaran con nosotros, si no fuera por una cosa...

—¿Qué cosa?

—Ésos pájaros han tenido la oportunidad de husmear en el centro Howletts. Han visto trazas de Elevación. Y no puedo quitarme de la cabeza la idea de que a lo mejor han visto a los propios gorilas a través de los árboles —Benjamín sacudió la cabeza—. Después de eso, creo que no deberíamos haber permitido que salieran de aquí con vida.

Athaclena puso una mano sobre el hombro de su ayudante. No dijo nada porque le pareció que no había nada que decir.

¿Cómo podía explicárselo a Benjamín?

Sobre su cabeza se formó el *syulff-kuonn*, girando satisfecho ante el avance de los acontecimientos: los acontecimientos que su padre había planeado.

No, no podía explicarle a Benjamín que ella había insistido en llevar consigo a los gorilas, en hacerlos formar parte de la incursión, como paso previo de una broma larga, complicada y pesada en extremo.

## FIBEN Y GAILET

—¿Quieres agachar la cabeza? —gruñó Fiben.

—¿Vas a dejar de golpearme? —respondió Gaillet furiosa. Levantó los ojos por encima de los tallos de las hierbas que los rodeaban—. Sólo quiero ver si...

Se interrumpió bruscamente porque Fiben retiró los brazos que le servían a ella de soporte y cayó con un ruido sordo en medio del barro.

—Sucio, pulgoso...

Sus ojos conservaron su elocuencia incluso cuando Fiben le puso con firmeza la mano sobre la boca.

—Ya te lo he dicho —susurró—. Si tú puedes verlos, significa que ellos pueden verte a ti con los sensores que tienen. Nuestra única posibilidad es arrastrarnos como gusanos hasta que podamos encontrar un camino que nos lleve hasta la población civil chimp.

De las proximidades llegaba el zumbido de máquinas agrícolas. El ruido los había atraído en aquella dirección. Si lograban acercarse lo suficiente para poder mezclarse con los campesinos, escaparían del cerco del invasor. Por lo que Fiben sabía, él y Gaillet podían ser los únicos supervivientes de la desgraciada incursión en el valle.

Resultaba difícil creer que las guerrillas de la montaña al mando de Athaclena hubiesen tenido mejor suerte. La insurrección parecía totalmente desmantelada.

Quitó la mano de la boca de Gaillet. *Si las miradas matasen*, pensó al contemplar la expresión de sus ojos.

Con el pelo enmarañado y cubierto de barro, su imagen no recordaba a la de una serena chima intelectual.

—Creí... que... habías... dicho... —susurró acentuando deliberadamente su tranquilidad—, que el enemigo no podía detectarnos si llevábamos sólo objetos hechos aquí.

—Eso es si por pereza se limitan a hacer funcionar su arma secreta. Pero no olvides que tienen también infrarrojos, radar, sonar sísmico, psi... —se detuvo de pronto. Por la izquierda se aproximaba un grave zumbido. Si era la cosechadora que habían oído antes, tal vez podría llevarlos.

—Espera aquí —susurró.

—¡No! —Gaillet lo agarró por la muñeca—. ¡Yo voy contigo! —Miró rápidamente a izquierda y derecha—. No... no me dejes sola.

—Muy bien —Fiben se mordió el labio—. Pero camina agazapada, justo detrás de mí.

Avanzaron en fila india, apretados contra el suelo. Poco a poco, el zumbido fue



creciendo. Súbitamente, Fiben sintió un hormigueo que le recorría la nuca.

*Gravíticos*, pensó. *Está cerca*.

No se dio cuenta de lo cerca que estaba hasta que el aparato apareció por encima de las hierbas, a una distancia de apenas dos metros.

Había esperado encontrarse con un vehículo muy grande, pero aquel objeto tenía el tamaño aproximado de una pelota de baloncesto y estaba cubierto por botones plateados y de cristal: los sensores. Flotaba ligeramente en la brisa de la tarde, observándolos.

*¡Oh, demonios!* Suspiró, poniéndose en cuclillas y dejando caer los brazos resignado. Le llegaban unas débiles voces no muy lejanas. Sin duda eran las de los dueños de aquella cosa.

—Es una sonda de batalla, ¿verdad? —preguntó Gaillet con cansancio.

—Un husmeador —asintió él—. Un modelo barato, pero lo bastante bueno como para detectarnos y detenernos.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer? —se encogió de hombros—. Es mejor que nos rindamos.

Sin embargo se volvió, escudriñó el oscuro suelo que tenía alrededor y cogió una lisa piedra.

Las voces se acercaban. *Qué diablos*, pensó.

—Escucha, Gaillet. Cuando yo me mueva, escóndete. Márchate de aquí y entrega tus notas a Athaclena, si es que aún vive.

Entonces, antes de que ella pudiera preguntar nada, soltó un grito y lanzó la piedra con todas sus fuerzas.

Varias cosas sucedieron a la vez. Fiben sintió dolor en la muñeca derecha. Se produjo un destello de luz tan fuerte que lo deslumbró. Luego, mientras saltaba hacia adelante, su tórax se vio atravesado por innumerables pinchazos.

Mientras estaba en el aire en dirección al objeto, una extraña sensación se apoderó de Fiben. Algo le decía que ese acto ya lo había realizado antes, que ya había vivido aquel particular momento de violencia, no sólo una vez o dos, sino cien veces en cien vidas anteriores. La oleada de familiaridad, anclada en un vacilante extremo de su memoria, lo salpicaba mientras se zambullía en el campo gravítico de la sonda, antes de caer sobre el objeto alienígena.

Cuando la máquina intentó expulsarlo, el mundo giró y se sacudió.

El láser del dispositivo disparó contra su sombra y encendió pequeños fuegos en la hierba. Fiben luchó por su vida, al tiempo que los campos y el cielo se confundían en una desagradable mancha.

La extraña sensación de alejamiento parecía en realidad ayudarlo. Fiben se sentía como si hubiese hecho aquello infinidad de veces. Un rincón racional de su mente

sabía que no era cierto, pero la memoria le decía lo contrario y le infundía la falsa confianza que tanto necesitaba para atreverse a desasir su mano derecha herida y buscar la caja de control del robot.

Los cielos y la tierra se fusionaron. Fiben se rompió una uña mientras intentaba abrir la tapa de la caja y forzar el cierre. Metió la mano dentro y agarró unos cables.

El aparato giraba y se inclinaba como si hubiese adivinado sus intenciones. Las piernas de Fiben perdieron su asidero y se agitaron en el aire mientras él daba vueltas como un muñeco de trapo. Su mano izquierda cedió y sólo quedó débilmente agarrado a los cables, girando y girando.

En aquellos momentos, lo único que veía nítidamente del mundo que lo rodeaba era la lente del láser del robot que tenía frente a él.

*Adiós*, pensó, cerrando los ojos.

Entonces algo se soltó. Salió despedido, todavía con los cables en la mano. Cuando se produjo el impacto de la caída, fue casi un alivio. Gritó y rodó por el suelo cerca de las hierbas que ardían.

Sentía dolor, claro. Era como si una de las hembras gorila del centro Howletts le hubiera prodigado sus caricias durante toda la noche. Dos veces había creído estar a punto de morir por los disparos. No importaba lo que ocurriera después, estar vivo ya merecía la pena.

Parpadeó para apartar el polvo y la carbonilla de sus ojos. A cinco metros de distancia, la inutilizada sonda alienígena silbaba y chisporroteaba dentro de un círculo de hierba ennegrecida y humeante. Un *hurra* por la famosa calidad de los aparatos galácticos.

*¿Qué comerciante ET habrá vendido a los gubru ese trozo de mierda?*, se preguntó Fiben. *Me tiene sin cuidado quién ha sido: aunque se tratase de un maloliente gusano jofur, lo besaría ahora mismo. De verdad que lo haría.* Voces excitadas. Pies que corrían. Fiben sintió una repentina esperanza. Había pensado que aparecerían *gubru* para recuperar su abatida sonda. ¡Pero eran chimps! Dio un respingo y trató de levantarse. Cuando vio quién se aproximaba, la expresión se le heló en la cara.

—Bueno, bueno, bueno, mira qué tenemos aquí: el mismísimo señor Carnet Azul. Parece como si hubieras estado participando en más carreras de obstáculos, estudiante.

Era un chimp alto, con el pelo facial cuidadosamente afeitado y el bigote engominado y curvado hacia arriba. Fiben reconoció al jefe de la banda de marginales de «La Uva del Simio». El que se hacía llamar Puño de Hierro. De todos los chimps del mundo, ¿por qué tenía que encontrarse con éste?

Llegaron otros. Los brillantes trajes con cremallera llevaban añadida una nueva característica: un cinturón y un brazal, ambos con la misma sigla: una garra extendida

con tres afiladas uñas brillantes de hilo holográfico.

Se reunieron en torno a él con sus rifles-sable modificados. Estaba claro que eran los nuevos colaboradores de la milicia de los que Gaillet y él habían oído hablar.

—¿Me recuerdas, estudiante? —preguntó Puño de Hierro con una sonrisa—. Sí, sabía que lo harías. Yo me acuerdo muy bien de ti.

Fiben suspiró al ver que otros dos marginales llevaban firmemente sujeta a Gaillet Jones.

—¿Estás bien? —le preguntó ella en voz baja. Fiben pudo leer la expresión de sus ojos y asintió. Había muy poco que decir.

—Vamos, mis jóvenes bellezas genéticas —Puño de Hierro rió al coger a Fiben por su muñeca herida—. Queremos presentaros a unas personas. Y esta vez no habrá distracciones.

Fiben apartó la mirada de Gaillet cuando le dieron una sacudida en el brazo y empezó a andar trastabillando.

Carecía de la fuerza necesaria para oponer resistencia.

Mientras sus capturadores lo conducían delante de Gaillet, tuvo la primera ocasión de mirar a su alrededor.

¡Se hallaban a pocos cientos de metros de los límites de Puerto Helenia! Un par de chimps montados en una cosechadora en marcha lo miraban boquiabiertos.

Fiben y Gaillet fueron conducidos a través de una pequeña puerta del muro alienígena, la barrera que se ondulaba con complacencia sobre el paisaje, como una red colocada con firmeza sobre sus vidas.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de la Idoneidad mostraba su agitación bufando y danzando en una serie breve de saltos sobre su Percha de Declamación. Las semiformadas ondas habían retrasado su aparición, reteniendo las noticias durante más de una rotación planetaria.

Bien era cierto que los supervivientes de la emboscada en la montaña estaban aún bajo los efectos del golpe. Su primer pensamiento había sido informar al mando militar. Y los militares, atareados como estaban aplastando las últimas insurrecciones en las llanuras cercanas, les hicieron esperar. ¿Qué era, después de todo, una pequeña escaramuza en las colinas comparada con el casi efectivo asalto sufrido por la batería de defensa del espacio profundo?

El Suzerano podía comprender muy bien por qué se cometían tales errores, pero no dejaba de ser frustrante. El asunto de las montañas era en realidad mucho más importante que ninguna otra de las insurrecciones de la salvaje guerrilla.

—¡Tendríais que haberos extinguido, propiciado vuestro final, eliminados a vosotros mismos!

El Suzerano piaba y danzaba el castigo ante los científicos *gubru*. Los especialistas aún estaban desaliñados y con las plumas revueltas por su larga caminata de regreso desde las montañas. Ahora, además, habían caído en una profunda depresión.

—Al aceptar las conversaciones habéis injuriado, dañado, reducido nuestra idoneidad y nuestro honor. El Suzerano terminó así su regañina.

Si hubieran sido militares, el sumo sacerdote habría exigido que ellos y sus familias pagaran una indemnización. Pero la mayoría de su escolta había resultado muerta, y los científicos estaban por lo general poco interesados en los asuntos de idoneidad, tenían menos conocimientos sobre ellos que los soldados.

El Suzerano decidió perdonarlos.

—Aunque vuestra decisión es comprensible, tendréis que sufrir las consecuencias. Hemos de cumplir la palabra que habéis dado.

Los técnicos danzaron aliviados. No sufrirían humillación ni algo peor al regresar a sus casas. Su solemne palabra no sería repudiada.

Esa palabra, sin embargo, iba a resultarles muy cara. Los científicos tenían que marcharse de inmediato del sistema de Garth y no podían ser sustituidos en un año como mínimo. Además, debían liberar igual número de humanos.

El Suzerano tuvo una idea repentina que le produjo un raro amago de esa extraña emoción: la diversión.

Ordenaría la liberación de dieciséis humanos, de acuerdo, pero los chimps de las montañas no volverían a reunirse con sus tutores. ¡Los humanos liberados serían enviados a la Tierra!

Con esos cumpliría la palabra dada y la idoneidad. Bien era cierto que la solución iba a resultar muy costosa, pero no tanto como dejar sueltas a esas criaturas en el continente.

Resultaba asombroso creer que los neochimpancés hubiesen conseguido lo que los científicos testimoniaron que habían hecho en las montañas. ¿Cómo podía ser? Los protopupilos que habían observado en la ciudad y en el valle a duras penas parecían capaces de tales sutilezas.

¿Era posible que aún hubiera humanos allí?

La idea resultaba atemorizante, pero el Suzerano no la creía posible. Según el censo, la cantidad no controlada de humanos era una cifra demasiado pequeña para ser importante, y estadísticamente debían de estar todos muertos.

Por supuesto, tendrían que repetirse los bombardeos de gas. El nuevo Suzerano de Costes y Prevención se quejaría, ya que el programa había resultado muy caro, pero ahora el Suzerano de la Idoneidad se pondría totalmente de parte de los militares.

Sintió una débil excitación. El Suzerano de la Idoneidad notó un cosquilleo interior. ¿Era una señal anticipada del cambio de estado sexual? No debería empezar aún, con las cosas tan poco asentadas y el dominio entre sus compañeros tan poco definido. La Muda tenía que esperar hasta que se hubiera servido a la idoneidad y hasta que se hubiera alcanzado el consenso, de forma que quedase claro quién era el más fuerte.

El Suzerano gorjeó una plegaria a los desaparecidos Progenitores y los demás cantaron en respuesta.

Si hubiese una forma de saber qué cariz estaban tomando las batallas en la espiral galáctica... ¿Había sido ya encontrada la nave de los delfines? ¿Estaba la flota de alguna alianza trayendo de regreso a los Antiguos para que proclamasen el final de todas las cosas? ¿Había empezado ya el tiempo del Cambio?

Si el sacerdote hubiera sabido con seguridad que la Ley Galáctica se había roto, habría podido ignorar libremente esa inaceptable palabra dada y el reconocimiento de la sapiencia de los neochimpancés que se derivaba de ella. Aunque había cierto consuelo. Incluso con los humanos a su lado para guiarlos, los casi-animales nunca sabrían la manera adecuada de aprovecharse de ese reconocimiento. Así funcionaban las especies de tipo lobezno: ignoraban las sutilezas de la antigua cultura galáctica, atacaban por la vía directa y casi siempre morían.

*Consuelo, pió. Si, consuelo y victoria.*

Había otro asunto que requería atención, potencialmente el más importante de todos. El sacerdote se dirigió de nuevo al jefe de la expedición.

—Habéis dado palabra de evitar, renunciar, rechazar una nueva visita a ese enclave —los científicos danzaron su asentimiento. Una pequeña parte de la superficie de Garth estaba prohibida a los *gubru* hasta que las estrellas cayesen o las reglas cambiasen—. Y, sin embargo, antes del ataque, ¿descubristeis, sacasteis a la luz, encontrasteis indicios de actividad misteriosa, de manipulación genética, de Elevación secreta?

Eso también constaría en el informe. El Suzerano los interrogó escrupulosamente sobre los detalles. Apenas habían tenido tiempo para un examen previo, pero los rastros eran incuestionables y las implicaciones asombrosas.

¡Los chimpancés escondían una raza presapiente en esas montañas! Antes de la invasión, ellos y sus tutores se habían estado dedicando a la Elevación de una nueva especie de pupilos.

Con que era eso. El Suzerano danzó. Los datos que habían encontrado en la reserva diplomática *tymbrimi* no eran falsos. De alguna forma, casi por milagro, ese mundo catastrófico les ofrecía un tesoro. Y ahora, a pesar del dominio *gubru* sobre la superficie y los cielos, los terrestres continuaban ocultando su descubrimiento.

No era raro que los archivos sobre Elevación de la Biblioteca hubieran sido saqueados. Habían intentado esconder las evidencias.

Pero ahora, se regocijó el Suzerano, *hemos tenido noticia de esa maravilla*.

—Estáis despedidos, licenciados, conminados a tomar las naves de regreso a casa —dijo a los mancillados científicos. Luego el Suzerano se dirigió a los *kwackoo* reunidos bajo su percha.

»Contactad con el Suzerano de Rayo y Garra —ordenó con desacostumbrada brevedad—. Decidle a mi compañero que quiero entrevistarme con él de inmediato —uno de los plumosos cuadrúpedos se inclinó y salió a toda prisa a llamar al comandante de las fuerzas armadas.

El Suzerano de la Idoneidad permaneció inmóvil en la percha, negándose por costumbre a poner el pie en el suelo hasta que las ceremonias de protección se hubieran completado.

Se apoyaba alternativamente sobre una u otra pata y su pico descansaba sobre el tórax mientras se sumía en profundos pensamientos.

# CUARTA PARTE

## TRAIDORES

No acuses a la Naturaleza, ella ha hecho su parte.  
Haz tú la tuya.

*John Milton*, «El Paraíso Perdido»



## EL GOBIERNO EN EL EXILIO

El mensajero estaba sentado sobre un sofá, en un rincón de la Sala del Concejo, con una manta sobre los hombros y bebiendo una humeante taza de caldo. De vez en cuando, el joven chimp temblaba, pero más que nada parecía exhausto. Su pelo mojado seguía apelmazado, debido a las heladas aguas que había tenido que cruzar a nado en el último tramo de su peligroso viaje.

*Es asombroso que haya conseguido llegar, pensó Megan Oneagle observándolo. Todos los espías y equipos de reconocimiento que hemos mandado a tierra con los mejores equipos nunca regresaron. En cambio, este pequeño chimp lo ha logrado a bordo de una pequeña balsa hecha con troncos de árbol y velas de hilado casero.*

*Con un mensaje de mi hijo.*

Megan sintió los ojos húmedos al recordar las primeras palabras que le había dirigido el emisario, después de nadar la última parte del recorrido hasta su profundo reducto subterráneo bajo la isla.

*—El capitán Oneagle le manda sus para... sus parabienes, señora.*

Había sacado un paquete, impermeabilizado con savia de un árbol *oli*, y se lo había ofrecido, para dejarse caer luego en los brazos de los técnicos sanitarios.

*Un mensaje de Robert, pensó maravillada. Está vivo, está libre. Ayuda a dirigir un ejército.* No sabía si regocijarse o temblar ante tal idea.

Era algo de lo que debía enorgullecerse, por supuesto. Robert podría ser el único adulto humano libre en la superficie de Garth. Y si su «ejército» era algo más que una guerrilla de zarrapastrosos simios, bueno, al menos habían conseguido más que su cuidadosamente escondido remanente de la milicia planetaria oficial.

Bien es verdad que la había enorgullecido, pero también la había dejado asombrada. ¿Era el muchacho más sólido de lo que había pensado? ¿O tal vez había adquirido ese valor a fuerza de adversidad?

*Tal vez tenga más de su padre de lo que he querido ver.*

Sam Tennace era un piloto espacial que se detenía en Garth cada cinco años aproximadamente, uno de los tres maridos astronautas de Megan. Ellos permanecían en casa unos pocos meses solamente, sin coincidir por lo general con los otros, para volver a marcharse después. Otras fems no hubieran sido capaces de salir airoas de aquella situación, pero lo que era apropiado para los astronautas también satisfacía sus necesidades como política y diplomática. De los tres, sólo Sam Tennace le había dado un hijo.

*Y nunca quise que mi hijo fuese un héroe, advirtió. Con todo lo crítica que he llegado a ser con él, creo que nunca he deseado que se pareciese en absoluto a Sam.*

Si Robert no hubiera tenido tantos recursos, ahora estaría a salvo, internado en las islas con el resto de la población humana, donde podría continuar sus aficiones de playboy entre sus amigos, en vez de estar comprometido en una desesperada e inútil batalla contra un omnipotente enemigo.

*Bueno, se tranquilizó, en la carta tal vez exagera.*

A su izquierda, el gobierno en el exilio examinaba el mensaje, impreso sobre la corteza de un árbol con tinta casera, y sus murmullos de asombro iban en aumento.

—¡Hijos de puta! —oyó que renegaba el coronel Millchamp—. Así es como saben siempre dónde estamos y lo que pretendemos antes de que ni siquiera nos movamos.

—Por favor, resuma coronel —Megan se acercó a la mesa.

Millchamp la miró. El corpulento oficial del ejército, con el rostro enrojecido, agitó varias hojas hasta que alguien lo agarró del brazo y se las quitó de la mano.

—¡Fibras ópticas! —gritó.

—¿Cómo dice? —le preguntó Megan, incrédula.

—¡Lo sintonizan! Todos los cables, hilos de teléfono, tubos de comunicaciones... casi todas las piezas electrónicas del planeta. Están todas ajustadas para resonar en una banda de probabilidad que los malditos pájaros pueden sintonizar —la voz del coronel Millchamp se entrecortaba a causa del enojo. Giró sobre sus talones y se alejó.

Megan estaba perpleja.

—Tal vez yo pueda explicarlo, señora Coordinadora —intervino John Kylie, un hombre alto con la amarillenta tez del astronauta perpetuo. Durante los tiempos de paz, su ocupación era la de capitán de una nave de carga en el interior del sistema. Su carguero había participado en la parodia de batalla espacial y había sido uno de los pocos supervivientes, si es que éste era el término adecuado. Vencido y destrozado, finalmente había conseguido reducir a polvo los planetoides de lucha *gubru* con su láser y había logrado regresar con su nave, la *Esperanza*, a Puerto Helenia gracias a la lentitud con que actuaba el enemigo para consolidar el sistema de Gimelhai. El piloto se había convertido ahora en el asesor naval de Megan.

—Señora Coordinadora —Kylie tenía una expresión afligida—, ¿se acuerda de aquella excelente transacción que hicimos, oh, veinte años atrás con respecto a un control electrónico y una fábrica de fotones? Eran una obra de arte a pequeña escala, ideales para un diminuto mundo colonial como el nuestro.

—Tu tío era entonces el Coordinador —asintió Megan—. Me parece que tu primera misión en el carguero fue la de terminar las negociaciones y traer la fábrica a Garth.

—Uno de sus principales productos —asintió Kylie cabizbajo— eran las fibras ópticas. Algunos dijeron que el negocio que habíamos hecho con los *kwackoo* era

demasiado bueno para ser verdad. Pero ¿quién iba a imaginar que ya tenían algo así en la mente? ¿Con tantos años de anticipación? Sólo por la remota posibilidad de que algún día quisieran...

—¡Los *kwackoo*! —Megan ahogó un grito—. Son pupilos de...

—Los *gubru* —asintió Kylie—. Esos malditos pájaros ya debieron pensar entonces que algún día podía ocurrir algo así.

Megan recordó lo que Uthacalthing había intentado enseñarle, que los caminos de los galácticos son caminos largos y pacientes como los planetas en sus órbitas. Alguien más se aclaró la garganta. Era el mayor Prathachulthorn, el bajo y corpulento oficial de los marinos de Terragens. Él y su pequeño destacamento eran los únicos soldados oficiales que habían quedado después de la batalla espacial y del inútil gesto de desafío en el cosmódromo de Puerto Helenia. Junto con Kylie se encargaba de las misiones secretas.

—Esto es muy grave, señora Coordinadora —comentó Prathachulthorn—. Las fibras ópticas producidas por esa factoría han sido incorporadas a casi todos los componentes de equipamiento civil y militar manufacturados en el planeta. Están presentes en todos los edificios. ¿Podemos tener confianza en los descubrimientos de su hijo?

Megan estuvo a punto de encogerse de hombros pero su instinto de diplomática la hizo detenerse a tiempo.

¿*Cómo demonios puedo saberlo?*, pensó. *Ese chico es un desconocido para mí.* Miró al pequeño chimp que casi había muerto para traerle el mensaje de Robert. Nunca hubiera imaginado que su hijo pudiera inspirar tanta lealtad. Se preguntó si lo envidiaba.

—El informe está firmado también por la *tymbrimi* Athaclena —dijo la teniente Lydia McCue. La joven oficial frunció los labios—. Eso es una segunda fuente de verificación —sugirió.

—Con todos mis respetos, Lydia —intervino el mayor Prathachulthorn—. La *tym* es poco más que una niña.

—¡Es la hija del embajador Uthacalthing! —espetó Kylie—. Y los técnicos chimps ayudaron a realizar el experimento.

—Entonces no disponemos de testigos verdaderamente cualificados —Prathachulthorn sacudió la cabeza.

Varios consejeros lo miraron boquiabiertos. El único miembro neochimpancé, la doctora Suzinn Benirshke, se sonrojó y bajó la mirada, pero Prathachulthorn ni siquiera advirtió que había dicho algo insultante. El mayor no destacaba por su tacto. *Y además, es marino*, pensó Megan. Su cuerpo era la élite de las fuerzas armadas de Terragens, con el menor número de miembros delfines y chimps. Por ello, los marinos prácticamente sólo reclutaban hombres: un último bastión del antiguo

sexismo.

—Sin embargo, debe admitir, mayor, que la idea es razonable —el comandante Kylie hojeaba las toscas páginas del informe de Robert—. Explicaría nuestros reveses y el fracaso total en establecer contacto, tanto con las islas como con el continente.

—Razonable, sí —admitió el mayor Prathachulthorn al cabo de unos instantes—. De todas formas, debemos realizar nuestras propias investigaciones antes de iniciar una actuación basándonos en la veracidad del informe.

—¿Qué pasa, mayor? —preguntó Kylie—. ¿No le gusta la idea de dejar de lado su rifle quemador y agarrar un arco y unas flechas?

—En absoluto, señor —la respuesta de Prathachulthorn fue sorprendentemente apacible—, siempre que el enemigo vaya equipado de una forma similar. El problema reside en el hecho de que no es así.

El silencio reinó unos instantes. Nadie parecía tener nada que decir. La pausa terminó cuando el coronel Millchamp regresó a la mesa. Dio un manotazo sobre ésta y espetó:

—De todos modos ¿qué ganamos con esperar?

—¿Qué quiere decir, coronel? —Megan frunció el ceño.

—Lo que quiero decir es ¿qué hacen de útil nuestras fuerzas aquí abajo? —preguntó—. Poco a poco nos estamos volviendo locos. Mientras, en este preciso instante, la Tierra tal vez esté luchando por su existencia.

—En este preciso instante es algo que no existe en el espacio interestelar —comentó el comandante Kylie—. La simultaneidad es un mito. El concepto está arraigado en el inglés y en otras lenguas terrestres pero...

—Oh, déjense de metafísica —gritó Millchamp—. Lo importante es que podamos dañar a los enemigos de la Tierra —tomó los pliegos de corteza de árbol—. Gracias a las guerrillas sabemos dónde han situado los *gubru* la mayoría de sus instalaciones en el planeta. No importa cuántos trucos divulgados por la Biblioteca hayan estudiado los *gubru* porque no pueden evitar que lancemos contra ellos nuestras naves de oscilación.

—Pero...

—Tenemos tres escondidas que no han intervenido en la batalla espacial y los *gubru* no conocen su existencia. Si esos misiles son lo bastante buenos para los *tandu*, malditos sean sus corazones de siete cámaras, ¡seguro que bastarán para los objetivos de superficie *gubru*!

—Y eso ¿de qué servirá? —preguntó apaciblemente la teniente McCue.

—¡Podemos someter unos cuantos picos *gubru*! El embajador Uthacalthing nos dijo que los símbolos son importantes en la guerra galáctica. Ahora mismo imaginan que hemos abandonado toda lucha, pero un golpe simbólico mostraría a la totalidad de las Cinco Galaxias que no hemos sido vencidos.

—Siempre me ha parecido extraño —intervino Megan Oneagle arrugando la nariz y hablando con los ojos cerrados— que el concepto de ataque por sorpresa de mis ancestros amerindios pudiera encontrar su lugar en una galaxia hipertecnológica. —Abrió los ojos—. Aunque podemos intentarlo, desde luego, si no encontramos otra manera de ser efectivos. Pero recuerden que Uthacalthing también recomendó paciencia —sacudió la cabeza—. Siéntese, por favor, coronel Millchamp. Siéntense todos. No estoy dispuesta a desperdiciar nuestra fuerza con un gesto heroico hasta que no sepa que es lo único que podemos hacer contra el enemigo.

»Recuerden que casi todos los humanos del planeta están como rehenes en las islas y sus vidas dependen de las dosis del antídoto de los *gubru*. Y en el continente están los pobres chimps, prácticamente solos y abandonados.

Durante todo el parlamento, los oficiales habían permanecido cabizbajos. *Están frustrados*, pensó Megan. *Y no puedo recriminárselo*.

Cuando empezó la guerra, cuando planeaban las formas de resistir a una invasión, nadie sugirió siquiera una contingencia como ésta. Tal vez unas gentes con más experiencia en las complejidades de la Gran Biblioteca, en el arcano arte de la guerra que los galácticos, con su antigüedad de eones, conocían, hubieran estado mejor preparados. Pero el sistema de los *gubru* había hecho añicos sus modestos planes de defensa.

No había añadido una razón final por la que desaprobaba un gesto heroico. Los humanos tenían fama de ser muy poco refinados en el juego del formulismo galáctico. Un golpe de honor podía ser equivocado y dar a los enemigos, en cambio, una excusa para perpetrar mayores horrores.

¡Oh, qué ironía! Si Uthacalthing estaba en lo cierto, era una pequeña nave terrestre, en medio de las Cinco Galaxias, la que había precipitado la crisis.

Realmente, los terrestres eran especialistas en buscarse problemas. Siempre habían tenido ese talento.

Megan miró al pequeño chimp del continente, el mensajero de Robert, que se aproximaba a la mesa llevando aún la manta. Sus oscuros ojos castaños mostraban su preocupación.

—¿Sí, Petri? —preguntó ella.

—Señora, el doctor quiere que me vaya a la cama —anunció el chimp después de inclinarse ante ella.

—Muy bien, Petri —asintió—. Estoy segura de que más tarde nos gustará que nos informes más, hacerte algunas preguntas. Pero ahora debes descansar.

—Sí —se avino Petri—. Gracias, señora. Pero hay algo más. Algo que será mejor que le diga antes de que se me olvide.

—¿Sí? ¿Qué es?

El chimp parecía incómodo. Miró a los humanos que lo observaban y volvió a

mirar a Megan.

—Es personal, señora. Algo que el capitán Oneagle me pidió que memorizase y le dijera.

—Oh, muy bien —Megan sonrió—. ¿Me disculpan un momento, por favor?

Se fue con Petri al otro extremo de la sala y se sentó para tener los ojos a la altura de los del pequeño chimp.

—Cuéntame qué dijo Robert.

Petri hizo un gesto de asentimiento. Tenía los ojos extraviados.

—El capitán Oneagle me pidió que le dijera que la *tymbrimi* Athaclena es realmente la que está organizando el ejército —Megan asintió. Ya lo había sospechado. Robert podía haber encontrado nuevos recursos, nuevas comprensiones, pero nunca había sido ni sería un líder nato—. El capitán Oneagle —prosiguió Petri— me dijo que le comunicara que era importante que la *tymbrimi* Athaclena tuviera legalmente el estatus de tutor sobre nuestros chimps.

—Muy listo —Megan asintió de nuevo—. Podemos votarlo y ya le comunicaremos el resultado.

—Uf, señora —el pequeño chimp sacudió la cabeza—. No podemos esperar. Así que, uf, se supone que debo decirle que el capitán Oneagle y la *tymbrimi* Athaclena han ratificado un... vínculo matrimonial... me parece que se llama así. Yo...

Se interrumpió bruscamente porque Megan se había puesto de pie.

Ella se volvió despacio hacia la pared y apoyó la frente en la fría piedra. *Condenado chico estúpido*, maldecía una parte de ella.

*Era lo único que podían hacer*, respondía otra parte.

*Conque ahora soy suegra*, añadía la voz más irónica de todas.

Bien era cierto que de aquella unión no habría descendencia. Los matrimonios entre individuos de especies distintas no eran para eso. Pero existían otras implicaciones.

A sus espaldas el conejo seguía el debate. Una y otra vez desechaban las opciones que iban surgiendo para acabar tan desprovistos de ideas como lo habían estado en los meses anteriores.

*Oh, si Uthacalthing pudiese llegar hasta aquí*, pensó Megan. *Necesitamos su experiencia, su irónica sabiduría y su humor. Podríamos hablar, como solíamos hacerlo. Y tal vez podría aclararme esas cosas que hacen sentirse tan perdida a una madre.*

Tuvo que reconocer que echaba de menos al embajador *tymbrimi*. Lo añoraba más que a cualquiera de sus tres maridos y más incluso, que Dios la ayudase, que a su desconocido hijo.

## UTHACALTHING

Resultaba fascinante contemplar cómo Kault jugaba con una casi-ardilla, uno de los animales nativos de las llanuras meridionales. Atraía a la criatura tendiéndole unas nueces en sus enormes manos *thenanias*. Llevaba así una hora, mientras esperaban que declinase el fuerte sol del mediodía, resguardados bajo la sombra de un grupo de espinosas zarzas.

Uthacalthing se maravillaba ante semejante espectáculo. El universo nunca cesaba de sorprenderlo. Aunque era tosco y olvidadizo, el diáfano Kault era una fuente perpetua de asombro.

Temblando de nervios, la casi-ardilla hizo acopio de valor. Dio otro par de saltos hacia el inmenso *thenanio* y, alargando una de sus garras, le quitó una nuez.

Asombroso. ¿Cómo lo conseguía Kault?

Uthacalthing reposaba bajo la bochornosa sombra. No reconocía la vegetación de las tierras altas que dominaban el estuario donde su nave había caído, pero sintió que se estaba familiarizando con los aromas, los ritmos, el dolor latiente de la vida diaria que brotaba y fluía por todas partes en aquel claro engañosamente tranquilo.

Su corona le transmitió señales de pequeños predadores que esperaban el fin de la hora más calurosa para continuar su acecho de presas aun más diminutas. No había grandes animales, por supuesto, pero Uthacalthing captó un enjambre de insectoides que volaban a ras de suelo, afanándose en encontrar bocaditos para su reina entre la maleza.

La pequeña casi-ardilla estaba tensa. Dudaba entre la precaución y la glotonería a medida que se acercaba cada vez más para comer de la mano extendida de Kault.

*Es raro que lo haga.* Uthacalthing se preguntó por qué la ardilla confiaba en Kault, tan grande, tan intimidante y poderoso. La vida en Garth era agitada y paranoide a causa de la catástrofe bururalli, cuyo lienzo mortal todavía colgaba sobre las estepas al este y al sur de las Montañas de Mulun.

Kault no podía tranquilizar a la criatura como lo haría un *tymbrimi*, glifocantándole en suaves tonos de empatía. Los *thenanios* tenían tanto sentido psi como una piedra.

Pero Kault le hablaba en su propio y muy modulado dialecto galáctico. Uthacalthing escuchaba.

—¿Conoces —vista, sonido, imagen— la esencia del destino de los tuyos, pequeña? ¿Llevas —genes, esencia, destino— de surcadores de estrellas?

La casi-ardilla temblaba, con los carrillos llenos. El pequeño animal parecía hipnotizado. La cresta de Kault se ahuecó expandiéndose, mientras sus ranuras

respiratorias gemían a cada húmeda exhalación. El *thenanio* no podía comunicarse con la criatura, al menos no como Uthacalthing podría, y, sin embargo, ésta parecía sentir el amor de Kault. *Qué irónico*, pensó Uthacalthing. Los *tymbrimi* vivían la vida sumergidos en el eterno fluir de la música de la vida y, no obstante, él no se sentía personalmente identificado con el diminuto animal. Después de todo, era uno entre los cientos de millones. ¿Por qué tenía que importarle aquel ser en concreto?

Pero *Kault* amaba a la criatura. Sin sentido de empatía, sin ningún vínculo directo de ser-a-ser, la estimaba de modo totalmente abstracto. Amaba lo que esa pequeña cosa representaba, su potencial.

*Muchos humanos siguen afirmando que es posible tener empatía sin sentido psi*, pensó Uthacalthing.

«Meterse en los zapatos de otro», rezaba la antigua metáfora. Siempre había creído que era una de esas pintorescas ideas previas al Contacto, pero ahora ya no estaba tan seguro. Tal vez los terrestres estaban a mitad de camino entre los *thenanios* y los *tymbrimi* en su capacidad de empalmar con los demás.

Los congéneres de Kault creían apasionadamente en la Elevación, en el potencial de las diferentes formas de vida que, a la larga, podían alcanzar la sapiencia. Los Progenitores de la cultura galáctica, desaparecidos desde hacía mucho tiempo, lo habían ordenado hacía miles de millones de años y los *thenanios* habían seguido el mandato al pie de la letra. Su fanatismo intransigente en este asunto distaba mucho de ser admirable. En tiempos como los presentes, con la galaxia conmocionada, los hacía terriblemente peligrosos.

Pero ahora, por irónico que pareciese, Uthacalthing contaba con aquel fanatismo: intentaba ponerlo en acción para sus propios designios.

La casi-ardilla cogió otra nuez de la mano que Kault le tendía y decidió que ya tenía bastante. Agitando su cola en forma de abanico se escabulló a toda prisa por la maleza. Kault se dio vuelta para mirar a Uthacalthing, con las ranuras respiratorias de su garganta aleteando al respirar.

—He estudiado informes genéticos compilados por los ecólogos terrestres —dijo el cónsul thenanio—. Este planeta tenía un potencial impresionante hace sólo unos milenios. Nunca se debió ceder a los *bururalli*. La pérdida de las formas más desarrolladas de vida en Garth ha sido una tragedia.

—Los *nahalli* fueron castigados por lo que hicieron sus pupilos ¿no? —preguntó Uthacalthing aunque ya sabía la respuesta.

—Claro. Fueron degradados al estatus de pupilos y puestos bajo el cuidado de un clan tutor más antiguo. El mío, de hecho. Es un caso muy triste.

—¿Por qué?

—Porque los *nahalli* son en realidad gentes muy maduras y educadas. Simplemente, no comprendieron los matices necesarios para elevar a carnívoros



puros y fracasaron estrepitosamente con los *bururalli*. Pero el error no fue sólo suyo. El Instituto Galáctico de Elevación tendría que cargar con parte de la culpa.

Uthacalthing reprimió una sonrisa al estilo humano. En lugar de ello, su corona se enrolló en espiral para formar un débil glifo, invisible para Kault.

—¿Ayudarían las buenas noticias de aquí, de Garth, a los *nahalli*? —preguntó.

—Por supuesto —Kault expresó el equivalente de un encogimiento de hombros con el movimiento de su cresta—. Nosotros, los *thenanios*, no estábamos en modo alguno comprometidos con los *nahalli* cuando sucedió la catástrofe, claro, pero eso cambió cuando fueron rebajados de categoría y puestos bajo nuestra tutela. Ahora, por adopción, mi clan comparte la responsabilidad de este lugar agraviado. Por eso se envió aquí un cónsul, para asegurarse de que los terrestres no dañaban más este afligido mundo.

—¿Y lo hacen?

—¿Si hacen qué? —Kault cerró los ojos y los abrió de nuevo.

—Si los terrestres están llevando a cabo una mala gestión.

—No —la cresta de Kault se agitó de nuevo—. Nuestras especies, la de ellos y la mía, pueden estar en guerra, pero no he encontrado aquí nuevos agravios de que culparlos. Su programa de recuperación ecológica era ejemplar. En cambio voy a redactar un informe con respecto a las actividades de los *gubru*.

Uthacalthing creyó detectar cierta amargura en la voz de Kault. Habían visto ya signos de colapso en el esfuerzo terrestre de recuperación ambiental. Dos días antes habían pasado junto a una estación de mejora, ahora abandonada, con sus trampas de muestras y sus jaulas de tests oxidándose. Los recipientes para el almacenamiento de genes se habían estropeado al fallar la refrigeración.

Encontraron una dolorosa nota donde un ayudante ecólogo neochimpancé explicaba que había decidido abandonar su puesto para ayudar a un colega humano enfermo, y emprender el largo camino hasta la costa en espera de recibir el antídoto contra el gas de coerción.

Uthacalthing se preguntó si habrían logrado llegar. Estaba claro que el antídoto había sido dosificado. El puesto de civilización más cercano estaba muy lejos de allí, incluso para un coche flotador.

Era evidente que los *gubru* se alegraban de dejar la estación despoblada.

—Si esto continúa, deberé documentarlo —dijo Kault—. Me alegro de que me permitiera persuadirlo de regresar a través de regiones habitadas. Así podremos recoger más datos sobre estos delitos.

Esta vez Uthacalthing sonrió ante las palabras que había elegido Kault.

—Tal vez encontremos algo interesante —admitió.

Continuaron su recorrido cuando el sol, Gimelhai, descendió de su ardiente cénit.

Los llanos al sudeste de las Montañas de Mulun se extendían como las crestas

ondulantes de las olas de un apacible mar, solidificadas sobre la tierra. A diferencia del Valle del Sind y de las tierras abiertas del otro lado de las montañas, aquí no había signos de vida vegetal o animal introducida por los ecólogos terrestres: sólo criaturas nativas de Garth.

*Y agujeros vacíos.*

Uthacalthing sintió la escasez de especies como una brecha vacía en el aura de aquella tierra. La metáfora que le vino a la mente fue la de un instrumento musical al que le faltaban la mitad de sus cuerdas.

*Sí. Apta. Poéticamente aceptable.* Esperaba que Athaclena siguiese su consejo y estudiara esta forma terrestre de contemplar el mundo.

En su interior profundo, a nivel de *nahakeri*, la pasada noche había soñado con su hija. El sueño la representaba con la corona desplegada, captando la teatral y aterradoramente hermosa belleza de una visita de *tutsunucann*.

Uthacalthing se despertó temblando en contra de su voluntad, como si un instinto lo llevase a ahuyentar aquel glifo. Sólo a través del *tutsunucann* podría haberse enterado de más cosas referentes a su hija, de cómo viajaba y qué hacía, pero *tutsunucann* sólo destelló... la esencia de la expectación temerosa. Por ese centelleo supo que aún vivía. Nada más.

*Por ahora me tendré que conformar con esto.*

Kault llevaba casi todos los suministros. El gran *thenanio* caminaba a un paso regular, no demasiado difícil de seguir. Uthacalthing reprimió los cambios corporales que le hubieran facilitado la caminata por un breve período pero que, a la larga, le hubieran resultado costosos. Se permitió sin embargo aplastar sus fosas nasales y ensancharlas para que entrase más aire, a la vez que evitaba el omnipresente polvo.

Frente a ellos se alzaban unos pequeños cerros coronados por árboles y, algo alejado del camino que seguían hacia las distantes y rosadas montañas, el cauce de un arroyo. Uthacalthing consultó la brújula y se preguntó si las colinas serían conocidas. Lamentaba haber perdido su registrador inercial de dirección en el choque.

Si pudiera estar seguro...

*Ahí, parpadeó. ¿Había imaginado ese tenue destello azul?*

—Kault.

El *thenanio* se detuvo y se dio media vuelta hacia Uthacalthing.

—¿Ha dicho algo, colega?

—Kault, creo que tenemos que tomar esa dirección. Podemos llegar a las colinas a tiempo de instalar el campamento y comer antes del anochecer.

—Hum, está un poco alejado de nuestro camino —Kault jadeó—. Muy bien, le haré caso. —Y sin pensarlo más enfiló hacia las tres colinas cubiertas de vegetación.

Faltaba como una hora para la puesta de sol cuando llegaron al arroyo y empezaron a montar el campamento. Mientras Kault levantaba el refugio camuflado

que llevaban, Uthacalthing analizó unos frutos rojos, oblongos y pulposos que colgaban de las ramas de unos árboles cercanos. Su medidor portátil los declaró nutritivos. Tenían un sabor dulce y penetrante.

En cambio, las semillas de su interior eran duras y fuertes. Era evidente que habían evolucionado para poder soportar los jugos gástricos, atravesar el sistema digestivo de un animal y esparcirse en la tierra con sus heces. Era una adaptación muy frecuente de los árboles frutales en una gran variedad de mundos.

Seguramente, algún gran omnívoro había dependido de esta fruta como fuente alimenticia y devolvía el favor al árbol dispersando sus semillas aquí y allá. Si tenía que encaramarse para procurarse el alimento lo más probable es que tuviera unas manos rudimentarias. Tal vez hasta poseía Potencial. Tales criaturas podrían haberse convertido en presensitivas, entrar en el ciclo de la Elevación y llegar a ser una refinada raza.

Pero todo eso había desaparecido con los *bururalli*. Y no sólo habían muerto los grandes animales. Los frutos del árbol estaban ahora demasiado próximos a los que les precedieron. Pocos embriones habían conseguido romper las semillas endurecidas tras pasar por los estómagos de los desaparecidos simbioses. Pero esos árboles jóvenes que habían conseguido germinar, languidecían ahora como sombras de sus antecesores.

Allí tendría que haber habido un gran bosque en lugar de esos escasos y miserables árboles.

*Me pregunto si éste es el lugar*, pensó Uthacalthing. Había tan pocas señales en aquella sinuosa llanura...

Miró a su alrededor pero no divisó más destellos azules.

Kault estaba sentado a la entrada de su refugio y silbaba graves y átonas melodías a través de sus ranuras respiratorias. Uthacalthing dejó caer delante de él un puñado de frutos y luego se dirigió hacia el rumoroso arroyo.

La corriente discurría sobre un banco de piedras semitransparentes que reflejaban los rojos matices del ocaso.

Ahí fue donde Uthacalthing encontró el artefacto.

Se inclinó y lo recogió para examinarlo.

Cuarzo local, descantillado y pulido, con bordes cortantes y un extremo romo y redondeado para poder asirlo... La corona de Uthacalthing se onduló. El *lurrunanu* tomó forma de nuevo, fluctuando entre sus zarcillos plateados. El glifo giró despacio al tiempo que Uthacalthing volvía en su mano el hacha de piedra para contemplar la primitiva herramienta.

El *lurrunanu* vigilaba a Kault que seguía silbando en la ladera del cerro. De pronto el glifo se tensó y se lanzó hacia el voluminoso *thenanio*.

*Herramientas de piedra, uno de los distintivos de la presensitividad*, pensó

Uthacalthing. Le había pedido a Athaclena que estuviese atenta ya que existían rumores... historias que hablaban de cosas que se habían visto en las zonas deshabitadas de Garth.

—¡Uthacalthing!

Se volvió, escondiendo el artefacto tras la espalda, y respondió al *thenanio*:

—¿Sí, Kault?

—Yo... —Kault parecía inseguro—. *Metoh kanmi, b'twüü'ph... yo...* —Kault sacudió la cabeza. Cerró los ojos y los abrió de nuevo—. Me pregunto si al analizar estas frutas ha considerado también si son adecuadas a mis necesidades.

Uthacalthing suspiró. *¿Qué le pasa? ¿Acaso los thenanios son curiosos?*

Dejó caer el objeto de entre sus manos y éste fue a parar al barro del río, donde lo había encontrado.

—Claro, colega. Son nutritivos siempre y cuando no se olvide de tomar sus suplementos.

Regresó a reunirse con su compañero para una cena sin hoguera bajo el creciente brillo de las luces de las galaxias.

## ATHACLENA

Los gorilas bajaban por las dos escarpadas márgenes del angosto cañón, sujetándose a las desgarradas enredaderas de la jungla. Se deslizaban con cautela junto a las humeantes grietas abiertas en el acantilado por las recientes explosiones. Los corrimientos de tierra aún eran un peligro, pero ellos avanzaban a toda prisa.

Al bajar pasaron a través de brillantes arcos iris. Su pelaje resplandecía bajo las diminutas gotas de agua.

Un terrible ruido acompañaba su descenso, resonando en las paredes del precipicio y no dejando oír sus jadeantes respiraciones. El estruendo había ocultado el sonido de la batalla y sofocado los bramidos de la muerte que había rugido allí hacía pocos minutos. La ruidosa catarata había tenido un competidor, aunque no por mucho tiempo. El torrente que antes caía sobre brillantes y pulidas piedras lo hacía ahora sobre polímeros y trozos rotos de metal. Los peñascos desprendidos de las paredes del precipicio habían arrastrado esos residuos a los pies de la catarata, donde el agua se ocuparía de pulirlos.

—No queremos que averigüen cómo hemos manejado todo esto —le dijo Athaclena a Benjamín desde lo alto del cañón.

—El filamento que tendimos detrás de la catarata tenía un tratamiento previo para desintegrarse en seguida. Dentro de pocas horas ya no existirá. Cuando llegue el equipo de socorro del enemigo no podrá saber cómo nos las apañamos para atrapar a esta cuadrilla.

Vieron cómo los gorilas se unían a un grupo de luchadores chimps y se ponían a husmear entre los restos de los tres tanques flotadores de los *gubru*. Satisfechos de que todo hubiera terminado al fin, los chimps se colgaron los arcos a la espalda y empezaron a recoger fragmentos de las naves, mientras ordenaban a los gorilas que quitasen de en medio alguna piedra o algún pedazo de plancha acorazada.

El enemigo había llegado muy deprisa, siguiendo el olor de las presas escondidas. Sus instrumentos indicaban que había alguien oculto detrás de la cascada. Y, como escondrijo, resultaba un sitio perfectamente lógico, protegido por una barrera que dificultaba la penetración de sus detectores. Sólo sus escáners especiales de resonancia habían logrado detectar a los terrestres, que habían ocultado allí piezas de tecnología.

Para pescar por sorpresa a los que estaban escondidos, los tanques se habían situado justo encima del cañón, cubiertos en su parte superior por un enjambre de sondas de guerra de la mejor calidad, listas para el combate.

Pero no habían encontrado una batalla a la que hacer frente. De hecho, no había

ningún terrestre detrás de la cascada; únicamente unos haces de fibra delgada como hilos de una telaraña.

Y un cable disparador.

Y, a lo largo de las paredes del acantilado, varios cientos de kilos de nitroglicerina de fabricación casera.

El agua, al caer, había dispersado el polvo, y las corrientes arremolinadas se habían llevado miríadas de fragmentos diminutos. Sin embargo, la mayor parte de la fuerza de choque *gubru* todavía se hallaba en el mismo sitio en que la había sorprendido la explosión que hizo temblar las paredes del cañón y llenó el cielo de una lluvia de oscura piedra volcánica.

Athaclena vio a un chimp salir de entre los restos de las naves. Dio un salto con un misil mortal en la mano.

Pronto las mochilas de los gorilas estaban repletas de municiones alienígenas. Los grandes presensitivos empezaron otra vez a trepar a través de la cascada multicolor.

Athaclena escudriñó los pequeños retazos de cielo azul visibles entre la bóveda de follaje. En pocos minutos llegarían los refuerzos del invasor. Las fuerzas irregulares de la colonia tenían que marcharse de inmediato o correrían el mismo destino que los pobres chimps que habían organizado la insurrección en el Valle del Sind la semana anterior.

Después de aquel desastre, unos pocos fugitivos habían conseguido llegar a las montañas. Fiben no se encontraba con ellos y ningún mensajero se había presentado con las prometidas notas de Gaillet Jones. Debido a la falta de información, el grupo de Athaclena sólo podía hacer suposiciones sobre lo que tardarían los *gubru* en responder a esta última emboscada.

—En marcha, Benjamín —Athaclena dirigió una significativa mirada a su reloj.

—Voy a darles prisa, ser —asintió el ayudante. Se movió furtivamente hacia la chima encargada de las señales y ésta empezó a ondear sus banderas.

En el borde del acantilado aparecieron más chimps y gorilas, que corrían por la mojada y reluciente hierba.

Cuando los chimps chatarreros llegaron a lo alto del abismo tallado por el agua, sonrieron a Athaclena y se marcharon a toda prisa, llevando a sus grandes primos en dirección a los caminos secretos de la jungla.

Ahora ella ya no necesitaba coaccionarlos o persuadirlos porque se había convertido en una terrestre honoraria. Incluso aquellos que antes se quejaban de recibir órdenes de una ET, ahora la obedecían con rapidez y alegría. Era irónico. Al firmar los artículos que los convertían en consortes, ella y Robert lo habían dispuesto de tal modo que ahora se veían menos que nunca. Ella ya no necesitaba su autoridad como único humano adulto en libertad, así que él se había marchado a promover la insurrección en otra parte.

*Desearía haber estudiado mejor esas cosas*, meditó. Estaba insegura de lo que legalmente implicaba firmar un documento así en presencia de testigos. Los matrimonios entre individuos de distintas especies solían ser una conveniencia oficial más que otra cosa. Los compañeros asociados en cualquier empresa podían «casarse» aunque sus líneas genéticas fueran muy diferentes. Un reptiloide *bigle* podía casarse con una quitinosa *fruthian*. Nadie esperaba que de esas uniones naciera descendencia, pero se suponía que entre la pareja había un aprecio mutuo.

Toda aquella historia le parecía divertida. En cierto modo, ahora tenía «marido». Y no estaba allí.

*Lo mismo le ocurrió a Mathicluanna, durante todos esos largos y solitarios años*, pensó acariciando el relicario que pendía de una cadena sobre su pecho. La hebra del mensaje de Uthacalthing también estaba allí ahora. Tal vez sus espíritus *laylacllap't* estaban juntos, tal como lo habían estado en la vida.

*Tal vez empiezo a comprender algo que nunca entendí acerca de ellos*, reflexionó. —¿Ser?... ¿Señora?

Athaclena parpadeó y levantó la vista. Benjamín se aproximaba a ella desde el camino, donde un grupo de las sempiternas enredaderas se agrupaba en torno a una pequeña charca de aguas rosadas. Una técnica chima estaba agachada junto a un claro entre las apretadas enredaderas, ajustando un delicado instrumento.

—¿Se ha sabido algo de Robert? —preguntó acercándose a ella.

—Sí... señora —respondió la chima—. Estoy detectando uno de los productos químicos que se llevó consigo.

—¿Cuál de ellos? —le preguntó nerviosa.

—El que tiene la espiral de adenina hacia la izquierda —sonrió la chima—. Es el que acordamos que significaba victoria.

Athaclena respiró tranquila. Así que el grupo de Robert también había tenido éxito. Su equipo se había dirigido a atacar un pequeño puesto de observación enemigo, al norte del paso Lorne, y debían de haber tomado contacto con el enemigo el día anterior. Dos pequeños éxitos en poco tiempo. A aquel ritmo podrían vencer a los *gubru* en un millón de años.

—Respóndele que también nosotros hemos conseguido nuestros objetivos.

Benjamín sonrió y le tendió a la encargada de señales una ampolla de un líquido claro que ella vertió en la charca. Al cabo de unas horas las moléculas serían detectables a muchas millas de distancia. Mañana, probablemente, el encargado de señales de Robert le comunicaría el mensaje.

E! sistema era lento, pero esperaba que los *gubru* no tuvieran la menor idea de ello, al menos de momento.

—Han terminado las tareas de recuperación, general. Será mejor que pongamos pies en polvorosa.

—Sí —asintió ella—. Es lo que hay que hacer, Benjamín.

Inmediatamente se pusieron en marcha por el verde sendero en dirección al paso y a casa.

Un poco más adelante, los árboles se bambolearon cuando un trueno sacudió los cielos. Se oía el repicar de estruendosas explosiones y, durante un tiempo, el rugido de la catarata se vio acallado por un frustrado grito de venganza.

*Demasiado tarde.* Athaclena miró con desdén a las naves de guerra enemigas.

*Esta vez.*



## ROBERT

El enemigo había empezado a utilizar misiles teledirigidos. Esta vez aquel gasto extra los había librado de la aniquilación.

La vapuleada patrulla *gubru* se retiró a través de la espesa jungla, destrozando todo lo que encontraba a su paso, en un radio de doscientos metros. Los árboles caían abatidos y las sinuosas enredaderas se agitaban como gusanos torturados. Los tanques flotadores continuaron así hasta llegar a un claro lo bastante grande para que aterrizaran flotadores pesados. Allí los vehículos salvados de la destrucción permanecieron girando en círculos, sin cesar de disparar en todas direcciones.

Robert observó a un grupo de chimps que se acercaban demasiado con sus catapultas de mano y sus granadas químicas. Las explosiones los sorprendieron entre los árboles que caían en medio de una granizada de astillas de madera.

Robert hizo una señal con la mano para que la orden de retirada y dispersión se extendiera a todas las unidades. Con aquel convoy ya no se podía hacer nada más, pues el grueso de las fuerzas militares de los *gubru* estaban sin duda acercándose. Sus guardaespaldas agarraron los rifles sable que habían capturado al enemigo y empezaron a avanzar hacia las sombras del bosque, manteniéndose delante de él y a sus costados.

Robert detestaba el manto de protección que le tendían los chimps, prohibiéndole acercarse al lugar de las escaramuzas hasta que no hubiese ningún peligro. No podían evitarlo, y además, maldita sea, tenían razón.

Se suponía que los pupilos debían proteger a sus tutores como individuos y que la raza tutora, a su vez, debía proteger a los pupilos como especie.

Al parecer, Athaclena sabía desenvolverse mejor en esas circunstancias. Procedía de una cultura que, desde el principio, había asumido que las cosas tenían que ser así. Además, admitió él, *el machismo no le preocupa*. Uno de los problemas del muchacho es que rara vez tenía la oportunidad de ver o tocar al enemigo. Y deseaba tanto tocar a los *gubru*...

La retirada se realizó con éxito antes de que el cielo se llenase de naves de guerra alienígenas. Su compañía de soldados terrestres irregulares se dividió en pequeños grupos para dirigirse a los diversos campamentos por caminos distintos hasta que recibieran de nuevo la llamada a las armas a través de la red de enredaderas de la jungla. Sólo el pelotón de Robert se dirigió de regreso a las cuevas de las montañas, donde tenían su cuartel general.

Fue necesario dar un gran rodeo porque se encontraban en la zona este de la cordillera de Mulun y el enemigo había situado líneas avanzadas en los picos de

algunas montañas, a las que abastecían fácilmente por aire y protegían con armamento flotante. Una de estas avanzadillas se encontraba justamente en el camino más directo a las cuevas, por lo que los chimps exploradores llevaron a Robert a través de un claro de la jungla, al norte del paso Lorne.

Las enredaderas de transferencia, tan parecidas a los cables, se encontraban en todas partes. Eran algo maravilloso, ciertamente, pero allí, al pie de las montañas, los obligaban a marchar más despacio. Robert tuvo todo el tiempo que quiso para pensar. Se preguntó, más que nada, por qué los *gubru* habían ido a las montañas.

Le alegraba que estuvieran allí, desde luego, ya que así le daban a la Resistencia la oportunidad de atacarlos.

Pero ¿por qué se preocupaban los *gubru* por el movimiento guerrillero de las Montañas de Mulun si tenían un completo dominio sobre el resto del planeta? ¿Había alguna razón simbólica, algo enraizado en la tradición galáctica, que hacía necesaria la eliminación de cualquier foco aislado de resistencia?

Pero incluso eso no explicaba la abundante presencia de personal civil en los destacamentos de las montañas. Los *gubru* estaban llenando Mulun de científicos. Buscaban algo.

Robert reconoció la zona y dio la señal de alto.

—Vayamos a hacer una corta visita a los gorilas —dijo.

Su teniente, una chima con gafas de mediana edad llamada Elsie, frunció el ceño y lo miró llena de dudas.

—Los robots gaseadores del enemigo a veces inundan de gas una zona sin motivo. Ocurre raramente, pero nosotros, los chimps, no podemos descansar tranquilos hasta que usted se halle de nuevo bajo tierra, sano y salvo.

Robert no tenía demasiadas ganas de volver a las cavernas, en especial ahora que Athaclena no estaría de regreso de su misión hasta unos días más tarde. Consultó la brújula y el mapa.

—Vamos, el refugio está a pocos kilómetros de nuestro camino. Y además, por lo que sé de vosotros, chimps del centro Howletts, seguro que estáis escondiendo a los gorilas en un lugar más seguro aún que las cuevas.

No se equivocaba, y Elsie lo sabía. Se llevó los dedos a la boca y emitió un rápido silbido. Los exploradores se apresuraron a cambiar de ruta y se dirigieron hacia el sudeste, saltando por las ramas más altas de los árboles.

A pesar de lo escarpado del terreno, Robert hizo la mayor parte del camino por tierra. No podía desplazarse descuidadamente por las delgadas ramas, kilómetro tras kilómetro, como los chimps. Los humanos no estaban especializados en ese tipo de desplazamiento.

Escalaron la pared de otro cañón que era apenas una hendidura en un monumental baluarte de piedra. Al pie del angosto desfiladero flotaban tenues jirones de niebla

irisada por las refracciones de la luz solar. Cuando el sol quedó a sus espaldas aparecieron repentinos arcos iris. Robert miró hacia abajo, hacia el banco de humedad flotante, y pudo ver su propia sombra rodeada de un halo de tres colores, como los que tenían los santos en la iconografía antigua.

Era la gloria... un término técnico inusualmente adecuado para designar un arco iris invertido de ciento ochenta grados, menos frecuente que sus primos terrestres que se arqueaban sobre cualquier paisaje mojado, elevando los corazones de los justos y los pecadores por igual.

*Si no fuera tan racional, pensó. Si no supiera lo que es, podría haberlo tomado por una señal.*

Suspiró. La aparición se disipó incluso antes de que se volviese para continuar la marcha.

Había ocasiones en las que Robert envidiaba a sus ancestros, que habían vivido en la oscura ignorancia hasta el siglo veintiuno y que parecían haber dedicado su vida a encontrar extrañas y barrocas explicaciones para llenar las grietas de su profunda ignorancia. En esas épocas uno podía creer en cualquier cosa.

Explicaciones simples y deliciosamente llenas de gracia de la conducta humana, cuya veracidad carecía de importancia, siempre que su sentido mágico fuese el adecuado. Abundaban las «ideologías de partido» y asombrosas teorías de conspiración. Uno podía incluso creer en su propia santidad, si lo deseaba. Nadie te demostraba con claras pruebas experimentales que no había respuesta fácil, ni alfombra mágica, ni piedra filosofal; sólo una sencilla y aburrida sensatez.

Vista retrospectivamente, qué corta parecía la Edad de Oro. No había transcurrido más que un siglo entre el final de la Oscuridad y el contacto con la sociedad galáctica. Durante casi cien años la guerra había sido un fenómeno desconocido en la Tierra.

*Y míranos ahora, pensó Robert. Me pregunto si el universo conspira contra nosotros. Por fin hemos crecido, hemos hecho la paz con nosotros mismos... y emergido para encontrar que las estrellas estaban ya ocupadas por monstruos y dementes.*

No, se corrigió. No todos eran monstruos. De hecho, la mayoría de clanes galácticos estaban formados por tipos bastante decentes, pero los fanáticos rara vez dejaban vivir en paz a las mayorías moderadas, ni en el pasado de la Tierra ni en el presente de las Cinco Galaxias.

*Tal vez las edades de oro no están hechas para durar.*

El sonido se propagaba de un modo extraño en aquellos confines estrechos y rocosos, entre la intrincada red de enredaderas nativas. Por un momento, mientras escalaban, le pareció que el mundo se había vuelto silencioso, como si las ondulantes franjas de niebla reluciente fueran copos de algodón que envolvieran y aislaran todos los sonidos. Pero al instante siguiente, Robert captó un retazo de conversación, unas

pocas palabras, y supo que algún extraño juego de la acústica le llevaba el murmullo de dos de sus exploradores que se encontraban a cientos de metros. Observó a los chimps. Esos soldados irregulares que unos meses atrás eran mineros, granjeros o trabajadores de estaciones ecológicas, todavía se mostraban nerviosos, pero cada día tenían más confianza, eran más duros y decididos.

*Y más fieros*, advirtió también Robert, viéndolos aparecer y desaparecer entre los árboles. Había algo fiero y salvaje en la manera en que se movían, con los ojos muy abiertos, al tiempo que saltaban de rama en rama. Rara vez necesitaban las palabras para expresarse. Un gruñido, un gesto rápido, una mueca eran a menudo más que suficientes.

Prescindiendo de los arcos, las flechas y la bolsa, hilada a mano, que utilizaban para guardar los proyectiles, los chimps iban desnudos. Los suaves atavíos de la civilización, como los zapatos y los tejidos de fabricación industrial, habían desaparecido, y con ellos algunas ilusiones.

Robert se miró a sí mismo, con las piernas desnudas, mocasines y mochila de soldado, arañado, mordido y endurecido día a día. Llevaba las uñas sucias. El pelo le había crecido tanto que no le permitía ver, de modo que simplemente lo había cortado por delante y se lo sujetaba por la nuca. La barba hacía ya tiempo que había dejado de picarle.

*Algunos ETs piensan que los humanos precisamos más Elevación, que somos poco más que animales.* Robert se colgó de una liana para pasar sobre unas plantas espinosas de aspecto siniestro, aterrizando con un hábil salto sobre un tronco caído. *Es una creencia muy extendida entre los galácticos. ¿Y quién soy yo para decir que están equivocados?*

En el grupo de cabeza se produjo un pequeño revuelo. Unas rápidas señas manuales se propagaron a través de los claros de los árboles, y sus acompañantes, los chimps directamente responsabilizados de su seguridad, le indicaron con gestos que se desviase hacia el lado oeste del cañón, resguardado del viento. Después de escalar unos cuantos metros más supo el porqué. En aquel húmedo ambiente, pudo distinguir el mohoso y dulzón olor del polvo de coerción, del metal corroído y de la muerte.

Pronto llegó a un punto desde el que se divisaba el pequeño valle y, al otro lado, una delgada cicatriz ya casi cubierta por nuevas capas de vegetación, que terminaba junto a un amasijo de maquinaria, en otro tiempo brillante, pero ahora totalmente chamuscada y rota.

Los chimps susurraron mientras los exploradores intercambiaban señales. Se aproximaron nerviosos y empezaron a examinar los restos mientras otros, con las armas en la mano, vigilaban el cielo. Robert creyó ver unos huesos blancos, ya pelados por la siempre hambrienta jungla, que destacaban entre los restos de los aparatos. Si hubiera intentado aproximarse, los chimps se lo hubieran impedido

físicamente, así que decidió esperar a que volviera Elsie con información.

—Llevaban exceso de carga —dijo ella, señalando la caja negra de la nave. Era evidente que la emoción le impedía seguir hablando—. Intentaban llevar demasiados humanos a Puerto Helenia, al día siguiente de que usaran por primera vez el gas toma-rehenes. Algunos estaban muy enfermos y ése era el único transporte que poseían. El aparato no pudo salvar ese pico de ahí arriba —señaló unas montañas hacia el sur envueltas en un manto de bruma—. Tiene que haber golpeado contra las rocas una docena de veces por lo menos para ir a caer tan lejos. ¿Debemos... debemos dejar aquí un par de chimps? ¿Algún... algún detalle funerario?

—No —Robert golpeó el suelo con el pie—. Que dejen una marca y lo señalen en el mapa. Ya le preguntaré a Athaclena si debemos fotografiarlo para usarlo como prueba. Mientras, dejemos que Garth tome de ellos lo que necesite. Yo...

Se dio vuelta. Los chimps no eran los únicos que no encontraban palabras adecuadas en aquel momento.

Con un gesto de la cabeza ordenó al grupo proseguir la marcha. Mientras continuaban el ascenso, los pensamientos de Robert se llenaron de ira. Tenía que haber una forma mucho más efectiva de dañar al enemigo que las que habían utilizado hasta el momento.

Unos días atrás, en una oscura noche sin luna, había contemplado cómo un grupo de doce chimps seleccionados atacó un campamento *gubru* cabalgando sobre el viento en un planeador de fabricación casera. Allí habían dejado caer nitroglicerina y bombas de gas, y escapado luego bajo la luz de las estrellas antes de que el enemigo supiese siquiera qué ocurría.

Hubo ruido y humo, tumulto y gritos confusos, pero no lograron conocer el resultado de la incursión.

Recordaba, empero, lo poco que le había gustado quedarse observando desde fuera. Él era un piloto preparado y estaba más cualificado que cualquiera de aquellos chimps de las montañas para una misión de aquel tipo.

Pero Athaclena había dado severas instrucciones que los chimps habían cumplido al pie de la letra. La vida de Robert era sagrada.

*Es culpa mía*, pensó mientras cruzaba un espeso soto. Al convertir a Athaclena en su consorte formal le había dado el estatus que necesitaba para dirigir aquella pequeña insurrección... pero también cierto grado de autoridad sobre él. Ya no podía hacer lo que le viniese en gana.

En cierta manera, ella era ahora su esposa. *Vaya matrimonio*, pensó. Athaclena seguía modificando su físico para parecer más humana, pero eso sólo conseguía recordarle lo que no podía hacer, cosa que frustraba a Robert.

No era de extrañar que los matrimonios entre especies distintas fuesen tan poco habituales.

*Me pregunto qué piensa Megan de estas noticias... ¿habrá conseguido nuestro mensajero llegar hasta ella?*

—Pssst.

Miró hacia la derecha. Elsie colgaba de una rama y señalaba montaña arriba, donde una abertura en la niebla dejaba a la vista unas altas nubes que se deslizaban, como botes con fondo de cristal, sobre capas de presión invisibles en el cielo azul intenso. Bajo las nubes se divisaba la falda de una montaña cubierta de árboles. De ella se elevaban pequeñas espirales de humo.

—El monte Fossey —anunció Elsie sucintamente.

Y Robert supo de inmediato por qué los chimps creían que aquél podía ser un lugar seguro... lo bastante seguro para sus preciados gorilas.

Junto al mar de Cilmar existían sólo unos cuantos volcanes semiactivos. Y, sin embargo, en las Montañas de Mulun había lugares en los que la tierra temblaba y, muy de tarde en tarde, brotaba lava. La cordillera estaba aún desarrollándose.

El monte Fossey silbaba. El vapor se condensaba en formas hirsutas y ondulantes sobre orificios geotermales donde humeaban unos estanques de agua caliente y, de modo intermitente, se elevaban en espumosos geiseres.

Las omnipresentes enredaderas de transferencia se reunían aquí procedentes de todas direcciones, retorciéndose como grandes cables mientras se encaramaban, serpenteantes, por los flancos del volcán medio dormido. Allí efectuaban sus intercambios, en oscuras y humeantes charcas donde los microelementos que se habían filtrado a través de los estrechos senderos de piedra caliente entraban a formar parte finalmente de la economía del bosque.

—Tendría que haberlo adivinado —rió Robert. Los *gubru* no podrían detectar nada en aquel lugar. Unos cuantos antropoides desnudos no destacarían en medio de todo aquel calor, espuma y mezcla química. Si alguna vez los invasores se acercaban a investigar, los gorilas y sus guardianes podían esconderse en las junglas circundantes y volver después de que se marcharan los intrusos—. ¿De quién fue la idea? —preguntó mientras se acercaban, avanzando bajo el espeso follaje del bosque. El olor de azufre se hacía más intenso.

—Se le ocurrió a la general —respondió Elsie.

*Comprendo.* Robert no tenía resentimiento. Los *tymbrimi* en general eran astutos, pero Athaclena era muy brillante y él sabía que su propia inteligencia no estaba muy por encima de la media humana, si es que la rebasaba.

—¿Por qué no se me dijo nada de esto?

—Hummm... —Elsie parecía incómoda—. Nunca lo preguntó, ser. Andaba usted ocupado con otros experimentos, descubriendo lo de las fibras ópticas y los aparatos de detección del enemigo. Y...

Su voz se fue apagando.

—¿Y? —insistió él.

—Y no estábamos seguros —se encogió de hombros— de que tarde o temprano no fuera atacado por el gas de coerción. De ser así, lo llevarían a la ciudad para recibir el antídoto y le harían preguntas, tal vez lo psi-interrogarían.

Robert cerró los ojos y los volvió a abrir.

—De acuerdo —asintió—. Por un momento creí que no confiabas en mí.

—¡Ser!

—No tiene importancia —una vez más Athaclena había sido lógica, había tomado la decisión acertada.

Quería pensar en ello lo menos posible.

—Vayamos a ver a los gorilas.

Estaban sentados en pequeños grupos familiares y se los podía distinguir a distancia: mayores, más oscuros y más peludos que sus primos neochimpancés. Sus enormes y cónicos rostros, negros como la obsidiana, tenían una expresión tranquila y concentrada mientras comían, se acicalaban unos a otros o se dedicaban a la principal tarea que se les había asignado, la de tejer ropa para la guerra.

Las lanzaderas corrían a través de los grandes telares de madera que sujetaban una trama hilada a mano, al ritmo de la grave canción que entonaban los enormes simios. El ruido de las lanzaderas y el bajo y átono gruñido, acompañaron a Robert y a su grupo hasta que llegaron al centro del refugio.

De vez en cuando, los tejedores soltaban la lanzadera para mover las manos a modo de conversación con un compañero. Robert conocía lo suficiente el lenguaje de las manos como para seguir parte de la charla, pero los gorilas parecían hablar un dialecto bastante distinto del que utilizaban los chimps pequeños. Era un lenguaje sencillo pero, a su modo, elegante, con un estilo totalmente propio.

Era evidente que no eran chimps aumentados de tamaño sino una raza completamente distinta, un camino diferente hacia la sapiencia.

Cada grupo de gorilas consistía en un cierto número de hembras adultas, sus pequeños, unos cuantos mozalbetes y un inmenso macho de espalda plateada. El patriarca siempre tenía el pelo gris sobre la columna vertebral y las costillas. La parte superior de la cabeza terminaba en pico y era imponente. La ingeniería de la Elevación había modificado el físico de los neogorilas, pero los enormes machos seguían usando al menos uno de los nudillos para caminar. El tórax y la cabeza eran demasiado pesados para que caminaran como bípedos.

En cambio, los gorilas cachorros se movían fácilmente en dos pies. Sus frentes eran lisas, redondeadas y sin esa pronunciada y huesuda pendiente que les conferiría más tarde ese aspecto engañosamente fiero. Robert encontraba interesante ver cómo se parecían los pequeños de las tres razas: gorilas, chimps y humanos. Sólo después aparecían esas notables diferencias hereditarias y de destino.

*Neotenia*, pensó Robert. Era una teoría clásica anterior al Contacto, que había resultado ser bastante cierta y que exponía que parte del secreto de la sapiencia residía en ser como niños el máximo de tiempo posible. Por ejemplo, los seres humanos conservaban la cara, la adaptabilidad y, cuando no se les obligaba a perderla, la insaciable curiosidad de los jóvenes antropoides hasta bien entrada la edad adulta.

¿Era este rasgo una casualidad? ¿Era lo que había permitido al presensitivo *Homo habilis* dar el salto, supuestamente imposible, de elevarse a sí mismo hasta alcanzar la inteligencia de los viajeros estelares por esfuerzo propio? ¿O se trataba de un regalo de esos seres misteriosos que algunos creían que habían manipulado los genes humanos, esos desaparecidos tutores de la Humanidad sobre los que tantas hipótesis se habían propuesto?

Todo aquello eran conjeturas, pero había una cosa clara. Otros mamíferos de la Tierra perdían después de la pubertad todo interés en aprender y en jugar, pero los humanos, los delfines y ahora, cada vez más a medida que se sucedían las generaciones, los neochimpancés, conservaban la fascinación que tenían de pequeños por el mundo. Algún día los gorilas adultos compartirían tal vez ese rasgo. Esos miembros de una tribu modificada eran ya más brillantes y seguían siendo curiosos durante más tiempo que sus parientes terrestres en barbecho. Algún día sus descendientes serían jóvenes a lo largo de toda su vida.

*Es decir, si los galácticos lo permitían.*

Los gorilas pequeños se movían libremente, metiendo las narices en todas partes. Nunca se les pegaba o castigaba; si alguna vez molestaban, se les daba un suave empujón acompañado de una palmadita y una vocalización de afecto. Al pasar junto a uno de los grupos, Robert vio a un macho de lomo plateado que montaba a una de las hembras entre los matorrales. Tenía tres jovencitos encaramados a la espalda, pero él los ignoraba con los ojos cerrados, acurrucándose y cumpliendo su deber para con la especie.

De entre el follaje aparecieron más infantes que daban volteretas ante Robert. De sus bocas colgaban tiras de cierto material plástico que mascaban hasta reblandecerlo. Dos de los pequeños lo miraban con algo de temor pero el tercero, menos tímido que los demás, lo saludó con las manos, haciendo signos impacientes y poco elaborados. Robert sonrió y lo cogió en brazos.

En la falda de la montaña, más arriba, por encima de los manantiales calientes envueltos en brumas, Robert vio otras figuras oscuras que se movían entre los árboles.

—Son machos jóvenes —explicó Elsie—. Y los demás son demasiado viejos como para ostentar el patriarcado. Antes de la invasión, los planificadores del centro Howletts intentaban decidir si debían intervenir o no en la estructura familiar. Es su



sistema, de acuerdo, pero resulta tan duro para los pobres machos... Dos años de placer y gloria y el resto de su vida solos —sacudió la cabeza—. Cuando llegaron los *gubru* aún no lo teníamos claro. Ahora quizá ya no tengamos nunca la oportunidad.

Robert no hizo ningún comentario. Detestaba los tratamientos restrictivos y además no estaba muy de acuerdo con lo que habían hecho los colegas de Elsie en el centro Howletts. Tomar una decisión de ese tipo hubiera sido arrogante y no creía que los resultados hubieran podido ser afortunados.

A medida que se acercaban a las termas, vio a varios chimps ocupados en diversas tareas. Uno examinaba la boca de un gorila que era seis veces mayor que él, con una herramienta dental en la mano. Otro enseñaba pacientemente el lenguaje de las manos a un grupo de diez gorilas pequeños.

—¿Cuántos chimps se encargan del cuidado de los gorilas?

—La doctora de Shriver, del centro, una docena de técnicos que trabajaban con ella, más unos veinte guardas y voluntarios de los poblados cercanos. Depende de la cantidad de gorilas que nos llevamos para que ayuden en la guerra.

—Y ¿cómo los alimentan? —preguntó Robert mientras descendían hacia los bancos de una de las termas.

Algunos de los chimps de su grupo, que habían llegado un poco antes que él, estaban allí instalados bebiendo tazas de humeante caldo. En una cueva cercana habían instalado un almacén improvisado y de él salían trabajadores residentes vestidos con delantales, que llenaban más tazas con unos cucharones.

—Es un problema —asintió Elsie—. Los gorilas tienen digestiones muy delicadas y resulta difícil encontrarles una alimentación equilibrada. Incluso en las junglas reconstruidas de África, un gran «lomo plateado» necesita dos kilos y medio de vegetales, frutas e insectos al día. Los gorilas tienen que moverse mucho para conseguir esa cantidad de alimentos y eso nosotros no podemos permitirselo.

Robert descendió por las húmedas piedras y dejó al pequeño gorila en el suelo. Éste correteó hacia el borde del agua, mascando aún su chafada tira de plástico.

—Parece bastante complicado.

—Sí. El año pasado, por suerte, el doctor Schultz resolvió el problema. Me alegro de que tuviera esa satisfacción antes de morir.

Robert se quitó los mocasines. El agua parecía caliente. Metió las puntas de los dedos y las retiró en seguida.

—¡Ay! ¿Cómo lo hizo?

—Perdón, ¿cómo dice?

—¿Cuál fue la solución de Schultz?

—La microbiología, ser —levantó la vista de repente, con los ojos brillantes—. Ah, ahí vienen con nuestra sopa.

Robert aceptó la taza que le sirvió una chima, cuyo delantal parecía haber sido

tejido en los telares de los gorilas. Andaba un poco coja y Robert se preguntó si habría resultado herida en algún enfrentamiento con el enemigo.

—Gracias —dijo apreciando el aroma. No se había dado cuenta del hambre que tenía—. Elsie, ¿qué quieres decir con microbiología?

—Bacterias intestinales —bebía con delicadeza—. Simbiontes. Todos los tenemos. Organismos diminutos que habitan en nuestras tripas y en nuestras bocas. La mayoría son compañeros inofensivos. Nos ayudan a digerir la comida a cambio de un viaje gratis.

—Ah —Robert por supuesto sabía lo que eran los bio-simbiontes. Todos los niños en edad escolar lo sabían.

—El doctor Schultz se las ingenió para encontrar una serie de bichos que ayudan a los gorilas a comer y a disfrutar de una buena parte de la vegetación nativa de Garth. Esos animalillos...

Fue interrumpida por un grito muy agudo, del todo diferente a los tonos que los simios podían emitir.

—¡Robert! —exclamó la voz chillona.

—Abril —Robert sonrió—. La pequeña Abril Wu. ¿Cómo estás, preciosa?

La pequeña estaba vestida como Sheena, la niña de la selva. Iba montada en el hombro izquierdo de un gorila macho adolescente cuyos oscuros ojos estaban llenos de ternura y paciencia. Abril se inclinó hacia adelante e hizo una serie de signos con las manos. El gorila le soltó las piernas y ella se puso de pie sobre sus hombros, sujetándose a la cabeza para mantener el equilibrio. Su guardián permanecía impasible.

—¡Cógeme, Robert!

El muchacho se apresuró a ponerse de pie. Antes de que midiera decir nada, ella saltó hacia adelante, un torbellino bronceado por el sol con una rubia cabellera, y él la agarró en el aire. Durante unos instantes, hasta que la tuvo asida firmemente, su corazón latió más deprisa que cuando luchaba contra el enemigo o escalaba montañas.

Sabía que la pequeña permanecía en las montañas con los gorilas. Para su pesar, advirtió lo atareado que había estado desde que se recuperó de su accidente. Tan atareado que no había pensado más en aquella niña, el otro humano libre que había en las montañas.

—Hola, calabacita, ¿cómo te va? ¿Cuidas de los gorilas?

—Tengo que cuidar de los rilas —asintió con seriedad—. Tenemos que hacerlo, Robert, porque sólo estamos nosotros.

Robert la abrazó con fuerza. En aquel momento se sintió terrible y repentinamente solo. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba compañía humana.

—Sí, aquí arriba sólo estamos tú y yo —le dijo en voz baja.

—Tú y yo y la *tymbimi* Athaclena —le recordó la niña.

—¿Obedeces en todo a la doctora de Shriver? —la miró a los ojos.

—La doctora de Shriver es muy amable —asintió ella—. Dice que tal vez pronto pueda ir a ver a papá y mamá.

Robert se sobresaltó. Tendría que hablar con de Shriver acerca de la desilusión que se llevaría la niña. Seguramente no podía soportar decirle a la pequeña humana la verdad: que tendría que quedarse a su cuidado aún mucho tiempo más. Mandarla a Puerto Helenia significaría revelar el secreto de los gorilas, algo que incluso Athaclena estaba decidida a evitar.

—Déjame ahí, Robert —le pidió Abril con una dulce sonrisa.

Señalaba una roca plana donde el gorila pequeño hacía cabriolas. Los chimps del grupo de Robert reían indulgentemente de las payasadas del pequeño. El tono satisfecho y complacido de sus voces era algo que Robert comprendía muy bien. Era natural que una raza pupila muy joven se sintiera de ese modo con respecto a una raza aún más joven. Los chimps eran muy paternos con los gorilas.

Robert también se sentía como un padre, pero un padre que tiene una desagradable tarea por delante: la de comunicarles a sus hijos que el cachorro no se quedará mucho tiempo con ellos.

Llevó a la pequeña Abril al otro banco y la sentó. La temperatura del agua era allí mucho más soportable. En realidad, era muy placentera. Se quitó los mocasines, sumergió los pies y empezó a mover los dedos en aquella estimulante calidez.

Abril y el bebé gorila flanqueaban a Robert, con los codos apoyados sobre las rodillas. Elsie también se sentó junto a ellos. Fue una breve y apacible escena. Si por arte de magia hubiera aparecido un neodelfín en el agua, mirándolos de reojo con una amplia sonrisa, aquella imagen hubiera podido ser una buena foto familiar.

—¡Eh! ¿Qué tienes en la boca? —alargó las manos para coger al pequeño gorila pero éste se puso en seguida fuera de su alcance. Lo miraba con ojos grandes y curiosos.

—¿Qué es eso que masca? —le preguntó a Elsie.

—Es como una tira de plástico. Pero... ¿de dónde ha salido? Se supone que no puede haber nada aquí que no esté manufacturado en Garth.

—No está hecho en Garth —dijo alguien, y todos levantaron la cabeza. Era la chima que les había servido la sopa. Sonrió y se secó las manos en el delantal antes de agacharse a coger al bebé gorila. Éste soltó el plástico sin protestar—. Todos los pequeños mascan estas tiras. Son inocuas y estamos completamente seguros de que no hay nada en ellas que grite «terráqueo» a los detectores *gubru*.

—¿Cómo podéis estar tan seguros? —Robert y Elsie intercambiaron una mirada de perplejidad—. ¿Qué material es ése?

Ella jugaba con el pequeño simio moviendo la tira ante su cara hasta que él se la quitó y volvió a metérsela en la boca.

—Sus padres trajeron fragmentos de eso cuando regresaron de nuestra primera emboscada con éxito, en el centro Howletts. Dicen que «huele bien» y ahora todos los críos se dedican a mascarlos. Es superfibra de plástico de los vehículos de guerra *gubru* —sonrió a Elsie y a Robert—. Ya saben, ese material que impide el paso de las balas.

Robert y Elsie estaban asombrados.

—Eh, Kongie, a ver qué te parece esto —la chima acariciaba al pequeño gorila—. Tú, cosita inteligente, sí, tú. Ya que te gusta mascar planchas de blindaje, ¿qué te parecería enfrentarte la próxima vez con algo realmente sabroso? Digamos una ciudad, una cosa sencillita, como Nueva York, por ejemplo.

El bebé se quitó de la boca el desgarrado y mojado trozo de plástico y bostezó, mostrando una serie de afilados y brillantes dientes.

—¿Saben? —sonrió la chima—. Creo que a Kongie le ha gustado la idea.

## FIBEN

—Ahora estate quieta —le dijo Fiben a Gaillet mientras le desenredaba el pelo con los dedos.

Las palabras sobraban porque, aunque Gaillet estaba de espaldas a él, Fiben podía imaginar la momentánea expresión de regocijo beatífico de su rostro mientras él la acicalaba. Cuando estaba así, tranquila, relajada, feliz y disfrutando del sencillo placer táctil, su semblante austero se llenaba de un brillo que transformaba por completo sus rasgos un tanto vulgares.

Por desgracia, la paz no duró más que un minuto. Fiben vislumbró algo que se movía velozmente y se apresuró a cogerlo antes de que desapareciese entre su fino pelo.

—¡Ay! —gritó ella cuando Fiben le pellizcó la piel para asir al piojo que se retorció. Sus cadenas tintinearón cuando golpeó el suelo con un pie—. ¿Qué haces?

—Estoy comiendo —murmuró al tiempo que aplastaba al bicho que trataba de escapar entre los dientes.

—Es mentira —dijo ella con un tono de voz poco convencido.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—No importa —se estremeció—. Continúa con lo que estabas haciendo.

Escupió contrariado el piojo muerto porque, aunque sus capturadores ya los habían alimentado, probablemente podría haber sacado provecho de aquella proteína. En los cientos de veces que había practicado el acicalamiento mutuo con otros chimps —amigos, compañeros de clase, la familia Throop en la isla Cilmar— nunca había sido tan consciente de los objetivos originales de aquel ritual de librar a otro chimp de parásitos, heredado de la jungla hacía tanto tiempo. Esperaba que Gaillet no fuera demasiado remilgada y se lo hiciera también a él.

Después de dormir durante dos semanas en un colchón de paja empezaba a sentir horribles picores.

Le dolían los brazos. Para llegar a Gaillet tenía que estirarse ya que estaban encadenados en dos puntos distintos de la habitación y apenas lograba acercarse lo suficiente.

—Bueno —dijo—. Ya casi he terminado, al menos con las partes que estás dispuesta a mostrarme. No puedo creer que la chima que me dijo rosa hace un par de meses sea tan púdica en lo que respecta a la desnudez.

Gaillet hizo un gesto de desdén y ni siquiera se dignó contestar. El día anterior había mostrado gran alegría al verlo, cuando los chimps traidores lo habían trasladado desde su primitivo lugar de confinamiento. Tantos días de soledad en la cárcel habían

hecho que se sintieran como dos hermanos que se reencontraban después de mucho tiempo. Ahora, sin embargo, ella parecía volver a reprochar a Fiben todo lo que decía.

—Un poquito más —le instó ella—. Hacia la izquierda.

—Siempre quejándote —murmuró Fiben entre dientes, pero obedeciéndola.

Los chimps necesitaban tocar y ser tocados mucho más que los tutores humanos, que a veces se cogían en público de las manos, pero nada más. A Fiben le parecía agradable tener a alguien a quien acicalar después de tanto tiempo, y hacerlo era casi tan placentero como que se lo hicieran a uno.

En sus épocas de estudiante había leído que antiguamente los humanos limitaban las caricias de persona a persona a sus compañeros sexuales. En épocas oscuras había padres que incluso evitaban abrazar a sus hijos. Esos primitivos nunca se dedicaban a nada que se pareciese al acicalamiento mutuo: rascarse, peinarse o darse masajes uno al otro, sólo por el placer del contacto, sin ninguna implicación sexual.

Para su asombro, una breve visita a la Biblioteca había confirmado aquellos calumniosos rumores. Ninguna anécdota histórica había hecho comprender a Fiben tan bien la ignorancia y demencia que los pobres mascos y fems humanos habían sufrido. En cierta manera, le ayudó a perdonarlos cuando más tarde vio fotos de zoológicos, circos y trofeos de «caza» de las viejas épocas.

El tintineo de unas llaves lo distrajo de sus pensamientos. La anticuada puerta de madera se abrió. Alguien dio un golpe y entró en la celda.

Era la chima que les había llevado la cena. Desde que lo habían trasladado a aquella celda, Fiben no le había preguntado aún cómo se llamaba, pero su rostro en forma de corazón era sorprendente y, en cierto modo, familiar.

Vestía un traje con cremallera como los de la banda de marginales que trabajaban para los *gubru*. El traje estaba sujeto por bandas elásticas a las muñecas y a los tobillos, y llevaba además un brazal con una holo-imagen de las garras de un pájaro que penetraban varios centímetros en el espacio.

—Va a venir alguien a veros a ambos —les dijo la hembra margi en voz baja y suave—. Pensé que os gustaría saberlo con tiempo para prepararos.

—Gracias —asintió Gaillet con frialdad y casi sin mirar a la chima.

Pero Fiben, a pesar de las circunstancias, contempló el contoneo de su carcelera cuando ésta se dio vuelta y salió de la reída.

—¡Malditos traidores! —murmuró Gaillet tirando de sus delgadas cadenas hasta hacerlas tintinear—. Oh, hay veces en que me gustaría ser un chimp. Yo... yo... —Fiben levantó la vista al techo y suspiró—. ¿Qué? —Gaillet se volvió con esfuerzo para mirarlo—. ¿Tienes algo que decir?

—Sí —Fiben se encogió de hombros—. Si fueras un chimp podrías romper esa fina cadenita. Pero claro, si fueras un chimp macho no hubieran utilizado algo así,

¿verdad?

Levantó los brazos todo lo que pudo, apenas lo suficiente para que ella pudiera verlos. Los eslabones rechinaron. Su muñeca herida acusó el rozamiento y dejó caer las manos.

—Supongo que hay otras razones por las que desearía ser un macho —apuntó una voz desde la puerta.

Fiben miró allí y vio al marginal llamado Puño de Hierro, el líder de los desertores. El chimp sonrió de modo teatral, curvando una de las puntas de su engominado bigote, una afectación de la que Fiben empezaba a estar harto.

—Lo siento, tíos, no pude evitar oír lo último que dijisteis.

—¿Así que estabas escuchando? —Gaillet frunció el labio superior con desdén—. No me extraña. Eso sólo significa que además de ser un traidor te dedicas a escuchar detrás de las puertas.

—Tal vez también me gustaría ser *voyeur* —el musculoso chimp sonrió—. ¿Por qué no os encadeno juntos? Eso sería sumamente divertido, con lo mucho que os gustáis. Gaillet soltó un bufido y se alejó significativamente de Fiben, arrastrando los pies hacia el otro muro. Fiben se negó a darle a aquel tipo el placer de una respuesta, pero le sostuvo la mirada con firmeza.

—En realidad —continuó el marginal en un tono abstraído—, es bastante comprensible que una chima como tú quiera ser un chimp. En especial, con ese carnet blanco que tienes. Demonios, un carnet blanco en una chica es casi un desperdicio. Lo que me parece difícil de entender —Puño de Hierro se dirigía ahora a Fiben—, es por qué vosotros dos habéis hecho lo que habéis hecho: corretear por ahí jugando a los soldados para ayudar a los humanos. Es difícil de entender. Tú con carnet azul, ella con carnet blanco. ¡Vaya! Cuando podríais hacerlo cada vez que ella estuviera rosa, sin píldoras, sin preguntar a los guardianes, sin el visto bueno del Cuadro de Elevación. Todos los niños que quisierais y cuando quisierais.

—Eres asqueroso —Gaillet le dedicó una gélida mirada.

Puño de Hierro se sonrojó, algo muy evidente en sus pálidas y afeitadas mejillas.

—¿Por qué? ¿Porque me fascina lo que me ha sido negado, lo que no puedo tener?

—Más bien lo que no puedes hacer —gruñó Fiben.

El rubor de su rostro se intensificó. Puño de Hierro sabía que sus sentimientos lo traicionaban. Se inclinó para que su cara estuviera al mismo nivel que la de Fiben.

—No cedas, amigo estudiante. Quién sabe lo que serás capaz de hacer después de que hayamos decidido tu destino —sonrió.

—¿Sabes? —Fiben arrugó la nariz—. En un chimp, el color del carnet no lo es todo. Tu, por ejemplo, podrías conseguir más chicas si te acostumbraras a lavarte los dientes de vez en...

Un puño le golpeó el abdomen y se dobló gruñendo. *Tú te lo has buscado*, se dijo Fiben al tiempo que su estómago se convulsionaba y luchaba por recobrar el aliento. Sin embargo, por el rostro del traidor supo que había dado en el blanco. La expresión de Puño de Hierro no dejaba lugar a dudas.

Fiben buscó los ojos de Gaillet y vio la preocupación reflejada en ellos, pero en seguida se convirtió en enojo.

—¿Queréis parar? Sois como niños, como presensitivos.

—¿Y tú qué sabes de esto? ¿Eh? ¿Eres acaso una experta? ¿Miembro tal vez del maldito Cuadro de Elevación? ¿Ya has sido madre?

—Soy estudiante de sociología galáctica —dijo Gaillet muy digna.

—Un título dado como recompensa a un mono inteligente —Puño de Hierro rió con amargura—. ¡Debes de haber hecho maravillas en el gimnasio de la jungla para que te den tu diploma de piel de cordero modelo, real como la vida misma! ¿Todavía no te has dado cuenta, señoritinga? —se inclinó hacia ella—. Permíteme que lo diga por ti: ¡somos todos unos malditos presensitivos! ¡Adelante! Niégalo. Dime que estoy equivocado.

Esta vez le tocó a Gaillet sonrojarse. Miró a Fiben y éste supo que ella estaba recordando la tarde en que pasearon por Puerto Helenia y desde lo alto de la torre del reloj divisaron el campus universitario desierto de humanos y ocupado por alumnos y personal docente chimp, que actuaban como si nada hubiera cambiado. Con seguridad recordaría lo amargo que había resultado contemplar aquella escena tal como lo habría hecho un galáctico.

—Soy un ser sapiente —murmuró, intentando que su voz reflejase convicción.

—Sí —se burló Puño de Hierro—. Lo que quieres decir es que estás un poco más cerca que el resto de nosotros de lo que el Cuadro de Elevación define como el ideal de los neochimps. Más cerca de lo que ellos creen que debemos estar. Pero, dime una cosa. ¿Y si te embarcas en un viaje espacial hacia la Tierra y resulta que el capitán da un giro equivocado en el nivel-D del hiperespacio y llegas dentro de doscientos años? ¿Qué crees que le iba a pasar entonces a tu precioso carnet blanco? *Sic transit gloria mundi* —Puño de Hierro chasqueó los dedos y Gaillet desvió la mirada.

»Serías una reliquia, algo obsoleto, una fase superada mucho tiempo atrás en el avance implacable de la Elevación —rió y extendió las manos para tomarla de la barbilla y hacer que le mirara a los ojos—. Serías una marginal, muñeca.

Fiben se abalanzó hacia adelante pero las cadenas eran muy cortas y el fuerte tirón le lastimó la muñeca derecha, aunque apenas lo notó debido a su enojo. Estaba tan lleno de ira que no podía hablar. Mientras gruñía al otro chimp se dio cuenta de que a Gaillet le ocurría lo mismo. Lo más exasperante de todo era que aquel bastardo tenía razón.

Puño de Hierro miró a Fiben a los ojos unos instantes antes de soltar a Gaillet.



—Hace cien años —prosiguió—, yo hubiese sido algo especial. Habrían perdonado e ignorado mis pequeñas «peculiaridades y desventajas». Me hubiesen dado un carnet blanco por mis habilidades y mi fuerza. Es el Tiempo el que decide, mis queridos chimp y chima. Todo depende de la generación en la que se ha nacido. ¿O no? —Puño de Hierro se puso de pie y sonrió—. Quizá dependa también de quiénes sean vuestros tutores. Si cambian las reglas, si cambia la imagen del futuro *Pan sapiens* ideal, bueno... —separó las manos dejando sus conclusiones en el aire. Gaillet fue la primera en recobrar el habla.

—En realidad... esperas que... los *gubru*...

—Los tiempos están cambiando, queridos —Puño de Hierro se encogió de hombros—. Es posible que llegue a tener más nietos que cualquiera de vosotros.

Fiben encontró finalmente el modo de dominar la rabia que lo incapacitaba y de recuperar la voz. Empezó a reírse a carcajadas.

—¿Sí? —le preguntó riendo—. Bueno, primero tendrás que solucionar el otro problema, chico. ¿Cómo quieres transmitir tus genes si ni siquiera se te levanta para...?

Esta vez fue el pie descalzo de Puño de Hierro el que le propinó una patada. Fiben estaba más prevenido y giró hacia un lado para recibir el puntapié de canto. Pero a éste le siguió una monótona lluvia de golpes.

Sin embargo, no hubo más palabras y una rápida mirada le indicó a Fiben que esta vez le tocaba a Puño de Hierro quedarse con la lengua trabada. De su boca repleta de espuma surgían graves sonidos. Por fin, invadido por la frustración, el chimp dejó de patear a Fiben, giró sobre sus talones y salió de estampida.

La chima de las llaves contempló cómo se iba. Permanecía junto a la puerta, sin saber muy bien qué hacer.

Fiben gruñó.

—Uf —dijo un respingo al tiempo que se llevaba las manos a las costillas. No parecía tener ninguna rota—. Al menos Simón Legree no fue capaz de salir de escena de una manera graciosa. Yo casi esperaba que dijese: «Esperadme, que volveré» o algo igualmente original.

—¿Qué ganas con incordiarlo? —preguntó Gaillet.

—Tengo mis motivos —Fiben se encogió de hombros.

Se sentó apoyando con cuidado la espalda en la pared. La chima del llamativo traje con cremallera lo observaba pero, cuando sus miradas se encontraron, parpadeó y salió a toda prisa, cerrando la puerta a sus espaldas.

Fiben alzó la cabeza e inhaló profundamente por la nariz repetidas veces.

—Y ahora ¿qué haces? —dijo Gaillet.

—Nada —sacudió la cabeza—. Sólo pasar el tiempo.

Cuando volvió a mirarla, Gaillet se había vuelto de espaldas. Parecía llorar.

*Vaya sorpresa*, pensó Fiben. Seguro que para ella no era tan divertido estar prisionera como lo había sido encabezar la rebelión. Por lo que los dos sabían, la Resistencia estaba vencida, terminada, *kaput*. Y no tenían motivos para pensar que en las montañas hubiera ido mejor. Athaclena, Robert y Benjamín tal vez habrían muerto o estarían prisioneros. Puerto Helenia seguía bajo el mando de los pájaros y los traidores.

—No te preocupes —le dijo, intentando animarla—. ¿Sabes qué dicen acerca del test de sapiencia más auténtico? ¿Nunca has oído hablar de él? Es el que superan los chimps cuando están abatidos.

Gaillet se secó las lágrimas y volvió la cabeza para mirarlo.

—Oh, cállate —le dijo.

*Vale*, admitió para sí Fiben. *Es un chiste viejo pero merecía la pena intentarlo.*

Ella le hizo una seña para que se pusiera de espaldas.

—Vamos, ahora te toca a ti... Tal vez... —sonrió débilmente, como si no estuviera segura de contar ella también un chiste—, tal vez yo también encuentre algo que comer.

Fiben sonrió y, arrastrando los pies, tiró de las cadenas hasta que su espalda estuvo lo más cerca posible de ella, sin importarle el dolor que le producían sus heridas. Sintió las manos de Gaillet recorriendo su enmarañado pelo y puso los ojos en blanco.

—Ah, ah —suspiró.

Un carcelero distinto les llevó el almuerzo: una aguada sopa y dos rebanadas de pan. Este macho margi no poseía en absoluto la labia de Puño de Hierro. Es más, parecía tener problemas con las frases más simples y soltó un bufido cuando Fiben trató de alejarlo. Su mejilla izquierda estaba en continuo movimiento por culpa de un tic nervioso, y Gaillet le susurró a Fiben que no le gustaba el brillo fiero de los ojos del chimp.

—Cuéntame cosas de la Tierra —Fiben intentaba distraerla—. ¿Cómo es?

—¿Qué quieres que te cuente? —Gaillet mojaba una corteza de pan en los últimos restos de sopa—. Todo el mundo sabe cómo es la Tierra.

—Sí, por los vídeos y cubo-libros de viajes, claro, pero no por experiencias personales. Tú fuiste de pequeña con tus padres, ¿verdad? ¿Es allí dónde hiciste el doctorado?

—Sí —asintió—. En la Universidad de Yakarta.

—Y después ¿qué?

—Después solicité un puesto en el Centro Terragens de Estudios Galácticos en La Paz —su mirada era distante.

Fiben había oído hablar de aquel sitio. Muchos de los diplomados, emisarios y

agentes de la Tierra se preparaban allí, aprendiendo cómo pensaban y actuaban las antiguas culturas de las Cinco Galaxias. Era algo crucial para que los líderes pudiesen planear la irrupción de las tres razas terrestres en un universo peligroso. Buena parte del destino del clan lobezno dependía de los graduados en el CEG.

—Me impresiona el solo hecho de que hicieras la solicitud —dijo él—. ¿Te... quiero decir, aprobaste?

—Yo... estuve a punto. Me calificué. Si hubiese tenido una puntuación un poco mejor no hubiesen tenido reparos en aceptarme —era obvio que los recuerdos le resultaban dolorosos. Parecía molesta, como si quisiera cambiar de tema. Gaillet sacudió la cabeza—. Entonces me dijeron que ellos preferían que regresase aquí, a Garth. Que debía dedicarme a la enseñanza. Dijeron que resultaría más útil aquí.

—¿Ellos? ¿De qué «ellos» me hablas?

Gaillet pellizcó nerviosamente la piel que tenía entre los dedos. En seguida se dio cuenta de lo que hacía y puso ambas manos en su regazo.

—El Cuadro de Elevación —respondió en voz baja.

—Pero ¿qué tienen que decir sobre dedicarse a la enseñanza y otras profesiones de influencia?

—Tienen mucho que decir, Fiben —lo miró—, porque creen que el progreso genético de un neochimp o un neodelfín es muy comprometido. Pueden evitar, por ejemplo, que te conviertas en un astronauta ya que temen que tu precioso plasma pueda sufrir radiaciones. O pueden prohibirte que te conviertas en químico por temor a que se produzcan en ti mutaciones inesperadas —cogió un pedazo de paja y lo retorció despacio entre los dedos—. Sí, tenemos más derechos que las otras jóvenes razas pupilas, eso ya lo sé. Lo tengo constantemente presente.

—Pero decidieron que tus genes eran necesarios en Garth —aventuró Fiben en voz baja.

—Es el sistema de puntuaciones —asintió ella—. Si hubiera tenido mejores notas en el examen del CEG no habría habido problema. Unos pocos chimps consiguen entrar. Pero yo estaba en el límite y me dieron ese maldito carnet blanco, como si fuera un premio de consolación, y me mandaron de regreso a mi planeta nativo, al pobre y viejo Garth. Parece que mi razón de ser son los niños que tendré. Todo lo demás es incidental. Demonios, he estado transgrediendo la ley los últimos meses, arriesgando mi vida y mis entrañas en esta rebelión. Incluso aunque hubiéramos ganado, una remota posibilidad, habría recibido una gran medalla de la TAASF y hasta quizá grandes honores militares, pero eso no habría tenido ninguna importancia. Cuando hubiese terminado toda la fanfarria, el Cuadro de Elevación me habría encarcelado.

—Oh —suspiró Fiben—. ¿Pero todavía no has tenido... no has...?

—Procreado ¿quieres decir? Buena observación. Una de las pocas ventajas de ser

una hembra con carnet blanco es que puedes escoger para padre a quien quieras con carnet azul o con una categoría superior, y elegir también el momento de tener el hijo, siempre y cuando tengas al menos tres descendientes antes de cumplir treinta años. ¡Ni siquiera necesito criarlos! —volvió a sonreír con amargura—. La mitad de los grupos familiares de chimps de Garth se afeitarían todo el pelo para poder adoptar a uno de mis hijos.

*Presenta la situación como si fuera horrible, pensó Fiben, y sin embargo, no debe de haber ni veinte chimps en Garth que estén tan bien considerados por el Cuadro de Elevación. Para un miembro de una raza pupila es el más alto honor.*

No obstante, creía comprenderla. Había regresado a Garth sabiendo una cosa: que no importaba lo brillante que fuera su carrera, lo grandes que fuesen sus logros; lo más valioso seguirían siendo sus ovarios, sus dolorosas y agresivas visitas al banco de plasma serían cada vez más frecuentes, y sólo le ocasionaría más presiones para llevar a término un embarazo en sus propias entrañas.

Las invitaciones para entrar a formar parte de un grupo familiar debían de surgirle de un modo automático, muy fácil. Demasiado fácil. Nunca tendría modo de saber si la querían por sí misma. Los pretendientes solitarios la desearían por el estatus derivado de ser el padre de su hijo.

Y además, estaban los celos. Los chimps no eran muy sutiles a la hora de esconder sus sentimientos, sobre todo la envidia. Muchos debían de ser muy mezquinos.

—Puño de Hierro tenía razón —dijo Gaillet—. Para un chimp tiene que ser diferente. Para un chimp macho un carnet blanco puede ser divertido, evidentemente. Pero ¿para una chima? ¿Para una que tenga ambición de ser algo por sí misma?

—Yo... —Fiben intentaba encontrar algo que decir, pero de momento todo lo que podía hacer era permanecer allí sentado, con la mente embotada y sintiéndose estúpido. Tal vez, algún día, sus requetetataranietos serían lo suficiente listos como para utilizar las palabras adecuadas, para saber cómo confortar a alguien que ha llegado a un punto de amargura tal que ya no quiere ni que lo consuelen.

Ese neochimp elevado de un modo más completo, después de unas cuantas generaciones más en la cadena de Elevación, quizá sería lo bastante inteligente, pero Fiben sabía que él no lo era. Era sólo un simio.

—Hummm —se aclaró la garganta—. Recuerdo una vez, en la isla Cilmar..., debió de ser antes de que volvieras a Garth. Veamos ¿fue hace diez años? Por Ifni, creo que yo estaba en primero... —suspiró—. Bueno, es igual. Aquel año toda la isla se conmocionó con la llegada de Igor Patterson, que vino para dar una conferencia y actuar.

—¿Igor Patterson? ¿El percusionista? —Gaillet levantó un poco la cabeza.

—Claro —asintió Fiben—. ¿Has oído hablar de él?

—¿Y quién no? —sonrió con presunción—. Es... —Gaillet separó las manos y las dejó caer con las palmas hacia arriba—. Es maravilloso.

Eso lo resumía perfectamente, ya que Igor Patterson era el mejor.

La danza del trueno era sólo uno de los aspectos del romance amoroso de los neochimpancés con el ritmo.

La percusión era una de sus formas de música favoritas, desde los exóticos terrenos de cultivo en Kermes hasta las refinadas torres de la Tierra. Incluso en las primeras épocas, cuando los chimps se veían obligados a llevar pantallas con teclados colgadas del pecho para poder hablar, ya eran unos fanáticos del ritmo.

Y, sin embargo, todos los grandes percusionistas de la Tierra y las colonias eran humanos. Hasta que surgió Igor Patterson.

Fue el primero, el primer chimp con una magnífica coordinación de los dedos, un delicado sentido del ritmo y un total atrevimiento que lo equiparaba con los mejores. Escuchar a Patterson tocar «El destello del choque cerámico» no era únicamente una experiencia placentera: los chimps se sentían invadidos por el orgullo. Para muchos, su mera existencia significaba que los chimps no sólo estaban alcanzando lo que el Cuadro de Elevación quería de ellos sino que además estaban logrando lo que ellos querían ser.

—La Fundación Cártter lo mandó de gira por las colonias —prosiguió Fiben—. En parte fue un gesto de buena voluntad hacia todas las comunidades alejadas de chimps. Y, por supuesto, también fue para repartir un poco de esperanza.

Gaillet soltó un bufido ante lo obvio de las palabras del chimp. Patterson tenía carnet blanco, por supuesto.

Los chimps miembros del Cuadro de Elevación debían de haber insistido, aunque no se hubiera tratado del espécimen de neochimp más encantador, inteligente y atractivo que alguien deseara conocer.

Fiben supuso en qué otra cosa estaban pensando Gaillet. Para un macho, la posesión del carnet blanco no era un problema, era una fiesta.

—Claro —dijo ella, y Fiben creyó advertir algo de envidia en su tono de voz.

—Bueno, tendrías que haber estado allí cuando apareció para dar el concierto. Yo fui uno de los afortunados. Mi asiento era lateral y más bien alejado, y esa noche tenía un catarro terrible. Fue una gran suerte.

—¿Qué? —le preguntó Gaillet cejijunta—. ¿Qué tiene eso que ver con...? ¡Oh! —lo miró con gesto altivo—. Comprendo.

—Supongo que sí. El aire acondicionado estaba muy fuerte, pero me dijeron que aun así el olor era irresistible. Tuve que permanecer allí sentado, temblando bajo los acondicionadores de aire. Casi me muero.

—¿Quieres no divagar más? —los labios de Gaillet eran una delgada línea.

—Bueno, como sin duda habrás adivinado, casi todas las chimas con carnet verde

o azul de la isla que estaban en celo parecía que habían conseguido localidades para el concierto. Ninguna de ellas llevaba desodorante. En general, asistían al espectáculo con el total beneplácito de los maridos de su grupo, con los labios pintados en llamativos tonos rosados sólo por si se presentaba la remota posibilidad...

—Me imagino la escena —dijo Gaillet, y durante un instante Fiben se preguntó si no reprimía una débil sonrisa. De ser así, era apenas un destello momentáneo en su seria expresión—. Y entonces ¿qué ocurrió?

—¿Qué esperabas que ocurriese? —Fiben bostezó y se desperezó—. Un gran alboroto, por supuesto.

—¿En serio? ¿En la Universidad? —lo miraba boquiabierta.

—Tan cierto como que estoy aquí sentado.

—Pero...

—Bueno, al principio todo iba bien. El viejo Igor estaba haciendo honor a su fama, en verdad. El público estaba cada vez más excitado. Incluso la banda que lo acompañaba parecía notarlo. Y luego las cosas se descontrolaron.

—Pero...

—¿Te acuerdas del profesor Olfving, del Departamento de Tradiciones Terragens? Ya sabes, ese chimp ya mayor que usaba monóculo y que en sus ratos libres solía cabildear para conseguir una ley de monogamia para los chimps ante la legislatura.

—Sí, lo conozco —asintió con los ojos como platos.

Fiben hizo un gesto con las dos manos.

—¡No! ¿En público? ¿El profesor Olfving?

—Ante el decano de la escuela de Nutrición, ni más ni menos.

Gaillet soltó un agudo sonido. Se dio media vuelta con las manos en el pecho. Parecía sufrir un repentino ataque de hipo.

—Naturalmente, la esposa de Olfving después lo perdonó. Si no lo hacía se lo arrebatava un grupo de diez chimas, las cuales habían afirmado que estaban encantadas con su estilo.

Gaillet se golpeaba el pecho, tosiendo. Se alejó un poco más de Fiben, sacudiendo la cabeza con energía.

—Pobre Igor Patterson —prosiguió Fiben—. Él también tuvo sus problemas. Algunos de los chicos del equipo de fútbol habían sido contratados como servicio de orden. Cuando todo empezó a embarullarse, utilizaron los extintores de incendios. Las cosas no se calmaron demasiado, sólo se hicieron más resbaladizas.

—Fiben... —Gaillet tosía cada vez más fuerte.

—Fue terrible, de verdad —comentó abstraído—. Igor estaba consiguiendo una gran interpretación de *blues*, golpeando realmente aquellas pieles, envolviéndolas con una percusión que no puedes ni imaginar. Yo estaba transportado, y de pronto... una

chima de cuarenta años, desnuda y resbaladiza como un delfín, se abalanzó sobre él desde las vigas.

Gaillet se doblaba, con las manos sobre el estómago. Levantó una mano pidiendo piedad.

—Para, por favor —susurró débilmente.

—Gracias al cielo, cayó sobre el tambor y quedó atrapada en él. Tardó lo suficiente para que el pobre Igor pudiera escapar por la salida trasera, justo un momento antes de que lo alcanzase la multitud.

Ella cayó de lado. Durante unos instantes, Fiben se preocupó al ver su rostro tan enrojecido. Gaillet saltaba golpeando el suelo y de sus ojos brotaban lágrimas. Luego rodó sobre su espalda, sacudida por las carcajadas.

—Y todo eso ocurrió sólo durante el primer número —Fiben se encogió de hombros—, ¡la versión especial de Patterson del maldito himno nacional! Qué pena. No pude llegar a escuchar su interpretación de «Inagadda da vita». Pero ahora que lo pienso —suspiró de nuevo—, tal vez haya sido mejor así.

A las ocho de la noche, con el toque de queda, se cortaba el suministro eléctrico, y las prisiones no eran una excepción. Antes del atardecer se había levantado viento, y pronto los postigos de su pequeña ventana empezaron a golpear. El viento procedía del océano y transportaba un fuerte olor a sal. En la distancia podían oírse los débiles retumbos de una tormenta de verano.

Dormían acurrucados bajo las mantas, tan cerca el uno del otro como les permitían las cadenas, cabeza con cabeza para así poder oír la respiración del otro en la oscuridad. En su descanso inhalaban el sabor de la piedra y la humedad de la paja, y exhalaban los suaves murmullos de sus sueños.

Las manos de Gaillet se agitaban con pequeñas contracciones, como si intentara seguir el ritmo de alguna fuga ilusoria. Sus cadenas crujían débilmente.

Fiben yacía inmóvil pero, de vez en cuando, parpadeaba y sus ojos se abrían y cerraban sin que la luz de la conciencia brillara en ellos. A veces, contenía el aliento unos momentos para exhalar finalmente el aire.

No advirtieron los sordos murmullos que se acercaban por el pasillo ni la luz que penetraba en la celda a través de las rendijas de la puerta de madera. Se oían pies que se arrastraban y garras golpeando las baldosas.

Cuando las llaves tintinearón en la cerradura, Fiben se sobresaltó, rodó hacia un lado y se sentó. Se frotó los ojos con los nudillos al tiempo que las bisagras chirriaban. Gaillet alzó la cabeza y se protegió con la mano de la brillante luz de dos linternas sujetas en lo alto de unos postes.

El olor a lavanda y plumas hizo estornudar a Fiben. Unos chimps con trajes de cremallera los pusieron de pie, y Fiben reconoció la desagradable voz de Puño de

Hierro, el jefe de sus capturadores.

—Será mejor que os comportéis bien. Tenéis visitas importantes.

Fiben parpadeó, tratando de acostumbrarse a la luz. Al fin distinguió un pequeño grupo de cuadrúpedos con plumas, semejantes a grandes bolas de pelusa blanca adornadas con cintas y lazos. Dos de ellos sostenían unas estacas de las que colgaban las dos brillantes linternas. El resto gorjeaba alrededor de lo que parecía una vara corta terminada en una estrecha plataforma. En esa percha descansaba un pájaro de aspecto extremadamente singular.

También éste llevaba cintas de colores intensos. El grande y bípedo *gubru* se apoyaba alternativamente sobre una y otra pata, con nerviosismo. Podía tratarse del efecto de la luz sobre el plumaje del alienígena, pero su coloración parecía más rica y más luminosa que los normales tonos blanquecinos. A Fiben le recordaba algo, como si hubiera visto antes a ese invasor o a otro parecido en algún sitio.

*¿Qué demonios está haciendo ese bicho moviéndose por la noche?*, se preguntó Fiben. *Creía que no les gustaba nada.*

—Rendid el respeto adecuado a los antiguos miembros del alto clan *gooksyu-gubru* —dijo Puño de Hierro con voz áspera dando codazos a Fiben.

—Ya verá esa cosa el respeto que le rindo —Fiben hizo un grosero ruido con la garganta y adoptó una expresión flemática.

—¡No! —gritó Gaillet. Lo agarró por el brazo y le susurró—: No, Fiben, por favor, hazlo por mí. Actúa exactamente como yo.

Sus ojos castaños eran suplicantes. Fiben tragó saliva.

—Maldita sea, Gaillet —ella se situó ante el *gubru* y cruzó las manos sobre el pecho. Fiben la imitó, aunque sin inclinarse tanto.

El galáctico los miró, primero con un gran ojo sin párpado y luego con el otro. Se movió hacia uno de los extremos de la percha obligando a los que la sujetaban a corregir el equilibrio de ésta. Finalmente empezó a emitir una serie de agudos y entrecortados chillidos.

De los cuadrúpedos allí presentes surgió un extraño y rápido acompañamiento, que aumentaba y disminuía y sonaba algo así como «Zooooon».

Uno de los sirvientes *kwackoo* se adelantó unos pasos. Llevaba una cadena alrededor del cuello, de la que colgaba un brillante medallón. El vodor comenzó a emitir una grave y espasmódica traducción al inglés:

«Ha sido juzgado... juzgado en honor...

juzgado en idoneida.

Que no habéis transgredido...

no habéis roto...

las normas de conducta... las normas de guerra.

Zooooon.



»Juzgamos que es correcto... adecuado...  
reunirse para reconocer el estatus de párvulos.  
Con un tolerante crédito... asunción...  
de que vuestras luchas han sido...  
por el bien de vuestros tutores.  
Zoouooooon.  
»Hemos sabido... percibido...  
conocido que vuestro estatus es...  
como líderes de vuestro flujo genético...  
del flujo de la raza...  
especies en este momento y lugar.  
Zoouooooon.  
»Por lo tanto os ofrecemos... regalamos...  
os concedemos el honor.  
Con una invitación... una bendición...  
una oportunidad para ganar el beneficio...  
de una representación.  
Zoouooooon.  
» Es un honor... un beneficio...  
una gloria ser elegidos.  
Para descubrir... penetrar en...  
crear el futuro de vuestra raza.  
¡Zoon!»

Y entonces terminó con tanta brusquedad como había comenzado.

—¡Haz la reverencia de nuevo! —le instó Gaillet en un susurro.

Fiben se inclinó con los brazos cruzados, tal como ella había hecho. Cuando alzó de nuevo la mirada, el pequeño grupo de pájaros alienígenas había girado y se dirigía hacia la puerta. Habían bajado la percha, pero así y todo el alto *gubru* tuvo que agacharse para poder pasar, con los emplumados brazos abiertos para mantener el equilibrio. La mirada que les dirigió el marginal antes de marcharse fue de total aborrecimiento.

A Fiben le estallaba la cabeza. Después de la primera frase había abandonado todo intento de comprender el extraño dialecto formal de galáctico-Tres que utilizaba el pájaro. Incluso la traducción al inglés había resultado poco menos que incomprensible.

La brillante luz se fue disipando a medida que la procesión avanzaba por el pasillo, en medio de una cháchara de cloqueos. En la penumbra, Fiben y Gaillet se miraron el uno al otro.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó él.

—Era un Suzerano —Gaillet frunció el ceño—. Uno de sus tres líderes. Tal vez esté equivocada, lo cual no sería raro, pero creo que se trataba del Suzerano de la Idoneidad.

—Eso lo aclara todo. ¡Por la rueda de Ifni, ¿qué es un Suzerano de la Idoneidad?!

Gaillet le indicó con un ademán que no iba a contestarle. Su frente estaba arrugada en profunda concentración.

—¿Por qué ha venido él a vernos en vez de ordenar que nos llevaran ante él? —se preguntó en voz alta, aunque era obvio que no le pedía su opinión—. ¿Y por qué ha venido de noche? ¿Has visto que ni siquiera se ha quedado para saber si aceptábamos su oferta? Probablemente se sentía obligado por la idoneidad a venir personalmente y nuestra respuesta podrán recogerla más tarde sus ayudantes.

—¿Respuesta a qué? ¿Qué oferta? Gaillet, no pude ni siquiera...

—Ahora no —ella hizo un ademán nervioso con ambas manos—. Tengo que pensar, Fiben. Concédeme unos minutos.

Se acercó al muro y se sentó en la paja, de cara a la piedra. Fiben sospechó que iba a tomarle más tiempo de lo que ella había dicho.

*Es algo que uno no puede elegir, pensó él. Sí te enamoras de un genio, encuentras lo que te mereces.*

Parpadeó y sacudió la cabeza. *¿Qué puedo decir yo?*

Pero un movimiento en el pasillo lo distrajo de sus inesperados pensamientos. Un chimp entró con un montón de paja y unas cuantas telas de color marrón oscuro, que le ocultaban el rostro. Sólo al dejar su bulto en el suelo Fiben advirtió que se trataba de la chima que antes lo había mirado, aquella que le parecía tan extrañamente familiar.

—Os he traído paja fresca y algunas mantas más. Estas noches son muy frías.

—Gracias —asintió Fiben.

Ella no le miró a los ojos. Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta moviéndose con una gracia que no podía ocultar ni siquiera su llamativo traje de cremallera.

—¡Espera! —dijo él de pronto.

Ella se detuvo de cara a la puerta. Fiben caminó hacia ella tanto como se lo permitieron sus cadenas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en voz baja, pues no quería molestar a Gaillet que meditaba en su rincón.

—Yo... —agachó la cabeza y continuó sin mirarlo. Hablaba en voz muy queda—. Algunos me llaman Sylvie.

Se dirigió a toda prisa hacia la puerta moviéndose como una bailarina. Se oyó un tintineo de llaves y después unos pasos apresurados que se perdían por el corredor.

—Bueno, yo seré el nieto de un mono —dijo Fiben ante la puerta ya cerrada.

Se volvió y regresó a la pared donde Gaillet seguía sentada, murmurando para sí, y se inclinó sobre ella para echarle una manta por los hombros. Después regresó a su rincón y se dejó caer en un montón de paja de fragante olor.

## UTHACALTHING

Unas esponjosas algas espumaban en los bajíos donde unos pequeños pájaros nativos de rígidas patas picoteaban esporádicamente en busca de insectos. Unas espesas matas se arracimaban en grupos, delimitando las estepas circundantes.

Unas huellas de pisadas partían desde los bancos del pequeño lago y se dirigían hacia las laderas de las colinas cubiertas de maleza. Con sólo mirar las lodosas pisadas, Uthacalthing supo que su autor había caminado con precaución, pero parecía que usara tres patas.

Cuando un destello azul brilló en el rabillo de su ojo, levantó la mirada: era el mismo resplandor que lo había llevado a aquel lugar. Intentó enfocar el débil centelleo pero éste desapareció antes de que pudiera localizarlo.

Se arrodilló para examinar las marcas en el barro. Mientras las medía con la mano se dibujó una sonrisa en su rostro. ¡Qué huellas tan hermosas! El tercer pie no estaba centrado con respecto a los otros dos y su huella era mucho más pequeña que las otras, como si una criatura bípeda hubiera caminado desde el lago hasta los matorrales apoyándose en un bastón de punta roma.

Uthacalthing recogió una rama caída pero titubeó antes de borrar las huellas.

*¿Debo dejarlas?*, se preguntó. *¿Es realmente necesario que las borre?* Sacudió la cabeza. *No. Como dicen los humanos: no cambies las reglas de juego a media partida.*

Las huellas desaparecieron cuando movió la rama sobre ellas hacia adelante y hacia atrás. Acababa de terminar, cuando oyó unas fuertes pisadas y el crujir de unas ramas que se rompían a sus espaldas. Al volverse vio a Kault que doblaba un recodo del diminuto sendero que conducía al pequeño llano del lago. El glifo *lurrunanu* flotaba sobre la cresta del enorme *thenanio*, como un insecto parásito que zumbase a su alrededor buscando sin éxito un lugar adecuado donde posarse.

A Uthacalthing le dolía la corona como un músculo que hubiera realizado un esfuerzo excesivo. Dejó que *lurrunanu* golpease contra la solidez de roca de Kault durante un minuto más antes de admitir la derrota. Replegó el vencido glifo y dejó caer la rama al suelo.

De todas formas, el *thenanio* no miraba al suelo; estaba concentrado en un pequeño instrumento que tenía en la palma de la mano.

—Amigo mío —dijo al llegar junto a Uthacalthing—, me estoy volviendo desconfiado.

El *tymbrimi* notó la afluencia sanguínea en las arterias de la nuca. *¿Por fin?*, se preguntó.

—¿Desconfiado de qué, querido colega?

Kault cerró el instrumento y lo guardó en uno de sus múltiples bolsillos.

—Hay señales —su cresta oscilaba—. He escuchado las transmisiones no cifradas de los *gubru* y parece que está ocurriendo algo muy extraño.

Uthacalthing suspiró. No, la mente unidireccional de Kault estaba concentrada en un asunto completamente distinto. No había razón para intentar apartarlo de él con pistas sutiles.

—¿Qué pretenden ahora los invasores? —le preguntó.

—Bueno, en primer lugar, capto mucho menos tráfico aéreo militar. De repente, parecen menos dedicados a las pequeñas escaramuzas de las montañas de lo que lo estaban hace días o semanas. Recuerde que nos preguntábamos por qué malgastaban tantos esfuerzos para controlar lo que aparentemente no era más que una insignificante resistencia partisana.

En realidad, Uthacalthing estaba bastante seguro de comprender el porqué de aquella frenética actividad por parte de los *gubru*. Por lo que ambos habían llegado a deducir, parecía que los invasores estaban muy ansiosos por encontrar algo en las Montañas de Mulun. Habían enviado soldados y científicos al escarpado macizo con una temeraria energía, y al parecer estaban pagando muy caro el precio de tal esfuerzo.

—¿Se le ocurre a usted alguna razón de por qué las luchas han disminuido? —le preguntó a Kault.

—Por lo que he podido descifrar, no estoy muy seguro. Una posibilidad es que los *gubru* hayan encontrado y capturado lo que buscaban de modo tan desesperado...

*No lo creo*, pensó Uthacalthing con convicción. *Es imposible enjaular a un fantasma.*

—O tal vez hayan abandonado esa búsqueda...

*Más probable*, admitió Uthacalthing. Era inevitable que los seres pajariles advirtieran, tarde o temprano, que habían sido engañados y abandonarían la quimérica empresa.

—O tal vez —concluyó Kault—, los *gubru* han terminado con toda la oposición y han eliminado a todos sus integrantes.

Uthacalthing rogaba que esta última posibilidad no fuese cierta. Era, por supuesto, uno de los riesgos que había corrido cuando dispuso incordiar al enemigo con tal frenesí. Únicamente esperaba que su hija y el hijo de Megan Oneagle no hubiesen pagado el precio más alto al fomentar sus propios trucos complicados contra los malignos pájaros.

—Hummm —comentó—. ¿Ha dicho que le había sorprendido algo más?

—Sí, esto —prosiguió Kault—. Que después de cinco docenas de días planetarios, durante los cuales los *gubru* no han hecho nada por el bien de este

planeta, ahora de pronto se dediquen a emitir comunicados que prometen amnistía y empleo a todos los antiguos miembros del Servicio de Recuperación Ecológica.

—¿Sí? Bueno, tal vez eso sólo signifique que ya han completado su consolidación y que ahora pueden escatimar un poco de atención a sus responsabilidades.

Kault hizo un gesto de incredulidad.

—Quizá, pero los *gubru* son contables. Contadores de créditos. Carecen de sentido del humor. Son fanáticamente escrupulosos con los aspectos de la tradición galáctica que les interesan, pero apenas parecen preocuparse de preservar los planetas como viveros, sólo les interesa el estatus a corto plazo de su clan.

Aunque Uthacalthing estaba de acuerdo con esa afirmación, consideraba que Kault era un observador muy poco imparcial. Y el *thenanio* no era precisamente el más indicado para acusar a los demás de falta de sentido del humor. De todas formas, una cosa estaba clara. Mientras Kault se distrajera de aquel modo, pensando en los *gubru*, sería inútil atraer su atención hacia pistas sutiles y pisadas en el suelo.

Notó cierto movimiento en la pradera que lo rodeaba. Los pequeños carnívoros y sus presas se refugiaban en pequeños agujeros o madrigueras para esperar que pasase el mediodía. A esa hora, el feroz calor del verano pegaba de lleno y tanto perseguir como huir de la persecución suponía demasiado esfuerzo. Con respecto al calor, los galácticos grandes no eran una excepción.

—Vamos —dijo Uthacalthing—. El sol está alto. Debemos encontrar un sitio sombreado para descansar. Al otro lado del agua veo algunos árboles.

Kault le siguió sin comentarios. Parecía indiferente ante las pequeñas desviaciones de la ruta siempre y cuando las distantes montañas se vieran cada día un poco más cerca. Los picos nevados eran ya algo más que una difusa línea que se recortaba en el horizonte. Podría tomarles semanas llegar hasta ellas y un tiempo aún más largo encontrar una ruta hacia el Sind, cruzando desconocidos pasos. Pero cuando convenía a sus intereses los *thenanios* eran pacientes.

No se veían destellos azules cuando Uthacalthing encontró cobijo bajo un grupo muy espeso de árboles enanos, pero se mantenía atento. No obstante, le pareció captar con la corona un amago de fiera alegría que procedía de alguna mente oculta en la estepa; de alguien grande, inteligente y familiar.

—En cierto modo, soy un experto en asuntos terrestres —decía Kault un poco más tarde mientras conversaban bajo las nudosas ramas. Unos pequeños insectos zumbaban en torno a las ranuras respiratorias del *thenanio* y salían despedidos cada vez que se acercaban demasiado—. Eso, y mi experiencia ecológica, fueron decisivos para conseguir mi nombramiento como embajador en este planeta.

—No olvide su sentido del humor —añadió Uthacalthing con una sonrisa.

—Sí —la cresta de Kault se hinchó en el equivalente thenanio a un asentimiento—. En mi planeta me consideraban una especie de diablo, la persona ideal para tratar

con los lobeznos y los traviesos *tymbrimi*. —Terminó la frase con una grave y rápida serie de roncas respiraciones. Era evidente que se trataba de una afectación premeditada, ya que los *thenanios* no tenían un gesto de risa como tal.

*No importa*, pensó Uthacalthing, *como muestra del humor thenanio está muy bien*.

—¿Ha tenido mucha experiencia directa con los terrestres?

—Oh, sí —dijo Kault—. He estado en la Tierra, he tenido el placer de pasear por sus húmedos bosques y contemplar las diversas y extrañas formas de vida que allí existen. He conocido neodelfines y ballenas. Mientras que mis congéneres creen que los humanos nunca deberían haber sido declarados completamente elevados, que les sería mucho más provechoso pasar aún unos cuantos años de perfeccionamiento bajo unos guías adecuados, a mí me parece que su mundo es muy hermoso y sus pupilos muy prometedores.

Una de las razones que habían llevado a los *thenanios* a implicarse en aquella guerra era su esperanza de poder apropiarse de las tres razas terrestres y de que su clan las adoptase por la fuerza, «por el bien de los terrestres», naturalmente. No obstante, para ser justos, también era evidente que entre los propios *thenanios* había desavenencias a aquel respecto. El partido de Kault, por ejemplo, prefería una campaña de persuasión de diez mil años para conseguir una adopción voluntaria de los terrestres a base de «amor».

Pero el partido de Kault no era mayoritario en el gobierno actual.

—Y además, he conocido a unos cuantos terrestres en el curso de unas sesiones del Instituto Galáctico de Migración, en una expedición que se realizó para negociar con los *fah'fah'nfah*.

La corona de Uthacalthing se desplegó en un torbellino de hebras doradas; una exhibición de franca sorpresa. Sabía que incluso Kault podría leer su expresión de asombro, pero no le importaba.

—¿Así que usted conoce a los respiradores de hidrógeno? —ni siquiera intentó pronunciar el nombre hiperalienígena, que no formaba parte de ninguna lengua galáctica autorizada.

Kault lo había sorprendido una vez más.

—Los *jah'fah'nfah* —las ranuras respiratorias de Kault latían de nuevo imitando la risa, pero esta vez sonaba mucho más auténtica—. Las negociaciones se sostuvieron en el subcuadrante Poul-Kren, no muy lejos de lo que los humanos llaman el sector Orión.

—Eso está muy cerca de las colonias terrestres de Canaan.

—Sí, ésa es una de las razones por las que se les invitó a participar. Aunque se considera que esos infrecuentes encuentros entre las civilizaciones que respiran oxígeno y las que respiran hidrógeno son los más críticos y delicados de todas las

eras, se creyó adecuado que algunos terrestres asistieran a ellos y presenciaran las sutilezas de la diplomacia de alto nivel.

Quizá se debía a su estado de confundida sorpresa, pero en aquel momento a Uthacalthing le pareció captar algo que Kault emanaba, un amago de algo profundo y preocupante para el *thenanio*. *No me lo está contando todo*, advirtió Uthacalthing. *Había otras razones que justificaban la presencia humana*.

Durante miles de millones de años, se había mantenido una precaria paz entre dos culturas paralelas y completamente separadas. En realidad, era como si las Cinco Galaxias fuesen diez pues había prácticamente tantos mundos estables con atmósferas de hidrógeno como planetas del tipo Garth, la Tierra o Tymbrimi. Los dos ramales de vida, cada uno con un vasto número de especies y formas vitales, no tenían nada en común. Los mundos de los *fah'fah'n'fah* eran demasiado fríos, vastos e inhóspitos para que los galácticos pudieran siquiera codiciarlos.

Y también parecían operar con distintos niveles o lapsos de tiempo. Los respiradores de hidrógeno preferían las rutas lentas a través del nivel-D del hiperespacio, e incluso las del espacio normal entre las estrellas, en las que regía la relatividad, y dejaban las vías más rápidas para los herederos de los míticos Progenitores, de vida breve.

A veces estallaban conflictos y morían sistemas y clanes enteros, pero no había leyes que regulasen tales guerras.

Otras veces se comerciaba con ellos: metales a cambio de gases, o maquinaria a cambio de objetos tan extraños que ni siquiera constaban en los registros de la Gran Biblioteca.

Había períodos en los que una u otra civilización abandonaba por completo los brazos de la espiral. El Instituto Galáctico de Migración organizaba tales movimientos entre los respiradores de oxígeno una vez cada cien millones de años aproximadamente. La razón oficial era la de permitir que grandes regiones de estrellas «volvieran al barbecho» durante una era y que sus planetas tuvieran tiempo de desarrollar nuevas formas presensitivas. Sin embargo, el otro objetivo era ampliamente conocido: poner espacio de por medio entre las formas de vida oxigénicas e hidrogénicas cuando llegaban a un punto crítico en que ya no podían ignorarse mutuamente.

¿Y Kault le estaba diciendo que había tenido lugar una negociación reciente en el sector Poul-Kren? ¿Y que los humanos habían estado presentes?

*¿Por qué no he oído nada de esto hasta ahora?*, se preguntó Uthacalthing.

Quería seguir hablando de aquel tema pero no tuvo ocasión. Era evidente que Kault no deseaba hacerlo, pues retomó el hilo anterior de la conversación.

—Sigo creyendo, Uthacalthing, que hay algo anómalo en las transmisiones *gubru*. De sus partes, se desprende que están peinando tanto Puerto Helenia como las islas,



para buscar a los ecólogos terrestres, y a los expertos en Elevación.

Uthacalthing decidió que su curiosidad podía esperar; una decisión muy dura para un *tymbrimi*.

—Bueno, como ya he sugerido antes, tal vez los *gubru* quieran por fin cumplir con sus deberes en Garth.

—Si ése fuera el caso —Kault gorgoriteó de un modo que Uthacalthing sabía que significaba duda—, necesitarían ecólogos, pero ¿por qué especialistas en Elevación? Intuyo que está ocurriendo algo extraño —concluyó Kault—. Los *gubru* han estado muy agitados durante varios megasegundos.

Incluso sin el pequeño receptor o sin ninguna noticia procedente de las ondas aéreas, Uthacalthing lo hubiese sabido igualmente. Estaba implícito en la intermitente luz azul que venía observando desde hacía semanas.

El centelleante brillo significaba que la Reserva Diplomática *tymbrimi* había sido violada. El cebo que había colocado dentro del hito, junto con algunas otras pruebas e indicios, sólo podían llevar a una raza sapiente a una única conclusión.

Era evidente que la broma que les había gastado a los *gubru* les estaba costando muy cara.

No obstante, hasta las cosas buenas tienen un final. En aquellos momentos los *gubru* ya debían de saber que todo había sido un truco *tymbrimi*. Los pájaros no eran totalmente estúpidos. Tarde o temprano tenían que descubrir que no existía nada parecido a un «*garthiano*».

*Los sabios dicen que puede ser un error llevar una broma demasiado lejos. ¿Cometo ese error al gastarle a Kault la misma broma?*

Ah, pero en este caso, el procedimiento era por completo distinto. Engañar a Kault se estaba convirtiendo en una tarea mucho más lenta, difícil y personal.

*Y además, ¿qué otra cosa puedo hacer para pasar el rato?*

—Cuénteme más cosas acerca de sus sospechas —dijo Uthacalthing a su compañero—. Estoy muy, muy interesado.

## GALÁCTICOS

Contra todo pronóstico, el nuevo Suzerano de Costes y Prevención estaba ganando puntos. Su plumaje apenas empezaba a mostrar los matices reales de la candidatura pero ya destacaba respecto a sus compañeros de competición. Cuando danzaba, los otros Suzeranos se sentían obligados a observarlo de cerca y prestar atención a sus bien analizados argumentos.

—Este esfuerzo ha sido incorrecto, oneroso, imprudente —gorjeaba y danzaba con delicado ritmo—. Hemos malgastado riquezas, tiempo y honor buscando, persiguiendo, acosando una quimera.

El nuevo jefe de la burocracia poseía varias ventajas. Había sido preparado por su predecesor, el impresionante Suzerano de Costes y Prevención ya fallecido. Y, además, había presentado un número igualmente impresionante de hechos acusatorios ante el cónclave. En el suelo aparecían diseminados unos cubos de datos. La presentación por parte del jefe de los funcionarios había sido, en realidad, muy abrumadora.

—No hay ningún modo, ninguna probabilidad, ninguna posibilidad de que este mundo haya podido esconder a un presensitivo, superviviente de la matanza de los *bururalli*. Ha sido un fraude, un truco, un diabólico plan terrestre-*tymbrimi* para lograr que malgastemos, derrochemos, dilapidemos nuestra riqueza.

Para el Suzerano de la Idoneidad aquello había sido completamente humillante; de hecho, casi una catástrofe.

Durante el vacío de poder, mientras se elegía el nuevo candidato burócrata, el sacerdote y el almirante habían reinado a sus anchas, sin ningún tipo de control. Bien sabían que actuar de aquel modo, sin la voz de un tercero para frenarlos, no era inteligente pero ¿qué ser continuaba actuando con sabiduría cuando la oportunidad llama seductoramente?

El almirante había salido en misiones de búsqueda y destrucción de los partisanos de las montañas para acrecentar así su honor personal. Por su parte, el sacerdote había ordenado nuevas y costosas construcciones y había precipitado el envío de una nueva sección de la Biblioteca Planetaria.

Había sido un agradable interregno con un consenso bilateral. El Suzerano de Rayo y Garra aprobaba todos los gastos y el Suzerano de la Idoneidad bendecía todas las incursiones de los soldados de Garra. Se enviaron incesantes expediciones a la montaña, mientras los científicos, fuertemente protegidos, buscaban con impaciencia un tesoro que no tenía precio.

Se cometieron muchos errores. Los lobeznos resultaron ser diabólicos y

escurridizos como animales en sus emboscadas. Y sin embargo, no habría habido críticas a los gastos si se hubiese encontrado lo que se buscaba.

Habría valido la pena si al menos...

*Pero nos han mentido, engañado, confundido*, pensó el sacerdote con amargura. El tesoro había sido un fraude. Y ahora el nuevo Suzerano de Costes y Prevención les echaba en cara lo que había costado. El burócrata ejecutaba una brillante danza de castigo por el exceso. Y ya había logrado varios puntos de consenso; por ejemplo, que no habría más persecuciones inútiles en las montañas hasta que se encontrara una forma más barata de eliminar a los partisanos de la Resistencia.

El plumaje del Suzerano de Rayo y Garra estaba tristemente caído. El sacerdote sabía lo mucho que aquello debía vejar al almirante. Pero ambos estaban hipnotizados por la virtuosa corrección de la Danza de Castigo. Dos no podían vencer en la votación contra uno cuando este uno tenía toda la razón.

Entonces, el burócrata acometió una nueva cadencia. Propuso abandonar los nuevos proyectos de construcciones. No tenían nada que ver con la defensa del poder *gubru* en ese planeta. Se habían iniciado en la suposición de que encontrarían esas criaturas *garthianas*. Ahora resultaba absolutamente inútil seguir construyendo una derivación hiperespacial y un montículo ceremonial.

La danza era poderosa, convincente, respaldada con cuadros, estadísticas y tablas de cifras. El Suzerano de la Idoneidad se percató de que tenía que hacerse algo y pronto, o aquel advenedizo terminaría la jornada en la posición más alta. Era impensable que pudiera producirse una alteración tan repentina del orden, justo en el momento en que sus cuerpos empezaban a sentir las punzadas previas a la Muda.

Dejando incluso aparte la cuestión del orden de Muda, había que considerar también el mensaje de los Maestros de la Percha. Las reinas y príncipes, en el planeta de origen, se consumían en preguntas. ¿Habían logrado ya los Tres de Garth estructurar una nueva y audaz política? Los cálculos indicaban la importancia de que surgiese pronto algo original e imaginativo, o de otro modo la iniciativa pasaría a ser para siempre de otro clan.

Era intimidante saber que el destino de la raza estaba en sus manos.

Y a pesar de toda su innegable finura y su acicalado aspecto, una cosa resultaba clara en el reciente jefe de la burocracia: el nuevo Suzerano de Costes y Prevención carecía de la profundidad y la claridad de visión de su fallecido antecesor. El Suzerano de la Idoneidad sabía que de un insignificante y tacaño corto de vista no se podía esperar que saliera una gran política.

¡Tenía que nacerse algo y de inmediato! El sacerdote extendió sus brillantes brazos alados en una postura de presagio. Con cortesía, tal vez con indulgencia, el burócrata interrumpió prematuramente su danza e inclinó el pico concediéndole tiempo.

El Suzerano de la Idoneidad empezó despacio, arrastrando las patas en pequeños pasos sobre la percha. El sacerdote adoptó la misma cadencia que había utilizado su adversario.

—Aunque es probable que no existan *garthianos*, queda la posibilidad, la ocasión, la oportunidad de usar el enclave ceremonial que hemos

planeado,

construido,

dedicado tan alto coste.

»Existe una idea, un esquema, un plan que puede aún conseguir gloria, honor, idoneidad,

para nuestro clan.

»En el núcleo, el centro, la esencia de este plan, debemos

examinar,

inspeccionar,

investigar,

a los pupilos de los lobeznos.

Al otro lado de la cámara, el Suzerano de Rayo y Garra levantó la cabeza. Una luz esperanzada apareció en el abatido ojo del almirante y el sacerdote comprendió que podría conseguir una victoria temporal, o al menos una tregua. En los días por venir, muchas, muchas cosas dependerían de descubrir si aquella idea era viable.

## ATHACLENA

—¿Ves? —le gritó desde arriba—. ¡Se ha movido durante la noche!

Athaclena tuvo que protegerse los ojos con una mano para mirar a su amigo humano que estaba encaramado en una rama a más de diez metros del suelo. Tiraba de un verde cable vegetal que se extendía hacia él en un ángulo de cuarenta y cinco grados desde su anclaje aún más alto.

—¿Estás seguro de que es la misma enredadera que cortaste ayer? —gritó ella.

—¡Claro que sí! Subí y eché un litro de agua rica en cromo, la sustancia que abunda en esta enredadera en particular, en la horcadura de esa rama, más arriba de donde ahora estoy. Y ahora puedes ver que se ha insertado en ese preciso punto.

Athaclena asintió. Notaba una orden de verdad rodeando sus palabras.

—Ya lo veo, Robert. Y ahora lo creo.

No pudo reprimir una sonrisa. A veces Robert actuaba de una forma tan parecida a la de un macho *tymbrimi*... tan rápido, tan impulsivo, tan travieso. En cierto modo le resultaba un poco desconcertante. Se suponía que los alienígenas se comportaban de manera rara e inescrutable, no como..., bueno, como todos los chicos.

*Pero Robert no es un alienígena*, se dijo, es mi consorte. Y además, llevaba tanto tiempo viviendo entre terrestres que se preguntaba si no había empezado a pensar como ellos.

*Cuando regrese a casa, si es que alguna vez lo consigo, ¿voy a desconcertar a todos los que me rodean, asustándolos y sorprendiéndolos con metáforas? ¿Con extrañas actitudes lobeznos? ¿Me atrae tal perspectiva?*

En la guerra había una calma pasajera. Los *gubru* habían cesado de enviar expediciones desprotegidas a las montañas. Sus puestos avanzados permanecían tranquilos. Hasta el incesante paso de los robots gaseadores había desaparecido de los altos valles desde hacía más de una semana, para gran alivio de los chimps granjeros y campesinos.

Ahora que disponían de un poco de tiempo, Robert y ella decidieron tomarse un día de descanso y aprovecharlo para conocerse mejor el uno al otro. Después de todo, quién sabe cuándo iba a continuar la guerra.

¿Se les presentaría otra oportunidad como aquélla?

Y además, ambos necesitaban distraerse. Aún no había respuesta de la madre de Robert, y el destino del embajador Uthacalthing seguía siendo incierto, a pesar de la pequeña visión que ella había tenido sobre los proyectos de su padre. Todo lo que podía hacer era intentar representar su papel lo mejor posible y esperar que su padre siguiera vivo y capaz de representar el suyo.

—¡Muy bien! —le gritó a Robert—. Lo acepto. En cierto modo, se puede guiar el crecimiento de las enredaderas. Y ahora baja, tu punto de apoyo parece precario.

—Bajaré —Robert sonrió—, pero cuando tenga ganas. Ya me conoces, Clennie, no puedo dejar escapar una oportunidad como ésta.

Athaclena se puso en tensión. Ahí estaba otra vez, esa extravagancia en los extremos del aura emocional de su amigo. No era distinto de *syulff-kuonn*, la comprensión coronal que rodeaba a un joven *tymbrimi* cuando saboreaba por anticipado una broma.

Robert tiró con fuerza de la enredadera. Inhaló, expandiendo su caja torácica de un modo que ningún *tymbrimi* podía igualar, y luego se golpeó el pecho con rapidez, mientras soltaba un largo y ululante grito que resonó por los corredores de la jungla.

Athaclena suspiró. *Oh, claro, debe rendir tributo a Tarzán, su lobezno deidad.*

Con la enredadera bien asida entre ambas manos, Robert saltó desde la rama. Pasó volando con las piernas juntas y extendidas en un ligero arco y atravesó el claro del bosque, rozando casi los arbustos bajos, sin dejar de gritar. Se trataba, por supuesto, de ese tipo de cosas que los humanos debieron de inventar durante los oscuros siglos transcurridos entre el advenimiento de la inteligencia y el descubrimiento de la ciencia. Ninguna de las razas galácticas, educadas según los principios de la Biblioteca, hubiese inventado una forma de transporte como aquélla. El movimiento pendular llevó a Robert de nuevo hacia arriba, hacia una densa masa de hojas y ramas que rodeaba a media altura a un gigante de la jungla. El grito de Robert se interrumpió súbitamente al tiempo que caía entre el follaje y desaparecía con un ruido de astillas.

El silencio sólo fue interrumpido por una débil pero incesante lluvia de fragmentos pequeños. Athaclena titubeó unos instantes y luego gritó:

—¿Robert?

De las tupidas alturas no surgió respuesta ni movimiento alguno.

—Robert, ¿estás bien? ¡Contéstame! —las palabras en inglés se espesaban en su boca.

Intentó localizarlo con la corona y tensó hacia adelante las pequeñas fibras que poseía sobre las orejas. Él estaba allí. Se encontraba bien pero quizá un poco dolorido.

Atravesó el claro a toda prisa, saltando sobre los pequeños obstáculos, mientras las transformaciones *gheer* entraban en acción. Sus fosas nasales se ensancharon automáticamente para permitir la entrada de una mayor cantidad de aire y la velocidad de los latidos de su corazón se triplicó. Cuando llegó al árbol, los dedos de las manos y los pies habían empezado a endurecerse. Se quitó los zapatos y comenzó a encaramarse a él. Rápidamente encontró huecos donde apoyarse en la áspera corteza y alcanzó la primera rama del tronco gigante.

En aquel punto se arracimaban las sempiternas enredaderas y serpenteaban en ángulo hacia la maraña vegetal que se había tragado a Robert. Examinó uno de los correosos cables y lo utilizó para seguir trepando hasta el siguiente nivel.

Athaclena sabía que debía tomárselo con calma porque, a pesar de la velocidad y adaptabilidad *tymbrimi*, su musculatura no era tan fuerte como la de los humanos y la radiación de su corona no disipaba el calor de un modo tan efectivo como las glándulas sudoríparas de los terrestres. Sin embargo, no podía disminuir la velocidad debido a la emergencia.

Aquel escondrijo de hojas en que Robert había caído estaba oscuro, era sombrío y recóndito. Al entrar en la oscuridad, Athaclena parpadeó y husmeó. Los olores le recordaron que aquél era un mundo salvaje y que ella no era un lobezno que se siente en casa en una jungla salvaje. Tuvo que replegar sus zarcillos para que no se enredasen en los matorrales. A eso se debió que fuera sorprendida por algo que salió de las sombras y la agarró con fuerza.

Sus hormonas se precipitaron. Ahogó un grito y se giró para librarse de su asaltante. Pero en seguida reconoció el aura de Robert, sintió su olor masculino y sus fuertes brazos que la estrechaban. Cuando la reacción *gheer* empezó a remitir con dificultad, Athaclena experimentó una momentánea oleada de vértigo.

En ese estado de aturdimiento, aún inmovilizada por el rigor de las modificaciones, su sorpresa se redobló cuando Robert empezó a rozarle la boca con la suya. Al principio sus acciones parecían dementes, insensatas, pero luego, cuando su corona se desplegó, nuevamente pudo captar sus sentimientos... y de pronto recordó escenas de videos humanos, escenas sobre el aparejamiento y el juego sexual.

La tempestad de emociones que se apoderó de Athaclena era tan poderosamente contradictoria que la dejó inmóvil unos instantes. Tal vez se debía en parte a la fuerza de los brazos de Robert, pero cuando éste por fin la soltó, ella se separó de él a toda prisa y se apoyó contra el tronco del árbol gigante, con la respiración entrecortada.

—¡An... *An-thwillathbielna!* ¡aha...! ¡Eres... eres un... *blenchuq!* ¿Cómo te atreves... *Cleth-tnub?* —se quedó sin aliento y tuvo que interrumpir sus políglotas maldiciones, jadeando. Y además, no parecían alterar la plácida y alegre expresión de Robert.

—Uf, no lo entendí todo, Athaclena. Mi dominio del gal-Siete es todavía bastante escaso, aunque últimamente lo haya estado practicando. Dime ¿qué es un *blenchuq?*

Athaclena hizo un gesto, una sacudida de cabeza que equivalía en *tymbrimi* a un irritado encogerse de hombros.

—Eso ahora no importa. Ante todo dime si estás herido. Y en segundo lugar, si no es así ¿por qué hiciste lo que hiciste? Tercero, ¿no crees que debo castigarte por engañarme y atacarme de ese modo?

—Oh, yo no me lo tomaría tan en serio, Clennie —los ojos de Robert se abrieron

más—. Me gustó la forma en que viniste a toda prisa a rescatarme. Supongo que aún estaba un poco aturdido y, al verte, me puse tan contento que perdí el control.

Las fosas nasales de Athaclena temblaban y sus zarcillos se ondulaban sin saber qué glifo cáustico preparar.

Robert lo percibió con claridad y alzó una mano.

—Muy bien, muy bien. Vayamos por orden. No estoy herido, sólo un poco arañado. En realidad fue divertido.

Al ver la expresión de la chica reprimió una sonrisa.

—Y en lo que respecta a la segunda pregunta, te he recibido de ese modo porque es un ritual amoroso común entre los humanos y me sentí fuertemente motivado a realizarlo contigo, aunque admito que tal vez no lo hayas comprendido.

Athaclena frunció el ceño y sus zarcillos se curvaron confusos.

—Y finalmente —suspiró Robert—, no veo que haya razón alguna por la que no debas castigar mi atrevimiento. Estás en todo tu derecho, al igual que las hembras humanas pueden romperme el brazo si las estrecho sin su permiso. No dudo de que tú también podrías hacerlo. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que un brazo roto, para un joven masc humano, es una suerte en ocasiones. La mitad de las veces el galanteo no puede empezar a menos que el individuo actúe de modo impulsivo. Si lee las señales correctamente, a la mujer le gusta y no le amorata un ojo. Pero si se equivoca, paga su error.

Athaclena vio que la expresión de Robert se volvía taciturna.

—¿Sabes? —prosiguió—. Nunca lo había considerado de esa forma, pero es verdad. Muchos humanos son unos locos *cleth íh-tnubs* a ese respecto.

Athaclena parpadeó. La tensión había empezado a disminuir, escapando por los extremos de su corona mientras su cuerpo volvía a la normalidad. Bajo su piel, los nodulos de cambio latían para reabsorber el fluido *gheer*. Como pequeños ratones, recordó ella, pero esta vez no tembló tanto.

De hecho, se descubrió sonriendo. La extraña confesión de Robert había puesto las cosas, casi irrisoriamente, en un nivel lógico.

—Sorprendente —dijo ella—. Y como ocurre a menudo, existen paralelos con la metodología *tymbrimi*. Nuestros machos también tienen que arriesgarse. Pero estilísticamente —prosiguió tras una pausa, con el ceño fruncido—, esta técnica vuestra es muy imperfecta. El índice de errores debe de ser muy alto ya que carecéis de corona para saber lo que siente la hembra. Aparte de vuestro rudimentario sentido de empatía, sólo podéis basaros en indicios, coqueterías e indicaciones corporales. Me sorprende que lleguéis a reproduciros sin que intenten asesinaros.

El rostro de Robert se oscureció y ella advirtió que había logrado ruborizarlo.

—Oh, bueno, supongo que he exagerado un poco.

Athaclena no pudo evitar sonreír de nuevo, no sólo con un sutil gesto de la boca



sino con un auténtico y completo ensanchamiento de la separación entre sus ojos.

—Eso ya me lo imaginaba, Robert.

Los rasgos del humano se enrojecieron todavía más. Se miraba las manos y permanecía en silencio.

Athaclena sintió un aguijonazo en su interior y captó el sensoglifo *kiniwullun*... el chico al que han pillado haciendo lo que inevitablemente hacen los chicos. Ahí sentado, con su aura de avergonzada sinceridad, parecía ocultar sus rasgos alienígenas de ojos fijos y nariz grande y se volvía más familiar para ella de lo que ninguno de sus compañeros de clase lo había sido.

Finalmente Athaclena salió del polvoriento rincón en el que se había metido para defenderse.

—Muy bien, Robert —suspiró—. Voy a permitirte que me expliques por qué estabas tan «fuertemente motivado» para llevar a cabo ese ritual amoroso con un miembro de otra especie, o sea, conmigo. Supongo que es porque hemos firmado un contrato que nos convierte en esposos. ¿Crees que debes consumarlo en nombre del honor para satisfacer así la tradición humana?

—No —se encogió de hombros y desvió la mirada—. No puedo utilizar eso como excusa. Ya sé que los matrimonios entre individuos de distintas especies tienen fines prácticos. Creo que, bueno, que ha sido porque tú eres bonita e inteligente y yo me siento solo y... creo que estoy un poco enamorado de ti.

El corazón de la muchacha se aceleró y esta vez no a causa de los procesos *gheer*. Sus zarcillos se alzaron por voluntad propia pero no formaron ningún glifo. En cambio, ella advirtió que se extendían hacia él, siguiendo unas líneas sutiles y fuertes, como los campos de una antena de onda media.

—Creo... creo que te comprendo, Robert. Quiero que sepas que yo... —resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas. Ni siquiera estaba segura de lo que pensaba en aquellos momentos. Sacudió la cabeza—. ¿Robert? ¿Me harías un favor?

—El que quieras, Clennie, cualquier cosa que me pidas —sus ojos estaban abiertos como platos.

—Bueno, pues con cuidado de no perder el control, tal vez podrías continuar explicándome y demostrándome lo que hacías cuando me tocaste de esa forma... los diversos aspectos físicos implicados. Sólo por esta vez, pero con cuidado ¿de acuerdo?

Al día siguiente regresaron a las cuevas andando lentamente.

Robert y ella paseaban con calma y se detenían para contemplar cómo los rayos de sol penetraban en los claros o se paraban junto a las pequeñas charcas de agua coloreada, preguntándose en voz alta qué microelementos acumulaban aquí o allá las abundantes enredaderas de transferencia, pero en realidad la respuesta no les importaba. A veces se limitaban a cogerse de las manos mientras escuchaban los

apacibles sonidos de la vida selvática del planeta Garth.

De vez en cuando se sentaban y experimentaban, suavemente, con las sensaciones que les producían las caricias.

Athaclena se sorprendió cuando descubrió que tenía en su sitio casi todos los caminos nerviosos necesarios.

No requería una profunda autosugestión, sino sólo un ligero cambio de algunos capilares y receptores de presión, para conseguir que el experimento fuese factible. Al parecer, los *tymbrimi* se habían dedicado antiguamente a ese rito amoroso de los besos. Al menos, tenían capacidad para ello.

Cuando volviera a adoptar su antigua forma, podría conservar algunas de esas adaptaciones en los labios, la nuca y las orejas. Mientras caminaban, la brisa les hacía sentirse a gusto; era como un empatoglifo muy agradable que le hacía cosquillas en los extremos de la corona. Y los besos, ese cálido placer, le provocaban intensas aunque primitivas sensaciones.

Todo aquello, por supuesto, no hubiera sido posible si los humanos y los *tymbrimi* no fuesen ya muy similares. Entre gentes inexpertas de ambas razas habían circulado unas estúpidas teorías que intentaban explicar la coincidencia, como por ejemplo, la de que seguramente tenían un ancestro común.

Aquella idea era ridícula, desde luego. Con todo, ella sabía que su caso no era el primero. Durante varios siglos, las estrechas asociaciones habían dado lugar a unos cuantos galanteos entre miembros de las dos especies, algunos de ellos abiertamente confesados. No era la primera en realizar aquellos descubrimientos.

Pero no había sido consciente de ello y, al hacerse mayor, había considerado que aquellos eran cuentos desagradables. Athaclena se dio cuenta de que sus amigos de Tymbrimi debieron creer que era una mojugata. Y allí estaba ahora, comportándose de un modo que hubiera rechazado la mayoría de ellos.

No estaba segura todavía de que al volver a casa, si alguna vez lo conseguía, le fuera a gustar que la gente creyera que su matrimonio con Robert era algo más que una conveniencia. Seguramente, Uthacalthing se reiría.

*No importa*, se dijo con firmeza. *Debo vivir el presente*. El experimento no sólo les ayudaba a pasar el tiempo, sino que tenía sus aspectos placenteros. Y además, Robert era un maestro entusiasta.

Pero, desde luego, iba a tener que poner ciertos límites. Estaba dispuesta, por ejemplo, a modificar la distribución de los tejidos grasos de sus pechos. Pero con respecto a lo fundamental, tendría que ser inflexible. No tenía la intención de cambiar ninguno de sus mecanismos básicos... por los de un ser humano.

En su viaje de regreso se detuvieron para inspeccionar algunos puestos rebeldes y hablar con los pequeños grupos de luchadores chimps. La moral era alta. Los veteranos de tres meses de duras batallas preguntaban cuándo sus líderes encontrarían

un modo de atraer más *gubru* hacia las montañas. Athaclena y Robert rieron y les prometieron hacer lo que estuviera en sus manos para solucionar esa carencia de objetivos.

No obstante, ellos se sentían algo pobres de ideas. ¿Cómo se podía invitar a alguien a quien se había herido repetidas veces? Tal vez era el momento de llevar la guerra al enemigo en lugar de esperar su regreso.

Otro problema era la falta de información fiable sobre lo que ocurría en el Sind y en Puerto Helenia. Habían llegado unos cuantos supervivientes de la insurrección urbana e informado de que su organización estaba hecha añicos. Desde aquel desgraciado día, nadie había vuelto a ver a Gaillet Jones ni a Fiben Bolger. Se había recuperado el contacto con unos cuantos individuos aislados de la ciudad, pero de una forma muy fragmentaria e irregular.

Sopesaron la posibilidad de enviar más espías. Una buena oportunidad podía ser el ofrecimiento, anunciado públicamente por los *gubru*, de lucrativos empleos a los ecólogos y expertos en Elevación. Pero, con seguridad, los pájaros ya habrían afinado su aparato de interrogación y estarían utilizando buenos detectores de mentiras para chimps. En cualquier caso, Athaclena y Robert decidieron no correr el riesgo, al menos de momento.

Cuando regresaban a casa por un estrecho y poco frecuentado valle, encontraron una loma, situada al sur, cubierta en su parte baja por una vegetación peculiar. Permanecieron unos instantes en silencio, contemplando el verde campo de tazas invertidas.

—Nunca te he preparado un plato de raíces de hiedra en placas al horno — comentó por fin Robert con sequedad.

Athaclena frunció la nariz, apreciando su ironía. El lugar donde ocurrió el accidente estaba lejos de allí y, sin embargo, la falda de aquella colina llena de protuberancias les trajo vividos recuerdos de la horrible tarde en la que empezaron todas sus «aventuras».

—¿Están enfermas esas plantas? ¿Les pasa algo malo? —la muchacha señaló el campo de placas superpuestas unas a otras como las escamas de un dragón dormido. Las capas superiores no eran lisas, brillantes y pulidas, como las que ella recordaba. Las de esta colonia parecían mucho menos gruesas y lozanas.

—Hummm... —Robert se agachó para examinarlas de cerca—. El verano terminará pronto y el calor ha secado las placas superiores. Hacia mitad de otoño, cuando empiecen a soplar los vientos del este desde el macizo de Mulun, las placas serán tan delgadas y ligeras como una oblea. ¿No te dije que se reproducían por dispersión de vainas de semillas? Los vientos las recogen y las dispersan por el cielo como si fueran una nube de mariposas.

—Ah, sí, recuerdo que lo mencionaste —asintió Athaclena meditabunda—. Pero

¿no dijiste también que...?

Un fuerte grito la interrumpió.

—¡General! ¡Capitán Oneagle!

Apareció un grupo de chimps resollando por el estrecho camino de la jungla. Dos eran miembros de la escuadra de escolta pero el tercero era Benjamín. Parecía exhausto. Era evidente que venía corriendo desde las cuevas para encontrarlos.

Athaclena notó que Robert se ponía tenso, invadido por una repentina preocupación. Pero gracias a su corona, ella ya sabía que Ben no traía malas noticias. No se trataba de una emergencia ni de un ataque enemigo.

Y sin embargo, su ayudante chimp estaba claramente confuso y perturbado.

—¿Qué pasa, Benjamín? —preguntó ella.

El chimp se secó la frente con un pañuelo de hilado artesanal. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño cubo negro.

—Sers, nuestro correo, el joven Petri, ha regresado por fin.

—¿Ha conseguido llegar al refugio? —preguntó Robert aproximándose a él.

—Sí, lo consiguió —asintió Benjamín—, y trae un mensaje del Concejo. Aquí está —le tendió el cubo.

—¿Un mensaje de Megan? —preguntó Robert estupefacto al tiempo que miraba la grabación.

—Sí... señor. Petri dice que está bien y que le manda saludos.

—Pero... ¡pero eso es maravilloso! —gritó Robert—. ¡Volvemos a estar en contacto! ¡Ya no estamos solos!

—Sí... señor. Del todo cierto... De hecho... —Athaclena observaba cómo se debatía Benjamín para encontrar las palabras adecuadas—. De hecho, Petri ha traído algo más que un mensaje. En la curva hay cinco personas que los esperan.

Tanto Robert como Athaclena se quedaron asombrados.

—¿Cinco humanos?

Benjamín asintió, pero su expresión mostraba que no estaba totalmente seguro de si aquel término era el más aplicable.

—Marines de Terragens, ser.

—Oh —exclamó Robert, y Athaclena se limitó a mantenerse en silencio, captando con su corona más que escuchando.

—Profesionales, ser —agregó Benjamín—. Cinco humanos. Es increíble lo que se siente después de tanto tiempo si\1... Bueno, sólo con ustedes dos, quiero decir. Los chimps se han puesto muy contentos. Creo que sería mejor que ambos regresaran lo más rápidamente posible.

Robert y Athaclena respondieron casi al unísono.

—Por supuesto.

—Sí, vayamos pues.

De un modo casi imperceptible, la intimidad que Robert y Athaclena habían alcanzado se alteró. Cuando Benjamín llegó corriendo estaban cogidos de la mano, pero ahora, mientras marchaban por el angosto sendero, les parecía inadecuado hacerlo. Un nuevo factor desconocido se había interpuesto entre ellos. No necesitaban mirarse para saber lo que pensaba el otro.

Para mejor o para peor, las cosas habían cambiado.

## ROBERT

El mayor Prathachulthorn examinaba los informes del ordenador que, como hojas secas, se esparcían sobre la mesa. El caos era sólo aparente, advirtió Robert mientras observaba al pequeño y oscuro hombre que nunca tenía que buscar lo que necesitaba, ya que para encontrarlo le bastaba con un simple revoloteo de sus ojos y un rápido movimiento de sus callosas manos.

De vez en cuando, el oficial del ejército contemplaba un holotank y murmuraba casi inaudiblemente en el micrófono que llevaba colgado del cuello. Los datos se arremolinaban en el tank, girando y tomando nuevas formas bajo sus órdenes.

Robert esperaba, en posición de descanso, frente a la mesa construida con troncos toscamente cortados.

Era la cuarta vez que Prathachulthorn lo convocaba para que respondiera sucintamente a las preguntas que le formulaba. Robert estaba cada vez más admirado por la evidente precisión y destreza de aquel hombre.

Estaba claro que el mayor Prathachulthorn era un profesional. En un solo día, él y su pequeño equipo no sólo habían puesto orden en los improvisados programas de tácticas de los partisanos, sino que habían dispuesto los datos de modo distinto y seleccionado posibilidades, esquemas e indicios que los insurgentes aficionados ni siquiera habían captado.

Prathachulthorn era todo lo que el movimiento necesitaba. Era exactamente lo que llevaban tanto tiempo pidiendo al cielo que les concediese.

A ese respecto, no había ninguna duda. Sin embargo, Robert odiaba la actitud de aquel hombre e intentaba saber por qué.

*Aparte del hecho de que me tenga aquí de pie, esperando hasta que le parezca bien, quiero decir.* Robert sabía que era un simple truco para indicar quién era el jefe. Por ende, si tenía eso en cuenta, podía tomárselo con mejor humor.

El mayor parecía, de pies a cabeza, un soldado de Terragens, aunque el único adorno militar que llevaba era una insignia de rango en el hombro izquierdo. Ni con el uniforme completo Robert parecería nunca tan soldado como Prathachulthorn en aquellos momentos, vestido con esas ropas que tan mal le caían, hiladas por los gorilas bajo un volcán sulfuroso.

El terrestre se pasó un buen rato haciendo tamborilear los dedos sobre la mesa. Los repetitivos golpes le recordaron a Robert la jaqueca que estaba tratando de combatir con bioetroacción desde hacía más de una hora.

Por alguna razón, esa técnica no funcionaba esta vez. Se sentía encerrado, claustrofóbico, como si le faltara el aliento, y la sensación empeoraba momento a

momento.

Por fin, Prathachulthorn levantó la vista. Para sorpresa de Robert, su primer comentario podía interpretarse como algo ligeramente análogo a un cumplido.

—Bien, capitán Oneagle —dijo Prathachulthorn—, le confesaré que temía encontrarme con que las cosas estuvieran mucho, mucho peor de lo que están en realidad.

—Me alivia oírsele decir, señor.

Los ojos de Prathachulthorn se estrecharon como si sospechara un ligero tinte de sarcasmo en las palabras de Robert.

—Para ser preciso —prosiguió—, temía que hubiese usted mentido en su informe al Concejo en el exilio y que me viera obligado a ejecutarlo.

Robert reprimió un impulso de tragar saliva y se ingenió para mantener una expresión de impasibilidad.

—Me alegro de que no haya resultado necesario, señor.

—Yo también, porque estoy seguro de que a su madre no le habría gustado. Y teniendo en cuenta que la suya ha sido una empresa dirigida por un aficionado, estoy dispuesto a reconocer que aquí ha llevado a cabo un gran esfuerzo. No — Prathachulthorn sacudió la cabeza—, demasiado lacónico para ser justo. Lo diré de otra forma. Si yo hubiera estado aquí, muchas cosas las hubiese hecho de un modo diferente. Pero si lo comparamos con la pobre actuación de las fuerzas oficiales, usted y sus chimps lo han hecho realmente muy bien.

—Estoy seguro de que los chimps se alegrarán mucho de saberlo, señor —la sensación de vacío en el pecho de Robert empezaba a disminuir—. Pero quiero señalar que yo no he sido el único líder. La *tymbrimi* Athaclena corrió con buena parte de esa responsabilidad.

El mayor Prathachulthorn parecía molesto. Robert no estaba seguro de si era debido a que Athaclena era una galáctica o al hecho de que él, como oficial del ejército, debería haber asumido toda la autoridad.

—Ah, sí, la «general» —su sonrisa indulgente era, en último término, una condescendencia—. En mi informe mencionaré su ayuda. Es evidente que la hija del embajador Uthacalthing es una joven alienígena muy ingeniosa. Espero que esté dispuesta a seguir ayudándonos.

—Los chimps la adoran, señor —puntualizó Robert.

El mayor Prathachulthorn asintió. Desvió la mirada hacia la pared y su voz adquirió un tono meditativo.

—La mística *tymbrimi*, ya lo sé. A veces me pregunto si los medios de comunicación saben lo que hacen al difundir tales ideas. Con aliados o sin ellos, nuestras gentes tienen que entender que el clan de los terrestres estará siempre fundamentalmente solo. Nunca podremos confiar por completo en algo galáctico.

Entonces, como si creyera que había hablado demasiado, Prathachulthorn sacudió la cabeza y cambió de tema.

—Y ahora, por lo que hace referencia a las futuras operaciones contra el enemigo...

—Hemos estado pensando en ello, señor. Su misteriosa oleada de actividad en las montañas parece haber terminado, aunque no sabemos por cuánto tiempo. No obstante, hemos estado discutiendo mucho algunas ideas. Cosas que podríamos usar en su contra si regresaran.

—Bien —aprobó Prathachulthorn—. Pero debe comprender que, de ahora en adelante, tendremos que coordinar todas las acciones en las montañas con otras fuerzas planetarias. Los irregulares no son capaces de hacer daño al enemigo en sus propias posesiones, como quedó demostrado cuando los chimps insurgentes fueron totalmente barridos al intentar atacar las baterías espaciales cercanas a Puerto Helenia.

—Sí, señor —Robert comprendía las razones de Prathachulthorn—. Sin embargo, desde entonces nos hemos apoderado de algunas municiones que podríamos utilizar.

—Unos pocos misiles, sí. Pueden sernos útiles si descubrimos cómo hacerlos funcionar. Y en especial si tenemos la información adecuada de adonde dispararlos. De momento ya tenemos unos cuantos datos —prosiguió el mayor—. Quiero reunir más e informar al Concejo. Después de ello, nuestra tarea será la de prepararnos para apoyar cualquier acción que se decida llevar a cabo.

Finalmente, Robert formuló la pregunta que llevaba posponiendo desde que había regresado a las cuevas para encontrarse con que Prathachulthorn y su pequeño grupo de oficiales humanos las ponían patas arriba y metían la nariz en todos lados.

—¿Qué va a pasar con nuestra organización, señor? Athaclena y yo hemos concedido a algunos chimps el estatus operativo de oficiales, pero, salvo yo, aquí no hay nadie con un verdadero nombramiento colonial.

—Bueno, capitán —Prathachulthorn frunció los labios—, usted es el caso más sencillo. Se merece un descanso. Puede escoltar a la hija del embajador Uthacalthing al refugio del Concejo, junto con mi informe y una recomendación para que sea ascendido y condecorado. Sé que a la Coordinadora le gustará. Podrá informarles con detalle acerca de su excelente descubrimiento sobre las técnicas de rastreo mediante resonancias utilizadas por los *gubru* —el tono de voz del mayor dejaba muy claro lo que pensaría de Robert si éste aceptaba su oferta—. Por otro lado, me gustaría mucho que se uniese a mi equipo, con la graduación honoraria de teniente de marines, además del rango que ostenta en la milicia. Su experiencia puede sernos útil.

—Gracias, señor. Creo que me quedaré aquí, si a usted no le importa.

—Bien, entonces tendremos que asignar a otra persona para que la escolte.

—Estoy seguro de que Athaclena también querrá quedarse —se apresuró a añadir



Robert.

—Hummm, bueno, sí. Estoy seguro de que ella podrá ayudarnos durante un tiempo. Le diré una cosa. Voy a plantear el caso al Concejo en mi próxima carta. Pero tenemos que dejar algo claro: ella no tiene ningún rango militar. Los chimps tienen que dejar de llamarla «general». ¿Ha comprendido?

—Sí, señor, perfectamente —Robert se preguntaba cómo podía alguien dar una orden así a unos neochimpancés civiles que tenían tendencia a llamar a cualquier persona o cosa como les diera la gana.

—Bueno, y ahora, en lo que respecta a los chimps que estaban bajo su mando... he traído conmigo unos cuantos nombramientos coloniales en blanco que podemos asignar a quienes hayan demostrado una especial iniciativa. No dudo de que usted podrá recomendarme algunos nombres.

—Por supuesto, señor —asintió.

Recordó entonces que, aparte de él, otro miembro de su «ejército» había estado en la milicia. Pensar en Fiben, que seguramente llevaba ya tiempo muerto, hizo que se sintiera repentinamente deprimido. *¡Malditas cuevas! Me están volviendo loco. Cada vez se me hace más duro soportar el tiempo que debo pasar aquí dentro.*

El mayor Prathachulthorn era un soldado disciplinado y había estado meses en el refugio subacuático del Concejo, pero Robert no tenía esa firmeza de carácter. *¡Tengo que salir de aquí!*

—Señor —se apresuró a decir—, quiero pedirle permiso para dejar el campamento base durante unos días para hacer una inspección cerca del paso Lorne... en las ruinas del centro Howletts.

—¿El lugar donde los gorilas fueron manipulados genéticamente de forma ilegal?  
—Prathachulthorn frunció el ceño.

—El lugar donde ganamos nuestra primera batalla —le recordó al oficial— y obligarnos a los *gubru* a que parlamentaran con nosotros.

—Hummm —gruñó el mayor—, ¿y qué espera encontrar allí?

Robert reprimió el impulso de encogerse de hombros. En su claustrofobia repentinamente acrecentada, en su necesidad de encontrar una excusa para salir de allí, había utilizado una idea que hasta entonces sólo era una pequeña lucecita en un rincón de su mente.

—Una posible arma, señor. Algo que, si funciona, puede sernos muy útil.

—¿De qué arma se trata? —aquello había despertado la curiosidad de Prathachulthorn.

—Preferiría no ser muy específico ahora, señor. No hasta que tenga la oportunidad de verificar unas cuantas cosas. Sólo estaré fuera tres o cuatro días, se lo prometo.

—Hummm, bueno —Prathachulthorn frunció los labios—. Es el tiempo que nos

tomará poner en orden estos sistemas de datos. Mientras lo hagamos, su presencia aquí no será más que un estorbo, pero después lo voy a necesitar. Tenemos que preparar un informe para el Concejo.

—Sí, señor, me apresuraré en regresar.

—Muy bien. Llévase a la teniente McCue. Quiero que uno de mis hombres conozca ese sector. Enseñe a McCue cómo consiguieron su pequeña victoria, presénteles a los líderes de las bandas de chimps partisanos más importantes de la zona y regrese sin dilación. Puede retirarse.

Robert se cuadró. *Me parece que ya sé por qué lo odio*, pensó Robert mientras lo saludaba, daba media vuelta y desaparecía tras la manta colgada que hacía las veces de puerta de la oficina subterránea.

Desde que había regresado a la cueva y encontrado a Prathachulthorn y sus ayudantes actuando como si fuesen los dueños, tratando a los chimps con paternalismo y calibrando lo que habían hecho entre todos, Robert no había podido evitar sentirse como un niño al que, hasta aquel momento, se le ha permitido interpretar un maravilloso papel dramático, un juego realmente divertido. Pero ahora el niño tenía que soportar palmaditas en la cabeza, caricias que quemaban a pesar de que pretendían ser elogios.

Era una analogía muy molesta aunque sabía que en cierto modo era la verdad, después de todo.

Robert suspiró silenciosamente y se apresuró a alejarse de la oficina que había compartido con Athaclena pero que había sido completamente tomada por los adultos.

Sólo cuando estuvo de nuevo bajo la alta bóveda de la jungla sintió que podía respirar otra vez con libertad.

Los aromas familiares de los árboles parecían limpiarle los pulmones del olor a moho de las cuevas. Conocía bien a los chimps que marchaban ante él y a sus flancos. Eran rápidos, leales y de aspecto feroz con sus ballestas y sus caras ennegrecidas. *Mis chimps*, se dijo, sintiéndose un poco culpable por pensar en aquellos términos. Pero el sentido de propiedad estaba allí. Era como en los viejos tiempos, como hasta anteayer, cuando se sentía importante y necesario.

Pero la ilusión se desvaneció en el momento en que la teniente McCue le dirigió la palabra.

—Estas junglas de montaña son muy hermosas —dijo—. Me gustaría haberlas visitado antes de que estallara la guerra.

La oficial terrestre se detuvo al borde del sendero para tocar una flor con nervaduras azules, pero ésta se cerró entre sus dedos y se retrajo hacia la maleza.

—He oído hablar de estas cosas pero es la primera vez que tengo la oportunidad de verlas al natural.

Robert gruñó evasivamente. Pensaba ser cortés y contestar a todas las preguntas que le hiciera, pero no estaba interesado en dar conversación a la segunda del mayor Prathachulthorn.

Lydia McCue era una joven atlética, con facciones oscuras y pronunciadas. Sus movimientos, ágiles como los de un soldado de comando o los de un asesino, estaban, por su misma naturaleza, llenos de gracia. Vestida con una falda y una blusa de confección casera, podía ser confundida con una campesina, si no hubiera llevado la ballesta.

En las cartucheras había suficientes dardos para convertir en añicos a la mitad de los *gubru* que estuvieran en un radio de cien kilómetros. Los cuchillos enfundados de sus muñecas y sus tobillos eran algo más que adornos.

Parecía no tener demasiados problemas en seguir el rápido paso de Robert a través de la maraña de enredaderas de la jungla. Eso estaba bien ya que él no tenía ninguna intención de caminar más despacio. De un modo inconsciente, Robert sabía que estaba siendo injusto. Ella debía de ser, a su manera, una persona encantadora, para tratarse de una militar profesional, pero, por alguna extraña razón, todo lo que ella tenía de admirable parecía irritarle todavía más.

Robert deseaba que Athaclena lo hubiera acompañado, pero ella había insistido en quedarse en el claro cercano a las cuevas experimentando con las enredaderas cultivadas y formando extraños y barrocos glifos, demasiado sutiles para ser captados por los insignificantes poderes del muchacho. Robert se sintió herido y encolerizado y durante los primeros kilómetros de la marcha casi superó en velocidad a sus escoltas.

—Hay tanta vida... —la mujer terrestre mantenía el paso tras él e inhalaba los penetrantes aromas—. Éste es un lugar muy apacible.

*Te has equivocado en ambas cosas*, pensó Robert, con un cierto desdén por la torpe y humana insensibilidad de ella para comprender la verdad de Garth, una verdad que él sentía en todo el entorno. Gracias a las enseñanzas de Athaclena, había empezado a comprender y localizar, si bien de un modo vacilante y poco diestro, las ondas vitales que fluían en aquella tranquila jungla.

—Ésta es una tierra desgraciada —respondió simplemente, pero no dio más explicaciones aunque ella lo miró con ojos intrigados. Su primitivo sentido de empatía se replegó para ignorar la confusión de la mujer.

Caminaron en silencio durante un rato. La mañana se aproximaba a su fin. Una vez, los escoltas silbaron y ellos se pusieron a cubierto bajo unas espesas ramas porque unos grandes cruceros aparecieron en el cielo. Cuando se hubieron alejado, Robert volvió de nuevo al camino sin pronunciar una sola palabra.

—Ese lugar al que nos dirigimos —habló por fin Lidia McCue—, el centro Howletts, ¿podría informarme acerca de él?

Era una petición muy directa y no pudo rehuirla, puesto que Prathachulthorn había hecho que lo acompañara para que recibiera información. Pero mientras le hablaba, evitaba sus ojos negros. Intentó mostrarse indiferente, pero la emoción se traslucía en su voz. Robert le explicó la triste, incorrecta, pero brillante labor de los científicos desertores. Su madre no tenía conocimiento alguno de lo que allí estaba ocurriendo, por supuesto, y él se había enterado por casualidad un año antes de la invasión y decidió guardar silencio.

El osado experimento ya había terminado. Se necesitaría algo más que un milagro para salvar a los gorilas de la esterilización ahora que personas como el mayor Prathachulthorn conocían el secreto.

Prathachulthorn podía odiar a la civilización galáctica con una pasión que rozaba el fanatismo, pero sabía lo esencial, que era que los terrestres no rompieran los pactos que tenían con los grandes Institutos. En aquel momento, la única esperanza de la Tierra se hallaba en los viejos códigos de los Progenitores. Para conseguir la protección de dichos códigos, los clanes débiles tenían que ser como la mujer del César, es decir, estar por encima de todo reproche.

Lydia McCue escuchaba con atención. Tenía los pómulos prominentes y unos ojos que quemaban con su oscuridad. A Robert le hacía daño mirarlos. En cierto modo, aquellos ojos parecían estar situados demasiado juntos, demasiado quietos. El muchacho se concentró en el serpenteante camino que discurría ante él.

Pero la joven oficial con voz dulce, le hizo volver su atención hacia ella. Robert se encontró hablando de Fiben Bolger, de cómo habían escapado por poco del feudo de los Mendoza cuando aparecieron los robots gaseadores, y del primer viaje de su amigo al Sind.

Y del segundo, del cual nunca regresó.

Alcanzaron una cima cubierta de misteriosas piedras-aguijón y llegaron a un punto desde donde se dominaba un angosto valle, justo al oeste del paso Lorne. Señaló los demolidos perfiles de unos edificios quemados.

—El centro Howletts —dijo enfáticamente.

—Ahí es donde obligaron a los *gubru* a recibir a los chimps combatientes y a darles su palabra de honor ¿verdad? —preguntó Lydia McCue. Robert notó respeto en la voz de la teniente y se giró para mirarla. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa y Robert sintió el rostro acalorado.

Se volvió apresuradamente y señaló la colina más cercana al centro mientras describía cómo habían tendido la trampa y cómo había saltado él usando una enredadera como trapecio para abatir al centinela *gubru*. Pero su papel, de todas formas, no había sido el más importante. Esa mañana el elemento decisivo habían sido los chimps; y quería que los soldados terrestres lo supieran.

Estaba terminando su relato cuando se acercó Elsie. La chima hizo un saludo

militar, algo que nunca había parecido necesario antes de la llegada de los militares.

—No tengo muy claro lo de bajar ahí, ser —dijo ella con seriedad—. El enemigo ya ha demostrado interés en ese lugar y podría regresar en cualquier momento.

—Cuando Benjamín parlamentó con los enemigos supervivientes —dijo Robert tras negar con la cabeza—, una de las condiciones que aceptaron fue la de mantenerse alejados de este valle. ¿Hay algún indicio de que hayan faltado a su palabra?

—No, pero... —Elsie dudó. Tenía los labios apretados como si intentara abstenerse de hacer comentarios sobre lo inteligente que era confiar en las promesas de los ETs.

—Bueno, vamos —Robert sonrió—. Si nos apresuramos, podremos salir de allí a la caída de la tarde.

Elsie se encogió de hombros e hizo una rápida serie de señales con las manos. Varios chimps se precipitaron desde las piedras-aguijón y se adentraron en la jungla. Al cabo de unos instantes, llegó un silbido que indicaba que no había peligro y el resto de la expedición se puso en marcha a toda prisa.

—Son muy buenos —dijo Lydia McCue en voz baja cuando volvieron a hallarse entre los árboles.

Robert asintió y se dio cuenta de que ella no había añadido a su comentario un «para tratarse de aficionados», como habría hecho Prathachulthorn. Le estaba agradecido, pero a la vez deseaba que no fuese tan amable.

Pronto estaban abriéndose camino hacia los derruidos edificios, buscando con atención signos que denotasen que alguien había estado allí después de la batalla, ocurrida meses atrás. No parecía haber ninguno, pero eso no hizo que disminuyera la intensa vigilancia de los chimps.

Robert intentó captar, utilizar la Red para descubrir intrusos, pero sus complicados sentimientos eran un estorbo. Deseaba que Athaclena estuviese allí.

El estado ruinoso del centro Howletts era aún mayor de lo que parecía desde la colina. Los edificios ennegrecidos por el fuego sufrían ya la invasión de la vegetación salvaje de la jungla que crecía rampante en los antes cuidados jardines. Los vehículos *gubru*, despojados hacía tiempo de todo lo que pudiera ser útil, estaban ya cubiertos de unas espesas matas que llegaban a la altura de la cintura.

*No, está claro que nadie ha venido por aquí*, pensó. Robert dio unos puntapiés a los restos de las naves sin encontrar nada de interés. *¿Por qué he insistido en venir?*, se preguntó. Sabía que su corazonada, diera o no resultados, había sido poco más que una excusa para salir de las cuevas, para huir de Prathachulthorn.

Para huir de incómodas visiones de sí mismo.

Tal vez había escogido aquel lugar porque allí había tenido su único y breve momento de contacto, mano a mano, con el enemigo.

O tal vez porque esperaba recrear las sensaciones de unos días antes, cuando

había recorrido la selva, sin trabas, sin ser juzgado. Deseaba haber ido con una compañía femenina distinta a la mujer que ahora lo seguía, moviendo rápidamente los ojos a izquierda y derecha y observándolo todo con mirada profesional.

Robert dejó de lado sus tristes cavilaciones y se dirigió hacia los restos de los tanques flotadores alienígenas.

Hincó la rodilla en el suelo y apartó las altas y espesas hierbas.

Maquinaria *gubru*, las tripas de los vehículos acorazados, los equipamientos, los propulsores, los gravíticos...

Algunas de las piezas estaban cubiertas por una fina pátina amarilla. En muchos lugares, la brillante plastimezcla se había descolorido y adelgazado, o incluso roto.

Tiró de un fragmento pequeño que se soltó y se le rompió en la mano.

*Voy a convertirme en una ardilla pretenciosa. Yo tenía razón. Mi corazónada era cierta.*

—¿Qué en eso? —preguntó la teniente McCue a sus espaldas.

—Aún no estoy seguro —respondió—. Pero hay algo que parece estar comiéndose esas piezas.

—¿Puedo verlo?

Robert le tendió el fragmento corroído.

—¿Por eso quiso venir? ¿Eran éstas sus sospechas?

—En buena parte, sí —no veía motivos para contarle las complejas razones, las personales—. Pensé que tal vez aquí podía haber un arma. Al evacuar el centro quemaron el equipamiento y los archivos, pero no pudieron erradicar todos los microbios desarrollados en el laboratorio del doctor Schultz.

No añadió que poseía un frasco de saliva de gorila en la mochila. Si al llegar allí no hubiese encontrado los acorazados *gubru* en ese estado, tenía pensado realizar sus propios experimentos.

—Hummm... —Lydia McCue rompió el material en sus manos. Se agachó y empezó a deslizarse bajo el aparato para observar qué partes habían resultado afectadas. Salió por fin y se sentó junto a Robert—. Puede resultar útil, pero habría que solucionar el problema de la distribución. No podemos arriesgarnos a salir de las montañas para llenar de pequeños bichos el equipamiento de los *gubru* en Puerto Helenia. Y además, las armas de sabotaje biológico tienen un plazo de efectividad muy corto. Han de usarse a la vez por sorpresa, ya que las medidas que se toman contra ellas suelen ser muy rápidas y eficaces. Al cabo de pocas semanas los microbios serían neutralizados químicamente, con revestimiento o creando mediante clonismo otros bichos que se comieran a los nuestros.

»Y sin embargo —dio la vuelta a otro fragmento y alzó la vista para mirar a Robert—, esto está muy bien. Lo que hicieron antes en este lugar y ahora esto... Son formas correctas de enfocar la guerra de guerrillas. Encontraremos algún modo de

utilizarlo.

Su sonrisa era tan franca y amistosa que Robert no pudo evitar corresponder. Y en aquel momento compartido sintió un estremecimiento que llevaba todo el día reprimido.

*Maldita sea, es atractiva*, advirtió con tristeza. Su cuerpo le estaba mandando señales más potentes de las que nunca había sentido en compañía de Athaclena. ¡Y eso que apenas conocía a aquella mujer! No la amaba ni tenía con ella ningún vínculo como el que poseía con su esposa *tymbrimi*.

Y, no obstante, mientras aquella hembra humana de ojos estrechos, fina nariz y amplia frente lo miraba, notaba la boca seca y los latidos del corazón acelerados.

—Será mejor que regresemos a casa, teniente —se apresuró a decir—. Vaya delante y tome algunas muestras. Cuando lleguemos a la base las analizaremos.

Ignoró la larga mirada que ella le dedicó mientras se ponía en pie, y llamó a Elsie con señas. En seguida, con las muestras almacenadas en las mochilas, empezaron a ascender de nuevo hacia las piedras-aguijón. Los atentos vigilantes sintieron un evidente alivio al cargarse las ballestas a la espalda y saltar otra vez entre los árboles.

Robert seguía a sus escoltas prestando poca atención al sendero. Intentaba no pensar en el otro miembro de su raza que caminaba junto a él. Frunció el ceño y se escudó tras la brumosa nube de sus pensamientos.

## FIBEN

Fiben y Gaillet estaban sentados uno junto al otro ante la impasible mirada de los enmascarados técnicos *gubru*, que enfocaban sus instrumentos en los dos chimps con una desapasionada y clínica precisión. De todas partes colgaban globos de lentes múltiples y una serie de planchas planas que apuntaban hacia ellos desde lo alto.

La cámara de experimentación era una jungla de tubos brillantes y aparatos de aspecto reluciente, todos ellos antisépticos y estériles.

Y, sin embargo, el lugar apestaba a pájaros alienígenas. Fiben arrugó la nariz y una vez más se obligó a sí mismo a reprimir los pensamientos hostiles hacia los *gubru*. A buen seguro, algunas de aquellas imponentes máquinas eran detectores psi. Y aunque no estaba del todo claro que en realidad «pudiesen leer la mente», era muy probable que los galácticos pudieran, al menos, analizar sus actitudes superficiales.

Fiben intentó pensar en otra cosa. Se inclinó hacia la izquierda y le dijo a Gaillet:

—Hummm, esta mañana, antes de que vinieran a buscarnos, he hablado con Sylvie. Me ha dicho que no ha regresado a «La Uva del Simio» desde la noche en que llegué a Puerto Helenia.

Gaillet se volvió para mirar a Fiben. Su expresión era tensa y desaprobadora.

—¿Y eso? Juegos como ese *striptease* suyo tal vez ahora ya sean obsoletos, pero estoy segura de que los *gubru* han encontrado otras maneras de aprovechar su talento especial.

—Desde entonces se ha negado a hacer nada de ese estilo. Sinceramente, Gaillet, no entiendo por qué eres tan hostil con ella.

—Y a mí me resulta difícil entender cómo puedes ser tan amigo de uno de nuestros carceleros —le espetó Gaillet—. Es una marginal y una colaboradora.

—En realidad, Sylvie no es en absoluto una marginal —comentó Fiben—. No tiene repro-carnet gris o amarillo. El suyo es verde. Si se unió a ellos es porque...

—Me importan un pito sus razones. Oh, puedo imaginar la historia tan triste que te ha contado mientras pestañeaba y te ablandaba para...

—Jóvenes sofotes neochimpancés —decía una de las máquinas cercanas—. Permaneced quietos, quietos, jóvenes pupilos.

Gaillet se volvió para mirar al frente, con la boca cerrada.

Fiben parpadeó. *Me gustaría comprenderla mejor*, pensó. La mitad de las veces no podía imaginar cómo reaccionaría Gaillet.

A causa del estado taciturno de Gaillet empezó a hablar con Sylvie, más que nada porque necesitaba compañía. Quiso explicárselo a Gaillet, pero decidió que eso no arreglaría las cosas. Mejor esperar. Ya se le pasaría el mal humor. Siempre ocurría



igual.

Hacía sólo una hora que habían estado riendo y dándose codazos, cuando se ingeniaban para resolver un complicado rompecabezas mecánico. Durante unos minutos fueron capaces de olvidarse de las miradas de las máquinas y de los ojos alienígenas mientras trabajaban en equipo eligiendo las piezas y ordenándolas. En el momento en que se reclinaron en las sillas y contemplaron la torre que habían construido, ambos supieron que habían sorprendido a los que tomaban notas. En aquel instante de satisfacción, la mano de Gaillet se había deslizado, con inocencia y cariño, entre las suyas.

El encarcelamiento era así. Algunas veces, Fiben sentía que la experiencia era provechosa. Era la primera vez en su vida, por ejemplo, que tenía tiempo para pensar. Sus carceleros les permitían tener libros y se estaba poniendo al día con algunos volúmenes que siempre había deseado leer. Las conversaciones con Gaillet le habían descubierto el arcano mundo de la alienología. Él, a su vez, le hablaba de la gran tarea que se estaba llevando a cabo en Garth: la de devolver la salud a un ecosistema agonizante.

Pero a veces, demasiado a menudo, había largos y oscuros intervalos en los cuales las horas se prolongaban tediosamente. En aquellas ocasiones colgaba sobre ellos un lienzo mortuario. Las paredes parecían demasiado juntas y las conversaciones derivaban siempre hacia la guerra, los recuerdos de su fracasada insurrección, los amigos muertos y lúgubres especulaciones sobre el destino de la Tierra.

En aquellos momentos, Fiben habría estado dispuesto a cambiar toda esperanza de una vida larga por una simple hora para correr libremente bajo los árboles y el nítido cielo.

Con todo, aquella nueva rutina de ser analizados por los *gubru* había llegado a suponerles un alivio. Al menos, era una distracción.

Sin previo aviso, las máquinas se apartaron repentinamente, dejando un pasillo frente al banco donde estaban sentados.

—*Hemos terminado, terminado... Lo habéis hecho bien, hecho bien, hecho... Ahora seguid el globo, seguidlo hacia el transporte.*

Mientras Fiben y Gaillet se ponían de pie, una proyección oscura y octogonal tomó forma frente a ellos. Sin mirarse entre sí ambos siguieron el holograma y pasaron junto a los silenciosos y meditabundos técnicos pajaroides, para salir de la cámara de experimentación y enfilarse por el largo pasadizo.

Los robots de servicio pasaban junto a ellos con un suave murmullo de maquinaria bien ajustada. Un técnico *kwackoo* salió de una oficina, los miró y volvió a meterse en ella. Finalmente, Fiben y Gaillet cruzaron una siseante puerta y se encontraron bajo el brillante sol. Fiben tuvo que protegerse los ojos con la mano. El día era bueno pero con una pequeña brisa que indicaba que el corto verano estaba a

punto de terminar. Los chimps que podía ver en la calle, al otro lado del recinto *gubru*, llevaban jerséis ligeros y zapatos de lona, otra señal segura de que el otoño estaba cerca.

Ninguno de los chimps miraba hacia ellos y la distancia era demasiado grande para poder ver de qué humor estaban o para tener la esperanza de que alguno los reconociera, a él o a Gaillet.

—No regresaremos en el mismo coche —susurró Gaillet, señalando hacia un largo parapeto situado más abajo, junto a la rampa de aterrizaje. El camión militar que los había llevado había sido sustituido por un vehículo flotador sin techo. Tras el puesto del piloto, sobre la cubierta, había un adornado pedestal donde dos sirvientes *kwackoo* estaban instalando una sombrilla para evitar que los potentes rayos de Gimelhai cayesen sobre el pico y la cresta de su amo.

Reconocieron al gran *gubru*. Su abundante y luminoso plumaje estaba más desgredado que la otra vez que se había presentado ante ellos, en la furtiva oscuridad de la prisión suburbana. Aquel detalle hacía que pareciera muy diferente de los funcionarios mediocres que habían visto. En algunos puntos, las blancas plumas se veían deshilachadas y raídas. El aristocrático pájaro llevaba la gola desarreglada y paseaba con impaciencia de un extremo a otro de su percha.

—Bueno, bueno —murmuró Fiben—. Es nuestro viejo amigo, el No sé qué del Buen Gobierno.

—Se llama Suzerano de la Idoneidad —le recordó Gaillet—. La gola a rayas significa que es el líder de la casta de los sacerdotes. Y ahora, pórtate bien. No te rasques demasiado y mira lo que yo hago.

—Imitaré todos sus pasos con la máxima precisión, señorita.

Gaillet ignoró su sarcasmo y siguió al oscuro holograma que los guiaba a lo largo de la rampa, en dirección al vehículo de brillantes colores. Fiben la seguía a poca distancia.

El holo-guía se desvaneció cuando llegaron a la pista de aterrizaje. Un *kwackoo* con la cresta de plumas teñida de un rosa chillón los recibió con una leve reverencia.

—Tenéis el honor... honor... de que nuestro tutor... noble tutor se digne mostraros... a vosotros, seres semi-formados, la gracia de vuestro destino.

El *kwackoo* hablaba sin ayuda del vodor. Esto, en sí, no era ningún milagro, ya que la criatura tenía unos órganos del habla altamente especializados. De hecho, pronunciaba las palabras en inglés con bastante claridad, aunque las pausas indebidas lo hacían parecer nervioso y expectante.

Era poco probable que el Suzerano de la Idoneidad fuese el jefe para quien resultara más fácil trabajar en todo el universo. Fiben imitó la reverencia de Gaillet y permaneció en silencio mientras ésta decía:

—Nos sentimos honrados por la atención que tu amo, el gran tutor de un insigne

clan, se digna ofrecernos —hablaba despacio, pronunciando con cuidado las palabras en galáctico-Siete—. Sin embargo, en nombre de nuestros tutores, nos reservamos el derecho a desaprobar sus acciones.

Hasta Fiben se quedó boquiabierto. Los *kwackoo* presentes piaron enojados y ahuecaron las plumas con aire amenazante.

Tres gorjeos agudos interrumpieron de pronto su cólera. El jefe de los *kwackoo* se volvió e inclinó ante el Suzerano que había avanzado a toda prisa hasta el extremo de la percha más cercana a los chimps. El *gubru* abrió el pico al tiempo que se agachaba para mirar a Gaillet, primero con un ojo y luego con el otro. Fiben sudaba tinta.

Finalmente, el alienígena se enderezó y gritó un manifiesto en su versión del galáctico-Tres entrecortada y llena de inflexiones. Sólo Fiben alcanzó a ver el estremecimiento de alivio que recorrió la columna vertebral de Gaillet. No podía comprender la prosa ampulosa del Suzerano pero un vodor próximo empezó de inmediato la traducción.

—Bien dicho... dicho bien... hablado bien para ser soldados pupilos y prisioneros de un clan-enemigo de la Tierra... Venid, pues... venid y ved... venid y ved y oíd la oferta, no la desaprobaréis... ni siquiera en nombre de vuestros tutores.

Gaillet y Fiben se miraron el uno al otro, al tiempo que, ambos, se inclinaban ante el *gubru*.

El aire del mediodía era claro y el débil olor de ozono probablemente no presagiaba lluvia, aunque aquellas señales antiguas no servían de nada en presencia de la alta tecnología.

El vehículo enfiló en dirección sur pasando sobre los muelles de Puerto Helenia y se dirigió al otro lado de la bahía. Fue la primera ocasión que tuvo Fiben de ver cómo había cambiado el pequeño golfo desde la llegada de los alienígenas.

Por un lado, la flota pesquera estaba inutilizada. Sólo una de cada cuatro traineras no estaba varada en la playa o en el dique seco. El puerto comercial también parecía prácticamente muerto. Un grupo de buques de pasajeros de triste aspecto estaba amarrado, con claras muestras de no haberse movido en meses. Fiben vio una de las traineras que aún estaban en funcionamiento entrar por el recodo de la bahía. Seguramente volvía más temprano debido a una fortuita captura o tal vez a un fallo mecánico que los chimps no eran capaces de solucionar sin volver a tierra. El bote, con su fondo en forma de tonel, subía y bajaba al atravesar la zona de oleaje donde se encontraba la bahía con el mar abierto. La tripulación tenía que hacer grandes esfuerzos pues el pasaje era más estrecho de lo que había sido en tiempos de paz. La mitad del estrecho estaba ahora ocupada por la curvada cara de una superficie rocosa: una gran fortaleza alienígena.

Un buque de guerra *gubru* parecía brillar en medio de una difusa bruma. En los márgenes de sus pantallas de defensa se condensaban gotas de agua que daban lugar a

relucientes arcos iris, mientras una suave llovizna caía sobre la trainera que se debatía por cruzar ante la lengua septentrional de tierra. Cuando el vehículo del Suzerano pasó sobre ellos, Fiben no pudo reconocer a ninguno de los chimps de la tripulación pero vio que las figuras de largos brazos descansaban aliviadas cuando finalmente entraron en las aguas tranquilas del pequeño golfo.

Desde Point Borealis, el brazo septentrional, la bahía se extendía varios kilómetros al norte y al este en dirección a Puerto Helenia. Aquellos escarpados farallones no estaban poblados, a excepción de un pequeño faro de la navegación. Las ramas de los pinos del acantilado se agitaban suavemente con la brisa marina.

Hacia el sur, sin embargo, al otro lado del angosto pasadizo, las cosas eran bastante distintas. Más allá del varado buque de guerra, el terreno había sido transformado. La vegetación había sido arrancada y los contornos de los acantilados alterados. De un lugar que el cabo ocultaba, se levantaba polvo. Un enjambre de flotadores y vehículos pesados iba y venía zumbando en aquella dirección.

Mucho más al sur, cerca del cosmódromo, se habían construido nuevos domos que formaban parte de la red de defensa *gubru*: unas instalaciones que las guerrillas urbanas sólo habían inutilizado parcialmente en su abortada insurrección. Pero el vehículo no parecía dirigirse hacia allí. En cambio viró hacia la nueva construcción que se asentaba en las estrechas vertientes rocosas entre la Bahía de Aspinal y el mar de Cilmar.

Fiben sabía que era inútil preguntar a sus anfitriones qué estaba ocurriendo. Los sirvientes y técnicos *kwackoo* eran amables, pero su cortesía era muy formal. Seguramente habían recibido órdenes al respecto y no les brindaban demasiada información.

Gaillet se unió a él junto a la barandilla y le tocó el codo.

—Mira —le dijo casi en un susurro.

Juntos contemplaron cómo el vehículo ganaba altura sobre los acantilados.

Cerca del océano, la cima de una colina había sido aplanada. En su base se arracimaban edificios que Fiben reconoció como plantas de energía protónica, y de los cuales salían unos cables que se dirigían hacia arriba por las laderas. En lo alto había una estructura hemisférica que brillaba como un bol de mármol invertido bajo los rayos del sol.

—¿Qué es eso? ¿Un proyector de campos de fuerza? ¿Algún tipo de arma?

Fiben asintió, luego sacudió la cabeza negativamente y finalmente se encogió de hombros.

—Me doy por vencido. No parece militar, pero sea lo que sea, necesita mucho jugo para alimentarse. Mira esas plantas de energía. ¡Oh, Ifni!

Sobre ellos se deslizó una sombra, no con la algodonosa y deshilachada frescura de una nube que pasa ante el sol, sino con el repentino y penetrante frío de algo

sólido y enorme que retumbaba sobre sus cabezas. Fiben tembló, y no sólo por el descenso de temperatura. Gaillet y él no pudieron evitar agacharse cuando el gigantesco transporte aéreo pasó apenas unos cientos de metros más arriba. Sus anfitriones, los pájaros, no parecían alterados. El Suzerano permaneció en su percha, ignorando plácidamente los ruidosos campos magnéticos que habían hecho temblar a los chimps.

*No les gustan las sorpresas, pensó Fiben, pero cuando saben lo que está pasando, se quedan impasibles.*

El vehículo en el que viajaban inició un largo, lento y perezoso recorrido alrededor del perímetro del lugar de las obras. Fiben estaba examinando el blanco bol cuando el *kwackoo* de la cresta roja se le acercó inclinando levemente la cabeza.

—El Más Grande se digna... os concede la gracia... y quiere sugerir cooperación... complementariedad de objetivos y aspiraciones.

En el otro extremo del vehículo, el Suzerano de la Idoneidad estaba posado majestuosamente en su percha.

A Fiben le hubiera gustado poder leer la expresión del rostro del *gubru*. *¿Qué tendrá en mente el pajarraco?*, se preguntó, aunque no estaba del todo seguro de querer saberlo.

Gaillet le devolvió al *kwackoo* la leve inclinación.

—Por favor, dile a tu honorable tutor que escucharemos su oferta con toda humildad.

El galáctico-Tres del Suzerano era ampuloso y formal, adornado con melindrosos y elegantes pasos de danza. La traducción del vodor no era de mucha ayuda para Fiben y decidió mirar a Gaillet en lugar de al alienígena mientras intentaba adivinar de qué demonios estaban hablando.

—... una aceptable revisión del Ritual de Elección del Asesor de Elevación... que puede ser llevada a cabo durante épocas de tensión, por los principales representantes de los pupilos... si se realiza verdaderamente según los intereses de su raza tutora...

Gaillet estaba visiblemente agitada. Sus labios eran una fina línea y sus dedos entrecruzados estaban blancos por la presión. Cuando el Suzerano dejó de piar, el vodor continuó unos instantes más y luego el silencio se cernió sobre ellos. No quedó más que el silbido del aire y el débil zumbido de los motores del vehículo.

Gaillet tragó saliva y se inclinó ante el alienígena. Parecía tener problemas en encontrar las palabras adecuadas.

*Tu puedes hacerlo*, la instó Fiben en silencio. El bloqueo del habla era algo que podía ocurrirle a cualquier chimp, en especial ante una presión como aquella, pero él no osaba hacer nada para ayudarla.

Gaillet tosió, tragó saliva de nuevo y consiguió recobrar la voz.

—Honor... honorable señor, no podemos hablar en nombre de nuestros tutores, y tampoco en nombre de todos los chimps de Garth. Lo que usted nos pide es... es...

El Suzerano tomó de nuevo la palabra, como si la chima hubiese acabado su respuesta. O quizá simplemente no se consideraba descortés que un tutor interrumpiese a un pupilo.

—No tenéis necesidad, no necesitáis... responder ahora —tradujo el vodor mientras el Suzerano piaba y se movía en su percha—. Estudiad, analizad, considerad... el material que os será dado. Esta oportunidad constituirá una ventaja para vosotros.

Los gorjeos cesaron otra vez, seguidos por el zumbante vodor. Entonces el Suzerano pareció darles permiso para que se retirasen con un sencillo cerrar de ojos.

Como si obedeciese a alguna señal invisible para Fiben, el piloto se alejó de la frenética actividad que tenía lugar en la cima de la allanada colina y entiló el aparato hacia el norte, cruzando la bahía en dirección a Puerto Helenia. Pronto el buque de guerra de la ensenada, gigantesco e imperturbable, quedó atrás entre su espiral de brumas y arcos iris.

Fiben y Gaillet siguieron a un *kwackoo* hasta los asientos traseros del vehículo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fiben a Gaillet entre susurros—. ¿Qué decía esa maldita cosa sobre cierto tipo de ceremonia? ¿Qué quiere de nosotros?

—¡Sssh! —Gaillet le hizo una seña para que se callara—. Te lo explicaré después, Fiben. Ahora, por favor, déjame pensar.

Gaillet se instaló en un rincón, rodeándose las rodillas con los brazos. Con expresión ausente, comenzó a rascarse la pierna izquierda. Sus ojos no miraban a ningún sitio y cuando Fiben le hizo una seña para ofrecerse a rascarla, ella ni siquiera reaccionó. Tenía los ojos puestos en el horizonte, como si su mente estuviera muy lejos.

Al regresar a la celda, se dieron cuenta de que se habían producido muchos cambios.

—Supongo que hemos superado todos esos tests —dijo Fiben mirando las transformaciones de su aposento.

Poco después de la primera visita del Suzerano, aquella oscura noche, hacía pocas semanas, habían quitado las cadenas. También habían cambiado la paja del suelo por unos colchones y se les había permitido tener libros en la celda.

Ahora, durante su ausencia, habían añadido una lujosa alfombra y cubierto casi por completo una de las paredes con un holo-tapiz. Encontraron además comodidades tales como camas, sillas, un escritorio y hasta un equipo de música.

—Un soborno —murmuró Fiben mientras seleccionaba algunos cubos de grabación—. Maldita sea, hay algo que quieren de nosotros. Tal vez la Resistencia no esté del todo vencida. Quizá Athaclena y Robert los están agujoneando y quieren que

nosotros...

—Esto no tiene nada que ver con tu general, Fiben —comentó Gaillet en voz baja, casi en un susurro—. O al menos, no demasiado. Es algo mucho más importante que eso. —Su expresión era tensa. Durante todo el camino de regreso había estado nerviosa y callada. A veces Fiben creía poder oír ruedas que giraban en el interior de la cabeza de la chima.

Gaillet le hizo una seña para que la acompañase hasta la nueva holo-pared. En aquel momento estaba programada para representar una escena tridimensional de formas y diseños abstractos; una visión aparentemente interminable de cubos, esferas y brillantes pirámides que se extendían en la distancia infinita. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas y se entretenía con el mando.

—Es un aparato muy caro —dijo un poco más alto de lo necesario—. Vamos a divertirnos un rato y ver qué podemos hacer con él.

Cuando Fiben se sentó a su lado, las formas euclidianas se emborronaron y desaparecieron. El mando chasqueó bajo los dedos de Gaillet y de repente apareció una nueva escena. La pared parecía ahora abrirse ante una vasta y arenosa playa. Las nubes, preñadas de tormenta, se arracimaban en el bajo y grisáceo horizonte. Las olas rompían a menos de veinte metros de distancia, de un modo tan realista que las fosas nasales de Fiben se ensancharon como si quisiera oler la sal del mar.

Gaillet estaba concentrada en el mando y Fiben la oyó murmurar:

—Éste debe de ser el cebo —el casi perfecto paisaje marítimo fluctuó y en su lugar apareció de pronto un muro de verdor vegetal, una escena de jungla, tan cercana y tan real que Fiben sintió que casi podía saltar y escapar entre sus verdes brumas, como si fuera uno de esos míticos «aparatos de teletransporte» que aparecían en las novelas, y no un holo-tapiz de calidad.

Contempló la escena que había escogido Gaillet. Fiben comprendió de inmediato que no era una jungla de Garth. La densa foresta tropical formaba una viva, vibrante y ruidosa escena, llena de color y variedad. Los pájaros graznaban y los monos gritaban.

*Entonces es la Tierra*, pensó él, y se preguntó si la Galaxia le permitiría alguna vez ver cumplido su sueño de visitar su planeta natal. *Totalmente improbable, tal como van las cosas.*

La voz de Gaillet lo distrajo de sus cavilaciones.

—Déjame que ajuste aquí la imagen, sólo para hacerla más real.

El volumen del sonido aumentó. El ruido de la jungla los envolvía. *¿Qué está tratando de hacer Gaillet?*, se preguntó Fiben.

De pronto notó algo. Mientras la chima manipulaba el control del volumen, su mano izquierda se movió de una forma brusca pero elocuente. Fiben parpadeó. Era un lenguaje infantil, el lenguaje manual que utilizan todos los chimps hasta cumplir los

cuatro años, en que empiezan a expresarse con palabras.

*Mayores escuchando*, expresó.

Los sonidos de la jungla parecían llenar la habitación mientras rebotaban contra las otras paredes.

—Así —dijo ella en voz baja—. Ahora no pueden escucharnos y podemos hablar abiertamente.

—Pero... —empezó a objetar Fiben, mas vio el signo de nuevo: *mayores escuchando*...

Una vez más creció su respeto hacia la inteligencia de Gaillet. Ella sabía, por supuesto, que aquel sencillo método no impediría que los entrometidos escucharan todas sus palabras. Pero los *gubru* y sus agentes podían imaginar que los chimps se dejaban engañar y pensarían que así era. Si ambos actuaban como si lo creyesen, estarían a salvo de escuchas clandestinas...

*Vaya tela más complicada que estamos tejiendo*, pensó Fiben. Aquello era un auténtico rollo de espías.

Incluso divertido, en cierto modo.

Pero sabía que también era extremadamente arriesgado.

—El Suzerano de la Idoneidad tiene un problema —dijo Gaillet en voz alta. Sus manos permanecían inmóviles sobre su regazo.

—¿Eso te dijo? Pero si los *gubru* están en apuros ¿por qué...?

—Yo no he dicho los *gubru*, aunque creo que también lo están. Yo me refería al Suzerano de la Idoneidad. Tiene problemas con sus compañeros. El sacerdote cometió un serio error en determinado asunto, hace un tiempo, y ahora parece que tiene que pagar las consecuencias.

Fiben permaneció callado, asombrado de que el altivo señor alienígena se hubiera dignado contar tales cosas a un gusano de pupilo terrestre. No se sentía cómodo con la idea. Tales confidencias podían resultar peligrosas.

—¿De qué error se trata? —preguntó al fin.

—Bueno, resulta que hace unos meses —prosiguió Gaillet rascándose la rodilla—, insistió para que enviaran a muchos grupos de soldados de Garra y de científicos a las montañas.

—¿Para qué?

—Buscaban *garthianos* —el rostro de Gaillet adoptó una expresión de impasibilidad total.

—Buscaban ¿qué? —Fiben parpadeó y luego se echó a reír, pero se interrumpió bruscamente al ver el movimiento de aviso de sus ojos. La mano con que se rascaba la rodilla se dobló e hizo un gesto que significaba cuidado.

—*Garthianos* —repitió ella.

*¡Qué superstición absurda!*, pensó Fiben. *Los chimps ignorantes de carnet*



*amarillo narran cuentos de garthianos para asustar a sus niños.* Resultaba divertido pensar que los refinados *gubru* habían caído en aquellas increíbles patrañas.

Pero no parecía que Gaillet encontrase la idea divertida.

—Puedes imaginar lo excitado que debía de estar el Suzerano cuando tenía razones para pensar que los *garthianos* existían. Imagina qué golpe tan fantástico para un clan que reivindicara derechos de adopción de una raza presensitiva superviviente del holocausto de los *bururalli*. La anulación inmediata de los derechos de inquilinato de la Tierra habría sido la más pequeña de las consecuencias.

—Pero... pero ¿qué le hizo pensar por primera vez que...?

—Al parecer, Uthacalthing, nuestro embajador *tymbrimi*, fue en gran parte responsable de la idea del Suzerano. ¿Te acuerdas, Fiben, del día que explotó la cancillería, cuando intentaste entrar en la Reserva Diplomática Tymbrimi?

Fiben abrió la boca y volvió a cerrarla. Intentó pensar. ¿Qué clase de juego jugaba ahora Gaillet?

Era obvio que el Suzerano de la Idoneidad sabía que Fiben era el chimp que habían visto escapar, entre el humo y el hedor de oficinistas *gubru* a la plancha, el día de la explosión de la antigua embajada *tymbrimi*. Sabía que había sido Fiben quien jugara un frustrado juego del escondite con el guardián de la Reserva y que, más tarde, escapara por la pared del acantilado ante los mismísimos picos de un pelotón de soldados de Garra.

¿Lo sabía porque Gaillet se lo había dicho? Si era así, ¿le había contado ella también el asunto del mensaje secreto que Fiben había encontrado en la parte trasera de la Reserva y que había entregado a Athaclena?

No le pudo preguntar todo aquello. Los ojos de la chima le instaban, con su expresión de aviso, a permanecer en silencio. *Espero que sepa lo que está haciendo*, deseó con fervor. Fiben sentía húmedas las axilas. Se secó una gota de sudor de la frente.

—Sigue —le dijo con voz seca.

—Tu visita invalidó la inmunidad diplomática y dio a los *gubru* la excusa que necesitaban para violar la Reserva. Entonces los *gubru* creyeron tener un auténtico golpe de suerte pues el mecanismo de autodestrucción falló parcialmente. Dentro había pruebas, Fiben, pruebas pertenecientes a las investigaciones privadas llevadas a cabo por el embajador *tymbrimi* sobre la cuestión de los *garthianos*.

—¿Por Uthacalthing? Pero... —entonces Fiben comprendió. Miró a Gaillet aturdido, y luego se dobló hacia adelante y se puso a toser para disimular las carcajadas. La risa parecía un torrente de agua que le brotaba en el pecho, una fuerza con movimiento propio, apenas contenible. Un repentino y breve intervalo de afasia fue en realidad como una bendición pues le libró de la reprimenda de Gaillet. Tosió un poco más y se golpeó el pecho.

—Perdona —dijo en voz baja.

—Los *gubru* creen ahora que las pruebas eran falsas, una inteligente artimaña — prosiguió ella.

*No me extraña*, pensó Fiben en silencio.

—Además de las informaciones falsas, Uthacalthing también se las ingenió para que desaparecieran de la Biblioteca Planetaria los archivos referentes a la Elevación, para hacerle creer al Suzerano que había algo que ocultar. A los *gubru* les costó mucho darse cuenta de que Uthacalthing los había engañado. Hicieron traer, por ejemplo, una Biblioteca Planetaria de investigación. Y antes de conocer la verdad, perdieron muchos soldados y científicos en las montañas.

—¿Los perdieron? —Fiben se echó a hacia adelante—. ¿Cómo los perdieron?

—Tropas irregulares de chimps —respondió Gaillet sucintamente. Y de nuevo había en sus ojos una mirada de advertencia. *Vamos, Gaillet*, pensó. *No soy tan idiota*. Sabía que de ningún modo debía hablar de Robert o Athaclena. Ni siquiera quería pensar en ellos.

Y, sin embargo, apenas pudo reprimir una sonrisa. ¡Por eso los *kwackoo* eran tan amables! Si los chimps estaban llevando a cabo una guerra inteligente sin contravenir las normas oficiales, entonces todos los chimps tenían que ser tratados con un mínimo grado de respeto.

Los chimps de la montaña sobrevivieron esa primera vez. ¡Seguro que han estado hostigando al enemigo y siguen haciéndolo! Sabía que tenía libertad para mostrar cierta exaltación, puesto que ésta formaba parte de su carácter.

Gaillet tenía una leve sonrisa dibujada en el rostro. Esas noticias debieron causarle una mezcla de sentimientos contradictorios, porque, después de todo, el grupo insurgente del que ella formaba parte había tenido mucha peor suerte.

*Así que*, pensó Fiben, *la elaborada artimaña de Uthacalthing convenció a los gubru de que en el planeta había algo al menos tan importante como tomar a los humanos de la colonia como rehenes: ¡los garthianos!*

*¡Imagínate! Se fueron a las montañas a la caza de un mito. Y de algún modo, la general encontró la forma de golpearlos en cuanto estuvieron a su alcance.*

*Oh, siento mucho haber pensado esas cosas de su viejo. ¡Qué broma tan magnífica, Uthacalthing!*

*Pero ahora los invasores ya saben la verdad. Me pregunto si...*

Fiben levantó la vista y vio que Gaillet lo estaba mirando en forma penetrante, como si leyera sus pensamientos. Finalmente Fiben comprendió una de las razones que le impedían ser totalmente franca y abierta con él. *Tenemos que tomar una decisión*, pensó. *¿Hemos de intentar mentir a los gubru?*

Gaillet y él podían tratar de prolongar durante cierto tiempo la broma pesada de Uthacalthing. Tal vez consiguieran convencer al Suzerano para que saliera una vez

más a la caza de los míticos oriundos de Garth. Con que un solo grupo de enemigos se pusiera a tiro de los rebeldes de las montañas, el esfuerzo ya habría merecido la pena. Pero ¿tenían Gaillet y él la sutileza necesaria para llevar a cabo una patraña como aquélla? ¿Cómo lo harían?

Apenas podía imaginarlo. *Oh, sí, mi señor, los garthianos existen; sí, mi jefe. Puede confiar en un chimp, sí, señor.* O alternativamente adoptar la postura psicológica opuesta. *¡No, a través de mí no sabrán...!*

Pero eso no se parecía en nada al proceder de Uthacalthing, por supuesto. El tramposo *tymbrimi* había actuado sutil y astutamente con pistas falsas. Fiben ni siquiera se planteaba la posibilidad de actuar a un nivel tan refinado.

Y además, si a Gaillet y a él los descubrían tratando de engañar a los *gubru*, podían quedar descalificados para el estatus especial, cualquiera que fuera, que el Suzerano parecía haberles ofrecido aquella tarde. Fiben no tenía ni idea de lo que aquella criatura quería de ellos, pero podía significar una oportunidad para descubrir qué estaban construyendo los invasores junto al mar de Cilmar. Aquella información podía resultar vital.

*No, no merece la pena correr el riesgo,* decidió Fiben.

Tenía además que enfrentarse a otro problema: cómo comunicar a Gaillet aquellos pensamientos.

—Hasta la raza de sofontes más refinada puede cometer errores —dijo despacio y con una cuidada pronunciación—. En especial cuando se encuentran en un medio desconocido —fingió que se buscaba una pulga e hizo un signo que significaba: *¿ha terminado ya el juego?*

—El error ya se ha superado —asintió Gaillet—, ya no tienen dudas de que los *garthianos* son un mito. Los *gubru* están convencidos de que sólo era una trampa *tymbrimi*. Y de todas formas, tengo la impresión de que los otros Suzeranos, los que comparten el mando con el sumo sacerdote, no van a permitir más incursiones inútiles en las montañas donde pueden ser atacados por las guerrillas.

Fiben levantó bruscamente la cabeza y sintió que su corazón se aceleraba durante unos breves instantes.

Entonces entendió lo que Gaillet había querido decir, cómo había pronunciado la última palabra con la intención de que captara su ambigüedad. <sup>[4]</sup> Los homónimos eran uno de los muchos inconvenientes que el inglés moderno había heredado del inglés, el chino y el japonés de las antiguas épocas. Mientras que las lenguas galácticas habían sido estructuradas para comunicar la máxima información y eliminar las ambigüedades, las lenguas lobeznas habían evolucionado de forma chapucera y disparatada, con grandes complicaciones, tales como palabras con idéntico sonido y diferente significado.

Fiben advirtió que tenía los puños apretados y se obligó a relajarse. *Guerrillas, no*

gorilas. Ella no sabe nada sobre el proyecto de Elevación clandestina en las montañas y no tiene ni idea de lo irónico que ha resultado su comentario.

Una razón más para terminar, de una vez por todas, con la «broma» de Uthacalthing. El *tymbrimi* ignoraba lo que ocurría en el centro Howletts tanto como su hija. Si hubiera conocido el trabajo secreto que se estaba llevando a cabo allí, Uthacalthing hubiera elegido una artimaña distinta y no habría enviado a los *gubru* precisamente a aquellas montañas.

*Los gubru no deben regresar a las Montañas de Mulun. Es sólo cuestión de suerte que no hayan descubierto todavía a los gorilas.*

—Pájaros cretinos —murmuró, siguiendo la corriente a Gaillet—. ¡Mira que creerse un estúpido cuento popular de los lobeznos! Después de los *garthianos*, ¿a quién irán a buscar? ¿A Peter Pan?

—Tienes que intentar ser más respetuoso —por fuera su expresión era de reprobación, pero Fiben sabía que por dentro ella sentía una intensa corriente de simpatía. Tal vez sus razones eran diferentes, pero en aquello estaban de acuerdo. La broma de Uthacalthing había terminado.

—Nosotros somos su próximo objetivo, Fiben.

—¿Nosotros? —preguntó asombrado.

—Me parece —prosiguió ella tras asentir— que a los *gubru* no les está yendo muy bien en la guerra. No han encontrado la nave de los delfines que todo el mundo anda buscando en el otro extremo de la Galaxia. Y el hecho de tomar Garth como rehén no parece que haya afectado demasiado a la Tierra ni a los *tymbrimi*. Lo único que han conseguido es que se endurezca la Resistencia y que algunos clanes, antes neutrales, muestren su simpatía hacia la Tierra. Fiben frunció el ceño. Hacía tanto tiempo que no pensaba en aquellas repercusiones más amplias, en la confusión que reinaba a lo largo y ancho de las Cinco Galaxias, en el *Streaker*, en el asedio a la Tierra... ¿Cuánto sabía Gaillet en realidad y cuánto era mera especulación?

En la pantalla apareció un gran pájaro negro con un inmenso pico de brillantes colores, que se posó con un susurro muy cerca de la alfombra donde Fiben y Gaillet estaban sentados. Dio un paso hacia adelante mientras parecía mirar a Fiben, primero con un ojo y luego con el otro. El tucán le recordaba tanto al Suzerano de la Idoneidad que le provocó un estremecimiento.

—Además —continuó Gaillet—, esta empresa de Garth parece implicar un gasto excesivo y las finanzas *gubru* no pueden permitírselo, en especial si regresa la paz a la Sociedad Galáctica y el Instituto para la Guerra Civilizada los obliga a devolver el planeta dentro de pocas décadas. Me figuro que están buscando con mucho ahínco una forma de sacar provecho de todo esto.

—Toda esa construcción al sur de la bahía forma parte de ello ¿no? —preguntó Fiben en un arranque de inspiración—. ¿Es un plan del Suzerano para resarcirse de su

error?

—Supongo que sí. —Gaillet frunció los labios—. ¿Has pensado qué es ese edificio?

El pájaro de múltiples colores graznó agudamente y dio la impresión de estar riéndose de Fiben. Pero cuando éste lo miró, había vuelto su atención al serio asunto de picotear entre los imaginarios detritos del suelo de la jungla.

—Dímelo tú —Fiben volvió a mirar a Gaillet.

—No estoy segura de recordar bien todo lo que dijo el Suzerano y traducirlo. Acuérdate de que estaba muy nerviosa —cerró los ojos unos instantes—. ¿Significaba algo para ti una derivación hiperespacial?

El pájaro de la pared levantó vuelo entre una explosión de plumas y hojas cuando Fiben se puso en pie de un salto. Miró a Gaillet con incredulidad.

—Una ¿qué? Pero... pero eso es una locura. ¿Construyen una derivación en la superficie de un planeta? Eso no...

Entonces se interrumpió al recordar el gran bol de mármol y las monumentales plantas de energía. Sintió que le temblaban los labios y juntó las manos apretando entre sí ambos pulgares. Así Fiben recordó que oficialmente era casi igual a un hombre y que tenía que ser capaz de pensar como uno de ellos al enfrentarse con tan increíble probabilidad.

—Pero ¿para...? —susurró, lamiéndose los labios e intentando concentrarse en las palabras—... ¿para qué?

—Eso no lo tengo claro —respondió Gaillet. Apenas podía oírla debido a los sonidos de la jungla imaginaria. La chima hizo con el dedo una señal en la alfombra, una señal que significaba confusión—. Creo que originariamente estaba destinado a alguna ceremonia, en caso de que hubieran encontrado *garthianos* y reivindicado sus derechos sobre ellos. Ahora el Suzerano tiene que buscar algo que justifique su inversión, encontrar otro uso para la derivación.

—Si entendí bien al líder *gubru*, quiere utilizar la derivación con nosotros.

Fiben se sentó de nuevo. Durante un buen rato permanecieron sin mirarse. Sólo se percibían los sonidos amplificadas de la jungla, los colores de una luminiscente niebla que se deslizaba entre las hojas de la holográfica jungla tropical, y el inaudible murmullo de su incierto temor. El facsímil de un brillante pájaro los miró un rato más desde la réplica de una elevada rama, pero, cuando la fantasmagórica niebla se convirtió en lluvia, desplegó finalmente sus ficticias alas y levantó vuelo.

## UTHALCALTHING

El *thenanio* era obstinado. Parecía no haber forma de poder comunicar con él.

Kault era casi como un estereotipo, una caricatura de su raza: brusco, franco, excesivamente pundonoroso y tan confiado que amenazaba con provocar en Uthacalthing ataques de frustración. El glifo *teev'nus* era incapaz de expresar el desconcierto del *tymbrimi*. Durante los últimos días, algo más fuerte había empezado a tomar forma en los zarcillos de su corona; algo punzante y evocador de las metáforas humanas.

Uthacalthing se dio cuenta de que empezaba a estar «resentido».

¿Qué se necesitaba para despertar las sospechas de Kault? Uthacalthing se preguntó si tendría que fingir que hablaba en sueños para dejar escapar espantosos indicios y confesiones. ¿Había algo que picase la curiosidad de la dura cabeza del *thenanio*? ¿O debía tal vez abandonar toda sutileza, escribir toda la trama y dejar las páginas a la vista para que Kault las encontrara?

Uthacalthing sabía que entre individuos de la misma especie podían darse grandes diferencias. Y Kault era un individuo anómalo, incluso para ser *thenanio*. Seguramente nunca se le ocurriría espiar a su compañero *tymbrimi*. Era difícil concebir cómo había llegado Kault tan lejos en la carrera diplomática, aun sin tener en cuenta la raza a que pertenecía.

Por fortuna, los aspectos más negros de la naturaleza *thenania* no estaban acentuados en él. Al parecer, los miembros de la facción de Kault no eran tan relamidamente mojigatos ni estaban tan convencidos de tener siempre razón como los encargados de la política del clan. Y lo malo era que, si la broma planeada por Uthacalthing llegaba a tener éxito, debilitaría aún más a esa facción moderada.

Lamentable. Pero, de todas formas, se necesitaría un milagro para que el grupo de Kault tuviera acceso al poder, se consoló Uthacalthing.

Además, dada la dirección que estaban tomando las cosas, iba a ser liberado de la obligación moral de preocuparse por las consecuencias de su pesada broma. Por el momento no había conseguido nada. Hasta entonces, había sido un viaje de lo más frustrante. Su única compensación era que, al menos, no se hallaba en una prisión *gubru*.

Se encontraban en una baja y ondulante campiña que ascendía inexorablemente hacia las vertientes meridionales de las Montañas de Mulun. El ecosistema de los llanos, de famélicas especies, iba dando paso gradualmente a un escenario algo menos monótono: árboles achaparrados y erosionadas terrazas cuyas rojizas y ocres capas de sedimento brillaban bajo la luz matutina, como si centellearan con el

conocimiento secreto de días muy lejanos.

Mientras que la fatigosa caminata los acercaba cada vez más a las montañas, Uthacalthing siguió corrigiendo el rumbo, guiándose por un cierto destello azul en el horizonte: un brillo tan débil que muchas veces sus ojos no podían captarlo. Sabía a ciencia cierta que el aparato visual de Kault no detectaba aquella luz en absoluto. Así había sido planeado.

Uthacalthing abría la marcha, siempre en pos del intermitente destello, mientras vigilaba la aparición de las pistas falsas. Cada vez que localizaba una, la examinaba con atención y luego, si se trataba de pisadas, las borraba a toda prisa; si era una herramienta de piedra, la tiraba lejos del camino. Al mismo tiempo, tomaba furtivas notas y las escondía cuando veía aparecer a su compañero tras el recodo del camino.

A aquellas alturas, cualquier otro habría estado muriéndose de curiosidad. Pero Kault no. Él no.

Precisamente aquella mañana le tocó a Kault abrir la marcha. El camino los llevó a lo largo del borde de un lodoso llano, todavía húmedo por el reciente inicio de las lluvias de otoño. Allí, a plena vista, cruzando el sendero, había unas huellas que no tenían más de unas horas, dejadas por alguien que obviamente caminaba sobre dos piernas y un nudillo. Pero Kault pasó sobre ellas, husmeando el aire con esas grandes ranuras respiratorias que tenía y comentando con su atronadora voz lo fresco que era el día.

Uthacalthing se consoló pensando que aquella parte de su plan siempre había sido una conjetura aventurada. Tal vez nunca daría resultado.

*Quizá no soy lo bastante inteligente. Quizá tanto la raza de Kault como la mía asignaron a sus dos tipos más obtusos como embajadores en este remoto e insignificante planeta.*

Incluso entre los humanos, los había capaces de idear algo mejor. Uno de esos legendarios agentes del Concejo de Terragens, por ejemplo.

Pero cuando se desató la crisis, no había en Garth otros *tymbrimi* más imaginativos; así que tuvo que arreglárselas él solo con el mejor plan que se le ocurrió.

Uthacalthing se preguntó por la otra mitad de su broma. Estaba claro que los *gubru* habían caído en su trampa. Pero ¿hasta qué profundidad? ¿Cuántos problemas y gastos les había ocasionado? Y, lo que era más importante desde el punto de vista de un diplomático galáctico, ¿hasta qué punto habían sido avergonzados?

Si los *gubru* resultaban ser tan estúpidos y lentos como Kault...

*Pero no, los gubru son dignos de confianza, se tranquilizó. Al menos, son diestros para los embustes y la hipocresía. Eso los convertía en enemigos más fáciles que los thenanios.*

Se protegió los ojos con la mano para contemplar cómo había avanzado la

mañana. El aire era cada vez más cálido. Oyó un chasquido y el crujir del follaje al romperse. Kault apareció ante sus ojos, unos cuantos metros más atrás, cantando una grave canción de marcha y con un bastón en la mano para abrirse paso entre los arbustos. *Si nuestros pueblos están oficialmente en guerra, ¿por qué le resulta tan difícil a Kault notar que le estoy ocultando algo?*, se preguntó Uthacalthing.

—Hummm —gruñó el *thenanio* mientras se acercaba—. ¿Por qué nos hemos detenido, colega?

Hablaba en inglés. Últimamente habían decidido, como distracción, practicar cada día una lengua diferente.

—Es casi mediodía —Uthacalthing señaló el cielo—. Será mejor que busquemos un sitio que nos permita salir del sol.

—¿Salir del sol? —la correosa cresta de Kault se hinchó—. Pero si no estamos en... Oh, ja, ja, ja. Una figura lobezna de lenguaje. Muy gracioso. Sí, Uthacalthing. Cuando Gimelhai alcanza el cénit, puede hacer que nos sintamos como si estuviéramos asándonos sobre su corteza exterior. Busquemos refugio.

No lejos de allí había un pequeño grupo de árboles zarzosos en un altozano. Kault abrió la marcha moviendo su improvisado bastón para apartar del camino la alta y verde vegetación.

A aquellas alturas ya se habían acostumbrado por completo a su rutina. A Kault le correspondía el duro trabajo de cavar un agujero cómodo, donde la tierra estaba más fresca. Las ágiles manos de Uthacalthing ataban la capa del *thenanio* en el lugar adecuado para que les proporcionase sombra. Descansaban apoyados en sus mochilas hasta que pasaba el calor del mediodía.

Mientras Uthacalthing seesteaba, Kault pasaba el tiempo introduciendo información en su pequeño ordenador. Recogía ramitas, bayas, fragmentos de cortezas y lo reducía todo a polvo entre sus grandes y fuertes dedos. Luego se lo acercaba a las ranuras olfativas antes de examinarlo con la pequeña colección de instrumentos que pudo salvar de la colisión de la nave.

La diligente labor del *thenanio* resultaba completamente frustrante para Uthacalthing. Sus concienzudas investigaciones sobre el ecosistema local habían pasado por alto todas las pistas que él había puesto en su camino.

*Tal vez sea porque fueron puestas en su camino*, pensó Uthacalthing. El *thenanio* era un tipo sistemático. Quizá su visión del mundo le impedía descubrir aquello que no encajaba en el esquema que sus atentos estudios revelaban.

*Una idea interesante.* La corona de Uthacalthing formó un glifo de agradecida sorpresa, y de pronto comprendió que el enfoque del *thenanio* no debía de ser tan difícil de manejar como él había pensado. Había asumido que era la estupidez lo que hacía a Kault impermeable a sus pistas fabricadas, pero...

*Después de todo, las pistas son falsas. Mi cómplice deja pistas para que yo las*



«encuentre» y las «esconda».

*Si Kault las ignora ¿puede deberse a que su obstinada visión del mundo sea en realidad superior? En definitiva, ha demostrado que es imposible engañarlo.*

Verdadera o no, aquélla era una idea interesante. Syrtunu empezó a tomar forma y a tratar de elevarse, pero la corona de Uthacalthing estaba flácida, demasiado perezosa para sostener al glifo.

En lugar de eso, sus pensamientos derivaron hacia Athaclena.

Sabía que su hija seguía con vida. Si intentaba conocer más detalles, podía incitar la detección de los aparatos psi del enemigo. Y sin embargo, había algo en aquellos indicios, en aquellas vibrantes tendencias latentes que se producían en los niveles de sensación *nahakieri*, que le indicaban que, si alguna vez se encontraba de nuevo con su hija en este mundo, ella tendría muchas novedades que comunicarle.

*A fin de cuentas, hay un límite para la guía que los padres pueden ejercer sobre los hijos, parecía decirle una suave voz mientras él flotaba medio dormido. Más allá de esa guía, los hijos tienen su propio destino.*

¿Y qué hay de los extraños que entren en sus vidas?, preguntó Uthacalthing a la brillante figura de su esposa, fallecida hacía tanto tiempo, que parecía flotar ante él, más allá de sus párpados cerrados.

*¿Y los maridos? ellos también la influirán, como ocurrirá a la inversa. Pero nuestro tiempo está declinando.*

Su rostro era tan claro... Se trataba de un sueño, semejante a los humanos, pero extraño entre los *tymbrimi*.

Era visual y el significado se transmitía por palabras y no por glifos. Un flujo de emoción le estremeció las puntas de los dedos.

Los ojos de Mathicluanna se separaron y su sonrisa le recordó aquel día en la capital cuando sus coronas se habían tocado por primera vez, deteniéndolo, dejándolo asombrado e inmóvil en medio de una calle abarrotada.

Medio cegado por un glifo sin nombre, había buscado el rastro de ella por los callejones, había cruzado puentes y pasado ante oscuros cafés, buscándola con una desesperación que iba en aumento, hasta que por fin la encontró aguardándolo en un banco, a no más de doce *sistaars* de donde la había captado por primera vez.

*¿If es?, preguntó ella con la voz de muchacha que tuvo hacía tanto tiempo. Nos hemos influido, hemos cambiado, pero lo que una vez fuimos siempre permanece.*

Uthacalthing se movió. La imagen de su esposa se agitó y luego desapareció entre oleadas de luz ondulante.

En el lugar que ella había ocupado flotaba el glifo *syullf-tha*, que significaba la alegría de un misterio aún no resuelto.

Se sentó suspirando.

Por algún motivo, Uthacalthing creyó que el glifo se dispensaría en la brillante

luz diurna. Pero en aquellos momentos *syullf-tha* era mucho más que un simple sueño. Sin ningún acto volitivo por su parte, el glifo se levantó y se alejó de Uthacalthing en dirección a su compañero, el enorme *thenanio*.

Kault estaba sentado de espaldas a Uthacalthing, todavía enfrascado en sus estudios, y completamente ajeno a la transformación de *syullf-tha*, que había cambiado sutilmente para convertirse en *syulff-kuonn*. Empezó a descender despacio hacia la cresta de Kault, se posó en ella y desapareció. Uthacalthing miraba, asombrado, cuando de pronto Kault gruñó y alzó la cabeza. Las ranuras respiratorias del *thenanio* silbaron al tiempo que dejaba a un lado sus instrumentos y volvía el rostro hacia Uthacalthing.

—Aquí hay algo muy extraño, colega. Algo que soy completamente incapaz de explicar.

Uthacalthing se humedeció los labios antes de hablarle.

—Dígame qué le preocupa, estimado embajador.

—Parece existir una criatura... —la voz de Kault era un grave retumbo—, una criatura que ha estado comiendo en estos campos de bayas hace poco tiempo. Ya llevo días viendo las huellas de sus incursiones alimenticias. Es una criatura grande., muy grande para ser nativa de Garth.

Uthacalthing estaba todavía acostumbrándose a la idea de que *syulff-kuonn* hubiera penetrado donde habían fracasado muchos otros glifos, más sutiles y poderosos.

—¿Sí? ¿Y eso es importante?

Kault hizo una pausa como si no estuviera seguro de la conveniencia de seguir hablando. Por último el *thenanio* suspiró.

—Amigo mío, es muy extraño. Pero debo decir que, después del holocausto bururalli, no puede haber ningún animal capaz de llegar a esos arbustos tan altos. Y su manera de alimentarse es absolutamente extraordinaria.

—Extraordinaria ¿en qué sentido?

—Le pido que no se ría de mí, colega —la cresta de Kault se inflamó, en cortas oleadas de evidente confusión.

—¿Reírme de usted? ¡Eso nunca! —mintió Uthacalthing.

—Entonces se lo diré. Ahora ya estoy convencido de que esa criatura tiene manos, Uthacalthing, estoy seguro de ello.

—Humm —comentó Uthacalthing evasivamente.

—Aquí hay un misterio, querido colega —la voz de Kault se hizo aún más grave—. En Garth pasa algo muy extraño.

Uthacalthing controló su corona y anuló toda expresión facial. En ese preciso momento se dio cuenta de por qué había sido *syulff-kuonn*, el glifo de anticipación de una broma pesada, el que penetró donde ninguno de los otros había podido.

*¡La broma era para mí!*

Uthacalthing miró más allá del borde de la zona sombreada, donde la brillante tarde había empezado a colorearse por una capa de nubes que se había formado sobre las montañas.

Su cómplice había estado dejando pistas entre los matorrales desde hacía semanas, desde que la nave *tymbrimi* cayó en el lugar que Uthacalthing había elegido de antemano, al borde de las marismas, muy al sudeste de las montañas. El pequeño Jo-Jo, el atávico chimp que ni siquiera podía hablar excepto con las manos, caminaba por delante de Uthacalthing, desnudo como un animal, y dejaba misteriosas huellas y herramientas de piedra en el camino, manteniendo un tenue contacto con Uthacalthing a través del globo guardián de color azul.

Todo formaba parte de un elaborado plan para hacer creer a Kault que en Garth existía vida presensitiva.

Pero el *thenanio* no había visto ninguna de las pistas, ninguno de los indicios preparados especialmente para él.

No, lo que Kault había notado finalmente, era al propio Jo-Jo... los rastros que el pequeño chimp había dejado al forrajear y vivir.

Uthacalthing comprendió que *syulff-kuonn* tenía toda la razón. Bromear con uno mismo era en verdad divertido.

Creyó poder oír de nuevo la voz de Mathicluanna.

—*Nunca se sabe...* —parecía decirle.

—Sorprendente —le dijo al *thenanio*—. Francamente sorprendente.

## ATHACLENA

De vez en cuando se sentía preocupada por estar acostumbrándose demasiado a los cambios. La nueva disposición de las terminaciones nerviosas, la redistribución de los tejidos adiposos, la divertida protuberancia de su nariz, tan humanoide ya... Ésas eran cosas ya tan habituales que a veces se preguntaba si podría volver alguna vez a la morfología estándar de los *tymbrimi*.

Tal pensamiento aterrorizaba a Athaclena.

Hasta ese momento había tenido buenos motivos para mantener aquellas alteraciones humaniformes.

Mientras dirigía un ejército de pupilos lobeznos medio elevados, parecerse a una hembra humana había sido algo más que una buena política. Había sido como una especie de vínculo que la había unido con los chimps y los gorilas.

*Y con Robert, naturalmente,* reconoció.

Athaclena se preguntó si alguna vez volverían a disfrutar del placer semiprohibido de las caricias entre individuos de distinta especie. En aquellos momentos parecía poco probable. Su matrimonio se había reducido a un par de firmas en un trozo de corteza de árbol: una útil maniobra política. Nada era igual que antes.

Bajó la vista y vio su reflejo en las turbias aguas que tenía ante ella.

—Ni carne ni pescado —susurró en inglés, sin recordar dónde había leído u oído aquella frase pero comprendiendo su significado metafórico. Un joven macho *tymbrimi* que la viera en su forma actual no podría contener las carcajadas. Y, por lo que se refería a Robert, bueno, hacía menos de un mes que se había sentido muy cerca de él. La creciente atracción del muchacho hacia ella, el rudo y hambriento aspecto lobezno de esa atracción, la había adulado y complacido de una forma un tanto arriesgada.

*Ahora, empero, él está otra vez entre los suyos y yo estoy sola.*

Athaclena sacudió la cabeza y decidió alejar aquellos pensamientos. Tomó un frasco y vertió un poco de agua clara en la charca para disolver así su reflejo. Cerca de la orilla se movieron unas partículas de barro y oscurecieron la delicada trama de zarcillos de las enredaderas colgantes, que se entrelazaban dentro de la charca.

Aquella era la última de una cadena de pequeñas hoyas, a pocos kilómetros de las cuevas. Athaclena trabajaba concentrándose y tomando notas, pues sabía que no era una auténtica científica y tenía que compensar aquel hecho con una extremada meticulosidad. No obstante, sus simples experimentos habían empezado a dar resultados prometedores. Si sus ayudantes regresaban del siguiente valle a tiempo,

con los datos que les había pedido, tal vez tuviera algo importante que enseñar al mayor Prathachulthorn.

*Puede que parezca un monstruo, pero aún soy tymbrimi. Tengo que demostrar mi utilidad, a pesar de que los terrestres no me consideren una guerrera.*

Su concentración era tan intensa, tan silenciosa la apacible jungla, que las repentinas palabras fueron como tronidos.

—¡Así que estás aquí, Clennie! Te he buscado por todas partes.

Athaclena se dio vuelta con tal brusquedad que estuvo a punto de derramar un frasco de un líquido color ocre. Las enredaderas que la rodeaban cayeron repentinamente, como una red que tratase de atraparla. Su pulso se aceleró durante la fracción de segundo que necesitó para reconocer a Robert, quien la miraba desde lo alto de la arqueada raíz de un casi-roble gigante.

Llevaba mocasines, una camisa sin mangas de suave gamuza y pantalones hasta la rodilla. El arco y el carcaj que se mecían a su espalda lo hacían parecer el héroe de un romance lobezno de la vieja época. Mathicluanna solía leerle esas historias cuando era niña. Le costó más tiempo del que le hubiera gustado recobrar la compostura.

—Robert, me has dado un susto.

—Lo siento, no era mi intención —el muchacho se sonrojó.

Ella sabía que eso no era totalmente cierto. La protección psi de Robert había mejorado, y se hacía evidente que estaba orgulloso de poder acercarse sin ser detectado. Una sencilla pero nítida versión de *kiniwullun* se movía como un duendecillo sobre la cabeza de Robert. Si entrecerraba los ojos, podía casi imaginar que allí había un joven macho *tymbrimi*.

Athaclena tembló. Ya había decidido que no debía permitirse tales pensamientos.

—Ven y siéntate, Robert. Cuéntame qué has estado haciendo.

Agarrándose a una enredadera, Robert se columpió ágilmente sobre la marga salpicada de hojas y pasó sobre el lugar donde ella experimentaba, para aterrizar pasada la hoya. Luego se quitó el arco y el carcaj y se sentó junto a ella con las piernas cruzadas.

—He estado buscando algún modo de ser útil —se encogió de hombros—. Phathachulthorn ha terminado de sonsacarme información. Ahora quiere utilizarme para que me ocupe de la moral de los chimps. «Tenemos que mantener a esos pequeños individuos —la voz de Robert subió un cuarto de octava al imitar el acento sudasiático del mayor del ejército de Terragens— con la moral muy alta, Oneagle. Hágales sentir que son muy importantes para la Resistencia».

Athaclena asintió, comprendiendo el significado no explícito de las palabras de Robert. A pesar de los pasados éxitos de los partisanos, era obvio que Prathachulthorn consideraba superfluos a los chimps, a lo sumo útiles como soldados rasos o en las maniobras de diversión. La misión de relacionarse con unos pupilos que eran como

niños parecía la mejor tarea que podía asignar al joven hijo de la Coordinadora Planetaria, un muchacho poco preparado y presumiblemente blando.

—Creí que a Prathachulthorn le había gustado tu idea de utilizar bacterias de digestión contra los *gubru* —dijo Athaclena.

En el rostro de Robert se dibujó un gesto desdeñoso. Cogió una ramita y la hizo girar distraídamente entre sus dedos.

—Oh, comentó que era muy interesante que las bacterias intestinales de los gorilas disolvieran los blindajes de los *gubru*. Decidió asignar a Benjamín y a otros técnicos chimps a mi proyecto.

Athaclena intentó rastrear en el oscuro esquema de los sentimientos del muchacho.

—¿La teniente McCue no te ayudó a persuadirlo?

Robert desvió la vista ante la simple mención de la joven humana y, al mismo tiempo, se puso en guardia, lo que contribuyó a confirmar algunas de las sospechas de Athaclena.

—Sí, Lydia me ayudó, pero Prathachulthorn dice que sería casi imposible enviar suficientes bacterias a las instalaciones *gubru* más importantes antes de que puedan detectarlas y neutralizarlas. Sigo teniendo la impresión de que Prathachulthorn lo considera una cuestión secundaria que quizá tenga alguna utilidad dentro de su plan principal.

—¿Sabes qué tiene en mente?

—Se limita a sonreír y a decir que les romperá el pico a esos pájaros. Se ha sabido que los *gubru* están construyendo una importante instalación al sur de Puerto Hellenia y ése sería un buen objetivo, pero no quiere dar más detalles al respecto. Después de todo, la táctica y la estrategia son para los profesionales, ya sabes.

»De todas maneras, no he venido a hablar de Prathachulthorn. He traído una cosa que quiero mostrarte —Robert se quitó la mochila y metió la mano en ella para sacar un objeto envuelto en tela. Apartó la cobertura y se lo tendió—. ¿Te parece familiar?

A primera vista parecía un montón de trapos con unas cuerdas anudadas que colgaban de sus extremos. Mirándolo de cerca, le recordó a cierto tipo de hongo seco. Robert agarró la parte más gruesa, en la que concurrían todas las delgadas fibras, y extendió las hebras hasta que el membranoso tejido se desplegó por completo bajo la suave brisa.

—Sí, sí que me recuerda algo, Robert. Yo diría que es como un pequeño paracaídas, pero evidentemente es natural, como si procediese de algún tipo de plantas —sacudió la cabeza.

—Caliente, caliente. Intenta recordar un día un tanto traumático de hace unos cuantos meses, Clennie. Un día que no creo que ninguno de los dos podamos olvidar nunca.

Sus palabras eran misteriosas, pero unos centelleos de empatía hicieron nacer sus recuerdos.

—¿Esto? —preguntó Athaclena señalando el blando y casi traslúcido material—. ¿Esto es de la hiedra en placas?

—Exacto —asintió Robert—. En primavera, las capas superiores están lozanas, elásticas, y tan rígidas que puedes arrancarlas y montarte en ellas como si fueran un trineo...

—Eso si tienes la suficiente coordinación —se burló Athaclena.

—Bueno, sí. Cuando se acerca el otoño, las placas superiores se marchitan hasta convertirse en esto —dobló la flexible placa en forma de paracaídas agarrándola por sus fibrosas hebras—. Dentro de pocas semanas, serán aún más ligeras.

—Recuerdo que me explicaste el motivo —observó Athaclena—. Es para la reproducción ¿verdad?

—Exacto. Esta pequeña vaina de esporas —abrió la mano para mostrar una diminuta cápsula en el punto donde se unían las hebras— es transportada hacia arriba por el paracaídas empujado por los vientos de final de otoño. El aire se llena de cosas de éstas, y durante algún tiempo la navegación aérea se vuelve peligrosa. En la ciudad provocan una gran confusión.

»Por fortuna, supongo, las antiguas criaturas que polinizaban a la hiedra en placas se extinguieron durante el fiasco de los *bururalli*, y ahora casi todas las vainas son estériles. Si no lo fueran, creo que la mitad del Sind estaría cubierta de hiedra en placas. Todo lo que solía alimentarse de esto también lleva muerto mucho tiempo.

—Fascinante. —Athaclena percibió un temblor en el aura de Robert—. Y tienes pensado emplear estas cosas para algo ¿verdad?

—Sí —guardó el transportador de esporas—. Tengo una idea, aunque no creo que Prathachulthorn quiera escucharme. Me tiene demasiado bien etiquetado, gracias a mi madre.

Megan Oneagle era en parte responsable de la opinión que el oficial terrestre tenía de su hijo. *¿Cómo puede una madre comprender tan poco a su hijo?*, se preguntó Athaclena. Los humanos podían haber recorrido un largo camino desde sus siglos oscuros, pero ella compadecía aún a los *k'chu-non*, los pobres lobeznos. Todavía tenían mucho que aprender.

—Tal vez Prathachulthorn no te escuche directamente, Robert, pero la teniente McCue merece toda su confianza. Estoy segura de que ella te escuchará, y después puede transmitir tu idea al mayor.

—No lo sé —Robert hizo un gesto dubitativo.

—¿Por qué no? —preguntó Athaclena—. Sé que a esa joven terrestre le gustas. De hecho, estoy casi convencida de haber detectado en su aura...

—No debes hacer eso, Clennie —le espetó Robert—. No tienes que meter las

narices en los sentimientos de los demás. No... no es asunto tuyo.

—Quizá tengas razón —ella bajó la mirada—. Pero tú eres mi amigo y esposo, Robert. Si tú estás tenso y frustrado eso es malo para ambos ¿no?

—Supongo que sí —respondió él sin mirarla.

—¿Sientes, pues, una atracción sexual hacia esa Lydia McCue? —le preguntó Athaclena—. ¿La quieres?

—No veo por qué tienes que preguntar...

—¡Porque no puedo captarte, Robert! —lo interrumpió Athaclena, algo irritada—. Ya no eres sincero conmigo. Si tienes esos sentimientos tienes que compartirlos conmigo. Tal vez yo pueda ayudarte.

—¿Ayudarme? —Ahora sí que la miraba, con el rostro ruborizado.

—Claro. Tú eres mi esposo y amigo. Si deseas a esa mujer de tu especie, ¿no debo ser yo tu colaboradora? ¿No debo ayudarte a que consigas la felicidad?

Robert se limitó a parpadear, pero ahora Athaclena encontró grietas en su poderosa coraza. Sintió que sus zarcillos flotaban sobre las orejas, rastreaban los bordes de esos puntos débiles y formaban un glifo nuevo y delicado.

—¿Te sientes culpable por tener tales sentimientos, Robert? ¿Crees que en cierto modo estás siendo desleal conmigo? —Athaclena rió—. ¡Pero si los esposos de distintas especies pueden tener amantes y esposas de su propia raza! ¡Eso tú lo sabes! ¿Qué puedo darte yo si no, Robert? Sabes que no puedo darte hijos, y si pudiera, ¡imagínate qué híbridos serían!

Esta vez Robert sonrió y desvió la mirada. En el espacio que había entre ambos el glifo de la muchacha adoptó una forma más poderosa.

—Y en lo que respecta al placer del sexo, sabes que no estoy equipada más que para dejarte insatisfecho, ¡a ti, superdotado/infradotado hombre-mono de cuerpo inadecuado! ¿Por qué no debo alegrarme si encuentras una mujer con la que puedas compartir esas cosas?

—No... no es tan sencillo como parece, Clennie. Yo...

Ella levantó una mano y sonrió, instándole a la vez a callarse y olvidarse de lo que iba a decir.

—Estoy contigo —dijo con dulzura.

La confusión del joven era como un incierto potencial cuántico, vacilando entre dos situaciones. Sus ojos se movieron rápidamente hacia arriba tratando de mirar la nada que ella había creado. Luego recordó lo que había aprendido y desvió de nuevo la mirada, permitiendo que fuera el sentido de la captación el que lo abriera al glifo que ella le había regalado.

*La'thsthoon* flotaba y bailaba, llamándolo por señas. Robert suspiró. Luego sus ojos se abrieron sorprendidos al notar que su propia aura se abría sin la intervención consciente de su voluntad, como una flor que se desplegaba.



Algo gemelo del *la'thsthoon* surgió de él, resonando y amplificándose contra la corona de Athaclena.

Dos jirones de nada, uno humano y otro *tymbrimi*, se tocaron, se separaron juguetones y volvieron a reunirse.

—No temas perder lo que tienes conmigo, Robert —susurró Athaclena—. Después de todo, ¿le sería posible a una amante humana hacer esto contigo?

Ante aquello, él sonrió y ambos compartieron la risa. Sobre sus cabezas los dos *la'thsthoon* manifestaban la intimidad que se consigue en pareja.

Sólo más tarde, después de que Robert se marchara, aflojó Athaclena la fuerte coraza con la que había rodeado sus sentimientos más profundos. Sólo cuando él se hubo marchado, se permitió reconocer los celos que sentía. *Ha ido a verla.*

Lo que Athaclena había hecho estaba bien según las normas que ella conocía: había hecho lo correcto.

Y, sin embargo, ¡era tan injusto!

*Soy un monstruo. Ya lo era antes de venir a este planeta, pero ahora soy algo totalmente irreconocible.*

Robert podía tener una amante humana, pero en ese terreno ella estaba completamente sola. Athaclena no podía buscar tal desahogo con uno de los suyos.

*Que me acariciara, que me abrazara, para que sus zarcillos se mezclaran con los míos y mi cuerpo se fusionara con el suyo. Que me hiciera sentirme en llamas.*

Athaclena advirtió con cierta sorpresa que era la primera vez que pensaba en aquellas cosas, en aquel anhelo de estar con un hombre de su propia raza; no con un amigo o un compañero de clase, sino con un amante, tal vez con una pareja sexual.

Mathicluanna y Uthacalthing le habían dicho que eso ocurriría algún día, que cada chica tenía su ritmo propio. Pero en aquellos momentos, el sentimiento era sólo amargo. Hacía que se sintiera más sola. Una parte de ella maldecía a Robert por las limitaciones de su especie. ¡Si al menos él hubiera podido cambiar también su cuerpo! ¡Si hubiesen podido encontrarse a medio camino!

Pero la *tymbrimi* era ella, un miembro de los «maestros de la adaptabilidad». Cuan lejos había llegado aquella maleabilidad se hizo evidente cuando Athaclena notó sus mejillas mojadas. Sintiéndose muy desgraciada, se secó las saladas lágrimas: las primeras de su vida.

Así la encontraron sus ayudantes horas después, cuando regresaron de las gestiones que ella les había encomendado: sentada al borde de una pequeña y lodosa charca, mientras los vientos de otoño soplaban entre las copas de los árboles y enviaban grávidas nubes en dirección este, hacia las grises montañas.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de Costes y Prevención estaba preocupado. Todos los signos indicaban un cambio, pero la aparente dirección de las cosas no era de su agrado.

Al otro extremo del pabellón, el Suzerano de Rayo y Garra paseaba nervioso ante sus ayudantes, más erguido y majestuoso que nunca. Bajo sus desarregladas plumas externas se veía un difuso brillo rojizo. A ninguno de los *gubru* presentes podía pasarle inadvertida la presencia de aquel color. Pronto, tal vez dentro de un ciclo de doce días, el proceso habría progresado más allá del punto sin retorno.

Las fuerzas de ocupación tendrían una nueva reina.

El Suzerano de Costes y Prevención reflexionaba sobre la injusticia de todo aquello mientras se arreglaba las plumas. Las suyas también habían empezado a secarse, pero todavía no presentaban signos discernibles de color.

Primero había sido elevado al puesto de candidato y jefe de la burocracia, tras la muerte de su predecesor.

Siempre había soñado con un destino así, ¡pero no con formar parte de un Triunvirato ya maduro! Cuando eso sucedió, encontró a sus compañeros en camino hacia la sexualidad y él se vio forzado a ponerse velozmente a su altura. Al principio eso pareció difícil pero luego, para sorpresa de todos, logró ganar muchos puntos. Descubrir la estupidez en que habían caído los otros dos durante el interregno permitió al Suzerano de Costes y Prevención efectuar unos importantes saltos hacia adelante.

Entonces se alcanzó un nuevo equilibrio. El almirante y el sacerdote habían resultado ser unos brillantes defensores de sus posiciones políticas.

Pero se suponía que la Muda tenía que decidirse a partir de la corrección de la política. Se suponía que el premio tenía que ser para el líder cuyos conocimientos demostraran ser los más adecuados. ¡Ésa era la forma!

No obstante, el Suzerano sabía que aquellas cuestiones se decidían a menudo por circunstancias fortuitas o por peculiaridades del metabolismo.

*O por alianza de dos en contra del tercero*, reflexionó. El Suzerano de Costes y Prevención se preguntó si había sido inteligente apoyar al militar contra el sacerdote durante las últimas semanas, dando al almirante una ventaja casi insuperable.

¡Pero no existía otra opción! Tenía que enfrentarse al sacerdote ya que el Suzerano de la Idoneidad parecía haber perdido todo control.

Al principio había surgido ese absurdo acerca de los *garthianos*. Si el anterior burócrata permaneciera vivo, tal vez hubiera podido evitar aquella extravagancia. Pero tal como había ocurrido todo, se habían dilapidado grandes cantidades: se había

mandado traer una nueva sección de la Biblioteca Planetaria, se habían enviado peligrosas expediciones a las montañas y se había empezado a construir una derivación hiperespacial para una Ceremonia de Adopción, antes de tener confirmación de que existía algo que adoptar.

Luego estaba el tema de la recuperación ecológica. El Suzerano de la Idoneidad insistía en que era esencial poner de nuevo en marcha sobre Garth el programa de los terrestres, al menos a un mínimo nivel. Pero el Suzerano de Rayo y Garra se negaba obstinadamente a que ningún humano saliese de las islas. Así que, a un precio muy elevado, se había conseguido ayuda desde fuera del planeta. Una nave llena de jardineros unten, neutrales en la actual crisis, estaba en camino. ¡Pero sólo el Gran Huevo sabía cómo les iba a pagar!

Ahora que la derivación hiperespacial estaba casi terminada, tanto el Suzerano de Rayo y Garra como el Suzerano de la Idoneidad estaban dispuestos a admitir que los rumores sobre los *garthianos* no eran más que un engaño *tymbrimi*. Pero ¿iban a permitir que se parasen las obras de construcción?

No, al parecer cada uno tenía sus razones para querer que se terminasen. Si el burócrata hubiera estado de acuerdo, eso habría supuesto un consenso, un paso hacia la política que tanto deseaban los Maestros de la Percha.

Pero ¿cómo iba a estar de acuerdo con tal estupidez?

El Suzerano de Costes y Prevención pió desalentado. El Suzerano de la Idoneidad había llegado tarde a otro coloquio. Su pasión por la rectitud no se extendía, al parecer, a la cortesía para con sus compañeros.

En esta etapa, la inicial competitividad entre los candidatos, tendría que haber empezado a transformarse en respeto, y luego en cariño, para llegar finalmente al verdadero acoplamiento. Pero ahí estaban, al borde de la Muda, y ejecutando aún la danza de la mutua aversión.

El Suzerano de Costes y Prevención no se sentía feliz por el modo en que se estaban desarrollando las cosas, pero al menos estaría satisfecho si todo continuaba en la misma dirección que hasta ahora y si finalmente el Suzerano de la Idoneidad se veía obligado a bajar de su altiva percha.

Un ayudante se aproximó al jefe de la burocracia y éste tomó la plancha de mensajes que le tendía. Tras enterarse de su contenido, permaneció pensativo.

Fuera había una conmoción, sin duda el tercer compañero llegaba por fin. Pero el Suzerano de Costes y Prevención aún consideró durante unos instantes el mensaje que había recibido de sus espías.

*Pronto, sí, pronto. Pronto comprenderemos los planes secretos, planes que tal vez no sean una buena política. Quizás entonces veamos un cambio, un cambio en la sexualidad... pronto.*

## FIBEN

Le dolía la cabeza.

En sus tiempos de estudiante en la Universidad, también se había visto obligado a estudiar hora tras hora durante muchos días, para preparar los exámenes. Fiben nunca se había considerado un chimp inteligente y los exámenes solían ponerlo enfermo aun antes de enfrentarse a ellos.

Pero en aquella época, al menos, había también actividades adicionales, viajes a casa y «momentos de respiro», en los que un chimp podía descansar y divertirse.

Y, en la Universidad, algunos de los profesores le gustaban. Pero en aquel momento, ya no podía aguantar a Gaillet Jones ni un minuto más.

—¿Así que crees que la Sociología Galáctica es pesada y aburrida? —le recriminaba Gaillet después de que él hubiera tirado los libros al suelo enojado y se dedicara a pasear nervioso por el otro extremo de la celda—. Bueno, lo siento, pero la asignatura no es Ecología Planetaria. De ser así, tú podrías ser el profesor y yo la alumna.

—Gracias por reconocer tal posibilidad —bufó Fiben—. Empezaba creer que lo sabías todo.

—Eso no es justo —Gaillet dejó a un lado el pesado tomo que tenía sobre las rodillas—. Sabes que faltan pocas semanas para la ceremonia. En tales circunstancias, puede ser que tú y yo tengamos que hacer de portavoces de toda nuestra raza. ¿No debemos intentar prepararnos lo mejor posible?

—¿Y cómo estás tan segura de saber qué conocimientos se considerarán importantes? ¿Quién puede decir si la Ecología Planetaria no será entonces un tema crucial?

—Podría serlo perfectamente —Gaillet se encogió de hombros.

—O la mecánica, o la navegación espacial, o... el beber cerveza a grandes tragos, o la aptitud sexual.

—En ese caso nuestra raza tendrá la suerte de que tú seas su representante ¿no? —le espetó ella. Se miraron en silencio unos instantes. Finalmente Gaillet alzó una mano—. Lo siento, Fiben. Sé que todo esto te resulta fastidioso, pero yo tampoco he pedido que me pusieran en esta situación.

*No, pero eso no importa, pensó Fiben. Tú has sido designada para ello. Los neochimps nunca encontrarían a una chima más racional, sosegada y autocontrolada, cuando la ocasión lo requiere.*

—Y, por lo que respecta a la Sociología Galáctica, Fiben, tú ya sabes que hay muchas razones por las que se considera el tópico esencial.

Ahí estaba otra vez, esa mirada en los ojos de Gaillet. Fiben sabía que eso significaba que en sus palabras había diversos niveles.

Superficialmente, ella quería decir que los dos representantes de los chimps tenían que conocer el protocolo adecuado y pasar un buen número de rigurosas pruebas, durante los Rituales de Aceptación, o los oficiales del Instituto de Elevación declararían nulas las ceremonias.

El Suzerano de la Idoneidad había dejado muy claro que si eso ocurría, las consecuencias serían terriblemente desagradables.

Pero había otra razón por la que Gaillet quería que él supiera tanto como le fuera posible. *Pronto estaremos en una situación desde donde no habrá retorno... cuando ya no podamos echarnos atrás en nuestra decisión de cooperar con el Suzerano. Gaillet y yo no podemos discutirlo abiertamente porque los gubru pueden estar escuchando todo el tiempo. Tendremos que actuar de mutuo acuerdo, y eso para ella significa que tengo que estudiar mucho.*

¿O era simplemente que Gaillet no quería cargar con todo el peso de la decisión cuando llegase el momento?

Fiben sabía mucho más sobre civilización galáctica que antes de su captura, tal vez mucho más de lo que nunca había querido saber. Los embrollos de una cultura de tres mil millones de años de antigüedad, formada por mil clanes pendencieros de tutores y pupilos, vagamente unidos por una red de arcaicos institutos y tradiciones, eran algo que le hacía sentir vértigos. La mitad de las veces acababa hastiado y cínicamente convencido de que los galácticos eran poco más que poderosos mozuelos mal criados que combinaban las peores cualidades de las viejas naciones-estado de la Tierra antes de la madurez de la Humanidad.

Pero entonces aparecía algo y Gaillet le explicaba alguna tradición o principio que demostraba su extraña sutileza y su bien ganada sabiduría, desarrollada durante cientos de millones de años.

Estaba llegando a un punto en que ya no sabía que pensar.

—Necesito que me dé el aire —le dijo—. Me voy a dar un paseo —fue hacia el perchero y cogió su abrigo—. Volveré más o menos dentro de una hora.

Dio unos golpecitos a la puerta y ésta se abrió. La cruzó y volvió a cerrarla a sus espaldas sin mirar atrás.

—¿Necesitas escolta, Fiben?

La chima Sylvie introducía datos en un ordenador. Llevaba un sencillo vestido de manga larga que le llegaba hasta los tobillos. Al verla así, resultaba difícil imaginársela sobre el montículo de la danza en «La Uva del Simio», llevando a una multitud de chimps al borde de la violencia. Su sonrisa era titubeante, casi tímida, y aquella noche parecía más nerviosa que de costumbre.

—¿Y si te digo que no? —le preguntó. Pero antes de que Sylvie pudiera

alarmarse, sonrió y continuó—. Era una broma. Claro, Sylvie. Asígneme a Rover Doce. Es un viejo globo muy simpático y no asusta demasiado a los nativos.

—Robot de vigilancia RVG-12, registrado como escolta de Fiben Bolger en su salida al exterior —dijo ella ante el ordenador.

A sus espaldas se abrió una puerta, en el extremo del pasillo, y apareció flotando un globo de vigilancia remota, una sencilla versión de los robots de batalla, cuya única misión consistía en acompañar a un prisionero y vigilar para que no se escapara.

—Que tengas un paseo agradable, Fiben.

—¿Es que pueden ser de otra clase para un prisionero? —guiñó el ojo a Sylvie, y fingió una actitud dura.

*El último paseo, se dijo. El que te lleva a la horca.*

—Vamos, Rover —lo llamó con una amistosa seña. La puerta silbó al tiempo que se deslizaba para dejarlo salir a una desapacible tarde de otoño.

Desde su captura habían cambiado muchas cosas. Las condiciones de su encarcelamiento se habían ido suavizando a medida que Gaillet y él parecían ir cobrando importancia para el inescrutable plan del Suzerano de la Idoneidad. *Sigo odiando este sitio*, pensaba Fiben mientras bajaba las escaleras de cemento y se dirigía hacia la puerta exterior atravesando un descuidado jardín. En los ángulos de la alta pared giraban unos complejos robots de vigilancia. Cerca de la puerta, Fiben se encontró con los chimps guardianes.

Por fortuna, Puño de Hierro no se hallaba presente, pero los otros marginales que estaban allí no eran mucho más amables. Aunque los *gubru* aún pagaban sus servicios, parecía que sus jefes habían desertado recientemente. El programa de Elevación en Garth no había sido alterado y tampoco se había invertido la pirámide eugenésica. *El Suzerano ha intentado encontrar fallos en el sistema de Elevación de los neochimps*, pensó Fiben.

*Pero no lo debe de haber logrado. De otro modo, ¿por qué está preparando a un carnet azul y a un carnet blanco, como nosotros, para su ceremonia?*

De hecho, al utilizar marginales como ayudantes, a los invasores les había salido el tiro por la culata: la población chimp se sentía ofendida.

Entre Fiben y los guardianes de los trajes con cremallera nunca se intercambiaban palabras. El ritual estaba bien determinado. Él los ignoraba y ellos le provocaban, pero sin atreverse a llegar tan lejos como para que él pudiera quejarse. En cierta ocasión, cuando el que tenía que abrirle se demoró demasiado con las llaves, Fiben se limitó a dar media vuelta y volver a entrar en el edificio. Ni siquiera comentó nada con Sylvie. Pero en su siguiente salida aquellos guardias no estaban, y ya no volvió a verlos más.

Esta vez, obedeciendo a un impulso, Fiben rompió la tradición y les habló.

—Qué tiempo tan agradable ¿no?

El más alto de los dos marginales lo miró con sorpresa. Ese chimp tenía algo que a Fiben le parecía familiar, aunque estaba seguro de que nunca lo había visto antes.

—Tú bromeas ¿no? —el guardián levantó la vista hacia unos amenazadores cumulonimbos. Se acercaba un frente frío y la lluvia no tardaría en caer.

—Sí, bromeo —sonrió Fiben—. En realidad, hay demasiado sol para mi gusto.

El guardián lo miró con acritud y se hizo a un lado. La puerta se abrió con un chirrido y Fiben salió a un callejón lateral, con muros cubiertos de hiedra. Ni Gaillet ni él habían visto nunca a sus vecinos. Los chimps locales preferían mantenerse alejados del grupo de Puño de Hierro y de los robots de vigilancia alienígenas.

Silbaba mientras caminaba hacia la bahía, intentando ignorar el flotante globo y vigilante que lo seguía a un metro de distancia. La primera vez que le habían permitido salir de esta forma, evitó las zonas más concurridas de Puerto Helenia y se limitó a caminar por callejones y por el sector industrial, ahora casi totalmente abandonado.

Esta vez tampoco se acercó al centro comercial, pues allí los chimps se pararían a mirarlo, pero ya no sentía necesidad de evitar por completo a la gente.

En otras ocasiones había visto chimps que también iban acompañados por globos de vigilancia. Primero creyó que eran prisioneros como él. Los chimps y las chimas con ropas de trabajo se apartaban para dejarles paso y evitar su proximidad.

Después empezó a notar diferencias. Esos otros chimps escoltados, vestían finas ropas y caminaban con porte majestuoso. Los ojos facetados y las armas de los globos de vigilancia apuntaban hacia afuera, en lugar de apuntar a quienes escoltaban. *Traidores*, había pensado Fiben. Sintió una gran satisfacción al ver las miradas que muchos ciudadanos chimps lanzaban a esos colaboradores de alto nivel después de que hubieran pasado: miradas de sombrío y mal disimulado desdén.

Tras aquello, cuando regresó a la celda, estampó orgullosamente las letras P-R-I-S-I-O-N-E-R-O en la espalda de su abrigo. Desde entonces, las miradas que recibía eran mucho menos frías. Eran miradas de curiosidad y quizá de respeto.

El globo estaba programado para no dejarlo hablar con la gente. Una vez, una chima tiró un papel doblado en su camino. Fiben quiso probar la tolerancia de la máquina y se agachó a recogerlo.

Cuando recobró la conciencia, el globo lo había agarrado y lo llevaba de vuelta a la celda. Pasaron varios días hasta que se le permitió salir de nuevo.

No tenía importancia. Mereció la pena. La noticia había corrido por toda la ciudad y, a partir de entonces, los chimps y chimas lo saludaban con la cabeza cuando pasaba junto a ellos en los mercados y en las largas colas del racionamiento. Algunos incluso le enviaban pequeños mensajes de ánimo en el lenguaje manual.

*No nos han cambiado*, pensó Fiben con orgullo. Unos cuantos traidores no eran

importantes; lo que contaba era el comportamiento de la gente en su conjunto. Fiben recordó haber leído que durante la más horrible de las guerras mundiales en la Tierra, antes del Contacto, los ciudadanos de la pequeña nación de Dinamarca habían resistido todos los esfuerzos hechos por los conquistadores nazis para deshumanizarlos y se habían comportado con una asombrosa unidad y decencia. Era una historia que merecía la pena emular.

*Resistiremos*, les respondía con el lenguaje de las manos. *La Tierra no olvida y vendrá a ayudarnos.*

Se agarraba a aquella esperanza, por duras que se pusieran las cosas. Mientras aprendía de Gaillet la sutileza de las leyes galácticas, había comprendido que, aunque volviera la paz a los brazos de la espiral, eso no bastaría para expulsar a los invasores. Había muchos trucos que un clan tan antiguo como el de los *gubru* conocía, modos de invalidar el arrendamiento de un clan más débil sobre un planeta como Garth. Era evidente que una facción de aquellos enemigos pajariles quería terminar con la presencia de la Tierra en el planeta y apoderarse de éste.

Fiben sabía que el Suzerano de la Idoneidad había buscado en vano pruebas de una mala actuación terrestre en la recuperación ecológica de Garth. Pero ahora, después de la forma en que las fuerzas de ocupación habían destruido décadas de dura labor, ya no se atrevían a plantear aquel asunto.

El Suzerano también había pasado muchos meses persiguiendo a los escurridizos *garthianos*. Si esos misteriosos presensitivos hubiesen existido, la reivindicación sobre ellos hubiera justificado hasta el último céntimo gastado. Por fin habían comprendido que se trataba de una broma pesada de Uthacalthing, pero eso no había puesto fin a sus esfuerzos.

Desde el comienzo de la invasión, los *gubru* habían tratado de encontrar fallos en la forma en que eran elevados los neochimpancés, y el hecho de que, al parecer, aceptaran la existencia de chimps maduros como Gaillet, no significaba que hubieran abandonado su empeño.

Estaba además, la historia de esa maldita Ceremonia de Aceptación, cuyas implicaciones aún se le escapaban, por más que Gaillet intentara explicárselas.

Mientras caminaba por las calles dando puntapiés a las hojas arrastradas por el viento, apenas si veía a los chimps que pasaban junto a él, debido a que algunos fragmentos de las lecciones de Gaillet ocupaban su mente.

—... *los pupilos pasan por fases, cada una de las cuales está marcada por las ceremonias impuestas por el Instituto Galáctico de Elevación. Esas ceremonias son caras y pueden ser bloqueadas mediante maniobras políticas... Que los gubru se ofrezcan a financiar y apoyar una ceremonia para los pupilos de los lobeznos humanos es un hecho sin precedentes... Y el Suzerano se ofrece también a conminar a los suyos a una nueva política que lleve al cese de las hostilidades con la Tierra...*



...Hay, por supuesto, una trampa...

Oh. Fiben ya se imaginaba que habría una trampa.

Sacudió la cabeza como para alejar de ella todas aquellas palabras. Había algo anormal en Gaillet. La Elevación estaba muy bien y ella podía ser un ejemplo inigualable dentro de los neochimps, pero no era natural pensar y hablar tanto sin darle al cerebro alguna tregua.

Finalmente, llegó a una zona de los muelles donde estaban amarrados los botes de pesca para resguardarlos de la tormenta que se aproximaba. Los pájaros marinos piaban y se sumergían, intentando pescar el último bocado de comida antes de que las aguas estuviesen demasiado picadas. Uno de ellos se acercó a Fiben demasiado y fue recompensado por «Rover», el robot vigilante, con un toque de aviso. El pájaro, que no tenía más relación biológica que el propio Fiben con las aves invasoras, graznó furioso y se alejó hacia el oeste.

Fiben tomó asiento en el borde del muelle y sacó del bolsillo medio bocadillo que había guardado durante el día. Comenzó a masticar en silencio, contemplando las nubes y el agua. Por unos instantes, al menos, pudo dejar de pensar y de preocuparse. Y en el interior de su cabeza no resonaban palabras.

En esos momentos le habría bastado con un plátano, una cerveza y libertad para ser totalmente feliz.

Aproximadamente una hora más tarde, «Rover» empezó a zumbar con insistencia. El robot de vigilancia maniobró hasta una posición en que se interponía entre él y el agua, sin dejar de moverse.

Fiben se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa. Recorrió el muelle en dirección inversa y se dirigió hacia su prisión urbana entre remolinos de hojas secas. Con aquel viento, quedaban ya muy pocos chimps en las calles. Cuando llegó ante la puerta, el guardia de rostro familiar frunció el ceño pero se apresuró a dejarlo entrar.

*Siempre resulta más fácil entrar en la cárcel que salir,* pensó Fiben.

Sylvie seguía en su escritorio.

—¿Has tenido un buen paseo, Fiben?

—Hum. Deberías venir alguna vez. Podríamos pararnos en el parque y te haría mi imitación de Chita —le hizo un guiño amistoso.

—Ya la he visto, ¿no te acuerdas? No me impresionó mucho, la verdad —el tono de Sylvie no estaba muy de acuerdo con la broma. Parecía tensa—. Vamos, Fiben, voy a guardar a «Rover».

—De acuerdo —la puerta silbó al abrirse—. Buenas noches, Sylvie.

Gaillet estaba sentada en la alfombra frente a la holo-pared, que en aquel momento mostraba la escena de una calurosa sabana cubierta de calina. Levantó la vista del libro que tenía en su regazo y se quitó las gafas.

—Hola. ¿Te sientes mejor?

—Sí. Discúlpame por lo de antes. Supongo que estaba cansado de estas cuatro paredes. Ahora me pondré otra vez a estudiar.

—No hace falta, por hoy ya hemos terminado —dio unos golpecitos en la alfombra—. ¿Por qué no te sientas aquí y me rascas la espalda? Luego te la rascaré yo.

No tuvo que pedírselo dos veces. Tenía que reconocer que Gaillet era una compañera perfecta para esos juegos. Se quitó el abrigo y se sentó tras ella. La chima apoyó indolentemente la mano en la rodilla de Fiben mientras éste empezaba a recorrerle el pelo con los dedos. Gaillet cerró los ojos en seguida y comenzó a respirar con suaves y casi inaudibles suspiros.

Resultaba frustrante tratar de definir la relación que tenía con ella. No eran amantes. Para las chimas esto sólo era posible durante ciertos momentos de sus ciclos corporales, y Gaillet había dejado claro que tenía un sentido muy privado de la sexualidad, como las hembras humanas. Fiben lo había comprendido y nunca la había presionado.

El problema está que no podía quitársela de la cabeza.

Se dijo a sí mismo que no tenía que confundir su impulso sexual con otras cosas. *Tal vez esté obsesionado con ella, pero no loco por ella.* Hacer el amor con aquella chima implicaba un nivel de sometimiento que no estaba seguro de querer aceptar.

Mientras le masajeaba la espalda encontró muchos nudos de tensión.

—Oye, estás muy tensa. ¿Qué te pasa? ¿Es que los malditos *gu...* —Gaillet le propinó un fuerte pellizco en la rodilla sin cambiar siquiera de postura, y Fiben cambió rápidamente lo que iba a decir—... guardianes te han molestado? ¿Se han propasado contigo esos marginales?

—¿Y qué si lo hubieran hecho? ¿Qué podrías hacer tú? ¿Salir ahí fuera y defender mi honor? —rió, y Fiben notó que todo su cuerpo se relajaba.

Pero ocurría algo. Nunca había visto a Gaillet tan tensa.

De pronto, mientras le rascaba la espalda, sus dedos tocaron un objeto incrustado en el pelo... algo redondo, delgado, como un disco.

—Me parece que eso es un nudo de pelo —se apresuró a decir Gaillet cuando él intentó quitarlo—. Ten cuidado, Fiben.

—De acuerdo —se inclinó más—. Sí, tienes razón. Es un nudo. Voy a tener que desenredarlo con los dientes.

Cuando acercó la cara vio cómo la espalda de ella se estremecía y se sintió inundado por su dulce aroma.

*¡Justo lo que pensaba, una cápsula de mensajes!* Al aproximar el ojo, el pequeño proyector holo se iluminó. El haz de luz penetró en su iris y se ajustó automáticamente para enfocar su retina.

Se trataba sólo de unas cuantas líneas de texto. Pero lo que leyó le hizo pestañear

de sorpresa. ¡Era un documento escrito en su propio nombre!

DECLARACIÓN DE POR QUÉ ESTOY HACIENDO ESTO.  
REGISTRADA POR EL TENIENTE FIBEN BOLGES, NEOCHIMPANCÉ.

AUNQUE ESIDO TRATADO BIEN DESDE QUE ME CAPTURARON Y APRECIO EL TIPO DE ATENCIÓN QUE SE MEA DADO, ME TEMO QUE TENGO QUE SALIR DE AQUÍ. LA GUERRA CONTINÚA Y ES MI DEBER ESCAPAR SI PUEDO.

MI INTENTO DE FUGA NO SIGNIFICA NINGÚN INSULTO AL SUZERANO DE LA IDONEIDAD O AL CLAN DE LOS GUBRU. ES SÓLO QUE MI LEALTAD A LOS HUMANOS Y A MI CLAN ME EMPUJAN HA HACER ESTO.

Bajo el texto había un punto que centelleaba en color rojo, como esperando. Fiben parpadeó. Se apartó un poco, y el mensaje desapareció.

Por supuesto, él conocía aquella clase de grabaciones. Todo lo que tenía que hacer era mirar al punto rojo intensamente y el disco registraría su declaración, junto con el diseño de su retina. El documento lo ligaría tanto como un papel firmado.

*¡Escapar!* El solo pensamiento hizo que se le acelerase el corazón. *Pero... ¿cómo?*

No había dejado de advertir que en el registro sólo constaba su nombre. Si Gaillet hubiese querido ir con él, sin duda habría incluido el suyo.

Y aun en el caso de que fuera posible, ¿sería correcto hacerlo? Al parecer el Suzerano de la Idoneidad le había elegido como compañero de Gaillet en la empresa más compleja y posiblemente más arriesgada de la historia de su raza. ¿Cómo iba Fiben a desertar en una ocasión como aquélla?

Acercó de nuevo el ojo y leyó el mensaje otra vez, pensando rabiosamente.

¿Cuándo había tenido Gaillet la oportunidad de escribir algo así? ¿Estaba de algún modo en contacto con miembros de la Resistencia?

Había además otra cosa que sorprendió a Fiben negativamente. No eran sólo las faltas de ortografía y una sintaxis muy poco erudita. A la primera ojeada, Fiben comprendió que el texto necesitaba unas cuantas correcciones para ser aceptable.

Era evidente que lo había escrito otra persona, y Gaillet se limitaba a pasárselo para que lo leyera.

—Hace un rato entró Sylvie —dijo Gaillet—. Nos rascamos la una a la otra y tuvo problemas con el mismo nudo.

¡Sylvie! Por eso la chima estaba tan nerviosa cuando la encontró.

Fiben lo consideró atentamente, como si intentase ensamblar un rompecabezas.

Sylvie había puesto el disco en la piel de Gaillet... No, seguramente lo llevaría puesto ella, se lo dejaría leer a Gaillet y luego, con su permiso, lo colocaría en su espalda.

—Tal vez estaba equivocada respecto a Sylvie —prosiguió Gaillet—. Después de todo, creo que es una chima muy simpática. No estoy segura de hasta qué punto es fiable, pero me parece bastante sólida y profunda.

¿Y ahora qué le estaba diciendo Gaillet? ¿Que aquélla no era en absoluto la idea que tenía de Sylvie?

Seguramente Gaillet había tenido que considerar la propuesta de la otra chima sin poder hablar en voz alta, y tampoco podría darle a él ningún consejo. Al menos, sincero.

—Es un nudo muy difícil —dijo Fiben—. Lo intentaré de nuevo dentro de un minuto.

—De acuerdo. Tómate tu tiempo. Estoy segura de que lo desenredarás.

Le alisó el pelo en otra zona, cerca del hombro derecho, pero los pensamientos de Fiben estaban muy lejos de allí. *Vamos, piensa*, se conminó a sí mismo.

Pero todo le parecía terriblemente oscuro. Los extravagantes equipos de pruebas del Suzerano debieron de cometer un desliz cuando lo seleccionaron como a un neochimp «adelantado». En aquel momento, Fiben se sentía lejos de considerarse un verdadero ejemplo de ser sapiente.

*Muy bien, se concentró. Se me ofrece la oportunidad de escapar. Ante todo, ¿es válida esa oportunidad?*

Por un lado, Sylvie podría ser un reclamo y su oferta una trampa. ¡Pero aquello era absurdo! Por otro, Fiben nunca había dado su palabra, nunca había prometido no escapar si se le presentaba la ocasión. De hecho, como oficial de Terragens, era su deber intentarlo, en especial si podía hacerlo cortésmente, de una forma que satisficiera el puntillo galáctico.

En realidad, aceptar la oferta podía ser la respuesta correcta. Si aquello era otro de los tests de los *gubru*, la respuesta adecuada era decir que sí. Podía satisfacer a los inescrutables ETs y demostrarles que conocía bien las obligaciones de un pupilo.

Entonces, la oferta podía ser real. Fiben recordó lo agitada que estaba Sylvie hacía un rato. Había sido muy amable con él durante las últimas semanas y cualquier chimp odiaría pensar que todo había sido una comedia.

*De acuerdo, pero si es real, ¿cómo se propone llevar a cabo la fuga?*

Sólo había una forma de saberlo y era preguntárselo a ella. Cualquier intento de fuga implicaría engañar al servicio de vigilancia. Quizás existía una forma de hacerlo, pero Sylvie sólo podría utilizarla una vez. Cuando Gaillet y él empezaran a hacerle preguntas en voz alta, la decisión ya tendría que estar tomada.

*Así que lo que debo decidir es si le digo a Sylvie: «De acuerdo, vamos a oír tu plan». Si lo hago, tengo que estar ya dispuesto a irme.*

*Sí, pero ir ¿adónde?*

Sólo había una respuesta, por descontado. A las montañas, a informar a Athaclena y a Robert de todo lo que sabía. Aquello significaba que, además de salir de aquella cárcel, tendría que hacerlo de Puerto Helenia.

—Los *soro* cuentan una historia —dijo Gaillet en voz baja. Tenía los ojos cerrados y parecía casi totalmente relajada mientras él le rascaba el hombro—. Cuentan que cierto guerrero *paha*, en la época en que los *paha* estaban en el camino de la Elevación... ¿quieres oírla?

—Claro que sí, cuéntamela Gaillet —asintió Fiben intrigado.

—Bueno. Seguro que has oído hablar de los *paha*. Son unos bravos guerreros y muy leales a sus tutores, los *soro*. En aquella época salían muy airosos de las pruebas a que eran sometidos por el Instituto de Elevación. Así que, un día, los *soro* decidieron darles alguna responsabilidad y mandaron a varios de ellos a proteger a un emisario que se dirigía al Clan de las Siete Rotaciones.

—Las Siete Rotaciones... son una civilización mecánica, ¿verdad?

—Sí, pero no están proscritos. Son una de las culturas mecánicas que entraron a formar parte de la sociedad galáctica como miembros honorarios. Dentro del brazo de la espiral ocupan casi siempre zonas de alta densidad que no son apropiadas para las razas respiradoras de oxígeno ni para las de nitrógeno.

*¿Adónde quiere ir a parar?*, se preguntó Fiben.

—Bueno, pues el embajador *soro* estaba negociando con los desastrados dirigentes de las Siete Rotaciones cuando, de pronto, nuestro escolta *paha* detectó algo fuera, en el límite del sistema local y fue a investigar.

»Bien, quiso la suerte que saliera para encontrar a una nave de carga de las Siete Rotaciones bajo el ataque de varias máquinas vagabundas.

—¿Guerreros invulnerables? ¿Destruyores de planetas?

—Lees demasiada ciencia ficción, Fiben —se estremeció Gaillet—. No, sólo unos cuantos robots proscritos que querían adueñarse de un botín. El escolta *paha* llamó pidiendo instrucciones y, como no recibió respuesta, decidió tomar la iniciativa y se lanzó sobre ellos disparando los cañones.

—Déjame adivinarlo. Salvó la nave de carga.

—Sí —asintió ella—. Hizo pedazos a los piratas. Los de las Siete Rotaciones quedaron muy agradecidos y así, un negocio que no era cuestionable, se convirtió en algo provechoso para los *soro*.

—Y él se convirtió en héroe.

—No —Gaillet sacudió la cabeza—. Regresó a casa en la ignominia, por haber actuado por su cuenta sin ningún tipo de guía.

—Los ETs están locos —murmuró Fiben.

—No, Fiben —le tocó la rodilla—. Es una cuestión importante. Alentar la

iniciativa en una nueva raza de pupilos está bien, pero no durante unas delicadas negociaciones a nivel galáctico. ¿Pondrías en manos de un niño inteligente una planta de energía termonuclear?

Fiben entendió adonde quería ir a parar Gaillet. A ambos se les había ofrecido un trato que parecía muy generoso para la Tierra, al menos en apariencia. El Suzerano de la Idoneidad se había ofrecido a financiar una importante Ceremonia de Aceptación para los neochimps. Los *gubru* iban a dejar de lado su política de obstaculizar la tutoría de los humanos e iban a poner fin a sus hostilidades con la Tierra. Lo único que el Suzerano quería a cambio era que Fiben y Gaillet, mediante desviación hiperespacial, contasen a las Cinco Galaxias lo buenos que eran los *gubru*.

Para el Suzerano era un gesto destinado a guardar las apariencias, y para la Tierra podía significar un importante golpe maestro.

Pero Fiben se preguntaba si Gaillet y él tenían derecho a tomar tal decisión. ¿Habría otras ramificaciones más allá de lo que ellos alcanzaban a ver? ¿Unas ramificaciones potencialmente mortales?

El Suzerano de la Idoneidad les había dicho que tenía sus razones para no permitirles consultar con los humanos internados en las prisiones insulares. Su rivalidad con los otros Suzeranos estaba llegando a una fase crítica, era posible que éstos no apoyaran sus planes. El Suzerano de la Idoneidad necesitaba de la sorpresa para vencerlos presentando un hecho consumado.

Fiben encontraba algo falso en esa explicación. Pero los alienígenas son tan extraños como su nombre indica. No podía imaginar ninguna sociedad con base en la Tierra que funcionara de aquel modo.

¿Gaillet le estaba diciendo que tenían que retirarse de la ceremonia? ¡Bien! Que lo decidiera ella. En definitiva, no tenían más que decir que no... respetuosamente, desde luego.

—La historia no termina aquí —dijo Gaillet.

—¿Hay más?

—Oh, sí. Unos años más tarde, los clanes de las Siete Rotaciones aportaron pruebas de que el guerrero *paha* había hecho todos los esfuerzos posibles para pedir instrucciones antes de intervenir, pero que las condiciones del subespacio no habían permitido que pudiera establecer la comunicación.

—¿Y entonces?

—Entonces los *soro* lo vieron de otro modo. Primero habían considerado que él había asumido una responsabilidad que no le correspondía. Luego decidieron que había obrado lo mejor que pudo. El escolta fue exonerado de culpa a título póstumo y a sus herederos se les concedieron derechos especiales de Elevación.

Se produjo un largo silencio. Ninguno de los dos habló mientras Fiben reflexionaba. De repente lo vio todo claro. *Es el esfuerzo lo que cuenta. Eso es lo que*

*ella ha querido decirme. Sería imperdonable que cooperáramos con el Suzerano sin intentar antes consultar a nuestros tutores. Tal vez fracase, seguramente fracasaré, pero debo intentarlo.*

—Vamos a ver qué pasa con ese nudo —se inclinó sobre su espalda y acercó el ojo a la cápsula de mensaje. Aparecieron de nuevo las líneas de texto y el punto rojo centelleante. Miró directamente a la expectante gota roja y se concentró con todas sus fuerzas.

*Estoy de acuerdo con esto.*

El punto cambió de color de inmediato. *¿Y ahora qué?*, se preguntó Fiben al tiempo que se apartaba de la cápsula.

La respuesta le llegó un momento más tarde cuando la puerta se abrió sin ruido. Entró Sylvie, con el mismo vestido largo hasta los tobillos, y se sentó frente a ellos.

—El sistema de vigilancia está desconectado. Le he puesto a las cámaras una cinta de circuito cerrado. Podemos contar con una hora antes de que el ordenador empiece a sospechar algo.

Fiben arrancó el disco del pelo de Gaillet y ella extendió la mano.

—Déjame un minuto —dijo, y se apresuró a meter la cápsula en su ordenador personal—. No quiero ofenderte, Sylvie, pero el texto necesita una corrección. Después Fiben puede firmarlo.

—No me ofendo. Ya sabía que tendríais que cambiarlo. Lo único que pretendí es que fuera lo suficientemente claro para que pudierais entender lo que yo ofrecía.

Había ocurrido todo tan deprisa... y sin embargo Fiben ya notaba la adrenalina zumbando en sus venas.

—Así que me voy.

—Nos vamos —corrigió Sylvie—. Tú y yo. Ya he preparado las provisiones, los disfraces y una forma de salir de la ciudad.

—¿Estás, pues, con los rebeldes?

—Me gustaría, sí, pero esto es una iniciativa personal mía. Lo voy a hacer a cambio de algo.

—¿Qué es lo que pides?

Sylvie movió la cabeza indicando que esperaba a que Gaillet atendiese.

—Si los dos estáis de acuerdo con correr el riesgo, saldré al exterior y llamaré al guardián. Lo he elegido cuidadosamente y he tenido que hacer muchos esfuerzos para conseguir que Puño de Hierro lo pusiera en el turno de esta noche.

—¿Y qué tiene ese tipo de especial?

—No sé si te has dado cuenta, Fiben, pero ese marginal se parece bastante a ti, y su constitución también es similar. Lo suficiente como para engañar a los ordenadores de vigilancia durante un buen rato, espero.

¡Por eso el chimp de la puerta le había parecido tan familiar!

—Podemos drogarlo y dejarlo aquí con Gaillet mientras yo me pongo sus ropas y utilizo su pase —especuló Fiben concisamente.

—Es mucho más complicado, créeme —Sylvie parecía nerviosa, cansada—. Pero la idea general es ésa. Él y yo terminamos nuestro turno dentro de veinte minutos, así que tendremos que hacerlo antes.

Gaillet se volvió y le tendió la cápsula a Fiben. Éste se la acercó al ojo y leyó atentamente el texto revisado, no porque pensara juzgar el trabajo de Gaillet sino porque así podría recitarlo de memoria si conseguía llegar junto a Athaclena y Robert.

Gaillet había redactado de nuevo todo el mensaje.

DECLARACIÓN DE PROPÓSITOS: REGISTRADA POR FIBER BOLGER, A-CHIMP-AB-HUMANO, PUPILO CIUDADANO DE LA FEDERACIÓN DE TERRAGENS Y TENIENTE DE LA RESERVA DE LAS FUERZAS DE DEFENSA COLONIALES DE GARTH.

AGRADEZCO LA CORTESÍA DE QUE HE SIDO OBJETO DURANTE MI ENCARCELAMIENTO, Y RECONOZCO LAS AMABLES ATENCIONES QUE ME HAN DISPENSADO LOS ELEVADOS Y RESPETADOS SUZERANOS DEL CLAN DE LOS GUBRU.

CONSIDERO SIN EMBARGO QUE MI DEBER COMO COMBATIENTE EN LA GUERRA ACTUAL ENTRE MI RAZA Y LA DE LOS GUBRU ME OBLIGA A RECHAZAR RESPETUOSAMENTE MI CONFINAMIENTO, POR CORTÉS QUE ÉSTE SEA. AL INTENTAR ESCAPAR, NO PRETENDO EN MODO ALGUNO MENOSPICIAR EL HONOR QUE ME HA CONCEDIDO EL ELEVADO SUZERANO AL CONSIDERARME COMO REPRESENTANTE DE MI RAZA. AL CONTINUAR LA HONORABLE RESISTENCIA CONTRA LA OCUPACIÓN GUBRU DE GARTH ESPERO ESTAR COMPORTÁNDOME COMO HA DE HACER TODO PUPILO-SOFONTE, CON LA ADECUADA OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE MIS TUTORES.

ACTÚO AHORA SEGÚN LAS TRADICIONES DE LA SOCIEDAD GALÁCTICA, COMO MEJOR ME HAN SIDO DADAS A ENTENDER.

Sí. Fiben había aprendido lo bastante, bajo la tutela de Gaillet, para darse cuenta de que esta versión era mucho mejor. Registró de nuevo su asentimiento y una vez más el punto cambió de color. Devolvió la cápsula a Gaillet. *Lo importante es que lo intentemos*, se dijo, sabiendo lo desesperanzada que era en realidad su aventura.



—Ahora —dijo Gaillet dirigiéndose a Sylvie—, ¿cuál es el precio del que has hablado? ¿Qué es lo que quieres?

Sylvie se mordió el labio. Miraba a Gaillet pero señalaba a Fiben.

—Él —se apresuró a decir—. Quiero que lo compartas conmigo.

—¿Qué? —Fiben empezó a ponerse de pie pero Gaillet lo hizo callar con un gesto.

—Explícate —le pidió ésta a Sylvie.

—No estoy segura del tipo de contrato matrimonial que tenéis —Sylvie se encogió de hombros.

—¡No tenemos ninguno! —dijo Fiben furioso—. Y ¿qué es todo ese...?

—Cállate, Fiben —le dijo Gaillet suavemente—. Es cierto, no tenemos ningún contrato, ni monógamo ni de grupo. ¿Qué es toda esta historia? ¿Qué quieres de él?

—¿No está claro? —Sylvie lanzó una mirada a Fiben—. Cualquiera que fuera antes su rango de Elevación, ahora ya es un carnet blanco. Mira su increíble historial en la guerra y el modo en que derrotó a los ETs, no una sino dos veces, en Puerto Helenium. Cualquiera de esas cosas le hará superar el rango de azul.

»Y ahora el Suzerano le ha propuesto que sea representante de su raza. Ese tipo de distinción no se olvida. Permanecerá, gane quien gane la guerra, tú ya sabes cómo es esto, doctora Jones.

»Él es un carnet blanco y yo lo tengo verde. Y además me gusta su estilo. Así de sencillo —resumió Sylvie.

¿Yo, un maldito carnet blanco? Fiben estalló en carcajadas ante lo absurdo de la situación. Empezaba a comprender lo que Sylvie pretendía.

—Gane quien gane la guerra —repitió Sylvie, ignorando tranquilamente a Fiben—, tanto si son los terrestres como los *gubru*, quiero que mi hijo esté en la cresta de la ola de la Elevación y sea protegido por el Cuadro. Mi hijo tendrá un destino, yo tendré nietos y un lugar en el mañana.

Era evidente que Sylvie se tomaba muy en serio todo aquello. Pero Fiben no estaba de humor para mostrarse simpático. *¡Por toda música celestial metafísica!*, pensó. Y ni siquiera hablaba con él. Lo hacía con Gaillet, ¡se lo pedía a ella!

—Eh, ¿y yo no tengo nada que decir en todo esto? —protestó.

—Claro que no, tonto —replicó Gaillet, sacudiendo la cabeza—. Tú eres un chimp. Un chimp macho tendría relaciones sexuales con una cabra o con una hoja, si no encontrara otra cosa más a mano.

Era una exageración, pero también un ejemplo lo suficientemente verdadero para hacer sonrojar a Fiben.

—Pero...

—Sylvie es atractiva y pronto estará rosa. ¿Qué crees que vas a hacer cuando estés en libertad, si todos hemos decidido por anticipado que tus obligaciones coinciden con tus placeres? No, esta decisión no tienes que tomarla tú. Y ahora,

Fiben, te lo digo por última vez, cállate.

Gaillet se volvió hacia Sylvie para hacerle una nueva pregunta, pero Fiben ya no podía siquiera oír las palabras. El rugido en el interior de sus orejas ahogaba cualquier otro sonido. En aquel momento sólo fue capaz de recordar al pobre percusionista, a Igor Patterson.

No. *Oh, Goodall, protégeme.*

—... los machos funcionan de ese modo.

—Sí, claro. Pero yo pensaba que entre vosotros había un vínculo, formal o no. La teoría es una cosa, pero puede ser que él tenga un sentido del honor de un kilómetro de largo y que se niegue hasta saber que tú estás de acuerdo.

*¿Eso es lo que piensan las hembras de nosotros, en el fondo?*, pensó Fiben. Recordaba las clases de «higiene» en la escuela secundaria, cuando los jóvenes chimps machos tenían que asistir a conferencias sobre los derechos de procreación y ver películas sobre enfermedades venéreas. Como los demás chicos, se había preguntado qué aprendían las chimas en aquellos años. *¿Son las escuelas las que les enseñan esta lógica tan fría? ¿O lo aprenden de nosotros a fuerza de problemas?*

—Yo no soy su propietaria —Gaillet se encogió de hombros—. Y si tu suposición es cierta, nadie tendrá nunca ese tipo de derecho sobre él, excepto el Cuadro de Elevación —frunció el ceño—. Todo lo que te pido es que logres que llegue sano y salvo a las montañas. Él no te tocará hasta entonces, ¿comprendido? Tú recibirás el pago cuando esté a salvo con las guerrillas.

*Un macho humano no lo toleraría*, pensó Fiben con amargura. Pero claro, los machos humanos no eran criaturas inacabadas, con estatus de pupilos, que «tendrían relaciones sexuales con una cabra o una hoja, si no había otra cosa a mano».

Sylvie asintió en señal de acuerdo. Tendió la mano y Gaillet se la estrechó. Permanecieron así unos momentos, mirándose a los ojos, y luego se soltaron.

—Llamaré antes de entrar —dijo Sylvie y se puso en pie—. Dentro de unos diez minutos.

Al mirar a Fiben lo hizo con expresión satisfecha como si acabase de cerrar con total éxito una transacción comercial.

—Para entonces, debes estar preparado —le dijo antes de marcharse.

Cuando hubo salido, Fiben recuperó por fin el habla.

—Presumes demasiado con todas esas teorías y con tanta verborrea, Gaillet. ¿Cómo demonios estás tan segura de que...?

—¡No estoy segura de nada! —le espetó, y la confusa y dolida mirada que había en su rostro asombró a Fiben más que cualquier otra cosa de las que habían ocurrido aquella noche.

—Lo siento, Fiben —Gaillet se pasó una mano ante los ojos—. Haz lo que creas más conveniente; pero, por favor, no te ofendas. En estos momentos no estamos en

condiciones de ser orgullosos. Y además, Sylvie no pide demasiado, tal como están las cosas, ¿verdad?

Fiben leyó una tensión reprimida en los ojos de Gaillet. Su enojo se desvaneció y fue sustituido por la preocupación.

—¿De veras estarás bien?

—Supongo que sí —se encogió de hombros—. Probablemente el Suzerano me buscará un nuevo compañero. Y haré todo lo que esté en mis manos para retrasar las cosas el máximo de tiempo posible.

—Tendrás noticias de los humanos, te lo prometo —Fiben se mordió el labio.

La expresión de Gaillet le indicaba que tenía muy pocas esperanzas. Pero sonreía.

—Consíguelo, Fiben —alargó la mano y le acarició la cara con dulzura—. Te echaré mucho de menos, ¿sabes?

El momento pasó. Ella retiró la mano y se puso seria de nuevo.

—Es mejor que reúnas todo lo que quieras llevarte. Mientras tanto, hay unas cuantas cosas que te sugiero que comuniques a tu general. ¿Intentarás recordarlas, Fiben?

—Claro.

Pero por unos instantes se entristeció, preguntándose si volvería a ver alguna vez la dulzura que había brillado brevemente en sus ojos. De nuevo recubierta de eficiencia, lo seguía por toda la habitación mientras él preparaba ropa y comida para llevarse. Ella aún continuaba hablando cuando, unos minutos más tarde, llamaron a la puerta.

## GAILET

Después de que se hubieron marchado, permaneció sentada en la oscuridad con una manta cubriéndole la cabeza, abrazándose las rodillas y balanceándose despacio al ritmo de su soledad.

Su oscuridad no era por completo solitaria. De hecho, hubiera preferido que lo fuera. Gaillet oía al chimp que dormía junto a ella, envuelto en las mantas de Fiben, y que respiraba exhalando los débiles vapores de la droga que lo había dejado inconsciente. El guardia margi no se despertaría en muchas horas. Gaillet suponía que aquella tranquilidad no duraría tanto como su sueño.

No, no estaba completamente sola, pero Gaillet Jones nunca se había sentido tan mutilada, tan aislada.

*¡Pobre Fiben! pensó. Tal vez Sylvie tenga razón respecto a él. En realidad, es uno de los mejores chimps que he conocido. Y, sin embargo... sacudió la cabeza. Y sin embargo, él sólo pudo ver una parte de este plan. Y yo no pude contarle el resto, sin revelar lo que sé a los escuchas ocultos.*

No estaba segura de si Sylvie era sincera o no. Gaillet nunca había sabido juzgar a las personas. *Pero apuesto gametos contra zigotos a que Sylvie nunca burló la vigilancia gubru.*

Gaillet hizo una mueca de desdén ante tal idea: la de que una pequeña chima hubiera podido bloquear los monitores de los ETs sin que éstos lo hubiesen advertido al instante. *No, habría sido demasiado fácil. Estaba todo preparado de antemano.*

¿Por quién? ¿Por qué? ¿Importaba realmente?

*No hemos contado con otra alternativa. Fiben ha tenido que aceptar la oferta.*

Gaillet se preguntó si volvería a verlo. Si aquello era sólo otra prueba de inteligencia ordenada por el Suzerano, Fiben podría estar de regreso al día siguiente. En ese caso, se le reconocería una «respuesta apropiada»... apropiada para tratarse de un neochimpancé especialmente adelantado, en la vanguardia de su raza pupila. Gaillet se estremeció. Hasta aquella noche no había considerado las implicaciones, pero Sylvie se lo había hecho ver claro. Aunque volvieran a estar juntos, para ellos las cosas ya no serían igual. Si hasta entonces su carnet blanco había sido una barrera entre los dos, el de Fiben sería sin duda un insalvable abismo.

Además, Gaillet había empezado a pensar que aquello no era otra prueba preparada por el Suzerano de la Idoneidad, y si no lo era, otra facción de los *gubru* tenía que ser la responsable de la evasión. Tal vez uno de los otros Suzeranos o...

Gaillet hizo un gesto de impotencia. No sabía lo bastante ni para conjeturar. Aquellos datos no eran suficientes. O quizás ella era demasiado estúpida o ciega para

ver el entramado.

Alrededor de ellos se desplegaba un juego y cada etapa de éste parecía carecer de posibilidad de retroceso.

Fiben tuvo que marcharse aquella noche, independientemente de que la evasión fuera o no una trampa. Ella había tenido que quedarse y luchar contra extravagancias que estaban más allá de su comprensión. Ése era el destino escrito para ella.

Para Gaillet era algo familiar esa sensación de ser manipulada, de no tener un poder real sobre su propio destino, pero Fiben apenas estaba empezando a acostumbrarse a eso. Ella había tenido esa sensación como compañera toda su vida.

Algunas religiones de las épocas antiguas de la Tierra habían desarrollado el concepto de predeterminación, la creencia de que todos los acontecimientos estaban ordenados de antemano desde el acto de la creación y que el llamado libre albedrío no era más que una ilusión.

Poco después del Contacto, hacía dos siglos, los filósofos humanos habían preguntado a los primeros galácticos que conocieron qué pensaban de aquella y de otras ideas. Los sabios alienígenas habían respondido de forma paternalista: «Son cuestiones que sólo pueden plantearse en el ilógico lenguaje de los lobeznos.» «No existen las paradojas», habían afirmado.

Y tampoco quedaban misterios por resolver, al menos ninguno que pudiera ser planteado por los terrestres.

La predestinación no era, en realidad, algo tan difícil de entender para los galácticos. Y más cuando el clan de los lobeznos estaba predestinado a una breve y triste historia.

Gaillet empezó a recordar de repente su época de estancia en la Tierra y cómo allí había conocido a un neodelfín, un anciano poeta jubilado, que le contaba anécdotas de cuando él nadaba tras la estela de las grandes ballenas y escuchaba, durante interminables horas, sus tristes canciones sobre los antiguos dioses cetáceos.

Cuando el anciano fin compuso un poema especialmente para ella se sintió sorprendida y fascinada.

*¿Adónde va una bola de fuego  
que atraviesa el brillante medio día?  
¡Alcánzala con el hocico!*

Gaillet imaginaba que el haiku debía de ser más agudo en ternario, la lengua híbrida que los delfines usaban normalmente para su poesía. No sabía ternario, por supuesto, pero la pequeña alegoría en inglés la había impresionado.

Pensando en eso, Gaillet se dio cuenta gradualmente de que estaba sonriendo.  
*¡Alcánzala con el hocico, claro!*

El bulto que dormía junto a ella roncaba suavemente. Gaillet apoyó la lengua contra los dientes frontales e imaginó que estaba escuchando el ritmo de los

tambores.

Unas horas más tarde, ella seguía sentada, pensando, cuando la puerta se abrió violentamente y penetró la luz del pasillo. Aparecieron varios pájaros cuadrúpedos, los *kwackoo*. A la cabeza de ellos Gaillet reconoció al ayudante del Suzerano de la Idoneidad, que tenía las plumas teñidas en tonos pastel. Ella se puso en pie, pero su leve reverencia no obtuvo respuesta.

El *kwackoo* la miraba. Luego señaló el bulto bajo las mantas.

—Tu compañero no se levanta. Eso no es correcto.

Estaba claro que, sin *gubru* a la vista, el sirviente no se sentía obligado a mostrarse cortés.

—Tal vez está indispuerto —Gaillet miraba al techo.

—¿Necesita asistencia médica?

—Supongo que se recuperará sin ella.

—Voy a ser franco —el *kwackoo* movía irritadamente sus pies de tres dedos—. Queremos inspeccionar a tu compañero para asegurarnos de su identidad.

—¿Y quién crees que puede ser? —Gaillet levantó una ceja, aunque sabía que ese gesto resultaba inútil ante aquella criatura—. ¿El abuelo Bonzo? ¿Es que los *kwackoo* no vigiláis a vuestros prisioneros?

—Esta zona de confinamiento ha sido puesta bajo la autoridad de auxiliares neochimps —la agitación del pájaro iba en aumento—. Si se ha producido algún fallo se debe a su incompetencia animal, a su negligencia de seres no sapientes.

—Mentira —rió Gaillet. El *kwackoo* cesó su danza de irritación y escuchó su traductor portátil—. No puedes echarnos la culpa de eso, *kwackoo* —continuó Gaillet—. Tanto tú como yo sabemos que poner de encargados a chimps marginales fue una simulación. Si se ha abierto una brecha en la seguridad, ha sido dentro de vuestro propio campo.

El pico del sirviente se abrió unos cuantos grados y su lengua osciló en rápidos movimientos, un gesto que Gaillet ya sabía que significaba verdadero odio. El alienígena hizo una seña y dos robots en forma de globo avanzaron. Con suavidad pero con firmeza utilizaron campos gravíticos para coger al neochimp dormido sin tocar siquiera las mantas. Ya que los *kwackoo* no se habían molestado en mirar qué había bajo éstas, era evidente que sabían lo que iban a encontrar.

—Se abrirá una investigación —prometió. Dio media vuelta y se marchó. Pocos minutos después estaría leyendo la «nota de despedida» de Fiben que había sido colocada en el chimp dormido. Gaillet intentó ayudar a Fiben con un retraso más.

—Bien —dijo—. Tengo que formular una petición. Mejor dicho, una exigencia.

El ayudante iba camino de la puerta, a la cabeza de su séquito de aleteantes *kwackoo*, pero al oír sus palabras se detuvo, provocando un pequeño colapso de tráfico. Sus seguidores piaron enfadados al tiempo que chocaban unos contra otros y

agitaban sus lenguas ante Gaillet. El líder de la cresta rosa se volvió y se encaró con ella.

—No puedes exigir nada.

—Lo hago en nombre de la tradición galáctica —insistió Gaillet—. No me obligues a mandar mi petición directamente a su eminencia, el Suzerano de la Idoneidad.

Se produjo un largo silencio durante el cual el *kwackoo* pareció reflexionar sobre los riesgos que aquello implicaba. Por último preguntó:

—¿Cuál es tu estúpida exigencia?

Pero entonces Gaillet permaneció callada.

Al fin, el servidor, con evidente desgana, le hizo una reverencia, inclinándose tan poco que apenas se notó.

Gaillet le devolvió el gesto, también con la mínima inclinación.

—Quiero ir a la Biblioteca —dijo en perfecto gal-Siete—. Acogiéndome a mis derechos como ciudadana galáctica, insisto en ello.

## FIBEN

Fue absurdamente simple salir con la ropa del chimp drogado, una vez que Sylvie le hubo enseñado una sencilla frase en código para decírsela a los robots que flotaban sobre la puerta. El único chimp de guardia masticaba un bocadillo y los saludó casi sin mirarlos.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Fiben cuando la oscura pared tapizada de hiedra de la prisión quedó a sus espaldas.

—A los muelles —respondió Sylvie por encima del hombro.

Caminaba con paso rápido por las húmedas aceras llenas de hojas arrastradas por el viento, ante los tenebrosos bloques de vacíos edificios que habían habitado los humanos. Más adelante, cruzaron un barrio de chimps de casas grandes e irregulares, ocupadas por grupos de matrimonios y pintadas de brillantes colores, con ventanas tan amplias como puertas y fuertes enrejados para que los niños pudieran encaramarse a ellos. De vez en cuando, Fiben vislumbraba siluetas recortadas contra las cortinas corridas de las ventanas.

—¿Y por qué a los muelles?

—Porque allí están los botes —replicó Sylvie concisamente.

Sus ojos se movían hacia uno y otro lado. Giró el anillo-cronómetro que llevaba en la mano izquierda y volvió a mirar por encima del hombro, como si temiese que los estuvieran siguiendo.

Que pareciera nerviosa era natural. Y, sin embargo, Fiben había llegado al límite. La cogió por el brazo y la hizo detenerse.

—Escucha, Sylvie. Agradezco lo que has hecho por mí hasta ahora, pero ¿no crees que ya ha llegado el momento de que me cuentes cuáles son tus planes?

—Sí, supongo que sí —suspiró ella.

Su sonrisa ansiosa le recordó la noche en «La Uva del Simio». Lo que entonces creyó que era lujuria animal, debía de haber sido algo parecido a esto: miedo disimulado bajo una bien aplicada capa de jactancia.

—A excepción de las puertas de la valla, la única salida de la ciudad es por barco. Mi plan es colarnos a bordo de uno de los botes de pesca. Los pescadores suelen salir de noche —miró el reloj que llevaba en el dedo—, oh, dentro de una hora.

—Y luego ¿qué? —preguntó Fiben.

—Luego saltaremos del bote cuando éste salga de la Bahía de Aspinal y nos dirigiremos a nado hasta el parque del Punto Septentrional. Desde allí nos espera una dura caminata por la playa, pero podremos llegar a las primeras colinas al amanecer.

Fiben asintió. Parecía un buen plan. Le gustaba que hubiese varios puntos a lo



largo de la ruta donde podrían cambiar de planes si se presentaban problemas u oportunidades mejores. Por ejemplo, les sería factible dirigirse al punto meridional de la bahía. El enemigo nunca pensaría que los dos fugitivos se encontraran cerca de su nueva instalación hiperespacial. Allí debía de haber almacenado mucho equipamiento para las obras. La idea de robarles un barco a los *gubru* le parecía muy tentadora. Si lograba hacer algo por el estilo, tal vez conseguiría por fin el carnet blanco.

Se apresuró a dejar de lado ese pensamiento porque le recordaba a Gaillet. Maldita sea, ya la echaba de menos.

—Parece un plan muy bien pensado, Sylvie.

—Gracias, Fiben —sonrió cautelosamente—. Y ahora ¿podemos irnos?

Le indicó con un gesto que fuera delante. Pronto comenzaron a pasar frente a tiendas y puestos de comida cerrados. Las nubes eran bajas y siniestras, y la noche olía a la tormenta que estaba por llegar. Soplaban vientos del sudoeste en ráfagas fuertes pero irregulares que arremolinaban hojas y trozos de papel alrededor de sus tobillos mientras caminaban.

Cuando empezó a lloviznar, Sylvie se subió la capucha del abrigo. Fiben no la imitó. Le preocupaba mucho más poder ver y oír bien que mojarse el pelo.

Lejos, hacia el mar, vio un centelleo en el cielo, seguido por un distante y lúgubre retumbo. Caramba, se dijo Fiben, *¿en qué demonios estoy pensando?*

—Nadie va salir al mar con el tiempo que hace, Sylvie —agarró de nuevo a su compañera por el brazo.

—El capitán de este bote, sí, Fiben. No debería decírtelo, pero... —sacudió la cabeza— es un contrabandista. Lo era ya antes de la guerra. Su nave está hecha para afrontar el mal tiempo y puede sumergirse parcialmente.

—¿Y a qué clase de contrabando se dedica ahora?

—Al contrabando de chimps, algunas veces —miró a izquierda y derecha—. Desde la isla Cilmar y hasta ella.

—¡Cilmar! ¿Podría llevarnos allí?

—He prometido a Gaillet —frunció el ceño— acompañarte a las montañas, Fiben. Y además, no estoy segura de poder confiar tanto en él.

La mente de Fiben era un torbellino. La mitad de los humanos del planeta estaban recluidos en la isla Cilmar. ¿Por qué encaminarse hacia Robert y Athaclena que, en definitiva, apenas eran poco más que unos chiquillos, si podía plantear las dudas de Gaillet a los expertos de la Universidad?

—Actuaremos según las circunstancias —dijo evasivamente, aunque ya había decidido juzgar por sí mismo al capitán contrabandista.

Bajo la cobertura de la tormenta aquello quizá podría hacerse. Fiben siguió pensando mientras continuaban su recorrido.

En seguida se hallaron próximos a los muelles; cerca, de hecho, del lugar en el

que Fiben había pasado parte de la tarde contemplando las gaviotas. En aquellos momentos la lluvia caía en ráfagas súbitas e impredecibles. Tras cada una de ellas, el aire quedaba asombrosamente nítido y todos los olores se intensificaban, desde el del pescado en descomposición al tufo de cerveza que llegaba desde el otro lado de la calle, de una taberna de pescadores donde brillaban unas pocas luces y desde la cual se filtraba en la noche una música sosegada y triste.

Las fosas nasales de Fiben se ensancharon y husmeó intentando localizar algo que surgía y se desvanecía con la veleidosa lluvia. Todos sus sentidos alimentaban su imaginación con un cúmulo de posibilidades sobre las que debía reflexionar.

Siguiendo a su compañera, Fiben dobló una esquina y ante él aparecieron tres embarcaderos. Varias oscuras y grandes sombras se extendían en sus proximidades. Una de ellas era, sin duda, la barca del contrabandista. Fiben detuvo de nuevo a Sylvie tomándola del brazo.

—Es mejor que nos apresuremos —le instó ella.

—No debemos llegar demasiado pronto —replicó él—. Seguro que en el bote hay mucha humedad y huele mal. Volvamos allí. Hay algo que tal vez no tengamos ocasión de hacer durante algún tiempo.

Ella lo miró con expresión intrigada mientras él la llevaba al otro lado de la esquina, en la penumbra. Cuando la rodeó con los brazos, ella se puso tensa pero luego se relajó y levantó la cara.

Fiben la besó y ella correspondió del mismo modo.

Cuando empezó a mordisquearla desde la oreja izquierda hasta el cuello, siguiendo la línea de su mandíbula, Sylvie suspiró.

—Oh, Fiben, si tuviéramos tiempo..., si supieras lo mucho...

—Shh —le dijo mientras la soltaba. Con un gesto ampuloso se quitó el abrigo y lo tendió en el suelo.

—¿Qué...? —empezó a preguntar ella, pero ya Fiben la forzaba a sentarse sobre él y se situaba a sus espaldas.

La tensión de la chima disminuyó un poco cuando empezó a recorrerle el pelo con los dedos y acariciarla.

—Buf —musitó Sylvie—. Por un momento creí que...

—¿Quién, yo? Tendrías que conocerme mejor, muñeca. Soy de los que les gusta ir despacio. Nada de precipitaciones. Podemos tomarnos nuestro tiempo.

—Me alegro —volvió la cabeza para mirarlo—. De todas formas, no estaré rosa hasta dentro de una semana, aunque con eso no quiero decir que tengamos que esperar tanto. Sólo que...

Sus palabras se interrumpieron bruscamente cuando el brazo izquierdo de Fiben se apretó con fuerza alrededor de su garganta. Rápido como una centella buscó una navaja de un bolsillo del abrigo de Sylvie y la abrió.

Los ojos de la chima se desorbitaron cuando él apoyó el cortante filo sobre su arteria carótida.

—Un solo grito —le susurró al oído—, un solo ruido y esta noche serás comida para las gaviotas. ¿Has comprendido?

Ella asintió convulsivamente. Fiben notaba cómo le latía el pulso, pues el filo de la navaja le transmitía su vibración. Su propio corazón mantenía un ritmo parecido.

—Articula las palabras —le dijo con brusquedad—. Yo las leeré en tus labios. Y ahora, dime: ¿dónde está colocado el dispositivo mediante el cual nos siguen la pista?

—¿Qué...? —exclamó Sylvie casi gritando. Fue todo lo que dijo pues calló al instante, en cuanto él intensificó la presión.

—Inténtalo otra vez —susurró él.

Entonces formó las palabras con los labios sin llegarlas a pronunciar.

—¿De... qué... me hablas, Fiben?

—Nos están esperando ahí, ¿verdad, cielo? Y no me refiero a esos contrabandistas de chimps de historieta. Hablo de los *gubru*. Me estás llevando de cabeza a sus hermosas garras emplumadas.

—Fiben, yo... ¡no! Fiben, no.

—Huelo a pájaro —susurró—. Están por ahí, lo sé. Tan pronto como capté ese olor, lo comprendí todo.

Sylvie permanecía en silencio. Sus ojos eran de por sí bastante elocuentes.

—Oh, Gaillet va a creer que soy un completo idiota. Ahora que pienso en ello, ¡claro que la fuga estaba organizada! De hecho, la fecha debía de estar elegida con cierta antelación y tú no tuviste en cuenta que la tormenta obligaría a los botes a quedarse en puerto. Ese cuento sobre el capitán contrabandista fue una ingeniosa improvisación para alejar mis sospechas, ¿no te parece, Sylvie?

—Fiben...

—Calla. Oh, sí, la idea de unos chimps lo bastante listos como para ir y venir de Cilmar ante los mismísimos picos del enemigo resultaba atractiva, de acuerdo. La vanidad casi venció, Sylvie. Pero recuerda que he sido piloto de naves de reconocimiento. Empecé a pensar lo difícil que resultaría largarnos, incluso con un tiempo como éste.

Husmeó el aire y allí estaba otra vez, ese peculiar olor a moho.

En aquellos momentos advirtió que en ninguna de las pruebas a que habían sido sometidos Gaillet y él durante las últimas semanas intervenía el sentido del olfato. *Por supuesto que no, los galácticos piensan que es poco más que un atavismo propio de animales.*

Notó la mano mojada aunque en aquel instante no llovía. Sylvie estaba llorando.

—No... no sufrirás... ningún daño, Fiben —sacudió la cabeza—. El Suz... el Suzerano quiere sólo hacerte unas preguntas. Y luego te soltarán. ¡Así lo prometió!

*Así que, después de todo, aquello no era más que otra prueba.* Fiben casi se reía de sí mismo por haber llegado a creer en algún momento que la fuga era posible. *Me parece que veré a Gaillet de nuevo mucho más pronto de lo que pensaba.*

Empezaba a sentirse avergonzado del modo en que había aterrorizado a Sylvie. En definitiva, aquello había sido únicamente un «juego». Un examen más. En aquellas condiciones, sería inútil tomarse las cosas demasiado en serio. Además, ella sólo hacía su trabajo.

Comenzó a relajarse, aflojando un poco la presión en la garganta de la chima, cuando de repente reparó en algo que ella había dicho.

—¿El Suzerano dijo que me soltaría? —susurró—. Eso significa que me mandarían de nuevo a la cárcel, ¿verdad?

—No-no —articuló—. Nos dejará en las montañas, tal como yo os dije al hacer el trato con Gaillet y contigo. El Suzerano prometió que si contestabas a sus preguntas...

—Espera un momento —espetó Fiben—. No estás hablando del Suzerano de la Idoneidad, ¿no es verdad?

—El Suzerano de Costes y... de Costes y Prevención —susurró ella.

Fiben cerró los ojos ante la espantosa comprensión de lo que aquello significaba. Después de todo, no era un «juego» ni una prueba. *¡Oh, Goodall!*, pensó. Tenía que preocuparse por salvar la propia piel.

Si se hubiera tratado del Suzerano de Rayo y Garra, Fiben habría tirado la toalla allí mismo y en ese momento, porque, en aquel caso, todos los recursos de la máquina militar de los *gubru* estarían dispuestos contra él. Tal como estaban las cosas, las oportunidades eran pocas, pero se le empezaban a ocurrir algunas ideas.

*Contables. Agentes de seguros. Burócratas.* Ésos eran los integrantes del ejército del Suzerano de Costes y Prevención. *Quizás*, pensó Fiben. *Sólo quizás.*

Antes de cualquier otra cosa, tenía que hacer un trato con Sylvie. No podía atarla y dejarla simplemente allí.

Y tampoco era un asesino sanguinario. Sólo le quedaba una opción: tenía que ganar su cooperación y lo más velozmente posible.

Podía intentar explicarle cuan seguro estaba de que el Suzerano de Costes y Prevención no era ni remotamente tan escrupuloso con la verdad como el Suzerano de la Idoneidad. Era la palabra del pájaro contra la de la chima. ¿Por qué tenía el Suzerano que mantener la promesa de liberarlos?

De hecho, la maniobra de aquella noche contra su igual podía ser considerada hasta ilegal según los criterios de los invasores, en cuyo caso sería estúpido dejar libres a dos chimps que conocieran lo sucedido. Conociendo a los *gubru*, Fiben se imaginaba que el Suzerano de Costes y Prevención los soltaría, sí... en una esclusa de aire en dirección al espacio profundo.

*¿Me creerá Sylvie si se lo digo?*

No podía arriesgarse, pero pensó que conocía otra manera de atraer toda la atención de la chima.

—Quiero que me escuches con cuidado —le dijo—. No voy a ir a ver a tu Suzerano. No voy a ir por una razón muy simple. Si voy, sabiendo lo que sé, tú y yo ya podemos despedirnos de mi carnet blanco.

Lo miró fijamente y un temblor le recorrió la columna vertebral.

—Ya ves, muñeca —continuó—. Tengo que actuar como un ejemplo superlativo para los chimps a fin de ser merecedor de tal encomio. ¿Y qué superchimp va y se mete en algo que sabe de antemano que es una trampa? ¿Eh?

»No, Sylvie. Lo más probable es que nos pesquen de todos modos, pero tienen que hacerlo mientras utilizamos todos nuestros recursos para escapar. O esto no tendrá ningún valor. ¿Entiendes qué quiero decir?

Ella parpadeó unas cuantas veces y por fin asintió.

—¡Venga! —le susurró de modo amistoso—. ¡Anímate! Deberías estar contenta de que yo haya visto el montaje. Eso sólo significa que nuestro hijo será un pequeño bastardo muy inteligente. Seguramente encontrará un modo de explotar su jardín de infancia.

Ella volvió a parpadear.

—Sí —dijo en voz baja—. Supongo que eso es lo correcto.

Fiben guardó el cuchillo y la soltó. Se puso de pie. Aquél era el momento de la verdad. Todo lo que ella tenía que hacer era chillar y los seguidores del Suzerano de Costes y Prevención caerían sobre ellos de inmediato.

En cambio, se quitó el anillo-reloj y se lo tendió a Fiben. El dispositivo localizador.

Él hizo un gesto de asentimiento y le tendió la mano para ayudarle a levantarse. Sylvie se irguió dando un traspie, temblando todavía por la impresión. Fiben la tomó del hombro y volvieron sobre sus pasos en dirección sur. *Y ahora, sólo hace falta que esta idea funcione*, pensó.

El palomar se encontraba en el lugar donde lo recordaba, tras un grupo de casas deterioradas en el barrio cercano al puerto. Al parecer todo el mundo dormía. No obstante, Fiben procuró controlar los nervios y se movía con precaución mientras cortaba unos cuantos alambres y se metía en el corral.

Estaba húmedo y con un terrible tufo a pájaro. El suave arrullo de las palomas le hizo pensar en los *kwackoo*.

—Vamos, chicas —les susurró—. Esta noche vais a ayudarme a engañar a vuestros primos.

Había reconocido aquel lugar gracias a uno de sus muros. La proximidad era más que provechosa; seguramente esencial. Él y Sylvie no se atrevían a abandonar la zona

del puerto sin haberse desecho del localizador.

Los pichones huían de Fiben. Mientras Sylvie vigilaba, él arrinconó y agarró a uno de ellos que parecía bastante fuerte. Con un trozo de cuerda le ató el anillo a una de las patas.

—Una agradable noche para un largo vuelo, ¿no crees? —le susurró antes de lanzarlo al aire. Repitió el proceso con su propio reloj, por precaución.

Dejó la puerta abierta. Si los pájaros regresaban pronto, los *gubru* podían seguir la señal del localizador hasta allí. Pero el ruido que siempre acompañaba a sus traslados haría que las palomas escaparan y así empezaría otra alocada persecución.

Fiben se felicitó a sí mismo por su sagacidad, mientras corrían hacia el este alejándose de la zona portuaria.

En seguida se encontraron en una desmantelada zona industrial. Fiben conocía el lugar. Había estado antes ahí, acompañado por el plácido caballo Tyco en su primera visita a la ciudad después de la invasión. Un poco antes de llegar al muro, Fiben le indicó a Sylvie por señas que se detuviera. Tenía que recobrar el aliento, aunque ella no parecía cansada en absoluto.

*Bueno, en definitiva es una bailarina*, pensó Fiben.

—Bien, y ahora tenemos que desnudarnos —le dijo.

Para su asombro, ella ni siquiera pestañeó. Por lógica era inevitable. El reloj no debía de ser el único localizador implantado en su cuerpo. Se apresuró a desnudarse y terminó antes que él. Cuando toda la ropa estuvo amontonada en el suelo, Fiben le dedicó un silbido breve y lleno de admiración.

—¿Y ahora, qué? —Sylvie se había sonrojado.

—Ahora vamos hacia el muro —respondió él.

—¿El muro? Pero, Fiben...

—Vamos. De todas formas, hacía tiempo que quería verlo de cerca.

Apenas unos cientos de metros más allá, se encontraron con la ancha faja de terreno que los alienígenas habían allanado en torno a Puerto Helenia. Sylvie temblaba a medida que se acercaban a la alta barrera, que destellaba a causa de la humedad bajo las potentes luces de los globos de vigilancia situados a intervalos a lo largo de ella.

—Fiben —dijo Sylvie cuando él se apresuró hacia la franja de terreno—. No podremos salir de ahí.

—¿Por qué no? —se detuvo y se volvió a mirarla—. ¿Conoces a alguien que lo haya intentado?

—¿Quién querría hacerlo? —sacudió la cabeza—. ¡Es una locura! ¡Mira todos esos globos de vigilancia!

—Sí —comentó Fiben con tono ausente—. Me pregunto cuántos de ellos son necesarios para cubrir todo el perímetro de la valla. ¿Diez mil? ¿Veinte mil? ¿Treinta

mil?

Se acordaba de las sondas de vigilancia que coronaban el perímetro mucho más pequeño y vulnerable de la antigua embajada *tymbrimi* el día que explotó la cancillería y él recibió una lección sobre el carácter de los ETs.

Aquellos aparatos, comparados con «Rover» o con los robots de batalla que utilizaban los soldados de Garra *gubru*, eran poco impresionantes.

*Me pregunto cómo funcionarán*, pensó Fiben y se aproximó un paso más hacia ellos.

—¡Fiben! —Sylvie parecía al borde del pánico—. Vamos a probar por la puerta. Podemos decir a los centinelas... podemos decirles que nos han robado. Que somos unos granjeros de las montañas de turismo en la ciudad y que nos han robado la ropa y los documentos de identidad. Si nos hacemos los paletos, tal vez lo crean.

*Sí, seguro*. Fiben se acercó un poco más. En aquellos momentos se encontraba a menos de seis metros de la valla. Vio que estaba formada por una serie de listones estrechos unidos por arriba y por abajo mediante alambre.

Eligió un punto entre dos de los globos de vigilancia, lo más cerca posible de la mitad. Aun así, sentía una intensa sensación de que lo estaban observando.

Aquella seguridad llenó a Fiben de resignación. En ese preciso instante los soldados *gubru* debían de estar sobre su pista. Podían llegar en cualquier momento. Lo mejor era dar media vuelta. ¡Correr!

Miró a Sylvie. Seguía inmóvil donde él la había dejado. Era fácil darse cuenta de que ella hubiera preferido estar en cualquier sitio que no fuera aquél. En realidad no comprendía bien por qué ella se había quedado allí.

Fiben se cogió la muñeca izquierda con la mano derecha. Su pulso era veloz e irregular y tenía la boca seca como la arena. Temblando y con un gran esfuerzo de voluntad, dio un paso más hacia la valla.

Un miedo casi palpable parecía rodearlo, como el que lo aprisionó cuando oyó el lejano lamento de la muerte de Simón Levi durante aquella inútil y estúpida batalla espacial. Se sintió invadido por un oscuro presentimiento de inminente fatalidad. La muerte lo presionaba, mostrándole la futilidad de la vida.

Se volvió despacio para mirar a Sylvie.

Sonrió.

—¡Malditos pájaros! —gruñó—. No son globos de vigilancia. ¡Son inofensivos radiadores psi!

Sylvie abrió la boca y volvió a cerrarla. Finalmente preguntó, incrédula:

—¿Estás seguro?

—Ven y lo verás —la instó—. Ahí donde estás puedes creer que te vigilan y que todos los soldados de Garra van a caer sobre ti.

Sylvie tragó saliva. Apretó los puños y se acercó a la valla. Fiben observaba su

avance. Debía confiar en Sylvie. Una chima menos atrevida hubiese gritado y huido antes de llegar a aquella situación.

En la frente de Sylvie se agolpaban gotas de sudor, uniéndose a las de la intermitente lluvia.

Una parte de él, alejada de su secreción adrenalínica, admiraba su cuerpo desnudo. Le ayudaba a distraer la mente. *Así que es cierto que ha tenido hijos.* Muy a menudo las chimas disimulaban las señales de embarazo y de lactancia que quedaban en su cuerpo a fin de parecer más atractivas. Pero en este caso estaba claro que Sylvie había tenido un hijo. *Me gustaría conocer su historia.*

Cuando llegó junto a él, con los ojos cerrados, le susurró:

—¿Qué... qué me está ocurriendo a mí precisamente ahora?

Fiben oyó a sus propios sentimientos. Pensó en Gaillet, y se acordó de la gran aflicción que ella había sentido por Max, ese enorme chimp que era su amigo y protector. Pensó en todos los chimps que había visto despedazados por las poderosísimas armas del enemigo.

Se acordó de Simón.

—Te sientes como si tu mejor amigo del mundo acabase de morir —le dijo con dulzura, tomándola de la mano. Ella la apretó con fuerza, pero en su rostro había una evidente expresión de alivio.

—Emisores psi. ¿Eso... eso es todo? —abrió los ojos—. ¿Por qué... por qué ese material de pacotilla?

Fiben se reía a carcajadas y ella poco a poco empezó a sonreír. Con la mano libre se tapaba el rostro.

Rieron ambos, bajo la lluvia y en medio de un cauce de dolor. Rieron y, cuando por fin las lágrimas cedieron gradualmente, siguieron caminando juntos sin soltarse de la mano.

—Ahora cuando diga adelante, ¡empuja!

—Lista, Fiben —Sylvie estaba agachada bajo él, con los pies bien asegurados, los hombros apoyados en uno de los altos listones, agarrándose al muro cercano a la valla.

Sobre ella, Fiben adoptó una postura similar y colocó los pies en el barro. Inhaló profundamente unas cuantas veces.

—Vale, empuja.

Ambos levantaron la alambrada. Los listones ya estaban algo separados, pero a medida que se esforzaban el espacio entre ellos se ensanchaba. *La Evolución no ha sido en balde*, pensó Fiben al tiempo que empujaba con todas sus fuerzas.

Hacía un millón de años que los humanos habían pasado por todos los tormentos de la autoelevación, y desarrollado aquello que los galácticos consideraban que sólo podía ser otorgado: la sapiencia, la habilidad de pensar y codiciar las estrellas.



Pero mientras tanto, los ancestros de Fiben no habían estado inactivos. *¡Cada vez somos más fuertes!* Fiben se concentraba en ese pensamiento mientras sentía la frente bañada en sudor y el crujido de los listones recubiertos de plástico. Gruñó mientras notaba los desesperados esfuerzos de Sylvie bajo sus piernas, que se manifestaban en los temblores de su espalda.

—¡Ay! —Sylvie perdió pie y cayó hacia atrás. El retroceso balanceó a Fiben, y los listones elásticos le hicieron rebotar lanzándolo encima de Sylvie.

Permanecieron así en el suelo un par de minutos con la respiración entrecortada. Al fin Sylvie dijo:

—Por favor, cariño, esta noche no. Tengo jaqueca.

Fiben rió. Rodó sobre su espalda tosiendo y ella salió de debajo. Tenían necesidad del humor. Era su mejor defensa contra el martilleo constante de los globos psi. El pánico se mantenía, incipiente, agazapado en un rincón de sus mentes. La risa lo mantendría bajo control.

Se ayudaron mutuamente a levantarse e inspeccionaron lo que habían conseguido hasta entonces. La ranura ya era mucho mayor. Debía de medir unos diez centímetros, pero aún le faltaba mucho para tener la anchura suficiente. Y Fiben advirtió que se les estaba haciendo tarde. Necesitarían al menos tres horas para poder llegar a las colinas antes del amanecer.

Si conseguían pasar tendrían la tormenta a favor. Mientras volvían a colocarse ante la alambrada los alcanzó otra ráfaga de lluvia. En la última media hora los relámpagos se habían acercado y los truenos sacudían los árboles y los postigos mal cerrados.

*Es una bendición contradictoria*, pensó Fiben, porque si bien la lluvia seguramente entorpecía las sondas de los *gubru*, al mismo tiempo hacía más difícil agarrarse al resbaladizo material de la valla. El barro era un agobio.

—¿Lista? —le preguntó.

—Sí, si te las arreglas para no ponerme más esa cosa tuya delante de la cara. Me distrae, ¿sabes?

—Es lo que le dijiste a Gaillet que querías compartir, muñeca. Y además, ya la habías visto antes, en el Túmulo del Trueno.

—Sí —sonrió ella—, pero no es igual.

—Cállate y empuja —gruñó Fiben.

Juntos empujaron de nuevo, poniendo todas sus fuerzas en el empeño.

*¡Acaba! ¡Acaba ya!* Oía la respiración entrecortada de Sylvie y los tirones de sus propios músculos al tiempo que el material de la valla crujía, cedía ligeramente y volvía a crujir.

Esta vez fue Fiben quien resbaló y, al soltar la valla, ésta rebotó y ambos volvieron a caer jadeantes en el barro. La lluvia ya era constante. Fiben se secó un

riachuelo de la frente y sus ojos se fijaron de nuevo en la valla.

*Tal vez ya tiene doce centímetros. ¡Por Ifni!, aún falta mucho.*

Notaba la cautivante energía de los globos psi que transmitían su pesimismo a la mente. Sabía que el mensaje debilitaba sus fuerzas y los inclinaba a ambos hacia la resignación. Cuando se puso en pie de nuevo y se apoyó contra la tenaz valla se sintió terriblemente pesado.

*Lo hemos intentado, maldita sea. Y casi lo hemos conseguido. Si no fuera por...*

—¡No! —gritó de pronto—. ¡No te dejaré!

Se metió encogido por la abertura intentando hacer pasar su cuerpo a través de ella, al tiempo que se retorció y serpenteaba contra la recalcitrante abertura. Un rayo cayó en algún lugar, en el oscuro escenario del otro lado, iluminando un espacio de campo abierto con huertas y bosques y, tras ellos, las tentadoras estribaciones del macizo de Mulun.

Los truenos retumbaban con fragor haciendo que la valla basculara. Fiben quedó de pronto aprisionado entre los listones y aulló de dolor. Cuando consiguió soltarse cayó al suelo, entumecido por el dolor, a los pies de Sylvie. Otra descarga eléctrica iluminó las fulgurantes nubes. Fiben comenzó a gritarle al cielo, a golpear la tierra.

Cogió un puñado de barro y piedras y lo lanzó al aire, y una ráfaga de viento lo volvió contra su rostro.

Ya no había nada que decir, no había palabras. La parte de él que conocía tales cosas estaba bajo los efectos del choque y, como reacción, otras partes más antiguas y tenaces habían tomado el control.

Sólo existía la tormenta. El viento y la lluvia, el relámpago y el trueno. Se golpeó el pecho mientras doblaba los labios hacia atrás mostrando los dientes a la insistente lluvia. La tormenta cantaba para Fiben, resonando en el suelo y en el aire vibrante. Él respondió con un aullido.

No era una música melindrosa, humana. Tampoco era poética, como la de los fantasmas del sueño cetáceo de los delfines. No, esta música la podía sentir hasta en el interior de los huesos. Lo balanceaba, le hacía dar tumbos, lo levantaba como una muñeca de trapo y lo lanzaba contra el barro. Volvía a levantarse escupiendo y chillando.

Notó la mirada de Sylvie sobre él. La chima estaba palmeando excitada la tierra, mirándole con los ojos dilatados. Eso sólo consiguió que se golpeará el pecho con más fuerza y gritase más. No iba a desanimarse. Sabía que al lanzar guijarros al aire lo que hacía era desafiar a la tormenta, llamar a los relámpagos para que vinieran y lo atrapasen.

Éstos llegaron, servicialmente. Un brillo llenó el espacio y erizó el pelo de Fiben, haciéndolo centellear. Un bramido silencioso lo lanzó hacia atrás, como si del cielo hubiera bajado una mano de gigante para empujarlo violentamente contra la valla.

Al chocar con los listones gritó y, antes de perder la conciencia, percibió el inconfundible olor a pelo quemado.

## GAILET

Abrió los ojos en la oscuridad y sintió el ruido de la lluvia que golpeaba las tejas. Se puso de pie, con la manta sobre los hombros, y se acercó a la ventana.

Fuera, una tormenta barría todo Puerto Helenia, anunciando la llegada inminente del otoño. Las nubes caliginosas retumbaban enojadas, de un modo amenazador.

Desde allí no se veía en dirección este, pero Gaillet apoyó la mejilla en el frío cristal y miró hacia ese punto.

Aunque la habitación estaba confortablemente caldeada, cerró los ojos y se estremeció contra el helado vidrio.

## FIBEN

*Ojos... ojos... había ojos en todas partes. Se arremolinaban y danzaban en la oscuridad, burlándose de él.*

*Apareció un elefante, abriéndose paso violentamente en la jungla y berreando con los ojos inflamados de rojo. Él quiso huir pero lo cogió, lo puso sobre su tronco y se lo llevó dando tumbos, traqueteando y golpeándole las costillas.*

*Quería decirle a la bestia que se lo comiera de una vez o que lo pisara... sólo para acabar con aquel martirio.*

*Pero al cabo de un rato, se había acostumbrado a aquello. El dolor disminuyó para convertirse en intermitentes punzadas y el recorrido adquirió un ritmo más uniforme.*

Al despertarse, la primera cosa que advirtió fue que la lluvia ya no golpeaba su rostro.

Estaba tumbado de espaldas en algo que parecía hierba. A su alrededor vibraban los sonidos de la tormenta, que apenas había disminuido. Sentía el diluvio sobre las piernas y el torso. Y, sin embargo, ni la más pequeña gota caía en su nariz y boca.

Abrió los ojos para mirar y ver, para averiguar cómo era posible que continuase vivo.

Una silueta le impedía ver la débil luminosidad de las nubes. Se produjo un relámpago no lejos de allí e iluminó la cara que se inclinaba sobre él. Sylvie lo miraba preocupada, sujetándole la cabeza en su regazo.

—¿Dónde...? —Fiben intentó hablar pero sus palabras semejaban el croar de una rana. Parecía haber perdido la voz. Recordó levemente un momento en el que había estado chillando, aullándole al cielo. Por eso debía de dolerle tanto la garganta.

—Estamos fuera —le dijo Sylvie en un susurro que apenas se oía entre el ruido de la lluvia.

Fiben parpadeó. *¿Fuera?*

Con un gesto de dolor levantó la cabeza lo suficiente para ver dónde se encontraban. Resultaba difícil distinguir nada tras el tormentoso telón de fondo que tenía ante sí, pero fue capaz de vislumbrar las veladas siluetas de los árboles y las bajas y ondulantes colinas. El contorno de Puerto Helenia era inconfundible, sobre todo la curvada senda de diminutas luces que seguían el curso de la valla de los *gubru*.

—Pero... pero ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

—Yo te he traído —dijo ella sin darle importancia—. No estabas en condiciones de andar después de haber derribado la alambrada.

—¿Derribado?

Ella asintió. En los ojos de Sylvie había una chispa brillante.

—He visto hasta ahora muchas danzas del trueno, Fiben Bolger, pero ésta las superó a todas, te lo juro. Si llego a los noventa y tengo un centenar de nietos respetuosos, no creo que sea capaz de contárselo y lograr que me crean. Ahora recordaba vagamente. Recordaba la ira, la rabia por haber llegado tan cerca, y estar aún tan lejos, de la libertad. Le avergonzaba haber cedido de ese modo a la frustración, a la parte animal que había en él.

*¡Vaya carnet blanco!* Fiben resopló al darse cuenta de lo estúpido que tenía que ser el Suzerano de la Idoneidad para escoger a un chimp como él para tal papel.

—Debo de haber perdido el control durante un rato.

Sylvie le tocó el hombro izquierdo. Se encogió de dolor y vio que tenía una fea quemadura. Por extraño que fuese no parecía dolerle tanto como la multitud de contusiones y pequeños golpes recibidos.

—Te burlaste de la tormenta, Fiben. La retaste a que bajara a atraparte. Y cuando lo hizo... la obligaste a obedecerte.

Fiben cerró los ojos. *Oh, Dios. ¡Cuántas supersticiones estúpidas y sin sentido!*

Sin embargo, en el fondo, parte de él estaba satisfecha. Era como si esa parte creyese que hubo causa y efecto y que él había actuado tal como Sylvie había descrito.

—Ayúdame a incorporarme ¿quieres? —murmuró con un estremecimiento.

Por unos momentos se sintió desorientado porque el horizonte se inclinaba y su visión era borrosa. Al fin, cuando ella lo hubo sentado y el mundo ya no dio vueltas alrededor, le pidió con un gesto que le ayudara a ponerse de pie.

—Deberías descansar, Fiben.

—Cuando llegemos a Mulun —le dijo—. No puede faltar demasiado para el alba y la tormenta no va a durar siempre. Vamos, me apoyaré en ti.

Ella le tomó el brazo bueno y se lo puso sobre su hombro, y entre los dos consiguieron que él volviese a tenerse en pie.

—¿Sabes? —comentó—. Eres una chimita muy fuerte. ¡Mira que traerme hasta aquí! —ella asintió mirándolo con el mismo brillo en los ojos—. Muy bien —sonrió Fiben—. Pero que muy bien.

Juntos emprendieron el camino, cojeando hacia los montes oscuros y de aspecto hosco que se alzaban hacia el este.

# QUINTA PARTE

## VENGADORES

En los viejos días, cuando aún reinaba Poseidón y las naves del hombre eran tan débiles como cortezas secas, la mala suerte golpeó a cierto carguero tracio que zozobró y se hundió durante una temprana tempestad de invierno. Bajo esas fieras olas, se perdieron todas las vidas, excepto una: la del mono que era la mascota del barco.

Los hados quisieron que apareciera un delfín justo cuando el mono iba a exhalar el último suspiro. Conociendo el gran amor que existía entre los hombres y los delfines, el mono gritó:

—¡Sálvame! ¡Por mis pobres hijos de Atenas!

Rápido como una centella, el delfín le ofreció su amplio lomo.

—Para ser un hombre eres muy extraño, pequeño y feo —le dijo el delfín, mientras el mono se agarraba a él con desesperación.

—¡Tal como están los hombres, yo puedo ser bastante atractivo! —replicó el mono, que tosía sujetándose con fuerza al delfín que se dirigía hacia tierra.

—¿Has dicho que eres un hombre de Atenas? —le preguntó la cautelosa criatura marina.

—¡Claro! ¿Quién podría afirmarlo si no lo fuera? —proclamó el mono.

—Entonces, ¿conoces Píreo? —siguió inquiriendo el delfín.

—¡Ah, sí! —se apresuró a decir el mono—. Píreo es un gran amigo mío. Sólo hace una semana que lo vi por última vez.

Al oír aquello, el delfín dio una fuerte sacudida y dejó caer al mono al mar para que se ahogase.

Se supone que la moraleja de este relato es que uno debe siempre tener una historia bien montada cuando se pretende pasar por quien no se es.

*M. N. Plano*



## GALÁCTICOS

La imagen de la pantalla holográfica oscilaba. Aquello no era extraño, ya que procedía de una distancia de muchos parsecs, era refractada a través del espacio plegado del punto de transferencia de Pourmin. La oscura imagen ondulaba y perdía de vez en cuando nitidez.

No obstante, al Suzerano de la Idoneidad el mensaje le llegaba demasiado claramente.

Frente al pedestal de Suzerano se encontraba representada una colección de seres diversos. Reconoció a la mayoría de las razas de inmediato. Había un *pila*, por ejemplo, bajo, peludo y de brazos rechonchos. Y también un alto y larguirucho *z'Tang*, que estaba al lado de un *serentino* aracnoide. Un *bigle* miraba perezosamente, enroscado junto a un ser que el Suzerano no reconoció a primera vista, y que tanto podía ser un pupilo como una decorativa mascota.

Y además, para desespero del Suzerano, en la delegación se encontraban un *synthiano* y un humano.

¡Un humano!

Y no había modo de quejarse. Incluir entre los observadores a un terrestre, si había disponible en la zona algún humano cualificado, era lo apropiado puesto que este mundo estaba arrendado a los lobeznos. Pero el Suzerano tenía la certeza de que en aquel sector no había ninguno de ellos trabajando para el Instituto de Elevación.

Tal vez eso era señal de que la situación política en las Cinco Galaxias había empeorado. Le habían llegado noticias de los Maestros de la Percha, allá en su planeta natal, que hablaban de serias derrotas en los brazos de la espiral. Las batallas habían ido mal, y los aliados habrían probado no ser dignos de confianza. Las flotas *tandu* y *soro* dominaban las rutas comerciales más interesantes y en aquel momento monopolizaban el asedio a la Tierra.

Eran tiempos inciertos para el poderoso y gran clan de los *gooksyu-gubru*. Ahora todo dependía de ciertos clanes neutrales de tutores. Si ocurriera algo que les procurara la alianza con uno o dos de ellos, podrían aún lograr una victoria justa.

Y, en cambio, sería desastroso que cualquiera de los neutrales se pusiera en contra del gran clan.

Una de las principales razones que habían llevado al Suzerano de la Idoneidad a sugerir la invasión de Garth en primer lugar, había sido la posibilidad de influir en aquellos asuntos. El motivo aparente de esta expedición había sido tomar rehenes y utilizarlos para que les informaran de los secretos del Alto Mando de la Tierra. Pero los perfiles psicológicos de los humanos habían conseguido que aquella empresa

fracasase. Los lobeznos eran unas criaturas obstinadas.

No, lo que había decidido a los Maestros de la Percha a aceptar la propuesta del Suzerano era la posibilidad de que aquello representase un honor para la causa del clan: asestar un golpe y ganarse nuevas alianzas entre los partidos indecisos. ¡Y en un principio todo parecía ir tan bien! El anterior Suzerano de Costes y Prevención...

El sacerdote gorjeó una profunda nota de pesar. Hasta entonces no había sido totalmente consciente de la inteligencia que habían perdido, de cómo el viejo burócrata había templado la irreflexiva brillantez de los dos más jóvenes con un profundo y fidedigno razonamiento.

*Qué consenso, unidad política, hubiéramos logrado.*

En aquel momento, a las constantes batallas entre aquel triunvirato aún desunido se añadían estas nuevas malas noticias. Entre los observadores oficiales del Instituto de Elevación se hallaría un terrestre. Las implicaciones eran desagradables.

¡Y aquello no era lo peor de todo! Mientras el Suzerano observaba consternado, el terrestre se adelantó como portavoz. Su declaración fue en un clarísimo galáctico-Siete.

—Nuestros saludos al Triunvirato de las fuerzas del clan *gooksyu-gubru*, en liza por la tenencia del mundo límite conocido con el nombre de Garth. Los saludo en nombre del Gran Tos\*Quinn'B, el gran tribunal del Instituto de Elevación. Enviamos este mensaje desde nuestra nave, a través de los medios más rápidos disponibles, para que puedan prepararse para nuestra llegada. Las condiciones del hiperespacio y de los puntos de transferencia indican que la causalidad nos permitirá a buen seguro llegar a tiempo para asistir a las ceremonias propuestas y dirigir las pruebas de sapiencia en el lugar y momento por ustedes indicado.

»Se les informa también de que el Instituto Galáctico de Elevación ha hecho un gran esfuerzo para aceptar su desusada petición: primero, por considerarla demasiado apresurada y segundo, por actuar basándose en una información tan escasa.

»Las Ceremonias de Elevación son momentos de regocijo, en especial en tiempos de conmoción como los actuales. Con ellas se celebra la renovación continua y perpetua de la cultura galáctica, en el nombre de nuestros reverenciados Progenitores. Las especies pupilas son la esperanza y el futuro de nuestra civilización, y en ocasiones como éstas les demostramos nuestra responsabilidad, honor y amor.

»Asistiremos pues a tal acontecimiento llenos de curiosidad ante la maravilla que el clan de los *gooksyu-gubru* planea revelar a las Cinco Galaxias.

La imagen se desvaneció y el Suzerano se quedó reflexionando sobre lo que había oído.

Era demasiado tarde, por supuesto, para anular las invitaciones y cancelar la ceremonia. Incluso los otros Suzeranos lo reconocían. El montaje debía ser completado y tenían que prepararse para recibir invitados honorables. Hacer lo

contrario podía dañar irrevocablemente la causa *gubru*.

El Suzerano ejecutó una danza de ira y frustración. Murmuraba breves y punzantes imprecaciones.

¡Malditos sean los diabólicos y tramposos *tymbrimi*! Vista en retrospectiva, la idea de los *garthianos*, unos presensitivos que habían sobrevivido a la catástrofe de los *bururalli*, era absurda. Y sin embargo, el rastro de falsas evidencias había sido tan sobrecogedoramente verosímil, tan aceptable por las oportunidades que brindaba...

El Suzerano de la Idoneidad había empezado esta expedición en posición de líder, y su lugar en la Muda final pareció estar asegurado después de la prematura muerte del primer Suzerano de Costes y Prevención.

Pero todo eso cambió cuando no se encontraron *garthianos*, cuando fue evidente lo mucho que había sido engañada la Idoneidad. Si fracasaba en encontrar evidencias de fallos en el comportamiento humano en Garth o con sus pupilos, significaría que el Suzerano todavía no podía poner los pies en el suelo del planeta. Lo que, a su vez, retrasaba el desarrollo de la función hormonal. Todos aquellos factores eran serios inconvenientes que convertían la Muda en algo más que dudoso.

Entonces, la insurrección de los neochimpancés había colocado al poder militar a la cabeza. El Suzerano de Rayo y Garra había crecido en importancia y se había vuelto imparable.

La proximidad de la Muda llenó de presentimientos al Suzerano de la Idoneidad. Se suponía que tales acontecimientos eran triunfantes, trascendentes, incluso para los perdedores. Las mudas eran momentos de renovación y de realización sexual para la raza. También se les atribuía un sentido de cristalización política: el consenso de la acción correcta.

En aquella ocasión no había consenso, o sólo en grado mínimo. Había algo en verdad muy desacertado en aquella Muda.

En lo único en que estaban de acuerdo los tres Suzeranos era en que la derivación hiperespacial tenía que usarse para algún tipo de ceremonia de Elevación. Llegado aquel punto, hacer lo contrario sería suicida. Pero salvo en eso, todos tenían sus propias ideas. Las incesantes discusiones habían empezado a afectar a toda la expedición.

Los soldados de Garra más religiosos habían comenzado a pelearse con sus camaradas. Los burócratas que habían sido militares se ponían de parte de sus antiguos camaradas al discutir sobre gastos en logística, o se volvían taciturnos cuando su jefe no autorizaba dichos gastos. Incluso entre la clase sacerdotal, donde debería haber habido unanimidad, tenían lugar frecuentes disputas.

El sumo sacerdote acababa de descubrir lo que podía hacer el sectarismo. Las discusiones habían llevado incluso a la traición. ¿Por qué, si no, le habían robado uno de sus dos representantes de la raza neochimpancé?

En aquellos momentos el Suzerano insistía en la necesidad de escoger un nuevo macho. Sin duda el burócrata era el responsable de la «fuga» del chimp Fiben Bolger. ¡Y era una criatura tan prometedora! Lo más seguro es que a aquellas alturas ya se hubiese convertido en vapor y cenizas.

Pero, por supuesto, no había modo de inculpar seriamente por aquello a ninguno de los otros dos Suzeranos.

Un sirviente *kwackoo* se aproximó y se arrodilló ante él, con un cubo de datos en el pico. Una vez que obtuvo su permiso, metió la grabación en un aparato reproductor.

La luz de la habitación disminuyó y el Suzerano de la Idoneidad contempló unas escenas tomadas por una cámara entre la lluvia y la oscuridad. Temblaba involuntariamente de repugnancia ante la desagradable y húmeda suciedad de la ciudad lobezna.

La escena se detenía en un rincón lodoso de un oscuro callejón... una cabaña hecha de alambres y madera en la que habitaban un grupo de pájaros terrestres considerados animales domésticos... un montón de ropa sucia junto a una fábrica cerrada... unas huellas que se dirigían a un revuelto barrizal junto a una valla doblada y rota... más huellas que se perdían en los oscuros campos...

El Suzerano comprendió perfectamente lo sucedido sin necesidad de esperar el informe de los investigadores.

El neochimpancé macho se había dado cuenta de la trampa que le tendían y, al parecer, había conseguido escapar con éxito.

El Suzerano danzó en lo alto de su percha una serie de remilgados pasos de factura muy antigua.

—*El daño, el perjuicio, el revés que ha sufrido nuestro programa es grave. ¡Pero no es, no debe ser irreparable!*

A un gesto suyo los seguidores *kwackoo* se acercaron a él a toda prisa. La primera orden del Suzerano fue directa.

— *Debemos incrementar, mejorar, intensificar nuestro cometido, nuestros incentivos. Informen a la hembra que aceptamos, accedemos, consentimos a su petición.*

»*Puede ir a la Biblioteca.*

El sirviente le hizo una reverencia y los otros *kwackoo* cantaron.

—*¡Zooooon!*

## EL GOBIERNO EN EL EXILIO

La pantalla del holo-depósito quedó en blanco cuando el mensaje interestelar llegó a su fin. Al encenderse las luces, los miembros del Concejo se miraron unos a otros asombrados.

—¿Qué... qué significa? —preguntó el coronel Maiven.

—No estoy seguro —respondió el comandante Kylie—. Pero parece que los *gubru* persiguen algo.

El administrador del refugio, Muchen, tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Parecen ser oficiales del Instituto de Elevación. Creo que los invasores están preparando algún tipo de ceremonia y han invitado a diversos testigos.

*Todo eso es obvio*, pensó Megan.

—¿Creen que está relacionado con la misteriosa construcción al sur de Puerto Helenium? —preguntó. Aquel enclave había sido últimamente tema de muchas discusiones.

—Hasta ahora no he querido admitir tal posibilidad —asintió el coronel Maiven—, pero ahora tengo que hacerlo.

—¿Y por qué tendrían que celebrar una ceremonia de Elevación para los *kwackoo* aquí en Garth? —intervino el miembro chimp—. ¿Favorecerá eso su pretensión sobre la tenencia del planeta?

—Lo dudo —apuntó Megan—. Tal vez no sea para los *kwackoo*.

—¿Y entonces para quién?

Megan se encogió de hombros y Kylie comentó:

—Parece ser que los representantes del Instituto de Elevación tampoco lo saben.

Se produjo un largo silencio, y luego Kylie habló de nuevo.

—¿Qué significado creen que tiene el hecho de que el portavoz sea un humano?

—Es evidente que es una ventaja para los *gubru* —sonrió Megan—. Ese hombre seguramente no es más que un joven aprendiz de la sucursal local del Instituto de Elevación. Ponerlo frente a los *pila*, los *z'Tang* y los *serentinos* significa que la Tierra no está aún acabada. Y hay ciertos poderes que quieren ponerlo de manifiesto ante los *gubru*.

—Hum, los *pila*. Son duros de pelar, y miembros del clan de los *soro*. Un humano como portavoz puede ser un insulto a los *gubru*, pero eso no garantiza que la Tierra esté muy bien.

Megan entendió lo que Kylie quería decir. Si los *soro* dominaban el espacio de la Tierra, se preparaban tiempos difíciles.

Se produjo un nuevo silencio, interrumpido esta vez por el coronel Maiven.

—Se ha hablado de una derivación hiperespacial. Son muy caras. Los *gubru* deben valorar muchísimo este asunto de la ceremonia.

*Claro*, pensó Megan, sabiendo que se había presentado una moción ante el Concejo. Y esta vez sabía que sería difícil justificar su postura de seguir los consejos de Uthacalthing.

—¿Está sugiriendo un objetivo, coronel?

—Naturalmente, señora Coordinadora —Maiven se sentó y la miró a los ojos—. Creo que ésta es la oportunidad que estábamos esperando.

Un rumor de asentimiento recorrió la mesa.

*Van a votar motivados por el aburrimiento, la frustración y la claustrofobia*, se dijo Megan. *Y sin embargo, ¿no es ésta una oportunidad de oro a la que debemos agarrarnos, o perder para siempre?*

—No podemos atacar cuando hayan llegado los emisarios del Instituto de Elevación —apuntó ella y vio que todos habían comprendido la importancia de aquello—. Admito sin embargo, que puede haber un intervalo durante el cual podamos asestar el golpe.

El consenso era obvio. En un rincón de su mente, Megan sabía que en realidad se necesitaban más discusiones. Pero sabía asimismo que también ella ardía casi de impaciencia.

—Debemos pues enviar nuevas órdenes al mayor Prathachulthorn. Tendrá carta blanca, con la sola condición de que cualquier ataque ha de ser perpetrado antes del primero de noviembre. ¿Están de acuerdo?

Se alzaron las manos. El comandante Kylie dudaba, pero finalmente se unió a la votación y ésta fue unánime.

*Estamos obligados*, pensó Megan. Y se preguntó si el Infierno reservaba algún lugar especial para las madres que enviaban a sus propios hijos a la batalla.

## ROBERT

*No tendría que haberse ido ¿verdad? Ella dijo que todo estaba bien.*

Robert se frotó su áspera barbilla. Pensó en tomar una ducha y afeitarse ya que el mayor Prathachulthorn convocaría una reunión a primera hora de la mañana y le gustaba ver a sus oficiales bien aseados.

*Lo que en realidad tendría que hacer es dormir,* pensó Robert. Acababan de terminar una serie de ejercicios nocturnos. Lo más inteligente era irse a descansar.

Pero, después de un par de horas de sueño irregular, advirtió que estaba demasiado nervioso, demasiado lleno de inquietud para seguir en la cama. Se levantó, fue a su escritorio y colocó el ordenador de forma que su luz no molestase a los otros ocupantes de la estancia. Durante algún tiempo, leyó la detallada orden de batalla del mayor Prathachulthorn.

Era ingeniosa, muy profesional. Las diversas opciones parecían ofrecer un buen número de sistemas efectivos para utilizar fuerzas limitadas y golpear al enemigo. Y golpearlo fuerte. Lo único que faltaba era elegir el objetivo adecuado. Había diversas posibilidades, todas ellas factibles.

No obstante, en el conjunto del plan había algo que a Robert le parecía equivocado. El documento no consiguió aumentar su confianza, como habría esperado que ocurriera. Robert imaginó que algo tomaba forma sobre su cabeza, algo ligeramente parecido a las nubes oscuras que habían envuelto en tormentas las montañas hacía poco tiempo: una manifestación simbólica de su desasosiego.

En el otro extremo de la habitación, una forma se movió bajo las mantas y éstas dejaron entrever un delgado brazo y un muslo de piel suave.

Robert se concentró y se apresuró a borrar la no-cosa que había formado con el sencillo poder de su aura.

Había empezado a afectar los sueños de Lydia y no sería justo que ella sufriese su propia inquietud. A pesar de su reciente intimidad física, eran todavía, en muchos aspectos, dos desconocidos.

Pensó en los hechos positivos de los últimos días. El plan de batalla permitía conjeturar que por fin Prathachulthorn había empezado a tomarse en serio sus ideas. Y la compañía de Lydia le había reportado algo más que placer físico. Robert no se había dado cuenta de lo mucho que añoraba el simple contacto físico con los de su propia especie. Los humanos tenían más capacidad para soportar el aislamiento que los chimps, los cuales podían caer en una profunda depresión si se veían privados de compañeros de caricias durante cierto tiempo. Pero tanto los machos como las fêmeas humanas tenían necesidades parecidas a las de los simios.

No obstante, los pensamientos de Robert iban a la deriva. Incluso en sus momentos más apasionados con Lydia, seguía pensando en otra persona.

*¿Tenía que irse? Desde un punto de vista lógico, no había ninguna razón para visitar el monte Fossey. Los gorilas están muy bien cuidados.*

Los gorilas habían sido sólo una excusa, claro. Una excusa para huir del aura de censura del mayor Prathachulthorn. Una excusa para evitar las centelleantes descargas de la pasión humana.

Athaclena podía tener razón acerca de que no había nada malo en que Robert deseara estar con los de su especie, pero la lógica no lo era todo. Ella también tenía sentimientos. Joven y sola, podía resultar herida incluso por lo que ella consideraba correcto.

—¡Maldita sea! —murmuró Robert. Las palabras y los gráficos de Prathachulthorn no eran más que una mancha borrosa—. ¡Maldita sea!, la echo de menos.

Fuera, tras la cortina de tela que separaba aquella habitación del resto de las cuevas, se produjo una conmoción. Robert consultó su reloj. Sólo eran las cuatro de la madrugada. Se puso de pie y cogió sus ropas. A aquella hora, cualquier excitación fuera de programa podía ser equivalente a malas noticias. Y si el enemigo había estado tranquilo durante un mes, eso no significaba que fuera a continuar así para siempre. Tal vez los *gubru* se habían enterado de sus planes y atacaban como medida de prevención.

Se oyeron golpes de pies descalzos sobre la piedra.

—¿Capitán Oneagle? —dijo una voz tras la cortina.

Robert se acercó a ella y la descorrió. Una mensajera chimp respiraba jadeante.

—¿Qué pasa? —preguntó Robert.

—Hum, ser. Es mejor que venga en seguida.

—Muy bien. Voy a coger las armas.

—No es una batalla, ser —la chimp sacudió la cabeza—. Es... es que han llegado unos chimps, procedentes de Puerto Helenia.

Robert frunció el ceño. Desde el principio no habían dejado de llegar pequeños grupos de la ciudad. ¿Por qué ahora tanto revuelo? Oyó cómo Lydia se movía, perturbado su sueño con las voces.

—Bien —le dijo a la chima—. Los entrevistaremos un poco más tarde.

—Señor —lo interrumpió ella—. ¡Es Fiben! ¡Fiben Bolger, señor! Ha regresado.

—¿Qué? —preguntó Robert asombrado.

—¿Rob? —dijo una voz femenina a sus espaldas—. ¿Qué...?

Robert chilló y su grito repercutió en los espacios cerrados. Abrazó y besó a la sorprendida chima y luego levantó en vilo a Lydia.

—¿Qué? —empezó a preguntar, pero se interrumpió al ver que se estaba



dirigiendo al punto vacío donde un momento antes había estado él.

En realidad, no era necesario apresurarse. Fiben y sus escoltas se encontraban aún a cierta distancia.

Cuando pudieron verse sus caballos, jadeando montaña arriba por el camino norte, Lydia ya se había vestido y reunido con Robert en lo alto del precipicio. La luz grisácea del amanecer empezaba a borrar las últimas y tenues estrellas.

—Todo el mundo está levantado —comentó Lydia—. Hasta el mayor lo ha hecho. Los chimps corren de un lado a otro parloteando excitados. Ese chimp al que esperan debe de ser algo extraordinario.

—¿Fiben? —rió Robert—. Sí, puede decirse que el viejo Fiben es completamente fuera de lo común.

—De eso ya me he dado cuenta —ella se protegió los ojos de la luminosidad que aumentaba en el este para observar el grupo a caballo que enfilaba la pendiente en zigzag del estrecho sendero—. ¿Es el que va cubierto de vendajes?

—¿Hum? —Robert entrecerró los ojos. La visión de Lydia había sido bioorgánicamente aumentada durante su entrenamiento en el ejército. Sintió envidia—. No me sorprendería. Por una u otra razón, Fiben siempre va lleno de vendajes, aunque le horroriza. Él afirma que se debe a una innata torpeza y a que eso es lo que el universo le depara, pero siempre he sospechado que tiene una atracción especial por los problemas. Nunca he conocido a ningún chimp que llegara a tales extremos sólo para tener una historia que contar.

Al cabo de un minuto pudo distinguir las facciones de su amigo. Gritó y lo saludó con la mano. Fiben sonrió y respondió al saludo, aunque tenía el brazo inmovilizado en un cabestrillo. Junto a él, montada en una pálida yegua había una chima que Robert no conocía.

Llegó un mensajero procedente de las cuevas y los saludó.

—Sers, el mayor ordena que usted y el teniente Bolger bajen lo antes posible.

—Dile por favor al mayor Prathachulthorn que vamos en seguida —asintió Robert.

Mientras los caballos recorrían la última curva, Lydia deslizó su mano en la suya y Robert sintió una repentina oleada de regocijo y culpabilidad a la vez. Le dio un apretón y trató de no mostrar la ambivalencia de sus sentimientos.

*¡Fiben está vivo!, pensó. Tengo que comunicárselo a Athaclena. Seguro que se emocionará.*

El mayor Prathachulthorn tenía la costumbre de tirarse de una u otra oreja. Mientras escuchaba los informes de sus subordinados, se movía en la silla y de vez en cuando murmuraba ante su ordenador, adquiriendo algún detalle urgente para su información. En ciertas ocasiones parecía distraído, pero si su interlocutor dejaba de hablar o incluso si bajaba el tono de voz, el mayor chasqueaba los dedos con

impaciencia. Al parecer, Prathachulthorn tenía una mente rápida y era capaz de atender varios asuntos a la vez. Sin embargo, esta conducta resultaba un poco desconcertante para algunos chimps, que tendían a ponerse nerviosos y sufrir afasias. Y eso, a su vez, no mejoraba la opinión que Prathachulthorn tenía de los irregulares que habían estado al mando de Robert y Athaclena.

Pero en el caso de Fiben, esto no suponía ningún problema. Mientras continuaran dándole zumo de naranja, él seguiría contando su historia. Hasta Prathachulthorn, que a menudo interrumpía los informes con frecuentes preguntas y que era implacable con los detalles, permaneció en silencio mientras Fiben narraba la historia de la desastrosa insurrección del valle, su posterior captura, las entrevistas y pruebas que había sufrido a manos de los ayudantes del Suzerano de la Idoneidad y las teorías de la doctora Gaillet Jones.

De vez en cuando, Robert miraba a la chima que Fiben había llevado consigo desde Puerto Helenia. Sylvie estaba sentada rígidamente entre Benjamín y Elsie, con una expresión serena. A veces se dirigían a ella para verificar o aclarar algo, y ella respondía en voz baja. Por lo demás, sus ojos no se apartaban de Fiben.

Éste describió detalladamente la situación política entre los *gubru* tal como él la veía. Cuando llegó la noche de la fuga, explicó que el Suzerano de Costes y Prevención les había tendido una trampa, y terminó el relato de este modo:

—Así que decidimos, Sylvie y yo, que era mejor salir de Puerto Helenia por una ruta que no fuese marina —se encogió de hombros—. Pasamos por una abertura de la valla y por fin llegamos a un puesto rebelde. En consecuencia aquí estamos.

*¡Eso es!*, pensó Robert con ironía. Fiben había dejado de lado cualquier referencia a sus heridas y a la forma precisa en que había escapado. Sin duda lo haría constar con todo detalle en el informe por escrito que entregaría al mayor, pero los demás tendrían que sacárselo sobornándolo.

Robert vio que Fiben lo miraba y le guiñaba el ojo. *Supongo que es una historia para contar mientras te bebes cinco cervezas*, pensó Robert.

—Has dicho que viste la derivación hiperespacial —Prathachulthorn se dirigió a Fiben—. ¿Sabes dónde está situada exactamente?

—He sido entrenado como explorador, mayor. Sé dónde se halla. Mi informe por escrito incluirá un mapa y un esbozo de la instalación.

—Si no hubiera tenido ya otras noticias de ese asunto —reconoció Prathachulthorn—, nunca hubiera creído esta historia. Pero, dada las circunstancias, no me queda más remedio que hacerlo. ¿Y has dicho que es una instalación muy costosa, incluso para los *gubru*?

—Sí, señor. Ésa es la conclusión a la que llegamos Gaillet y yo. Los humanos sólo han podido celebrar una única ceremonia de Elevación para cada una de sus razas pupilas en todos los años transcurridos desde el Contacto, y ambas tuvieron que

desarrollarse en Tymbrimi. Es por eso que otros pupilos como los *kwackoo* pueden humillarnos impunemente.

»Uno de los motivos principales ha sido la obstrucción política llevada a cabo por clanes antagonistas como los *gubru* y los *soro*, que han logrado demorar las peticiones de reconocimiento de estatus promovidas por la Tierra. Pero otro motivo es que, según los criterios galácticos, somos terriblemente pobres.

Resultaba obvio que Fiben había estado estudiando. Robert comprendió que gran parte de aquello tenía que haberlo aprendido de esa Gaillet Jones. Con su intensificado sentido de empatía, Robert captaba en Fiben leves estremecimientos cada vez que se mencionaba el nombre de la chima.

Robert miró a Sylvie. *Hum, parece que a Fiben se le ha complicado un poco la vida.*

Eso, desde luego, le recordó su propia situación. No sólo a Fiben, pensó. Toda su vida había deseado aprender a ser más sensible para comprender mejor los sentimientos de los demás y los suyos propios. Y ahora que tenía ese don, lo odiaba.

—¡Por Darwin, Goodall y Armonía! —Prathachulthorn golpeó la mesa—. Señor Bolger, nos ha traído información en el momento más oportuno —y, dirigiéndose a Robert y Lydia, añadió—: ¿saben lo que significa esto, caballeros?

—Hum —empezó Robert.

—Un objetivo, señor —respondió Lydia sucintamente.

—¡Exacto! Un objetivo. Esto se adecúa perfectamente al mensaje que acabamos de recibir del Concejo. Si podemos destruir esa derivación antes de que lleguen los dignatarios del Instituto de Elevación, podremos golpear a los *gubru* donde más les duele: en sus bolsillos.

—Pero... —empezó a objetar Robert.

—Ya ha oído lo que nos acaba de referir nuestro espía —dijo Prathachulthorn—. Los *gubru* están causando daño en el espacio y están extendiendo demasiado sus líneas. Además, sus líderes aquí, en Garth, están enfrentados entre sí. Esto podría ser la gota que colmara el vaso. Caramba, podríamos planearlo de algún modo para que todos los miembros del Triunvirato se hallaran en el mismo sitio en el mismo momento.

—¿No le parece que deberíamos pensarlo mejor, señor? —interrumpió Robert—. Quiero decir, que además está lo de la oferta que el Suzerano de la Probidad...

—Idoneidad —corrigió Fiben.

—Idoneidad, sí. ¿Qué hay de esa oferta que les ha hecho a Fiben y a la doctora Jones?

—Está claro que es una trampa —respondió con énfasis Prathachulthorn—. Reflexione, Oneagle.

—Lo hago, señor. Soy tan experto como Fiben en estos asuntos y, por supuesto,

mucho menos que la doctora Jones. Y le concedo que pueda ser una trampa. Pero, en la superficie al menos, parece un terrible asunto para la Tierra. Un asunto que no creo que podamos tolerar sin intentar informar de ello al Concejo.

—No hay tiempo —dijo Prathachulthorn sacudiendo la cabeza—. Tengo órdenes de actuar según mi criterio y, en lo posible, hacerlo antes de que lleguen los dignatarios galácticos.

—Entonces, como mínimo, podríamos consultar con Athaclena —la desesperación de Robert iba en aumento—. Es hija de un diplomático y tal vez pueda ver implicaciones que a nosotros nos pasan inadvertidas.

La expresión cejijunta de Prathachulthorn hablaba por sí sola.

—Si hay tiempo, me sentiré encantado de solicitar la opinión de la joven *tymbrimi*, por supuesto —pero estaba claro que por el solo hecho de sugerir aquella idea Robert aparecía como un idiota a los ojos del mayor.

—Ahora mismo —Prathachulthorn golpeó la mesa—, lo mejor que podríamos hacer es convocar una reunión de oficiales para discutir las posibles tácticas a emplear en contra de esa instalación —se volvió para dirigirse a los chimps—. Esto es todo por ahora, Fiben. Muchas gracias por tu valiente y oportuna acción. Y lo mismo va para usted, señorita —le dijo a Sylvie—. Espero ver pronto sus informes por escrito.

Elsie y Benjamín se pusieron de pie y mantuvieron abierta la puerta. Como oficiales honorarios, estaban excluidos de la reunión de Prathachulthorn. Fiben se levantó y se movió despacio, ayudado por Sylvie.

—Señor —se apresuró a decirle Robert en voz baja al mayor—, estoy seguro de que se le ha pasado por alto, pero Fiben es oficial de las Fuerzas de Defensa Coloniales. Tal vez no estaría bien visto que se le excluyera de la reunión, hum, políticamente, quiero decir.

Prathachulthorn parpadeó. Su expresión apenas mostró cambio, pero Robert advirtió de inmediato que había vuelto a perder puntos ante sus ojos.

—Sí, desde luego —dijo sin inmutarse—. Comuníqueme por favor al teniente Bolger que será bienvenido a la reunión, si no está demasiado cansado.

Y dicho esto se inclinó sobre su ordenador y empezó a solicitarle datos. Robert sentía los ojos de Lydia clavados en él. *Seguro que se desespera ante mi falta de tacto*, pensó al tiempo que se dirigía a toda prisa hacia la puerta y tomaba a Fiben por el brazo en el preciso instante en que éste se disponía a salir.

—Parece que ha vuelto otra vez el tiempo de los adultos —Fiben sonreía y hablaba con su amigo, señalando con la cabeza en dirección a Prathachulthorn.

—Peor que eso, viejo chimp. Acabo de conseguir que te nombren adulto honorario.

*Si las miradas matasen...*, pensó Robert al ver la amarga expresión de su amigo.

*Y tú que creías que retrataba del tiempo del molinero ¿no?* Habían comentado muchas veces el posible origen histórico de aquella expresión.

Fiben pellizcó el hombro de Sylvie y volvió a entrar, cojeando, en la habitación. Ella lo miró unos instantes y luego se volvió y siguió a Elsie por el pasillo.

Benjamín, sin embargo, se quedó un instante. Había visto una señal de Robert para que no se marchara. El muchacho deslizó un pequeño disco en la mano del chimp. No se atrevía a decir nada en voz alta, pero con la mano izquierda hizo un sencillo gesto.

—Para ella —le dijo en el lenguaje de las manos.

Benjamín asintió y se apresuró a marcharse.

Cuando Robert volvió a la mesa, Prathachulthorn y Lydia estaban ya enfrascados en los secretos de la planificación de la batalla. El mayor se dirigió a Robert.

—Me temo que no tendremos tiempo de usar el desarrollo bacteriológico, por ingeniosa que fuese su idea...

Las palabras le pasaron inadvertidas. Robert estaba sentado pensando que acababa de cometer su primera felonía. Al registrar secretamente la reunión, incluido el extenso informe de Fiben, había violado el procedimiento.

Al darle el disco a Benjamín había roto el protocolo. Y al ordenar al chimp que entregase la grabación a un alienígena, había, en cierto modo, cometido una traición.

## MAX

Un inmenso neochimpancé caminaba arrastrando los pies, en el interior de una cámara subterránea, con las manos esposadas y unidas al extremo de una sólida cadena. Permanecía alejado de sus guardianes, unos chimps que llevaban el uniforme de los invasores y que tiraban del otro extremo de la cadena, pero de vez en cuando lanzaba miradas desafiantes a los técnicos alienígenas que vigilaban desde unas plataformas elevadas.

Su rostro nunca había estado libre de marcas pero ahora estaba cubierto de heridas rosáceas, aún abiertas, que la ausencia de pelo en algunas zonas dejaba a la vista. Las heridas estaban sanando pero sus cicatrices nunca serían hermosas.

—Vamos, rebelde —le dijo uno de los chimps centinelas dándole un empujón—. El pájaro quiere hacerte algunas preguntas.

Mientras lo conducían a una zona elevada, cerca del centro de la inmensa cámara, Max ignoraba tanto como podía al margi. Allí esperaban algunos *kwackoo*, de pie sobre una plataforma instrumental.

Max miró a los ojos al que parecía ser el jefe y se inclinó ante él levemente, pero lo suficiente para que el pajaroido le devolviera la cortesía. Junto a los *kwackoo* se hallaban otros tres traidores. Dos eran unos chimps bien vestidos que habían obtenido grandes beneficios suministrando material de construcción y obreros a los *gubru*; se rumoreaba que algunos de los negocios se habían hecho a expensas de sus socios humanos desaparecidos. Otras historias decían que los hombres internados en Cilmar y en las demás islas habían aprobado aquellas transacciones y que su connivencia había sido directa. Max no sabía qué versión prefería creer. El tercer chimp de la plataforma era el comandante de la fuerza auxiliar de los margis, el alto y presuntuoso Puño de Hierro.

Max también conocía el protocolo adecuado para saludar a los traidores. Sonrió, mostrando sus grandes caninos, y escupió a sus pies. Con un grito, los margis tiraron de la cadena y lo hicieron trastabillar. Levantaron sus porras, pero un agudo grito del líder *kwackoo* los detuvo antes de que pudieran descargar los golpes. Luego retrocedieron, haciéndole una reverencia.

—¿Estáis seguros, sabéis con certeza, que este individuo es el que hemos estado buscando? —preguntó a Puño de Hierro el oficial pajaroido.

El chimp asintió.

—Lo encontramos cerca del lugar donde capturamos a Gaillet Jones y Fiben Bolger. Había sido visto en su compañía antes de la rebelión y se sabe que durante muchos años fue sirviente de la familia de ella. He preparado un informe que

demuestra que su contacto con esos individuos lo hace adecuado para que lo estudiemos con atención.

—Has sido muy hábil —le dijo el *kwackoo* a Puño de Hierro—. Debes ser premiado, recompensado, con un rango superior. Aunque uno de los candidatos del Suzerano de la Idoneidad se haya escapado de nuestra red. Ahora estamos en una buena posición para elegir, seleccionar un sustituto. Te tendré informado.

Max había vivido lo bastante bajo el régimen *gubru* para saber que aquéllos eran burócratas, ayudantes del Suzerano de Costes y Prevención. Pero no tenía ni idea de lo que querían de él, para qué podía él serles útil en sus luchas internas.

¿Por qué lo habían llevado a aquel lugar? En las entrañas profundas de una montaña artificial, al otro lado de la bahía, se encontraba un enjambre intimidante de maquinarias y unas impresionantes fuentes de energía.

Durante el largo recorrido en el vehículo volador, Max había sentido cómo se le erizaba el pelo debido a la electricidad estática que generaban los *gubru* al probar sus titánicos aparatos.

El funcionario *kwackoo* se volvió para mirarlo con un ojo.

—Vas a cumplir dos funciones —le dijo a Max—, dos objetivos. Nos darás información, datos sobre tu antigua ama, una información que pueda sernos útil. Y nos ayudarás, auxiliarás, en un experimento.

—No haré ninguna de las dos cosas —sonrió Max—, y me trae sin cuidado si es una falta de respeto. Por mí puede ponerse un traje de payaso y montarse en un triciclo, pero no le diré nada.

El *kwackoo* parpadeó una, dos veces, mientras verificaba las palabras del chimp traducidas por un ordenador. Intercambió unos gorjeos con sus ayudantes y luego se dirigió de nuevo a él.

—No has entendido, has interpretado mal lo que queríamos decir. No habrá preguntas. No necesitas hablar. Tu cooperación no será necesaria.

La satisfecha certeza de aquella afirmación parecía terrible. Max tembló ante una repentina premonición.

Cuando lo capturaron, el enemigo quiso sacarle información. Él se había resistido con todas sus fuerzas, pero en realidad le había extrañado que lo único que parecía interesarles eran los *garthianos*. Eso es lo que le preguntaban una y otra vez: «¿Dónde estaban los pre-sensitivos?».

¿*Garthianos*?

Resultó fácil confundirlos y mentir, a pesar de todas las drogas y máquinas psi, porque las hipótesis básicas del enemigo eran sumamente idiotas. ¡Quién se hubiera imaginado a los galácticos tragándose un cuento de niños!

Lo superó bien y aprendió muchos trucos para mentir en los interrogatorios.

Hizo grandes esfuerzos, por ejemplo, para no «admitir» que los *garthianos*

existían. Durante un rato, eso pareció convencerlos de que sus hipótesis eran todavía más ciertas.

Al fin abandonaron los interrogatorios y lo dejaron en paz. Tal vez se habían dado cuenta de cómo los habían engañado. Después de aquello, lo pusieron a trabajar en una de las diversas obras y Max pensó que se habían olvidado de él.

*Al parecer no es así*, pensó. Las palabras del *kwackoo* lo inquietaban.

—¿Qué quiere decir con eso de que no habrá preguntas?

Esta vez fue el líder de los marginales quien respondió. Puño de Hierro se atusó el bigote con fruición.

—Significa que te exprimirán todo lo que sabes. Estas máquinas —señaló alrededor— se concentrarán en ti y liberarán tus respuestas. Pero a ti no te liberarán.

Max inhaló profundamente y notó que el pulso se le aceleraba. Lo que lo mantenía firme era una fuerte resolución: no iba a darles a esos traidores el gusto de verlo sin poder articular palabra.

—Eso... eso va en contra de... las Normas de Guerra.

Puño de Hierro se encogió de hombros y dejó que el *kwackoo* se explicara.

—Las Normas protegen, preservan las especies y los mundos más que a los individuos. Y, de todas formas, ninguno de los que ves aquí es seguidor de los sacerdotes.

*Así que*, pensó Max, *estoy en manos de los fanáticos*. Mentalmente se despidió de los chimps, las chimas y los críos de su grupo familiar, en especial de la esposa mayor de su grupo, a la que estaba seguro de que no volvería a ver nunca más.

—Habéis cometido dos errores —les dijo a sus apresadores—. El primero fue que se os pasó por alto que Gaillet está viva, y que Fiben os ha vuelto a engañar. Eso compensa todo lo que podáis hacer conmigo.

—Disfruta de tu breve placer —gruñó Puño de Hierro—. Vas a ser de gran ayuda para dominar a tu antigua ama.

—Tal vez —asintió Max—. Pero el segundo error es haberme atado a esto...

Había permanecido todo el tiempo con los brazos caídos pero en aquel momento los echó hacia atrás con un impulso salvaje y tiró de la cadena con todas sus fuerzas.

Dos de los centinelas margis perdieron pie antes de que los eslabones se les escaparan de las manos.

Max apoyó bien los pies en el suelo y chasqueó la pesada cadena como si fuera un látigo. Sus escoltas se agacharon para protegerse, pero no todos lo lograron a tiempo. Uno de los contratistas chimp quedó con la cabeza abierta a causa de un golpe indirecto. El otro tropezó en su desesperación por salir de allí y derribó a los *kwackoo* como si fueran bolos.

Max gritaba con alegría mientras hacía girar su improvisada arma hasta que todos hubieron caído o se pusieron fuera de su alcance. Luego la movió oblicuamente,



cambiando el eje de rotación. Por último, la soltó y la cadena salió disparada hacia arriba, en ángulo, y se enredó en la barandilla de la plataforma superior.

Hacer girar los pesados eslabones fue la parte más fácil. Todos estaban demasiado aturridos como para reaccionar a tiempo de evitarlo. Lamentablemente, desperdició unos preciosos segundos desenrollando la cadena.

Como estaba unida a las esposas tendría que llevársela consigo.

*¿Llevármela adonde?*, se preguntó mientras recogía los eslabones. Max se volvió de golpe al vislumbrar unas plumas blancas a su derecha. Así que corrió en dirección contraria y se precipitó escaleras arriba hasta el nivel superior.

Escapar era, por supuesto, una idea absurda. Tenía sólo dos objetivos inmediatos: hacer el mayor daño posible y terminar con su vida antes de que lo obligaran a traicionar a Gaillet.

El primer objetivo lo logró mientras corría, pues lanzaba la cadena contra todo tubo, teclado o instrumento delicado que encontraba a su paso. Algunas partes del instrumental eran más duras de lo que parecían, pero otras se rompían con facilidad. Desde la plataforma lanzó bandejas de herramientas a los que estaban abajo.

Sin embargo, permanecía atento a otras posibles opciones. Si no encontraba un utensilio o un arma que pudiera ayudarlo, tenía que intentar llegar lo bastante arriba para poder saltar por la barandilla.

Un técnico *gubru* y sus dos ayudantes *kwackoo* aparecieron tras una esquina, enfrascados en una discusión técnica en su gorjeante dialecto. Cuando miraron hacia arriba, Max vociferó e hizo girar la cadena. Uno de los *kwackoo* recibió un golpe y volaron innumerables plumas. Mientras seguía agitando la cadena, Max aulló en dirección al asombrado *gubru*, quien prorrumpió en gritos de consternación y se alejó dejando una estela de plumas tras de sí.

—Con todos mis respetos —añadió Max, dirigiéndose al pajarode que se marchaba.

Nunca podía saberse si había cámaras grabando un acontecimiento. Gaillet le había dicho que matar pájaros estaba bien siempre que se hiciera de un modo cortés.

Por todas partes sonaban alarmas y sirenas. Max empujó a un *kwackoo*, volteó a otro y subió un nuevo tramo de escaleras. Un nivel más arriba encontró un objetivo demasiado tentador como para pasarlo por alto. Una gran carreta con casi una tonelada de delicadas piezas fotónicas se hallaba olvidada muy cerca del borde de la plataforma de carga. En el hueco del ascensor no había barandilla. Max ignoró los gritos y ruidos que le llegaban de todas direcciones y apoyó la espalda en el extremo trasero de la carreta. *¡Muévete!*, gruñó, y ésta empezó a avanzar.

—¡Eh! ¡Está por este lado! —oyó gritar a un chimp. Max hizo más fuerza y rogó que sus heridas no lo hubiesen debilitado. La carretilla se desplazó hacia delante.

—¡Tú, rebelde, detén eso!

Oyó pisadas. Demasiado tarde para impedir lo que la inercia haría por sí sola. La carretilla y su carga cayeron por el borde. *Y ahora yo*, pensó Max.

Pero cuando la orden llegó a sus piernas éstas se contrajeron de repente. Reconoció los dolorosos efectos de un anestésico neuronal. Retrocedió a tiempo de ver el arma anestésica que empuñaba el chimp llamado Puño de Hierro.

Max cerró las manos espasmódicamente, como si la garganta del margi estuviera entre ellas.

Desesperadamente deseó caer hacia atrás, dentro del hueco del ascensor.

*¡Lo conseguí!*

Max saboreó la victoria al tiempo que caía desde la plataforma. El hormigueante aturdimiento no duraría mucho. *Ahora estamos empatados Fiben*, pensó.

Pero, después de todo, ése no fue el fin. Max sintió sus entumecidos brazos casi fuera de sus articulaciones.

Las esposas le habían abierto unos sangrientos desgarrones en las muñecas y la cadena había quedado enganchada arriba. A través de los tubos de metal de la plataforma, Max pudo ver a Puño de Hierro sujetándola con toda su fuerza. El margi lo miró y sonrió.

Max suspiró con resignación y cerró los ojos.

Cuando recobró el sentido, Max bufó y apartó la cara involuntariamente del odioso olor. Parpadeó y distinguió vagamente a un chimp bigotudo con una ampolla abierta en la mano, de la cual se desprendían nocivos humos.

—Ah, veo que ya estás otra vez despierto.

Max se sentía muy desdichado. Le dolía todo el cuerpo a causa del anestésico y apenas podía moverse, pero además era como si los brazos y las muñecas le ardiesen. Los tenía atados a la espalda, pero imaginó que podía tenerlos rotos.

—¿Don... dónde estoy? —preguntó.

—En el foco de una derivación hiperespecial —le respondió Puño de Hierro, indiferente.

—Eres un maldito embustero —le espetó Max.

—Tómalo como quieras —Puño de Hierro hizo un gesto displicente—. Pensé que merecías una explicación. Mira, esta máquina es un tipo especial de derivación, conocida como amplificador. Está diseñada para tomar imágenes de un cerebro y explicarlas con claridad a todos los que observen. Durante la ceremonia estará bajo el control del Instituto, pero sus representantes todavía no han llegado. Así que hoy vamos a recargarla un poco para probarla.

»Se supone que el sujeto ha de mostrarse cooperativo y que el proceso es benigno. Pero hoy eso no va a importar mucho.

Se oyó una aguda queja procedente de detrás de Puño de Hierro. Por una pequeña compuerta alcanzó a ver a los técnicos del Suzerano de Costes y Prevención.

—¡Tiempo! —dijo con aspereza el jefe de los *kwackoo*—. ¡Apresúrate! ¡Date prisa!

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Max—. ¿Tenéis miedo de que las otras facciones *gubru* oigan la conmoción y vengan hacia aquí?

Puño de Hierro lo miró mientras cerraba la compuerta. Se encogió de hombros.

—Esto significa que sólo tenemos tiempo para hacer una pregunta. Pero servirá. Háblanos de Gaillet.

—¡Nunca!

—No podrás evitarlo —rió Puño de Hierro—. ¿Has intentado alguna vez no pensar en algo? No serás capaz de no pensar en ella. Y en cuanto la máquina tenga algo a que agarrarse, te absorberá todo lo demás.

—Eres... eres... —Max luchaba con las palabras pero éstas no salían. Se retorció intentando apartarse del foco de los múltiples tubos que le apuntaban desde todos lados. Pero había perdido la fuerza. No podía hacer nada al respecto.

Excepto no pensar en Gaillet Jones. Pero al intentar no pensar en ella, pensaba en ella. Max gimió mientras los aparatos empezaban a emitir un grave zumbido, como un superficial acompañamiento. De pronto sintió como si los campos gravíticos de cien naves espaciales le recorriesen la piel de arriba a abajo.

Y en su mente se arremolinaron mil imágenes. Muchas de ellas representaban a su antigua ama y amiga.

—¡No! —Max se debatía en la búsqueda de una idea. Lo que tenía que hacer no era intentar no pensar en algo, sino encontrar otra cosa en que pensar. Tenía que encontrar algo nuevo en que centrar su atención durante los segundos que le quedaban antes de verse vencido.

*¡Claro!*

Dejó que el enemigo lo guiase. Lo interrogaron durante semanas, preguntándole sólo por los *garthianos*. *Garthianos*, sólo *garthianos*. Se había convertido en una salmodia, y ahora era para él como un refugio.

*¿Dónde están los presensitivos?*, habían insistido una y otra vez. Max se concentró y consiguió reírse a pesar del dolor.

—Qué estúpidos... idiotas... imbéciles...

Se sintió invadido de desprecio por los galácticos.

¿Querían una proyección suya? Muy bien, pues que amplificasen aquélla.

Fuera, en los bosques y montañas sabía que estaba amaneciendo. Imaginó aquellos bosques y la forma más parecida a lo que supuso que debía de ser un *garthiano*, y se rió a grandes carcajadas.

Sus últimos momentos los pasó riéndose de la idiotez de la vida.

## ATHACLENA

Las tormentas de otoño habían regresado una vez más, pero ahora en forma de gran frente ciclónico que azotaba el Valle del Sind. En las montañas, los rápidos vientos se convertían en salvajes rachas que arrancaban las hojas de los árboles y las hacían volar en densos remolinos. Los fragmentos adoptaban formas diabólicas en el cielo gris. Y, como contrapunto, el volcán había empezado también a gruñir. Su retumbante queja era más baja y lenta que la del viento, pero sus temblores ponían más nerviosas a las criaturas del bosque que se agazapaban en sus espesuras o se agarraban a los bamboleantes troncos de los árboles.

La sapiencia no era una verdadera protección contra el abatimiento. En el interior de sus tiendas, en las laderas cubiertas de nubes, los chimps se apretaban unos contra otros y escuchaban los gimientes céfiros. De vez en cuando, uno de ellos cedía a la tensión y desaparecía chillando en la jungla, para regresar una hora más tarde desgredado y avergonzado, con una estela de restos de follaje en sus espaldas.

También los gorilas estaban influenciados, pero lo demostraban de otro modo. Por la noche contemplaban las ondulantes nubes con una silenciosa y concentrada atención, husmeando el aire como si buscasen algo.

Athaclena no podía precisar qué le recordaban; pero aquella noche, en su tienda, bajo la densa bóveda de la jungla, pudo oír su grave y átono cántico como respuesta a la tormenta.

Era una canción de cuna que la incitaba a dormir, pero haciendo que pagara un precio.

Expectativa. Una canción así podría, evidentemente, hacer que regresara algo que nunca se había ido del todo. La cabeza de Athaclena se movía inquieta en la almohada. Sus zarcillos se ondulaban, buscando, y eran repelidos, comprobaban y eran compelidos. Gradualmente, como si no existiera la urgencia, una esencia familiar se concentró.

—*Tutsunucann...* —jadeó, incapaz de despertarse o de evitar lo inevitable. Se formó sobre su cabeza, a partir de lo que no existía.

—*Tutsunucann, s'ah brannitsun. A'lwil ittit...*

Los *tybrimi* tenían soluciones mejores que la de pedir clemencia, en especial al universo de Ifni. Pero Athaclena se había convertido en algo que era a la vez más y menos que un mero *tybrimi*. *Tutsunucann* tenía sus aliados. Estaba acompañado de imágenes visuales, de metáforas. Su aura de amenaza estaba amplificadas; era casi palpable, llena de la sustancia de las pesadillas humanas.

—... *s'ah brannitsun...* —suspiró implorando en su sueño.

Los vientos de la noche movían la lona de su tienda de campaña y los sueños de su mente formaban las alas de unos enormes pájaros. Volaban malévolos sobre las copas de los árboles, y sus ojos fulgurantes no cesaban de buscar y buscar...

Un débil temblor volcánico sacudió la tierra bajo su lecho y Athaclena se estremeció, imaginando criaturas agazapadas: el Potencial muerto, desperdiciado y sin vengar de este mundo destruido por los *bururalli* tanto tiempo atrás... Serpenteaban bajo el suelo que se movía, buscando.

—*S'ah brannitsun, íutsunucann.*

El penacho de sus ondulantes zarcillos captaba algo semejante a telas y patas de arañas diminutas. El fluido *gheer* enviaba pequeños gnomos que se agitaban bajo su piel, preparando con presteza los indeseados cambios.

Athaclena gimió cuando el glifo de terrible risa expectante se acercó y la miró, se inclinó sobre ella y la tocó.

—¿General? ¿Señorita Athaclena? Discúlpeme, ¿está despierta? Siento mucho molestarla pero...

El chimp se interrumpió. Había apartado la lona de la tienda para entrar pero retrocedió consternado al ver que Athaclena se sentaba de repente, con los ojos totalmente separados, las pupilas dilatadas como un gato y los labios fruncidos en un rictus de terror soñoliento.

No parecía advertir la presencia del chimp. Éste parpadeó al ver las pulsaciones que avanzaban con lentitud, como olas inconexas, por su garganta y sus hombros. Encima de sus agitados zarcillos vislumbró por un instante algo terrible.

Estuvo a punto de salir huyendo, y necesitó un gran esfuerzo de voluntad para tragar saliva, calmarse y pronunciar unas entrecortadas palabras.

—Se... señora, p... por favor, soy yo, Sa... Sammy.

Muy despacio, como extraída por una gran fuerza de voluntad, la luz de la conciencia regresó a aquellos ojos moteados de oro. Con un suspiro tembloroso, Athaclena se estremeció y luego cayó hacia delante.

Sammy permaneció allí, sujetándola, mientras ella sollozaba. En aquel momento, asustado, sorprendido y atónito, lo único que podía pensar era en lo frágil y ligera que la sentía en sus brazos.

*...entonces fue cuando Gaillet se convenció de que cualquier treta, si es que la ceremonia era una treta, tenía que ser una treta sutil.*

*»El Suzerano de la Idoneidad parece haber cambiado totalmente de opinión con respecto a la Elevación de los chimps. Empezó convencido de que encontraría pruebas de la existencia de errores en el proceso y de que tal vez hasta podría conseguir que los neochimps fueran separados de los humanos. Pero ahora, el Suzerano parece buscar con ahínco a unos representantes adecuados de la raza...*

La voz de Fiben Bolger procedía de un pequeño magnetófono que estaba sobre la tosca mesa de troncos de Athaclena. Ésta escuchaba la grabación que Robert le había enviado. El informe que el chimp había ofrecido en las cuevas tenía sus momentos divertidos. El buen humor de Fiben, junto con su penetrante ingenio, ayudaron a Athaclena a superar su depresión. Pero mientras explicaba las ideas de la doctora Gaillet Jones acerca de las intenciones de los *gubru*, su voz se hizo más grave y el chimp pareció volverse más reticente, casi turbado.

Athaclena pudo sentir la incomodidad de Fiben a través de las vibraciones del aire. A veces no era necesaria la presencia física de otra persona para captar su esencia.

Sonrió ante la ironía. *Está empelando a saber quién es y qué es, y eso lo aterroriza.* Athaclena sintió simpatía hacia él. Una persona cuerda desea paz y serenidad, y no ser el mortero en el que se trituran los ingredientes del destino.

Tenía en la mano el cofrecillo con la hebra que le había legado su madre, a la que ella había unido la de su padre. Al menos de momento, el *tutsunucann* parecía bajo control. Pero Athaclena sabía, en cierto modo, que el glifo había regresado para bien. Ya no podría dormir, no conseguiría descansar hasta que *tutsunucann* se convirtiera en algo distinto. Aquel glifo era una de las más grandes manifestaciones que se conocían de la mecánica cuántica, una amplitud de probabilidad que zumbaba y vibraba en una nube de incerteza, preñada con mil millones de posibilidades. Una vez que la función de la onda se colapsara, todo lo que quedaría sería el destino.

*...delicadas maniobras políticas a muy distintos niveles: entre los líderes locales de la fuerza invasora, entre distintas facciones en el planeta natal de los gubru, entre éstos y sus enemigos y posibles aliados, entre los gubru y la Tierra, y entre los diversos Institutos Galácticos.*

La muchacha acarició el cofrecillo. Captaba la esencia de Fiben.

Todo aquello era demasiado complejo. ¿Qué creía Robert que podría conseguir enviándole la grabación? ¿Se suponía que ella debía profundizar en algún vasto almacén de sabiduría galáctica, o ejecutar algún exorcismo, para ofrecerles, de algún modo, un plan que les sirviera de guía en todo aquello? ¿En todo aquello?

Suspiró. *¡Oh, padre, cómo debo de estar decepcionándote!*

El cofrecillo parecía vibrar entre sus temblorosos dedos. Durante unos momentos le pareció que iba a caer en otro trance que la hundiría en la desesperación.

—... *¡Por Darwin, Goodall y la Armonía!*

La voz del mayor Prathachulthorn la apartó de sus pensamientos, sobresaltándola. Siguió escuchando un poco más.

*...¡Un objetivo!...*

Athaclena se estremeció. Las cosas, en verdad, estaban muy mal. Eso lo explicaba todo, en especial la repentina y grávida insistencia de un glifo impaciente. Cuando la

grabación terminó, se volvió hacia sus ayudantes: Elayne Soo, Sammy y la doctora de Shriver. Los chimps la observaban, esperando.

—Tengo que ir a las tierras altas —les dijo.

—Pe... pero la tormenta, señora. No sabemos con seguridad si se ha alejado. Y además, está el volcán. Hemos pensado incluso en una evacuación.

—No estaré fuera mucho tiempo —Athaclena se puso de pie—. Por favor, no mandéis a nadie para que me escolte o vigile. Eso sólo dificultaría lo que tengo que hacer.

Se detuvo a la entrada de la tienda y notó que el viento empujaba la lona como si buscara alguna abertura para penetrar en ella. *Ten paciencia, ya voy.*

—Por favor, preparad los caballos para cuando yo regrese —les dijo a los chimps en voz baja.

Abrió la tienda y salió. Los chimps se quedaron mirándose unos a otros y luego empezaron a prepararse silenciosamente para el día que estaba a punto de llegar.

El monte Fossey humeaba en lugares donde el vapor no podía ser atribuido del todo a la evaporación. De las hojas de los árboles que temblaban con el viento caían pequeñas gotas, y aunque éste iba amainando, de vez en cuando cobraba fuerzas de nuevo en violentas y repentinas ráfagas.

Athaclena ascendía tenazmente por un pequeño sendero. Sus deseos habían sido respetados. Los chimps no la habían seguido.

Empezaba a amanecer mientras unas nubes bajas atravesaban los picos de las montañas como si fueran la vanguardia de una invasión aérea. Entre ellas podía ver retazos de un cielo azul intenso. Un ojo humano hubiera captado incluso unas cuantas estrellas obstinadas.

Athaclena buscaba las alturas, pero aún más la soledad. En aquellas zonas, la vida animal de la jungla escaseaba. Ella iba al encuentro del vacío.

En un punto, el camino estaba obstruido con desechos arrastrados por la tormenta: láminas de un material parecido a la tela, que ella reconoció en el acto. *Paracaídas de hiedra en placas.*

Le recordaron muchas cosas. En el campamento, los técnicos chimp habían estado esforzándose por encontrar un itinerario adecuado y habían desarrollado variaciones en las bacterias intestinales de los gorilas, en un intento de aprovechar el plazo que les brindaba la naturaleza. Pero, al parecer, entre los planes de Prathachulthorn no estaba el incluir la idea de Robert.

*Qué estupidez,* pensó Athaclena. *Me pregunto cómo los humanos han durado tanto tiempo.*

Tal vez porque tenían suerte. Había leído historias del siglo veinte, cuando la intervención de Ifni pareció impedir que fueran aplastados por la fatalidad, una fatalidad no sólo para ellos sino también para todas las futuras razas sapientes que

podían nacer en su mundo rico y fecundo. El que se hubieran librado de ella por escaso margen era una de las razones de por qué tantos temían u odiaban a los *k'chu'non*, los lobeznos. Era algo sobrenatural y que aún resultaba inexplicable.

Los terrestres solían decir: «Voy a hacer esto o lo otro, si Dios quiere». La doliente y maltratada escasez de Garth era benigna comparada con lo que ellos habrían hecho de la Tierra.

*¿Cuántos de nosotros hubiéramos actuado mejor bajo tales circunstancias?* Era una cuestión que subyacía en todas las presunciones, posturas de superioridad y desdén que rezumaban los grandes clanes. Éstos nunca habían pasado la prueba de épocas de ignorancia que había sufrido la Humanidad. ¿Cómo se habrían sentido sin tutores, ni Biblioteca, ni sabiduría heredada, sólo con la brillante llama de su mente, sin canalizar ni dirigir, libre para retar al universo o para devorar el mundo? Era una pregunta que muy pocos clanes se atrevían a plantearse.

Apartó a un lado los pequeños paracaídas. Rodeó el grupo de transportadores de esporas y prosiguió su ascenso, pensando en los caprichos del destino.

La creciente luz diurna no detuvo lo que había empezado a formarse entre sus ondulantes zarcillos. Esa vez Athaclena ni siquiera intentó impedirlo. Simplemente lo ignoró. Era lo mejor que podía hacerse cuando aún no se deseaba hacer caer la probabilidad en el interior de la realidad.

Finalmente llegó a una rocosa pendiente desde la cual, mirando hacia el sur, podían divisarse más montañas y, a lo lejos, los rasgos difusamente coloreados de una estepa inclinada. Respiró profundamente y sacó el cofrecillo que su padre le había dado.

Sus dedos tocaron el broche, el cofrecillo se abrió y ella retiró la tapa.

*Vuestro matrimonio fue auténtico*, dijo pensando en sus padres, porque en el lugar donde antes hubo dos hebras, ahora no había más que una sola, más larga, que brillaba sobre el forro de terciopelo.

Uno de los extremos se enroscó alrededor de sus dedos. El cofrecillo cayó al rocoso suelo y allí quedó olvidado, cuando ella sacó el otro extremo. Al extenderlo el zarcillo zumbó, débilmente al principio. Pero Athaclena lo sostenía estirado frente a ella, dejando que el viento lo acariciase, y entonces empezó a oír una melodía.

Si hubiera comido, tal vez habría acumulado fuerzas para lo que estaba a punto de intentar. Era algo que pocos miembros de su raza hacían ni siquiera una vez en la vida. En ocasiones, los *tymbrimi* habían muerto...

—*A t'ith'tuanoo, Uthacalthing* —jadeó. Luego añadió el nombre de su madre—. *A t'ith'tuanine, Mathicluanna*.

El zumbido aumentó. Parecía levantarle los brazos para poder resonar contra los latidos de su corazón. Los zarcillos respondían a las notas y Athaclena empezó a balancearse.



—A *t'ith'tuanoo*, *Uthacalthing*...

—Es una maravilla, sí. Tal vez unas semanas más de trabajo podrían hacerlo más potente, pero este lote servirá y estará listo para cuando la hiedra se esparza.

La doctora de Shriver volvió a guardar el cultivo en la incubadora. Su improvisado laboratorio en la ladera de la montaña estaba protegido del viento, de modo que la tormenta no había interferido en los experimentos. El fruto de su labor parecía casi maduro.

—¿Para qué servirá? —gruñó su ayudante—. Los *gubru* tomarán medidas para contrarrestarlo. Y además, el mayor dice que el ataque tendrá lugar antes de que tengamos preparada la sustancia.

—La cuestión es que vamos a seguir trabajando hasta que la señorita Athaclena nos diga lo contrario —la doctora de Shriver se quitó las gafas—. Yo soy una civil, lo mismo que tú. Fiben y Robert tienen que obedecer la cadena de mando aunque a veces no les guste, pero tú y yo podemos elegir...

Dejó interrumpida su frase cuando vio que Sammy ya no la escuchaba. Miraba algo detrás de la doctora.

Ésta se volvió para ver qué ocurría.

Si aquella mañana, después de su terrible pesadilla, Athaclena tenía un aspecto extraño y misterioso, ahora sus rasgos hicieron que la doctora de Shriver ahogase un grito. La desmelenada muchacha alienígena tenía los ojos entrecerrados y muy juntos debido a la fatiga. Se agarraba al poste de la tienda, pero cuando los chimps intentaron conducirla hacia un catre, ella sacudió la cabeza.

—No —dijo simplemente—. Llevadme con Robert. Quiero que me llevéis con Robert ahora mismo.

Los gorilas cantaban de nuevo su grave música atonal. Sammy salió corriendo en busca de Benjamín mientras de Shriver sentaba a Athaclena en una silla. Sin saber qué hacer, se puso a quitar hojas secas y polvo de la corona de la joven *tymbrimi*. Sentía entre sus dedos el calor penetrante y aromático que desprendían los zarcillos.

Y sobre ellos, la cosa en que se había convertido el *tutsunucann* parecía agitar el aire incluso ante los ojos de la perpleja chima.

Athaclena permaneció allí sentada escuchando la canción de los gorilas, y por primera vez sintió que la comprendía.

Todo, todo jugaría su papel, ahora lo sabía. A los chimps no iba a gustarles mucho lo que iba a ocurrir, pero eso era su problema. Todo el mundo tenía los suyos.

—Llevadme con Robert —suspiró de nuevo.

## UTHACALTHING

Estaba allí temblando, de espaldas al sol naciente, y sintiéndose tan seco como una vaina.

Nunca una metáfora le había parecido tan apropiada. Uthacalthing parpadeó, volviendo poco a poco al mundo, a la seca estepa desde donde se divisaban las Montañas de Mulun. De repente se sintió viejo, y los años se le hicieron más pesados de lo que nunca habían sido.

En lo profundo de su ser, en el nivel *nahakieri*, se notaba un entumecimiento. Después de todo aquello, no había forma de saber siquiera si Athaclena había sobrevivido a la experiencia de penetrar tanto en sí misma.

*Debe de haber sentido una gran necesidad*, pensó. Por primera vez, su hija había intentado algo para lo que sus padres no habían podido prepararla. Algo que tampoco podía aprenderse en la escuela.

—Ha regresado usted —le dijo concisamente Kault. El *thenanio*, compañero de Uthacalthing desde hacía tantos meses, estaba apoyado en un sólido bastón y lo miraba desde unos metros de distancia. Se hallaban en medio de una sabana cubierta de hierbas de color marrón, y sus largas sombras se iban acortando gradualmente a medida que el sol se elevaba—. ¿Ha recibido algún tipo de mensaje? —preguntó. Tenía la misma curiosidad de todos los no psíquicos por las cosas que consideraban anormales.

—Pues... —Uthacalthing se humedeció los labios.

Pero ¿cómo podía explicarle que en realidad no había recibido nada en absoluto? No, lo que ocurría era que su hija había aceptado la oferta que él le había hecho, al dejar en sus manos tanto su hebra como el de su fallecida esposa. Athaclena había recurrido al deber que sus padres tenían para con ella, por haberla traído, sin preguntárselo, a un mundo extraño.

Nadie debería hacer una oferta sin saber exactamente lo que puede ocurrir si aquélla es aceptada.

*En realidad, me ha dejado completamente seco*. Se sentía como si no le quedase nada. Y además, no había ninguna garantía de que ella hubiese sobrevivido a la experiencia o de que no se hubiera vuelto loca.

*¿Debo, pues, tumbarme y morir?* Uthacalthing se estremeció.

*No, me parece que aún no es el momento*.

—He experimentado un cierto tipo de comunión —le dijo a Kault.

—¿Pueden los *gubru* detectar eso que usted ha hecho?

—Creo que no. Quizás —Uthacalthing no tenía fuerzas ni para formar un *palanq*,

el equivalente a encogerse de hombros. Tenía los zarcillos caídos, como el pelo humano—. No lo sé.

El *thenanio* suspiró y sus ranuras respiratorias aletearon.

—Me gustaría que fuera honesto conmigo, querido colega. Me duele sentirme obligado a creer que me está ocultando cosas.

¡Tantas veces había intentado Uthacalthing que Kault pronunciara aquellas palabras! Y ahora, la verdad es que no le importaba demasiado.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó.

—Quiero decir —el *thenanio* resopló exasperado— que he empezado a sospechar que sabe usted más de lo que quiere admitir acerca de esa fascinante criatura de la que he encontrado huellas. Se lo advierto, Uthacalthing. Estoy construyendo un aparato que me ayudará a resolver este enigma. Sería mejor que me hablara con franqueza antes de que descubra la verdad por mí mismo.

—Comprendo su advertencia —asintió Uthacalthing—. De todas formas, ahora quizá sería mejor que continuásemos la marcha. Si los *gubru* han detectado lo ocurrido y vienen a investigar, es preferible que estemos lo más lejos posible de aquí antes de que lleguen.

Aún tenía obligaciones hacia Athaclena. No debía ser capturado antes de que ella pudiera utilizar lo que había tomado de él.

—Muy bien —dijo Kault—. Ya hablaremos de esto más tarde.

Sin ningún interés especial, más por costumbre que por otra cosa, Uthacalthing llevó a su compañero hacia las montañas, en una dirección elegida, también siguiendo la costumbre, gracias al débil centelleo azul que sólo sus ojos podían ver.

## GAILET

La nueva sección de la Biblioteca Planetaria era una maravilla. Sus paredes pintadas de marrón claro brillaban en un lugar recientemente desbrozado en lo alto del Parque del Farallón, un kilómetro al sur de la embajada *tymbrimi*.

La arquitectura no armonizaba tan bien como la vieja sección con el estilo predominante en Puerto Helenia.

Sin embargo, resultaba bastante impresionante: un cubo sin ventanas cuyos tonos pastel contrastaban adecuadamente con las cretáceas y gredosas cumbres cercanas.

Cuando el vehículo aéreo se posó sobre la explanada de aterrizaje, Gaillet bajó del aparato en medio de una nube de polvo seco. Siguió a su escolta *kwackoo* por un paseo pavimentado que llevaba a la entrada del imponente edificio. Hacía varias semanas que casi todo Puerto Helenia había salido a ver el enorme carguero, del tamaño de una nave de guerra *gubru*, que apareció perezosamente en el cielo para colocar la estructura en su sitio. Durante buena parte de la tarde, el sol había quedado eclipsado mientras los técnicos del Instituto de la Biblioteca afianzaban el santuario del conocimiento en el sitio que sería su nuevo hogar.

Gaillet se preguntó si aquella Biblioteca beneficiaría en realidad a los ciudadanos de Puerto Helenia. Había pistas de aterrizaje en todos lados, pero no se había previsto ningún acceso para llegar a aquellos acantilados en bicicleta, vehículo de tierra o a pie desde la ciudad. Mientras cruzaba la puerta adornada con columnas, Gaillet pensó que probablemente ella era el primer chimp que entraba en el edificio.

En el interior, el techo abovedado proyectaba una suave luz que parecía proceder de todas partes al mismo tiempo. Un gran cubo rojizo dominaba el centro del vestíbulo y Gaillet comprendió en seguida que se trataba ciertamente de unas instalaciones muy costosas. El depósito de datos principal era varias veces mayor que el antiguo que se hallaba a unas millas de allí. Podía ser incluso mayor que la Biblioteca Central de la Tierra, en La Paz, donde ella había estudiado.

Pero aquella inmensidad estaba casi vacía comparada con el constante ajetreo a que ella estaba acostumbrada. Había *gubru*, desde luego, y también *kwackoo*, dentro de los departamentos de estudio diseminados en el amplio vestíbulo. Aquí y allí, los pajaroides se arracimaban en pequeños grupos. Gaillet veía las sacudidas de sus picos y los pies en constante movimiento mientras discutían. Pero de las zonas privadas no provenía ningún ruido.

En las bandas y crestas y en el teñido de las plumas vio los colores distintivos de la Idoneidad, la Administración y el Ejército. Cada facción se mantenía en su zona. Cuando el ayudante de un Suzerano pasaba demasiado cerca de otro, a ambos se les

erizaban las plumas.

En una esquina, sin embargo, un grupo de *gubru* de colores diferentes mostraban que entre las diversas facciones aún existía cierta comunicación. Había muchas inclinaciones de cabeza y atildamiento y gesticulación hacia las flotantes exhibiciones holográficas, todo ello aparentemente tan ritual como basado en la realidad y la razón. Cuando Gaillet pasó ante ellos, algunos de los saltarines y charlatanes pájaros se volvieron a mirarla. Por los gestos de las garras y los picos, Gaillet comprendió que sabían perfectamente quién era ella y lo que representaba.

No se demoró ni titubeó, aunque sentía las mejillas acaloradas.

—¿Puedo serle útil de alguna forma, señorita?

Al principio, Gaillet creyó que lo que había en el estrado, justo bajo la espiral radiada de las Cinco Galaxias, era algún tipo de planta decorativa. Por eso, cuando se dirigió a ella, se sobresaltó ligeramente.

¡La «planta» hablaba un inglés perfecto! Gaillet observó el redondo y bulboso follaje, con unos bordes plateados que tintineaban ligeramente cuando se movía. El tronco de color marrón terminaba en unas espinosas radículas móviles que permitían a la criatura desplazarse de un modo lento y algo torpe.

*Un kanten*, advirtió ella. *Claro, los Institutos han enviado a un bibliotecario.*

Los vegesapientes *kanten* eran viejos amigos de la Tierra. Siempre había habido un *kanten*, como asesor, en el Concejo de Terragens desde los primeros días posteriores al Contacto, y habían ayudado a los lobeznos humanos a abrirse camino a través de la compleja y engañosa jungla de la política galáctica y a ganar su rango de tutores de un clan independiente. Gaillet, sin embargo, contuvo su esperanza inicial. Recordó que todos los que entraban al servicio de los grandes Institutos Galácticos tenían que abandonar sus antiguas lealtades, incluso las de su propio clan, en favor de una misión más sagrada. Lo mejor que podía esperar, en todo caso, era imparcialidad.

—Hum, sí —dijo, pensando que tenía que hacerle una reverencia—. Quiero informarme sobre las Ceremonias de Elevación.

Las pequeñas campanitas, seguramente los aparatos sensoriales de aquel ser, tintinearón de una forma que sonaba casi divertida.

—Ése es un tema muy amplio, señorita.

Ella esperaba una respuesta semejante y tenía preparada una réplica. Sin embargo, le producía exasperación hablar con un ser inteligente que no tuviese rostro ni nada que se le pareciera remotamente.

—Entonces empezaré echándole un simple vistazo, si no le importa.

—Muy bien, señorita. La estación veintidós está estructurada de modo que pueda ser usada por humanos y neochimps. Por favor, diríjase a ella y póngase cómoda. Sólo tiene que seguir la línea azul.

Se volvió y vio que empezaba a formarse un brillante holograma. Él sendero azul

parecía estar suspendido en el espacio; rodeaba el estrado y se dirigía al otro extremo de la sala.

—Gracias —dijo ella suavemente.

Mientras seguía el camino que la guiaba, creyó oír cascabeles a su espalda.

La estación veintidós era cómoda, familiar y amistosa. Estaba compuesta por un escritorio, una silla y una holoconsola estándar. Había incluso varios modelos conocidos de receptáculos de datos y punzones, cuidadosamente dispuestos sobre una rejilla. Se sentó agradecida ante el escritorio. Había temido tener que quedarse de pie y estirar el cuello para utilizar una estación de estudio pensada para los *gubru*.

Y aun así, se sentía inquieta. Gaillet daba saltitos de nerviosismo mientras la pantalla se iluminaba con un ligero «pop». En el centro apareció un texto en inglés.

POR FAVOR, SOLICITE LOS AJUSTES ORALMENTE. LA VISIÓN GENERAL REQUERIDA EMPEZARÁ CUANDO USTED LO INDIQUE.

—Visión general... —murmuró Gaillet. Lo mejor sería empezar, pues, con el nivel más simple. No sólo le serviría para comprobar que no había olvidado ninguno de los aspectos fundamentales, sino que también le diría qué era lo que los galácticos consideraban básico—. Comience —dijo.

Las pantallas laterales se iluminaron mostrando imágenes de rostros; los rostros de otros seres de mundos lejanos, tanto en el tiempo como en el espacio.

*Cuando la naturaleza da luz a una nueva raza presentiva toda la Sociedad Galáctica se regocija porque la aventura de la Elevación está a punto de empezar...*

A Gaillet le resultó fácil zambullirse en aquel fluido de información y beber de la fuente de la sabiduría. Su receptáculo de datos personal se llenó de notas y referencias. Rápidamente perdió la noción del paso del tiempo.

Sobre el escritorio apareció comida sin que Gaillet se diese cuenta de cómo había llegado hasta allí. También podía utilizar un recinto cercano para sus otras necesidades, cuando la llamada de la naturaleza se hacía demasiado insistente para ignorarla.

*Durante ciertos períodos de la historia galáctica, las Ceremonias de Elevación fueron puramente rituales. Las especies tutoras se hacían responsables declarando que sus pupilos eran adecuados, y su palabra era simplemente aceptada. Ha habido otras épocas, sin embargo, en las que el papel del Instituto de Elevación ha sido más importante. Así fue, por ejemplo, durante la meritocracia sumubulum, en que el proceso completo estuvo en todos los casos bajo la supervisión del Instituto.*

*La presente era está a mitad de camino entre esos dos extremos; con la responsabilidad de los tutores pero con una intermediación que implica al Instituto. La participación de este último se ha incrementado al producirse una serie de fracasos en la Elevación, hace cuarenta o sesenta mil UAG<sup>[5]</sup> que tuvieron como consecuencia unos graves y vergonzosos holocaustos (Ref.: Gl'kahesh, Bururalli,*

*Sstienn, MuhurnS). Hoy en día, el tutor de un pupilo no puede responsabilizarse por sí solo de la evolución de éste. Debe permitir una constante observación por parte del Consorte de Etapa y el Instituto de Elevación.*

*Las Ceremonias de Elevación son en la actualidad algo más que celebraciones rutinarias. Tienen dos objetivos principales. Primero, permiten que los representantes de la raza pupila sean examinados, bajo rigurosas y difíciles circunstancias, para que el Instituto compruebe si la raza está preparada para asumir los derechos y deberes correspondientes a la siguiente etapa. Además, la ceremonia permite a la raza pupila escoger un nuevo consorte para la etapa siguiente, con el fin de que lo controle y, si es necesario, intervenga en su favor.*

*Los criterios utilizados en los exámenes dependen del nivel de evolución que ha alcanzado la raza pupila.*

*Entre otros factores importantes destacan el tipo de fagocidad (carnívoro, herbívoro, autofágico o ergogénico), la modalidad de movimiento (bípedo o cuadrúpedo, anfibio, reptador o sésil), la técnica mental (asociativa, extrapolativa, intuitiva, holográfica o nulitativa)...*

Despacio, Gaillet fue abriéndose camino entre aquella visión general. Era una tarea ardua y laboriosa.

Aquella sección de la Biblioteca iba a necesitar algunos dispositivos de traducción para que cualquier chimp común de Puerto Helenia pudiese tener acceso a aquel vasto almacén de conocimientos. Eso en el caso de que los chimps Fulano y Mengano llegasen a tener tal oportunidad.

Y sin embargo, era un edificio maravilloso; mucho, mucho más grande que la pequeña sección que habían tenido antes. Y, a diferencia de lo que sucedía en La Paz, no había constantes empellones ni las prisas de cientos o miles de fanáticos estudiantes que agitaran en el aire papeletas de prioridad y se pelearan por tener acceso a la información. Gaillet se sentía como si pudiera quedarse en aquel lugar durante meses y años, sin dejar de beber de las fuentes del conocimiento hasta que éste rezumase por sus mismísimos poros.

Por ejemplo, había una referencia de las disposiciones especiales que se habían adoptado para permitir el proceso de Elevación entre las culturas mecánicas. Y había también un breve y tentador párrafo sobre una raza de respiradores de hidrógeno que se había separado de esa misteriosa civilización paralela y había solicitado su admisión en la sociedad galáctica. Deseó haber podido seguir en aquellas y otras fascinantes direcciones, pero Gaillet sabía que, simplemente, no tenía tiempo. Hubo de concentrarse en las normas que regían las ceremonias de los pupilos de segunda etapa, bípedos, omnívoros, de sangre caliente y con facultades mentales diversas, y aún así le supuso una lista de lectura larguísima.

*Limítala, pensó. Así que intentó centrarse en las ceremonias que tenían lugar bajo*

situaciones delicadas o en tiempo de guerra. Incluso con estas limitaciones le pareció una cantidad de información apabullante. ¡Todo era tan complicado! Se desesperaba al comprobar cuan ignorantes podían llegar a ser su raza y su clan.

*...tanto si anticipadamente se llega o no a un acuerdo de coparticipación, puede y debe ser verificado por los Institutos de un modo que tenga en cuenta los métodos de adjudicación considerados tradicionales por los dos o más grupos implicados...*

Gaillet no recordaba haberse dormido en su asiento, pero durante un rato éste se convirtió en una balsa que flotaba sobre un mar opaco y que se balanceaba al ritmo de su respiración. Al cabo de poco, pareció estar envuelta en brumas que se aglutinaban en un paisaje de sueño en blanco y negro, lleno de formas vagamente amenazadoras. Vio imágenes contorsionadas de seres muertos: sus padres y el pobre Max.

—Mmm, mmm, no —murmuró. Y luego, de pronto, se agitó convulsivamente—. ¡No! —gritó.

Empezó a despertarse, a salir de su estado de somnolencia. Sus ojos parpadeaban, con pedazos de sueño adheridos aún a los párpados. Un *gubru* parecía flotar sobre su cabeza, sosteniendo un misterioso aparato como los que habían utilizado para examinarla junto con Fiben; pero cuando el pajaroido pulsó un botón de su máquina, la imagen ondeó y desapareció. Ella se echó hacia atrás y la figura del *gubru* se unió a las demás de su inquieto sueño. El estado de ensoñación terminó, y su respiración se hizo más lenta a medida que pasaba a la fase de sueño profundo.

Se despertó poco después, cuando notó una mano que le acariciaba la pierna suavemente. Luego la agarró por el tobillo y empezó a tirar con fuerza.

A Gaillet se le aceleró la respiración mientras se incorporaba, antes incluso de poder abrir los ojos y enfocarlos. Su corazón también latía más deprisa. Su visión se hizo más clara y pudo ver a un chimp muy grande agachado junto a ella. Tenía la mano puesta sobre su pierna y pudo reconocer al instante su sonrisa. El bigote engominado en forma de manillar de bicicleta era sólo uno de los muchos atributos que ella había llegado a detestar.

Como había sido despertada de una forma tan repentina, necesitó unos segundos para recuperar el habla.

—¿Qué... qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó con aspereza, apartando la pierna.

—¿Ésta es tu forma de saludar a alguien como yo, tan importante para ti? —Puño de Hierro parecía divertido.

—Tú sirves muy bien a tu propósito —admitió ella—. ¡Como mal ejemplo! —Gaillet se restregó los ojos y se sentó—. No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué me molestas? Tus incompetentes margis ya no están encargados de custodiar a nadie.

La expresión del chimp se agrió sólo ligeramente. Era obvio que estaba satisfecho



por algo.

—Oh, es que pensé que tenía que venir a la Biblioteca a estudiar un poco, igual que tú.

—¿Tu, estudiar? ¿Aquí? —Gaillet rió—. He tenido incluso que pedir un permiso especial al Suzerano para que me lo permita. Se supone que t\1...

—Ésas son los palabras que iba a emplear yo ahora mismo —la interrumpió.

—¿Qué? —Gaillet parpadeó.

—Iba a informarte de que el Suzerano me ha dicho que viniera y estudiara contigo. Además, es mejor que los compañeros se conozcan bien uno al otro, en especial antes de que sean nombrados representantes de su raza.

—¿Tú? —la respiración de Gaillet se aceleró audiblemente. Sacudió la cabeza—. ¡No te creo!

—No necesitas hacerte la sorprendida —Puño de Hierro se encogió de hombros—. Mi puntuación genética alcanza los noventa en casi todo el Cuadro, excepto en dos o tres pequeños apartados que no deberían estar incluidos.

Eso no le costó demasiado creerlo. Resultaba obvio que Puño de Hierro era inteligente e ingenioso, y que su aberrante fuerza sólo podía ser considerada por el Cuadro de Elevación como una ventaja. Pero el precio que había que pagar por ello era a veces demasiado elevado.

—Lo cual debe querer decir que tus repulsivas cualidades son incluso peores de lo que yo había imaginado.

—Oh, eso según las normas humanas —el chimp se echó hacia atrás y rió—. Sí, supongo que tienes razón —asintió—. Según esos criterios, a la mayoría de marginales no se les debe permitir acercarse a las chimas y a los niños. Pero los criterios cambian. Y ahora tengo la oportunidad de instaurar un nuevo estilo.

Gaillet sintió escalofríos por lo que Puño de Hierro le estaba diciendo.

—¡Eres un mentiroso!

—Admitido, *mea culpa* —fingió que se golpeaba el pecho—. Pero no miento cuando afirmo que voy a estar entre el grupo que será examinado, junto con unos cuantos de mis compañeros más eruditos. Se han producido algunos cambios ¿sabes?, desde que ese pequeño hijo de mamá y perrito faldero de su maestra se escapó con nuestra Sylvie.

—Fiben es diez veces mejor chimp que tú —Gaillet deseaba escupir—. Tú eres un error atávico. El Suzerano de la Idoneidad nunca te elegiría como su sustituto.

—Aja —Puño de Hierro sonrió y levantó un dedo—. En eso no nos hemos entendido. Mira, tú y yo estamos hablando de pájaros distintos.

—Distintos... —Gaillet ahogó un grito. Con la mano se cubrió el escote abierto de su camisa—. ¡Oh, Goodall!

—Veo que lo has comprendido —dijo, asintiendo—. Eres una mónita muy lista y

divertida.

Gaillet se hundió en su asiento. Lo que más le sorprendía era la profundidad de su tristeza. En aquel momento sentía su corazón desgarrado.

*Nos están utilizando como instrumentos, pensó. ¡Oh, pobre Fiben!*

Eso explicaba por qué no habían llevado de nuevo a Fiben la noche en que se escapó con Sylvie. O al día siguiente, o al otro. Gaillet había estado segura de que la fuga no era más que una nueva prueba de inteligencia e idoneidad.

Pero estaba claro que no lo fue. Debía de haber sido preparado por uno, o por los dos, mandatarios *gubru* restantes, tal vez para debilitar al Suzerano de la Idoneidad. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que secuestrando a uno de los chimps que más cuidadosamente había elegido como representante de la raza? Nadie cargaría con la culpa del secuestro porque nunca lo encontrarían.

Los *gubru* tenían que seguir adelante con la ceremonia, por supuesto. Era demasiado tarde para cancelar las invitaciones, pero cada uno de los tres Suzeranos podía preferir que se produjeran resultados distintos.

*Fiben...*

—Bueno, profesora, ¿por dónde empezamos? Podía ser enseñándome a comportarme como un auténtico carnet blanco.

—Vete —ella cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Vete ahora mismo.

Hubo más palabras y más comentarios sarcásticos por parte de él. Pero Gaillet se parapetó tras la cortina de dolor que la atontaba. Al menos consiguió contener las lágrimas hasta que notó que él se había marchado.

Entonces se hundió en su asiento como si fuera en los brazos de su madre, y lloró.

## GALÁCTICOS

Los otros dos bailaban en torno al pedestal, ahuecando las plumas y gorjeando. Juntos cantaban en perfecta armonía.

*¡Baja, baja,*

*desciende, baja!*

*Baja de la percha.*

*¡Únete a nosotros,*

*únete a nosotros*

*únete a nosotros en el consenso!*

El Suzerano de la Idoneidad temblaba y se debatía contra los cambios. Ahora los otros estaban completamente unidos en su contra. El Suzerano de Costes y Prevención había abandonado toda esperanza de alcanzar una posición privilegiada, y ahora se dedicaba a apoyar al Suzerano de Rayo y Garra en sus esfuerzos para conseguir el dominio. El objetivo de la prevención estaba ahora en segundo lugar: el estatus de macho en la Muda.

De los tres, dos estaban de acuerdo. Pero para conseguir sus objetivos, tanto en lo sexual como en lo político, tenían que conseguir que el Suzerano de la Idoneidad bajara de su percha. Tenían que obligarlo a poner los pies en el suelo de Garth.

El Suzerano de la Idoneidad se enfrentaba a ellos, gritando unos contrapuntos bien sincronizados para desorganizarles el ritmo e insertando manifiestos lógicos que frustraran sus argumentos.

Una Muda apropiada no tenía que desarrollarse de esa forma. Aquello era coerción y no verdadero consenso. Aquello era un ultraje.

Los Maestros de la Percha no habían puesto tantas esperanzas en el Triunvirato para esto. Necesitaban una nueva política. Sabiduría. Los otros dos parecían haberlo olvidado. Querían seguir el camino más fácil con la Ceremonia de Elevación. Querían hacer una terrible apuesta desafiando a los códigos.

*¡Si el primer Suzerano de Costes y Prevención no hubiese muerto!,* se lamentó el sacerdote. A veces sólo se reconoce la valía de una persona cuando ya ha muerto.

*Baja, baja,*

*baja de la percha.*

Por supuesto, no podría mantenerse mucho tiempo en contra de sus voces unidas. Su unísono atravesaba las paredes de honor y firmeza que el sacerdote había construido a su alrededor, y penetraba en la esfera de las hormonas y el instinto. La Muda estaba en suspenso, retrasada por la oposición de uno de los miembros, pero no podía ser demorada eternamente.

*Baja y únete,  
únete a nosotros en el consenso.*

El Suzerano de la Idoneidad se estremeció y se agarró con fuerza a la percha. Por cuánto tiempo más podría hacerlo, eso no lo sabía.

## LAS CUEVAS

—¡Clennie! —gritó Robert lleno de alegría. Cuando vio las figuras montadas a caballo que doblaban un recodo del camino, casi dejó caer al suelo el extremo del misil que él y uno de los chimps estaban sacando de las cuevas.

—¡Mira lo que haces tú... capitán! —uno de los cabos del mayor Prathachulthorn se corrigió a tiempo. En las últimas semanas habían empezado a tratar a Robert con más respeto (se lo había ganado, claro), pero en ciertas ocasiones los suboficiales mostraban su clásico desdén por cualquiera que no fuera del cuerpo.

Otro trabajador chimp se apresuró a levantar el misil, quitándoselo a Robert de las manos. Su rostro reflejaba disgusto, pues a su juicio un humano no tenía siquiera que intentar levantar nada.

Robert ignoró ambas actitudes. Corrió por el sendero al encuentro de los viajeros, detuvo con una mano el caballo de Athaclena y le extendió la otra.

—Clennie. ¡Cómo me alegra que...! —la voz se le quebró. Mientras ella le estrechaba la mano, él parpadeó y trató de disimular su desconcierto—. Hum, me alegro de que hayas podido venir.

La sonrisa de Athaclena no parecía la misma de siempre, y en su aura había una tristeza que él nunca había captado antes.

—Claro que he venido, Robert. ¿Cómo podías dudar de que lo hiciera?

Le ayudó a desmontar. Bajo su aparente tranquilidad, él pudo notar que la muchacha estaba temblando.

*Amor, te has sometido a más cambios.* Como si ella hubiera leído su pensamiento, extendió la mano y le tocó la mejilla.

—Hay unas pocas ideas que la sociedad galáctica y la tuya comparten, Robert. En ambas culturas, los sabios han comparado la vida con una rueda.

—¿Una rueda?

—Sí —los ojos le brillaban—. Gira, se mueve hacia adelante, y sin embargo todo queda igual.

Con un sentimiento de alivio, volvió a sentirla de nuevo. A pesar de los cambios, seguía siendo Athaclena.

—Te he echado de menos —le dijo.

—Y yo a ti —ella sonrió—. Ahora cuéntame qué pasa con ese mayor y los planes que tiene.

Robert paseaba nervioso por la pequeña habitación que utilizaban como almacén,

llena de provisiones hasta las estalactitas del techo.

—Puedo discutir con él, puedo intentar persuadirlo. Maldita sea, ni siquiera le importa que le chille siempre que sea en privado y siempre que, al terminar el debate yo dé un brinco de dos metros cuando él diga «salte» —Robert hizo un gesto de impotencia—. Pero no puedo actuar contra él, Clennie. No me pidas que viole mi juramento.

Era obvio que Robert se sentía atrapado entre dos lealtades en conflicto. Athaclena podía notar su tensión.

Con el brazo todavía en cabestrillo, Fiben los observaba discutir y guardaba silencio.

—Robert, ya te he explicado que los planes del mayor Prathachulthorn pueden resultar desastrosos —le recordó Athaclena.

—¡Pues díselo a él!

Naturalmente lo intentó, aquella misma noche durante la cena. Prathachulthorn escuchó con cortesía su detallada explicación de las posibles consecuencias de atacar el emplazamiento ceremonial de los *gubru*. Su expresión fue indulgente, pero cuando terminó le hizo una única pregunta: ¿Se consideraría que el asalto era contra los enemigos legítimos de los terrestres o contra el Instituto de Elevación?

—Después de que llegue la delegación del Instituto, aquel lugar será propiedad suya —dijo ella—. Un ataque en aquellos momentos sería catastrófico para la Humanidad.

—¿Y si fuera antes? —le preguntó taimadamente.

—Hasta entonces, los propietarios del lugar son los *gubru*. —Athaclena sacudió la cabeza, irritada—. ¡Pero no es un enclave militar! Ha sido construido para lo que podríamos llamar un fin sagrado. La idoneidad del acto, si no se procede correctamente...

Continuaron así un buen rato, hasta que quedó claro que cualquier argumento resultaba inútil.

Prathachulthorn prometió tener en cuenta sus opiniones, y así terminó la cuestión. Todos sabían lo que un oficial del ejército pensaba acerca de seguir los consejos de las «niñas ETs».

—Deberíamos enviar un mensaje a Megan —sugirió Robert.

—Creía que ya lo habías hecho —apuntó Athaclena.

Él frunció el ceño, confirmando las sospechas de ella. Pasar por encima de la cabeza de Prathachulthorn significaba violar todo el protocolo. Como mínimo, quedaría como un niño mimado que llama a su mamá. Podía ser tal vez un delito por el que tuviera que responder ante un tribunal militar.

El que hubiera hecho eso probaba que no era el miedo lo que impulsaba a Robert a mostrarse reticente respecto a un enfrentamiento directo con su comandante, sino la

lealtad a su juramento.

De hecho, tenía razón. Athaclena respetaba su honor.

*Pero yo estoy obligada por los mismos deberes*, pensó Athaclena. Fiben, que hasta entonces había permanecido en silencio, la miró y puso los ojos en blanco expresivamente. Estaban de acuerdo en lo que a Robert hacía referencia.

—Yo ya he sugerido al mayor que atacar el enclave ceremonial sería como hacer un favor al enemigo. Además, lo construyeron para utilizarlo con los *garthianos*. La idea que ahora tienen de utilizarlo con los chimps puede ser un último esfuerzo para resarcirse de sus gastos. Pero ¿y si el lugar está asegurado? Nosotros lo volamos, ellos nos inculpan, y después cobran.

—El mayor Prathachulthorn mencionó tu idea sobre eso —agregó Athaclena, dirigiéndose a Fiben—. Yo la encontré muy aguda, pero me temo que él no le dio crédito.

—Quiere decir que piensa que son chifladuras de simio...

Se interrumpió al oír pasos en la fría piedra de afuera.

—¿Puedo pasar? —preguntó una voz femenina detrás de la cortina.

—Por supuesto, teniente McCue —respondió Athaclena—. De todas formas, ya casi habíamos terminado.

La humana de piel oscura entró y se sentó en una caja al lado de Robert. Éste le dispensó una leve sonrisa pero en seguida volvió a mirarse las manos. Los músculos de sus brazos se destacaban al tiempo que abría y cerraba los puños.

Athaclena sintió una punzada cuando McCue puso la mano sobre la rodilla de Robert y le habló.

—Su señoría quiere que nos reunamos otra vez para planificar la batalla antes de que nos retiremos a dormir —se volvió para mirar a Athaclena y sonrió—. Estás invitada a asistir, si quieres. Eres nuestra honorable invitada, Athaclena.

Athaclena recordó que había sido dueña y señora de aquellas cuevas y que había dirigido un ejército. *No tengo que dejar que eso me influya*, se dijo. Lo único que importaba ahora era intentar que aquellas criaturas se dañasen a sí mismas lo mínimo posible en los días por venir.

Y, si se terciaba, estaba dispuesta a planear cierta broma. Una que antes apenas entendía, pero que últimamente había empezado a apreciar.

—No, gracias, teniente. Creo que debo ir a saludar a unos cuantos chimps amigos míos y luego retirarme. El viaje hasta aquí ha sido muy largo.

Robert le lanzó una mirada antes de alejarse con su amante humana. Sobre su cabeza parecía flotar una nube metafórica, que relampagueaba de forma intermitente, *No sabía que pudieras hacer eso con los glifos*, se maravilló Athaclena. Cada día, al parecer, se aprendía algo nuevo.

La sonrisa de Fiben, su gesto, fue como un apoyo cuando se levantó para ir tras

los humanos. ¿Había captado algo? ¿Un guiño de conspiración, quizás?

Cuando se quedó sola, Athaclena empezó a revolver en su equipaje. *Yo no estoy obligada por sus deberes*, se dijo. *Ni por sus leyes*.

Las cuevas podían ser muy oscuras, en especial si se apagaba la solitaria lámpara incandescente que iluminaba un sector del pasillo. En esas circunstancias, la visión humana no otorgaba ninguna ventaja; una corona *tymbrimi* era, desde luego, bastante mejor.

Athaclena formó un pequeño escuadrón de glifos sencillos pero especiales. El primero de ellos tenía como única misión avanzar por delante de ella y hacia los lados, abriéndole camino en la oscuridad. Cuando la materia dura y fría era chamuscada por lo inmaterial, resultaba fácil saber dónde estaban las paredes y demás obstáculos.

El pequeño fuego fatuo los evitaba con destreza.

Otro glifo giraba sobre su cabeza, moviéndose hacia delante para asegurarse de que nadie había notado la presencia de un intruso en aquellos niveles inferiores. En aquella parte del pasillo no había chimps durmiendo porque era un área reservada a los oficiales humanos.

Lydia y Robert habían salido de ronda. Así que, sin contar la suya, en aquella parte de las cuevas sólo había un aura. Athaclena se dirigió hacia ella con cautela.

El tercer glifo iba acumulando fuerzas y esperaba su turno.

Lenta y silenciosamente, caminó sobre la alfombra de estiércol hecha por mil generaciones de insectívoros voladores que habían morado allí antes de ser desalojados por los terrestres y sus ruidos. Respiraba con calma, contando en silencio, a la manera humana, a fin de mantener disciplinados sus pensamientos.

El tener en acción tres glifos de vigilancia al mismo tiempo era algo que no hubiera intentado unos días atrás. Pero ahora le parecía fácil y natural, como si lo hubiera hecho cientos de veces.

Estas y otras habilidades se las había robado a Uthacalthing, utilizando una técnica de la que se hablaba muy poco entre los *tymbrimi* y que se empleaba mucho menos.

*Me he convertido en una guerrillera de la jungla, he coqueteado con un humano y, ahora, esto. Oh, mis compañeros de clase se quedarían pasmados.*

Se preguntó si su padre retenía aún parte de la habilidad que ella tan rudamente le había arrebatado.

*Padre, madre y tú dispusisteis esto hace mucho tiempo. Me preparasteis para ello sin que yo siquiera lo supiese. ¿Sabías ya entonces que algún día me sería necesario?*

Con tristeza, sospechó que le había quitado a Uthacalthing más de lo que éste estaba en condiciones de cederle. Y, sin embargo, no era suficiente. Había grandes



lagunas. En su corazón, tenía la seguridad de que esa cosa que circundaba mundos y especies no podría alcanzar su plenitud sin su propio padre.

El glifo que abría la marcha se detuvo ante un pedazo de tela que colgaba del techo. Athaclena se acercó, incapaz de ver el tejido incluso después de haberlo tocado con los dedos. El glifo se desmoronó y volvió a su lugar entre los zarcillos ondulantes de su corona.

Apartó la tela hacia un lado con deliberada lentitud y entró en la pequeña cámara lateral. El glifo de vigilancia no notó ninguna señal de que allí hubiera alguien despierto. Ella sólo captó los ritmos uniformes del sueño humano.

El mayor Prathachulthorn no roncaba, por supuesto. Y su sueño era ligero, vigilante. Ella acarició los bordes de la siempre presente coraza psi del mayor, la cual guardaba sus pensamientos, sus sueños y su conocimiento militar. *Sus soldados son buenos y van a mejor*, pensó ella. A través de los años, los consejeros *tymbrimi* habían trabajado duramente para enseñar a sus aliados lobeznos a convertirse en valientes guerreros galácticos. Y los *tymbrimi*, a su vez, habían aprendido algunos fascinantes trucos, ideas que nunca hubiera podido imaginar ninguna raza desarrollada bajo la civilización galáctica.

Pero el único servicio de la Tierra que no usaba consejeros alienígenas era la infantería de marina de Terragens. Sus componentes eran anacrónicos, verdaderos lobeznos.

El glifo *z'schutan* se aproximó con cautela al hombre dormido. Descendió sobre él y Athaclena lo vio metafóricamente como un globo de metal líquido. Tocó la coraza psi de Prathachulthorn y se deslizó en forma de arroyos dorados sobre ella, cubriéndola rápidamente con una fina capa de resplandor.

Athaclena respiró un poco más tranquila. Metió la mano en el bolsillo y sacó una ampolla de cristal. Se acercó más y se arrodilló con precaución junto al catre.

Mientras aproximaba el frasco de gas anestésico a la cara del hombre dormido, sus dedos se tensaron.

—Yo no lo haría —dijo él, con voz tranquila.

Athaclena ahogó un grito. Antes de que pudiera moverse, las manos del mayor la agarraron por las muñecas. En la penumbra, lo único que podía ver era el blanco de sus ojos. A pesar de que estaba despierto, su escudo psi permanecía inalterado, emitiendo ondas de sueño. Entonces ella se dio cuenta de que todo había sido fingido, una trampa cuidadosamente planeada.

—Los ETs todavía continuáis infravalorándonos. Incluso vosotros, los sabihondos *tymbrimi*, no parecéis entendernos.

Las hormonas *gheer* entraron en acción. Athaclena hizo un esfuerzo e intentó soltarse, pero era como tratar de escapar de una abrazadera de metal. Intentó arañarle con sus afiladas uñas, pero el hombre, con agilidad, quitó las callosas manos de su

alcance. Cuando ella intentó rodar hacia un lado y patearlo, él aumentó la presión en sus muñecas, utilizándolas como palancas para mantenerla de rodillas. La presión hizo que ella gimiera audiblemente y dejara caer la ampolla de gas de su debilitada mano.

—¿Ves? —dijo Prathachulthorn con voz amable—, hay algunos de nosotros que piensan que comprometerse es un error. ¿Qué conseguiremos intentando convertirnos en buenos ciudadanos galácticos? —se mofó—. Si lo lográramos, nos convertiríamos en algo horrible, espantoso, totalmente disociado de lo que significa ser humano. Y además, la opción no está ni siquiera a nuestro alcance. No nos dejarían convertirnos en ciudadanos. Las cartas estarán trucadas. Los dados están cargados. Ambos lo sabemos ¿no? —la respiración de Athaclena era entrecortada.

Aunque estaba clara su inutilidad, el fluido *gheer* seguía haciéndola luchar y debatirse contra la increíble fuerza del humano. La agilidad y la rapidez no servían de nada ante sus reflejos y preparación.

—Nosotros tenemos nuestros secretos ¿sabes? —le confió Prathachulthorn—. Cosas que no contamos a nuestros amigos *tymbrimi*, ni a muchos de los nuestros. ¿Te gustaría saber cuáles son? ¿Te gustaría? —Athaclena no tenía fuerzas para contestar. Los ojos de Prathachulthorn tenían algo fiero, casi animal—. Bueno, si te contara alguno de ellos, sería tu sentencia de muerte —dijo—. Y aún no estoy preparado para decidir sobre eso. Así que te diré una cosa que tu gente ya sabe.

En un instante había cogido ambas muñecas con una sola mano. Con la otra le agarró la garganta.

—Como ves, a los infantes de marina nos enseñan a incapacitar y hasta incluso a matar a miembros de una raza aliada de ETs. ¿Te gustaría saber cuánto tiempo necesito para dejarte inconsciente, señorita? ¿Por qué no empiezas a contar?

Athaclena se retorció y ofrecía resistencia, pero todo era inútil. Alrededor de su garganta se cernía una dolorosa presión. El aire empezó a volverse denso. En la distancia todavía oyó a Prathachulthorn murmurar entre dientes:

—El universo es un lugar terriblemente espantoso.

Ella no habría imaginado que su entorno pudiera ennegrecerse más, pero una oscuridad más intensa empezaba a rodearla. Athaclena se preguntó si volvería a recobrar la conciencia alguna vez. *Perdóname, padre.*

Supuso que aquéllos serían sus últimos pensamientos.

Continuar consciente fue casi una sorpresa. La presión en su garganta disminuyó, aunque muy ligeramente.

Aspiró un mínimo sorbo de aire y trató de entender qué estaba ocurriendo. Los brazos de Prathachulthorn se estremecieron. Pensó que él estaba acumulando fuerza, pero que ésta, por alguna razón, no llegaba.

Su corona excesivamente calentada no le servía de ayuda. Estaba sumida en la

más completa ignorancia y asombro, cuando el agarro de Prathachulthorn se aflojó. Athaclena cayó desmayadamente al suelo.

El humano respiraba con dificultad. Oyó sonidos de esfuerzo y luego un golpe, como si el catre se hubiera volcado. Una jarra de agua se cayó, y produjo un ruido semejante al de un ordenador al romperse.

Athaclena notó algo bajo la mano. *La ampolla*, advirtió. Pero ¿qué le había ocurrido a Prathachulthorn?

Luchando contra el agotamiento enzimático, Athaclena se arrastró en una dirección azarosa hasta que su mano encontró el ordenador destrozado. Por casualidad sus dedos pulsaron el interruptor y la pantalla del resistente aparato se llenó de una tenue luminiscencia.

Bajo aquel resplandor, Athaclena vio una desolada escena... el masc humano se debatía, con todos sus vigorosos músculos marcándose bajo la piel, entre dos largos brazos marrones que lo sujetaban por detrás.

Prathachulthorn se revolvía y susurraba. Forzaba todo su peso a derecha y a izquierda. Pero sus intentos de soltarse no le servían de nada. Athaclena vio un par de ojos castaños más arriba de los hombros del humano. Dudó sólo unos instantes y en seguida se lanzó hacia adelante con el pequeño cilindro y lo rompió bajo la nariz del hombre.

—Está conteniendo la respiración —murmuró el neo-chimpancé.

La nube de vapor quedó suspendida alrededor de las fosas nasales del mayor, y luego, poco a poco, descendió.

—No importa —respondió Athaclena, al tiempo que sacaba diez ampollas más del bolsillo.

Cuando Prathachulthorn las vio, soltó un débil suspiro. Redobló sus esfuerzos para alejarse de ellas, pero sólo logró acelerar el momento en que tendría que respirar. Era obstinado. Aguantó casi cinco minutos y, aun así, Athaclena sospechó que había preferido desmayarse de anoxemia antes de respirar la droga.

—Vaya tipo —dijo Fiben cuando por fin cedió—. Por Goodall, hacen fuertes a los infantes de marina —se estremeció y cayó junto al humano inconsciente.

Athaclena se sentó con gesto desmayado frente a él.

—Gracias, Fiben —dijo en voz baja.

—¡Demonios! —se encogió de hombros—. Una traición y un asalto a un tutor. Y todo en el mismo día.

Ella señaló el cabestrillo, donde había reposado su brazo desde la noche en que había escapado de Puerto Helenia.

—Oh, ¿esto? —Fiben sonrió—. Creo que lo he hecho para atraer simpatías. Pero no se lo diga a nadie, ¿de acuerdo? —y luego, con una expresión más seria, miró a Prathachulthorn—. Quizá yo no sea un experto, pero me parece que no he ganado

muchos puntos en el Cuadro de Elevación esta noche.

Miró a Athaclena y sonrió levemente. A pesar de todo lo sucedido, ella no pudo evitar encontrarlo de pronto divertidísimo.

Comenzó a reír en voz baja, pero con los ricos matices de su padre. En cierto modo, aquello no la sorprendió en absoluto.

El trabajo aún no había terminado. Fatigada, Athaclena tuvo que seguir a Fiben mientras éste arrastraba al hombre inconsciente por los lóbregos pasadizos. Cuando pasaron junto al asistente de Prathachulthorn que dormitaba, Athaclena desplegó sus tiernos y casi lánguidos zarcillos y tranquilizó el sueño del soldado. Éste masculló alguna cosa y se volvió en su catre. Con especial cautela, Athaclena se aseguró de que la coraza psi del hombre no fuera una trampa, de que en realidad estuviera durmiendo.

Fiben resoplaba, con los labios curvados en una mueca, mientras ella lo conducía por una pendiente llena de cascotes procedentes de un antiguo corrimiento de tierras y se metían por un pasadizo que era, a buen seguro, desconocido para los militares. Al menos, no constaba en el mapa de la cueva que ella había visto en el centro de datos de los rebeldes.

El aura de Fiben se volvía mordaz cada vez que tropezaba en la oscura y serpenteante pendiente. Sin duda quería formular imprecaciones sobre lo que pesaba Prathachulthorn, pero se guardó los comentarios para sí hasta que por fin salieron a la húmeda y silenciosa noche.

—¡Entrenamientos y mutaciones! —suspiró al tiempo que dejaba su carga en el suelo—. Al menos Prathachulthorn no es de los más altos. No hubiera podido apañármelas si sus brazos y sus piernas hubieran ido arrastrándose en el polvo todo el camino.

Husmeó el aire. No había luna pero la niebla se derramaba sobre las cercanas montañas rocosas como un fluido vaporoso y desprendía una débil luminiscencia. Fiben miró a Athaclena.

—¿Y ahora qué, jefe? Dentro de pocas horas, y sobre todo cuando Robert y la teniente McCue regresen, aquí habrá un jaleo de mil diablos. ¿Quiere que vaya a buscar a Tyco y me lleve de aquí a este mal ejemplo para los pupilos terrestres? Eso equivaldría a una deserción pero, qué diablos, me parece que nunca fui muy buen soldado.

Athaclena sacudió la cabeza. Buscó con la corona y encontró indicios de lo que estaba buscando.

—No, Fiben, no puedo pedirte eso. Además, tienes otro deber. Te escapaste de Puerto Helenia para informarnos de la oferta de los *gubru*. Ahora tienes que regresar allí y afrontar tu destino.

—¿Está segura? —Fiben frunció el ceño—. ¿No va a necesitarme?

Athaclena se puso las manos sobre la boca e imitó el suave grito de un pájaro nocturno. Desde la oscuridad, le llegó una débil respuesta. Se volvió hacia Fiben.

—Claro que te necesito. Todos te necesitamos. Pero donde puedes desarrollar una labor más importante es allí abajo, junto al mar. Y además intuyo que tú también quieres volver.

—Tendría que estar loco, supongo —Fiben se tiraba de los pulgares.

—No. Es un indicador más de que el Suzerano de la Idoneidad sabía lo que estaba haciendo cuando te eligió —la muchacha sonrió—. Aunque tal vez sería preferible que mostrases un poco más de respeto por tus tutores.

Fiben se puso en tensión. Luego pareció captar en parte su ironía y sonrió. Se oía el suave traqueteo de las pezuñas de los caballos en el sendero que subía a las cuevas.

—Muy bien —dijo mientras se agachaba para coger el cuerpo inerte del mayor Prathachulthorn—. Vamos, papá. Esta vez voy a ser tan amable contigo como con mi tía solterona —chasqueó los labios contra la mejilla del mayor y miró a Athaclena—. ¿Mejor así, señora?

Algo que había tomado prestado de su padre hizo que sus cansados zarcillos chisporrotearan.

—Sí, Fiben —rió—. Así está mucho mejor.

Cuando regresaron con la luz del alba y encontraron que su comandante había desaparecido, Lydia y Robert sospecharon lo sucedido. Los restantes militares de Terragens miraban a Athaclena con franca desconfianza. Un pequeño grupo de chimps había entrado en la habitación de Prathachulthorn para borrar toda señal de lucha antes de que llegaran los humanos, pero no pudieron ocultar el hecho de que el mayor se hubiera ido sin dejar nota o rastro alguno.

Robert llegó incluso a ordenar a Athaclena que permaneciese en su habitación, con un soldado en la puerta, mientras investigaban. Su alivio por el posible retraso del ataque planeado fue momentáneamente anulado por un excesivo sentido del deber. En comparación, la teniente McCue era un remanso de tranquilidad. Externamente parecía no estar preocupada, como si el mayor hubiese salido sólo a dar una vuelta. Pero Athaclena pudo notar la confusión y el conflicto interno de la mujer terrestre.

En cualquier caso, no podían hacer nada al respecto. Los equipos de búsqueda que salieron se encontraron con un grupo de los chimps de Athaclena que regresaban a caballo al refugio de los gorilas. Pero Prathachulthorn ya no estaba con ellos. Estaba en lo alto de los árboles, transportado de un gigante de la selva a otro, ya consciente y echando chispas, pero impotente y amordazado como una momia.

En este caso, los humanos pagaban el precio de su «liberalismo». Habían elevado a sus pupilos para que fueran ciudadanos e individualistas, y los chimps habían sido capaces de decidir que debían encarcelar a un hombre por el bien de todos. A su

manera, Prathachulthorn había tenido la culpa de que llegaran a aquello, con sus actitudes tutoriales y de superioridad. Sin embargo, Athaclena quiso asegurarse de que el mayor sería tratado con amabilidad y delicadeza.

Aquella noche, Robert presidió un nuevo concejo de guerra. La incierta situación de arresto domiciliario de Athaclena fue modificada para que pudiera asistir. Fiben y los tenientes honorarios chimps también estuvieron presentes, así como los suboficiales de los infantes de marina.

Ni Lydia ni Robert hablaron de seguir adelante con el plan de Prathachulthorn. Se asumió tácitamente que el mayor no hubiera querido ponerlo en práctica sin su presencia.

—Tal vez salió en una misión de exploración personal o para inspeccionar un puesto rebelde. Puede que regrese esta noche o mañana —sugirió Elayne Soo con completa inocencia.

—Quizá. Pero es más sensato que esperemos lo peor —dijo Robert. Evitaba mirar a Athaclena—. Por si acaso, deberíamos comunicarlo al refugio. Supongo que tardaremos unos diez días en recibir nuevas órdenes del Concejo y un sustituto.

Obviamente asumía que Megan Oneagle nunca le otorgaría el mando.

—Bueno, yo quiero regresar a Puerto Helenia —dijo Fiben con sencillez—. Estoy en una posición que permite que me acerque al centro de las cosas y, además, Gaillet me necesita.

—¿Qué te hace pensar que los *gubru* te aceptarán después de haberte escapado? —preguntó Lydia McCue—. ¿No crees que te matarán sin más?

—Si me encuentro con los *gubru* indebidos, eso será lo que seguramente ocurra.

Se produjo un largo silencio. Robert solicitó opiniones, y los humanos y los chimps se quedaron callados. Al menos, cuando Prathachulthorn estaba allí, dominando la conversación y los ánimos, habían contado con su abrumadora confianza para disipar sus dudas. Eran un pequeño ejército con unas opciones muy limitadas. Y el enemigo estaba a punto de poner en marcha cosas y acontecimientos que ellos no podían comprender y mucho menos prevenir.

Athaclena esperó hasta que el ambiente se hiciera denso y se llenara de incertidumbre. Entonces pronunció cuatro palabras.

—Necesitamos a mi padre.

Para su sorpresa, tanto Robert como Lydia asintieron. Incluso en el caso de que llegaran órdenes del Concejo en el exilio, éstas serían tan confusas y contradictorias como de costumbre. Resultaba obvio que podían utilizar sus indicaciones, en especial en asuntos de diplomacia galáctica.

*Al menos la mujer McCue no comparte la xenofobia de Prathachulthorn*, pensó Athaclena. Se sintió obligada a admitir que aprobaba lo que había captado en el aura de la hembra terrestre.

—Robert me ha contado que estás segura de que tu padre está vivo —dijo Lydia—. Muy bien, pero ¿dónde está? ¿Cómo podemos encontrarlo?

Athaclena se inclinó hacia delante y mantuvo su corona inmóvil.

—Sé dónde está.

—¿Sí? —Robert parpadeó—. Pero... —su voz se apagó al tiempo que la tocaba con su sentido interior por primera vez desde que había vuelto.

Athaclena recordó cómo se había sentido al verlo tomar la mano de Lydia. Resistió momentáneamente sus esfuerzos, pero finalmente su postura le pareció estúpida y cedió.

Robert se dejó caer pesadamente hacia atrás en su silla y exhaló. Parpadeó varias veces.

—Oh —fue todo lo que dijo.

Lydia miraba a Robert y a Athaclena alternativamente. Por un instante, en ella brilló algo parecido a la envidia. *Yo también lo tengo de un modo que tú no puedes*, meditó Athaclena. Pero prefirió dedicarse a compartir aquel momento con Robert.

—...*N'tah'hoo*, Uthacalthing —dijo el muchacho en galSiete—. Es mejor que hagamos algo con rapidez.

## FIBEN Y SYLVIE

Ella esperaba mientras Fiben llevaba a Tyco por el camino que salía del valle de las Cuevas. Estaba sentada pacientemente junto a un gran pino y no habló hasta que él llegó a su altura.

—¿Pensabas que te ibas a largar sin decirme adiós? —le preguntó Sylvie. Llevaba un vestido largo y se rodeaba las rodillas con los brazos.

Ató las riendas del caballo en el tronco de un árbol y se sentó junto a ella.

—Qué va —respondió Fiben—. Ya sabía yo que no tendría esa suerte.

Ella lo miró por el rabillo del ojo y vio que sonreía. La chima hizo una mueca y miró hacia el cañón donde las tempranas nieblas ya se habían evaporado y desvanecido en una mañana que prometía ser clara y sin nubes.

—Me imaginé que querrías regresar.

—Tengo que hacerlo, Sylvie. Es...

—Ya sé —lo interrumpió—. Responsabilidades. Tienes que volver con Gaillet; ella te necesita, Fiben.

Él asintió. No precisaba que le recordaran que también tenía un deber que cumplir con la propia Sylvie.

—Hum... cuando estaba haciendo el equipaje vino la doctora Soo y...

—Llenaste la botella que te dio, ya lo sé —Sylvie inclinó la cabeza—. Gracias. Me considero bien pagada.

Fiben bajó la mirada. Se sentía casi avergonzado al hablar de un tema como aquél.

—¿Cuándo lo...?

—Esta noche, supongo. Estoy preparada. ¿No se me nota?

El abrigo y la falda larga de Sylvie ocultaban todos los signos externos. Sin embargo, tenía razón. Su aroma era inconfundible.

—Deseo sinceramente que consigas lo que quieres, Sylvie.

Ella asintió. Permanecieron allí sentados, en una embarazosa situación. Fiben intentaba encontrar algo que decir pero se sentía estúpido, con la mente embotada. Cualquier cosa que dijera, sabía que sería un error.

De pronto se produjo un pequeño crujido más abajo, donde los zigzags de la pendiente se dividían en varios caminos que partían en distintas direcciones. Tras una esquina rocosa apareció una alta figura humana que corría a toda prisa. Robert Oneagle se dirigía a un cruce de caminos, llevando sólo un arco y una pequeña mochila.

Miró hacia arriba y, al ver a los dos chimps, disminuyó su velocidad. Robert



sonrió como respuesta al saludo que Fiben le hizo con la mano y, al llegar al desvío, tomó un sendero muy poco frecuentado que se dirigía hacia el sur. Pronto desapareció en la jungla salvaje.

—¿Qué hace? —preguntó Sylvie.

—Parece que está corriendo.

—Eso ya lo he visto —le dio una palmada en el hombro—. ¿Adónde va?

—Va a intentar cruzar los pasos antes de que nieve.

—¿Los pasos? Pero...

—Ya que el mayor Prathachulthorn ha desaparecido y el tiempo apremia, la teniente McCue y los otros oficiales han aceptado llevar a cabo el plan alternativo que Robert y Athaclena idearon.

—Pero se dirige hacia el sur —comentó Sylvie.

Robert había tomado un sendero poco frecuentado que se internaba en el macizo de Mulun.

—Va a buscar a alguien —asintió Fiben—. Es el único que puede arreglar las cosas.

Por su tono, Sylvie comprendió que eso era todo lo que quería explicar sobre el asunto.

Siguieron allí sentados en silencio un rato más. Al menos, la breve aparición de Robert había brindado una agradable pausa en la tensión. *Qué estupidez*, pensó Fiben. Sylvie le gustaba, y mucho. Nunca habían tenido demasiadas oportunidades para hablar y aquélla tal vez sería la última.

—Nunca... nunca me has contado nada de tu primer hijo —dijo apresuradamente, preguntándose, al tiempo que surgían las palabras, si aquello era asunto suyo.

Resultaba obvio que Sylvie había parido y había amamantado. Las estrías de su cuerpo eran un signo de atractivo en una raza en la que la cuarta parte de sus hembras nunca tenía hijos. *Pero también produce dolor*, pensó Fiben.

—Fue hace cinco años. Yo era muy joven —su voz era seria, controlada—. Se llamaba..., lo llamábamos Sachi. Fue examinado por el Cuadro, como de costumbre, y encontraron que era... «anómalo».

—¿Anómalo?

—Sí, ésa es la palabra que emplearon. En algunos aspectos lo consideraron superior..., en otros «raro». No tenía defectos aparentes, aunque sí unas cualidades «extrañas», dijeron. Un grupo de oficiales se interesó por el caso. El Cuadro de Elevación decidió que tenían que enviarlo a la Tierra para unas evaluaciones más amplias. Se portaron muy bien —admitió—. Hasta me ofrecieron la posibilidad de ir con él.

—Sin embargo, no fuiste —Fiben parpadeó.

—Sé lo que estás pensando —Sylvie lo miraba—, que soy infame. Por eso nunca

te lo conté. No hubieras aceptado mi proposición. Pensarás que soy una mala madre.

—No, yo...

—En aquella época, lo veía de otra forma. Mi madre estaba enferma. No teníamos un clan familiar y yo no soportaba la idea de dejarla al cuidado de unos extraños, para no volver a verla.

»Yo sólo era entonces carnet amarillo. Sabía que mi hijo tendría un buen hogar en la Tierra, o podía ser que le diesen un tratamiento adecuado y fuese criado en una familia de neochimps de clase alta, pero también podía ser que encontrase un destino que yo no quería ni conocer. Me preocupaba sobre todo la posibilidad de hacer todo ese viaje juntos y que luego, a pesar de eso, le separaran de mí. Creo que también temía la vergüenza de que lo declarasen marginal.

»No podía decidirme —se miraba las manos—, así que pedí consejo. A ese asesor de Puerto Helenia, ese humano del Cuadro de Elevación. Me dijo que él creía que había dado a luz a un margi.

»Cuando se llevaron a Sachi yo me quedé. Seis... seis meses más tarde, mi madre murió. Y luego, tres años después —miró a Fiben—, llegaron noticias de la Tierra. Mi hijo era un niño feliz y bien adaptado, con carnet azul y lo educaba una encantadora familia de carnets azules. Ah, y yo era ascendida a verde.

»¡Cómo odié ese maldito carnet! —apretó los puños—. Anularon la obligación que tenía de tomar anticonceptivos una vez al año y, de este modo, ya no tenía que pedir permiso para concebir de nuevo. Me confiaron el control de mi propia fertilidad. Como a una adulta —se burló—. ¿Como una adulta? ¿Una chima que abandona a su propio hijo? Eso no lo tuvieron en cuenta. Me ascendieron porque él había superado unos puñeteros exámenes.

*Con que era eso*, pensó Fiben. Ésa era la razón de su amargura y de su anterior colaboración con los *gubru*.

Así se explicaban muchas cosas.

—¿Te uniste a la banda de Puño de Hierro por resentimiento contra el sistema? ¿Porque esperabas que con los galácticos las cosas serían mejores?

—Algo así, tal vez. O quizá sólo estaba enojada —Sylvie se encogió de hombros—. De todos modos, después de un tiempo, me di cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—Advertí que por malo que fuera el sistema bajo el dominio humano, con los galácticos sólo podría ser mucho peor. Los humanos son arrogantes, de acuerdo. Pero al menos, muchos de ellos se sienten culpables de su arrogancia. Intentan controlarla. Su horrible historia les ha enseñado a evitar la presun... presun...

—Presunción.

—Sí. Saben que puede ser una trampa actuar como si fueran dioses y creer que es verdad. Pero los galácticos están acostumbrados a esa impertinente actitud. Nunca se

les ocurre dudar de sí mismos. ¡Son tan presumidos! ¡Cómo los odio!

Fiben pensó en todo aquello. Había aprendido mucho durante los últimos meses y creía que Sylvie recargaba un poco las tintas al exponer su caso. En aquellos momentos se parecía un poco al mayor Prathachulthorn, aunque Fiben reconocía que muy pocas razas tutoras galácticas tenían fama de ser benevolentes y honradas.

Sin embargo, no era el momento de juzgar su amargura.

Ahora comprendía su casi obstinada determinación de tener un hijo que fuera, al menos, carnet verde desde el principio. No deseaba que hubiera problemas. Quería hacerse cargo de su hijo y tener la certeza de que sería abuela. Sentado a su lado, Fiben notaba, con incomodidad, el estado actual de Sylvie. A diferencia de las hembras humanas, las chimas tenían unos ciclos de receptividad establecidos y les costaba bastante esfuerzo ocultarlos. Era una de las razones de las diferencias de orden familiar y social que existían entre las dos especies primas.

Se sentía culpable de que su estado lo excitase. En aquel momento, su relación estaba impregnada de una sensación dulce e intensa, y no estaba dispuesto a estropearla comportándose sin delicadeza. Le hubiera gustado poder consolarla de alguna forma. Y, sin embargo, no sabía que ofrecerle.

—Uf, oye Sylvie —se humedeció los labios.

—¿Sí, Fiben?

—Humm, de verdad deseo que consigas... quiero decir que espero haber dejado suficiente... —sentía el rostro acalorado.

—La doctora Soo supone que hay bastante —sonrió—. Y si no, puede conseguirse más de donde salió.

—Aprecio tu confianza —agradeció Fiben—. Pero no estoy seguro de que pueda volver —desvió la mirada hacia el oeste.

—Bueno —ella lo tomó de la mano—. No soy tan orgullosa como para no aceptar más seguridades si me las ofreces. Cualquier donación será bien aceptada, si lo deseas.

—Uf, ¿quieres decir ahora mismo? —parpadeó y notó que el ritmo de su pulso se aceleraba.

—¿Cuándo si no? —asintió ella.

—Es lo que esperaba que dijese —sonrió y extendió los brazos para abrazarla, pero ella alzó una mano para detenerlo.

—Un momento —dijo—. ¿Qué clase de chica crees que soy? Quizá aquí arriba escaseen las velas y el champán, pero a una fem siempre le gusta un poco de juego preliminar.

—Por mí, perfecto —comentó Fiben. Se volvió de espaldas para que lo rascara—. Ráscame tú primero y luego te lo haré yo.

—Ese tipo de juego no, Fiben —sacudió la cabeza—. Tengo en mente algo

mucho más estimulante.

Buscó detrás del árbol y sacó un objeto cilíndrico hecho de madera tallada y con un extremo cubierto por una tensa piel.

—¿Un tambor? —los ojos de Fiben se ensancharon.

—Es culpa tuya —se sentó con el artesanal objeto entre las rodillas—. Tú me enseñaste algo especial y desde ahora en adelante nunca estaré satisfecha con menos.

Sus hábiles dedos comenzaron a marcar un rápido ritmo.

—Baila —dijo—. Por favor.

Fiben suspiró. Era evidente que no bromeaba. Aquella chima coreomaniaca estaba loca, dijera lo que dijese el Cuadro de Elevación. Era del tipo de las que él solía enamorarse.

*En muchos aspectos, nunca seremos como los humanos,* pensó mientras cogía una rama y la sacudía para comprobar su resistencia. La dejó caer y escogió otra. Se sentía inflamado y lleno de energía.

Sylvie golpeaba el tambor, con un rápido y estimulante ritmo que le aceleraba la respiración. El brillo de sus ojos calentaba la sangre de Fiben.

*Así es cómo debe ser. Somos nuestra propia jungla.*

Fiben agarró la rama con ambas manos y golpeó con ella un tronco cercano provocando una lluvia de hojas.

—Uf —dijo.

El segundo golpe fue todavía más fuerte. A medida que el ritmo aumentaba, sus gritos surgían con más entusiasmo.

La bruma matinal se había evaporado. No había truenos. El universo, poco cooperativo, no había dispuesto ni una nube siquiera en el cielo. Pero Fiben calculó que aquella vez podría ingeniárselas sin relámpagos.

## GALÁCTICOS

En el decimosexto campamento militar de los *gubru*, el caos en la cúspide había empezado a afectar a los rangos inferiores. Se producían disputas sobre las asignaciones y los suministros y hasta sobre el comportamiento de los soldados rasos, cuyo desdén hacia el personal de mantenimiento alcanzaba niveles peligrosos.

Durante la plegaria de la tarde, muchos de los soldados de Garra se ponían los tradicionales crespones de luto por los Progenitores Perdidos y se unían al capellán castrense para cantar al unísono. La mayoría menos devota, que solía guardar siempre un respetuoso silencio durante tales servicios, aprovechaba ahora la ocasión para hacer apuestas y alborotar. Los centinelas se arreglaban las plumas y dejaban caer intencionadamente algunas de ellas para que el viento se las llevara y distraer de este modo a los creyentes.

Durante el trabajo, durante las labores de limpieza y durante los ejercicios de entrenamiento podían oírse ruidos discordantes.

El coronel encargado de los campamentos orientales, que estaba efectuando visitas de inspección, fue testigo de aquella desarmonía y no perdió tiempo con indecisiones. Ordenó que todo el personal del decimosexto campamento se reuniese de inmediato. Entonces, el oficial llamó al administrador en jefe y al capellán para que ocupasen sendos lugares a su lado en la plataforma, y se dirigió a los congregados.

—No permitamos que se diga, se rumoree, se pregone que los soldados *gubru* han perdido su visión.

¿Estamos acaso huérfanos? ¿Perdidos? ¿Abandonados?

¿O somos miembros de un gran clan?

¿Qué hemos sido, somos, seremos?

»Guerreros, constructores, pero sobre todo... correctos transmisores de la tradición.

Durante un buen rato, el coronel les habló en este tono, apoyado por el cántico persuasivo del administrador del campamento y su consejero espiritual, hasta que, por fin, los avergonzados soldados y demás personal empezaron a cantar en un creciente coro de armonía.

Un pequeño y unido regimiento de militares, burócratas y sacerdotes, dedicaron su tiempo a esforzarse en superar sus dudas, como si todos fuesen uno.

Entonces, durante un breve momento, el consenso adquirió forma.

## GAILET

*...Incluso entre los casos trágicos y raros, como las especies lobeznas, han existido toscas versiones de estas técnicas. Si bien primitivos, sus métodos incluían también rituales de «combate de honor»; y con tales métodos, se mantenía la agresividad y las luchas bajo cierto grado de control.*

*Tomen, por ejemplo, el clan más reciente de lobeznos: los «humanos» de Sol II. Antes de ser descubiertos por la cultura galáctica, sus «tribus» primitivas utilizaban a menudo el ritual de mantener bajo control los ciclos de violencia que normalmente pueden esperarse de esas especies sin guía. (No hay duda de que estas tradiciones derivan de deformados recuerdos de su raza tutora desaparecida hace mucho tiempo).*

*Entre los métodos más simples pero efectivos utilizados por los humanos del Precontacto, se hallan el pacto de honor entre los «indios americanos», el juicio de Dios entre los «europeos medievales» y la disuasión por amenaza de destrucción mutua entre los «estados tribales continentales».*

*Estas técnicas carecían, desde luego, de la sutileza, el delicado equilibrio y la homeostasis de las normas de comportamiento modernas elaboradas por el Instituto para la Guerra Civilizada.*

—Muy bien. Ahora un poco de descanso. Ya tengo bastante.

Gaillet parpadeó, con los ojos desenfocados, cuando aquella ruda voz la sacó de su trance de lectura. El dispositivo de la biblioteca lo notó y congeló el texto ante ella.

Miró hacia la izquierda. Estirado en su asiento, su nuevo «compañero» apartó a un lado su ordenador y bostezó, estirando sus largos y fuertes miembros.

—Es hora de beber algo —dijo perezosamente.

—Pero si ni siquiera has leído entero el primer resumen —protestó Gaillet.

—Buf —sonrió—. No sé por qué tenemos que estudiar esa mierda. Los ETs ya se sorprenderán si nos acordamos de hacerles la reverencia y pronunciar el nombre de nuestra especie. No esperan que los neochimps sean unos genios ¿sabes?

—Al parecer no. Y tu capacidad de comprensión reforzará aún más esa idea.

Aquello le hizo fruncir el ceño momentáneamente. Pero de nuevo inició una sonrisa.

—Tú, en cambio, te estás esforzando todo lo que puedes. Estoy seguro de que a los ETs les va a parecer encantador.

*Touché*, pensó Gaillet. No les había llevado demasiado tiempo a ambos aprender a pincharse donde más podía dolerles.

*Tal vez esto sea otra prueba. Quieren ver hasta dónde llega mi paciencia antes de*

*que explote.*

Tal vez... pero no muy probable. Hacía más de una semana que no veía al Suzerano de la Idoneidad. Había tratado, en cambio, con un comité de tres *gubru* teñidos, cada uno con el color de una de las facciones. Y era el soldado de Garra teñido de azul el que más se pavoneaba en aquellos encuentros.

El día anterior habían ido todos al montículo ceremonial para un «ensayo». Aunque todavía no había decidido si cooperaría en el acontecimiento final, Gaillet comprendió que tal vez era demasiado tarde para cambiar de opinión.

La parte de la colina que limitaba con el mar había sido decorada y modificada con jardines para que las enormes plantas de energía no fuesen visibles. Las distintas terrazas se sucedían elegantemente hacia arriba, una tras otra, sin más mancha que los fragmentos arrastrados por los constantes vientos otoñales. En las terrazas orientales ondeaban ya brillantes estandartes indicando los lugares donde los representantes de los neochimps debían recitar, o contestar preguntas, o someterse a un minucioso escrutinio.

Allí, *in situ*, con los *gubru* en las proximidades, Puño de Hierro había guardado las apariencias como un estudiante modelo. Y quizá por algo más importante que congraciarse con ellos, puesto que aquello podía incidir directamente en sus ambiciones. En esta ocasión, su rápida inteligencia había brillado.

Pero luego, una vez juntos y solos nuevamente bajo la amplia bóveda de la Nueva Biblioteca, habían salido al exterior otros aspectos de su naturaleza.

—¿Qué te parece? —dijo Puño de Hierro inclinándose sobre la chima y mirándola de un modo lujurioso—. ¿No quieres salir fuera a tomar el aire? Podemos meternos en el bosquecillo de eucaliptos y...

—Ni lo sueñes —le espetó ella.

—Bueno —rió—. Dejémoslo hasta el día de la ceremonia, si te gusta tener público. Entonces seremos tú y yo, muñeca, y las Cinco Galaxias observando.

Sonrió y flexionó sus poderosas manos. Los nudillos crujieron.

Gaillet le dio la espalda y cerró los ojos. Tenía que concentrarse para impedir que le temblase el labio inferior. *Rescátame*, deseó contra toda razón o esperanza.

La lógica le reñía incluso por pensar en ello. Después de todo, su caballero blanco era sólo un simio, y lo más probable era que hubiese muerto.

Sin embargo, no pudo evitar un grito interior. *Fiben, te necesito. Vuelve, Fiben.*

## ROBERT

Su sangre cantaba.

Tras meses en las montañas, viviendo de su propio ingenio y sudor tal como sus ancestros, con la piel curtida por el sol y por el roce punzante de las plantas nativas, Robert no se había dado cuenta de los cambios operados en él hasta que subió lleno de orgullo los últimos metros del estrecho y pedregoso camino y cruzó en diez largas zancadas de una vertiente a la otra.

*La cima del paso Riwanda... He ascendido mil metros en dos horas y mi corazón apenas late más deprisa.*

No sentía ninguna necesidad de descansar, pero, no obstante, se obligó a disminuir el ritmo hasta convertirlo en un paseo. Además, aquella vista merecía la pena contemplarse con un poco de calma.

Permaneció inmóvil en el mismo centro de la cordillera de Mulun. A sus espaldas, hacia el norte, las montañas se alejaban en dirección este formando una gruesa faja, y en dirección oeste, hacia el mar, donde resurgían en un archipiélago de fértiles e imponentes islas.

Había tardado un día y medio, corriendo, en llegar allí desde las cuevas, y ahora veía ante sí el terreno que aún le faltaba recorrer para llegar a su destino.

*Ni siquiera estoy seguro de que encontraré lo que busco.* Las instrucciones de Athaclena habían sido tan vagas como sus propias impresiones acerca de hacia dónde enviarlo.

Ante él se extendían más montañas que descendían, de una en una, hacia una estepa grisácea, parcialmente oculta por la bruma. Antes de llegar a esos llanos tendría que subir y bajar todavía más por estrechos caminos que apenas habían sido pisados, ni aun en tiempos de paz. Él era, a buen seguro, el primero que tomaba aquella dirección desde el inicio de la guerra.

Pero lo peor ya había pasado. No le gustaba correr montaña abajo, pero sabía cómo avanzar dando saltos sin que las rodillas se resintiesen. Y abajo pronto encontraría agua.

Agitó su cantimplora de cuero y tomó un pequeño trago. Sólo quedaban unos pocos decilitros, aunque estaba seguro de que le bastarían.

Se protegió los ojos con la mano para mirar más allá de los picos de color púrpura, hacia las altas y empinadas colinas donde tendría que acampar aquella noche. Encontraría arroyos, pero no exuberantes junglas tropicales como en la húmeda vertiente norte de la cordillera de Mulun. Y tendría que pensar también en cazar algo para comer antes de adentrarse en la seca sabana.



*Los guerreros apaches podían recorrer desde Taos al Pacífico en pocos días y no comían más que un puñado de trigo tostado durante todo el camino.*

Él, por supuesto, no era un guerrero apache. No llevaba consigo más que unos cuantos gramos de concentrado de vitaminas pues, para lograr una buena velocidad de marcha, había decidido viajar con poco equipaje. En aquel momento, la rapidez tenía más importancia que los gruñidos de su estómago.

Un reciente corrimiento de tierra había bloqueado el camino y se vio obligado a desviarse ligeramente. Luego apretó un poco más el paso mientras el sendero descendía en cerrados zigzags.

Esa noche, Robert durmió en un desfiladero cubierto de musgo, cerca de una goteante fuente y envuelto en una delgada sábana de seda. Sus sueños fueron tan tranquilos como él imaginaba que debía de ser el espacio si uno conseguía mantenerse alejado del constante zumbido de las máquinas.

Fue en especial la quietud en la red de empatía, después de los meses de alboroto de la jungla tropical, la que dotó a su sueño de una amable soledad. En unas tierras vacías como aquéllas, uno podía captar a más distancia, incluso con unos sentidos tan rudimentarios como los suyos.

Y, por primera vez, no existía el indicio áspero y casi metálico, metafóricamente hablando, de las mentes alienígenas que normalmente se captaban hacia el noroeste. Estaba protegido de los *gubru*, y también de los humanos y los chimps. La soledad era una sensación extraña.

Tal sensación de extrañeza no desapareció con la luz del alba. Llenó la cantimplora en la fuente y bebió en abundancia para engañar un poco el hambre. Entonces empezó de nuevo la carrera.

En aquella empinada colina el descenso era fatigante, pero los kilómetros pasaban deprisa. Antes de que el sol recorriera la mitad de su camino hacia el cenit, apareció la alta estepa. Corrió atravesando sinuosas colinas, dejando los kilómetros a su espalda como ideas apenas pensadas y rápidamente olvidadas. Mientras corría, Robert sondeó el paisaje. En seguida tuvo la certeza de que en aquella extensión había entidades extrañas, en algún lugar más allá de las hierbas altas, o entre ellas.

*¡Si la captación fuese un sentido más localizador!* Tal vez había sido esa misma imprecisión lo que había evitado que los humanos desarrollasen sus toscas habilidades.

*En cambio, nos hemos dedicado a otras cosas.*

Había un juego que practicaban con frecuencia tanto los humanos como los galácticos que sentían un cierto interés por el asunto. Consistía en tratar de reconstruir a los legendarios «tutores perdidos de la Humanidad», los casi míticos viajeros del espacio que habían sido los supuestos iniciadores de la Elevación de los seres humanos hacía tal vez, unos cincuenta mil años, y que luego desaparecieron

misteriosamente con el trabajo «a medio hacer». Había, por supuesto, unos cuantos intrépidos herejes, incluso entre los galácticos, que sostenían que las viejas teorías de los terrestres eran ciertas, que era en cierto modo posible para una raza elevarse por sí sola, desarrollar una inteligencia astronáutica y, mediante el propio esfuerzo, salir de la oscuridad y avanzar hacia el conocimiento y la madurez.

Pero, incluso en la Tierra, la mayoría consideraba que era una teoría pintoresca. Los tutores elevaban pupilos, y éstos asumían más tarde el papel de tutores y elevaban a nuevas especies presapientes. Ése era el sistema y había sido siempre así desde los días de los Progenitores, hacía mucho, mucho tiempo.

Había una real carencia de indicios. Fueran quienes fuesen los tutores del hombre, habían ocultado muy bien su rastro y por un motivo muy evidente: una raza tutora que abandonaba a sus pupilos resultaba por lo general proscrita.

No obstante, el juego de las adivinanzas continuaba.

Ciertos clanes tutores quedaban descartados porque nunca hubieran elegido una especie omnívora para elevarla. Otros no eran apropiados para vivir en la Tierra, ni siquiera para visitarla por un tiempo breve, debido a la gravedad, la atmósfera o un sinfín de razones más.

Muchos admitían que no podía tratarse tampoco de un clan que creyera en la especialización. Algunos clanes elevaban a sus pupilos con finalidades muy concretas en sus mentes. El Instituto de Elevación exigía que toda nueva raza sapiente pudiera pilotar naves espaciales, ejercitar el razonamiento y la lógica y llegar a ser capaz de alcanzar algún día, a su vez, la condición de raza tutora. Pero aparte de eso, el Instituto ponía pocas limitaciones a los tipos de cometidos para los que podía prepararse a las especies pupilas. Algunas eran destinadas a convertirse en hábiles artesanas, otras en filósofas y otras en poderosos clanes guerreros.

Pero los misteriosos tutores de la Humanidad tenían que haber sido generalistas, ya que el hombre, el animal, era una bestia muy flexible.

Sí, y a pesar de la manifiesta flexibilidad de los *tymbrimi*, había cosas que ni siquiera esos maestros de la adaptabilidad podían soñar hacer.

*Como ésta*, pensó Robert.

Una bandada de pájaros nativos irrumpió en el aire batiendo las alas mientras Robert corría sobre los terrenos que utilizaban para procurarse alimentos. Unos seres pequeños y espantadizos oyeron el ruido que hacía al acercarse y se pusieron a cubierto.

Una manada de animales, de patas largas y rápidas, parecidos a pequeños venados, salieron corriendo ante él, aumentando la distancia que los separaba sin esfuerzo. Como corrían hacia el sur, en su misma dirección, decidió seguirlos. Pronto se acercó al lugar donde se habían detenido a comer.

Una vez más salieron huyendo, volvieron a aventajarlo y pararon a comer de

nuevo.

El sol estaba ya alto y era la hora del día en que los animales del llano, tanto los cazadores como sus presas solían buscar dónde guarecerse del calor. Cuando no había árboles, excavaban en el suelo cerca de los arroyuelos para encontrar capas más frescas, y se tumbaban en la escasa sombra existente a la espera de que declinara el ardiente sol.

Pero aquel día, una de las criaturas no se detuvo: siguió acercándose. Los pseudovenados parpadearon consternados al ver que Robert se aproximaba una vez más. Tras esto, pusieron un poco más de distancia entre ellos y el muchacho. Se detuvieron en lo alto de una pequeña loma, jadeando y con un hambre terrible.

¡La cosa de dos piernas seguía acercándose!

Una inusitada excitación se extendió por la manada, la premonición de que aquello podía ir en serio.

Todavía jadeando, huyeron una vez más.

El sudor brillaba como aceite sobre la aceitunada piel de Robert. Centelleaba bajo los rayos del sol, temblando en pequeñas gotas que a veces se desprendían debido a su carrera.

Pero en su mayor parte, el sudor se extendía por su cuerpo y cubría su piel, evaporándose con el roce del viento que generaba su propio paso. Una seca brisa del sudeste le ayudaba a cambiar de estado y convertirse en vapor. Robert mantuvo un paso firme y uniforme, sin intentar competir con los pseudovenados. De vez en cuando se detenía, tomaba pequeños sorbos de su cantimplora y reemprendía la persecución.

Llevaba el arco sujeto a la espalda. Pero, por alguna razón, ni siquiera pensó en utilizarlo. Corría y corría bajo el sol, que se hallaba en su punto más alto. *Sólo los perros locos y los ingleses...*, pensó.

*Y los apaches... y bantúes... y tantos otros...*

Los humanos estaban acostumbrados a pensar que era su cerebro lo que los hacía tan distintos de los otros miembros del reino animal de la Tierra. Y era cierto que las herramientas, el fuego y el lenguaje los habían convertido en los señores de su planeta, mucho antes de haber oído hablar de ecología o del deber de las especies de más rango de preocuparse por aquellas menos dotadas de entendimiento. Durante esos oscuros milenios, hombres y mujeres inteligentes, aunque ignorantes, habían utilizado el fuego para hacer que se despeñaran manadas enteras de osos o mamuts, causando la muerte de cientos de ellos por la carne de uno o dos. Mataron a millones de pájaros para que sus mujeres se adornasen con las plumas. Cortaron bosques enteros para cultivar opio. Sí, la inteligencia en manos de niños ignorantes era un arma peligrosa. Pero Robert sabía un secreto.

*En realidad no necesitamos todos esos talentos para gobernar nuestro mundo.*

Se aproximó de nuevo a la manada y, aunque el hambre lo acuciaba, se detuvo a contemplar la belleza de las criaturas nativas. No había duda de que en cada generación aumentaba su tamaño. Ya eran mucho mayores que sus ancestros de la época en que los *bururalli* habían exterminado a todos los grandes ungulados que solían habitar en aquellos llanos. Algún día llegarían a ocupar el vacío ecológico reinante. Ya ahora eran mucho más veloces que un hombre.

La velocidad era una cosa, pero la resistencia otra totalmente distinta. Cuando se volvieron para alejarse de él otra vez, Robert vio que algunos de los miembros de la manada empezaban a parecer algo asustados. Los pseudovenados tenían ahora salpicaduras de espuma alrededor de la boca, llevaban la lengua fuera y sus cajas torácicas se movían a un ritmo muy rápido.

El sol abrasaba. La transpiración cubría su cuerpo con una fina película y lo refrescaba al evaporarse. Robert controló su paso.

*Las herramientas, el juego y el lenguaje nos dieron ciertas ventajas. Nos dieron lo que necesitábamos para iniciar una cultura. Pero ¿eran lo único que teníamos?*

Una canción había empezado a sonar detrás de sus ojos, en la red de pequeñas cavidades, en el suave fluido que humedecía su cerebro para defenderlo de su dura y acelerada marcha. Los latidos de su corazón le acompañaban como el auténtico ritmo de un contrabajo. Los tendones de sus piernas eran como tensos y zumbadores arcos, como las cuerdas de un violín.

Ahora podía oler a los venados, y su hambre acentuaba aquella atávica emoción. Se identificaba con su presunta presa. De un modo extraño, Robert experimentaba una plenitud que nunca antes había sentido. Estaba vivo. Apenas se dio cuenta de que se aproximaba a unos venados que habían caído. Las madres y sus crías parpadearon sorprendidas al verlo pasar junto a ellas sin siquiera mirarlas. Robert había localizado su objetivo y proyectó un sencillo glifo para decirles a los demás que se relajasen y se apartasen mientras él cazaba un gran macho que corría al frente de la manada.

*Tu eres el que busco, pensó. Has vivido bien y has transmitido tus genes. Tu especie ya no te necesita tanto como yo.*

Tal vez sus ancestros utilizaban el sentido de empatía más que el hombre moderno. Ahora entendía su función. Pudo captar el creciente terror del macho mientras sus compañeros, uno a uno, se apartaban hacia un lado. El macho se lanzó a una desenfrenada carrera, saltando hacia adelante. Pero al cabo de un rato tuvo que detenerse a descansar. Jadeaba terriblemente, tratando de tomar aliento, con los flancos palpitantes al ver acercarse a Robert.

Con la boca cubierta de espuma, se volvió para seguir huyendo.

Ahora la cuestión estaba entre ellos dos.

Gimelhai abrasaba. Robert lo siguió.

Un instante después, mientras seguía corriendo, se llevó la mano al cinturón para

desenfundar su cuchillo.

Escogió aquella arma con cierta repugnancia. Lo que lo decidió a usarla, en lugar de emplear las manos, fue la empatía con su presa y un sentimiento de piedad.

Unas horas más tarde, cuando su estómago ya no gruñía de hambre, tuvo el primer atisbo de una pista.

Había empezado a dirigirse hacia el sudoeste, en la dirección que Athaclena esperaba que lo llevase a su objetivo.

Mientras el día se aproximaba a su fin, Robert se protegió los ojos contra el sol de última hora de la tarde. Luego los cerró y exploró con sus otros sentidos.

Sí, algo estaba lo bastante cerca para ser captado. Si pensaba en ello metafóricamente, era como si le llegase un aroma familiar.

Siguió adelante a buen paso, siguiendo huellas que iban y venían, a veces tranquilas y sensibles, a veces tan salvajes como el venado que acababa de morir para que viviera Robert.

Cuando las huellas se hicieron más frecuentes, Robert se encontró ante un vasto soto lleno de feos matorrales espinosos. Pronto se pondría el sol y le sería imposible perseguir al ser que emitía tales vibraciones en aquella espesa y dañosa maleza. Por otro lado, no quería «cazar» a esa criatura, sólo hablar con ella.

Estaba seguro de que el ser ya se había dado cuenta de su presencia. Robert hizo un alto. Cerró los ojos y proyectó un sencillo glifo que se movió a izquierda y a derecha y luego se precipitó entre las matas. Oyó movimientos.

Cuando abrió los ojos vio dos estanques oscuros y brillantes que parpadeaban ante él.

—Muy bien —dijo con suavidad—. Sal, por favor, es mejor que hablemos.

Hubo otro momento de indecisión. Entonces apareció, arrastrando los pies, un chimp de largos brazos, más peludo de lo normal, con espesas cejas y una ancha mandíbula. Iba sucio y totalmente desnudo.

Tenía varias manchas que Robert atribuyó a sangre coagulada, y no precisamente proveniente de sus pequeños rasguños. *Bueno, después de todo, somos primos. Y los vegetarianos no sobreviven mucho tiempo en las estepas.*

Al notar que el peludo chimp no quería mirarle a los ojos, Robert no insistió.

—Hola, Jo-jo —le dijo suavemente, con verdadera dulzura—. He recorrido un largo camino para traer un mensaje para tu jefe.

## ATHACLENA

La jaula estaba construida con gruesos tablones de madera unidos con alambre. Colgaba de un árbol en un resguardado valle, en la vertiente de sotavento de un humeante volcán. Los cables que la sujetaban en su sitio temblaban bajo ocasionales ráfagas de viento y hacían que la jaula se moviera.

Su ocupante, desnudo, sin afeitar y con auténtico aspecto de lobezno, miraba a Athaclena con una expresión que hubiera quemado incluso sin la aversión que irradiaba. Athaclena sintió que el pequeño claro del valle estaba saturado del odio del hombre. Había planeado que su visita fuera lo más corta posible.

—Pensé que le gustaría saber que el Triunvirato *gubru* ha decretado una tregua de protocolo bajo las Normas de Guerra —le dijo al mayor Prathachulthorn—. El monte ceremonial es ahora sacrosanto y ninguna fuerza armada de Garth puede actuar, excepto en autodefensa, mientras dure dicha tregua.

—Si hubiéramos atacado cuando yo lo planeé, no se hubiera producido esta tregua. —Prathachulthorn escupió entre los barrotes.

—Me parece dudoso. Ni siquiera los planes mejor trazados se ejecutan siempre a la perfección. Y si nos hubiéramos visto obligados a suspender la misión en el último momento, habríamos revelado todos nuestros secretos a cambio de nada.

—Ésa es tu opinión —bufó Prathachulthorn.

—Pero ése no es el único motivo ni el más importante —Athaclena sacudió la cabeza. Estaba cansada de explicar inútilmente los matices del puntillo galáctico al oficial de los terrestres, pero encontró fuerzas para hacerlo una vez más—. Ya se lo he dicho antes, mayor. Es sabido que las guerras traen consigo ciclos de lo que ustedes, los humanos, llaman «devolver la pelota», cuando uno de los bandos castiga al otro por su último insulto y el otro bando a su vez toma represalias. Si eso no se limita, puede convertirse en una escalada que dure siempre. Desde las épocas de los Progenitores se han establecido unas normas para evitar que esos intercambios crezcan fuera de toda proporción.

—¡Demonios, admites que nuestra incursión habría sido legal si la hubiéramos hecho a tiempo! —renegó Prathachulthorn.

—Legal quizá sí —asintió ella—. Pero también habría servido a los propósitos del enemigo, porque hubiera sido la última acción antes de la tregua.

—¿Y qué diferencia hay?

—Los *gubru* —intentó explicar ella con paciencia— han declarado la tregua mientras todavía ostentan una posición de dominio. Eso está considerado como algo honorable. Se puede decir que «ganan puntos» al hacerlo. Pero su ganancia se

multiplica si lo hacen inmediatamente después de ser golpeados. Si se controlan y no toman represalias, los *gubru* muestran una actitud de indulgencia y eso les hace ganar la confianza de...

—¡Ja! —rió Prathachulthorn—. ¿Y de qué les serviría con todo el monte ceremonial en ruinas?

Athaclena inclinó la cabeza. No tenía tiempo de discutir. Si se quedaba allí demasiado rato, la teniente McCue podría sospechar que su comandante estaba escondido en ese lugar. Los infantes de marina habían peinado ya varios posibles lugares escondite.

—Eso daría como resultado que la Tierra tuviera que financiar un nuevo enclave ceremonial.

—Pero... pero ¡si estamos en guerra! —Prathachulthorn la miraba con fijeza.

—Exactamente —asintió ella interpretando mal sus palabras—. No se puede permitir una guerra sin reglamento, sin que los poderosos clanes neutrales vigilen esa regulación. La alternativa sería la barbarie —la mirada amarga del hombre fue su única respuesta—. Además, la destrucción del enclave hubiera significado que los humanos no quieren que sus pupilos sean examinados y juzgados para posteriores promociones. Pero ahora son los *gubru* los que deben rendir honor a esta regla. El clan de los humanos ha ganado una superioridad parcial por ser la parte agraviada, no vengada. Esta brizna de idoneidad puede convertirse en algo crucial en los días por venir.

Prathachulthorn frunció el ceño. Durante unos instantes pareció concentrarse, como si un hilo de la lógica de la muchacha quedase fuera de su alcance. Athaclena vio que su atención brillaba tenuemente mientras lo intentaba, para desaparecer luego. El mayor hizo una mueca y escupió otra vez.

—Vaya montón de disparates. Muéstrame pájaros muertos. Ésa es la única moneda que soy capaz de contar. Amontónalos hasta que lleguen a la altura de esta jaula, señorita hija del embajador, y tal vez, sólo tal vez, te deje seguir con vida cuando por fin salga de aquí.

Athaclena se estremeció. Sabía lo inútil que resultaba mantener prisionero a un hombre como aquél.

Tendría que haberlo drogado. O tendría que haberlo matado. Pero ella no podía decidirse a hacer ninguna de ambas cosas, y menos aún a perjudicar más el destino de los chimps comprometiéndolos en tales delitos.

—Que tenga un buen día, mayor —se volvió dispuesta a marcharse.

Él no gritó al ver que se alejaba. En cierto modo, la parsimoniosa manera con que había formulado sus amenazas las hacían mucho más creíbles y peligrosas.

Ella tomó un camino escondido que salía del valle secreto por la ladera de la montaña y pasó junto a manantiales calientes que silbaban y humeaban de un modo

intermitente. En la cima, Athaclena tuvo que replegar su corona para que no la golpearan los vientos otoñales. El cielo mostraba algunas nubes, pero el aire estaba lleno de bruma debido al polvo que llegaba de los distantes desiertos.

Colgada de la rama de un árbol encontró una de las vainas de esporas en forma de paracaídas, llevada seguramente por el viento desde algún campo de hiedra en placas. La dispersión otoñal ya estaba en marcha. Por fortuna había empezado hacía dos días, antes de que los *gubru* anunciaran la tregua. Ese hecho podía llegar a ser muy importante.

Era un día extraño, mucho más que cualquier otro desde la noche de los terribles sueños, poco antes de que ascendiera a la montaña para enfrentarse con el cruel legado de sus padres.

*Tal vez los gubru están probando de nuevo su derivación hiperespacial.*

Había sabido que el ataque de sueños de aquella fatídica noche había coincidido con las primeras pruebas de la nueva instalación de los invasores. Sus experimentos habían provocado la expansión de oleadas de probabilidad incontrolada en todas direcciones, y los psíquicamente sensibles habían experimentado extrañas combinaciones de terror mortal e hilaridad.

Ese tipo de error no parecía propio de los siempre meticulosos *gubru*, y podía ser, en cambio, la confirmación del informe de Fiben Bolger acerca de los serios problemas de liderazgo en el enemigo.

¿Había sido ésa la causa de que *tutsunucann* cayera aquella noche de una forma tan repentina y violenta?

¿Había sido toda esa energía suelta la responsable del terrorífico poder de su relación *s'ustru'thoon* con Uthacalthing?

¿Podía aquello y las siguientes pruebas de esos grandes motores explicar por qué los gorilas habían empezado a comportarse de un modo tan extraño?

De lo único que Athaclena estaba segura era de que se sentía nerviosa y asustada. *Pronto, pensó. Pronto llegará el clímax.*

Había recorrido ya la mitad del camino de descenso hacia su tienda cuando un par de chimps sin aliento surgieron de la jungla y se dirigieron a toda prisa montaña arriba hacia ella.

—Señorita..., señorita —jadeaba uno de ellos. El otro permanecía a su lado resollando audiblemente.

La lectura inicial de su pánico le provocó una afluencia hormonal, que sólo decreció ligeramente cuando sondeó el miedo de los chimps y captó que no era debido a un ataque enemigo. Era otra cosa lo que los aterrorizaba y parecía haberles hecho perder el juicio.

—Señorita Ath-Athaclena —dijo el primer chimp con voz entrecortada—. Tiene que venir en seguida.



—¿Por qué, Petri? ¿Qué ocurre?

—Los 'rilas —tragó saliva—. ¡No podemos controlarlos!

*Con que era eso*, pensó. Hacía más de una semana que la grave y átona música de los gorilas estaba causando ataques de nervios a sus vigilantes chimps.

—¿Qué hacen?

—¡Se marchan! —gimió el segundo mensajero.

—¿Qué has dicho? —Athaclena estaba asombrada.

—Se van —los ojos castaños de Petri estaban llenos de estupefacción—. ¡Se han levantado y se han ido! ¡Van hacia el Sind y no parece haber nada capaz de detenerlos!

## UTHACALTHING

Su avance hacia las montañas se había hecho considerablemente más lento en los últimos días. Kault dedicaba casi todo su tiempo a trabajar con sus improvisados instrumentos... y a discutir con su compañero *tymbrimi*.

*Con qué rapidez cambian las cosas*, pensó Uthacalthing. Se había esforzado mucho para inducir en Kault aquella fiebre de sospechas y excitación. Y ahora descubría que añoraba su anterior y apacible camaradería, los largos y perezosos días de charlas, recuerdos y exilio común, por más frustrante que entonces pareciese.

Eso había sido, por supuesto, cuando Uthacalthing estaba entero, cuando era capaz de observar el mundo con ojos de *tymbrimi* y a través del suavizante velo del capricho.

¿Y ahora? Uthacalthing sabía que otros individuos de su raza lo habían considerado serio y duro. Ahora, en cambio, lo considerarían incapacitado. Quizá sería mejor morir.

*Me ha sido arrebatado mucho*, pensó mientras Kault murmuraba entre dientes en un rincón de su refugio.

Fuera soplaban fuertes ráfagas de viento entre la vegetación de la estepa. La luna iluminaba unas largas crestas de colinas que parecían perezosas olas del océano, bloqueadas por una violenta tormenta.

*¿Tenía ella que despojarme de tanto?*, se preguntó sin ser realmente capaz de sentirlo o preocuparse demasiado.

Athaclena, desde luego, apenas sabía lo que hacía cuando aquella noche decidió que necesitaba invocar la promesa que sus padres habían hecho. *S'ustru'thoon* no era una cosa para la que alguien pudiera entrenarse. Un recurso tan drástico y que se usaba tan raramente no podía ser bien descrito por la ciencia. Y, por su propia naturaleza, *s'ustru'thoon* era algo que uno sólo podía hacer una vez en la vida.

Además, ahora que lo consideraba retrospectivamente, recordó algo que en su momento no había notado.

Fue una noche de gran tensión. En las horas anteriores había sentido unas perturbadoras oleadas de energía, como si unos semiglifos fantasmagóricos de gran poder vibraran contra las montañas. Quizás eso explicara por qué la llamada de su hija había tenido tanta fuerza. Había utilizado alguna fuente de energía externa.

Y recordó algo más. En la tormenta *s'ustru'thoon* que Athaclena había desencadenado, no todo lo que le había sido arrebatado había ido a parar a ella.

Era extraño que no lo hubiese pensado antes; pero ahora, Uthacalthing recordaba que algunas de aquellas esencias habían volado más allá de ella. Aunque no podía ni

imaginar dónde habían ido. Tal vez al origen de esas energías que había notado antes. Tal vez...

Uthacalthing estaba demasiado cansado para encontrar teorías racionales. *¿Quién sabe? Tal vez esas energías fueron a parar a los «garthianos».*

¡Qué chiste tan malo! No merecía siquiera una leve sonrisa. Y sin embargo, la ironía resultaba alentadora. Demostraba que no lo había perdido todo.

—Ahora ya estoy seguro de ello, Uthacalthing —la voz de Kault era grave y confiada mientras se volvía para dirigirse a él. Dejó a un lado el instrumento que había construido con viejos objetos recuperados de la colisión.

—¿Seguro de qué, colega?

—Seguro de que nuestras sospechas individuales se concentran en un hecho probable. Mire esto. Los datos que usted me mostró, sus investigaciones privadas con respecto a esas criaturas «*garthianas*», me han permitido sincronizar mi receptor, y ahora estoy seguro de haber encontrado la resonancia que andaba buscando.

—¿La ha encontrado? —Uthacalthing no sabía qué pensar de ello. Nunca había creído que Kault pudiera encontrar una auténtica confirmación de esas míticas bestias.

—Sé lo que le preocupa, amigo mío —dijo Kault alzando una de sus macizas y correosas manos—. El miedo de que mis experimentos hagan caer sobre nosotros la atención de los *gubru*. Pero tranquilícese. Estoy usando una banda muy estrecha y reflejando mi rayo en la luna más cercana. Es muy poco probable que lleguen a localizar la fuente de mi pequeña e insignificante sonda.

—Pero... —Uthacalthing sacudió la cabeza—. ¿Qué es lo que busca?

—Un cierto tipo de resonancia cerebral —las ranuras respiratorias de Kault se inflaron—. Es algo bastante técnico. Tiene relación con unas frases que leí en sus cintas sobre las criaturas *garthianas*. Esos pequeños datos que usted tenía parecían indicar que esos seres presapientes podían tener cerebros no muy distintos de los de los terrestres o los *tymbrimi*.

Uthacalthing estaba asombrado de ver cómo Kault había utilizado sus datos falsos con tanta celeridad y entusiasmo. Su antiguo yo hubiera estado encantado.

—¿Y entonces? —preguntó.

—Entonces... déjeme ver si puedo explicarlo con un ejemplo. Tome a los humanos...

—Por favor —intercaló Uthacalthing sin mucho entusiasmo, más bien llevado por la fuerza de la costumbre.

—... los terrestres representan uno de los muchos caminos que podemos tomar para llegar finalmente a la inteligencia. La suya implicaba la utilización de dos cerebros que más tarde se convirtieron en uno.

Uthacalthing parpadeó. Su mente trabajaba tan despacio...

—¿Se... se refiere al hecho de que sus cerebros tienen dos hemisferios parcialmente independientes?

—Claro. Y si bien esas mitades son similares y redundantes en ciertos sentidos, en otros se reparten el trabajo. Esta división es mucho más pronunciada en sus pupilos neodelfines.

»Antes de que llegasen los *gubru*, estaba estudiando datos sobre los neochimpancés, quienes, en muchos aspectos, son similares a sus tutores. Una de las cosas que tuvieron que hacer los humanos, al principio de su programa de Elevación, fue encontrar la forma de unir las funciones de las dos mitades del cerebro de los chimpancés presapientes dentro de sus conciencias. Hasta que eso se consiguió los neochimpancés sufrían un estado llamado «bicameralidad»...

Kault siguió hablando monótonamente en una jerga cada vez más técnica que dejaba a Uthacalthing muy atrás. Los secretos del funcionamiento cerebral parecían llenar el refugio como si se tratase de un humo denso.

Uthacalthing se sintió casi tentado a formar un glifo para expresar su propio aburrimiento, pero carecía de la energía necesaria incluso para mover sus zarcillos.

—... así pues, la resonancia parece indicar que realmente hay mentes bicamerales, dentro del radio de alcance de mi instrumento.

Ah, sí, pensó Uthacalthing. En Puerto Helenia, cuando él era aún un inteligente organizador de complejos planes, ya había sospechado que Kault podía resultar un ser de recursos. Por tal razón había elegido como cómplice a un chimp regresivo. Probablemente, Kault estaba captando indicios del pobre Jo-Jo, cuyo cerebro atávico era en muchos aspectos similar al de los chimpancés no elevados de varios siglos atrás. Sin duda, Jo-Jo conservaba algo de esa «bicameralidad» de la que Kault hablaba.

—Estoy, por tanto, convencido, gracias a sus datos y a los míos, de que no hemos de esperar más —concluyó Kault—. Tenemos que dar con algún aparato que nos permita enviar mensajes interestelares.

—¿Y cómo espera conseguirlo? —preguntó Uthacalthing con algo de curiosidad.

—Tal vez podamos entrar a hurtadillas, con engaños o por la fuerza, en la sucursal de la Biblioteca Planetaria, pedir asilo y luego invocar prioridad en nombre de los cincuenta soles de Thenan —las ranuras respiratorias de Kault latían en una evidente y extraña excitación—. O tal vez haya otro modo. No me importa si eso significa que tenemos que robar una nave de guerra *gubru*. ¡Sea como sea, tengo que hacer llegar las noticias a mi clan!

¿Era ésta la misma criatura que había estado tan ansiosa por salir de Puerto Helenia antes de que llegasen los invasores? Kault parecía tan cambiado por fuera como Uthacalthing se sentía por dentro. El entusiasmo del *thenanio* era una llama ardiente, mientras que Uthacalthing tenía que avivar el suyo con mucho esfuerzo.

—¿Desea reivindicar el derecho sobre los presensitivos antes de que los *gubru* lo hagan? —le preguntó.

—Claro, ¿por qué no? Para salvarlos de tan horribles tutores daría incluso mi vida. Pero nos tenemos que dar mucha prisa. Si es verdad lo que he oído en nuestro receptor, los emisarios del Instituto ya están en camino hacia Garth. Creo que los *gubru* planean algo grande. Quizás hayan hecho el mismo descubrimiento. Tenemos que actuar en seguida si no queremos que sea demasiado tarde.

—Una pregunta más, distinguido colega —dijo Uthacalthing—. ¿Por qué debo ayudarle?

Kault dejó escapar un suspiro como un balón pinchado mientras que el borde de su cresta se desplomaba de repente. Miró a Uthacalthing con una expresión tan emocionada como ningún *tymbrimi* había visto nunca en el rostro de un *thenanio*.

—Sería un gran beneficio para los presensitivos —susurró—. Su destino sería mucho más feliz.

—Tal vez. Aunque es discutible. ¿Y eso es todo? ¿Confía sólo en mi altruismo?

—Err, hummm —Kault parecía ofendido de que necesitara hacer más preguntas. Pero ¿podía estar sorprendido? Después de todo, era un diplomático y comprendía que los tratos mejores y más firmes se basaban en el propio interés—. Para mi partido político sería... sería una gran ayuda que yo les ofreciera tal tesoro. Seguramente podríamos volver a gobernar —sugirió.

—Una ligera mejora sobre lo intolerable no basta para que yo me entusiasme —Uthacalthing sacudió la cabeza—. Todavía no me ha explicado por qué no debo reivindicar a los presensitivos para mi propio clan. Yo estuve investigando esos rumores antes que usted. Nosotros, los *tymbrimi*, seríamos unos excelentes tutores para esas criaturas.

—¡Ustedes! Ustedes son unos... *k'ph mimpher'rrengi* —la frase equivalía a algo así como «delincuentes juveniles». Fue casi bastante para hacer sonreír de nuevo a Uthacalthing. Kault se sentía incómodo. Hacía un visible esfuerzo para mantener la compostura diplomática—. Ustedes, los *tymbrimi*, no tienen la fuerza, el poder suficiente para reivindicar algo así —murmuró.

*Por fin*, pensó Uthacalthing. *Una verdad*.

En tiempos como aquéllos, en circunstancias tan confusas como aquéllas, se necesitaba algo más que la mera prioridad en la solicitud para conseguir los derechos de adopción sobre una raza presapiente. El Instituto de Elevación consideraría oficialmente otros muchos factores.

—Volvamos a la pregunta número uno —dijo Uthacalthing—. Si ni los *tymbrimi* ni los terrestres podemos adoptar a los *garthianos*, ¿por qué debo ayudarle a que lo hagan los *thenanios*?

Kault se balanceaba de un lado a otro como si intentara evitar el calor del asiento.

Su tristeza resultaba muy obvia, tanto como su desesperación.

—Puedo prácticamente garantizarle el cese de todas las hostilidades de mi clan contra el suyo —masculló al fin.

—No basta —se apresuró a decir Uthacalthing.

—¿Qué más puede pedirme? —explotó Kault.

—Una auténtica alianza. Una promesa de ayuda *thenania* contra los que están asediando Tymbrimi.

—Pero...

—Y la garantía ha de ser firmada. Por anticipado. Y ha de tener efecto tanto si esos presapientes suyos existen como si no.

—No puede esperar que... —balbuceó Kault.

—Claro que sí. ¿Por qué he de creer en esas criaturas «*garthianas*»? Para mí, sólo son rumores interesantes. Nunca le he dicho que creyese en ellos. Y, no obstante, quiere que arriesgue mi vida acompañándolo a enviar un mensaje. ¿Por qué debo hacerlo sin una garantía para mi pueblo?

—¡Esto... esto es inaudito!

—Sin embargo es mi precio. Tómelo o déjelo.

Durante un instante, Uthacalthing sintió la emocionante sospecha de que iba a presenciar algo inesperado.

Parecía como si Kault fuese a perder el control..., como si fuera a sufrir un ataque de violencia. Al ver aquellos enormes puños que se crispaban, Uthacalthing notó que su sangre se transformaba con las hormonas de cambio.

Una oleada de temor nervioso lo hizo sentirse más vivo de lo que se había sentido en los últimos días.

—Será... será como usted quiere —gruñó Kault al fin.

—Bien —Uthacalthing suspiró y se relajó. Sacó su ordenador—. Vamos a trabajar juntos en la redacción de este acuerdo.

Les costó más de una hora redactarlo. Cuando estuvo terminado, con la firma de ambos en cada una de las copias, Uthacalthing le dio a Kault una de las grabaciones y se quedó con la otra.

*Sorprendente*, pensó. Lo había planeado todo para que llegara ese día. Ésta era la segunda parte de su gran broma, finalmente lograda. Haber engañado a los *gubru* había sido maravilloso. Esto era sencillamente increíble.

Y, sin embargo, en aquellos momentos, Uthacalthing se sentía más aturdido que triunfante. No le atraía la ascensión que tenían por delante: una accidentada vereda hacia las empinadas cimas del macizo de Mulun, seguida de un desesperado intento que terminaría, sin duda, con la muerte de ambos.

—Usted sabe, Uthacalthing, que mi pueblo no aceptara este trato si resulta que yo estoy equivocado. Si los *garthianos* no existen, los *thenanios* me repudiarán.

Utilizarán todos los recursos diplomáticos para anular este contrato, y yo estaré acabado.

Uthacalthing no miró a Kault. Eso constituía otro motivo más para su sensación de deprimido distanciamiento. *Se supone que un gran bromista no ha de sentirse culpable*, se dijo. *Tal vez he pasado demasiado tiempo entre los humanos.*

El silencio se prolongó un rato más, mientras ambos seguían sumidos en sus propias meditaciones.

Naturalmente, Kault sería repudiado. Naturalmente, los *thenanios* no se dejarían arrastrar a formar una alianza, ni siquiera a firmar la paz con la entente Tierra-Tymbrimi. Lo único que siempre había deseado Uthacalthing era sembrar confusión entre sus enemigos. Si Kault conseguía, por algún milagro, enviar su mensaje y lograba que vinieran los ejércitos thenanios a este planeta distante, entonces los dos grandes enemigos de su pueblo estarían enfrentándose en una gran batalla que los arruinaría... Una batalla por la conquista de nada. De una especie que no existía. Por los fantasmas de unas criaturas asesinadas hacía cincuenta mil años.

*¡Qué broma tan maravillosa! Tendría que sentirme feliz. Emocionado.*

Con tristeza, reconoció que ni siquiera podía culpar al *s'ustru'thoon* de su incapacidad para disfrutar con aquello. No podía culpar a Athaclena por el sentimiento que lo embargaba, el sentimiento de que acababa de traicionar a un amigo.

*Oh, bueno*, se consoló Uthacalthing. *Seguramente todo esto es una entelequia. Para que Kault llegue a un lugar desde donde pueda enviar el mensaje, se necesitarán muchos milagros, cada uno más grande que el anterior.*

Todo parecía indicar que morirían inútilmente los dos juntos en el intento.

En su tristeza, Uthacalthing encontró la energía suficiente para extender un poco sus zarcillos. Formaron un sencillo glifo de pena al tiempo que volvía la mirada hacia Kault.

Éste estaba a punto de hablar cuando, de repente, sucedió algo inusitado. Uthacalthing sintió una presencia volar en la noche. Pero desapareció con la misma rapidez que había llegado.

*¿Lo he imaginado? ¿Estoy en completa decadencia?*

Pero regresó de nuevo. Ahogó un grito de sorpresa al captar cómo rodeaba la tienda en una espiral cada vez más estrecha, rozando finalmente los bordes de su repliegada aura. Alzó la vista, intentando distinguir lo que se arremolinaba tras su refugio.

*¿Qué estoy haciendo? ¿Tratando de ver un glifo?*

Cerró los ojos y dejó que la no-cosa se aproximase. Se abrió a la captación.

—*¡Puyr'itiirumbul!* —gritó.

—¿Qué pasa, amigo? —Kault se volvió bruscamente—. ¿Qué...?

Pero Uthacalthing se había puesto de pie y salía a la oscura noche como si un hilo tirase de él.

Mientras husmeaba y utilizaba todos sus sentidos para buscar en la tenebrosa oscuridad, percibió de pronto un olor transportado por la brisa.

—¿Quién anda ahí? —gritó Uthacalthing—. ¿Quién es?

Vislumbró dos figuras bajo la pálida luz de la luna.

¡*Entonces es cierto!*, pensó Uthacalthing. Un humano lo había buscado con su sentido de empatía, un sentido tan diestro que bien podría haber pertenecido a un joven *tymbrimi*.

Y ahí no se acabaron las sorpresas. Miró estupefacto al alto, bronceado y barbudo guerrero, que semejava el héroe de uno de esos bárbaros cuentos épicos terrestres anteriores al Contacto, y soltó un grito de asombro cuando, de pronto, reconoció a Robert Oneagle, el hijo *playboy* de la Coordinadora Planetaria.

—Buenas noches, señor —dijo Robert al tiempo que se detenía a unos metros de distancia y se inclinaba ante él. A poca distancia tras de Robert, el neochimpancé Jo-Jo se retorció las manos con nerviosismo. Aquello no concordaba con el plan original y temía enfrentarse a la mirada de Uthacalthing.

—¿*Vhooman'ph? ¡Idatess!* —exclamó Kault en galáctico-Seis—. Uthacalthing, ¿qué está haciendo aquí un humano?

Robert hizo una nueva reverencia. Con una cuidadosa pronunciación saludó formalmente a ambos, incluyendo el nombre completo de sus especies respectivas. Luego continuó en galáctico-Siete.

—Honorables caballeros, he recorrido un largo camino para invitarlos a una fiesta.



## FIBEN

—¡Tranquilo, Tyco, tranquilo!

El animal, normalmente plácido, daba sacudidas y tiraba de las riendas. Fiben, que nunca había sido un buen jinete, se vio obligado a desmontar a toda prisa y agarrar el ronزال del animal.

—Calma, relájate —lo tranquilizó—. Es sólo otra nave de transporte. Las hemos estado oyendo todo el día. Pronto se habrá ido.

Tal como le había prometido, el sonido chirriante se fue apagando apenas la nave pasó sobre ellos y desapareció tras unos árboles cercanos, en dirección a Puerto Helenia.

Muchas cosas habían cambiado desde que Fiben recorriera por primera vez aquel camino, pocas semanas después del inicio de la invasión. En aquel entonces, había seguido una concurrida carretera rodeada de primaverales tonos verdes. En esta ocasión, mientras cruzaba un valle que mostraba los primeros signos de un crudo invierno, sentía las ráfagas de viento a sus espaldas. La mitad de los árboles ya habían perdido sus hojas y éstas volaban arremolinadas por los senderos y praderas. Las huertas no tenían frutos y en los caminos vecinales no había tráfico.

Tráfico de superficie, por supuesto. En el cielo, la multitud de vehículos de transporte parecía incesante. Los gravíticos de los aparatos *gubru* le producían molestias en el sistema nervioso periférico. Las primeras veces, los pelos se le habían erizado, y no sólo por los campos vibrantes. Esperaba que le dieran el alto, que lo interrogaran o incluso que le disparasen a primera vista.

Pero los galácticos lo habían ignorado por completo, sin dignarse distinguir, al parecer, a un chimp solitario de otros que habían sido enviados a ayudar en las cosechas o de los especialistas que habían empezado a atender de nuevo unas cuantas estaciones ecológicas.

Fiben habló con algunos de estos últimos, muchos de los cuales eran viejos conocidos. Le explicaron que estaban en libertad bajo palabra y que iban a recibir una cierta subvención para continuar su trabajo. Pero con el invierno en puertas, no había mucho que hacer. Aunque, al menos, existía de nuevo un programa y los *gubru* parecían dispuestos a dejarlos en paz para que cumplieran con sus obligaciones.

De hecho, la preocupación de los invasores estaba en otro lugar. El centro real de la actividad galáctica parecía estar en la zona sur, cerca del cosmódromo.

*Y el monte ceremonial*, recordó Fiben. En realidad no sabía qué iba a hacer si, por una remota posibilidad, conseguía llegar a la ciudad. ¿Qué sucedería si se dirigía directamente a esa lúgubre mansión que había sido anteriormente su cárcel? ¿El

Suzerano de la Idoneidad volvería a recluirlo?

¿Lo aceptaría Gaillet?

¿Seguiría ella allí?

Pasó junto a varios chimps vestidos con embozadas capas, que recogían los rastrojos de un campo recién cosechado. No lo saludaron, ni él supuso que lo harían. La recolección de las espigas era un trabajo que normalmente hacían los marginales más pobres. Sin embargo, mientras caminaba con Tyco hacia Puerto Helenia notó sus miradas clavadas en él. Cuando el animal se hubo tranquilizado un poco, Fiben montó de nuevo en la silla y siguió el recorrido a lomos del caballo.

Había pensado entrar en Puerto Helenia tal como lo hiciera aquella noche, por la verja. Si había resultado bien la primera vez, ¿por qué no la segunda? Además no tenía ganas de encontrarse con los secuaces del Suzerano de Costes y Prevención.

Resultaba tentador. No obstante, aunque la primera vez había tenido suerte, intentarlo una segunda sería una estupidez.

De todas formas, cuando dobló un recodo y se encontró con un puesto de guardia *gubru*, la decisión ya estaba tomada sin que él hubiera intervenido en ello. Dos robots de batalla de complejo diseño giraron y lo enfocaron.

—Calma, muchachos —dijo más para su propia tranquilidad que para la de ellos. Si hubieran estado programados para disparar a primera vista, no habría tenido ocasión de verlos.

Frente al fortín había un vehículo flotador blindado, apoyado sobre una plataforma. Unos pies de tres dedos asomaban por debajo, y no se necesitaban grandes conocimientos de galáctico-Tres para darse cuenta de que los gorjeos expresaban frustración. Cuando los robots silbaron en señal de advertencia, se produjo un fuerte golpe bajo el vehículo, seguido de unos gritos de indignación.

En seguida surgieron de entre las sombras un par de picos curvados y unos ojos amarillos que lo observaban sin parpadear. Uno de los desmelenados *gubru* se frotó la rizada cresta de su cabeza.

Fiben apretó los labios para reprimir una sonrisa. Desmontó y se acercó hasta llegar a la altura del vehículo, para comprobar con sorpresa que ni los alienígenas ni las máquinas le dirigían la palabra.

Se detuvo ante los dos *gubru* y les hizo una reverencia.

Se miraron el uno al otro y empezaron a discutir, irritados. Uno de ellos dejó escapar lo que parecía un gemido de resignación. Dos soldados de Garra salieron de debajo del averiado vehículo y se pusieron de pie. Los dos le devolvieron una ligera aunque perceptible reverencia.

Se produjo un largo silencio.

Uno de los *gubru* soltó un leve suspiro y se sacudió el polvo de las plumas. El otro, simplemente, examinaba a Fiben. ¿*Y ahora qué?*, se preguntó. ¿Qué se suponía

que debía hacer? Le picaban los pies.

Se inclinó de nuevo ante ellos y luego, con la boca seca, retrocedió y tomó las riendas del caballo. Con fingida indiferencia, empezó a caminar hacia la oscura verja que rodeaba Puerto Helenia, ahora visible a un kilómetro de distancia.

Tyco relinchó, movió la cola y soltó una aromática crepitación.

*Tyco, por favor*, pensó Fiben. Cuando por fin llegó a un recodo del camino que lo ocultaba de la vista de los *gubru*, se sentó durante unos instantes mientras su cuerpo se estremecía.

—Bueno —murmuró al fin—. Me parece que lo de la tregua va en serio.

Después de aquello, el puesto de guardia en la puerta de la ciudad resultó casi decepcionante. Fiben se divirtió al conseguir que los soldados de Garra le devolviesen la reverencia. Recordó algo de lo que Gaillet le había enseñado sobre protocolo galáctico. Había sido vital conseguir ese reconocimiento por parte de los pupilos *kwackoo*, pero lograrlo de los propios *gubru* era delicioso.

Eso significaba evidentemente que el Suzerano de la Idoneidad se mantenía en su puesto, que no se había rendido.

Fiben dejó atrás una estela de chimps asombrados mientras él, montado en Tyco, recorría al galope las poco transitadas arterias urbanas de Puerto Helenia. Uno o dos de ellos le gritaron, pero en aquel momento no tenía otra cosa en mente que dirigirse a toda prisa hacia su antigua prisión.

Al llegar, encontró la verja de hierro abierta y sin centinelas. Los globos de vigilancia habían desaparecido de lo alto del muro de piedra. Dejó a Tyco que paciera en el descuidado jardín y quitó un par de blandos paracaídas de hiedra en placas que coronaban la puerta abierta.

—¡Gaillet! —gritó.

Los guardias marginales también se habían ido. Trozos de papel y oleadas de polvo entraban empujados por el viento a través de la puerta y revoloteaban por el pasillo. Cuando llegó a la celda que había compartido con Gaillet, Fiben se detuvo y miró con asombro.

Estaba en completo desorden.

Casi todos los muebles seguían allí, pero el costoso equipo de música y el holo-tapiz habían sido arrancados, obra sin duda de los margis antes de marcharse. En un costado, en el mismo sitio en que lo había dejado aquella noche, Fiben vio su ordenador personal.

Gaillet se había ido.

Examinó el armario. Casi toda su ropa seguía allí. Era obvio que no había hecho las maletas. Descolgó la brillante túnica ceremonial que el personal del Suzerano le había entregado. La sedosa tela tenía un tacto que recordaba el cristal.

La túnica de Gaillet no estaba.

—Oh, Goodall —gimió Fiben.

Giró sobre sus talones y se precipitó hacia la salida. Le bastó sólo un segundo para montarse de un salto en la silla, pero Tyco apenas levantó la vista de su comida. Fiben tuvo que gritarle y empujarle con los pies hasta que el animal comprendió un poco la urgencia de la situación. Con un girasol amarillo aún colgando de la boca, el caballo se volvió y trotó hacia la puerta en dirección a la calle. Una vez allí, Tyco bajó la cabeza y tomó impulso.

Eran todo un espectáculo, galopando por las silenciosas y casi vacías calles, con la flor y la túnica ondeando al viento como estandartes. Pero muy pocos presenciaron la loca cabalgada que los llevó hasta los concurridos muelles.

Parecía que todos los chimps de la ciudad se habían congregado allí. Se apiñaban principalmente al borde del agua: una masa móvil de cuerpos marrones vestidos con trajes invernales cuyas cabezas se movían al ritmo de las aguas de la bahía. Otros chimps se asomaban peligrosamente por las azoteas, y algunos hasta se colgaban de los caños de desagüe.

Resultó providencial que Fiben no fuera a pie. Tyco resultó realmente muy útil para abrirse camino con sus bufidos y golpes de hocico entre los asombrados chimps. Desde su posición privilegiada a lomos del caballo, Fiben pronto pudo enterarse de cuál era el motivo de aquella conmoción.

Como a medio kilómetro en el interior de la bahía se hallaban una docena de barcas de pesca tripuladas por chimps. Algunas de ellas se balanceaban y chocaban entre sí alrededor de una bruñida y blanca nave que brillaba ofreciendo un increíble contraste con las desvencijadas traineras.

La nave *gubru* estaba inmóvil en el agua. Dos de los pajaroides miembros de la tripulación permanecían en la popa, moviendo los brazos y gorjeando instrucciones que los marinos chimps ignoraban cortésmente, mientras ataban cuerdas a la nave averiada y empezaban a remolcarla poco a poco hacia la orilla.

¿Y qué? *Un buen asunto*, pensó Fiben. Una patrullera *gubru* había sufrido una avería. ¿Y eso había sacado a la calle a todos los chimps de la ciudad? Los habitantes de Puerto Helenia debían de andar muy escasos de diversiones.

Entonces se dio cuenta de que sólo unos pocos chimps estaban contemplando aquel rescate sin importancia en las aguas del puerto. La inmensa mayoría miraba hacia el sur, al otro lado de la bahía.

¡Oh! Fiben dejó escapar un suspiro y, también él, se quedó momentáneamente sin habla.

Sobre la distante meseta que ocupaba el cosmódromo colonial se alzaban unas nuevas y brillantes torres.

Los radiantes monolitos no se parecían en absoluto a los vehículos de transporte *gubru* y tampoco a sus inmensas y globulares naves de guerra. Por el contrario,

parecían brillantes campanarios, agujas que se levantaban altas y confiadas y representaban una fe y tradición más antiguas que la vida en la Tierra.

De las elevadas naves espaciales, que transportaban a los dignatarios galácticos, tal como comprendió Fiben, surgían unos diminutos destellos de luz a medida que cruzaban el cielo hacia el oeste y se acercaban al contorno de la bahía. Finalmente, las naves se reunieron en una espiral de tráfico que comenzó a descender sobre la Punta Sur.

Era ahí donde todo el mundo en Puerto Helenia parecía sentir que estaba ocurriendo algo especial.

Inconscientemente, Fiben guió al Tyco a través de la multitud y llegó al extremo del muelle principal. Una cadena de chimps, que llevaban unos distintivos ovalados, impedían que la multitud avanzase. *Así que fuerzas de seguridad de nuevo*, advirtió Fiben. *Los marginales resultaron indignos de confianza, y los gubru han tenido que reinstaurar la autoridad civil.*

Un chimp que llevaba el brazal de cabo de las fuerzas de seguridad agarró el ronzal de Tyco y empezó a hablar.

—¡Eh, amiguito! No se puede... —parpadeó—. ¡Ifni! ¡Pero si es Fiben!

Fiben reconoció a Barnaby Fulton, uno de los chimps que habían estado comprometidos en el movimiento urbano clandestino de Gaillet. Sonrió, aunque sus pensamientos estaban mucho más allá de las picadas aguas.

—Hola, Barnaby. No te había visto desde la insurrección del valle. Me alegra saber que sigues rascándote.

Habían empezado a llamar la atención. Chimps y chimas miraban hacia ellos, dándose codazos y susurrando en voz baja. Oyó su nombre repetido varias veces. Los susurros de la multitud disminuyeron cuando a su alrededor se formó un círculo de silencio. Dos o tres de los chimps que miraban extendieron la mano para tocar los duros flancos de Tyco o la pierna de Fiben, como para comprobar que eran reales.

—Siempre que pica, Fiben —Barnaby hacía visibles esfuerzos para imitar la actitud despreocupada de Fiben—. Uh, un rumor hablaba de que estabas por allí — señaló hacia la impresionante actividad que tenía lugar en el otro extremo de la bahía —. Otro decía que te habían detenido y llevado a las montañas. Un tercero...

—¿Qué decía el tercero?

—El tercero... —Barnaby tragó saliva— decía que habías estirado la pata.

—Hummm —comentó Fiben en voz baja—. Creo que los tres son ciertos.

Vio que las traineras habían remolcado ya a la patrullera *gubru* averiada hasta muy cerca del muelle. Otras barcas tripuladas por chimps navegaban en la distancia, pero ninguna de ellas se decidía a cruzar la línea de boyas que podía verse extendida de un extremo a otro de la bahía.

—Uf, Fiben —Barnaby miró a derecha e izquierda y continuó hablando en voz

baja—. Hay en la ciudad unos cuantos chimps que están reorganizándose. Cuando recuperé mi brazalete tuve que jurar lealtad, pero puedo hacer llegar al profesor Oakes la noticia de que estás aquí. Estoy seguro de que querrá convocar una reunión para esta noche.

—No tengo tiempo —Fiben negó con la cabeza—. Tengo que llegar hasta allí — señaló hacia donde las brillantes naves resplandecían sobre los promontorios lejanos.

—Yo no lo haría —Barnaby frunció los labios—. Esas boyas de vigilancia no dejan pasar a nadie.

—¿Han abatido a alguien?

—Bueno, que yo sepa, no. Pero...

Barnaby se interrumpió cuando vio que Fiben tiraba de las riendas y golpeaba al caballo con los talones.

—Gracias, Barnaby. Eso es todo lo que quería saber —dijo.

El servicio de seguridad se hizo a un lado para dejar pasar a Tyco hacia el embarcadero. Un poco más lejos, la pequeña flotilla de rescate acababa de llegar al muelle y se dedicaba a amarrar la reluciente nave de guerra *gubru*. Los marinos chimps no paraban de hacer reverencias y se movían en incómodas y respetuosas posturas bajo la irritada mirada de los soldados de Garra y de sus terribles robots de batalla.

En contraste, Fiben avanzó con su corcel a suficiente distancia para no tener la obligación de presentar sus respetos a los alienígenas. Pasó erguido frente a la patrullera, ignorándolos por completo, y se dirigió al extremo más alejado del embarcadero, donde los botes pesqueros más pequeños acababan de amarrar.

Cruzó una pierna sobre la silla y desmontó de un salto.

—¿Eres bueno con los animales? —preguntó a un sorprendido marino que lo miraba mientras terminaba de asegurar su embarcación. Cuando éste asintió, Fiben tendió las riendas de Tyco al pasmado chimp—. Entonces haremos un trueque.

Saltó a bordo y se dirigió a la cabina de mandos.

—Mándale la factura por la diferencia al Suzerano de la Idoneidad. ¿Lo has entendido? Al Suzerano de la Idoneidad de los *gubru*.

El asombrado chimp pareció notar que se le caía la mandíbula. La cerró con un sonoro clac.

Fiben conectó el encendido y quedó satisfecho con el sordo rugido del motor.

—Suelta las amarras —pidió, y en seguida volvió a sonreír—. Gracias. ¡Ah, y cuida bien de Tyco!

El marinero parpadeó. Parecía a punto de enojarse cuando aparecieron varios de los chimps que habían seguido a Fiben. Uno le susurró algo al oído. Entonces sonrió. Se apresuró a soltar las amarras del bote y luego lanzó la cuerda a cubierta. Cuando Fiben chocó torpemente contra el muelle al maniobrar, el chimp se limitó a dar un

ligero respingo.

—B... buena suerte —logró decir.

—¡Eh, Fiben! ¡Suerte! —gritó Barnaby. Fiben saludó con la mano y enfiló mar adentro. Navegó describiendo un abierto arco y pasó casi por debajo de los flancos de la patrullera *gubru*. Vista de cerca no parecía de un blanco tan resplandeciente. En realidad, el casco acorazado estaba agujereado y corroído. Los soldados de Garra de la tripulación expresaban su frustración con unos agudos e indignados gorjeos.

Fiben no malgastó ni siquiera un pensamiento en ellos mientras viraba y ponía el bote rumbo al sur, hacia la línea de boyas que dividía la bahía y mantenía a los chimps de Puerto Helenia alejados de los importantes quehaceres propios de tutores que se desarrollaban en la orilla opuesta.

El agua, cubierta de espuma y agitada por el viento, tenía un color grisáceo debido a los habituales detritus que los vientos de levante arrastraban en esa época del año, desde hojas secas a plumas de pájaro, pasando por unos paracaídas casi transparentes de hiedra en placas. Fiben tuvo que reducir la velocidad para evitar las acumulaciones de detritus y las desvencijadas barcas de todo tipo llenas de expectantes chimps.

Mientras se acercaba a la barrera a poca velocidad, pasó junto a la última embarcación, cargada con los chimps más atrevidos y curiosos de Puerto Helenia, y se sintió observado por muchos ojos.

*Goodal, ¿sé realmente lo que estoy haciendo?*, se preguntó. Hasta entonces había actuado siguiendo un impulso automático. Pero ahora se daba cuenta de que se había metido en un buen lío. ¿Qué esperaba conseguir obrando de aquel modo? ¿Qué iba a hacer? ¿Colarse en la ceremonia? Miró las impresionantes naves espaciales que brillaban en todo su esplendor, llenas de poderío.

¡Como si fuera asunto suyo meter su semi-elevada nariz en las cuestiones de esos seres de antiguos y poderosos clanes! Todo lo que iba a conseguir sería provocar su propia vergüenza, y probablemente la de toda su raza.

—Tengo que pensar en esto —murmuró. Dejó el motor de la barca en punto muerto mientras se acercaba a la línea de boyas. Fue consciente de la cantidad de gente que lo estaba mirando en aquellos momentos.

*Mi gente. Se... se supone que yo la tenía que representar.*

*Sí, pero me escabullí y ahora el Suzerano ya debe de haberse dado cuenta de su error y habrá tomado otra decisión. O habrán vencido los otros Suzéranos y seré carne muerta si aparezco por allí.*

Se preguntó qué pensarían si supieran que hacía sólo dos días había maltratado y secuestrado a uno de sus tutores, de hecho a su comandante legal. ¡Vaya representante de la raza!

*Gaillet no necesitaba a un tipo como yo. Le irá mejor sin mí.*

Giró el timón, y el bote pasó cerca de una de las boyas blancas. La miró mientras se alejaba.

Vista de cerca, también parecía bastante vieja. Incluso un poco corroída. Pero, en su humilde posición, ¿quién era él para juzgarlo?

Fiben parpadeó ante tal pensamiento. ¡Ahora estaba exagerando demasiado!

Miró la boya y frunció los labios. *¿Por qué, por qué vosotros... engañosos hijos de puta...?*

Desconectó los impulsores y dejó el motor de nuevo en punto muerto. Cerró los ojos y se apretó las manos contra las sienes, intentando concentrarse.

*Me estoy frenando a mí mismo con otra barrera de miedo, como aquella noche junto a la verja de la ciudad.*

*Pero ésta es más sutil. Juega con mi propio sentimiento de inutilidad. Abusa de mi humildad.*

Abrió los ojos y miró la boya que había quedado atrás. Al fin sonrió.

—¿Qué humildad? —preguntó en voz alta. Rió al tiempo que giraba el timón y ponía el motor otra vez en marcha. Ahora, al dirigirse hacia la barrera, no titubeó ni prestó atención a las dudas que los aparatos intentaban meterle en la mente.

—Después de todo —murmuró—, ¿qué pueden hacer para perturbar la confianza de un individuo con delirios de autosuficiencia?

Mientras dejaba atrás las boyas con sus dudas artificialmente inducidas, Fiben comprendió que el enemigo había cometido un gran error con todo aquello. La decisión que lo embargaba ahora era el total contraste de sus dudas anteriores. Se aproximaba a la franja opuesta de tierra con el ceño fruncido por una fiera determinación.

Algo ondeó en el aire golpeándole la rodilla. Miró hacia abajo y vio la plateada túnica ceremonial, la que había encontrado en el armario de la prisión. La había plegado bajo el cinturón antes de montar a caballo y salir atropelladamente hacia el puerto. No era extraño que en los muelles la gente lo mirase de aquella forma.

Fiben soltó una carcajada. Sujetando el timón con una mano, se enfundó la prenda de seda al tiempo que se dirigía hacia un silencioso rincón de la playa. Los acantilados le impedían ver qué estaba ocurriendo sobre el mar, más allá de la estrecha península. Pero el zumbido de las naves espaciales que seguían descendiendo, era —eso esperaba— una señal de que aún tenía tiempo.

Llevó el bote hasta una plataforma de brillante arena blanca, que ahora había perdido su atractivo por los restos flotantes arrastrados por la marea. Estaba a punto de saltar en el rompiente de las olas, donde las aguas le llegaban a la rodilla, cuando miró hacia atrás y vio que parecía estar ocurriendo algo en Puerto Helenia. El aire le llevaba débiles gritos de excitación. La inestable masa de formas marrones del muelle se dirigía ahora hacia la derecha.



Tomó un par de binoculares que colgaban del cabrestante y los enfocó hacia la zona del puerto.

Los chimps corrían de un lado a otro y muchos señalaban excitados hacia la entrada principal de la ciudad.

Pero un grupo cada vez más numeroso parecía dirigirse en la otra dirección... aparentemente no por miedo, sino por confusión. Los más excitados daban brincos y algunos caían al agua y tenían que ser izados por los más sensatos.

Lo que estaba ocurriendo no parecía causar pánico sino una intensa y casi total estupefacción.

Fiben no tenía tiempo para quedarse allí e intentar resolver aquel nuevo rompecabezas. En aquellos momentos creyó comprender sus modestos poderes de concentración.

*Concéntrate en un solo problema a la vez, se dijo. Llegar hasta Gaillet. Decirle que sientes mucho haberla abandonado y que no volverás a hacerlo nunca más.*

Hasta él podía comprender algo tan sencillo como eso.

Encontró un sendero que ascendía desde la playa. Era escarpado y peligroso, en especial con aquellas ráfagas de viento. Sin embargo, se apresuró. El único límite a su paso fue el impuesto por la cantidad de oxígeno que sus limitados pulmones y su corazón podían bombear.

## UTHACALTHING

Los cuatro formaban un grupo peculiar, mientras avanzaban a toda prisa hacia el norte, bajo un cielo encapotado. De vez en cuando, algunos animales nativos salían a mirarlos, parpadeando con momentánea estupefacción antes de esconderse de nuevo en sus madrigueras, prometiéndose no volver a abandonar la tarea de comer semillas maduras.

Para Uthacalthing, sin embargo, la forzada marcha era casi una humillación. Los demás, al parecer, tenían ventaja sobre él.

Kault jadeaba y resoplaba y era evidente que no le gustaba el accidentado terreno; pero una vez que el voluminoso *thenanio* se ponía en marcha, mantenía un ímpetu imparable.

Por lo que se refería a Jo-Jo, el pequeño chimp parecía una criatura en aquel entorno. Uthacalthing le había dado órdenes estrictas de no caminar apoyando los nudillos en presencia de Kault, pues no deseaba despertar las sospechas del *thenanio*; pero cuando el terreno se volvía demasiado abrupto, saltaba los obstáculos en vez de rodearlos. Y durante los trechos llanos, se montaba en los hombros de Robert.

Éste había insistido en cargar con el chimp, a pesar de que su estatus oficial abría un abismo entre ellos. Tal como andaban las cosas, el muchacho humano estaba muy impaciente. Era obvio que hubiera preferido hacer todo el camino corriendo.

El camino experimentado por Robert Oneagle era asombroso, e iba más allá de lo físico. La noche anterior, cuando Kault le pidió que explicase su historia por tercera vez, Robert manifestó clara e inconscientemente una sencilla versión del *teev'nus* sobre la cabeza. Uthacalthing pudo captar cómo el humano utilizaba con habilidad el glifo para reprimir su frustración y evitar cualquier muestra de descortesía hacia el *thenanio*.

Uthacalthing notó que Robert no lo contaba todo. Pero lo que dijo fue suficiente.

*Sabía que Megan subestimaba a su hijo, pero de esto no tenía ni idea.*

Obviamente, él también había infravalorado a su hija.

*Obviamente.* Uthacalthing intentaba no sentirse ofendido por el poder de su hija, el poder de robarle mucho más de lo que él hubiera creído que podía permitirse perder.

Se esforzaba por mantener el paso de los demás, pero los nodulos de cambio de Uthacalthing latían a causa del cansancio. No era simplemente porque los *tymbrimi* estuvieran más preparados para la adaptabilidad que para la resistencia. Era también un fallo de su voluntad. Los otros tenían un objetivo y, además, sentían entusiasmo.

A él, lo único que le mantenía en camino era el deber.

Kault se detuvo en lo alto de una elevación desde donde las montañas se veían cercanas e imponentes.

Estaban entrando en un bosque de árboles achaparrados, que ganaban altura a medida que ascendían.

Uthacalthing miró las empinadas pendientes que tenían ante sí, envueltas en lo que podría ser nubes de nieve, y deseó que no tuvieran que subir mucho más.

—Apenas puedo creer lo que me ha dicho —comentó Kault—. Hay algo en la historia del terrestre que no me parece cierto, querido colega.

—*T'junatu*... —Uthacalthing cambió al inglés porque éste parecía necesitar un consumo menor de aire—. ¿Qué... qué es lo que le resulta difícil de creer, Kault?, ¿piensa que Robert está mintiendo?

—¡Claro que no! —Kault hizo un gesto de desaprobación con las manos y su cresta se infló de indignación—. Lo único que creo es que este joven es un ingenuo.

—¿Ingenuo? ¿En qué sentido? —Uthacalthing podía ahora levantar la mirada sin que su visión se dividiera en dos imágenes separadas en su corteza cerebral. Robert y Jo-Jo no estaban a la vista. Seguramente se habían adelantado.

—Quiero decir que los *gubru* pretenden muchas más cosas de lo que afirman. El trato que han ofrecido, consistente en firmar la paz con la Tierra a cambio del alquiler de algunas islas de Garth y derechos genéticos de compra de neochimpancés, no parece merecer el coste de una ceremonia interestelar. Sospecho, amigo mío, que hay algo detrás de eso.

—¿Qué piensa usted que quieren?

Kault movió su cabeza casi sin cuello de derecha a izquierda, como para asegurarse de que nadie podía oírlos. Bajó el tono de voz.

—Sospecho que quieren forzar una adopción.

—¿Adopción? Oh... quiere decir...

—Los *garthianos* —concluyó Kault—. Por eso hemos tenido mucha suerte de que sus aliados terrestres nos hayan traído la noticia. Lo único que podemos esperar es que sean capaces de proporcionarnos un medio de transporte, o no llegaremos a tiempo de evitar una terrible tragedia.

Uthacalthing se lamentó por todo lo que había perdido, pues Kault planteaba una cuestión tan desconcertante que bien merecía un glifo de delicada ironía.

Era cierto que había tenido un éxito que superaba sus expectativas más audaces. Según Robert, los *gubru* se habían tomado el mito de los *garthianos* al pie de la letra. Al menos durante el tiempo suficiente para que les causara daños y vergüenza.

También Kault había llegado a creerse aquella fábula fantasmal. Pero ¿era una fábula lo que Kault afirmaba haber verificado con sus instrumentos?

Increíble.

Y ahora, los *gubru* parecían estar comportándose como si pudieran basarse en

algo más que las pistas que él mismo había falsificado. También ellos obraban como si existiese una confirmación.

El otro Uthacalthing hubiese formado el glifo *syulff-kuonn* para celebrar esos sorprendentes acontecimientos. Pero en aquel momento se sentía confundido y muy cansado.

Un grito los hizo volverse. Uthacalthing entrecerró los ojos, deseando poder cambiar un poco de su sentido de empatía por una vista mejor.

En la cima del siguiente risco distinguió la silueta de Robert Oneagle. Sentado sobre sus hombros, Jo-Jo los saludaba con la mano. Y parecía haber algo más. Un punto azul que centelleaba junto a las dos criaturas terrestres e irradiaba toda la buena voluntad de un perfecto bromista.

Era su guía, la luz que había conducido a Uthacalthing desde el día de la colisión, muchos meses atrás.

—¿Qué dicen? —preguntó Kault—. Apenas puedo oír sus palabras.

Uthacalthing tampoco. Pero sabía qué decían los terrestres.

—Me parece que dicen que ya no tenemos que andar mucho más —comentó con alivio—. Y que ya han encontrado un medio de transporte.

—Bien —las ranuras respiratorias del *thenanio* resoplaron de satisfacción—. Ahora sólo tenemos que confiar en que los *gubru* se comporten de acuerdo con el estado de tregua cuando llegemos y nos ofrezcan el trato que nos corresponde como enviados acreditados.

Uthacalthing asintió. Pero cuando empezaron la marcha montaña arriba, pensó que aquél era sólo uno de sus problemas.

## ATHACLENA

Intentó reprimir sus sentimientos. Para los demás aquello era muy serio, casi trágico.

Pero no había forma, su satisfacción no podía contenerse. Unos glifos sutiles y barrocos giraban sobre sus zarcillos y se difractaban entre los árboles, llenando los claros del bosque con la hilaridad de la muchacha. Los ojos de Athaclena habían alcanzado el máximo de separación y ella se tapaba la boca con las manos para que los apenados chimps no pudiesen ver su sonrisa al estilo humano.

El aparato portátil holo había sido colocado sobre lo alto de una colina que dominaba el Sind, hacia el noroeste, para mejorar la recepción. La escena que mostraba se estaba emitiendo en aquel momento desde Puerto Helenia. Gracias a la tregua, se había levantado la censura. Incluso sin humanos, la capital estaba abarrotada. Había muchos chimps «cazadores de noticias» del momento con sus cámaras portátiles para mostrar los escombros con asombroso detalle.

—No puedo soportarlo —gimió Benjamín.

Elayne Soo murmuró con impotencia mientras seguía la retransmisión:

—Es denigrante.

La chima tenía razón, ya que el receptor holo mostraba lo que quedaba del enrejado muro que los invasores habían construido en torno a Puerto Helenia, ahora literalmente derribado y reducido a chatarra. Los asombrados chimps de la ciudad se arremolinaban junto a lo que parecía ser obra del paso de un ciclón. Miraban pasmados a su alrededor, escarbando entre los fragmentos de la verja. Unos pocos, en los que el regocijo primaba sobre la sensatez, lanzaban al aire los fragmentos con alegría. Algunos se golpearon el pecho en honor de la oleada imparable que había alcanzado su clímax hacía unos minutos, y luego se volvieron en dirección al interior de la ciudad. En la mayoría de las emisoras la voz provenía de un ordenador, pero en el canal dos un locutor chimp era aún capaz de hablar a pesar de su excitación.

—*Al... al principio todos creímos que se trataba de una pesadilla hecha realidad. Como un arquetipo sacado de una vieja película del siglo veinte. ¡Nada podía detenerlos! Se precipitaron contra la verja gubru como si ésta fuera de papel de seda. Yo no sé nada, pero creo que en cualquier momento los más grandes agarrarán a nuestras chimas más bonitas y las llevarán a rastras hasta lo alto de la torre de Terragens...*

Athaclena se apretó la mano contra la boca para que no se le escapara la risa. Luchaba con su autocontrol, y no era ella la única, porque uno de los chimps, Sylvie, la amiga de Fiben, soltó una aguda carcajada. Los demás la miraron con el ceño

fruncido en señal de desaprobación. ¡Aquello era muy serio! Pero Athaclena miró a la chima y vio un brillo especial en sus ojos.

—*Pero parece que, después de todo, estas criaturas no son completamente salvajes. Después... después de demoler la verja, no parecen haber causado más daños en su inesperada invasión de Puerto Helenia. La mayoría se limita ahora a abrir puertas, comer fruta y hacer lo que les viene en gana. Además, un ejemplar de ciento sesenta kilos de gor... bueno no importa.*

Esta vez otro chimp se unió a Sylvie. La visión de Athaclena se hizo borrosa y sacudió la cabeza. El locutor continuaba.

—*Las sondas psi de los gubru no parecen afectarles en absoluto porque, al parecer, no están programadas para su estructura cerebral...*

En realidad, Athaclena y los guerrilleros de las montañas ya sabían desde dos días antes adonde habían ido los gorilas. Después de sus frenéticos primeros esfuerzos para desviar a los poderosos presensitivos, renunciaron al darse cuenta de que era inútil. Los gorilas se apartaban cortésmente o pasaban por encima de cualquiera que se pusiera en su camino. No pudieron detenerlos.

Ni tampoco a Abril Wu. Al parecer, la niña rubia había decidido ir en busca de sus padres y, sin correr riesgo de hacerle daño, no hubo nadie capaz de bajarla de los hombros de uno de los gigantes machos de torso plateado.

Y además, Abril les dijo a los chimps muy realistamente que alguien tenía que ir con los gorilas y vigilarlos para que no se metieran en líos.

Athaclena recordó las palabras de la pequeña Abril mientras contemplaba lo que habían organizado los presensitivos con el muro *gubru*. *Sería horrible ver los líos en que podrían meterse si nadie los vigilara.*

Por otro lado, ahora que el secreto ya era de dominio público, no había ninguna razón para que la niña humana no se reuniese con su familia. Nada de lo que ella dijera podía causar ya daño a nadie.

En lo referente al último proyecto secreto del centro Howletts, Athaclena podía ya tirar todas las pruebas que había recogido con tanto cuidado aquella primera y fatídica noche tantos meses atrás. Pronto, las Cinco Galaxias conocerían la existencia de esas criaturas. Y en cierto modo, aquello era una tragedia. Sin embargo...

Athaclena recordó aquel día de principios de primavera cuando se quedó tan asombrada y furiosa al descubrir los experimentos de Elevación ilegales que se desarrollaban a escondidas en la jungla. Ahora apenas podía creer que hubiera reaccionado de aquel modo. *¿Era yo realmente tan meticulosa y legalista?*

En aquellos momentos, el *syulff-kuonn* era el glifo más simple y al mismo tiempo serio que podía formar, casual y cansadamente, para celebrar la alegría de una broma maravillosa. Ni los chimps pudieron evitar verse afectados por su licenciada aura. Dos más rieron cuando uno de los canales mostró un vehículo alienígena tripulado

por unos *kwackoo* que gritaban airados porque los gorilas los estaban desplumando, al parecer apasionadamente interesados en saber cómo era su sabor. Entonces otro chimp rió y las carcajadas se hicieron generales.

Sí, pensó ella. *Es una broma maravillosa*. Para un *tymbrimi*, las mejores bromas eran las que sorprendían tanto a los demás como al mismo bromista. Y aquella constituía un ejemplo perfecto. En verdad, una experiencia religiosa, ya que su pueblo creía en un Universo que era algo más que un mecanismo de relojería, más incluso que el caprichoso flujo de azar y casualidad de Ifni.

Cuando ocurría algo así, decían los sabios *tymbrimi*, uno podía saber qué era Dios. Él mismo se encargaba de todo. *¿Era antes, pues, una agnóstica? ¡Qué estupidez por mi parte! Gracias, Dios mío, y gracias a ti, padre, por este milagro*.

La escena cambió y aparecieron los muelles, donde una multitud de chimps bailaban y acariciaban el pelo de sus gigantes y pacientes primos. A pesar de las consecuencias probablemente trágicas de todo aquello, Athaclena y sus guerrilleros no pudieron evitar una sonrisa ante lo bien que se aceptaban las dos especies de pelo marrón. Al menos de momento, su orgullo era compartido por todos los chimps de Puerto Helenia.

Incluso la teniente McCue y su circunspecto asistente no pudieron reprimir una sonrisa al ver a un bebé gorila bailando ante las cámaras, con un collar hecho de fragmentos de globos psi de los *gubru*. Por unos instantes se vio a la pequeña Abril, montada con aire triunfante en los hombros de un gorila. La aparición de una niña humana pareció infundir ánimos a la multitud.

En aquellos momentos, todo el claro estaba saturado de sus glifos. Athaclena se volvió y alejó, dejando que los otros gozaran con aquella alegre ironía. Ascendió por un sendero del bosque hasta que llegó a un lugar que ofrecía una magnífica vista de las montañas, al oeste. Allí se detuvo y desplegó sus zarcillos para captar.

Así la encontró un mensajero chimp. Llegó a toda prisa y la saludó antes de tenderle un papel. Athaclena le dio las gracias y lo leyó, aunque creía saber de antemano lo que decía.

—*With'tanna Uthacalthing* —susurró. Su padre volvía a estar en contacto con el mundo. A pesar de todos los acontecimientos de los últimos meses, la parte materialista y práctica que había en ella se sintió aliviada por aquella confirmación recibida por radio.

Había confiado en que Robert lograría su objetivo, por supuesto. Ése fue el motivo de que no hubiera ido con Fiben o con los gorilas a Puerto Helenia. ¿Qué iba a conseguir allí, con su escasa experiencia, que su padre no pudiera hacer mil veces mejor? Si había alguien capaz de convertir sus escasas esperanzas en milagros reales, ése era Uthacalthing.

No, su tarea consistía en quedarse allí. Porque incluso cuando ocurre un milagro,

el Infinito espera que los mortales tomen sus propias precauciones.

Se protegió los ojos de la luz. Aunque no tenía esperanzas de ver personalmente la pequeña nave recortándose contra las brillantes nubes, siguió buscando un pequeño punto en el que iban todo su amor y sus plegarias.



## GALÁCTICOS

Unos alegres pabellones tachonaban la ladera del ajardinado cerro, y de vez en cuando se hinchaban y ondeaban bajo las ráfagas de brisa. Unos veloces robots se apresuraban a recoger las brozas arrastradas por el viento. Otros iban de un lado a otro sirviendo un refrigerio a los dignatarios reunidos.

Galácticos de distintas formas y colores se congregaban en pequeños grupos que se unían y se separaban en una elegante exhibición de diplomacia. Las reverencias, los halagos y el ondear de los tentáculos significaban complejos matices de rango y protocolo. Un observador bien informado hubiera podido contar muchas cosas sobre tales sutilezas, y aquel día había allí reunidos una buena cantidad de observadores informados.

Abundaban también los intercambios informales. Aquí, un rechoncho *pila* parecido a un oso conversaba en entrecortados tonos ultrasónicos con un larguirucho jardinero *Unten*. Un poco más arriba, tres anulares sacerdotes *jofur* se quejaban en armonioso lamento a un oficial del Instituto de la Guerra sobre una supuesta violación en las rutas estelares.

Se decía que en estas ceremonias de Elevación se conseguían resultados diplomáticos más prácticos que durante las conferencias formales de negociación. Aquel día podría establecerse más de una nueva alianza y más de una también podría romperse.

La mayoría de visitantes galácticos apenas dedicaban una atención superficial a los que iban a ser honrados durante aquella jornada: una comitiva de pequeñas formas marrones que habían necesitado toda la mañana para recorrer la mitad del ascenso al montículo, pues habían tenido que rodearlo cuatro veces durante el recorrido.

En aquellos momentos, casi una tercera parte de los candidatos neochimpancés había suspendido una u otra prueba. Los eliminados regresaban un poco deprimidos montaña abajo, solos o por parejas.

Los aproximadamente cuarenta que quedaban continuaban su ascensión reiterando simbólicamente el proceso de Elevación que había llevado a su raza a aquella fase de su historia, aunque eran ignorados por la mayor parte de brillantes personajes reunidos en la ladera del montículo.

Pero no todos los observadores, por supuesto, permanecían desatentos. Cerca del pináculo, los comisarios del Instituto Galáctico de Elevación prestaban atención a los resultados que transmitía cada una de las estaciones donde tenían lugar los exámenes. Y cerca, debajo de su propio pabellón, un grupo de humanos, tutores de los neochimpancés, observaban todo con tristeza.

Mantenían una expresión entre pérdida e impotente. La delegación, formada por varios alcaldes, profesores y un miembro del Cuadro de Elevación local, había sido traído aquella misma mañana desde la isla Cilmar. Habían formulado una protesta por los cauces legales sobre el modo irregular en que había sido convocada la ceremonia.

Pero, al ser presionados, ninguno de ellos reivindicó el derecho a que se cancelara el acto de inmediato. Las posibles consecuencias eran potencialmente demasiado drásticas.

Por otro lado, ¿y si el acto era auténtico? La Tierra había estado presionando durante doscientos años para que se le permitiera celebrar una ceremonia como aquella para los neochimpancés.

Los observadores humanos parecían verdaderamente incómodos porque no sabían qué hacer y pocos de los importantes dignatarios galácticos presentes se dignaban siquiera reconocerlos en medio de aquel frenesí de diplomacia informal.

Frente al pabellón del Tribunal Examinador se encontraba la elegante tienda de los padrinos. Muchos *gubru* y *kwackoo* permanecían fuera. De vez en cuando saltaban de puro nerviosismo, controlando críticamente todo con sus ojos sin párpados.

Hasta hacía pocos minutos, el Triunvirato *gubru* también había estado presente. Dos de ellos hacían alarde de los colores de su Muda que empezaban ya a despuntar mientras que el tercero seguía posado obstinadamente en su percha.

Entonces uno de ellos recibió un mensaje y los tres desaparecieron en el interior de la tienda para una conferencia urgente. De eso ya hacía un buen rato, pero aún no habían salido.

El Suzerano de Costes y Prevención aleteó y, al tiempo que dejaba caer el mensaje al suelo, espetó:

—¡Protesto! ¡Condeno esta interferencia y esta intolerable traición!

El Suzerano de la Idoneidad miró hacia abajo desde su percha, completamente desorientado. El Suzerano de Costes y Prevención había resultado ser un oponente manipulador, pero nunca había sido deliberadamente obtuso.

Era obvio que había ocurrido algo para que estuviese tan trastornado.

Los ayudantes *kwackoo* se agacharon a toda prisa para recoger el arrugado mensaje que había tirado, hicieron duplicados y entregaron sendas copias a los otros *gubru*. Cuando el Suzerano de la Idoneidad vio los datos, apenas pudo dar crédito a sus ojos.

Había un neochimpancé solitario que ascendía las primeras cuestas del imponente Montículo Ceremonial, cruzando a toda prisa las pantallas automáticas de examen de los primeros niveles y reduciendo gradualmente la amplia distancia que lo separaba del grupo oficial de chimps que pasaban las pruebas.

El neochimp avanzaba erguido y con decisión, con un propósito muy claro que podía leerse en su misma postura. Los otros miembros de su especie que ya habían suspendido y descendían por el largo camino en espiral, primero se asombraban al verlo, pero luego alargaban el brazo para tocar la túnica del recién llegado y le dedicaban palabras de aliento.

—¡Esto no fue, no pudo ser ensayado! —exclamó el Suzerano de Rayo y Garra—. ¡Es un intruso —gritó— y voy a hacer que abran fuego sobre él!

—¡No debes, no tienes que hacerlo, no lo harás! —le replicó con un chillido furioso el Suzerano de la Idoneidad—. ¡Todavía no se ha dado la unificación! ¡No ha habido una Muda completa y aún no tienes la sabiduría de una reina! ¡Las ceremonias están dirigidas, gobernadas, regidas por tradiciones de honor! ¡Todos los miembros de una especie pupila pueden tener acceso a ellas y ser probados, examinados, evaluados!

El tercer líder *gubru* abría y cerraba el pico irritado. Finalmente, el Suzerano de Costes y Prevención ahuecó sus alborotadas plumas y admitió:

—Se nos pedirá una indemnización. Los oficiales del Instituto tal vez se vayan, se marchen, nos impongan sanciones... El coste... —desvió la mirada ahuecando más las plumas—. Dejémoslo seguir su curso por ahora. Solo, sin compañía, aislado, no podrá causar ningún daño.

Pero el Suzerano de la Idoneidad no estaba tan seguro. Hubo un tiempo en que había sentido gran aprecio por aquel determinado pupilo. Cuando pareció que lo habían raptado, el Suzerano de la Idoneidad sufrió un serio revés. Ahora, sin embargo, se había dado cuenta de la verdad. El neochimp macho no había sido raptado ni eliminado por sus rivales, los otros Suzeranos. ¡El chimp había escapado realmente!

Y ahora había regresado solo. ¿Cómo? ¿Qué esperaba conseguir? Sin ninguna guía, sin la ayuda de un grupo, ¿cuán lejos creía que podría llegar?

Al principio, al ver a la criatura, el Suzerano de la Idoneidad había sentido una regocijada sorpresa, una sensación muy poco usual en un *gubru*. Pero en aquellos momentos, su emoción era incluso más incómoda, una preocupación de que aquello era sólo el principio de la sorpresa.

## FIBEN

Hasta entonces todo había sido coser y cantar. Fiben se preguntaba dónde estarían las verdaderas dificultades.

Había temido que le hicieran resolver de memoria complicados problemas de cálculo o recitar como Demóstenes, con guijarros en la boca. Pero, al principio, sólo había encontrado una serie de barreras de pantallas de fuerza que desaparecían automáticamente ante él; y después de eso, aparecieron aquellos divertidos instrumentos que había visto utilizar a los técnicos *gubru*, semanas, meses atrás, manejados ahora por unos alienígenas aún más divertidos.

De momento todo iba bien. Había completado el primer circuito en lo que debía de ser un tiempo récord.

Ah, y le habían hecho unas cuantas preguntas. ¿Cuál era su recuerdo más antiguo? ¿Le gustaba su profesión? ¿Estaba satisfecho con la forma física de su generación de neochimpancés o pensaba que ésta podía ser mejorada de algún modo? ¿Sería conveniente un rabo prensil para el manejo de herramientas, por ejemplo?

Gaillet se habría sentido orgullosa de la cortesía con que había respondido, incluso a aquella pregunta. O al menos esperaba que estuviera orgullosa de él. Los oficiales galácticos tenían toda su ficha: la genética, la escolar y la militar. Y, cuando pasó frente a un grupo de pasmados soldados de Garra que estaban en los acantilados que flanqueaban la bahía y se encaminó a través de las barreras para pasar su primer examen, ya habían tenido tiempo de leerla.

Cuando un alto y arbóreo *kanten* le preguntó acerca de la nota que había dejado al «escaparse» aquella noche de la cárcel, quedó claro que el Instituto también podía utilizar los informes del invasor. Respondió sinceramente que Gaillet había redactado el documento y que él había comprendido su finalidad y estado de acuerdo.

El follaje del *kanten* repicó como el tintineo de unas diminutas campanas plateadas. El galáctico semivegetal parecía complacido y divertido mientras se hacía a un lado para dejarlo pasar.

El viento intermitente ayudó a Fiben a sentirse fresco mientras ascendía por la ladera oriental. Ante el esfuerzo por mantener un paso rápido, se sentía como si llevara una gruesa capa, por más que el escaso pelo que cubría el cuerpo de los chimps no podía considerarse como un verdadero abrigo.

La colina había sido cuidadosamente ajardinada y el camino estaba pavimentado con un piso suave y elástico. Sin embargo, notaba un ligero temblor bajo los dedos de los pies, como si toda la montaña artificial estuviese latiendo en un ritmo que el oído no podía captar. Fiben, que había visto las grandes plantas de energía antes de que las

enfriaran, sabía que no se trataba de su imaginación.

En la siguiente estación, un técnico *pring* con grandes y brillantes ojos y labios abultados, lo miró de arriba abajo e introdujo unas notas en su depósito de datos antes de permitirle continuar. Ahora, algunos de los dignatarios congregados en la ladera habían empezado a darse cuenta de su presencia. Varios se acercaron y consultaron con curiosidad los resultados que estaba obteniendo en las pruebas. Fiben les hizo corteses reverencias e intentó no pensar en la cantidad de ojos distintos que lo miraban como si fuera un raro espécimen.

*Antiguamente sus ancestros tuvieron que pasar por algo así*, se consoló Fiben.

Por dos veces Fiben se cruzó, unas cuantas espirales más abajo, con el grupo de candidatos oficiales: un tropel de formas marrones con túnicas plateadas que gradualmente iba disminuyendo. La primera vez que pasó a toda prisa, ninguno de los chimps advirtió su presencia; pero la segunda vez tuvo que detenerse para ser examinado por los aparatos de un ser cuya especie no pudo siquiera identificar. Alcanzó a distinguir algunas figuras del grupo, y unos cuantos chimps lo vieron a su vez. Uno de ellos dio un codazo a un compañero y lo señaló. Pero luego todos desaparecieron tras el siguiente recodo.

No había visto a Gaillet, lo cual debía significar que iba a la cabeza del grupo.

—Venga, vamos —murmuró Fiben con impaciencia por el tiempo que tardaba aquella criatura en examinarlo. Luego pensó que las máquinas que lo enfocaban podían ser capaces de leer también sus palabras y su estado de ánimo y se concentró en guardar la disciplina. Cuando el técnico alienígena le indicó que había superado la prueba con unas breves palabras generadas por ordenador, el chimp sonrió con amabilidad y le hizo una reverencia.

Fiben se apresuró. Le irritaba cada vez más la gran separación que había entre las distintas pruebas y se preguntó si habría alguna forma digna de correr para poder salvar antes la distancia.

Pero cuando las pruebas empezaron a hacerse más serias, a requerir conocimientos más profundos y un razonamiento más complejo, las cosas empezaron a ir más despacio. Pronto se encontró con más chimps que hacían el camino de descenso. Se suponía que éstos tenían prohibido hablar con él, pero algunos, con el cuerpo empapado de sudor, ponían los ojos en blanco significativamente.

Reconoció a algunos de aquellos que habían fracasado. Dos eran profesores de la escuela universitaria de Puerto Helenia; otros, científicos del Programa de Recuperación Ecológica de Garth. Fiben comenzó a preocuparse.

Todos aquellos chimps eran carnets azules, y de los más brillantes. Si ellos suspendían, es que había algo erróneo allí. Ciertamente, aquella ceremonia no era como otras similares, como la celebración de los *tylal* de la que Athaclena le había hablado.

¡Tal vez las reglas estaban en contra de los terrestres!

Entonces se acercó a un puesto dirigido por un alto *gubru*. No importaba que llevase los colores del Instituto y hubiera jurado imparcialidad. Fiben ya estaba harto de ver tantos integrantes de ese clan con el uniforme del Instituto.

La criatura pajaril utilizaba un vodor y le preguntó sobre una simple cuestión de protocolo. Luego lo dejó pasar. De repente, al salir del puesto de examen, una idea llegó a su mente. ¿Y si el Suzerano de la Idoneidad había resultado vencido por sus compañeros? Fuera cual fuese su verdadero propósito, al menos el Suzerano había sido sincero al querer organizar una verdadera ceremonia. Y una promesa tenía que mantenerse. Pero ¿y los otros, el almirante y el burócrata? Era probable que tuviesen distintas prioridades.

¿Podía estar todo el asunto preparado para que los neochimps no pasaran las pruebas, aunque estuvieran lo suficientemente preparados? ¿Era eso posible?

¿Podía tal resultado ser de algún modo beneficioso para los *gubru*?

Sumido en estos pensamientos problemáticos, Fiben apenas superó una prueba que exigía complejos juegos malabares de las funciones motrices para resolver un complicado rompecabezas tridimensional. Al dejar aquel puesto, con las aguas de la Bahía de Aspinal a su izquierda, cubiertas por las sombras de media tarde, casi no advirtió una nueva conmoción que se producía allí abajo, en la lejanía. En el último momento se volvió en busca del origen del ruido que iba en aumento.

—¡Por Ifni! —parpadeó y se quedó observando.

No era el único. La mitad de los dignatarios galácticos parecía dirigir su atención hacia aquel lugar, atraídos por la oleada de color marrón que empezaba a invadir la base del Montículo Ceremonial.

Fiben intentó ver lo que pasaba pero los postreros reflejos del sol en las pálidas aguas le imposibilitaban distinguir qué ocurría allí entre las sombras. Aunque vio que la bahía estaba totalmente llena de botes y que muchos de ellos desembarcaban sus pasajeros en la playa desierta a la que él había llegado horas antes.

Sencillamente, los chimps de la ciudad habían acudido para ver mejor lo que sucedía en el monte. Esperaba que ninguno de ellos se comportase mal, aunque dudaba de que pudieran hacer mucho daño. Los galácticos sabían que la curiosidad de los monos era un rasgo característico de la especie y actuarían conforme a ello. Seguramente a los chimps les habían ofrecido un puesto de observación al pie del monte, tal como era su derecho según la Ley Galáctica.

No podía permitirse malgastar más tiempo especulando. Fiben se volvió para seguir el recorrido a toda prisa.

Y, aunque superó el examen en Historia Galáctica, sabía que su resultado no había contribuido mucho a su puntuación total.

Se alegró de llegar a la ladera occidental. Ahora que el sol había descendido, en

esta vertiente el viento no castigaba con tanta fuerza. Fiben tembló mientras se afanaba por ganar lentamente terreno respecto al grupo, cada vez más pequeño, que le precedía.

—*Despacio, Gaillet* —murmuró—. ¿No puedes aminorar la carrera o algo así? No es necesario que contestes cada pregunta en el mismo instante en que te la formulan. ¿No te das cuenta de que estoy aquí?

En su interior, una parte depresiva pensaba que tal vez sí se había dado cuenta pero que no le importaba.

## GAILET

Cada vez le parecía más difícil interesarse por lo que estaba haciendo. Y la causa de su desinterés no era sólo la fatiga de un largo y duro día o la responsabilidad de saber que todos esos chimps asombrados confiaban en que ella los condujera adelante y hacia arriba en ese laberinto de pruebas cada vez más exigentes.

Tampoco se debía a la presencia constante a su lado del gran chimp conocido como Puño de Hierro.

Resultaba, en verdad, frustrante ver cómo salía airoso de pruebas que otros chimps mejores habían suspendido. Y por ser el otro elegido por los patrocinadores, iba siempre detrás de ella, con una sonrisa presuntuosa y exasperante. Sin embargo, Gaillet podía apretar los dientes e ignorarlo casi todo el tiempo.

Tampoco eran las pruebas mismas lo que la trastornaban. ¡Maldita sea, eran lo mejor del día! ¿Quién fue el sabio humano que dijo que el placer más puro y la fuerza mayor en el desarrollo de la Humanidad había sido siempre la alegría de un cuidadoso trabajador ante su obra? Mientras Gaillet se concentraba en las respuestas, podía olvidarse de casi todo; del mundo, de las Cinco Galaxias, pero no del reto de demostrar su valía. Por debajo de todas aquellas crisis y lóbregas cuestiones sobre el honor y el deber, estaba siempre la límpida satisfacción por haber terminado una tarea y por *saber* que lo había hecho bien incluso antes de que se lo dijeran los examinadores del Instituto.

No, no eran las pruebas lo que le molestaba. Lo que más la trastornaba era la creciente sospecha de que había hecho una elección equivocada.

*Hubiera debido negarme a participar, pensó. Tendría que haber dicho simplemente no.*

Oh, la lógica era la misma que antes. De acuerdo con el protocolo y con todas las reglas, los *gubru* la habían puesto en una posición en la que ella no había tenido elección posible, por su propio bien, por el de su raza, por el de su clan.

Y, sin embargo, sabía que la estaban utilizando, y eso la hacía sentirse deshonrada.

Durante la última semana de estudio en la Biblioteca, con frecuencia se había quedado traspuesta ante las pantallas que brillaban con arcanos datos. Sus sueños se veían siempre perturbados por pájaros que sostenían ante ella amenazantes instrumentos. Veía imágenes de Fiben y de Max que bloqueaban sus pensamientos cada vez que se despertaba sobresaltada.

Entonces llegó el Día. Se había puesto la túnica con un sentimiento de alivio, de que, al menos, todo se aproximaba ya al final. Pero ¿qué final?



Una chima delgada salió del puesto de examen más próximo y se dirigió hacia Gaillet, secándose la frente con la manga de su túnica plateada. Micaela Noddings era sólo una maestra de la escuela primaria, con carnet verde, pero había demostrado ser más adaptable y resistente que varios carnets azules que ya recorrían de regreso la solitaria espiral. Gaillet sintió un inmenso alivio al ver a su nueva amiga entre los candidatos. Extendió el brazo para tomar a la chima de la mano.

—Éste casi lo suspendo, Gaillet —dijo Micaela. Sus dedos temblaban entre los de Gaillet.

—Ahora no te desmorones sobre mí —le dijo Gaillet en tono tranquilizador. Acarició los sudorosos mechones de su compañera—. Tú me das fuerza. No podría seguir adelante si tú no estuvieras.

—Eres una mentirosa, Gaillet —en los ojos castaños de Micaela había una dulce gratitud mezclada con ironía—. Eres muy amable por decir eso, pero tú no necesitas a nadie, y mucho menos a alguien como yo. Cualquier prueba que yo pase tú la superarás cien veces más fácilmente.

En realidad, aquello no era estrictamente cierto. Gaillet suponía que los exámenes del Instituto de Elevación estaban de algún modo graduados no sólo para medir lo inteligente que era un sujeto sino también para saber qué interés ponía en ellos. Por supuesto, Gaillet tenía ventajas sobre la mayoría de los otros chimps en cuanto a preparación, y tal vez en coeficiente de inteligencia, pero en cada prueba le resultaba más difícil concentrarse.

Otro chimp, un marginal conocido como Comadreja, salió del puesto y caminó hacia donde estaba Puño de Hierro con un tercer miembro de la banda. Comadreja no parecía demasiado incómodo. De hecho, los tres marginales supervivientes parecían relajados y llenos de confianza. Puño de Hierro notó que Gaillet lo miraba y le dedicó un guiño. Ella desvió la vista rápidamente.

Un último chimp salió del puesto de pruebas y sacudió la cabeza.

—Bueno, esto se acabó.

—¿Entonces, profesor Simmins...?

El profesor se encogió de hombros y Gaillet suspiró. Aquello no tenía sentido. Allí había algo que no iba bien puesto unos chimps cultos y eruditos estaban suspendiendo mientras que el grupo de Puño de Hierro continuaba sin ser descalificado.

Claro que el Instituto de Elevación podía juzgar la «madurez» de un modo diferente que el clan de los humanos. Después de todo, Puño de Hierro, Comadreja y Barra de Acero eran inteligentes. Tal vez los galácticos no considerasen los diversos defectos de carácter de los marginales como algo tan terrible y detestable como lo era para los terrestres.

Pero no, aquélla no era en absoluto la razón, pensó Gaillet mientras ella y Micaela

se ponían al frente de los veinte que quedaban y abrían de nuevo el camino de ascenso. Gaillet sabía que detrás de aquello debía de haber algo más. Los margis eran demasiado petulantes. De algún modo sabían que las pruebas estaban amañadas.

Resultaba chocante. Se suponía que los Institutos Galácticos estaban por encima de todo reproche. Pero ahí estaba la prueba. Gaillet se preguntaba qué podía hacerse al respecto, si es que algo podía hacerse.

Cuando se acercaban al siguiente puesto de examen, dirigido por un rollizo *soro* de piel correosa, a quien ayudaban seis robots, Gaillet miró a su alrededor y, por primera vez, se dio cuenta de una cosa. Casi todos los observadores galácticos de brillantes ropajes, los alienígenas que no estaban afiliados al Instituto y que habían asistido como espectadores y para participar en la diplomacia informal, casi todos se habían marchado. Aún pudo ver a algunos que se movían a toda prisa montaña abajo, en dirección este, como atraídos por algo interesante que ocurriera en esa zona.

*Naturalmente no se van a molestar en decirnos qué ocurre*, pensó con amargura.

—Vale, Gaillet, tú primero —dijo Micaela—. Demuéstrales lo «guay» que podemos hablar.

Así que incluso una recatada maestra de escuela utilizaba la jerga de la calle como un artificio, como un vínculo.

—¿No te jode? Eso está hecho —suspiró Gaillet.

Puño de Hierro le sonrió, pero Gaillet lo ignoró por completo mientras entraba en el pabellón, se inclinaba ante el *soro* y se sometía a las preguntas de los robots.

## GALÁCTICOS

El Suzerano de Rayo y Garra se pavoneaba de un lado a otro bajo la ondulante lona del pabellón del Instituto de Elevación. La voz del almirante temblaba con un vibrato de cólera.

—¡Intolerable! ¡Increíble! ¡Inadmisible! ¡Esta invasión debe ser controlada, sometida, suspendida!

La tranquila rutina de una Ceremonia de Elevación normal se había desmoronado. Los oficiales y examinadores del Instituto, galácticos de distintas formas y tamaños, se precipitaban a toda prisa bajo los toldos, consultando sus Bibliotecas portátiles y buscando precedentes de un acontecimiento que ninguno de ellos había presenciado antes, o ni siquiera imaginado. Un disturbio inesperado había desencadenado el caos en todas partes, en especial en el rincón donde el Suzerano danzaba su enojo ante un ser aracnoide.

La Gran Examinadora, una aracnoide *serentini*, permanecía relajada en medio de un círculo de bancos de datos, escuchando con atención las quejas del oficial *gubru*.

—¡Digamos que ha sido una violación, una infracción, una ofensa capital! Mis soldados impondrán severamente la idoneidad.

El Suzerano ahuecó sus plumas para mostrar el tinte rosáceo ya visible entre ellas, como si la *serentini* tuviera que impresionarse al ver que el almirante era ya casi una hembra, casi una reina.

Pero esa visión no consiguió impresionar a la Gran Examinadora. Después de todo, los *serentini* eran hembras. ¿A qué venía tanta historia?

—Los recién llegados reúnen todas las condiciones para que se les permita participar en la ceremonia —la Gran Examinadora disimulaba su diversión—. Han causado una gran consternación —explicó pacientemente en galáctico-Tres—, y se hablará mucho de ello cuando termine este día. Sin embargo, son simplemente una característica más de esta ceremonia, que, bueno, es poco convencional.

—¿Qué quiere decir con eso? —el *gubru* abrió el pico, y luego volvió a cerrarlo.

—Que es la Ceremonia de Elevación más irregular que se ha dado en muchos megaaños. He estado tentada de clausurarla varias veces.

—¡No se atreverá! ¡Apelaremos, exigiremos un desagravio, exigiremos compensaciones!

—Oh, eso le encantaría, ¿verdad? —la Gran Examinadora suspiró—. Todo el mundo sabe que los *gubru* han extendido excesivamente sus dominios. Y una demanda contra uno de los Institutos podría cubrirles parte de los gastos, ¿no?

Esta vez el *gubru* se quedó callado. La Gran Examinadora utilizó dos tentáculos

para rascarse un pliegue de su caparazón.

—Algunos de mis asociados creen que todo esto ya formaba parte de su plan. Hay muchas irregularidades en esta ceremonia que ustedes han organizado; y sin embargo, examinándolas de cerca, todas parecen llegar justo al límite de lo legal. Han sido muy inteligentes a la hora de encontrar precedentes y evasiones. Por ejemplo, está el asunto de la aprobación humana a una ceremonia para sus pupilos. No está claro que esos rehenes oficiales de ustedes hayan entendido siquiera lo que estaban firmando en esos documentos que usted me mostró.

—Se les permitió, se les ha permitido, acceso a la Biblioteca.

—Una habilidad en la que los lobeznos precisamente no destacan. Existen sospechas de coacción.

—¡Hemos recibido un mensaje de aceptación desde la Tierra! ¡De su planeta madre!

—Sí —admitió la *serentini*—. Han aceptado su oferta de paz y la celebración de una ceremonia gratuita. ¿Qué pobre raza lobezna en sus terribles circunstancias rechazaría tal proposición? Pero los análisis semánticos demuestran que lo único que ellos admitieron fue someter el asunto a ulterior discusión. Es obvio que no comprendieron que ustedes compraban la liberación de sus viejas solicitudes, realizadas algunas de ellas hace más de cincuenta *paktaars*. Eso permite que el período de espera sea postergado.

—Si no han comprendido bien, es asunto suyo —la interrumpió el Suzerano de Rayo y Garra.

—Claro. ¿Y el Suzerano de la Idoneidad está de acuerdo con esta opinión?

Esta vez se hizo el silencio. Finalmente, la Gran Examinadora cruzó las antepiernas en una reverencia formal.

—Se acepta su protesta. La ceremonia debe continuar, bajo las antiguas normas que establecieron los Progenitores.

El comandante *gubru* no tenía otra opción. Le devolvió la reverencia y, con una sacudida, se volvió, abriéndose paso hacia el exterior y empujando a sus guardias y ayudantes, los cuales se quedaron cloqueando molestos.

—¿Qué estábamos discutiendo antes de que llegase el Suzerano? —preguntó la Examinadora a un robot ayudante.

—La proximidad de una nave cuyos ocupantes solicitan protección diplomática y el estatus de observadores —replicó el objeto en galáctico-Uno.

—Ah, sí. Eso.

—Están cada vez más nerviosos porque los interceptadores *gubru* parecen querer detenerlos y pueden resultar dañados.

—Por favor —dijo la Examinadora tras titubear sólo unos instantes—, comunica a los enviados que estaremos encantados de complacer su petición. Tienen que venir

directamente al montículo, bajo la protección del Instituto de Elevación.

El robot se apresuró a transmitir la orden. Se acercaron entonces otros ayudantes, agitando informes con más anomalías aún. Una tras otra, las pantallas holo se iluminaron para mostrar la multitud que había llegado al pie de la colina, saliendo tumultuosamente de desvencijados botes y precipitándose hacia las laderas que no tenían vigilancia.

—Este acto es cada vez más interesante —la Gran Examinadora suspiró, pensativa—. Me pregunto qué va a ser lo próximo que ocurra.

## GAILET

Ya había atardecido y Gimelhai se había hundido tras el horizonte occidental, enturbiado por unas oscuras nubes, cuando los agotados supervivientes pasaron por fin ante la última pantalla examinadora y se dejaron caer exhaustos en la loma cubierta de césped. Seis chimps y seis chimas yacían unos junto a otros para procurarse calor.

Estaban demasiado cansados para rascarse entre sí, aunque les parecía necesario.

—Oh, madre mía, ¿por qué no decidieron elevar perros? ¿O cerdos? —gemía uno de ellos.

—O mandriles —sugirió otra voz y se produjo un murmullo de asentimiento. Esas criaturas sí se merecían aquel trato.

—A cualquiera, excepto a nosotros —resumió una tercera voz concisamente.

*Ex exaltavit humilis*, pensó Gaillet en silencio. *Han elevado al de más humilde origen*. El lema del Cuadro de Elevación de Terragens tenía sus bases en la Biblia cristiana. Para Gaillet había siempre llevado implícito el infortunio de que alguien, en algún lugar, iba a ser crucificado.

Se le cerraban los ojos y sintió que la acosaba una superficial soñolencia. *Sólo una pequeña siesta*, pensó.

Pero no duró demasiado tiempo. Gaillet sintió el regreso repentino de aquel sueño, aquel en que un *gubru* la miraba a través del cañón de un malévolos aparato. Se estremeció y abrió los ojos de nuevo.

Los últimos retazos de luz diurna se desvanecían. Las estrellas, con una claridad helada, centelleaban como si se refractaran a través de algo distinto a la simple atmósfera.

Ella y los demás se pusieron de pie rápidamente al ver que un vehículo flotador se aproximaba y se posaba frente a ellos. De él salieron tres figuras: un alto *gubru* de plumaje blanco, un galáctico aracnoide y un rechoncho masc humano cuya túnica oficial colgaba de él, como un saco de patatas. Mientras todos se inclinaban ante ellos, Gaillet reconoció a Cordwainer Appelbe, el jefe del Cuadro de Elevación local de Garth.

El hombre parecía estupefacto. Era obvio que lo habían obligado a tomar parte en todo aquello. Y Gaillet se preguntó si además no lo habrían drogado.

—Hummm, quiero felicitaros a todos —dijo adelantándose a sus dos acompañantes—. Tenéis que saber lo orgullosos que nos sentimos de vosotros. Me han dicho que si bien hay algunos resultados que aún están bajo discusión, la decisión total del Instituto de Elevación es que los *Pan argonostes*, los neochimpancés del clan

de la Tierra, son, o mejor, han sido declarados aptos para pasar a la fase tres.

—Es cierto —dijo la oficial aracnoide aproximándose a ellos—. Además, puedo prometer que el Instituto favorecerá las futuras solicitudes del clan de la Tierra para que se realicen ulteriores exámenes.

*Gracias*, pensó Gaillet mientras ella y los demás se inclinaban de nuevo. *Pero por favor, no se molesten en seleccionarme para los próximos.*

A continuación, la Gran Examinadora se enfrascó en un largo discurso sobre los derechos y deberes de las razas pupilas. Habló de los Progenitores, desaparecidos desde hacía mucho tiempo y que habían dado origen a la civilización galáctica, y de los procedimientos que habían establecido para que fueran seguidos por todas las posteriores generaciones de vida inteligente.

La Examinadora utilizaba galáctico-Siete, que la mayoría de chimps podía al menos seguir. Gaillet intentaba escuchar pero, en su interior, sus agobiados pensamientos no cesaban de girar sobre lo que iba a ocurrir después de aquello.

Estaba segura de que notaba bajo sus pies un aumento de las vibraciones que los habían acompañado en todo el recorrido de subida. El aire estaba saturado de un ronco y apenas audible zumbido. Gaillet se balanceó, pues una oleada de irrealidad parecía atravesarla. Miró hacia arriba y vio que algunas de las estrellas del anochecer parecían haber aumentado de repente la intensidad de su brillo. Otras se escapaban lateralmente al tiempo que una distorsión oval se producía sobre su cabeza. Allí empezaba a concentrarse una negrura.

El discurso de la Examinadora continuaba monótonamente. Cordwainer Appelbe escuchaba arrobado, con la perplejidad reflejada en su rostro, pero el *gubru* de las plumas blancas parecía cada vez más impaciente. Gaillet imaginó el porqué. Ahora que estaban calentando y preparando la derivación hiperespecial, cada minuto representaba un gasto para los invasores. Al darse cuenta de eso, Gaillet sintió más simpatía hacia la aburrida oficial *serentini*. Dio un codazo a Micaela, que parecía a punto de dormirse, y siguió concentrándose con atención en el discurso.

Varias veces el *gubru* abrió el pico como si estuviese a punto de cometer la desagradable acción de interrumpir a la Examinadora. Finalmente, cuando el ser aracnoide hizo una pausa para recobrar el aliento, el pajaroides la cortó bruscamente. Gaillet, que se había pasado los últimos meses estudiando mucho, pudo entender con facilidad las entrecortadas palabras en galáctico-Tres.

—¡... retrasar, perder el tiempo, demorar! Sus motivos son dudosos, increíbles, susceptibles de sospecha. ¡Insisto en que proceda, continúe, siga adelante!

Pero la Examinadora apenas le prestó atención y siguió su parlamento en galáctico-Siete.

—Al superar este formidable reto de hoy, el examen más riguroso que yo haya jamás presenciado, habéis demostrado vuestra valía como jóvenes ciudadanos de

nuestra civilización y habéis acreditado a vuestro clan.

»Lo que hoy recibís, os lo habéis ganado: el derecho a reafirmar vuestro amor hacia vuestros tutores, y a escoger un consorte de etapa. Esta última decisión es muy importante. Como consorte debéis elegir a una raza conocida de viajeros del espacio y respiradores de oxígeno, que no sea miembro de vuestro propio clan. Esta raza defenderá vuestros intereses e intercederá imparcialmente en las disputas que pudieran ocurrir entre vosotros y vuestros tutores. Si lo deseáis podéis elegir a los *tymbrimi*, del clan de los *krallnith*, que han sido vuestros consortes-asesores hasta ahora. O podéis cambiar.

»O podéis incluso elegir otra opción... terminar con vuestra participación en la civilización galáctica y solicitar que la manipulación genética sea anulada. Hasta este drástico paso fue prescrito por los Progenitores a fin de garantizar los derechos fundamentales de los seres vivos.

¿Podemos? ¿Podemos hacer eso? Gaillet se sintió aturdida ante tal pensamiento. Aunque sabía que en la práctica aquella opción casi nunca era aceptada, ahí estaba.

Se estremeció y volvió a concentrar su atención en la Gran Examinadora que levantaba los brazos a modo de bendición.

—En nombre del Instituto de Elevación y ante toda la civilización galáctica, os declaro a vosotros, representantes de vuestra raza, cualificados y capaces de elegir y corroborar lo manifestado. Seguid adelante y haced que todos los seres vivos se sientan orgullosos.

La *serentini* retrocedió. Y por fin le tocaba el turno al patrocinador de la ceremonia. En circunstancias normales, éste hubiese sido un humano o un *tymbrimi*, pero esta vez no era así. El emisario *gubru* efectuó una pequeña danza de impaciencia. Se apresuró a gritar ante un vodor y sus palabras en galáctico-Siete resonaron en todas partes.

—Diez de vosotros acompañaréis a los representantes finales hasta la derivación y allí actuaréis como testigos. Ahora nombraré a dos sobre los que recae el honor y la responsabilidad.

»La doctora Gaillet Jones, hembra, ciudadana de Garth, confederación de Terragens, clan de la Tierra.

Gaillet no quería moverse, pero su amiga, Micaela, la traicionó dándole un pequeño empujón en la espalda e instándola a avanzar. Se acercó unos pasos a los dignatarios y se inclinó ante ellos. El vodor siguió retumbando.

—Puño de Hierro Hansen, macho, ciudadano de Garth, confederación de Terragens, clan de la Tierra.

Los chimps que quedaban ahogaron un grito de sorpresa y consternación. Pero Gaillet, al ver que sus peores temores se confirmaban, se limitó a cerrar los ojos. Hasta ahora se había agarrado a la esperanza de que el Suzerano de la Idoneidad



tuviera aún poder entre los *gubru*. Que pudiera obligar al Triunvirato a actuar con justicia.

Pero ahora...

Notó que él se ponía a su lado y supo que el chimp que más odiaba estaba allí con aquella sonrisa.

*¡Basta! ¡Ya he aguantado demasiado! Seguramente la Gran Examinadora sospecha algo. Si yo le dijera...*

Pero no se movió ni abrió la boca para hablar.

De repente, y con una brutal claridad, Gaillet se dio cuenta de por qué había soportado aquella farsa durante tanto tiempo.

*Han estado jugando con mi mente.*

Ahora todo tenía sentido. Se acordó de los sueños, pesadillas de impotencia bajo la sutil e inquebrantable coerción de unos aparatos sostenidos por unas garras insensibles.

*El Instituto de Elevación no debe de estar equipado para poder probarlo.*

¡Claro que no! Las Ceremonias de Elevación eran unas ocasiones de alegría tanto para los tutores como para los pupilos. ¿Quién había oído nunca hablar de un representante de la raza que fuera condicionado u obligado a participar?

*Tuvieron que hacerlo después de que Fiben se marchara. El Suzerano de la Idoneidad no hubiese admitido talcosa. Si la Gran Examinadora lo supiera, podríamos sacarles a los gubru un buen pellizco en indemnizaciones.*

—Yo... —Gaillet había abierto la boca e intentaba que le salieran las palabras. La Gran Examinadora la miraba. En la frente de la chima se condensaba el sudor. Todo lo que tenía que hacer era formular una acusación.

¡Incluso con insinuarla bastaría!

Pero era como si su cerebro se hubiese helado, como si no supiese formar las palabras.

Afasia, por supuesto. Los *gubru* habían aprendido lo fácil que era imponerse a un neochimpancé. Un humano, por ejemplo, habría sido capaz de romper el cerco, pero Gaillet sabía que en su caso todo era inútil.

No podía leer las expresiones de los artropoides, pero en cierto modo la *serentini* parecía decepcionada. La Examinadora retrocedió.

—Diríjense a la derivación hiperespacial —dijo.

¡No! quiso gritar Gaillet, pero todo lo que surgió de su boca fue un débil suspiro al tiempo que notaba cómo levantaba por impulso propio la mano derecha y agarraba la izquierda de Puño de Hierro. Él se la asió con fuerza y ya no pudo soltarse.

Fue entonces cuando sintió cómo se formaba una imagen en su mente, una cara pajaril, con un pico amarillo y unos ojos fríos e imperturbables. Por más que se esforzara, no podía librarse de aquella imagen. Gaillet comprendió que la iba a llevar

consigo hasta la cima del monte ceremonial y que, una vez allí, ella y Puño de Hierro la proyectarían hacia arriba, hacia el óvalo de espacio desviado, para que todo el mundo la viera, allí y en otros cien mundos distintos.

La parte de su mente que aún le pertenecía, la entidad lógica, ahora aislada y sin capacidad, veía la funesta y fría base de aquel plan.

Oh, seguro que los humanos podrían reivindicar que la elección de aquel día había sido trucada y, con toda probabilidad, más de la mitad de los clanes de las Cinco Galaxias los creerían. Pero eso no cambiaba nada. La elección seguiría teniendo validez. La opción alternativa sería desacreditar a todo el sistema. La civilización estelar estaba sometida a tantas presiones en aquel momento, que no podría soportar muchas más dificultades.

De hecho, bastantes clanes pensarían que ya había habido suficientes problemas a causa de una pequeña tribu de lobeznos. Tuvieran o no razón, se desencadenaría un sentimiento general para que el problema se resolviera de una vez por todas.

Se le ocurrió de repente. Los *gubru* no querían ser sólo los protectores de los chimps en su nuevo estadio de evolución. ¡Querían exterminar a la Humanidad! Cuando lo logaran, la raza de los chimps pasaría a ser adoptada por los invasores y Gaillet no tenía ninguna duda acerca de cómo sería eso.

El corazón de la chima latía con fuerza. Se debatía para no seguir la dirección que Puño de Hierro le marcaba, pero era en vano. Deseó sufrir un ataque.

*¡Quiero morir!*

La vida apenas le importaba. Lo más probable era que inmediatamente después de la ceremonia tuvieran planeado hacerla desaparecer, para eliminar así las pruebas. *¡Oh, Ifni y Goodall, matadme ahora mismo!* quiso gritar. En aquel momento surgieron las palabras. Las palabras... pero no era su voz quien las pronunciaba.

—¡Alto! ¡Se ha cometido una injusticia y solicito una audiencia!

Gaillet nunca creyó que su corazón pudiese llegar a latir tan deprisa, pero ahora la taquicardia la hacía sentirse debilitada. *Oh, Dios mío, por favor.*

Oyó maldecir a Puño de Hierro y notó que le soltó la mano. Ese simple hecho la llenó de alegría. Se oyeron los gritos de un enojado *gubru* y las exclamaciones de sorpresa de los chimps. Alguien, suponía que Micaela, la tomó del brazo y la llevó consigo.

Ya era completamente de noche. Se veían unas nubes dispersas iluminadas por los faros del montículo y por el turbulento y radiante túnel de energía que estaba tomando forma sobre la montaña artificial. Bajo el brillo de los faros de un vehículo flotante divisó a un chimp con la túnica ceremonial cubierta de polvo que se aproximaba desde el último puesto de pruebas. Se secaba el sudor de la frente y avanzaba a grandes pasos hacia los tres sorprendidos oficiales.

*Fiben*, pensó Gaillet. Asombrada, descubrió que lo primero que volvía a asentarse

en ella eran las viejas costumbres. *Oh, Fiben, no seas jactancioso. Recuerda el protocolo.*

Al darse cuenta de su actitud Gaillet fue presa de una risa histérica. Eso la liberó parcialmente de su inmovilidad y consiguió llevarse una mano a la boca para ahogar un grito.

—Oh, Fiben —suspiró.

Puño de Hierro gruñó, pero el recién llegado se limitó a hacer caso omiso del marginal. La miró y le guiñó un ojo. Gaillet se sorprendió al ver que un gesto que antes siempre la había enfurecido ahora hacía que sus rodillas temblaran de alegría.

Fiben se plantó frente a los tres oficiales y les dedicó una reverencia. Luego, con los brazos cruzados en señal de respeto, esperó que le dieran permiso para hablar.

—... deshonoras, incorregibles, impermisibles interrupciones —retumbaba el vodor del *gubru*—. Exigimos una inmediata destitución y sanción, castigo...

El ruido se interrumpió de pronto cuando la Gran Examinadora utilizó uno de sus brazos delanteros para desconectar el vodor. Se acercó a Fiben con delicadeza y le habló.

—Joven, te felicito por haber recorrido todo el camino de ascensión hasta aquí tú solo. Tu llegada ha proporcionado mucho del interés y la originalidad que hacen de esta celebración la más memorable de todas las que constan en los archivos. En virtud del resultado de tus exámenes y de otros logros, te has ganado un puesto en este pináculo —la *serentini* cruzó dos brazos e inclinó la parte delantera de su cuerpo—. Ahora —dijo al incorporarse de nuevo—, hemos de asumir que tienes que formular una queja. ¿Una lo bastante importante como para justificar la brusquedad de tu tono?

Gaillet se puso tensa. La examinadora podía ser simpática, pero aquellas palabras llevaban implícitas una velada amenaza. Sería mejor que Fiben actuara bien. Un solo error y podía cambiar las cosas, poniéndolas incluso peor de lo que estaban.

—So... solicito —Fiben hizo una nueva reverencia—, una explicación acerca de cómo han sido elegidos los representantes de la raza.

No estaba mal. Sin embargo, Gaillet seguía luchando contra su condicionamiento. Si pudiera acercarse a él y ayudarle...

Desde hacía un rato, las oscuras vertientes que quedaban más allá del círculo de luces habían empezado a llenarse de dignatarios galácticos. Los mismos que antes se habían marchado a presenciar unos acontecimientos inesperados al pie del montículo. Ahora permanecían todos en silencio, contemplando cómo un humilde pupilo de una de las especies más nuevas exigía explicaciones a uno de los superiores del Instituto.

—Es tradicional que los patrocinadores de la ceremonia elijan a dos entre los que han superado las pruebas —la voz de la Examinadora era paciente—. Aunque es cierto que en esta ocasión los patrocinadores son enemigos declarados de tu clan, esta enemistad terminará oficialmente al final de esta ceremonia. Habrá paz entre el clan

de los terrestres y el de los *gooksyu-gubru*. ¿Tienes algo que objetar a esto, joven?

—A eso, no. —Fiben sacudió negativamente la cabeza—. Sólo quiero saber una cosa. ¿Tenemos que aceptar obligatoriamente a quienes los patrocinadores han elegido como representantes?

El emisario *gubru* empezó de inmediato a gritar indignado. Los chimps se miraron entre sí con sorpresa.

Puño de Hierro murmuró:

—Cuando todo esto se termine, voy a coger a ese pequeño cretino y...

La Examinadora hizo un gesto para pedir silencio. Sus ojos de múltiples facetas se posaron en Fiben.

—Joven, ¿tú qué harías si pudieras decidir? ¿Organizarías una votación entre tus compañeros?

—Sí, su señoría —Fiben se inclinó ante ella.

Esta vez el chillido del *gubru* resultó doloroso al oído. Gaillet intentó adelantarse pero Puño de Hierro la sujetó firmemente por el brazo. Se veía obligada a permanecer a su lado, oyendo las maldiciones masculladas por el marginal.

—Por bien dispuesta que esté —dijo por fin la Examinadora—, no veo cómo puedo acceder a tu petición. Sin un precedente...

—¡Hay un precedente!

Era una nueva y profunda voz que procedía de la vertiente oscura de detrás. Cuatro figuras avanzaron hacia la luz. Si antes Gaillet se había quedado sorprendida, ahora sólo podía mirar con incredulidad.

*¡Uthacalthing!*

El delgado *tymbrimi* iba acompañado por un masc humano, cuya túnica formal seguramente le había sido prestada por algún galáctico bípedo no humanoide y se la había echado encima como si fuera la piel de un animal.

Junto al humano se hallaba un neochimpancé que obviamente tenía problemas para mantenerse erecto y que ostentaba muchas señales de atavismo. El chimp procuró retrasarse al llegar al claro, como si supiera que él no pertenecía a aquel mundo.

El cuarto ser, una imponente figura cuya inflada cresta se extendía hacia arriba con dignidad, se inclinó ligeramente y saludó a la Gran Examinadora.

—La saludo, Tos\*Quinn'3 del Instituto de Elevación.

—Lo saludo, honorable embajador Kault de los *thenanios* —la serentini le devolvió la reverencia—. Y a usted también, Uthacalthing, embajador de los *tymbrimi*, y a sus compañeros. Es agradable comprobar que han llegado sanos y salvos.

—Le agradezco, su señoría, que me haya permitido utilizar sus aparatos de transmisión para contactar con mi pueblo, después de un período tan largo de

aislamiento forzado —el gran *thenanio* separó las manos.

—Éste es un terreno neutral —dijo la oficial del Instituto de Elevación—. Sé también que hay unos serios asuntos relacionados con este planeta que usted desea presentar ante el Instituto una vez que haya finalizado esta ceremonia. Pero, por ahora, debo insistir en que esperemos la oportunidad. ¿Puede explicar, por favor, el comentario que hizo a su llegada?

—Este respetado emisario —Kault señaló a Uthacalthing— representa a la raza que ha servido de consorte de etapa y protector de los neochimpancés desde que sus tutores lobeznos entraron en contacto con la sociedad galáctica. Será él quien responda.

Gaillet notó en seguida lo cansado que parecía Uthacalthing. Los zarcillos, normalmente expresivos, estaban flácidos y sus ojos muy juntos. Resultó obvio el esfuerzo que tuvo que hacer para adelantarse y entregar un pequeño cubo negro.

—Aquí están las referencias —comenzó.

Un robot se acercó y recogió los datos de su mano, y de inmediato el personal del Instituto empezó a inspeccionar las referencias. La Examinadora escuchaba con atención a Uthacalthing.

—Estas citas demostrarán que, desde muy antiguo en la historia galáctica, las Ceremonias de Elevación se desarrollaron de acuerdo al deseo de los Progenitores de protegerse de un fallo moral. Ellos, que fueron los que iniciaron el proceso que conocemos como Elevación, consultaban a menudo con sus razas pupilas, como los humanos hacen con las suyas. Y los representantes de los pupilos nunca les eran impuestos.

Uthacalthing señaló a los chimps presentes.

—Estrictamente hablando, los patrocinadores de la ceremonia expresan una sugerencia al hacer su selección. Los pupilos, que han superado todos los exámenes apropiados a su etapa, tienen permiso legal de ignorar tal indicación. En el sentido más puro, éste es su territorio. Nosotros estamos aquí como huéspedes suyos.

Gaillet vio que los observadores galácticos estaban nerviosos. Muchos consultaban sus depósitos de datos, buscando referencias de los precedentes que Uthacalthing había señalado. En la periferia se extendió un parloteo políglota. Llegó un nuevo vehículo flotador con varios *gubru* y un aparato portátil de comunicaciones.

Evidentemente los invasores también estaban investigando intensamente.

Durante todo ese tiempo se pudo notar que la energía de la derivación hiperespacial iba creciendo al pie de la colina. El ronco zumbido, ahora omnipresente, provocaba un temblor en los tendones de Gaillet al son del ritmo impuesto.

La Gran Examinadora se volvió hacia el oficial nominal de los humanos, Cordwainer Appelbe.

—En nombre de su clan, ¿apoya usted esta reclamación basada en una supuesta desviación del procedimiento legal?

Appelbe se mordió el labio inferior, miró a Uthacalthing, luego a Fiben y luego de nuevo a Uthacalthing. Por primera vez, el humano sonrió.

—Demonios, claro que sí —dijo en inglés. Se sonrojó y luego cambió a un galáctico-Siete cuidadosamente construido—. En nombre de mi clan, apoyo la solicitud del embajador Uthacalthing.

La Examinadora se apartó para oír los informes de sus ayudantes. Cuando regresó, todo el mundo estaba en silencio. La expectación los mantuvo a todos clavados hasta que ella se inclinó ante Fiben.

—El precedente puede interpretarse a favor de tu demanda. ¿Debo pedirles a tus camaradas que elijan levantando la mano? ¿O con votación secreta?

—¡Perfecto! —se oyó murmurar en inglés. El joven humano que acompañaba a Uthacalthing sonrió y levantó el pulgar ante Fiben. Por fortuna ninguno de los galácticos miraba en esa dirección y no se dieron cuenta de la impertinencia.

Fiben forzó una expresión seria e hizo una nueva reverencia.

—Oh, que voten levantando la mano, su señoría; eso bastará. Gracias.

Gaillet estaba más asombrada que en ningún otro momento durante la ceremonia. Intentó con todas sus fuerzas negarse a su nominación, pero la misma inmovilidad, la misma fuerza implacable que antes le había impedido hablar, la hizo ahora incapaz de retirar su nombre. Fue elegida unánimemente.

La elección del representante masculino fue también muy directa. Fiben estaba frente a Puño de Hierro, mirando tranquilamente a los ojos fieros del marginal. Gaillet pensó que lo mejor que podía hacer era abstenerse, lo cual provocó algunas miradas de sorpresa.

Sin embargo, casi sollozó de alivio al saber que el resultado de la votación era de nueve a tres... a favor de Fiben Bolger. Cuando por fin él se le acercó, Gaillet se dejó caer en sus brazos y empezó a llorar.

—Ven, ven —dijo él. Y no era tanto la frase en sí como el sonido de su voz lo que la reconfortaba—. Te dije que volvería ¿no?

Ella aspiró por la nariz y se secó las lágrimas mientras asentía. Le tocó la mejilla y, con una ligera ironía en la voz, le dijo:

—Mi héroe.

Los otros chimps, a excepción de los margis, se arracimaron a su alrededor, apretándose en una alegre masa. Por primera vez parecía que la ceremonia iba a convertirse en una verdadera fiesta.

Todos se pusieron en fila de a dos detrás de Fiben y Gaillet, y empezaron a avanzar por el último trecho del camino hacia el pináculo donde, muy pronto, serían el vínculo físico entre aquel mundo y espacios muy distantes.

Fue entonces cuando un silbido estridente resonó en la pequeña planicie. Un nuevo coche flotador aterrizó ante los chimps bloqueándoles el camino.

—Oh, no —gimió Fiben, al reconocer de inmediato la nave de los tres Suzeranos de la fuerza invasora *gubru*.

El Suzerano de la Idoneidad parece acongojado. Se mantenía en su percha con la cabeza baja e incapaz de mirarlos siquiera. Sin embargo, los otros dos líderes saltaron ágilmente al suelo y se dirigieron con concisión a la Examinadora.

—También nosotros deseamos presentar, ofrecer, manifestar... un precedente.

## FIBEN

¿Cuál es el precio de convertir el fracaso en victoria?

Fiben se preguntaba aquello mientras se despojaba de su túnica ceremonial y permitía a dos de los chimps que le friccionaran los hombros con aceite. Se estiró e intentó recordar lo suficiente de sus días de lucha como para contestar a la pregunta.

*Soy demasiado viejo para esto, pensó. Y ha sido un día muy largo y duro.*

Los *gubru* no habían bromeado cuando anunciaron llenos de júbilo que habían encontrado una salida. Gaillet intentaba explicárselo mientras él se preparaba. Como siempre, aquello parecía estar relacionado con una abstracción.

—Tal como yo lo veo, Fiben, los galácticos no niegan la idea de la evolución en sí misma, sino la de la evolución de la inteligencia. Creen en algo parecido a lo que nosotros solíamos llamar «darwinismo» para explicar el camino de las criaturas hasta la presapiencia. Y, además, se asume que la naturaleza es sabia en el sentido de que obliga a cada especie a demostrar su aptitud en estado natural.

—Por favor, Gaillet, ve al grano —suspiró Fiben—. Dime por qué tengo que enfrentarme con ese monstruo. El que debemos decidirlo por combate ¿no es un poco tonto incluso dentro de las reglas ETs?

Ella sacudió la cabeza. Durante unos instantes pareció sufrir una afasia, pero ésta pronto desapareció cuando su mente se deslizó hacia su acostumbrado estilo pedante.

—Si lo examinas atentamente, verás que no lo es. Mira, uno de los riesgos que corren las razas tutoras al elevar a una especie hasta hacerla capaz de viajar en el espacio es que a veces, con una excesiva manipulación, privan al pupilo de su esencia, de la misma aptitud que lo hizo apropiado para la Elevación.

—Quieres decir...

—Quiero decir que los *gubru* pueden acusar de eso a los humanos, y la única forma de negarlo es demostrar que aún podemos ser duros, apasionados y con una gran fortaleza física.

—Pero yo creía que todas esas pruebas...

—Han demostrado que quienes hemos llegado arriba estamos preparados para el Nivel Tres. Incluso —Gaillet hizo una mueca como si le costase encontrar las palabras—, incluso esos *margis* son superiores, al menos en muchos de los aspectos que el Instituto se dedica a examinar. Sólo son deficientes según nuestros peculiares criterios terrestres.

—Tales como la decencia y el olor corporal. Sí, pero aún no comprendo...

—Fiben, al Instituto realmente no le importa quién entre en la derivación puesto que todos hemos pasado los exámenes. Si los *gubru* quieren que nuestro



representante masculino sea el mejor de acuerdo con un criterio más, el de la aptitud, bueno, de eso existen precedentes. En realidad, se ha hecho más veces así que mediante votación.

En el otro lado del pequeño claro Puño de Hierro hacía flexiones y sonreía a Fiben, respaldado por sus dos cómplices. Comadreja y Barra de Acero bromeaban con el poderoso marginal y reían confiados después de aquel brusco vuelco a su favor.

—Goodall, ¡vaya forma de gobernar una galaxia! —Fiben sacudió la cabeza y murmuró por lo bajo—. Después de todo, Prathachulthorn tal vez tuviera razón.

—¿En qué, Fiben?

—No importa —respondió al ver que el árbitro, un *pila* oficial del Instituto, se acercaba al centro del ring. Fiben se volvió para mirar a Gaillet a los ojos—. Dime sólo que si gano te casarás conmigo.

—Pero... —parpadeó ella y luego asintió con la cabeza.

Parecía que Gaillet iba a decir algo más pero de nuevo hizo esa extraña mueca, como si no pudiese encontrar las palabras. Se estremeció y con una voz extraña y distante consiguió articular con dificultad y de forma entrecortada:

—Mátalo-de-mi-parte, Fiben.

Lo que había en sus ojos no era una fiera sed de sangre sino algo mucho más profundo: desesperación.

Fiben asintió. No se hacía ilusiones con respecto a lo que Puño de Hierro intentaría hacer con él.

El arbitro los llamó para que se acercaran. No habría armas ni reglas. Bajo tierra, el zumbido se había convertido en un gruñido fuerte y amenazador y la zona de no-espacio del cielo centelleaba en sus bordes, como si estuviera iluminada por relámpagos mortíferos.

Fiben y su oponente empezaron con un lento movimiento circular mientras se miraban con cautela y daban la vuelta completa al circuito tratando de esquivarse. Los otros nueve chimps los miraban, así como Uthacalthing, Kault y Robert Oneagle. En el lado opuesto se hallaban los *gubru* y los dos compañeros de Puño de Hierro. Los diversos observadores galácticos y los miembros del Instituto de Elevación ocupaban el espacio entre ambos grupos. Comadreja y Barra de Acero hacían señas con el puño a su líder y mostraban los dientes.

—¡Atízale, Fiben! —le instó uno de los otros chimps.

Todo el barroco ritual, toda la secreta y antigua tradición se había convertido en esto. Ése era el modo en que la Madre Naturaleza iba a solucionar una votación tan clara.

—¡Empiecen! —el repentino grito del árbitro *pila* hirió los oídos de Fiben, como si se tratase de un aullido ultrasónico, justo antes de que el vodor comenzase a

retumbar.

Puño de Hierro era rápido. Cargó directamente hacia delante, y Fiben casi no tuvo tiempo de comprender que la maniobra era una finta. Empezó a esquivarlo moviéndose hacia la izquierda pero en el último momento cambió de dirección y le lanzó una patada con su pie rezagado.

El golpe no tuvo el satisfactorio resultado que había esperado, pero Puño de Hierro chilló y cayó rodando, con las manos en las costillas. Por desgracia, Fiben no pudo aprovechar aquella pequeña ventaja pues la patada le hizo perder el equilibrio. Pocos segundos después su oportunidad había pasado y Puño de Hierro se acercaba de nuevo, esta vez con más cautela y el deseo de matar escrito en los ojos.

*Algunos días no debería uno levantarse de la cama, pensó Fiben mientras volvían a girar.*

En realidad, aquel día había empezado cuando se despertó en la hendidura del tronco de un árbol a pocos kilómetros de distancia de la verja de Puerto Helenia, con los paracaídas de la hiedra en placas festoneando las desnudas ramas invernales de los árboles de la huerta.

Puño de Hierro intentó un golpe corto y luego un fuerte rechazazo. Fiben se agachó ante el brazo de su oponente y respondió con un revés. Pero el margi le frenó el golpe y los huesos de sus antebrazos crujieron al encontrarse.

*...Los soldados de Garra demostraron una reticente cortesía, así que hizo correr a Tyco hasta que llegaron a la vieja prisión...*

Un puño pasó rozando la oreja de Fiben como si fuera una bala de cañón. Fiben se colocó ante el brazo extendido de su oponente y giró para darle un codazo en el desprotegido estómago.

*...Al ver la pequeña celda desierta comprendió que tenía muy poco tiempo. Tyco galopó por las calles vacías con una flor colgando de su hocico.*

El golpe no fue lo bastante fuerte y, lo que era peor, no se apartó con suficiente rapidez cuando Puño de Hierro movió velozmente su brazo para rodearle la garganta.

*...y los muelles estaban llenos de chimps... en los embarcaderos, en las calles, en los edificios, todos mirando...*

La fuerte opresión amenazaba con dejarlo sin poder respirar. Fiben se agachó y lanzó el pie derecho hacia atrás, entre las piernas de su oponente. Estiró en una sola dirección hasta que Puño de Hierro compensó el desequilibrio, entonces giró de pronto y lanzó su peso hacia el otro lado sin dejar de dar patadas. La pierna de Puño de Hierro resbaló y el mismo esfuerzo que estaba haciendo para mantenerse en equilibrio levantó a Fiben y lo echó sobre él. El increíble abrazo del marginal se mantuvo durante un asombroso momento, cuando se separó llevaba consigo girones de la carne de Fiben.

*...Cambió su caballo por un bote y se dirigió al otro lado de la bahía, hacia la*

*barrera de boyas...*

De la maltrecha garganta de Fiben brotaba sangre.

La herida no le había alcanzado la vena yugular por menos de un centímetro. Retrocedió al ver lo rápido que Puño de Hierro se ponía en pie. Era intimidante comprobar con qué velocidad podía moverse aquel chimp.

*...se enzarzó en una batalla mental con las boyas, deduciendo a través de la razón, el modo de pasar entre ellas...*

Puño de Hierro mostró los dientes, extendió sus largos brazos y soltó un grito que helaba la sangre. Aquella visión y aquel sonido atravesaron a Fiben como los recuerdos de muchas batallas libradas hacía mucho, mucho tiempo; antes de que los chimps pudiesen pilotar naves espaciales y cuando la intimidación significaba la mitad de la victoria.

—¡Tú puedes hacerlo, Fiben! —gritó Robert Oneagle contrarrestando la magia de la amenaza de Puño de Hierro—. ¡Venga, muchacho! Hazlo por Simón.

*Mierda, pensó Fiben. Un truco típicamente humano, llenarme de sentimiento de culpa.*

Sin embargo se las ingenió para dejar de lado la momentánea oleada de dudas y sonrió a su enemigo.

—Tú puedes chillar, ya lo sé, pero ¿puedes hacer esto?

Le hizo burla, poniéndose el pulgar sobre la nariz. Después se apartó rápidamente cuando Puño de Hierro volvió a cargar. Esta vez intercambiaron unos directos golpes que sonaron como un batir de tambores. Ambos chimps fueron dando traspiés hasta lugares opuestos del ring antes de enfrentarse de nuevo, jadeando y mostrando los dientes.

*...La playa estaba llena de basura y el camino de subida por los acantilados fue largo y pesado. Pero aquello resultó ser sólo el principio. Los sorprendidos oficiales del Instituto ya habían empezado a desmontar sus aparatos cuando él apareció de repente, obligándolos a continuar y a examinar a uno más. Supusieron que no tardarían mucho tiempo en mandarlo de vuelta a casa.*

La siguiente vez que se encontraron Fiben aguantó varios golpes fuertes en la cara a fin de poder acercarse y tirar al suelo a su oponente. No fue precisamente una elegante lección de jiu-jitsu. Al forzarlo, sintió un repentino tirón en los músculos de la pierna.

Durante unos instantes Puño de Hierro rodó impotente por el suelo, pero cuando Fiben intentó golpearlo su pierna estaba ya casi paralizada.

En un momento, el marginal estaba de nuevo en pie. Fiben intentó disimular su cojera, pero algo debió traicionarlo porque esta vez Puño de Hierro le golpeó el lado derecho y, cuando Fiben intentó retroceder, la pierna izquierda le falló.

*...pruebas abrumadoras, miradas hostiles, la tensión de preguntarse si*

*conseguiría llegar a tiempo...*

Mientras caía hacia atrás intentó patear a su enemigo, pero lo único que consiguió fue que éste le agarrase la pierna con la fuerza de un rodillo a presión. Fiben se debatió para no perder el equilibrio, pero sus dedos sólo arañaron el suelo. Intentó deslizarse hacia un lado, pero su oponente tiró de él hacia atrás y se le lanzó encima.

*...¿Y había pasado por todo eso sólo para llegar hasta aquí? Sí, sumando todo, había sido un maldito día...*

Hay ciertos trucos que un luchador puede poner en práctica frente a un oponente más fuerte y de una categoría de peso superior. Fiben recordó algunos de ellos mientras trataba de soltarse. Si no hubiera estado tan próximo al agotamiento, uno o dos de ellos podrían haber funcionado.

Pero tal como estaban las cosas, se las ingenió para conseguir un punto de casi-equilibrio. Alcanzó una pequeña ventaja de apalancamiento, que contrarrestaba la espantosa fuerza de Puño de Hierro. Sus cuerpos se tensaron y se arrastraron mientras sus manos se agarraban buscando la más mínima oportunidad. Tenían las caras casi contra el suelo y tan cerca la una de la otra que podían olerse el ardiente aliento.

La multitud permanecía ahora en silencio. Ni de un lado ni del otro surgían gritos de ánimo. Mientras su enemigo y él se balanceaban hacia adelante y hacia atrás en una lucha mortal de decepcionante lentitud, Fiben tuvo de pronto una clara visión de la ladera del Monte Ceremonial. Un pequeño rincón de su conciencia advirtió que los espectadores se habían marchado. En el lugar donde antes había un gran grupo de galácticos de distintas formas y tamaños, sólo había ahora un espacio vacío de hierba pisoteada.

Los vio correr montaña abajo y hacia el este, gritando y gesticulando en varios idiomas distintos. Fiben vislumbró a la aracnoide *serentini* en medio de sus ayudantes y se dio cuenta de que ya no prestaba atención a su lucha. Hasta el árbitro *pila* se había vuelto de espaldas para mirar al creciente tumulto de abajo.

Y ahora esto, después de tanto hablar como si el destino de todo el universo dependiera de la lucha a muerte entre los dos chimps. Una parte de Fiben se sentía insultada.

Pero la curiosidad lo dominaba, incluso en aquel momento. *¿Qué demonios pretenden?*, se preguntó.

Alzó los ojos un par de centímetros para intentar ver lo que ocurría y eso bastó. Por una milésima de segundo no fue alcanzado por la maniobra de Puño de Hierro cuando éste se desplazó ligeramente hacia un lado.

Como Fiben reaccionó demasiado tarde, el marginal lo agarró aplicando una fuerte presión.

—¡Fiben! —era la voz de Gaillet, ahogada por la emoción. Le consoló saber que, al menos, había alguien que aún les prestaba atención, aunque sólo fuera para ver su

humillación final y su muerte.

Fiben combatía con fiereza. Utilizó trucos sacados del pozo de la memoria, pero la mayor parte de ellos requerían un poder que él ya no tenía. Poco a poco se veía obligado a retroceder.

Puño de Hierro sonrió cuando consiguió apoyar el antebrazo sobre la tráquea de Fiben. Éste empezó a respirar con fuertes y agudos silbidos. El aire no llegaba a sus pulmones y se debatió con desesperación.

Puño de Hierro seguía presionando con el mismo ahínco. Mientras jadeaba con la boca abierta ante Fiben, mostró sus colmillos, en los que se reflejaban unos difusos puntos de luz.

De pronto, los destellos se desvanecieron. Algo ocultó las luces y proyectó una oscura sombra sobre ambos.

Puño de Hierro parpadeó y súbitamente pareció notar que algo muy grande había aparecido junto a la cabeza de Fiben. Un pie negro y peludo. La pierna unida a él era corta pero maciza como el tronco de un árbol y seguía hacia arriba, hacia una montaña de pelo...

El mundo, que había empezado a dar vueltas y a oscurecerse para Fiben, recuperó su nitidez a medida que la presión en la tráquea disminuía poco a poco. Aspiró una bocanada de aire por el pequeño pasadizo libre e intentó averiguar por qué aún estaba vivo.

Lo primero que vio fue un par de apacibles ojos castaños que lo miraban con amigable franqueza desde una cara negra como el azabache que descansaba sobre una colina de músculos.

Con un brazo tan largo como la altura de un pequeño chimp, la criatura tocó a Fiben con curiosidad. Puño de Hierro se estremeció y retrocedió de asombro o tal vez de miedo. Cuando la mano de la criatura se cerró en torno al brazo de Puño de Hierro sólo apretó lo suficiente para probar la fuerza del chimp.

Evidentemente no había comparación. El gran gorila macho parloteó satisfecho. En realidad, parecía reírse.

Entonces, utilizando un nudillo para ayudarse a andar, se volvió para unirse al oscuro grupo que pasaba entre la fila de estupefactos chimps. Gaillet contemplaba la escena con incredulidad y Uthacalthing parpadeó ante tal visión.

Robert Oneagle parecía hablar consigo mismo y los *gubru* cotorreaban y chillaban.

Durante un buen rato, Kault se convirtió en el centro de atención de los gorilas. Cuatro hembras y tres machos se arracimaron junto al enorme *thenanio* mientras alargaban las manos para tocarlo. Él les habló despacio y jubilosamente.

Fiben se negó a cometer dos veces el mismo error. Lo que estaban haciendo allí los gorilas, en el Montículo Ceremonial que habían construido los invasores, era algo

que estaba más allá de su capacidad de suposición y ni siquiera quería intentar imaginarlo. Su atención regresó a la lucha un segundo antes que la de su oponente. Cuando Puño de Hierro volvió a mirarlo, los ojos del margi traicionaron por un instante su consternación ante el amenazante puño de Fiben.

El pequeño llano era una discordancia, una escena demencial sin ningún vestigio de orden. En los alrededores del terreno de combate ya nadie parecía interesarse en como Fiben y su enemigo rodaban ahora bajo las piernas de los chimps, los gorilas, los *gubru* o cualquier otro ser que pudiese andar, saltar o deslizarse por el suelo. Casi nadie parecía prestarles atención, y a Fiben no le importaba. Lo único que contaba para él era que había hecho una promesa y que tenía que cumplirla.

Golpeó con los puños a su enemigo, sin permitirle recuperar el equilibrio, hasta que el chimp rugió de desesperación y lanzó a Fiben como si fuera un abrigo viejo. Mientras aterrizaba con una dolorosa sacudida, captó un atisbo de movimiento a sus espaldas y, al volver rápidamente la cabeza, vio al marginal llamado Comadreja con el pie preparado para darle una patada. Pero el golpe falló al ser abrazado el marginal por un cariñoso gorila.

El otro compinche de Puño de Hierro estaba sujeto por Robert Oneagle o, más exactamente, alzado. Ese chimp macho podía tener más fuerza que muchos humanos, pero suspendido en el aire no le servía de nada.

Robert levantó a Barra de Acero por encima de su cabeza, como Hércules sometiendo a Anteo. El joven hizo un gesto a Fiben.

—Ten cuidado, amigo.

Fiben rodó hacia un lado al tiempo que Puño de Hierro se arrojaba sobre el sitio que él había ocupado. Sin pensarlo dos veces, Fiben saltó sobre la espalda de su oponente y le hizo una llave nelson.

El mundo saltaba como si cabalgara sobre un potro desbocado. Sentía el sabor de la sangre en la boca y el polvo parecía llenarle los pulmones produciéndole un dolor ardiente y agobiante. Sus cansados brazos temblaban y estaban amenazados por los calambres. Pero al oír la difícil respiración de su enemigo supo que podría aguantar un poco más.

Puño de Hierro apenas lograba sostener su cabeza. Fiben consiguió rodearlo con las piernas, de una forma que le permitía darle patadas desde abajo.

El flexo solar del marginal cayó sobre el talón de Fiben. Con un destello de dolor comprendió que seguramente se había roto varios dedos de los pies, pero en el mismo instante sintió un inequívoco chirrido silbante: el diafragma de Puño de Hierro habría sufrido un momentáneo espasmo interrumpiendo toda circulación de aire. Sacó fuerzas de donde pudo. Con un sólo movimiento, dio la vuelta a su contrincante y le aplicó una llave de tijeras. Luego pasó su antebrazo alrededor del cuello de éste y utilizó el mismo método de estrangulación ilegal, que a nadie le importaba, que antes

había utilizado contra él.

Oprimió el hueso contra el cartílago. Bajo sus pies la tierra parecía vibrar, y el cielo retumbaba y gruñía. Por todos lados se oían pasos alienígenas y los incesantes gritos y parloteos en una docena de lenguas distintas. Pero Fiben sólo estaba pendiente del aire que no atravesaba la garganta de su enemigo y del pulso que tan desesperadamente tenía que silenciar...

Fue entonces cuando algo pareció explotar en su cerebro.

Era como si se hubiese abierto algo en su interior, derramando lo que parecía ser una brillante luz que brotaba de su corteza cerebral. Aturdido, Fiben pensó que un marginal o un *gubru* debían de haberle golpeado la cabeza desde atrás. Pero la luminiscencia no era como las que seguían a una contusión. Sentía dolor, pero un dolor diferente.

Fiben se concentró en sus principales prioridades, como la de sujetar con fuerza a su cada vez más debilitado enemigo. Pero no pudo ignorar aquel extraño acontecimiento. Su mente buscaba algo con que compararlo pero no encontraba una metáfora adecuada. La silenciosa explosión le parecía a la vez algo alienígena y misteriosamente familiar.

De repente, Fiben recordó una luz azul que danzaba jubilosamente mientras lanzaba ardientes rayos a sus pies. Se acordó de la «bomba fétida» que había provocado la huida de una pequeña, pomposa y peluda diplomática, haciendo que se olvidase de los formalismos. Se acordó de historias que por la noche contaba la general. Las conexiones le hicieron sospechar.

En todo el llano, los galácticos habían interrumpido su políglota parloteo. Fiben tuvo que levantar un poco la cabeza para ver qué les cautivaba tanto. Antes de hacerlo, sin embargo, quiso asegurarse del estado de su enemigo. Cuando vio que Puño de Hierro conseguía soltar unos cuantos débiles y desesperados suspiros, Fiben volvió a aplicarle la presión necesaria para mantenerlo al borde de la conciencia. Sólo entonces alzó la vista.

—Uthacalthing —susurró al comprender el origen de su confusión mental.

El *tymbrimi* estaba situado un poco más arriba que los demás. Tenía los brazos abiertos y totalmente extendidos, y los pliegues de su túnica de ceremonia ondeaban bajo los vientos ciclónicos que rodeaban la derivación hiperespecial. Sus ojos estaban totalmente separados.

Los zarcillos de su corona se ondulaban y algo giraba sobre su cabeza.

Un chimp gimió y se apretó las manos contra las sienes. En alguna parte, alguien castañeó los dientes. Para muchos de los presentes el glifo apenas era detectable, pero por primera vez en su vida Fiben captó. Y lo que captó se llamaba *tutsunucann*.

El glifo era un monstruo, un titán, por la energía largamente acumulada. La esencia de la dilatada indeterminación bailaba y giraba. Después, sin previo aviso,

desapareció. Fiben sintió que lo rodeaba y lo atravesaba, nada más y nada menos que una alegría limpia, incontaminada.

Uthacalthing dejó fluir su emoción como si se hubieran roto los diques.

—*N' ha s'urustuannu, k'hammin't Athaclena w'thatanna!* —gritó—. Hija, ¿me has mandado a éstos para devolverme lo que yo te presté? ¡Oh, qué interés tan incrementado y multiplicado! ¡Qué broma más delicada para gastarle a tu orgulloso padre!

Su intensidad afectó a los que estaban junto a él. Algunos chimps parpadearon y lo miraron con asombro.

Robert Oneagle se secó las lágrimas.

Uthacalthing se volvió y señaló el lugar de la elección. Allí, sobre el pináculo, todo el mundo pudo ver que la derivación por fin estaba conectada. Los motores enterrados en las profundidades habían realizado su trabajo y ahora en el cielo se abría un túnel cuyos extremos brillaban pero cuyo interior contenía un color más vacío que la negrura.

Parecía absorber luz y dificultaba incluso la simple visión de la entrada. Sin embargo, Fiben comprendió que aquello era un vínculo en tiempo real, desde allí hasta innumerables lugares en los que se habían reunido muchos espectadores para observar y celebrar los acontecimientos de esa noche.

*Espero que las Cinco Galaxias disfruten con el espectáculo.* Cuando Puño de Hierro mostró señales de recobrar el sentido, Fiben le dio un golpe en la parte lateral de la cabeza y siguió mirando hacia arriba.

A mitad de camino del estrecho sendero que llevaba al pináculo se hallaban tres dispares figuras. La primera era un pequeño neochimpancé, con brazos demasiado largos y unas deformes piernas cortas y torcidas. Jo-Jo iba de la mano de Kault, el enorme *thenanio*. De la otra maciza garra de Kault iba cogida una diminuta niña humana, cuya rubia cabellera ondeaba como un brillante estandarte en el viento arremolinado.

El peculiar trío contemplaba el pináculo en el que había un extraño grupo.

Una docena de gorilas, machos y hembras, formaban un círculo justo bajo el semi-invisible agujero del espacio. Se balanceaban hacia adelante y hacia atrás contemplando el vacío que se abría sobre sus cabezas al tiempo que entonaban una grave y átona melodía.

—Creo... —dijo la admirada *serentini* del Instituto de Elevación—... creo que esto ha ocurrido antes una o dos veces... pero hace más de mil eones.

—No es justo —murmuró otra voz en un áspero inglés cargado de emoción—. Se suponía que éste era nuestro momento.

Fiben vio correr lágrimas por las mejillas de varios chimps. Algunos se abrazaban entre sí y sollozaban.



Los ojos de Gaillet también estaban húmedos, pero Fiben comprendió que ella veía lo que los otros no podían ver. Las suyas eran lágrimas de alivio y de alegría.

Por todas partes se oían expresiones de asombro.

—... pero ¿qué clase de criaturas, seres, entidades, pueden ser? —preguntaba uno de los Suzeranos *gubru*.

—... presensitivos —respondió otra voz en galáctico-Tres.

—Si han pasado por todos los puestos de examen es que están preparados para una ceremonia de etapa de algún tipo —murmuró Cordwainer Appelbe—. Pero ¿cómo demonios los goril...?

—No use el viejo nombre —Robert Oneagle interrumpió a su compañero humano—. Son *garthianos*, amigo mío.

El aire se llenó de ionización y olor a tormenta. Uthacalthing cantaba su placer ante la simetría de su magnífica sorpresa, de esa gran broma, y su voz *tymbrimi* tenía un timbre rico y sobrenatural. Cautivado por las circunstancias, Fiben no se dio cuenta de que se ponía de pie para poder ver mejor.

Él y todos los demás pudieron contemplar la colescencia que se situaba sobre los grandes simios, zumbando y oscilando en la cima de la colina. Sobre las cabezas de los gorilas giraba una sustancia de aspecto lechoso que empezaba a concretarse con la promesa de unas formas.

—Ninguna raza viva puede recordar que haya ocurrido algo así —dijo asombrada la Gran Examinadora—. Las razas pupilas han tenido innumerables Ceremonias de Elevación durante los últimos mil millones de años. Han pasado por distintos niveles y han elegido a sus consortes de Elevación para que los ayudasen. Algunos han utilizado incluso la ocasión para solicitar el final de la Elevación, para volver a ser lo que eran antes...

La opacidad tomó la forma de un óvalo. Y dentro iban surgiendo gradualmente unas figuras, como si salieran de una niebla muy espesa.

—... pero sólo en las antiguas sagas se habla de nuevas especies que avancen por si solas, sorprendiendo a toda la sociedad galáctica y exigiendo el derecho a elegir a sus propios tutores.

Fiben oyó un gemido y, al mirar hacia abajo, descubrió a Puño de Hierro que empezaba a incorporarse, temblando, sobre sus codos. Una capa de polvo teñido de sangre lo cubría desde la cabeza hasta los pies.

*Conseguirá salir de esto. Tiene aguante.* Entonces pensó que él no debía de tener mejor aspecto.

Levantó el pie. Sería tan fácil... Miró hacia a un lado y vio que Gaillet lo estaba observando.

Puño de Hierro rodó sobre su espalda, levantó la vista y miró a Fiben con expresión resignada.

*¡Qué diablos! Alargó la mano y se la tendió a su antiguo enemigo. No sé por qué estamos luchando. Y, además, han sido otros los que han conseguido el premio.*

Un gemido de sorpresa se extendió entre la multitud. Los *gubru* soltaron chirriantes lamentos de consternación. Fiben terminó de ayudar a Puño de Hierro a ponerse de pie y luego miró para ver qué era lo que habían hecho los gorilas para causar aquel desánimo.

Era el rostro de un *thenanio*. Gigantesca y clara, la imagen que flotaba en el foco de la derivación hiperespacial se parecía tanto a Kault que podía ser la de su hermano.

*Qué expresión tan seria, comedida, grave, pensó Fiben. Típicamente thenania.*

Unos pocos galácticos parlotearon asombrados, pero la mayoría parecía haber quedado congelada en su sitio. Todos excepto Uthacalthing, cuya satisfecha sorpresa centelleaba en todas direcciones como una antorcha romana.

*Z'wurtin's'taita... He estado trabajando para esto y nunca lo supe.*

La titánica imagen del *thenanio* derivó hacia atrás en el óvalo lácteo. Todos pudieron ver el grueso y ranurado cuello de la criatura y su poderoso torso. Pero cuando aparecieron los brazos, se hizo patente que había dos figuras junto a él que lo tomaban de las manos.

—Correctamente resuelto —dijo la Gran Examinadora a sus ayudantes—. La innominada especie de pupilos en la Etapa Uno, provisionalmente llamados *garthianos*, han elegido como tutores a los *thenanios*. Y como consortes y protectores han elegido conjuntamente a los neo-chimpancés y a los humanos de la Tierra.

Robert Oneagle gritó. Cordwainer Appelbe cayó de rodillas conmocionado. El griterío de los *gubru* era ensordecedor.

Fiben notó que una mano se deslizaba en la suya. Gaillet lo miró y en la expresión conmovida de sus ojos se había mezclado ahora el orgullo.

—Oh, bueno —suspiró—. Tampoco nos hubieran dejado quedarnos con ellos. Al menos, de esta forma, tendremos derecho a visitarlos. Y he oído decir que, para ser ETs, los *thenanios* no son demasiado malos. ¿Conocías la existencia de estas criaturas y no me lo habías dicho?— agregó después de una pausa.

—Se suponía que era un secreto —Fiben se encogió de hombros—. Y tú estabas muy ocupada, no quería importunarte con detalles sin importancia. Lo olvidé. *Mea culpa*. No me pegues, por favor.

Por unos breves instantes los ojos de Gaillet parecieron centellear, luego volvió a suspirar y miró a la cima del monte.

—No tardarán mucho tiempo en descubrir que no son *garthianos* auténticos sino criaturas de la Tierra.

—¿Y qué sucederá entonces?

—Nada, supongo —ahora le tocaba a ella encogerse de hombros—. Vengan de

donde vengan, están preparados para la Elevación. Los humanos firmaron un tratado, por más injusto que sea, que prohíbe al clan de la Tierra elevarlos, así que supongo que eso es lo que prevalecerá. *Fait accompli*. Al menos nosotros jugaremos un papel, vigilar para que sean elevados correctamente.

El zumbido del suelo había empezado a disminuir. Pero lo sustituía el creciente sonido de los estridentes gritos de los *gubru*. Sin embargo, la Gran Examinadora se mostraba impasible. Estaba atareada con sus ayudantes, ordenándoles que reunieran todas las grabaciones, detallando los exámenes que tenían que realizarse y dictando mensajes urgentes para la sede central del Instituto.

—Y también tenemos que ayudar a Kault a que se ponga en contacto con su clan—continuó Gaillet—. Sin duda se quedarán muy sorprendidos.

Fiben vio al Suzerano de Rayo y Garra montar en un vehículo volador *gubru* y partir a toda prisa. El movimiento del aire desplazado infló las plumas de los restantes pajaroides.

De pronto, Fiben se encontró con la mirada del Suzerano de la Idoneidad que lo observaba desde su percha solitaria. El alienígena estaba ahora más erecto. Ignoraba el parloteo de los suyos y miraba a Fiben con un ojo amarillo que no parpadeaba nunca.

Fiben le hizo una reverencia. Al cabo de un momento, el alienígena inclinó cortésmente la cabeza como respuesta.

Sobre el pináculo, y sobre los cantarines gorilas ya oficialmente consagrados como los ciudadanos más jóvenes de la Civilización de las Cinco Galaxias, el óvalo opalescente retrocedió hacia el interior del túnel que cada vez se hacía más estrecho. Disminuyó pero no sin antes obsequiar a los presentes con una visión nueva para ellos, y que probablemente nunca más volverían a ver.

En el cielo, las imágenes del *thenanio*, el chimp y la humana se miraban unas a otras. Entonces el *thenanio* echó la cabeza hacia atrás y rió de verdad.

Compartió la poderosa y profunda hilaridad con sus diminutos compañeros. La figura correosa bramaba de risa, rugía.

Entre los maravillados observadores, sólo Uthacalthing y Robert Oneagle se unieron a la diversión de la fantasmagórica figura del cielo que hacía lo que nunca los *thenanios* habían sabido hacer. Kault continuó riendo mientras su imagen se desvanecía poco a poco, hasta que fue tragada por el agujero del espacio que se cerró para dar paso nuevamente a las estrellas.

# **SEXTA PARTE**

## **CIUDADANOS**

Soy como un ratero de poca monta, hostil al olfato y a la vista; un simio de torso azulado que salta sobre los árboles del Paraíso.

*Robert Louis Stevenson. «Un retrato»*

## GALÁCTICOS

—¡Existen! ¡Tienen sustancia! ¡Son!

Los dignatarios y oficiales *gubru* reunidos inclinaron sus cabezas y gritaron al unísono.

—¡Zooon!

—El premio se nos ha negado, el honor se ha dejado de lado, la ocasión abandonada, y todo en nombre de los mezquinos, avarientos contadores de monedas. Ahora el coste será mucho mayor, se multiplicará, se potenciará.

El Suzerano de Costes y Prevención permanecía abatido escuchando en un rincón, rodeado de un pequeño grupo de ayudantes leales, mientras que de todos lados le llegaban reprimendas. Se estremecía cada vez que el cónclave se volvía hacia él y cantaba su reproche.

El Suzerano de la Idoneidad permanecía erguido en su percha, ahuecando las plumas para que se viera mejor el nuevo color que empezaba a aparecer bajo ellas debido al proceso de muda. Los *gubru* y *kwackoo* allí reunidos reaccionaron ante ese color con gritos de apasionada devoción.

—Y ahora un recalcitrante, obstinado y vencido frena nuestra Muda y nuestro consenso, que nos permitirían ganar algo del terreno perdido. Ganar honor y aliados. ¡Ganar la paz!

El Suzerano hablaba del colega no presente, el jefe militar, que al parecer no se atrevía a enfrentarse con el nuevo color y la nueva supremacía de la Idoneidad.

Un cuadrúpedo *kwackoo* se dirigió a toda prisa hacia la percha de su líder, se inclinó ante éste y le entregó un mensaje. Casi como si se tratase de una idea de último momento, entregó una copia al Suzerano de Costes y Prevención.

Las noticias que llegaban del punto de transferencia Pourmin no resultaban sorprendentes... se habían oído ecos de enormes naves espaciales que se dirigían a Garth en gran número. Después de aquel fiasco en la Ceremonia de Elevación, era de esperar que se produjesen tales reacciones.

—¿Y bien? —el Suzerano de la Idoneidad interrogó a los oficiales militares presentes—. ¿Planea el Suzerano de Rayo y Garra un plan de defensa de este mundo contra todo consejo, toda sabiduría y todo honor?

Los oficiales, naturalmente, no lo sabían. Habían abandonado a su líder guerrero cuando la confusa y desdichada Muda había cambiado de repente de dirección.

El Suzerano de la Idoneidad ejecutó una danza de impaciencia.

—No me hacéis ningún bien, no hacéis ningún bien al clan, demorando nuestra integración en la equidad. Regresad, elegid, volved a vuestros destacamentos.

Cumplid con vuestro deber de obedecer sus órdenes, pero mantenedme informado de lo que él planea y hace.

La utilización del pronombre masculino fue intencionada. Aunque la Muda aún no se había completado, cualquiera podía decir sin que se le cayeran las plumas hacia donde soplabo el viento.

Los oficiales hicieron las acostumbradas reverencias y salieron todos a una del pabellón.

## ROBERT

El Montículo Ceremonial, ahora tranquilo, estaba cubierto de deshechos. Los fuertes vientos de levante peinaban las laderas plantadas de césped y arrastraban sucios desperdicios procedentes de las lejanas montañas.

En las terrazas más bajas los chimps de la ciudad revolvían entre la basura a la búsqueda de *souvenirs*.

En lo alto, sólo quedaban en pie unos pocos pabellones. Junto a ellos, varias docenas de siluetas negras y grandes se rascaban perezosamente las unas a las otras y parloteaban con las manos, como si nunca se hubieran preocupado de nada más trascendente que la duda de quién sería pareja de quién y qué comerían en su siguiente colación.

A Robert le parecía que los gorilas estaban muy satisfechos de la vida. *Los envidio*, pensó. En su caso, ni siquiera una gran victoria conseguiría acabar con sus preocupaciones. La situación en Garth era aún muy peligrosa.

Tal vez más, incluso, que hacía dos noches, cuando el destino y la casualidad intervinieron para sorprenderlos a todos. La vida a veces era problemática. De hecho, siempre lo era.

Robert volvió su atención a su depósito de datos y a la carta que los oficiales del Instituto de Elevación le habían transmitido una hora antes.

«... Naturalmente, esto resulta muy duro para una mujer mayor, en especial para quien, como yo, ha vivido siguiendo sus propios criterios, pero sé que debo reconocer cuan equivocada estaba respecto a mi propio hijo. Te he juzgado injustamente, y lo siento.

»En mi defensa sólo puedo decir que las apariencias externas pueden ser engañosas, y tú, superficialmente, eras un muchacho tan exasperante... Supongo que tendría que haber sido capaz de ver el interior, esa fortaleza que has demostrado durante estos meses de crisis. Pero nunca se me ocurrió. Tal vez tenía miedo de examinar con demasiada atención mis propios sentimientos.

»En cualquier caso, ya tendremos mucho tiempo para hablar de todo esto cuando llegue la paz. Dejémoslo de momento diciendo que me siento muy orgullosa de ti.

»Tu país y tu clan están en deuda contigo, al igual que tu agradecida madre.

Con afecto,



Megan.»

*Qué extraño*, pensó Robert. Después de tantos años de haber perdido la esperanza de ganar alguna vez su beneplácito, no sabía que hacer con él ahora que lo había conseguido. Irónicamente, sintió simpatía hacia su madre; era obvio que para una persona como ella decir aquellas cosas tenía que resultar muy difícil. Se sintió indulgente con el frío tono de sus palabras.

Todo Garth consideraba a Megan Oneagle una dama benevolente y una justa administradora. Sólo sus maridos errantes y el propio Robert conocían su otro extremo, ése tan absolutamente aterrorizado por las obligaciones permanentes y los dilemas de lealtad privada. Que Robert recordara, era la primera vez en su vida que ella se disculpaba por algo realmente importante, algo relacionado con la familia y las emociones intensas.

Las letras de la pantalla se hicieron borrosas y cerró los ojos. Robert achacó esos síntomas a los campos periféricos de una nave al despegar, el sonido de cuyos motores podía oírse procedente del cosmódromo. Se frotó las mejillas y contempló el gran vehículo de travesía, plateado y casi angelical en su serena belleza, que se elevaba y cruzaba el cielo en su tranquilo viaje hacia el espacio.

—Un grupo más de ratas que vuelan —murmuró.

Uthacalthing no se molestó en volverse para mirar. Yacía boca abajo, apoyado sobre los codos, contemplando las grises aguas.

—Los visitantes galácticos tuvieron mucha más diversión de la que esperaban, Robert. Esa Ceremonia de Elevación fue una maravilla. Para muchos de ellos, la posibilidad de una batalla espacial y un asedio resultaba bastante menos agradable.

—Con uno de cada uno, yo ya he tenido bastante —añadió Fiben Bolger sin abrir los ojos.

Estaba tumbado un poco más abajo, con la cabeza en el regazo de Gaillet Jones. Por el momento, ella tampoco tenía mucho que decir y se concentraba en deshacerle enredos del pelo, poniendo especial cuidado en sus aún lívidamente amoratadas contusiones. Mientras tanto, Jo-Jo le rascaba a Fiben una pierna.

*Bueno, se lo ha ganado*, pensó Robert. Aunque la Ceremonia de Elevación hubiera sido adquirida por los gorilas, las puntuaciones en los exámenes que había realizado el Instituto seguían teniendo validez. Si la Humanidad conseguía superar los problemas actuales y podía afrontar el gasto de una nueva ceremonia, dos sencillos colonos de Garth iniciarían la próxima procesión a la cabeza de todos los refinados chimps de la Tierra. Si bien Fiben no parecía interesado en tal honor, Robert se sentía orgulloso de su amigo.

Una chima que vestía una saya sin adornos se acercaba camino arriba. Incluyó lánguida y brevemente la cabeza ante Uthacalthing y Robert.

—¿Quién quiere saber las últimas noticias? —preguntó Micaela Noddings.

—¡Yo no! —rezongó Fiben—. Dile al universo que por mí se vaya a la m...

—Fiben —Gaillet le regañó con dulzura. Miró a Micaela—. Yo sí.

La chima se sentó y empezó a trabajar en la otra pierna de Fiben. Éste, apaciguado, volvió a cerrar los ojos.

—Kault ha contactado con los suyos. Los *thenanios* ya están en camino.

—¡Qué rapidez! —Robert soltó un silbido—. No pierden el tiempo ¿verdad?

—La gente de Kault se ha puesto ya en comunicación con el Concejo de Terragens para negociar la adquisición de la base genética de los gorilas en barbecho y contratar expertos de la Tierra como asesores.

—Espero que el Concejo consiga un buen precio.

—A caballo regalado no le mires el diente —sugirió Gaillet—. Según algunos de los galácticos que se han ido, la Tierra está pasando un desesperado momento de estrechez, al igual que los *tymbrimi*. Si este asunto significa perder a los *thenanios* como enemigos y tal vez ganarlos como aliados, puede ser de vital importancia.

*A cambio de perder a los gorilas, nuestros primos, como pupilos del clan de la Tierra*, reflexionó Robert.

La noche de la ceremonia él sólo había visto la divertida ironía de todo aquello, compartiendo el punto de vista *tymbrimi* con Uthacalthing. En estos momentos, empero, resultaba difícil no tener en cuenta el coste en términos más serios.

*En primer lugar, nunca fueron realmente nuestros*, se recordó a sí mismo. *Al menos podremos expresar nuestra opinión sobre la forma en que serán elevados. Y Uthacalthing dice que los thenanios no son tan malos como la mayoría.*

—¿Y los *gubru*? —preguntó—. Han accedido a firmar la paz con la Tierra a cambio de que aceptemos la ceremonia.

—Bueno, no fue exactamente la clase de ceremonia que ellos tenían en mente —respondió Gaillet—. ¿No le parece, embajador Uthacalthing?

Los zarcillos del *tymbrimi* ondularon con indolencia. Durante todo el día anterior y la mañana de aquel día se había dedicado a formar pequeños glifos intrincados de pseudo-acertijos, que estaban más allá de la limitada habilidad de captar de Robert, como si se recreara en la recuperación de algo que hubiese perdido.

—Actuarán según su propio interés —dijo Uthacalthing—. La cuestión es si serán capaces de saber qué es lo bueno para ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, al parecer, los *gubru* iniciaron esta expedición con unos objetivos muy confusos. Su Triunvirato es el reflejo del enfrentamiento de las distintas facciones de su planeta natal. La idea inicial de la expedición era la de utilizar a la población de Garth como rehenes para arrancar ciertos secretos al Concejo de Terragens. Pero se dieron cuenta de que la Tierra es tan ignorante como

todos los demás en cuanto al descubrimiento que hizo esa ignominiosa nave vuestra tripulada por delfines.

—¿Se ha sabido algo nuevo del *Streaker*? —interrumpió Robert.

—Los delfines —prosiguió Uthacalthing, tras suspirar y desarrollar un glifo *palanq* en espiral— parecen haber escapado milagrosamente de una trampa que les tendió una docena de los más fanáticos clanes tutores.

»Toda una asombrosa proeza, y ahora el *Streaker* parece haberse esfumado en los caminos estelares. Los humillados fanáticos perdieron mucho prestigio y las tensiones han alcanzado incluso más alto nivel que antes. Es una razón más que tienen los Maestros de la Percha *gubru* para incrementar su miedo.

—Así que cuando los invasores descubrieron que no podían utilizar los rehenes para obtener los secretos de la Tierra por la fuerza, los Suzeranos buscaron otra manera de sacar provecho de su costosa expedición —dedujo Gaillet.

—Exacto. Pero cuando el primer Suzerano de Costes y Prevención murió, el proceso de liderazgo se desestabilizó. En lugar de negociar hacia un consenso en la política, los tres Suzeranos se lanzaron a una desenfrenada competición para alcanzar la posición suprema en la Muda. No estoy seguro de comprender todavía todos los planes que allí se barajaron. Pero el último les va a costar muy caro. El interferir flagrantemente en el justo resultado de una Ceremonia de Elevación es una cuestión muy grave.

Robert vio que Gaillet hacía un gesto de repugnancia al recordar cómo había sido utilizada. Sin abrir los ojos, Fiben alargó una mano y tomó la de la chima.

—Y todo esto, ¿en qué posición nos deja a nosotros? —preguntó Robert a Uthacalthing.

—Tanto el sentido común como el honor exigirán de los *gubru* que cumplan su pacto con la Tierra. Es la única salida de este terrible aprieto.

—Pero usted no cree que ellos lo vean de este modo.

—¿Me quedaría confinado aquí, en terreno neutral, si lo creyese? Tú y yo, Robert, estaríamos con Athaclena ahora mismo, cenando *khoogra* y otras exquisiteces que tengo escondidas, y hablaríamos horas y horas, oh, de tantas cosas... pero esto no ocurrirá hasta que los *gubru* se decidan entre la lógica y la autoinmolación.

—¿Tan mal pueden ponerse las cosas? —Robert sintió un escalofrío. Los chimps también escuchaban con atención.

—Éste es un planeta maravilloso —Uthacalthing miró a su alrededor. Inhaló la dulzura del helado aire como si se tratase de un vino añejo—. Y sin embargo ha sufrido muchos horrores. A veces, lo que conocemos como civilización se dedica a destruir las mismas cosas que ha jurado proteger.

## GALÁCTICOS

—¡Tras ellos! —gritó el Suzerano de Rayo y Garra—, ¡perseguídlas! ¡Dadles caza!

Los soldados de Garra y sus robots de batalla se abalanzaron sobre una pequeña columna de neochimps y los cogieron por sorpresa. Los peludos terrestres se dispusieron a luchar, disparando rudimentarias armas contra los *gubru*. Consiguieron hacer explotar dos pequeñas bolas de fuego que provocaron una lluvia de plumas chamuscadas, pero la resistencia resultó prácticamente inútil. De inmediato, el Suzerano se puso a caminar delicadamente entre los restos de los árboles y mamíferos abatidos. Cuando sus oficiales le informaron que sólo encontraban cadáveres de chimps, lanzó un juramento.

Había oído historias de que por allí había otros seres, humanos y *tymbrimi*, sí, y también los tres veces malditos *thenanios*. ¿Cómo es que ninguno de ellos había surgido repentinamente de la jungla? ¡Tenían que estar todos aliados! ¡Tenía que tratarse de un complot!

Se recibían constantes mensajes, súplicas, demandas para que el almirante regresara a Puerto Helenia y se reuniese en cónclave, en un encuentro, en un nuevo debate para el consenso con los otros dos dirigentes.

¡Consenso! El Suzerano de Rayo y Garra escupió sobre el tronco de un árbol destrozado. Ya sentía el reflujo de las hormonas, la lixiviación de un color que casi le había pertenecido.

¿Consenso? ¡El almirante iba a enseñarles qué era el consenso! Estaba decidido a recuperar su posición de líder. Y el único modo de hacerlo, después de esa catastrófica Ceremonia de Elevación, era demostrándoles la eficacia de la opción militar. Cuando llegasen los *thenanios* a reclamar sus premios garthianos, se encontrarían con sus armas. ¡Que se ocuparan de la Elevación de sus nuevos pupilos desde el espacio profundo!

Naturalmente, para tenerlos a raya y poder devolver el planeta a los Maestros de la Percha, necesitaba la completa seguridad de que no se producirían ataques por la retaguardia, desde la superficie. ¡La oposición de tierra tenía que ser eliminada!

El Suzerano de Rayo y Garra se negaba incluso a considerar la posibilidad de que la ira y la venganza hubieran también coloreado sus decisiones. Admitir tal cosa significaría empezar a caer bajo el predominio de la Idoneidad. Algunos de los oficiales habían desertado ya y sólo habían regresado a sus puestos porque el mojigato sumo sacerdote así lo había ordenado. Aquello resultaba especialmente irritante.

El almirante estaba dispuesto a recuperar la lealtad de estos oficiales por sus propios medios: ¡con la victoria!

—Los nuevos detectores funcionan, son efectivos, son eficientes —danzó de satisfacción—. Nos permiten cazar a los terrestres sin que sea necesario rastrear materiales especiales. ¡Podemos localizarlos por su misma sangre!

Los ayudantes del Suzerano compartían su satisfacción. A aquel paso, pronto todos los irregulares serían eliminados.

Una mortaja pareció caer sobre la celebración cuando se supo que uno de los transportes de tropas que los había llevado hasta allí estaba averiado. Otra consecuencia de la plaga de corrosión que azotaba el material *gubru* en toda la zona de las montañas y en el Valle del Sind. El Suzerano había ordenado una investigación urgente.

—¡No importa! Montaremos todos en los otros vehículos. ¡Nada, nadie, ningún acontecimiento impedirá nuestra cacería!

Los soldados cantaron.

—¡Zooon!

## ATHACLENA

Athaclena contemplaba cómo el velludo humano leía el mensaje por cuarta vez, y no pudo evitar preguntarse si había hecho lo correcto.

Con el pelo y la barba crecidos y el cuerpo desnudo, el mayor Prathachulthorn parecía la esencia misma de un salvaje y carnívoro lobezno, una criatura demasiado peligrosa como para fiarse de ella.

Mientras él miraba el mensaje, Athaclena pudo leer las oleadas de tensión que ascendían por su espalda y luego bajaban por los brazos hasta aquellas poderosas y fuertemente crispadas manos.

—Parece ser que tengo órdenes de perdonarte y seguir tus planes, señorita —la última palabra terminó en un silbido—. ¿Significa esto que me liberarán si prometo ser bueno? ¿Cómo puedo estar seguro de que esta orden es auténtica?

Athaclena sabía que tenía muy pocas alternativas. De ahora en adelante, no iba a poder utilizar la fuerza chimp para seguir custodiando a Prathachulthorn. Aquellos en los que podía confiar que ignorasen la voz de mando del humano eran muy pocos, y éste casi había logrado escapar en cuatro ocasiones. La otra alternativa era terminar con él en aquel mismo momento y lugar, pero no deseaba hacerlo.

—No me cabe duda de que me mataría en el instante en que descubriese que el mensaje no es verdadero —replicó Athaclena.

—En eso tienes mi palabra —sus dientes parecieron centellear.

—¿Y en qué más?

—Según estas órdenes del gobierno en el exilio —cerró los ojos y los abrió de nuevo—, no tengo otra salida salvo actuar como si nunca me hubiesen secuestrado, imaginar que no se ha producido ningún motín y adaptar mi estrategia a tus consejos. Muy bien, estoy de acuerdo con esto, siempre que tengas presente que voy a apelar a mis jefes en la Tierra a la primera oportunidad que se me presente. Y ellos llevarán el asunto ante el TAASF. Y una vez que la Coordinadora Oneagle sea destituida, ya nos veremos las caras tú y yo, jovencita *tymbrimi*. Iré a buscarte.

El odio franco y abierto de su mente la hizo temblar y sentir confianza a la vez. El hombre no ocultaba nada. La verdad quemaba detrás de sus palabras. Hizo una seña a Benjamín.

—Suéltalo.

Con aspecto infeliz y evitando encontrarse con los ojos del humano de pelo negro, los chimps bajaron la jaula y serraron la puerta. Prathachulthorn salió frotándose los brazos y, de pronto se volvió y dio un salto, yendo a caer muy cerca de ella. Soltó una carcajada al ver que Athaclena y los chimps retrocedían.

—¿Dónde están mis oficiales? —preguntó de forma cortante.

—Exactamente no lo sé —respondió Athaclena al tiempo que intentaba detener una reacción *gheer*—. Nos hemos dispersado en grupos pequeños y hemos tenido incluso que abandonar las cuevas cuando se hizo evidente que eran un lugar comprometido.

—¿Y ese sitio? —Prathachulthorn señaló las vertientes humeantes del monte Fossey.

—Esperamos que el enemigo lance un ataque contra ese lugar en cualquier momento —respondió ella con sinceridad.

—Bien —dijo—, no creo ni la mitad de lo que me contaste ayer sobre esa «Ceremonia de Elevación» y sus consecuencias, pero te diré una cosa: tu papá y tú parece que habéis fastidiado bien a los *gubru* —husmeó el aire como si estuviera ya siguiendo un rastro—. Supongo que tienes un mapa táctico de situación y un depósito de datos para mí, ¿verdad?

Benjamín le acercó uno de los ordenadores portátiles, pero Prathachulthorn alzó una mano.

—Ahora no. Primero, vámonos de aquí. Quiero verme lejos de este lugar.

Athaclena asintió. Podía comprender perfectamente cómo se sentía el hombre.

Prathachulthorn lanzó una risotada cuando ella declino su burlón ofrecimiento caballeresco para que se adelantara e insistió en que fuera él primero.

—Como quieras —rió entre dientes.

Pronto se encontraron entre los árboles y bajo la densa bóveda de la jungla. Poco después, oyeron algo que parecía un trueno donde había estado su refugio, aunque no había en el cielo ni una sola nube.

## SYLVIE

La noche estaba iluminada por ardientes focos que estallaban hacia delante actínicamente y proyectaban unas rígidas sombras al derivar lentamente hacia el suelo. Su impacto sobre los sentidos era tan repentino y aturdidor que ahogaba incluso el ruido de la batalla y los gritos de los agonizantes.

Eran los defensores quienes lanzaban las ardientes antorchas al aire, ya que sus asaltantes no necesitaban de ninguna luz que los guiase. Seguían los rastros con radar e infrarrojos y atacaban con una mortal precisión, salvo cuando se veían súbitamente cegados por el brillo de las llamaradas.

Los chimps huían en todas direcciones del oscuro campamento nocturno, desnudos, llevando sólo comida y unas pocas armas a la espalda. La mayoría eran refugiados de los villorrios de la montaña que habían ardido con el reciente recrudescimiento de la guerra. Unos cuantos irregulares entrenados se quedaron en la retaguardia en una desesperada acción para cubrir la retirada de los civiles.

Utilizaron todos los medios que tenían a su alcance para engañar a los precisos y mortales detectores aéreos del enemigo. Los cohetes luminosos eran complejos y ajustaban automáticamente sus rayos para interferir lo más eficazmente posible en los sensores activos y pasivos. Lograron retrasar los ataques, pero sólo por poco tiempo.

Por otro lado, no contaban con muchos cohetes.

Además, el enemigo poseía algo nuevo, un sistema secreto que le permitía localizar a los chimps incluso cuando se hallaban desnudos bajo la espesa vegetación, desprovistos del más simple artificio.

Lo único que podían hacer los perseguidos era dividirse en grupos cada vez más pequeños. La perspectiva de los que conseguían huir era la de vivir como animales, solos, a lo sumo en pareja, de un modo salvaje, agazapados bajo unos cielos que antes les habían pertenecido y bajo los que habían correteado a placer.

Sylvie estaba ayudando a una chima y a dos bebés chimps a encaramarse en el tronco de un árbol cubierto de enredaderas, cuando de repente se le pusieron los pelos de punta al percibir unos gravíticos que se acercaban.

Rápidamente hizo señas a los demás para que se pusieran a cubierto, pero hubo algo, tal vez el inestable ritmo de los motores, que la indujo a quedarse rezagada y mirar sobre el borde de un tronco caído. Apenas pudo vislumbrar en la negrura el débil y blanquecino destello de una forma que caía verticalmente a través de la jungla, se estrellaba, produciendo un gran ruido contra las ramas y desaparecía después en la penumbra de la selva.

Miró hacia el negro canal que la nave había abierto al caer. Escuchó con atención,



mordiéndose las uñas, mientras llovían sobre ella astillas y hojas.

—¡Donna! —susurró. La chima asomó la cabeza entre unas ramas—. ¿Podrás llegar sola con los niños hasta el lugar de la cita? —le preguntó Sylvie—. Todo lo que tienes que hacer es continuar montaña abajo hasta que encuentres un arroyo y luego seguirlo hasta llegar a una pequeña catarata y una cueva. ¿Crees que podrás?

Donna se concentró en silencio unos instantes y finalmente asintió con la cabeza.

—Bien —continuó Sylvie—. Cuando veas a Petri dile que vi caer una patrullera enemiga y que he ido a echarle un vistazo.

El miedo había dilatado los ojos de la chima de modo que el blanco brillaba alrededor de los iris. Parpadeó un par de veces y luego tendió los brazos hacia los niños.

Cuando éstos estuvieron por fin bajo su protección, Sylvie ya se había internado con cautela por el túnel bordeado de árboles rotos.

*¿Por qué estoy haciendo esto?*, se preguntó Sylvie mientras pasaba sobre unas ramas que todavía rezumaban una agria savia. Adivinó los fugaces movimientos de los pequeños animales nativos que se escabullían buscando un lugar donde esconderse después de asistir a la devastación de sus hogares. El olor de ozono le erizó todos los pelos. Y luego, a medida que se acercaba, le llegó otro olor familiar: el de pájaro excesivamente asado.

En la penumbra todo parecía misterioso. No había el más mínimo color, sólo sombras grises. Cuando el casco blanquecino de la nave estrellada apareció frente a ella, Sylvie vio que había quedado en una inclinación de cuarenta grados y con la parte delantera prácticamente destrozada a causa del impacto.

Oyó el débil crujido de alguna pieza electrónica que iba dejando de funcionar. Pero, aparte de eso, del interior no provenía ningún sonido. La escotilla principal había quedado medio desprendida de sus bisagras.

Tocó el casco aún caliente y se acercó con cuidado. Sus dedos encontraron el perfil de uno de los impulsores gravíticos y de él se desprendieron unas capas corroídas. *Vaya porquería de mantenimiento*, pensó, en parte para tener la mente ocupada en algo. *Me pregunto si ésa fue la causa de que se estrellara*. Sentía la boca seca y el corazón oprimido a medida que se acercaba a la abertura para mirar al interior.

Dos *gubru* permanecían aún sentados en la cabina con el cinturón de seguridad puesto y sus cabezas de afilados picos colgando de unos delgados cuellos rotos.

Tragó saliva. Hizo un esfuerzo de voluntad para levantar un pie y apoyarlo con cuidado sobre la inclinada cubierta. Sus latidos casi se detuvieron cuando oyó crujir una de las placas y vio a un soldado de Garra que aún se movía. Pero el movimiento era debido al balanceo de la destrozada nave.

—Goodall —Sylvie gimió y se llevó la mano al corazón. Resultaba difícil

concentrarse cuando todos sus instintos la instaban a marcharse de allí corriendo.

Tal como había hecho durante muchos días, Sylvie intentó imaginar qué haría Gaillet Jones en circunstancias como aquéllas. Sabía que nunca sería una chima como Gaillet; eso era imposible. Pero si se esforzaba...

—Armas —susurró para sí, al tiempo que obligaba a sus temblorosas manos a extraer las armas de los soldados de sus fundas. Los segundos parecían horas, pero pronto dos rifles sable se unieron a varias pistolas en una pila a la entrada de la escotilla. Sylvie estaba a punto de agacharse a recoger las armas cuando soltó un silbido y se golpeó la frente.

—¡Idiota! Athaclena necesita inteligencia mucho más que armas de juguete.

Volvió a la cabina de pilotaje y la escudriñó, preguntándose si sería capaz de reconocer algo importante si lo encontraba ante sí.

*Vamos. Eres una ciudadana de Terragens con el bachillerato casi terminado. Y has pasado meses trabajando para los gubru.*

Se concentró y reconoció los controles de vuelo y, por unos símbolos que obviamente representaban misiles, el tablero de mandos del armamento. Otra pantalla, iluminada aún por la cada vez más débil batería de la nave, mostraba un mapa en relieve del territorio, con múltiples señales e indicaciones escritas en galáctico-Tres.

*¿Puede ser esto lo que utilizan para encontrar nuestro rastro?*

Bajo la pantalla había un cuadrante con palabras que conocía de la lengua del enemigo: «Selector de frecuencias», decía la etiqueta.

En la esquina inferior izquierda de la pantalla se abrió un recuadro y aparecieron más letreros misteriosos, demasiado complicados para ella. Pero encima del texto había un complejo dibujo que cualquier adulto de una sociedad civilizada podría reconocer como un diagrama químico.

Sylvie no era especialista en química, pero tenía unos conocimientos básicos y algo de la molécula allí representada le parecía extrañamente familiar. Se concentró y trató de pronunciar el identificador, la palabra que aparecía bajo el diagrama. Recordó el alfabeto de gal-Tres.

—He... Hem... Hemog...

Recorrió con la punta de la lengua el perfil de sus labios y luego susurró una sola palabra.

—Hemoglobina.

## GALÁCTICOS

—¡Guerra biológica! —el Suzerano de Rayo y Garra señaló al *kwackoo* que le había llevado las noticias mientras se desplazaba dando saltos por el puente de la nave de guerra donde mantenía la reunión—. Esta corrosión, esta descomposición, esta plaga en el blindaje y los aparatos ¿ha sido creada, diseñada?

—Sí —dijo el técnico después de hacerle una reverencia—. Hay diversos agentes: bacterias, priones, moldes. Apenas encontramos la composición tomamos de inmediato medidas para contrarrestarla. Llevará algún tiempo tratar todas las superficies afectadas con organismos que los combatan, pero a la larga tendremos éxito y lo reduciremos a una pequeña molestia.

A la larga, pensó con amargura el almirante. ¿Cómo habían distribuido esos agentes?

El *kwackoo* sacó de su bolsillo un trozo de material membranoso parecido a la tela que terminaba en unos delgados flecos.

—Cuando empezaron a aparecer estas cosas traídas por el viento, consultamos los archivos de la Biblioteca e interrogamos a los nativos. Cada año, al principio del invierno, tiene lugar regularmente una molesta invasión de estos objetos a lo largo de esta costa del continente, por lo cual decidimos ignorarlos. Sin embargo, parece que los rebeldes de las montañas han encontrado un sistema para infectar estos transportes aéreos de esporas con ciertas entidades biológicas que destruyen nuestro material. Cuando nos dimos cuenta, la dispersión era ya casi total. Ha resultado ser una maquinación muy ingeniosa.

—¿Cuán grave, cuán severo, cuán catastrófico es el daño? —el jefe militar paseaba nervioso de arriba abajo.

—Una tercera parte de nuestros transportes de superficie está afectada —una nueva reverencia—. Y dos de las baterías de defensa del cosmódromo estarán fuera de servicio durante diez días planetarios.

—¡Diez días!

—Como muy bien sabe, no recibimos recambios de nuestro planeta natal.

El almirante no necesitaba que se lo recordasen. Casi todas las rutas hacia Gimelhai estaban obstruidas por las armadas alienígenas que pacientemente quitaban las minas colocadas alrededor del sistema de Garth.

Y por si esto no fuera suficiente, los otros dos Suzeranos estaban ahora unidos en su contra. Si la facción del almirante decidía combatir, ellos no podrían hacer nada para impedirlo. No obstante, podían privarlo de todo apoyo religioso y burocrático. Y ya podían apreciarse los efectos de tal medida.

La tensión se fue acumulando hasta que un dolor fuerte y vibrante pareció latir dentro de la cabeza del Suzerano.

—¡Me las pagarán! —chilló—. ¡Malditas sean las limitaciones de los sacerdotes y los contadores de monedas!

El Suzerano de Rayo y Garra recordó con afectuosa nostalgia las grandes flotas que él había conducido hasta el sistema. Pero hacía tiempo que los Maestros de la Percha reclamaron aquellas naves para que atendieran otras necesidades desesperadas, y seguramente muchas de ellas debían de haberse convertido ya en ruinas humeantes, en las lejanas contiendas galácticas.

A fin de evitar tales pensamientos, el almirante reflexionó sobre el cerco que habían tendido alrededor de las debilitadas plazas fuertes de los insurgentes en las montañas. Al menos, aquella preocupación pronto se habría acabado para siempre.

Y bueno que el Instituto de Elevación intentase mantener la neutralidad del Montículo Ceremonial en medio de un planeta lanzado a una batalla espacial. Bajo tales circunstancias, era bien sabido que los misiles podían caer en lugares equivocados, tanto en ciudades de civiles como en territorios neutrales.

¡Qué horror! Sentirían conmiseración, por supuesto. ¡Una pena! Pero aquéllos eran gajes de la guerra.

## UTHACALTHING

Ya no tenía que mantener en secreto los anhelos de su corazón, ni precisaba contener sus sentimientos tan profundamente guardados. No importaba si los detectores alienígenas captaban sus emanaciones psíquicas porque seguramente ya sabrían dónde encontrarlo cuando llegase la ocasión.

Al amanecer, mientras las nubes situadas al este que cubrían al sol, teñían de gris el cielo, Uthacalthing paseó por las terrazas de la colina cubiertas de rocío y extendió todos los sentidos que poseía.

El milagro de hacía unos días había hecho estallar la crisálida de su alma. Cuando ya creía que el invierno reinaría para siempre habían surgido nuevos vástagos. Tanto los humanos como los *tymbrimi* consideraban que el amor era el poder supremo. Pero había también algo más que decir, en nombre de la ironía.

*Estoy vivo y capto el mundo como algo hermoso.*

Empleó toda su habilidad en formar un glifo que flotaba, delicado y ligero, sobre sus ondulantes zarcillos.

Había sido conducido a aquel lugar, tan cerca de donde habían empezado todos sus planes, para presenciar cómo sus bromas se habían vuelto hacia él y le daban todo lo que había deseado, pero de un modo tan sorprendente...

El amanecer le otorgó color al mundo. Era un paisaje invernal de huertas sin frutos en la tierra y barcos calafateados en el mar. Las aguas de la bahía se vestían con líneas de espuma desflecadas por el viento. Y sin embargo, el sol templaba el ambiente.

Pensó en el universo, tan peculiar, a menudo extraño y tan lleno de peligro y tragedia.

Pero también de sorpresa.

*Sorpresa... esa bendición que nos dice que esto es real.* Extendió los brazos para abarcarlo todo. *Incluso el más imaginativo de nosotros no podría haber creado todo esto en el interior de su mente.*

No dejó el glifo en libertad. Éste flotaba como por voluntad propia, inalterado por los vientos matinales, esperando la ocasión de sorprenderse.

Más tarde asistió a una larga reunión con la Gran Examinadora, Kault y Cordwainer Appelbe. Todos deseaban su consejo e intentó no decepcionarlos.

Hacia el mediodía, Robert Oneagle lo llevó aparte y volvió a proponerle su plan de fuga. El joven humano estaba harto de su confinamiento en el Montículo

Ceremonial y quería ir con Fiben a actuar contra los *gubru*. Todos tenían noticias de la lucha en las montañas, y Robert quería ayudar a Athaclena como fuese.

—Pero si piensas que puedes hacerlo es que te subestimas, hijo mío — Uthacalthing sentía simpatía hacia él.

—¿Qué quiere decir? —Robert parpadeó.

—Quiero decir que los mandos militares *gubru* ahora ya están enterados de lo peligrosos que sois Fiben y tú. Y quizá, con algún pequeño esfuerzo por mi parte, también me incluyan en la lista. ¿Por qué crees que siguen manteniendo esas patrullas cuando es seguro que tienen otras necesidades acuciantes?

Señaló la nave que cruzaba el cielo tras el perímetro del territorio del Instituto. No había duda de que incluso las tuberías de líquido refrigerador que iban hasta las plantas de energía eran vigiladas con sondas de una tremenda complejidad. Robert había sugerido utilizar planeadores hechos a mano, pero a buen seguro el enemigo ya estaba enterado de ese truco lobezno. Habían recibido costosas lecciones.

—Es de este modo como ayudamos a Athaclena —dijo Uthacalthing—. Haciendo un gesto de burla al enemigo, sonriendo como si se nos hubiera ocurrido algo especial que ellos no saben. Asustando a unas criaturas que se encuentran con lo que merecen por carecer de sentido del humor.

Robert no hizo ningún signo externo para indicar que había comprendido. Pero, para deleite de Uthacalthing, el joven formó una simple versión del glifo *kiniwidlun*. Se echó a reír. Era evidente que Robert lo había aprendido de Athaclena.

—Sí, querido y extraño hijo adoptivo. Tenemos que hacer que los *gubru* sean dolorosamente conscientes de que los chicos harán lo que hacen los chicos.

Más tarde, empero, hacia la puesta de sol, Uthacalthing se puso súbitamente de pie en su oscura tienda y salió fuera. Miró otra vez hacia el este mientras sus zarcillos ondulaban y buscaban.

En algún lugar, a lo lejos, sabía que su hija estaba pensando intensamente. Quizás había ocurrido algo, o había recibido noticias, y se concentraba como si su vida dependiera de ello.

Luego, el breve momento de unión se rompió. Uthacalthing se volvió pero no regresó a su refugio. En cambio, se dirigió un poco hacia el norte y apartó la cortina de entrada de la tienda de Robert. El humano alzó la vista de su lectura con una expresión en su rostro que, a la luz de la pantalla del ordenador, parecía algo salvaje.

—Creo que en realidad hay una forma de salir de esta montaña —le dijo al humano—. Al menos durante un rato.

—Siga —le pidió Robert.

—¿No te dije —Uthacalthing sonrió—, o fue a tu madre, que todas las cosas tienen su principio y su fin en la Biblioteca?

## GALÁCTICOS

Las cosas se habían puesto muy mal. El consenso se había roto por completo y el Suzerano de la Idoneidad no sabía cómo pegar los pedazos.

El Suzerano de Costes y Prevención estaba prácticamente replegado en sí mismo. La burocracia funcionaba por inercia, sin ningún tipo de guía.

Y el tercero, el estandarte de la fuerza y la virilidad, el Suzerano de Rayo y Garra, no respondía a los llamamientos que le hacían para un cónclave. Parecía, de hecho, decidido a iniciar una carrera que no sólo le conduciría a su propia destrucción sino también a la posible devastación de un mundo tan frágil como aquél. Si eso llegaba a ocurrir, el golpe al ya tambaleante honor de aquella expedición, a aquella rama del clan *gooksyu-gubru*, sería mucho más de lo que se podía soportar.

Y, sin embargo, ¿qué podía hacer el Suzerano de la Idoneidad? Los Maestros de la Percha, distraídos con problemas más cercanos a su planeta natal, no ofrecían ningún consejo útil. Habían esperado que la expedición del Triunvirato trajese consigo la fusión, la Muda y un consenso de sabiduría. Pero la Muda había ido mal, terriblemente mal. Y no había sabiduría para ofrecerles.

El Suzerano de la Idoneidad sentía una tristeza, una impotencia, que sobrepasaban a la de un navegante cuyo barco va a chocar contra los escollos: eran las de un sacerdote predestinado a supervisar un sacrilegio.

La pérdida era intensa y personal, y muy antigua en el corazón de la raza. Ciertamente, las plumas que surgían bajo su plumaje blanco eran ya rojas. Pero había cierto apelativo para las reinas *gubru* que alcanzaban su feminidad sin el gozoso consentimiento y ayuda de los otros dos, con quienes debía compartir el placer, el honor y la gloria.

Su mayor ambición se había hecho realidad pero la perspectiva era solitaria y amarga.

El Suzerano de la Idoneidad escondió el pico bajo el brazo y, tal como hacían sus congéneres, lloró.

## ATHACLENA

«Plantas vampiro». Así las había llamado Lydia McCue. Estaba de guardia en compañía de dos de sus soldados de Terragens, con la piel reluciente bajo las capas de pintura de camuflaje. Supuestamente, la sustancia los protegería de la detección por infrarrojos y, era de esperar, del nuevo detector de resonancia del enemigo.

*¿Plantas vampiro?* pensó Athaclena. *Desde luego, es una buena metáfora.*

Vertió casi un litro de un brillante y rojo fluido en las oscuras aguas de una charca de la jungla, donde se congregaban cientos de pequeñas enredaderas en uno de los frecuentes centros de intercambio de microelementos.

En todas partes, lejos de allí, otros grupos celebraban rituales similares en pequeños claros de la jungla.

Athaclena recordaba los cuentos infantiles de los lobeznos, cuentos de ritos mágicos en bosques encantados y sortilegios místicos. Si volvía a ver a su padre, tendría que acordarse de referirle la analogía.

—Desde luego —le dijo a la teniente McCue—. Mis chimps se han quedado completamente secos después de donar toda la sangre que necesitamos para nuestros propósitos. Seguramente hay maneras más sutiles de hacerlo, pero ya no tenemos tiempo.

Lydia respondió con un gruñido y un gesto de asentimiento. La terrestre estaba aún en conflicto consigo misma. Lógicamente, admitía que si el mayor Prathachulthorn hubiese continuado al mando unas semanas más, los resultados habrían sido catastróficos. Los acontecimientos subsiguientes habían demostrado que Athaclena y Robert tenían razón.

Pero la teniente McCue no podía olvidar fácilmente su juramento. Hacía poco que las dos mujeres habían empezado a hacerse amigas, hablando durante horas y compartiendo sus diferentes anhelos por Robert Oneagle.

Pero ahora que al fin se había sabido la verdad sobre el secuestro y el motín contra el mayor Prathachulthorn, se había abierto un abismo entre ellas.

El líquido rojo formaba remolinos entre las diminutas raicillas. Era evidente que las semimóviles enredaderas estaban ya reaccionando y absorbiendo las nuevas sustancias.

No había tiempo para sutilezas. Sólo una burda expresión de la idea que irrumpió en su mente al oír el informe de Sylvie. *Hemoglobina. Los gubru tienen detectores que pueden captar la resonancia contra el principal componente de la sangre terrestre. Con tal sensibilidad, los aparatos deben de ser terriblemente caros.*

Había que encontrar una forma de contrarrestar la nueva arma o el único ser



sapiente que quedaría con vida en las montañas sería ella. Una de las soluciones posibles era muy drástica y todo un símbolo de lo que una nación podía exigir a sus miembros. Su unidad de guerrillas estaba ahora a punto de desplomarse, tan agotada por sus demandas de sangre que algunos de los chimps habían cambiado el nombre que le aplicaban. En lugar de llamarla «general» habían empezado a referirse a Athaclena llamándola «condesa»<sup>[6]</sup>, y luego reían enseñando los colmillos.

Por suerte, quedaban aún muchos técnicos chimp, muchos de los que habían ayudado a Robert a trazar el plan de la plaga de microbios contra el material del enemigo, que podían ayudarle en su chapucero experimento.

*Añadir moléculas de hemoglobina a los microelementos que necesitan ciertas enredaderas. Esperar que la nueva combinación siga satisfaciéndolas y rezar para que las enredaderas la transfieran lo más rápidamente posible.*

Llegó un mensajero chimp y le susurró algo a la teniente McCue. Ésta a su vez se volvió hacia Athaclena y le dijo:

—El mayor está casi a punto —comentó la humana de piel oscura, e indiferentemente añadió—: Y nuestras patrullas dicen haber detectado naves aéreas que se dirigen hacia aquí.

Athaclena asintió.

—Ya hemos terminado con esto. Marchémonos. En las próximas horas conoceremos los resultados.

## GALÁCTICOS

—¡Allí! Percibimos una concentración, reunión, acumulación de imprudentes enemigos. Los lobeznos huyen en una dirección previsible. ¡Y ahora podemos golpearlos, atacarlos, abatirlos!

Sus detectores especiales habían peinado los senderos que recorrían la jungla. El Suzerano de Rayo y Garra formuló una orden y una brigada compuesta por la élite de los soldados *gubru* se apostó sobre el pequeño valle donde su presa estaba atrapada, controlada.

—¡Cautivos, rehenes, nuevos prisioneros a quien interrogar... eso es lo que quiero!

## EL MAYOR PRATHACHULTHORN

El cebo era invisible. Su presencia sólo estaba indicada por un leve flujo, apenas detectable, de complejas moléculas que se desplazaba a través de la intrincada red de vegetación de la jungla. En realidad, el mayor Prathachulthorn no tenía forma de saber con certeza qué había allí. Se sentía aturdido tendiendo una emboscada y preparando su ataque en la ladera contra el valle solitario, plagado de pequeñas charcas, que veía desde allí.

Y sin embargo, en la situación había algo simétrico, casi poético. Si el truco por ventura funcionaba, aquella mañana experimentaría la alegría de la batalla.

Y si no funcionaba, intentaría tener la satisfacción de estrangular cierto cuello alienígena muy delgado, a pesar de las consecuencias que aquello pudiera tener para su carrera y para su vida.

—¡Feng! —le gritó a uno de sus soldados—. ¡No se rasque!

El cabo se examinó rápidamente para asegurarse de que no había saltado nada de la pintura de camuflaje que le daba a su piel aquel tono verde enfermizo. Habían mezclado la nueva sustancia a toda prisa, con la esperanza de que bloquease la resonancia de la hemoglobina que permitía al enemigo localizar a los terrestres bajo la bóveda de la jungla. Pero, desde luego, podía haberse equivocado por completo. Prathachulthorn sólo tenía la palabra de los chimp y de esa maldita *tym*...

—¡Mayor! —susurró alguien. Era un soldado de caballería chimp que no parecía muy cómodo con el tinte verde de su pelo. Hizo una seña desde lo alto de un árbol. Prathachulthorn se dio por enterado e hizo a su vez una seña con la mano.

*Bien, pensó, tengo que admitir que algunos de estos chimps locales se están convirtiendo en unos irregulares estupendos.*

Una serie de explosiones sónicas sacudieron el follaje de los árboles, seguidas por el chirrido de unas naves aéreas que se acercaban. Pasaron sobre el pequeño valle a la altura de las copas de los árboles, siguiendo el montañoso terreno con la precisión de un piloto automático. Justo en el momento adecuado, los soldados de Garra saltaron de los grandes transportadores de tropas para dirigirse a un determinado bosquecillo de la jungla.

Los árboles de allí eran únicos en un aspecto, en su anhelo por un determinado microelemento que llegaba hasta ellos a través de las enredaderas de largo recorrido. Pero esta vez las enredaderas habían transportado algo más, algo salido de las venas de los terrestres.

—Esperad —susurró Prathachulthorn—. Esperad a que lleguen los grandes.

En seguida todos sintieron los efectos de los gravíticos que se acercaban, esta vez

a una escala mayor. Sobre el horizonte apareció una nave de guerra *gubru* que se desplazaba con serenidad a unos cientos de metros del suelo. Aquel era un objetivo por el que merecía la pena sacrificar lo que fuese. Hasta entonces, el problema había sido saber cuándo aparecería algo así. Los misiles giratorios eran un arma estupenda pero muy poco manejable. Había que instalarla de antemano, y la sorpresa era esencial.

—Esperad —murmuró mientras la gran nave se acercaba más—. No los asustéis.

Abajo, los soldados de Garra piaban ya de consternación al descubrir que no había ningún enemigo esperándolos, ni siquiera chimps civiles a quienes apresar e interrogar. En cualquier momento, los soldados podían adivinar la verdad.

—Esperad un minuto más hasta que... —los instó el mayor Prathachulthorn.

Pero uno de los artilleros chimp debió de perder la paciencia. De pronto, unos rayos surgieron hacia el cielo desde el lado opuesto del valle. Un instante después convergieron tres rayos más. Prathachulthorn se agachó cubriéndose la cabeza.

El brillo parecía penetrar desde atrás, a través de su cráneo. Unas oleadas de *deja vu* se alternaban con oleadas de náusea, y por un momento sintió como si una anómala corriente de gravedad intentara levantarlo del suelo de la jungla. Entonces la onda golpeó.

Fue antes de que alguien pudiera mirar de nuevo hacia arriba. Cuando lo hicieron, se vieron obligados a parpadear entre las nubes de polvo y arenilla a la deriva que rodeaba los árboles abatidos y las diseminadas enredaderas. Una zona aplanada y chamuscada mostraba el lugar donde, momentos antes, se había posado la nave de guerra *gubru*. Una lluvia de fragmentos rojos seguía cayendo, incendiando el lugar donde se posaban.

Prathachulthorn sonrió. Hizo ondear una bengala en el aire: la señal de avance.

Algunas de las naves enemigas que estaban en tierra se habían hecho pedazos a causa de la ola de sobrepresión. Sin embargo, tres de ellas se elevaron y se dirigieron hacia el lugar de donde habían partido los misiles, clamando venganza. Pero sus pilotos no sabían que ahora se estaban enfrentando con la infantería de marina de Terragens. Era sorprendente lo que podían conseguir tres rifles sable capturados al enemigo, en manos avezadas. Pronto, otros tres puntos de la superficie del valle empezaron a ser pasto de las llamas.

Más abajo, unos chimps de rostro ceñudo seguían avanzando, y el combate pronto se convirtió en algo más personal, en una sangrienta lucha con láseres y rifles, arcos y ballestas.

Cuando llegaron al cuerpo a cuerpo, Prathachulthorn comprendió que habían vencido.

*No puedo dejar toda esta labor de cerco a los locales*, pensó. Por tanto, se unió a la persecución a través del bosque, mientras la retaguardia *gubru* intentaba

furiosamente cubrir la retirada de los supervivientes. Y, hasta el fin de sus días, los chimps que lo vieron hablarían de ello: una figura de color verde pálido con taparrabos y barba, que se desplazaba por entre los árboles enfrentándose a los soldados de Garra completamente armados, tan sólo con un cuchillo y un garrote. Parecía imposible de detener y, en efecto, ningún ser vivo pudo hacerlo.

Fue una sonda de batalla averiada, que volvió a funcionar parcialmente gracias a su circuito de autorreparación. Tal vez hizo una conexión lógica entre la caída final de las fuerzas *gubru* y aquella temible criatura que parecía disfrutar tanto con la batalla. O tal vez no fue más que el posterior estallido provocado por un reflejo mecánico y eléctrico.

Logró lo que deseaba. Con una amarga sonrisa, con las manos alrededor de una garganta cubierta de plumas, estranguló a uno más de aquellos odiosos seres a quienes él negaba el derecho a estar en el mundo.

## ATHACLENA

Bien, pensó cuando un excitado mensajero chimp le comunicó con voz entrecortada las jubilosas noticias de una victoria total. Aquél era sin duda el mayor golpe de los rebeldes.

*En cierto sentido, el propio Garth se ha convertido en nuestro aliado. Su red vital está malherida pero aún es sutilmente poderosa.*

Habían atraído a los *gubru* con moléculas de hemoglobina humana y de chimp que las profusas enredaderas se habían encargado de transportar. Athaclena estaba francamente sorprendida por el buen funcionamiento de su improvisado plan. Su éxito demostraba cuan estúpido había sido el enemigo por confiar excesivamente en sus complejos aparatos.

*Ahora tenemos que decidir qué haremos a continuación.*

La teniente McCue levantó la vista del informe de la batalla que el fatigado mensajero chimp había traído y miró a Athaclena a los ojos. Las dos mujeres compartieron un momento de silenciosa comunicación.

—Será mejor que me ponga en marcha —dijo Lydia por fin—. Hay que organizar los elementos dispersos, distribuir el material capturado al enemigo, y ahora yo estoy al mando de todo.

Athaclena asintió. No se sentía afligida por la muerte de Prathachulthorn, pero respetaba al humano por lo que había sido: un guerrero.

—¿Cuándo crees que atacarán de nuevo? —preguntó.

—Ahora que su principal método de detectarnos ha fallado, no puedo ni imaginarlo. Actúan como si no les quedara mucho tiempo. —Lydia frunció el ceño pensativamente—. ¿Es cierto que la flota *thenania* está en camino? —preguntó.

—Los oficiales del Instituto de Elevación hablan de ello abiertamente en las ondas. Los *thenanios* vienen a hacerse cargo de sus nuevos pupilos. Y como parte de un acuerdo con mi padre y con la Tierra, tienen la obligación de ayudar a expulsar a los *gubru* de este sistema.

Athaclena se sentía aún asombrada al comprobar hasta qué punto había funcionado el plan de su padre.

Cuando empezó la crisis, hacía casi un año de Garth, parecía claro que ni la Tierra ni Tymbrimi podrían ayudar a aquella colonia tan distante. Y la mayoría de galácticos «moderados» eran tan lentos y tan juiciosos que había muy pocas esperanzas de poder persuadir a alguno de aquellos clanes para que interviniera. Uthacalthing confiaba en conseguir engañar a los *thenanios* para que se enfrentaran entre sí los peores enemigos de la Tierra.

El plan había funcionado más allá de las expectativas de Uthacalthing porque hubo un factor sobre el que su padre no tenía conocimiento: los gorilas. ¿Qué había provocado su migración masiva hacia el Montículo Ceremonial? ¿El intercambio *s'ustru'thoon*, tal como ella creyera en un principio? ¿O tenía razón la Gran Examinadora del Instituto al afirmar que había sido el destino quien dispuso que la nueva raza pupila estuviera en el sitio adecuado y en el momento oportuno para conseguir su elección? En cierto modo, Athaclena estaba segura de que había en ello mucho más de lo que se sabía, y quizá se llegaría a saber.

—Así que los *thenanios* vienen a echar a los *gubru* —Lydia parecía no saber qué pensar de la situación—. Entonces es que hemos vencido ¿no? Quiero decir que los *gubru* no podrán negarles la entrada de forma indefinida. Aunque militarmente fuera posible, perderían tanto prestigio en las Cinco Galaxias que hasta los moderados se sentirían molestos y al final se movilizarían.

La capacidad de percepción de la humana era impresionante. Athaclena asintió.

—Su situación parece requerir que se negocie. Pero eso presupone lógica. Y me temo que la facción militar *gubru* está actuando de un modo irracional.

—Ese tipo de enemigo resulta a menudo mucho más peligroso que un oponente racional —Lydia se estremeció—. No actúa según un interés inteligente.

—Mi padre afirmaba en su última comunicación, que los *gubru* estaban fuertemente divididos —dijo Athaclena.

Las emisiones desde el territorio del Instituto eran ahora la mejor fuente de información para las guerrillas.

Robert, Fiben y Uthacalthing se turnaban en las transmisiones y contribuían de un modo eficaz a elevar la moral de los luchadores de la montaña, al tiempo que seguramente hacían aumentar la grave irritación del invasor.

—Tendremos que actuar basándonos en la suposición de que a partir de ahora nos enfrentaremos a una guerra sin cuartel —Lydia suspiró—. Si la opinión galáctica no les importa en absoluto, puede incluso que utilicen armamento espacial en la superficie del planeta. Lo mejor será que nos dispersemos lo máximo posible.

—Hmmm, sí —admitió Athaclena—. Pero si utilizan quemadores o bombas del infierno, todo está perdido. De esas armas es imposible evadirse. Yo no puedo ponerme al mando de tus tropas, teniente, pero preferiría morir en un acto de valentía, uno que pueda ayudar a que se acabe de una vez esta locura, antes que terminar mi vida escondiendo la cabeza en la arena, como esas ostras de la Tierra.

A pesar de la seriedad de la proposición, Lydia McCue sonrió. Un toque de ironía agradecida danzaba en los bucles de su simple aura.

—Avestruces —la corrigió la terrestre con suavidad—. Son unos pájaros grandes llamados avestruces los que esconden la cabeza. Y ahora ¿por qué no me cuentas lo que estás planeando?

## GALÁCTICOS

Buoult de los *thenanios* infló la cresta hasta su máxima altura y se peinó las púas del codo antes de subir al puente de la gran nave de guerra, el *Alhanasfire*. Allí, junto a la gran pantalla que mostraba la disposición de la flota en brillantes colores, lo esperaba la delegación humana. La líder, una mujer mayor cuyo pelo casi blanco aún resplandecía en algunos puntos con el color del dorado sol, le hizo una correcta reverencia. Buoult respondió doblando la cintura y señaló hacia la pantalla.

—Almirante Álvarez, supongo que puede ver por sí misma que las últimas minas del enemigo han sido eliminadas. Estoy dispuesto a transmitir al Instituto para la Guerra Civilizada nuestra declaración de que la interdicción de este sistema ha sido levantada por *forcé majeure*.

—Es bueno saberlo —dijo la mujer. Su sonrisa al estilo humano, esa sencilla exhibición de dientes, era uno de sus gestos más fáciles de interpretar. Alguien tan experimentado en los asuntos galácticos como la legendaria Helena Álvarez conocía el efecto que esa expresión lobezna tenía sobre los demás. Con seguridad había tomado la decisión consciente de utilizarla.

Bueno, tales sutiles trucos eran aceptables en el complejo juego de la simulación y la negociación. Buoult era lo bastante honesto como para admitir que él también lo hacía. Por algo había inflado su impresionante cresta antes de entrar.

—Será agradable ver de nuevo Garth —añadió Álvarez—. Sólo espero que no nos convirtamos en la próxima causa de un nuevo holocausto en ese desafortunado mundo.

—Claro, tenemos que esforzarnos por evitarlo a toda costa. Y si ocurre lo peor, si esa banda de *gubru* pierde totalmente el control, todo su desagradable clan pagará por ello.

—Me importan muy poco los castigos y las indemnizaciones. Allí hay gente en peligro y también una frágil ecósfera.

Buoult reprimió todo comentario. *Tengo que ser más cuidadoso*, pensó. *Nosotros, los thenanios, defensores de todo Potencial, no necesitamos que nos recuerden el deber de proteger lugares como Garth.*

Resultaba especialmente exasperante ser engañado por los lobeznos.

*Y desde ahora en adelante los tendremos pagados a nuestros codos, censurando y criticando, y tendremos que escucharlos porque serán los consortes de etapa de unos de nuestros pupilos. Es el único precio que debemos pagar por ese tesoro que Kault ha encontrado para nosotros.*

Los humanos presionaban duramente para que se realizaran negociaciones, lo



cual era de esperar en un clan que necesitaba con tanta desesperación aliados como ellos. Las fuerzas *thenanias* ya se habían retirado de todas las áreas de conflicto con la Tierra y con Tymbrimi. Pero los Terragens exigían mucho más a cambio de ayudar al control y la elevación de la nueva raza pupila llamada «gorila».

En efecto, exigían que el gran clan de los *thenanios* se aliase con los infelices y desdeñosos lobeznos y con los bromistas *tymbrimi*, en el preciso momento en que la alianza *soro-tandii* parecía imparable en las rutas estelares. ¡Eso podía implicar el riesgo de aniquilación para los propios *thenanios*!

Si hubiera estado en manos de Buoult, que ya había aguantado a los terrestres todo lo que uno es capaz en la vida, les habría dicho que se fueran al infierno de Ifni y buscasen allí a sus aliados.

Pero no estaba en sus manos. Hacía tiempo que en su planeta natal había crecido una fuerte aunque minoritaria corriente de simpatía hacia el clan de la Tierra. El golpe de Kault, que iba a permitir que el Gran Clan lograse otro preciado laurel de tutorazgo, podía hacer que esa facción entrara en el gobierno. *En tales circunstancias*, pensó Buoult, *era mejor guardar sus opiniones para sí*.

Uno de sus ayudantes se acercó a él y lo saludó.

—Ya hemos determinado las posiciones ocupadas por la flotilla de defensa *gubru* —informó—. Está agrupada cerca del planeta. Su formación es inusual. Nuestros ordenadores de batalla consideran que será muy difícil quebrarla.

*Hummm*, sí, pensó Buoult examinando la pantalla. *Un brillante despliegue de un número de fuerzas limitado*.

*Quizás hasta original. Muy poco habitual en los gubru*.

—No importa —bufó—. Incluso aunque no haya un modo sutil de lograrlo, podrán ver que nos acercamos con un armamento más que suficiente para conseguirlo por la fuerza bruta, si es necesario. Cederán, tienen que ceder.

—Naturalmente que deben hacerlo —admitió la almirante humana. Pero no parecía convencida. De hecho, parecía preocupada.

—Estamos preparados para aproximarnos a la envoltura de autoprotección —informó el oficial de cubierta.

—Bien —Buoult se apresuró a asentir—. Proceda. Desde allí podemos establecer contacto con el enemigo y anunciar nuestras intenciones.

La tensión aumentaba a medida que la armada se aproximaba al modesto sol amarillo del sistema. Aunque los *thenanios* afirmaban con orgullo que carecían de poderes psíquicos, Buoult parecía sentir la mirada de la terrestre sobre él y se preguntó cómo era posible que aquella mujer le resultase tan intimidante.

*Sólo es un lobezno*, se dijo.

—¿Podemos seguir con nuestra conversación, comandante? —preguntó por fin la almirante Álvarez.

No tenía otro remedio que aceptar, por supuesto. Convenía que, antes de llegar y de leer el manifiesto de asedio, se pusieran de acuerdo sobre el mayor número de puntos posible.

Sin embargo, Buoult había decidido no firmar ningún tratado antes de poder conferenciar con Kault. Ese *thenanio* tenía fama de ser vulgar e incluso frívolo, rasgos que lo habían hecho merecedor del exilio en aquel alejado mundo. Pero en aquellos momentos parecía haber logrado un milagro sin precedentes. Cuando regresase al planeta natal, su poder político sería enorme.

Buoult quería aprovecharse de la experiencia de Kault, de su aparente destreza para tratar con aquellas exasperantes criaturas.

Sus ayudantes y la delegación humana abandonaron el puente para dirigirse a la sala de conferencias. Pero, antes de salir, Buoult miró una vez más hacia la pantalla de situación y observó las posiciones tomadas por los *gubru*, como si se prepararan para una lucha a muerte. Él aire se escapó ruidosamente por sus ranuras respiratorias.

*¿Qué planean esos pajaroides?*, se preguntó. *¿Qué haré si esos gubru resultan estar locos?*

## ROBERT

En algunas zonas de Puerto Helenia había más sondas de vigilancia que nunca, protegiendo rigurosamente los dominios de sus amos y atacando a todo aquel que pasaba demasiado cerca.

Sin embargo, en todas partes parecía como si se hubiese producido una revolución. Los carteles del invasor estaban arrancados y tirados en los badenes. En lo alto de la esquina de dos concurridas calles, Robert vio un nuevo mural, pintado en ese estilo llamado realismo focalista, que sustituía a la propaganda *gubru*. En él aparecía una familia de gorilas mirando hacia un brillante horizonte, con una incipiente pero esperanzada sapiencia. Tras ellos, como protegiéndolos y mostrándoles el camino hacia ese maravilloso futuro, podía verse a una pareja de idealizados chimps de amplias frentes.

Ah, sí y también había, en último término, un humano y un *thenanio*. A Robert le agradó que el artista se hubiera acordado de incluirlos.

El vehículo fuertemente custodiado en que viajaba pasó por el cruce demasiado deprisa para apreciar los detalles, pero pensó que la representación de la hembra chimp no le hacía demasiada justicia a Gaillet. *Fiben*, en cambio, *tendría que sentirse halagado*.

Pronto los sectores «libres» de la ciudad quedaron atrás y se dirigieron hacia el oeste, pasando por áreas patrulladas con estricta disciplina militar. Al aterrizar, los soldados de Garra que los escoltaban se apresuraron a bajar para vigilar a Robert y Uthacalthing mientras éstos subían la rampa que llevaba a la nueva y reluciente sección de la Biblioteca.

—Es una instalación muy costosa ¿verdad? —le preguntó al embajador *tymbrimi*—. ¿Podremos quedárnosla si los *thenanios* consiguen echar a patadas a esos pájaros?

—Probablemente —Uthacalthing se encogió de hombros—. Y quizá también el Montículo Ceremonial. Tu clan ha de recibir indemnizaciones.

—Pero usted tiene sus dudas.

Uthacalthing se detuvo en la vasta entrada que daba paso a la cámara abovedada y al impresionante banco cúbico de datos.

—No sería inteligente vender la piel del oso antes de cazarlo.

Robert entendió el punto de vista de Uthacalthing. Hasta la derrota de los *gubru* podía acarrear un coste impensable.

—Es como contar pollitos antes de que estén puestos los huevos —le dijo al *tymbrimi*, quien estaba siempre ansioso por mejorar su comprensión de las metáforas del ánglico. Esa vez, sin embargo, Uthacalthing no le dio las gracias. Sus ojos

completamente separados parecieron centellejar cuando lo miró de soslayo.

—Piensa en eso —le dijo.

En seguida, Uthacalthing se enfrascó en una conversación con el bibliotecario en jefe *kanten*. Como no podía seguir su galáctico rápido y lleno de inflexiones, Robert se dedicó a pasear por la nueva Biblioteca para hacerse una idea de sus dimensiones y observar a los usuarios habituales.

A excepción de unos pocos miembros del equipo de la Gran Examinadora, todos los ocupantes eran pajaroides. Los *gubru* presentes estaban separados por un abismo que él podía captar tanto como ver. Casi las dos terceras partes de ellos estaban agrupados en el lado izquierdo. Piaban y lanzaban miradas de desaprobación hacia el otro grupo, más pequeño, formado casi enteramente por soldados. Los militares no emitían vibraciones de felicidad. Por el contrario, las ocultaban, pavoneándose de sus misiones con cierta crispación y devolviendo con desdeñosa arrogancia las miradas de desaprobación de sus congéneres.

Robert no hizo ningún esfuerzo para evitar que lo vieran. La expectación que despertaba resultaba agradable. Era obvio que sabían quién era. Si al pasar junto a ellos interrumpía su trabajo, tanto mejor.

Al acercarse a un grupo de *gubru*, cuyos cordones denotaban su pertenencia a la casta de la Idoneidad, se inclinó en un ángulo que esperaba fuese el correcto y sonrió mientras todos los cotorreantes pájaros se veían obligados a ponerse de pie y devolverle la reverencia.

Finalmente, Robert llegó a una estación de datos estructurada de un modo que podía comprender. Era evidente que el enemigo había establecido un servicio de seguridad para evitar a los no autorizados el acceso a la información relativa al espacio cercano o a la presumible convergencia de las flotas de guerra *thenanias*. Sin embargo, Robert siguió intentándolo. El tiempo pasaba y él seguía explorando la red de datos y descubriendo dónde habían colocado los bloqueos los invasores.

Tan intensa era su concentración que tardó un rato en darse cuenta de que algo había cambiado en la Biblioteca. Los amortiguadores automáticos de sonido habían impedido que el creciente bullicio interrumpiese su concentración, pero al levantar finalmente los ojos vio que los *gubru* estaban alborotados. Agitaban sus brazos llenos de plumas y se arracimaban ante las pantallas holo. La mayoría de los soldados había desaparecido.

*¿Qué demonios les ha pasado?*, se preguntó.

Supuso que a los *gubru* no les gustaría que se acercase y mirase sobre sus hombros. Se sintió frustrado.

Cualquier cosa que estuviera ocurriendo, perturbaba claramente a los *gubru*.

*Eh*, pensó Robert. *Tal vez me pueda enterar por los noticiarios locales.*

Al momento, usó su pantalla para conectar con uno de los canales públicos de

vídeo. Hasta hacía muy poco, la censura había sido muy estricta, pero en los últimos días habían llamado a servicio a los soldados y los medios de comunicación habían quedado bajo el control de la casta de Costes y Prevención. Esos sombríos y apáticos burócratas apenas imponían disciplina.

La pantalla parpadeó con luz oscilante y luego se aclaró para mostrar a un excitado reportero chimp.

—... y así pues parece que, según las últimas noticias, la ofensiva por sorpresa desde el Mulun todavía no se ha enfrentado con las fuerzas de ocupación. Los gubru parecen incapaces de ponerse de acuerdo con respecto a cómo responder al manifiesto de las fuerzas que se aproximan...

Robert se preguntó si los *thenanios* habrían hecho públicas ya sus intenciones. Eso no se esperaba que ocurriese por lo menos en un par de días. De pronto una palabra captó su atención.

*¿El Mulun?*

—... Vamos a repetir ahora el comunicado emitido hace sólo cinco minutos por el comité de jefes del ejército que se dirige hacia Puerto Helenia.

La imagen cambió en la holo-pantalla. El presentador chimp fue sustituido por tres figuras ante un fondo de jungla. Robert parpadeó. Conocía esas tres caras, a dos de ellas íntimamente. Una pertenecía a un chimp llamado Benjamín, las otras dos a las mujeres a quienes amaba.

—... y de este modo desafiamos a nuestros opresores. En combate nos hemos comportado bien, según las normas del Instituto Galáctico para la Guerra Civilizada. No puede decirse lo mismo de nuestros enemigos. Han utilizado medios criminales y han permitido que resultasen dañadas especies nativas no combatientes de este frágil mundo.

»Y lo que es aún peor, han hecho trampas.

Robert estaba boquiabierto. La cámara giró para enfocar pelotones de chimps que llevaban un heterogéneo surtido de armas y que avanzaban por la jungla hasta un claro. Lydia McCue, su amante humana, era quien hablaba para las cámaras. Pero junto a ella estaba Athaclena y, por el brillo en los ojos de su esposa alienígena, comprendió quién había escrito las palabras.

Y supo, sin lugar a dudas, de quién procedía la idea de todo aquello.

—Exigimos por lo tanto que envíen a sus mejores soldados, armados como nosotros lo estamos, para enfrentarse con nuestros campeones al aire libre, en el Valle del Sind...

—Uthacalthing —dijo con voz ronca, y luego otra vez, más fuerte—. ¡Uthacalthing!

Los supresores de ruidos se habían perfeccionado a lo largo de cien millones de generaciones de bibliotecarios. Pero en todo ese tiempo habían existido muy pocas

razas lobeznas. Durante un breve instante, la vasta cámara resonó con sus gritos antes de que los amortiguadores acallaran las vibraciones e impusieran el silencio.

Sin embargo, no podían hacer nada respecto a las carreras por los vestíbulos.

## GAILET

—¡Ratas recombinadas! —gritó Fiben al oír el principio de la declaración. Estaban ante una holo-pantalla portátil en las laderas del Montículo Ceremonial.

—Cállate, Fiben —Gaillet se llevó el índice a la boca pidiendo silencio—. Déjame oír el resto.

Pero el significado del mensaje había quedado claro desde las primeras frases. Columnas de irregulares, con improvisados uniformes de confección casera, avanzaban con firmeza por unos campos invernales sin cultivar. Dos escuadras de caballería caminaban junto a los flancos del harapiento ejército, como salidos de una película del preContacto. Los chimps sonreían nerviosos y blandían sus armas capturadas al enemigo o fabricadas artesanalmente en la montaña. Pero en su actitud resuelta no había error posible.

Mientras las cámaras cambiaban de imagen, Fiben hizo una cuenta rápida.

—Están todos —dijo pasmado—. Quiero decir, teniendo en cuenta los últimos sucesos, están todos los que tienen alguna preparación o son buenos en la lucha. Es apostar a todo o nada —sacudió la cabeza—. Me comería mi carnet azul si supiera lo que quiere conseguir la general.

—Vaya carnet azul —resopló Gaillet mirándolo de soslayo—. Ella sabe exactamente lo que está haciendo.

—Pero los rebeldes de la ciudad fueron masacrados en el Sind.

—Eso ocurrió antes —replicó Gaillet—. No sabíamos cuál sería el resultado. Aún no habíamos alcanzado respeto ni estatus. Y además, no hubo testigos.

—Pero las fuerzas de las montañas han conseguido victorias. Han sido reconocidas. Y ahora las Cinco Galaxias lo están presenciando.

—Athaclena sabe lo que hace —Gaillet frunció el ceño—. Lo que yo no imaginaba es que la situación fuese tan desesperada.

Permanecieron unos instantes callados contemplando cómo los chimps avanzaban a través de las huertas y los campos desolados por el invierno. Entonces Fiben soltó otra exclamación.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gaillet.

Miró hacia el rincón de la pantalla que él señalaba y esta vez le tocó el turno a ella de sorprenderse.

Allí, con un rifle en las manos y marchando junto a otros chimps, había alguien que ambos conocían. Sylvie no parecía sentirse incómoda con el arma. Al contrario, parecía casi un islote de calma zen en medio del mar de nerviosismo de los otros neochimpancés.

*¿Quién se lo hubiera imaginado?, pensó Gaillet. ¿Quién hubiera pensado eso de ella?*

Juntos siguieron atentos a la pantalla. Poco más podían hacer.



## GALÁCTICOS

—Esto debe tratarse con delicadeza, cuidado, rectitud —proclamó el Suzerano de la Idoneidad—. Si es necesario, debemos reunirnos con ellos de uno en uno.

—Pero ¿y los gastos? —se lamentó el Suzerano de Costes y Prevención—. ¡Las pérdidas que tendremos que afrontar!

Con suavidad, el sumo sacerdote se inclinó desde la percha y canturreó a su joven colega.

—Consenso, consenso... Comparte conmigo una visión de armonía y sabiduría. Nuestro clan ha perdido mucho aquí y corremos el terrible riesgo de perder mucho más. Pero no hemos perdido la única cosa que nos ayudará en la noche, en la oscuridad: nuestra nobleza. Nuestro honor.

Ambos empezaron a danzar y surgió una melodía, con un único sonido.

—Zooooon...

¡Si al menos el tercer brazo fuerte estuviera allí! La coalescencia parecía tan próxima. Habían enviado un mensaje al Suzerano de Rayo y Garra, instándolo a regresar, a reunirse con ellos, a ser, por fin, uno con ellos.

¿Cómo?, se preguntó el que ya era ella. *¿Cómo puede resistirse a saber, a concluir, a darse cuenta de que su destino es convertirse en mi macho? ¿Cómo puede ser tan obstinado?*

*¡Podríamos aún ser tan felices los tres!*

Pero llegó un mensajero con unas noticias que los llenaron de desespero. La nave de guerra de la bahía había despegado y se dirigía tierra adentro con sus escoltas. El Suzerano de Rayo y Garra había decidido actuar.

Ningún consenso lo frenaría.

El Sumo Sacerdote lloró.

*Podríamos haber sido tan felices...*

## ATHACLENA

—Bueno, ésta puede ser nuestra respuesta —comentó Lydia con resignación.

Athaclena alzó la vista de la difícil y desacostumbrada tarea de controlar un caballo. La mayor parte del tiempo se limitaba a dejar que el animal siguiera a los otros. Por fortuna, era una criatura muy apacible y respondía muy bien a los cantos de su corona.

Escudriñó en la dirección que señalaba Lydia McCue, donde dispersas nubes y neblinas oscurecían parcialmente el horizonte occidental. Muchos de los chimps señalaban también en esa dirección. Entonces Athaclena vio el fulgor de una aeronave. Y captó las fuerzas que se aproximaban. Confusión... determinación... fanatismo... pena... aversión... un cúmulo de sentimientos de cariz alienígena la bombardeaba desde las alturas.

Pero, por encima de todo, había una cosa clara: los *gubru* se acercaban con una vasta y potente escuadra.

—Creo que tienes razón, Lydia —le dijo Athaclena a su amiga. Los puntos distantes empezaban a tomar forma—. Me parece que ahí tenemos nuestra respuesta.

—¿Debo ordenar dispersión? —la terrestre tragó saliva—. Tal vez algunos de nosotros consigamos escapar —su voz estaba llena de dudas.

Athaclena hizo un gesto de negación y formó un glifo de tristeza.

—No. Tenemos que terminar lo que hemos empezado. Ordena que se reúnan todas las unidades. Que la caballería lleve a todo el mundo a aquella cima de allí.

—¿Hay alguna razón que explique por qué tenemos que ponerles las cosas tan fáciles?

Sobre la cabeza de Athaclena el glifo se negaba a transformarse en uno de desesperación.

—Sí —respondió—. Hay una razón, la mejor del mundo.

## GALÁCTICOS

El coronel de los soldados de Garra contemplaba el harapiento ejército de rebeldes en una holo-pantalla y escuchaba los gritos de alegría que profería su superior.

—¡Arderán, se convertirán en humo, se transformarán en cenizas bajo nuestro fuego!

El coronel se sentía apenado. Aquél era un lenguaje violento, que carecía de la adecuada consideración de las consecuencias. El coronel sabía en lo profundo de su ser que hasta los planes militares más brillantes podían verse a la larga reducidos a nada si no se tomaban en cuenta asuntos tales como el coste, la prevención y la idoneidad. El equilibrio era la esencia del contexto, la base de la supervivencia.

¡Y además, el reto de los terrestres había sido honorable! Podía ser ignorado. O incluso se podía responder a él con un número de fuerzas razonablemente superior. Pero lo que planeaba el líder de los militares era desagradable y sus métodos exagerados.

El coronel advirtió que había empezado a pensar en el Suzerano de Rayo y Garra como en «él». El Suzerano de Rayo y Garra había sido un brillante líder que había inspirado a sus seguidores, pero en aquellos momentos, como príncipe, parecía ciego ante la verdad.

Pensar en su superior en aquellos términos críticos le producía dolor físico. El conflicto era profundo y visceral.

Las puertas del ascensor principal se abrieron y un trío de mensajeros de plumas blancas: un sacerdote, un burócrata y uno de los oficiales que habían desertado yéndose con los otros Suzeranos, caminaron a grandes zancadas hacia el almirante y le ofrecieron una caja con lujosas incrustaciones de machara. El Suzerano de Rayo y Garra ordenó, temblando, que la abrieran.

Dentro había una única y elegante pluma, coloreada de rojo iridiscente en toda su longitud, excepto en la punta.

—¡Mentiras! ¡Engaños! ¡Un clarísimo fraude! —gritó el almirante y golpeó la caja haciéndola caer, junto con su contenido, de las manos de los asombrados mensajeros.

El coronel observó cómo volaba la pluma en remolinos, debido a los distribuidores de aire, hasta que por fin se posaba en la tarima. Parecía un sacrilegio dejarla allí tirada, pero el coronel no se atrevía a moverse y recogerla.

¿Cómo podía su jefe ignorar aquello? ¿Cómo podía negarse a aceptar las ricas tonalidades azules que empezaban a extenderse desde las raíces de sus plumas?

—El sentido de la Muda puede invertirse de nuevo —gritó el Suzerano de Rayo y Garra—. Puede ocurrir si obtenemos la victoria con las armas.

Sólo que lo que él proponía no iba a ser una victoria, sería una masacre.

—Los terrestres se están reuniendo, congregando, juntando en lo alto de una colina aislada —informó uno de los ayudantes—. Se nos muestran, presentan, ofrecen como un único y sencillo objetivo.

El coronel suspiró. No era necesario ningún sacerdote para explicar lo que eso significaba. Los terrestres, al darse cuenta de que no sería una batalla limpia, habían venido todos juntos para que su muerte fuese más fácil.

Puesto que sus vidas estaban ya perdidas, sólo había una razón que podía impulsarlos a actuar así.

*Lo hacen para salvar el frágil ecosistema de este mundo. Después de todo, el objetivo de su inquilinato es salvar Garth.* En su impotencia, el coronel vio y saboreó la amargura de la derrota. Habían obligado a los *gubru* a elegir entre poder y honor.

La pluma escarlata lo tenía cautivado. Sus colores le alteraban la sangre.

—Voy a preparar a mis soldados de Garra para bajar al encuentro de los terrestres —sugirió esperanzado el coronel—. Descenderemos, avanzaremos, atacaremos en igualdad numérica, con armas ligeras y sin robots.

—¡No! ¡No debe hacerlo! ¡No puede hacerlo! ¡No lo hará! He asignado los papeles adecuados a mis fuerzas. Las voy a necesitar, requerir, cuando tengamos que vérnoslas con los *thenanios*. ¡No se derrocharán de forma ruinosa! Y ahora, ¡prestad atención! En este momento, en este instante, los terrestres de ahí abajo van a sentir, sufrir, soportar mi justa venganza —grito el Suzerano de Rayo y Garra—. Ordeno que se apresten todas las armas de destrucción masiva. Vamos a abrasar este valle, y el otro, y el otro, hasta que toda forma de vida en estas montañas...

No pudo terminar la orden. El coronel de los soldados de Garra parpadeó una vez y luego dejó caer su sable rifle al suelo. El golpe fue seguido de una doble explosión mientras que, primero la cabeza y luego el cuerpo del jefe supremo militar, caían también.

El coronel se estremeció. Allí caído, el cuerpo mostraba con claridad los iridiscentes matices de la realeza. La sangre del almirante se mezcló con su principesco plumaje azul y se esparció por toda la cubierta, para reunirse por fin con la única pluma escarlata de su reina.

El coronel se dirigió a sus atónitos ayudantes.

—Informad, transmitid, comunicad al Suzerano de la Idoneidad que yo mismo me he sometido a arresto, hasta que se resuelva, determine, decida mi destino. Consultad a sus Majestades qué se debe hacer.

Durante un largo e incierto tiempo, continuaron dirigiéndose por inercia hacia la cima donde estaban reunidos los terrestres, esperando. Nadie habló. En el puesto de

mando casi no había movimiento.

Cuando llegó el informe, fue como una confirmación de lo que sabían desde hacía tiempo. Un velo mortuorio había caído ya sobre los componentes de la administración *gubru*. El Suzerano de la Idoneidad y el Suzerano de Costes y Prevención entonaron juntos un triste canto de pérdida.

Habían tenido tantas esperanzas, tan buenas perspectivas cuando emprendieron camino hacia este lugar, este planeta, esta desolada mancha en el espacio vacío... Los Maestros de la Percha habían escogido con tanto cuidado el horno correcto, el crisol adecuado y los ingredientes justos... tres de los mejores, tres excelentes productos de la manipulación genética, los más selectos.

*Fuimos enviados para poder regresar a casa con un consenso*, pensó la nueva reina. *Y el consenso está aquí.*

*Convertido en cenizas. Nos equivocamos al pensar que éste era un buen tiempo para batallar por la grandeza.*

Oh, eran muchos los factores que habían ocasionado aquello. Si el primer Suzerano de Costes y Prevención no hubiese muerto... Si no hubiesen sido engañados dos veces por el tramposo *tymbrimi* con el asunto de los «*garthianos*»... Si los terrestres no hubieran resultado tan lobeznamente inteligentes para sacar provecho de todas sus debilidades... Esta última maniobra, por ejemplo, la de obligar a los soldados *gubru* a elegir entre deshonor y regicidio...

*Pero las casualidades no existen*, advirtió ella. *No hubieran conseguido tanta ventaja si no hubiéramos mostrado tantos defectos.*

Ése era el consenso que harían llegar a los Maestros de la Percha. Que existían debilidades, fallos, errores que esta trágica expedición había sacado a la luz.

Sería una valiosa información.

*Que eso sirva de consuelo para mis estériles, infértiles huevos*, pensó al tiempo que confortaba a su único compañero y amante.

Dio una breve orden a los mensajeros.

—Transmitid al coronel nuestro perdón, nuestra absolución, nuestra amnistía. Y que todas las fuerzas de choque regresen a la base.

Los mortíferos cruceros dieron media vuelta y emprendieron el regreso, dejando las montañas y los valles a quienes tanto parecían anhelarlos.

## **ATHACLENA**

Los chimps contemplaban pasmados cómo la muerte parecía cambiar de idea. Lydia McCue miró parpadeando las naves que se retiraban.

—Lo sabías —se volvió para mirar a Athaclena. Y otra vez la acusó—. ¡Lo sabías!

Athaclena sonrió. Sus zarcillos dejaban unas débiles y tristes huellas en el aire.

—Digamos que pensé que era posible —dijo por fin—. Y aunque me hubiese equivocado, esto era lo más honroso que podíamos hacer. Sin embargo, me alegra mucho haber descubierto que tenía razón.

# SÉPTIMA PARTE

LOBEZNOS

Ni un ápice, desafiamos a los augurios; hay una providencia especial hasta en la caída de un gorrión. Si es ahora, no ha de venir; si no es ahora, aún vendrá. Sólo hay que tener buena disposición de ánimo.

*William Shakespeare, Hamlet, Acto V, escena I*



## FIBEN

—Goodall, ¡cómo odio las ceremonias!

El comentario le valió un codazo en las costillas.

—Estate quieto, Fiben. Todo el mundo nos mira.

Fiben suspiró e hizo un esfuerzo para mantenerse erguido. No pudo evitar acordarse de Simón Levi y de la última vez que habían formado juntos, no lejos de allí. *Hay cosas que nunca cambian*, pensó. Ahora era Gaillet quien le regañaba para que se comportase dignamente.

¿Es que todo el mundo que lo amaba tenía inevitablemente que intentar corregir su postura?

—Si querían pupilos elegantes, podrían haber elevado...

Las palabras se interrumpieron con un brusco «¡uf!». Los codos de Gaillet eran mucho más duros que los de Simón. Fiben murmuró irritado para sí mientras sus fosas nasales se ensanchaban, pero permaneció quieto. Ella, tan formal, con su uniforme nuevo y bien cortado, tal vez se sentía contenta de estar allí, pero a él nadie le había preguntado si quería una maldita medalla. A él nunca le preguntaban nada.

Por fin, el tres veces maldito almirante *thenanio* terminó su monótono y aburrido discurso sobre la virtud y la tradición y se oyeron unos aplausos dispersos. Hasta Gaillet parecía aliviada cuando el enorme *thenanio* regresó a su asiento. Pero, maldita sea, había otros muchos que parecían querer hablar.

El alcalde de Puerto Helenia, que había regresado de su reclusión en las islas, ensalzó a los valientes rebeldes urbanos y rogó a su concejal chimp que se acercara más a menudo por el ayuntamiento. Eso le valió un sincero aplauso... y *probablemente algunos votos más de los chimps cuando llegaran las próximas elecciones*, pensó Fiben con cinismo.

Tos\*Quinn'3, la Examinadora del Instituto de Elevación, resumió el acuerdo recientemente firmado por Kault en nombre de los *thenanios*, y por la legendaria almirante Álvarez, en nombre de los clanes de la Tierra, según el cual la especie de barbecho conocida anteriormente como gorilas se embarcaba en la larga aventura de la sapiencia. Los nuevos ciudadanos galácticos, conocidos ya en todas partes con el nombre de la «Raza Pupila Que Eligió», recibirían en inquilinato el territorio de las Montañas de Mulun durante cincuenta mil años. Ahora eran verdaderos *garthianos*.

A cambio de la asistencia técnica por parte de la Tierra y de las reservas genéticas de los gorilas en barbecho, el poderoso clan de los *thenanios* se comprometía a defender la colonia terrestre de Garth y otros cinco mundos coloniales de la Tierra y de Tymbrimi. No interferirían directamente en los conflictos ya iniciados con los

soro, los *tandii* y otros clanes fanáticos, pero, en esas líneas de combate, facilitarían la necesidad urgente de socorrer a los planetas de origen.

Y los *thenanios* ya no eran enemigos de la alianza de los bromistas y los lobeznos. Sólo ese hecho tenía tanto poder como una gran armada.

*Hemos realizado lo que hemos podido y más*, pensó Fiben. Hasta aquel momento se tenía la impresión de que la gran mayoría de galácticos «moderados» se sentarían a un lado y permitirían a los fanáticos actuar como quisieran. Ahora había alguna esperanza de que la «inevitable marea de la historia», de la cual se decía que condenaba a todos los clanes lobeznos, no se considerase como algo inevitable. Los acontecimientos de Garth habían motivado corrientes de simpatía hacia los más débiles.

Fiben no podía predecir si tendrían que poner en práctica más trucos mágicos cuando necesitaran conseguir otros aliados, pero estaba seguro de que el resultado final se decidiría a miles de parsecs de distancia de allí. Tal vez en la vieja Madre Tierra.

Cuando Megan Oneagle empezó a hablar, Fiben comprendió que finalmente había llegado la parte más desagradable de aquella mañana.

—... sería un desprestigio total si no aprendiéramos de los meses que acabamos de vivir. Después de todo, ¿cuál es la utilidad de los momentos difíciles si no nos vuelven más sabios? ¿Para qué nuestra honorable muerte respetó sus vidas?

La Coordinadora Planetaria tosió unos instantes y pasó las hojas de su anticuado cuaderno de notas.

—Tenemos que proponer una revisión en el sistema de libertad condicional que crea marginales y causa resentimientos capaces de explotar. Debemos esforzarnos para que las instalaciones de la nueva Biblioteca estén al alcance de todos. Y tenemos también que cuidar y mantener el equipamiento del Montículo Ceremonial para el día en que regrese la paz y pueda ser utilizado para sus fines adecuados: la celebración de estatus que la raza *panargonostes* tanto merece.

»Y lo más importante de todo: tenemos que utilizar las indemnizaciones *gubru* para financiar la continuación de nuestra tarea más importante en Garth; la de revertir la declinación de la frágil ecósfera del planeta, utilizando nuestros conocimientos penosamente adquiridos para detener la espiral descendente y devolver este mundo, nuestro por adopción, a su auténtico cometido; el de criadero de una maravillosa diversidad de especies, el de manantial de toda sapiencia.

»Muchos de estos planes serán presentados para una discusión pública durante las próximas semanas —Megan levantó la vista de sus notas y sonrió—. Pero hoy tenemos además otro quehacer, el placentero quehacer de honrar a todos aquellos que han logrado que nos sintamos tan orgullosos. Los que han hecho posible que estemos aquí hoy, en libertad. Es nuestra ocasión de demostrarles cuan agradecidos les

estamos y cuánto los queremos.

¿*Me quieres?*, preguntó Fiben en silencio. *Entonces deja que me vaya de aquí.*

—Por supuesto —continuó la Coordinadora—, para algunos de nuestros ciudadanos chimps el reconocimiento de sus logros no terminará cuando lo hagan sus vidas ni incluso cuando ocupen un lugar en los libros de historia, sino que continuará con la veneración que depositaremos en sus descendientes, en el futuro de su raza.

A la izquierda de Fiben, Sylvie se inclinó hacia adelante lo suficiente para mirar a Gaillet, que estaba a la derecha del chimp. Ambas compartieron una mirada y una sonrisa.

Fiben suspiró. Al menos había logrado convencer a Cordwainer Appelbe para que mantuviera en secreto su ascenso al maldito carnet blanco. De poco servía eso. Las chimas con carnets verdes y azules de todo Puerto Helenia ya estaban tras él. Y Gaillet y Sylvie apenas representaban una ayuda. ¿Para qué demonios se había casado con ellas sino para protegerse? Fiben hizo una mueca de desdén ante tal pensamiento. ¡Protección, claro!

Sospechaba que ambas estaban ya entrevistando y evaluando a posibles candidatas.

Aunque dos especies procedieran del mismo clan, e incluso del mismo planeta, siempre había diferencias básicas entre ellas. Había que considerar lo mucho que habían cambiado los humanos del preContacto por razones meramente culturales. Las costumbres amorosas y de reproducción entre los chimps se basaban, por supuesto, en su propia herencia sexual, muy anterior a la Elevación.

Sin embargo, había en Fiben el suficiente condicionamiento humano para que se sonrojase sólo de pensar lo que aquellas dos iban a hacer con él, ahora que eran íntimas amigas. *¿Cómo he podido caer en tal situación?*

Sylvie le miró a los ojos y le sonrió. Gaillet deslizó la mano entre las suyas.

*Bueno, admitió, creo que no va a ser tan duro.*

En aquellos momentos ya habían comenzado a llamar a la gente para entregarles sus medallas. Pero durante unos instantes Fiben sólo fue consciente de ellos tres, sentados allí juntos, como si el resto del mundo fuera una ilusión. En realidad, bajo su capa externa de cinismo, se encontraba muy bien.

Robert Oneagle se levantó y se acercó al estrado para recoger su medalla, y parecía sentirse mucho más cómodo en su uniforme que Fiben en el suyo. Fiben observó a su compañero humano. *Tengo que preguntarle quién es su sastre.*

Robert no se había afeitado la barba y conservaba el cuerpo fuerte ganado en la dura vida de la montaña. Ya no era un mozalbete. En realidad, parecía un héroe de historieta de pies a cabeza.

¡*Qué absurdo!* Fiben hizo una mueca de disgusto. *Van a conseguir que se le suban los humos a la cabeza. Tendré que retarlo a una lucha cuerpo a cuerpo. Evitar*

*que crea todo lo que se escribe en la prensa.*

La madre de Robert parecía haber envejecido durante la guerra. En la última semana la había visto repetidas veces quedarse sorprendida ante su alto y bronceado hijo, que andaba con la gracia de un gato salvaje. Parecía orgullosa y asombrada al mismo tiempo, como si los duendes se hubieran llevado a su hijo y se lo hubiesen cambiado por otro.

*Eso se llama crecer, Megan.*

Robert saludó y regresó a su asiento. Al pasar junto a Fiben, su mano izquierda hizo un rápido signo, una sola palabra en el lenguaje de las manos.

*¡Cerveza!*

Fiben empezó a reírse pero se reprimió porque tanto Sylvie como Gaillet se volvieron a mirarlo enojadas. No importaba. Era bueno saber que Robert se sentía como él. Era casi preferible enfrentarse con los soldados de Garra que con aquella absurda ceremonia.

Robert volvió a su asiento junto a la teniente Lydia McCue, cuya nueva condecoración brillaba en el pecho de su radiante túnica. La muchacha permanecía erguida y atenta a los diversos actos, pero Fiben pudo ver lo que era invisible para los dignatarios y el público: que la punta de la bota de la militar levantaba el doblez de la pernera del pantalón de Robert.

El pobre Robert luchaba por mantener la compostura. Al parecer, la paz tenía sus propios problemas. En algunos aspectos, la guerra era más sencilla.

Apartado de la multitud, Fiben distinguió un pequeño grupo de humanoides, unos delgados bípedos cuyo aspecto de zorro era negado por unos zarcillos que ondeaban ligeramente sobre sus orejas. Entre los *tymbrimi* reconoció fácilmente a Uthacalthing y a Athaclena. Ambos habían declinado cualquier honor, cualquier recompensa. Los habitantes de Garth tendrían que esperar a que ambos muriesen antes de erigirles monumentos.

En cierto sentido, aquella limitación sería su mejor recompensa.

La hija del embajador había borrado muchas de las modificaciones faciales y corporales que la habían hecho parecer tan humana. Hablaba en voz baja con un joven *tym*, que podía considerarse atractivo, supuso Fiben, al menos desde un punto de vista ET.

Parecía que los dos jóvenes, Robert y su esposa alienígena, se habían readaptado completamente para volver con los suyos. Pero Fiben sospechaba que ahora ambos tenían más éxito con el sexo opuesto del que habían tenido antes de la guerra.

Y sin embargo...

Durante una de las interminables series de recepciones diplomáticas y conferencias, los había visto juntos unos breves instantes. Sus cabezas habían permanecido muy cercanas y, aunque no intercambiaron palabra, Fiben estaba seguro

de haber visto o sentido algo que giraba en el espacio sobre los dos.

Por muchos cónyuges o amantes que tuvieran en el futuro, era evidente que había algo que Robert y Athaclena compartirían siempre, con independencia de la distancia que el universo pusiera entre ellos.

Sylvie regresó a su asiento después de recibir su condecoración. El vestido no podía disimular la forma redondeada que iba adquiriendo su cuerpo. Otro cambio al que Fiben tendría que acostumbrarse muy pronto.

Pensó que los bomberos de Puerto Helenia tendrían que reclutar más personal cuando aquel crío empezase a estudiar química en la escuela.

Gaillet abrazó a Sylvie y después fue ella la que se aproximó al pódium. Esa vez los vítores y aplausos fueron tan prolongados que Megan tuvo que pedir silencio.

Pero cuando Gaillet habló, no fue el himno triunfal de victoria que todos esperaban. Al parecer, su mensaje era mucho más serio.

—La vida no es justa —los murmullos de la audiencia se apagaron cuando Gaillet alzo los ojos y pareció mirarlos uno por uno—. Quien diga que lo es, o que tendría que serlo, es un estúpido o algo peor. La vida puede ser cruel. Los trucos de Ifni pueden ser caprichosos juegos de oportunidad y probabilidad. O una fría ecuación puede abatirte si cometes un error en el espacio. O incluso al bajar de la acera en un momento inadecuado puedes sucumbir.

»Éste no es el mejor de los mundos posibles. Porque si lo fuera, ¿existiría lo ilógico?, ¿la tiranía?, ¿la injusticia? Incluso la Evolución, manantial de toda diversidad y corazón de la naturaleza, es muy a menudo un proceso duro, que depende de la muerte para originar nueva vida.

»No, la vida no es justa. El universo no es justo.

»Y sin embargo —Gaillet sacudió la cabeza—, y sin embargo, aunque no sea justo, al menos puede ser hermoso. Mirad a vuestro alrededor. Eso es más importante de todo lo que yo pueda decir. Mirad este mundo encantador y triste que es vuestro hogar. ¡He aquí Garth!

La reunión se celebraba en lo alto de una colina un poco al sur de la nueva sección de la Biblioteca, en una pradera con amplia vista en todas direcciones. Al oeste se podía ver el mar de Climar, su superficie gris azulada estaba coloreada por líneas de plantas de vida flotante y punteada por trazos de espuma producida por las criaturas existentes bajo las aguas; sobre él, se hallaba el cielo azul, lavado por la última tormenta de invierno. Las islas brillaban a la luz del sol de la mañana, como lejanos reinos mágicos.

En la parte norte de la pradera se elevaba la amarronada torre de la sección de la Biblioteca con la radiante espiral de su signo grabada en rutilante piedra. Unos árboles recién plantados, procedentes de dos mundos distintos, se balanceaban suavemente en la brisa que flotaba sobre y alrededor del gran monolito, tan

intemporal como los conocimientos que almacenaba.

Al este y al sur, más allá de las ocupadas aguas de la Bahía de Aspinal, se hallaba el Valle del Sind, en el que empezaban a brotar los primeros vástagos que llenaban el aire con los aromas de la primavera. Y en la distancia se extendían las montañas, como titanes dormidos a punto de despojarse de sus invernales cubiertas de nieve.

—Nuestras pequeñas vidas, nuestra especie, nuestro clan, nos parecen muy importantes, pero ¿qué son comparados con todo esto?, ¿este vivero de creación? Fue por esto por lo que mereció la pena luchar. Para protegerlo —señaló el mar, el cielo, el valle y las montañas—. Ahí está nuestro gran logro.

»Nosotros, los terrestres, sabemos mejor que muchos lo injusta que puede ser la vida. Tal vez desde la época de los Progenitores ningún clan lo ha comprendido tan bien. Nuestros queridos tutores humanos casi destruyeron a nuestra amada Tierra antes de alcanzar la sabiduría. Los chimps, los delfines y los gorilas son sólo un pequeño ejemplo de lo que se habría perdido si ellos no hubiesen madurado.

»Como se perdieron los verdaderos *garthianos* —su tono de voz disminuyó, se convirtió casi en susurro—, hace cincuenta mil años, antes de que tuvieran la oportunidad de contemplar asombrados el cielo nocturno y preguntarse por primera vez qué era esa luz que brillaba en sus mentes.

»No —Gaillet sacudió la cabeza—. La guerra para proteger el Potencial se está librando desde hace muchos eones. No termina aquí. De hecho, tal vez no termine nunca.

Cuando Gaillet concluyó, se produjo un largo y asombrado silencio, seguido después por algunos aplausos dispersos e incómodos. Pero cuando Sylvie y Fiben la abrazaron, Gaillet tenía una leve sonrisa en los labios.

—Así se habla —le dijo el chimp.

Entonces, inevitablemente, le tocó el turno a Fiben. Megan Oneagle leyó una lista de sus logros que, obviamente había sido redactada por algún departamento de publicidad a fin de ocultar lo sucio, maloliente y basado en la suerte que había sido todo. Leída en voz alta de ese modo, sonaba muy poco familiar. Fiben apenas recordaba haber hecho la mitad de las cosas que se le atribuían.

No se le había ocurrido preguntarse por qué lo habían dejado para el final. Supuso que había sido por ganas de fastidiar. *Seguir la línea de Gaillet sería una pura atrocidad*, pensó.

Megan lo llamó para que se acercara. Los zapatos que tanto odiaba casi lo hacían parecer elegante mientras se aproximaba al estrado. Saludó a la Coordinadora Planetaria e intentó mantenerse erguido mientras ésta le colocaba una llamativa medalla y una insignia que lo convertía en coronel de las Fuerzas de Defensa de Garth. Los vítores de la multitud, especialmente de los chimps, le hicieron sentir calor en las orejas y se encontró aún peor cuando, por consejo de Gaillet, sonrió y

saludó a las cámaras.

*Bueno, tal vez puedo soportarlo, pero en pequeñas dosis.*

Megan le ofreció el pódium y Fiben subió a él. Había preparado una especie de discurso, garabateado en unos papeles que llevaba en el bolsillo, pero después de escuchar a Gaillet decidió que era mejor limitarse a dar las gracias a todo el mundo y sentarse de nuevo.

Esforzándose para poner el micrófono a su altura, empezó:

—Sólo quiero decir una cosa y es que ¡HUAUUUUU!

Una repentina descarga de electricidad en el pie izquierdo lo hizo saltar. Se agachó, agarrándose el miembro herido, y entonces otra descarga le atacó el pie derecho. No pudo menos de gritar. Miró hacia abajo justo a tiempo de ver un pequeño resplandor azul que emergía bajo el podio y se extendía hacia ambos tobillos. Saltó dos metros en el aire, mientras gritaba con fuerza, y fue a aterrizar sobre el atril de madera.

Jadeaba. Tardó unos instantes en conseguir separar el aterrador zumbido de sus orejas de los vítores histéricos del público. Parpadeó, se frotó los ojos y miró a su alrededor asombrado.

Los chimps se habían subido a las sillas plegables y agitaban los brazos. No paraban de saltar y aullar. En las filas de la guardia de honor del ejército reinaba la confusión: hasta los humanos reían y aplaudían bulliciosamente.

Fiben miró perplejo a Gaillet y Sylvie y el orgullo que había en sus ojos le hizo comprender el significado de todo aquello.

*¡Han creído que ése era el discurso que he preparado!, advirtió.*

Visto retrospectivamente, había resultado perfecto. Había roto la tensión y parecía la descripción exacta de lo que uno sentía por el regreso de la paz.

*¡Sólo que no lo escribí yo, maldita sea!*

Observó una expresión preocupada en el rostro del alcalde de Puerto Helenium. *¡No! ¡Lo próximo que querrán es que me presente a las elecciones!*

*¿Quién me ha hecho esto?*

Fiben escudriñó la multitud y de inmediato notó que alguien había reaccionado de modo distinto, sin sorprenderse en absoluto. Contrastaba con el resto de la multitud por sus ojos muy separados y sus ondulantes zarcillos, pero también por esa expresión tan humana de hilaridad apenas contenida.

Y había algo más, alguna no-cosa que Fiben de alguna manera sintió que flotaba sobre la corona fluctuante del risueño *tymbrimi*.

Fiben suspiró. Si las miradas matasen, los mejores aliados y amigos de la Tierra tendrían que mandar de inmediato un nuevo embajador a Garth.

Cuando Athaclena le guiñó un ojo, aquello acabó de confirmar sus sospechas.

—Muy divertido —murmuró cáusticamente entre dientes, mientras se esforzaba

en sonreír y saludaba de nuevo a la alborotada multitud—. Terriblemente divertido, Uthacalthing.



# ANEXOS

## GLOSARIO Y LISTA DE PERSONAJES

**Ánglico:** El lenguaje más comúnmente usado por los Terragens, los descendientes de los humanos, chimpancés y delfines de la Tierra.

**Athaclena:** Hija del embajador *tymbrimi* Uthacalthing. Líder del ejército irregular de Garth, Biblioteca, la: Base de datos que asegura la cohesión de la sociedad galáctica. Archivo de saber acumulado desde la época de los Progenitores.

**Fiben Bolger:** Neochimpancé ecólogo y teniente de la milicia colonial.

**Bururalli:** La primera raza que obtuvo el inquilinato de Garth; una raza recién elevada que revertió y casi arruinó el planeta.

**Chimi:** Término ánglico para designar a un neochimpancé macho.

**Chima:** Término ánglico para designar a un neochimpancé hembra.

**Chimp:** Término ánglico para designar a un miembro de la raza pupila neochimpancé (macho o hembra).

**Elevación:** Proceso mediante el cual las más antiguas razas astronavegantes dan acceso a nuevas especies a la cultura galáctica, por medio de la educación y la ingeniería genética. Las especies pupilas resultantes sirven a su tutor durante un período establecido en el contrato de aprendizaje, como pago por este favor.

**Fem:** Término ánglico para designar a una hembra humana.

**Galácticos:** Especies astronavegantes del más alto rango que lideran la comunidad de las Cinco Galaxias. Muchas de ellas se han convertido en razas tutoras, participando en el antiguo rito de la Elevación.

**Garthiano:** Una mítica criatura natural de Garth, un gran animal que no pudo sobrevivir al holocausto bururalli.

**Gubru:** Raza galáctica pajaroides hostil a la Tierra.

**Hombre:** Traducción del ánglico *man*. Término genérico para designar a un ser humano de uno u otro sexo.

**Ifni:** «Infinidad» o Dama de la Fortuna.

Gailet Jones: Chima experta en sociología galáctica y que ostenta el carnet de reproducciones ilimitadas (carnet color blanco). Líder de los rebeldes de la ciudad.

Kault: Embajador thenanio en Garth.

Lobeznos: Miembros de una raza que alcanza el estatus de astronavegante sin la ayuda de un tutor.

Masc: Término ánglico para designar a un ser humano de sexo masculino.

Mathicluana: La difunta madre de Athaclena.

Mayor Prathachulthorn: Oficial de la infantería de marina de Terragens.

McCue, Lydia: Una oficial de la infantería de marina de Terragens.

*Nahalli*: La raza tutora de los *bururalli* y que sufrió grandes castigos por los crímenes de sus pupilos.

Oneagle, Megan: Coordinadora Planetaria en el planeta Garth, colonia cedida en inquilinato a los terrestres.

Oneagle, Robert: Capitán del ejército colonial de Garth e hijo de la Coordinadora Planetaria.

*Pan argonostes*: Nombre de una variedad de la raza pupila elevada de neochimpancés.

Ser: Término de respeto hacia los superiores terrestres de cualquier género.

*Soro*: Importante raza galáctica hostil a la Tierra.

*Streaker*: Nave espacial tripulada por delfines que hizo un importante descubrimiento en el otro extremo de la galaxia respecto a Garth. Las repercusiones de ese descubrimiento han llevado a la presente crisis.

Suzerano: Título aplicado a los tres líderes de las fuerzas de invasión *gubru*, cada uno encargado de un área distinta: la idoneidad, la burocracia y el ejército. La política general se decide mediante el consenso de los tres. Un Suzerano es también candidato a la realeza *gubru* y a una sexualidad completa.

Sylvie: Hembra neochimpancé con carnet verde.

*Synthianos*: Una de las pocas razas galácticas abiertamente amiga de la Tierra.

*Tandu*: Raza galáctica de astronavegantes belicosa y hostil a la Tierra.

*Thenanios*: Una de las razas galácticas fanáticas implicada en la presente crisis. Sin sentido del humor, pero famosa por su sentido del honor.

*Tursiops amicus*: Nombre de una especie de neodelfines elevados.

*Tymbrimi*: Galácticos notorios por su adaptabilidad y su mordaz sentido del humor. Amigos y aliados de la Tierra.

Uthacalthing: Embajador *tymbrimi* en la colonia de Garth.

# PALABRAS Y GLIFOS TYMBRIMI

*fornel*: Glifo de incertidumbre.

*fsu'usturatu*: Glifo de divertida simpatía.

*k'chu-non*: Palabra *tymbrimi* para designar a los lobeznos sin tutor.

*k'chu-non krann*: Ejército de lobeznos.

*Kenning*: Percepción de los glifos y las ondas de empatía.

*kiniwullun*: Glifo de comprensión tolerante.

*kuhunnagarra*: Glifo de indecisión pospuesta.

*la'thsthoon*: Intimidación en pareja.

*lurrunanu*: Un glifo de perspicacia para suscitar desconfianza en otro.

*l'yuth'tsaka*: Glifo que expresa desdén por el universo.

*nahakieri*: Nivel profundo de empatía en el cual los *tymbrimi* pueden a veces captar a los seres queridos.

*Nuturunow*: Glifo que ayuda a detener la reacción *gheer*.

*palanq*: Glifo que equivale a encogerse de hombros.

*rittitis*: Glifo de compasión hacia los niños.

*sh'cha'kuon*: Un espejo para mostrar a otros como se les ve desde el exterior.

*s'ustru'thoon*: Un hijo extrae lo que necesita de sus padres.

*syrtunu*: Un suspiro de frustración.

*syulff-kuonn*: Anticipación de una broma pesada y desagradable.

*syullf-tha*: La alegría de resolver un enigma.

*teev'nus*: La inutilidad de la comunicación.

*totanoo*: Retirada de la realidad inducida por el miedo.

*tu'fluk*: Un chiste no apreciado.

*tutsunucann*: Glifo de aterrada expectación.

*unsunltlan*: Red de protección mientras se está en íntimo contacto con otro.

*zunuor-thzun*: Glifo que ratifica lo mucho que se debe a la experiencia.

Transformación *gheer*: La oleada de hormonas y enzimas que permite a los *tymbrimi* alterar sus fisiologías muy deprisa aunque a un cierto coste.

## POST SCRIPTUM Y AGRADECIMIENTOS

Primero temíamos a las otras criaturas que compartían la Tierra con nosotros. Luego, a medida que nuestro poder aumentaba, empezamos a considerarlas propiedad nuestra, para disponer de ellas a nuestro antojo. La falacia más reciente (una bastante bonita, comparada con otras) ha sido empeñarse en la idea de que los animales son virtuosos en su estado natural y que la humanidad es una estúpida, malévola, asesina llaga gangrenosa en el labio de la creación. Desde ese punto de vista, la Tierra y todas sus criaturas estarían mucho mejor sin nuestra presencia.

Sólo en los últimos tiempos hemos empezado a aventurarnos en un cuarto camino de considerar el mundo y nuestra posición en él. Una nueva visión de la vida.

Si nosotros evolucionamos, debemos preguntarnos ¿no somos parecidos en muchos aspectos a otros mamíferos?, ¿aspectos de los cuales podemos aprender? Y en lo que diferimos, ¿no puede eso también enseñarnos?

El asesinato, la violación, las formas más trágicas de enfermedad mental, se encuentran también ahora entre los animales. El poder cerebral sólo exagera en nosotros el horror de esas disfunciones. La causa es la oscuridad en la que hemos vivido. Es la ignorancia.

No tenemos que considerarnos monstruos para enseñar una ética del ambientalismo. Es ahora bien sabido que nuestra propia supervivencia depende de que se mantengan las complejas redes ecológicas y la diversidad genética. Si destruimos la Naturaleza, moriremos.

Pero existe aún otra razón para proteger a las demás especies. Una que rara vez, si es que alguna vez, se menciona. Tal vez seamos los primeros en hablar y pensar, crear y proyectar, pero no tenemos por qué ser los últimos. Otros pueden seguirnos en esta aventura.

Tal vez algún día seamos juzgados por la calidad de nuestro servicio, cuando éramos los únicos que teníamos la Tierra a nuestro cuidado.

El autor reconoce con agradecimiento su deuda con aquellos que revisaron esta obra en su forma manuscrita, ayudándole en todo, desde los aspectos del comportamiento de los simios naturales hasta la corrección de las comillas de los diálogos.

Quiero dar las gracias a Anita Everson, Nancy Grace, Kristie McCue, Louise Root, Nora Brackenbury y Mark Grygier por su valioso discernimiento. El profesor John Lewis y Ruth Lewis también me brindaron sus observaciones, al igual que Frank Catalano, Richard Spahl, Gregory Benford y Daniel Brin. Gracias también a Steve Hardesty, Sharon Sosna, Kim Bard, Rick Sturm, Don Coleman, Sarah Bartter y Bob Goolcl.

A Lou Aronica, Alex Bernan y Richard Curtís, mi gratitud por su paciencia.

Y a nuestros primos peludos, les ofrezco mis disculpas. Aquí tenéis un plátano y una cerveza.

David Brin, noviembre 1986



# Notas

[1] Eat en inglés significa comer, y se pronuncia casi como ETs. (N. del T.) <<

[2] Características ambas de la raza mongólica. (N. del T.) <<

[3] En inglés el verbo «agacharse» se escribe y pronuncia igual que el sustantivo «pato». (N. del T.) <<

[4] En inglés las palabras guerrilla y gorila tienen una pronunciación similar. (N. del T.) <<

[5] UAG = Unidad de Años Galácticos (aprox. catorce meses terrestres) <<

[6] Referencia al conde Drácula. (N. del T.) <<